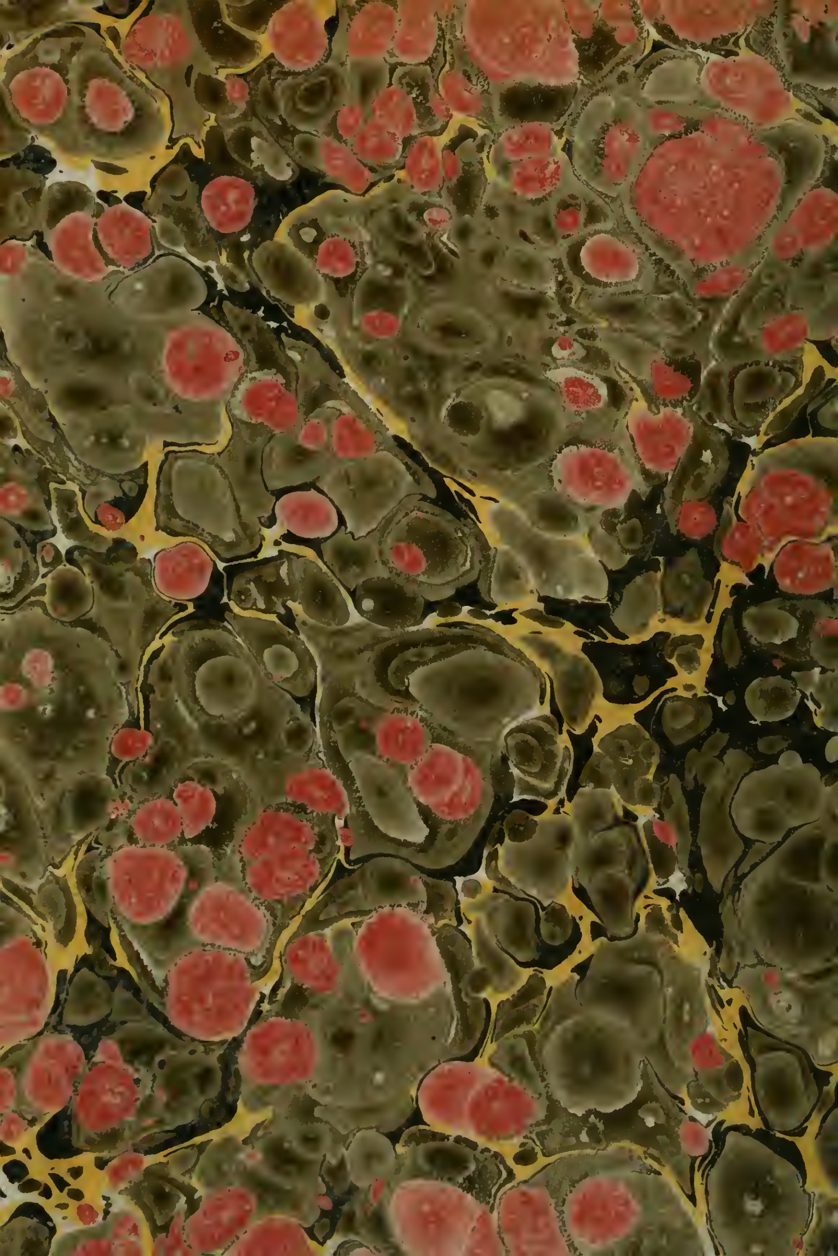
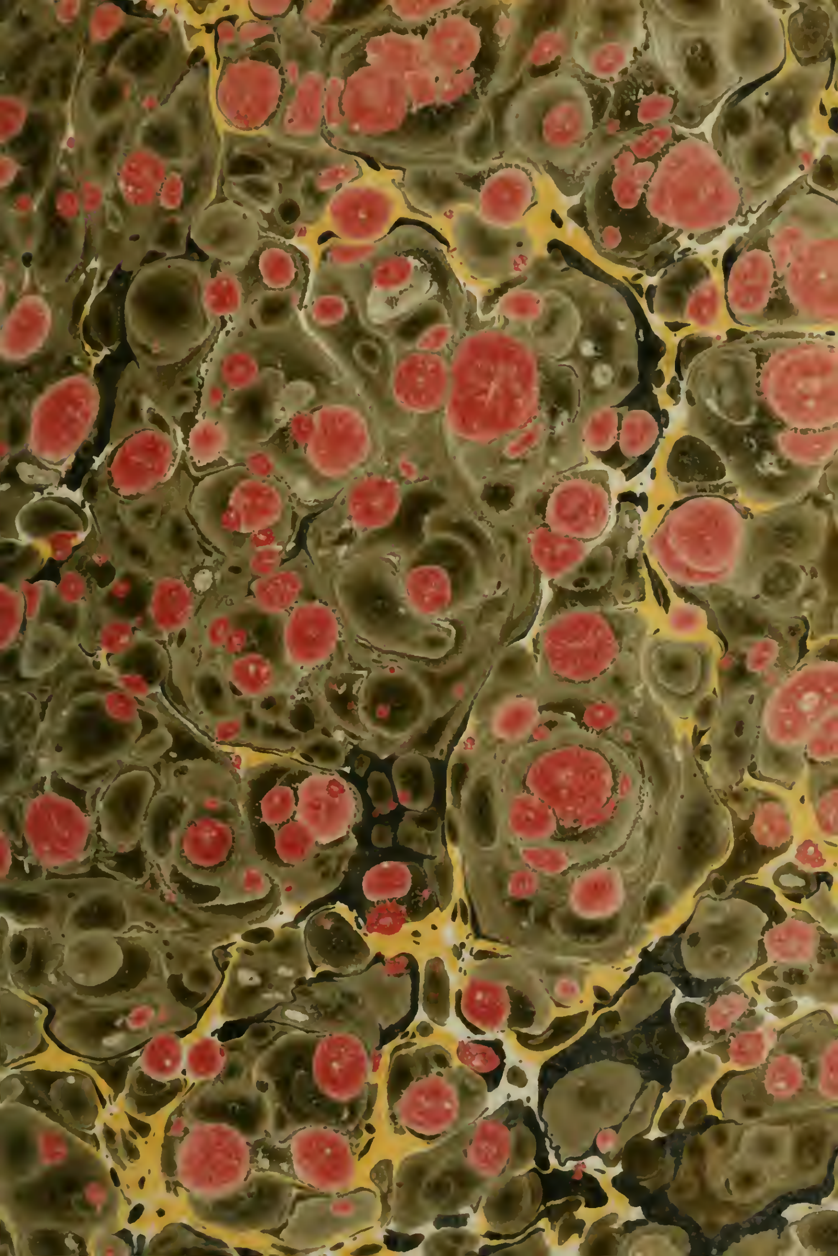






lithographies expressives, différentes de celles
s éditions françaises – (voir p. 17)

malheureusement il manque :

3 gravures au t. I
Toutes celles du t. II
3 au tome III
(elles ont été arrachées).

La dernière page du t. III est en partie
déchirée.

Voir tables "in fine" t. III

ALBUM

EL JUDIO ERRANTE.

TOMO PRIMERO.



Barceloma: 1845.

IMPRENTA DE D. JOSÉ DEVESA Y PUJADAS
CALLE DE SERRA NÚMERO 6.



EUGENIO SUE.

EL JUDÍO ERRANTE.

AL SEÑOR C. P.

Aceptad, mi querido Camilo, la dedicatoria de este libro: es un tributo de la amistad mas síncera y un testimonio de mi agradecimiento. No olvidaré jamas cuanto me han servido vuestros trabajos, fruto de una larga y hábil esperiencia, para esparcir aqui y alli (en mi modesta esfera de narrador) lgunos hechos consoladores ó terribles, mas ó menos íntimamente ligados con la cuestion de la *organizacion del trabajo*; cuestion árdua é importantísima, que muy pronto dominará á todas las demas, porque para el pueblo es una cuestion de vida ó de muerte.

Si en algunos episodios de esta obra he intentado demostrar la accion sumamente benéfica y práctica que un hombre de corazon noble y espíritu ilustrado puede ejercer en la clase trabajadora, os deberé sin duda este mérito.

Tambien os seré deudor si acierto á pintar en mi obra, por oposicion, las consecuencias espantosas del olvido de toda justicia y de toda caridad y simpatía hácia los que sumidos en las privaciones, en la miseria y el dolor, padecen en silencio, y solo reclaman el *derecho del trabajo*, es decir, un salario seguro y proporcionado á su dura fatiga y á sus módicas necesidades.

Sí, amigo mio; porque el tierno y respetuoso afecto que os ha consagrado esa multitud de obreros que empleais, y cuya condicion moral y material mejorais de dia en dia, es una de las escepciones raras y gloriosas que hacen mas deplorable aun el egoismo inteligente, á que con harta frecuencia se ve impunemente sacrificado un pueblo de trabajadores honrados y laboriosos.

Adios, mi querido amigo: si no se hallan los rasgos del talento en este libro que os dedico, á vos, que sois un artista tan eminente y uno de los hombres de mejor corazon y de entendimiento mas claro que conozco, se hallarán por lo menos tendencias saludables y convicciones generosas.

Paris 25 de junio de 1844.

Vuestro de corazon,

EUGENIO SUE.

PRÓLOGO.

LOS DOS MUNDOS.

El Océano polar rodea con una faja de hielos eternos los confines desiertos de la Siberia y de la América del Norte..... límite postrero de los dos mundos que están separados por el estrecho canal de *Behring*.

El mes de setiembre toca á su fin.

Acércase el equinoccio con sus tinieblas y sus tormentas boreales, y la noche va á terminar uno de los breves y lúgubres dias polares.

Por el cielo sombrío y amoratado, se estiende la débil luz de un sol sin calor, cuyo disco apenas se levanta del horizonte y parece pálido y ofuscado por el blanco resplandor de la nieve, que cubre hasta donde alcanza la vista de una inmensa llanura.....

Por el Norte termina este desierto en una costa erizada de rocas negras y gigantescas. La base de esta acumulacion tirá nica sujeta al Oceano petrificado, cuyas ondas inmóviles son otras tantas montañas de hielo, que esconden á lo lejos en la blanca niebla sus cumbres azuladas.

Al Este, entre dos puntas del cabo *Oulikinc*, confin oriental de la Siberia, se ve una línea verde oscura por donde se deslizan y mecen lentamente enormes masas de hielo.....

Es el estrecho de *Behring*.

Al otro lado se elevan y dominan el estrecho las masas de granito del cabo de *Galles*, último límite de la América septentrional.

Estas regiones desoladas no pertenecen al mundo habitable: el frio es en ellas tan terrible que las piedras se parten, los árboles se hienden y el suelo se abre y arroja por sus grietas algunas matillas de paja secas y heladas.

Parece que ningun ser humano puede penetrar en la soledad de esta region de frio y tempestades, de hambre y de muerte...

Sin embargo..... ¡cosa estraña! se ve la huella de unos pasos en la nieve que cubre estos desiertos, último linde de los dos continentes separados por el canal de *Behring*.....

Al lado de la tierra americana, las huellas pequeñas y ligeras indican el paso de una muger.....

Se ha dirigido hácia las rocas, desde donde se ven al otro lado del estrecho las

nevadas llanuras de la Siberia.

En el lado de la Siberia, las huellas son mayores y mas profundas, é indican el paso de un hombre.

Tambien se dirigió al estrecho.

Cualquiera diria que este hombre y esta muger se habian dirigido por camino opuesto á las estremidades del globo, con la esperanza de verse el uno al otro al traves del brazo de mar que separa los dos continentes.

Pero lo mas estraño es que este hombre y esta muger han cruzado la inmensa soledad en medio de una horrible tormenta.....

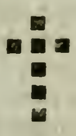
Algunos cedros negros y seculares, dispersos aqui y allá en el desierto como cruces en un cementerio, han sido arrancados é impelidos á gran distancia por la tempestad.

A este huracan furioso que desarraiga los árboles, que conmueve las montañas de hielo y las estrellas una con otras con el estrépito del rayo..... á estos horrores han hecho frente los dos viajeros.

Y han hecho frente sin desviarse un momento de la línea invariable que seguian, como se conoce por la huella de su marcha igual, derecha é inalterable.

¿Quienes son pues estos dos seres que así caminan impávidos por entre las convulsiones y el trastorno de la naturaleza?

Ya sea por acaso, por intento ó por fatalidad, en la suela herrada del hombre hay siete clavos salientes en forma de cruz:



En todas partes deja esta señal de sus pasos...

Esta honda impresion sobre la nieve tersa y dura, parecia la huella de un pié de hierro sobre un suelo de mármol.

Pero al triste dia siguió bien pronto una noche sin crepúsculo.

Noche fea y siniestra...

La brillante refraccion de la nieve deja ver la infinita llanura blanca, bajo una bóveda de azul tan sombrio que parece negro: las pálidas estrellas se pierden en la profundidad de la cúpula oscura y glacial.

Reina un silencio profundo y solemne...

Pero se vé una débil *luz* en el horizonte hácia el estrecho de *Behring*.

Al principio es esta luz suave y azulada como la que precede á la salida de la luna... Despues se aumenta su claridad, centellea y toma un color rosado.

Crece la oscuridad en los demas puntos del cielo, y apenas se distingue del negro firmamento la blanca estension del desierto.

En medio de las tinieblas se oyen ruidos confusos y estraños.

Parecía el vuelo torpe y pesado de grandes aves nocturnas que recorrian estraviadas la llanura.

Pero no se oye una voz ni un chillido.

Este silencio espantoso anuncia la procsimidad de uno de esos fenómenos imponentes que llenan de terror á todos los seres animados, desde los mas feroces hasta los menos ofensivos... Una aurora boreal, espectáculo magnífico y muy frecuente en las regiones polares, resplandeció de repente....

Vese en el horizonte una media esfera de refulgente claridad. Del centro de este foco esplendoroso salen inmensas columnas de luz, que elevándose á una altura inconmensurable iluminan el cielo, la tierra y el mar.... Reflejos ardientes como los de un incendio hieren la nieve del desiert

dan un color morado á las cumbres azuladas de los montes de hielo y cubren de un rojo sombrio las altas rocas negras de los dos continentes.

Despues de esta magnífica irradiacion, la aurora boreal fué perdiendo su brillo poco á poco, y su viva claridad se apagó en una niebla luminosa.

En aquel momento la costa americana, por consecuencia del singular efecto de este fenómeno frecuente en aquellas latitudes, aunque separada de la Siberia por un brazo de mar, se vió de repente tan cercana, que parecia poderse echar un puente del uno al otro lado.

En medio del vapor trasparente y azulado que cubria las dos tierras, aparecieron entonces dos figuras humanas.

En el cabo de la Siberia, un hombre arrodillado estendía los brazos hácia la parte de América, con una espresion de indecible congoja.

En el promontorio americano, una muger jóven y hermosa respondia á la actitud desesperada de este hombre mostrándole el cielo....

Estas dos grandes figuras fueron visibles por espacio de algunos segundos á la última luz de la aurora boreal.

Pero la niebla se fué condensando, y todo se sumergió en las tinieblas.

¿De donde venian estos dos seres que asi se encontraban en los hielos polares al estremo de los dos mundos?

¿Quienes eran estas dos criaturas que se vieron una á otra por un instante á una luz ilusoria, y que parecian separadas por una eternidad?

PARTE PRIMERA.

LA HOSTERIA DEL HALCON BLANCO.

I.

MOROK.

El mes de octubre toca á su termino.

Por mas que no hubiese aun anochecido, una lámpara de cobre con cuatro mecheros ilumina las hendidas paredes de un vasto desvan cuya única ventana está cerrada, y al que se sube por una escala que asoma por una trampa abierta.

Vense acá y allá esparcidas sin órden por el suelo cadenas de hierro, argollas ó collares con puntas agudas, cabezones con dientes de hierro, bozales erizados de clavos y largos punzones de acero con mango de madera. En un rincon se vé una estufilla portátil, parecida á las que usan los plomeros para derritir el estaño, y el carbon está amontonado alli sobre virutas secas; basta una chispa para encender aquellos combustibles.

No lejos de estos instrumentos siniestros, parecidos al ajuar de un verdugo, hállanse algunas armas pertenecientes á una época antigua. Sobre un cofre, al lado de petos, espaldares y brazaletes de hierro en buen uso y con sus correas, está estendida una cota de malla, de unos anillos tan flecsibles, y á la vez tan finos y compactos, que parece un delicado tejido de acero: un monton de armas y dos largas picas triangulares con astas de fresno, sólidas y lijeras, en que aun se notan

manchas de sangre, completan esta manoplia, algo rejuvenecida por dos carabinas tirolesas cargadas y cebadas.

En este arsenal de mortíferas armas y de instrumentos bárbaros, se halla mezclada de un modo estraño una coleccion de objetos muy diversos: cajitas con cristales que contienen rosarios, medallas, *Agnus dei*, pilas de agua bendita, imágenes de santos con sus marcos. En fin, un gran número de esos libritos impresos en *Friburgo* en grueso papel azul; en que se refieren diferentes milagros modernos, en que se cita una carta autógrafa de J. C. dirijida á un fiel, y en fin, en que se hacen para los años de 1831 y 1832 las mas terribles predicciones contra la Francia impía y revolucionaria.

De una de las vigas transversales del techo está colgada una de esas pinturas con que los titiriteros adornan la delantera de sus teatros ambulantes, sin duda para que no se estropee aquel cuadro teniéndolo mucho tiempo enrollado.

La pintura tiene esta inscripcion:

Verídica y memorable conversion de Ignacio Morok, apellidado el PROFETA, *acaecida en* 1828 *en Friburgo.*

Este cuadro de un tamaño mayor que el natural, de un color violento, y de un carácter bárbaro, se compone de tres partes, que representan en accion las tres fases importantes de la vida de dicho convertido, apellidado el *Profeta.*

En la primera, se ve un hombre con larga barba de un color rubio muy claro, rostro feroz, y vestido con pieles de rengífero, como los salvajes del norte de la Siberia: lleva una gorra de piel de zorro negro, coronada con una cabeza de cuervo; sus facciones espresan el terror; encorvado en su trineo que se desliza sobre la nieve tirado por seis grandes perros monteses, va huyendo de una multitud de zorros, lobos y osos monstruosos, que, con la boca abierta y erizada de formidables dientes, parecen capaces de devorar cien veces al hombre, á los perros y al trineo.

Al pie de esta parte se lee:

En 1810, *Morok es idólatra, huye de los animales feroces.*

En la segunda parte *Morok* vestido con la túnica blanca del catecúmeno, está de rodillas, con las manos cruzadas, delante de un hombre que lleva una larga sotana negra y alzacuello blanco; en un ángulo del cuadro, un ángel con rostro airado tiene en una mano una trompeta y en la otra una espada flamígera, y salen de su boca estas palabras en caractéres rojos sobre fondo negro.

Morok el idólatra huia de las fieras; las fieras huirán de Ignacio Morok, convertido y bautizado en Friburgo.

En efecto, en la parte tercera, el nuevo convertido aparece soberbio, triunfante con su largo ropon azul de pliegues flotantes: la cabeza erguida, la mano izquierda apoyada en la cadera y la derecha tendida, parece aterrar á una multitud de tigres, de hienas, osos y leones que con las garras recojidas y las dientes, se arrastran á sus pies sumisos y temerosos.

Al pie de esta última parte se lee en forma de conclusion moral:

Ignacio Morok se ha convertido: las fieras se arrastran á sus pies.

No lejos de estas pinturas, hállanse varios paquetes de libritos impresos tambien en Friburgo, en que se refiere el singular milagro con que el idólatra Morok, despues de convertido, adquirió súbitamente un poder sobrenatural, casi divino, de que no podian evadirse los animales mas feroces, como lo acreditaban diariamente los egercicios á que se entregaba

domando aquellos animales, menos por ostentar su valor y su audacia, que por glorificar al Señor.

A traves de la trapa abierta en el desvan salen exhalaciones de un olor feruno, acre, fuerte y penetrante.

Oyose por intérvalos un ronquido sordo y vigoroso, algunas aspiraciones profundas seguidas de un ruido como el de grandes cuerpos que se arrollan y se estienden sobre un entarimado.

En este desvan no hay mas que un hombre.

Este hombre es Morok, el domador de fieras, apellidado *el Profeta*.

Tiene cuarenta años, su estatura es mediana, sus miembros endebles, su estenuacion estrema; cúbrele un largo pellico color de sangre, forrado de negro: la vida de viajero que lleva desde su infancia ha tostado su rostro, naturalmente blanco, sus cabellos de ese color rubio apagado peculiar á ciertos pueblos de las regiones polares, caen rectos y tiesos sobre sus hombros; su nariz es afilada y aguileña; sus descarnadas mejillas están rodeadas de una larga barba de un rubio casi blanco.

Lo que da un aire estraño á la fisonomía de este hombre son sus párpados muy abiertos, que dejan ver una pupila roja rodeada siempre de un cerco blanco...... Esta mirada, fija y estraordinaria, ejercia una verdadera fascinacion en los animales, si bien no impedia al *Profeta* echar mano para domarlos del terrible arsenal esparcido en torno suyo.

Sentado delante de una mesa, acaba de abrir el doble fondo de una cajita llena de rosarios y otras chucherías semejantes, á estilo de los devotos, y en aquel doble fondo, cerrado con un resorte secreto, se hallan varias cubiertas de cartas selladas, sin mas sobrescrito que un número combinado con una letra del alfabeto. El *Profeta* coje uno de estos paquetes, lo mete en un bolsillo de su pellico, y luego cerrando el secreto del doble fondo, vuelve á poner su caja en una mesita.

Esta escena pasa á las cuatro de la tarde en la hostería del *Halcon Blanco*, única posada de la aldea de *Mockern*, situada cerca de Leispsik, viniendo del Norte hácia Francia.

Al cabo de algunos momentos conmovió el desvan un rugido ronco y subterráneo.

—¡Calla, *Judas*!

Dijo *el Profeta* con tono amenazador volviendo la cabeza hácia la trampa...

Oyóse entónces otro gruñido sordo, pero tan formidable como un trueno léjano.

—¡*Cain*! ¡calla!

Gritó Morok levantándose.

De repente resonó un tercer rugido de una ferocidad indecible:.

—¡*Muerte*, callarás!

Esclamó el profeta, y se precipitó hácia la trampa dirigiéndose á un tercer animal invisible que tiene el lúgubre nombre de *la Muerte*.

A pesar de la autoridad habitual de su voz, y á pesar de sus reiteradas amenazas, el domador de fieras no pudo restablecer el silencio; antes, por el contrario, se confundieron con los rugidos de las fieras los ladridos de varios perros.

Morok coje una pica, aproxímase á la escala, y va á bajar cuando ve salir un hombre de la trampa.

Este recien venido es de cara morena y tostada; trae un sombrero pardo de copa redonda y anchas alas, una chaqueta corta y un ancho pantalon de paño verde; sus polainas de cuero empolvadas anuncian que llega de un largo viaje, á las espaldas trae un morral pendiente de una correa—¡El diablo cargue con los ani-



Morok.

males!—esclamó al poner el pié en el piso;—cualquiera diria que me han olvidado en los tres dias de ausencia.... *Judas* ha sacado su pata por entre las barras de la jaula.... y *la Muerte* saltó como una furia... ya no me conocen.

Esto fué dicho en aleman.

Morok respondió en la misma lengua con un lijero acento estranjero...

—¿Buenas ó malas noticias, Karl? preguntó con inquietud.

—Buenas...

—¿Los has hallado?

—Ayer, á dos leguas de Wittemberg...

—¡Loado sea Dios!—esclamó Morok juntando las manos con una espresion de profunda satisfaccion.

—Es muy sencillo... De Rusia á Francia, es el camino forzoso: podian apostarse mil contra uno á que se les encontrab entre Wittemberg y Leipsik.

—¿Y las señas?

—Exactísimas; las dos jóvenes llevan luto, el caballo es blanco; el viejo tiene largos bigotes, una gorra azúl de cuartel, una sopalanda parda... y tras sí un perro de Siberia.

—¿Y los has dejado?

—A una legua... antes de media hora estarán aquí.

—Y en esta hosteria.... puesto que es la única del pueblo,—dijo Morok con aire pensativo.

—Y que está encima la noche, añadió Karl.

—¿Has hecho hablar al viejo?

—A él.... ¡no lo reflexionais bien!

—¿Cómo?

—Id á rozaros con él.

—Y porque razon...

—Imposible.

—¿Imposible? ¿por qué?

—Vais á saberlo.... Primero, los seguí ayer hasta la posada, aparentando encontrarlos por casualidad; dirigí la palabra en aleman al viejo, diciéndole lo que se acostumbra entre viajeros de á pié: *¡Buenos dias y feliz viaje, camarada!* Por toda respuesta me miró de soslayo; y con la punta del palo me enseñó el otro lado del camino.

—Es francés, y acaso no comprende el aleman.

—A lo menos lo habla tan bien como yo, porque al llegar á la posada le oí pedir al posadero lo necesario para él y para las jóvenes.

—Y en la posada no trataste aun de trabar conversacion con él.....

—Una sola vez.... pero me recibió tan brutalmente, que por no comprometerme no volví á la carga: y hablando aquí entre nosotros, debo advertiros que ese hombre tiene un aire diabólico; creedme, á pesar de su bigote cano, parece aun tan vigoroso y résuelto, aunque descarnado como un esqueleto, que no sé quien venceria en la lucha, si él ó mi camarada el gigante Goliath..... No conozco vuestros proyectos.... ¡Cuidado mi amo!....

—Mi pantera negra de Java era tambien muy vigorosa y maligna....

Dijo Morok con una sonrisa desdeñosa y siniestra.

—*¿La Muerte?* Ciertamente, y es aun vigorosa y maligna cual nunca..... Solo para vos es casi una oveja.

—Yo domaré del mismo modo á ese viejo, á pesar de su fuerza y brutalidad.

—¡Hum! ¡hum! desconfiad mi amo; sois hábil, tan valiente como el primero; pero creedme, no hareis nunca un cordero del lobo viejo que va á llegar aquí al instante.

—¿Acaso mi leon Cain, mi tigre Judas no se arrastran sumisos delante de mí?

—Ya lo creo, porque teneis esos medios que....

—Porque tengo *la fé*..... nada mas; y esto es todo.

Dijo imperiosamente Morok, interrumpiendo á Karl y acompañando estas palabras con una mirada tal, que aquel inclinó la cabeza y enmudeció.

—¿Porque aquel á quien el Señor sostiene en su lucha contra las fieras no seria tambien sostenido por él en la lucha contra los hombres.... cuando estos son perversos é impios?

Añadió el profeta con aire de triunfo é inspirado.

Sea por la creencia en la conviccion de su amo, ó porque no se creia capaz de entrar con él en una controversia sobre materia tan delicada, Karl respondió con humildad al profeta:

—Sois mas sabio que yo; lo que vos haceis debe estar bien hecho.

—¿Has seguido á ese viejo y á las dos jóvenes todo el dia?

Repuso el profeta al cabo de un momento de silencio.

—Sí, pero de lejos: como yo conocia bien el pais, tomé ya por el atajo atravesando el valle, ya por la montaña, siguiendo con la vista el camino en donde los distinguia siempre: la última vez que los he visto, me habia ocultado detrás del molino de agua de la tejera...Como estaban aun en medio del camino real y se acercaba la noche, aceleré el paso para tomarles la delantera y anunciaros lo que llamais una buena noticia.

—Buena, sí... muy buena... y merece una recompensa, porque si esas personas se me hubiesen escapado...

El profeta se estremeció, y no acabó la frase.

Adivinábase por la espresion de su rostro y el acento de su voz cuan importante creía la noticia que le daban.

—En realidad, repuso Karl, es menester mirarlo con atencion, porque ese correo ruso cubierto de galones que ha venido sin quitar el freno al caballo desde San Petersburgo á Leipsik en busca vuestra... tal vez era para...

Morok interrumpió bruscamente á Karl y añadió:

—¿Quién te ha dicho que la llegada de ese correo tiene relacion con esos viajeros? Te engañas, tú no debes saber mas que lo que yo te digo...

—En buenhora, señor amo; perdonadme, y no hablemos mas de ello... A propósito: voy á dejar mi morral para ir á ayudar á Goliath á dar de comer á las fieras, porque se acerca la hora de su cena, si es que no ha pasado ya. ¿Se habrá descuidado mi gran gigante?

—Goliath ha salido, debe ignorar tu regreso, y sobre todo es preciso que el viejo y las jóvenes no te vean aquí, pues les inspirarias sospecha.

—¿A dónde quereis pues que vaya?

—Te retirarás al caramanchon de la cuadra, en donde aguardarás mis órdenes, porque es imposible que salgas esta noche para Leipsik.

—Como querais; me quedan aun algunas provisiones en mi morral, y cenaré en el caramanchon miéntras descanso.

—Vete.....

—Señor amo, acordáos de lo que os he dicho; desconfiad del viejo del bigote cano, pues le tengo por muy resuelto: tengo buenas narices, debe ser mal compañero, desconfiad....

—No tengas cuidado.....yo desconfio siempre, dijo Morok.

—Entónces, Dios os dé fortuna, señor amo.

Y Karl tomando la escalera, desapareció lentamente.

Despues de haber hecho á su criado una seña de despida amistosa, el profeta se paseó un rato con aire de profunda meditacion: luego acercándose á la caja de doble fondo que contenia algunos papeles, cojió una carta bastante estensa que leyó varias veces con suma atencion.



Litografia de Ferrando Roca calle de la Libreteria. N.º 15

DAGOBERTO.

Levantábase de cuando en cuando para acercarse á la ventana cerrada que daba al patio interior de la hostería, y escuchaba con atencion, pues aguardaba con impaciencia la llegada de las tres personas que acababan de anunciarle.

II.

LOS VIAJEROS.

Mientras pasaba la escena de que hemos hablado en la hostería del *Halcon Blanco de Mockern*, las tres personas, cuya llegada tanto deseaba Morok, el domador de fieras, se aproximaban pacificamente por entre verdes praderas, que lindaban por un lado con un rio cuyas aguas movian un molino, y por el otro con el camino real que conducia al pueblo de Mockern, situado casi á una legua en la cima de una colina bastante elevada.

El cielo estaba sereno; solo interrumpia el profundo silencio de esta tranquila noche el ruido de la rueda del molino al caer en las espumosas aguas. Algunos sauces frondosos inclinados sobre el rio esparcian en él su verde y transparente sombra, y mas léjos, las aguas reflejaban con profusion el azulado zenit y los rojos celajes de Poniente que, sin las colinas que los separaban del cielo, el oro y el azul de las ondas se hubieran confundido en una capa brillante con el oro y azul del firmamento. Las altas cañas de la orilla inclinaban sus negros penachos al impulso de la brisa sutil que suele levantarse al caer del dia; el sol se escondia poco á poco detras de una ancha banda de purpúreas nubes con franjas de fuego.... El aire vivo y sonoro traia el sonido lejano de las campanillas de un rebaño.

Por un sendero practicado en la yerba de la pradera, dos jóvenes, casi infantiles pues acababan de cumplir quince años, cabalgaban en un caballo blanco de mediana talla, sentadas en una espaciosa jamuga en donde cabian cómodamente las dos por su delicada y pequeña estatura.

Un hombre corpulento, con la cara tostada y grandes bigotes canos, llevaba el caballo por la brida y de cuando en cuando volvia la cabeza hácia las jóvenes con un aire paternal y de respetuosa solicitud: apoyábase en un largo palo; en sus espaldas aun robustas, llevaba una mochila; sus empolvados zapatos y sus pasos algo lentos indicaban un largo viaje.

Uno de aquellos perros que los habitantes del Norte de la Siberia enganchan á los trineos, animal vigoroso, casi de la talla, forma y pelo de un lobo, seguia escrupulosamente los pasos del conductor de la pequeña caravana, soplando, como se dice vulgarmente, *los talones* de su amo.

Nada mas seductor que el grupo de las dos jóvenes.

La una sostenia con la mano izquierda las flotantes riendas, y con el brazo derecho ceñia la cintura de su dormida hermana, cuya cabeza descansaba sobre su hombro. Cada paso que daba el caballo imprimia á estos dos flexibles cuerpos una graciosa ondulacion y hacia balancear sus piececitos apoyados en una tabla que servia de estribo.

Estas dos hermanas gemelas se llamaban Rosa y Blanca, por un tierno capricho maternal: entonces eran huérfanas, segun lo atestiguaban sus tristes y enlutados vestidos á medio usar.

Como eran sumamente parecidas y de una misma talla, se necesitaba el continuo hábito de verlas para distinguir una de otra. El retrato de la que estaba despierta podia servir para las dos, y la sola diferencia que habia en ellas en aquel momento, era que Rosa velaba y egercia este dia las funciones de hermana mayor, funciones distribuidas asi en virtud de un capricho de su guia; viejo soldado del imperio y fanático por la disciplina, habia creido oportuno que las dos hermanas

alternasen en la subordinacion y en el mando.

Greuse se hubiera creido inspirado á la vista de aquellas dos preciosas cabezas, adornadas con tocas de terciopelo negro, de donde salia una profusion de espesos rizos de un cabello castaño claro, que ondeaban sobre el cuello, sobre los hombros, y caian por sus rollizos, colorados y tersos carrillos; un encarnado clavel humedecido aun con la escarcha no era comparable con sus floridos lábios de carmin; el tierno azul de la hierba doncella hubiera parecido sombrío comparado con el refulgente de sus ojos rasgados, en que se manifestaba la dulzura de su carácter y la inocencia de sus años; una pura y blanca frente, una pequeña nariz sonrosada y un hoyo en la barba contribuian á dar á estos graciosos rostros un admirable conjunto de candor y de bondad.

Era preciso verlas aun cuando, amenazadas de la lluvia ó la tempestad, el viejo soldado cubria cuidadosamente á las dos con un gran pellico y echaba sobre sus cabezas la vasta capucha de este vestido impermeable; entonces... nada era mas seductor que aquellas dos pequeñas, frescas y risueñas caras abrigadas bajo esta capa de color sombrio.

Pero la noche estaba pacífica y serena; la pesada capa cubria las piernas de las dos hermanas, y la capucha caia sobre la espalda de su jamuga.

Rosa seguia ciñendo con su brazo derecho la cintura de su dormida hermana, á quien contemplaba con una espresion de inefable y casi maternal ternura... porque *aquel dia* Rosa era la mayor, y una hermana mayor es casi una madre...

Aquellas huérfanas no solo se idolatraban, sino que por un fenómeno sicológico, frecuente entre los gemelos, sentian casi siempre simultáneamente; la emocion de la una se reflejaba al instante en la fisonomía de la otra; una misma causa las hacia estremecer y avergónzarse, ¡tan simultáneo era el latir de sus corazones! en una palabra, ingenua alegría, amargos pesares, todo entre ellas era mutuamente sentido y al momento participado.

Acometidas á un mismo tiempo en su infancia de una enfermedad cruel, como dos flores en un mismo tallo, habian sufrido á un mismo tiempo, pero tambien habian recobrado juntas sus frescos y puros colores.

¿Deberemos decir que los misteriosos é indisolubles lazos que unian á las dos gemelas, no se hubieran podido romper sin dar un golpe mortal á la existencia de estas dos pobres niñas?

Así, esa deliciosa pareja de aves llamadas inseparables, no pudiendo tener mas que una vida comun, se entristecen, sufren, se desesperan y mueren cuando una bárbara mano las separa.

El conductor de las huérfanas, hombre como de unos cincuenta años y de aire marcial; presentaba el tipo inmortal de los soldados de la república y del imperio; heróicos hijos del pueblo que llegaron a ser en una sola campaña los primeros soldados del mundo, para probar al orbe lo que puede, vale y hace este pueblo cuando sus verdaderos elegidos cifran en él su confianza, su fuerza y su esperanza.

Este soldado, guia de las dos hermanas, antiguo granadero de á caballo de la guardia imperial, tenia por nombre Dagoberto, en su fisonomia grave y severa habia una espresion de aspereza; sus bigotes canos, largos y poblados le ocultaban enteramente el labio inferior y se confundian con una espaciosa perilla que casi le cubria la barba; sus enjutos carrillos, color de ladrillo y curtidos como un pergamino, estaban esmeradamente afeitados; espesas cejas, todavía negras, cubrian casi sus ojos que eran de un azul claro;

sus arillos de oro tocaban casi á su cuello militar con vivo blanco, un cinto de cuero le sujetaba alrededor del cuerpo la supalanda de grosero paño pardo; y una gorra azul de cuartel con borla encarnada caida sobre el hombro izquierdo, cubria su calva cabeza.

Dotado en otro tiempo de una fuerza hercúlea, pero con un corazon de leon bueno y sufrido, porque era valeroso y fuerte, Dagoberto, á pesar de la aspereza de su fisonomía, prodigaba á las huérfanas una esquisita solicitud, una urbanidad delicada, y una ternura adorable y casi maternal; sí, maternal, porque en el heroismo del cariño, corazon de madre, corazon del soldado.

Dotado de una calma estóica, reprimiendo todo género de emociones, la inalterable serenidad de Dagoberto no se desmentia jamás; asi es que aun que nadie era menos chistoso que él, tenia á veces mucha gracia, en razon de la imperturbable seriedad con que hacia ó decia todas las cosas.

De cuando en cuando, y sin dejar de marchar, se volvia para hacer una caricia ó decir una palabra amistosa al buen caballo blanco en que iban las dos huérfanas, y cuya respetable edad se dejaba ver en sus hoyos y largos dientes. Dos profundas cicatrices, la una en un hijar, y la otra en el pecho, probaban que aquel animal se habia hallado en sangrientas batallas; asi es que sacudia algunas veces, no sin una apariencia de orgullo, su vieja brida militar, en cuyas chapas de cobre se veia aun el águila en relieve: su paso era regular, seguro y firme, su pecho fino, su gordura mediana, la abundante espuma que cubria su bocado manifestaba la robustez que adquieren los caballos con el trabajo, contínuo pero moderado, de un largo viaje á cortas jornadas; aunque hacia mas de seis meses que estaba en camino, el buen animal conducia tan alegremente como al principio del viaje á las dos huérfanas y una maleta bastante pesada sujeta á la grupa.

Si hemos hablado de los desmesurados dientes de este caballo (signo irrecusable de sus muchos años), es porque los enseñaba á menudo con el solo objeto de no desmentir su nombre *(Jovial)* y de gastar unas chanzas muy pesadas, de que era víctima el perro.

Este último llamado *Quitasolaces*, sin duda por hacer contraste con aquel, y que no se separaba de los talones de su dueño, se hallaba al alcance de *Jovial* que de cuando en cuando le cojia delicadamente por el lomo, le levantaba en el aire y lo llevaba así algunos instantes: el perro, protejido por su túpido pelo, y habituado hacia mucho tiempo á las jocosidades de su camarada, se prestaba á ellas con una complacencia estóica, solo que cuando la chanzoneta le parecia demasiado larga, *Quitasolaces* volvia la cabeza gruñendo. *Jovial* le comprendia con solo menear los labios y se apresuraba á soltarlo: otras veces sin duda por evitar la monotonia, *Jovial* mordiscaba ligeramente la mochila del soldado, el cual parecia habituado como el perro á sus jocosidades.

Estos pormenores darán á conocer la escelente armonía que reinaba entre las dos gemelas, el antiguo soldado, el caballo y el perro.

Avanzaba la pequeña caravana bastante impaciente por llegar antes de anochecer al pueblo de Mockern que se veia en la cima de la cuesta.

Dagoberto miraba de cuando en cuando en torno suyo y parecia evocar sus recuerdos; su rostro fué tomando un aire sombrío, y cuando estuvo cerca del molino que habia llamado su atencion, se paró y atusó repetidas veces sus largos bigotes con el dedo pulgar y el índice, única señal que revelaba en él una emocion fuerte y concentrada.

Habiendo hecho *Jovial* una parada súbita detras de su dueño, *Blanca* despertó sobresaltada y levantó la cabeza: buscó con la vista á su hermana á quien dirigió una dulce sonrisa y se hicieron una mútua señal de sorpresa al ver á *Dagoberto* inmóvil, con las manos cruzadas sobre su palo, como dominado por amargas reflexiones.

Las huérfanas se hallaban entonces al pié de un cerro poco elevado, cuya cima estaba oculta por las espesas ramas de de una encina secular plantada en medio de la pendiente.

Viendo Rosa á Dagoberto que continuaba inmóvil y pensativo, se inclinó sobre la jamuga y tocando con su linda y blanca mano en el hombro del soldado que estaba de espaldas, le dijo con dulzura.

—¿Qué es lo que tienes, Dagoberto?

El veterano se volvió, y las dos hermanas vieron con gran asombro una gruesa lágrima que se perdia en sus espesos vigotes despues de haber surcado su curtida mejilla.

—¡Tu lloras.... si!

Esclamaron Blanca y Rosa muy conmovidas.

—Te lo suplicamos... dínos lo que tienes....

Al cabo de un momento de duda, el soldado pasó su callosa mano por los ojos y dijo á las huérfanas con voz conmovida, mostrándoles la encina secular á cuya inmediacion se hallaban.

—Voy á entristeceros, mis pobres hijas... sin embargo lo que voy á deciros... es como una cosa sagrada..... ¡Y bien! hace diez y ocho años... la víspera de la gran batalla de Leipsik traje á vuestro padre al pié de este arbol... tenia dos sablazos en la cabeza.... y un balazo en el hombro... y aquí es en donde caimos prisioneros él y yo, pues por mi parte tambien habia recibido un lanzazo... y ¿quien me lo dió? un renegado... si, un francés, un marqués emigrado, que era coronel en el ejército ruso.... y que mas tarde... En fin, un dia.... ya os contaré todo esto....

Luego, despues de un rato de silencio, continuó el veterano señalando con su palo el pueblo de Mockern:—Si, si, bien me acuerdo, he allí las alturas en donde vuestro padre que nos mandaba á nosotros y á los polacos de la guardia, arrolló á los coraceros rusos despues de tomarles una batería.... ¡Ah! hijas mias... añadió sencillamente el soldado, ¡me alegraria que hubiéseis visto á vuestro bizarro padre, á la cabeza de nuestros granaderos de á caballo, cargar al centro enemigo por entre una granizada de balas de cañon! nada mas hermoso que su marcial continente.

Mientras Dagoberto espresaba á su manera sus pesares y recuerdos, las dos huérfanas se deslizaron suavemente del caballo, por un movimiento espontáneo, y fueron cojidas de la mano á arrodillarse al pié de la antigua encina.

Allí, estrechada una contra otra se echaron á llorar mientras que el soldado, en pié detrás de ellas, y con las manos cruzadas sobre un largo palo apoyaba en él su calva frente.

—Vamos... vamos, no hay que entristecerse, dijo con dulzura al cabo de algunos minutos viendo correr las lágrimas por las frescas mejillas de Rosa y Blanca que seguian de rodillas: puede que hallemos al general Simon en Paris, añadió; yo os esplicaré esto en la posada..... He aguardado de intento hasta hoy para deciros muchas cosas de vuestro padre: lleveba yo mi idea en esto..... porque este dia es como un aniversario.

—Lloramos, porque nos acordamos tambien de nuestra madre, dijo Rosa.

—De nuestra madre, á quien solo volveremos á ver en el cielo, añadió Blanca.

El soldado levantó á las huérfanas, las



Rosa y Blanca

cojió por la mano y mirándolas alternativamente con una espresion de inefable ternura á que daba cierto realce el contraste de su áspera fisonomía, dijo:

—No hay que entristecerse así, hijas mias. Vuestra madre era la mejor mujer del mundo... cierto. Cuando vivia en Polonia la llamaban la *Perla de Varsovia;* pero debieron llamarla Perla del mundo... Porque en todo el universo no seria posible hallar otra igual.... No.... no. La voz de Dagoberto se alteraba, guardó silencio y, segun costumbre, pasó sus largos bigotes por entre el dedo pulgar y el índice.

—Escuchad, hijas mias, añadió luego que hubo dominado su emocion, vuestra madre no podia menos de daros los mejores consejos ¿no es verdad?

—Si, Dagoberto.

—Y bien, ¿que os recomendó antes de morir? El pensar en ella con frecuencia, pero sin entristeceros.

—Es verdad; nos ha dicho que Dios, siempre bondadoso con las pobres madres que dejan sus hijos en este mundo, le permitiria oirnos desde el cielo, dijo Blanca.

—Y que ella tendria la vista siempre fija en nosotras, añadió Rosa.

En seguida las dos hermanas, por un movimiento espontáneo lleno de una gracia interesante, se cojieron de la mano, dirijieron al cielo su cándida vista y dijeron con la adorable fé de su edad:

—¿No es verdad, querida madre.... que nos estás viendo?.... ¿que nos oyes?

—Puesto que vuestra madre os ve y os oye, dijo Dagoberto conmovido, no le causeis mas pesar con estar tristes.... os lo ha prohibido.

—Tienes razon Dagoberto.

—No volveremos á estar tristes.

Y las huérfanas enjugaron las lágrimas.

Dagoberto, en cuanto á devocion, era un verdadero pagano: en España habia acuchillado con estremado placer á los monjes de todos colores y religiones que con el crucifijo en una mano y un puñal en la otra defendian no la libertad, (la inquisicion la tenia aherrojada hacia siglos), sino sus monstruosos privilegios. Sin embargo, Dagoberto hacia cuarenta años que asistia á espectáculos tan terribles y grandiosos; habia visto de cerca la muerte tantas veces, qúe rebosaba en su alma el instinto de *religion natural*, comun á todos los corazones sencillos y honrados. Así es que aunque no participaba de la consoladora ilusion de las dos hermanas, hubiera tenido por un crímen el atacarla en lo mas mínimo.

Viéndolas menos tristes, repuso:

—Eso es, queridas mias; mas quiero oiros charlar como esta mañana y ayer... riendo de cuando en cuando á hurtadillas, y no respondiéndome á lo que os preguntaba.... tan embebidas estabais en vuestra conversacion..... Si, si, señoritas..... Hace dos dias que parece teneis que ventilar juntas negocios importantes.... Tanto mejor, sobre todo si eso os divierte.

Las dos hermanas se ruborizaron, se miraron con una ligera sonrisa que contrastaba con las lágrimas de que aun tenian llenos los ojos, y Rosa dijo al soldado con algun embarazo:

—Te equivocas, Dagoberto, te aseguro que hablamos de bagatelas.

—Bien, bien, no quiero saber nada.... ahora bien, descansad todavia algunos momentos, y luego echemos á andar, porque se hace tarde, y tenemos que llegar á Mockern antes de anochecer.... para ponernos en camino mañana temprano.

—Tenemos aun mucho que andar? preguntó Rosa.

—¿Para llegar á Paris? Sí, hijas mias, unas cien etapas.... No marchamos lijeros, pero avanzamos.... y viajamos ba-

rato, porque nuestro bolsillo es pobre: un cuartito para vosotras, un jergon y una manta para mi á la entrada de vuestro cuarto, con mi *Quitasolaces* á los piés y una cama de paja fresca para el viejo Jovial, he ahí todos nuestros gastos de viaje; no hablo de la comida, porque no comeis entre las dos tanto como un pichon, y yo he aprendido en España y en Egipto á no tener hambre sino cuando uno podia....

—Y omites que para economizar aun mas, quieres preparar tu mismo sobre la marcha nuestra comida y que jamás nos dejas ayudarte.

—En fin, buen Dagoberto, cuando una piensa que casi todas las noches así que llegamos á la posada te pones á enjabonar.... como si esto no nos correspondiese á nosotras.... que....

—¿A vos?.... dijo el soldado interrumpiendo á Blanca, iria yo á permitir que se estropearan vuestras lindas manos con el jabon, no es verdad? Además, acaso el soldado en campaña no lava su ropa? Aquí donde me veis era el mejor lavandero de mí escuadron.. . y que bien sé planchar! ¿eh? sin alabarme.

—Lo cierto es que planchas bien, muy bien....

—Solo que á veces sueles chamuscar, dijo Rosa sonriendo.

—Cuando la plancha está demasiado caliente, cierto es... ¡qué diantre!... por mas que la acerco al carrillo.... tengo una piel tan dura que no siento su escesivo calor, dijo Dagoberto con imperturbable seriedad.

—No conoces que nos chanceamos, buen Dagoberto?

—Entonces, hijas mias, si conoceis que desempeño bien mi oficio de lavandero no dejeis de ser mis parroquianas, pues es mas barato, y viajando no debe despreciarse la menor economía, especialmente siendo pobres como nosotros, porque necesitamos á lo menos tener con que hacer el gasto hasta Paris..... nuestros papeles y la medalla que llevais harán el resto; á lo menos asi debemos esperarlo.

—Esta medalla es sagrada para nosotras..... nos la ha dado nuestra madre al morir.....

—Por lo mismo cuidado con perderla; aseguraos de cuando en cuando de que la conservais.

—Aquí está, dijo Blanca.

Y sacó de su seno una medalla de bronce que llevaba al cuello suspendida de una cadena del mismo metal.

Dicha medalla tenia en las dos caras las inscripciones siguientes:

VÍCTIMA
DE
L. C. D. J.
ROGAD POR MI.

—

PARIS
13 DE FEBRERO DE 1682.

EN PARIS,
CALLE DE SAN FRANCISCO N.° 3.
DENTRO DE SIGLO Y MEDIO
ESTARÉIS
Á 13 DE FEBRERO DE 1832.

—

ROGAD POR MI.

—¿Qué significa esto, Dagoberto? repuso Blanca considerando estas lúgubres inscripciones.—Nuestra madre no ha podido decírnoslo.

—Ya hablaremos de todo eso esta noche en la posada, respondió Dagoberto, marchemos, pues se hace tarde... guardad bien esa medalla, y caminemos; tenemos aun que andar cerca de una legua para llegar á la posada..... Vamos, mis pobres niñas, una mirada aun á ese cerro

en donde cayó vuestro valiente padre..... y á caballo ¡á caballo!

Las dos huérfanas echaron una mirada piadosa hácia el sitio que tan penosos recuerdos habia causado á su guia, y con la ayuda de éste montaron en *Jovial*.

Este animal venerable no habia tenido la menor idea de alejarse; pero como veterano de una prevision consumada, habia tratado de aprovechar los momentos, tomando *del suelo estranjero* una abundante comida de verde y tierna yerba, causando un poco de envidia á *Quitasolaces* cómodamente establecido en el prado con su hocico entre las patas delanteras; á la señal de marcha, el perro volvió á ocupar su puesto detrás de su amo; Dagoberto tanteando el terreno con el palo, llevaba el caballo por la brida con precaucion; porque cada vez iba siendo mas pantanosa la pradera; y al cabo de algunos pasos tuvo aun que oblicuar á la izquierda á fin de entrar en el camino real.

Cuando llegaron á Mockern, habiendo preguntado Dagoberto por la posada mas humilde del pueblo, le respondieron que no habia mas que una: la del *Halcon Blanco*.

—Vamos pues á la posada del *Halcon Blanco*, fué la respuesta del soldado.

III.

LA LLEGADA.

Impaciente Morok, el domador de fieras, habia abierto ya varias veces el postigo de la claraboya del desvan que daba al patio de la posada del *Halcon Blanco*, con el fin de atisbar la llegada de las dos huérfanas y del soldado; no viéndolos venir, empezó otra vez á pasearse lentamente, con los brazos cruzados y la cabeza baja, pensando en el medio de poner en ejecucion el plan que habia concebido; sin duda alguna sus ideas le preocupaban de un modo poco grato, porque su ceño parecia mas siniestro que de costumbre.

A pesar de su aspecto feroz, este hombre no carecia de alguna inteligencia; la intrepidez que manifestaba en su ejercicio que su diestra charlatanería atribuia á su reciente estado de gracia, un lenguaje místico y solemne y una austera hipocresía le habian dado cierta influencia en los pueblos que frecuentaba en sus peregrinaciones.

Es de creer que Morok se habia ya familiarizado con las costumbres de los fieles mucho tiempo antes de su conversion... En efecto, habiendo nacido en el Norte de la Siberia, habia sido en su juventud uno de los mas audaces cazadores de osos y de zorros; mas adelante, en 1810, abandonando esta profesion, para servir de guia á un ingeniero ruso encargado de ir á esplorar las regiones polares, le siguió á Petersburgo, en donde despues de algunas vicisitudes de fortuna, obtuvo el empleo de correo imperial; autómatas de hierro, á quienes el menor capricho del déspota lanza sobre un débil trineo por la inmensidad del imperio, desde la Persia hasta el mar Glacial. Para estas gentes que viajan noche y dia con la rapidez del rayo, no hay estaciones ni obstáculos, ni fatigas, ni peligros; proyectiles humanos, deben morir en su oficio ó cumplir su mision; asi es fácil concebir la audacia, el vigor y la resignacion de unos hombres habituados á semejante vida.

Es escusado decir ahora porque combinacion de circuntancias singulares abandonó Morok esta ruda carrera por otra profesion, y como entró finalmente de catecúmeno en un establecimiento religioso de Friburgo; en seguida, bien y debidamente convertido, empezó sus escursiones errantes con algunas fieras, cuyo orígen se ignoraba.

. . . .

Morok seguia paseándose en su desvan.

Ya habia anochecido, y las tres personas cuya llegada esperaba con tanta impaciencia, no parecian.

Sus pasos eran cada vez mas contenidos.

Paróse repentinamente, inclinó la cabeza hácia la ventana y se puso á escuchar. Este hombre tenia oidos tan finos como los de un salvaje.

—¡Ahí están! esclamó.

Y su feróz pupila reflejó una alegria diabólica. Acababa de reconocer el paso de un hombre y de un caballo.

Fué al postigo de su desvan, lo entreabrió con cuidado, y vió entrar en el patio de la posada á las dos jóvenes sobre el caballo y al viejo soldado que les servia de guia.

La noche era oscura y nebulosa; un viento recio hacia oscilar la luz de los faroles, á cuya claridad entraron estos nuevos huéspedes: las señas dadas á Morok eran tan exactas que no podia engañarse.

Seguro de su presa, cerró el postigo.

Despues de haber reflexionado todavia un cuarto de hora, sin duda para coordinar bien sus proyectos, se inclinó á la abertura de la trampa donde estaba la escala que servia de escalera, y llamó.

—¡*Goliath!*

—¿Mi amo? respondió una voz ronca:

—Ven acá.

—Aqui estoy... vengo de la carnicería con la carne.

Los travesaños de la escala crujiendo se movieron, y una enorme cabeza apareció por el nivel del suelo.

Goliath, llamado justamente así (tenia mas de seis pies y una conformacion hercúlea), era horrible; sus bizcos ojos estaban hundidos en una frente estrecha y saliente; sus cabellos y su barba, incultos, poblados y tiesos como crines, daban á su fisonomia un carácter bestial y salvaje; entre sus espaciosas mandíbulas, armadas de dientes en figura de garfios, traia por un estremo un pedazo de vaca cruda de diez ó doce libras, creyendo sin duda mas cómodo llevar de este modo la carne para utilizar sus manos al subir la escala que bamboleaba con su peso.

En fin, este enorme cuerpo salió enteramente de la trampa: por la gordura de sus brazos y de sus piernas, se inferia que este gigante podia luchar cuerpo á cuerpo y sin temor con un oso.

Llevaba un pantalon viejo, con rayas rojas guarnecido de badana, y una especie de casaca, ó mas bien de coraza muy espesa, desgarrada en varios sitios por las tajantes uñas de los animales. Cuando Goliath entró en el cuarto, aflojó sus garfios, abrió la boca y dejó caer la vaca lamiéndose despues sus bigotes con ansia.

Esta especie de mónstruo habia empezado, como otros muchos saltimbanquis, comiendo carne cruda en las ferias, mediante retribucion de los espectadores; y habiéndose despues habituado á este alimento de salvaje, y combinando su gusto con su interés, preludiaba en los egercicios de Morok, devorando delante de la multitud algunas libras de carne cruda.

—La racion de la *Muerte* y la mia están abajo, aqui está la de *Cain* y la de *Judas*, dijo Goliath enseñando el pedazo de vaca. ¿Donde está el machete?... lo dividiré en dos pedazos... sin preferencia ninguna... animal ú hombre, á cada boca... su carne...

Arremangóse al decir esto dejando al descubierto su brazo velludo como la piel de un lobo con unas venas tamañas como el pulgar.



Goliath.

—Vaya, veamos, mi amo, ¿donde está el machete? repuso buscando con la vista el instrumento.

El Profeta en vez de responder hizo mil preguntas á su acólito.

—¿Estabas poco hace abajo cuando han llegado á la posada algunos viajeros?

—Sí, mi amo: volvia de la carnicería.

—¿Quienes son esos viajeros?

—Son dos jovencitas sentadas sobre un caballo blanco: un viejo bonazo de grandes bigotes las acompaña..... Pero el machete.... los animales están rabiando de hambre... yo tambien... el machete.......

—¿Sabes... donde los han alojado?

—El posadero ha llevado á las jóvenes y al viejo hácia el fondo del patio.

—¿Al edificio que da al campo?

—Sí, mi amo, pero el...

Un concierto de horribles rujidos hizo temblar el desvan é interrumpió á Goliath.

—¿Oís? esclamó, el hambre enfurece á esas bestias... Si yo pudiese rugir, haria lo mismo que ellas.... Jamás he visto á *Judas* y á *Cain* como esta noche; dan unos saltos en la jaula, capaces de hacer la pedazos... En cuanto á la *Muerte*, sus ojos brillan mucho mas que nunca........ parecen dos candelas... ¡*Pobre Muerte*!

Morok, sin hacer caso de las reflexiones de Goliath, repuso:

—¿Con qué han alojado á las jóvenes en la parte del edificio que está en el fondo del patio?

—Sí, sí; pero por el amor del diablo, el machete. Desde que Karl se ausentó, tengo yo que hacerlo todo, y esto retarda nuestra comida.

—El bonazo del viejo se ha quedado con las jóvenes? preguntó Morok.

Admirado Goliath de que su amo, á pesar de sus instancias, no pensaba en la cena de los animales, miraba al profeta cada vez con mayor sorpresa.

—Responde, animal!...

—Si soy un animal, tambien tengo fuerzas de animal, y animal contra animal, no siempre quedo debajo, dijo Goliath de mal humor.

—Lo que te pregunto es si el viejo se ha quedado con las jóvenes, repitió Morok.

—Digo que no, respondió el gigante; el viejo, despues de haber llevado su caballo á la cuadra, ha pedido una cubeta y agua; se ha quedado en el portal, y á la luz del farol... está jabonando........ ¡un hombre con bigotes canos!...... ¡jabonar como una lavandera! eso es lo mismo que si yo diese alpiste á los canarios, añadió Goliath encogiéndose de hombros con desprecio... Ahora, que he respondido, mi amo, dejadme preparar la cena de las bestias; en seguida, buscando con la vista alguna cosa, repuso: pero ¿donde está el machete?

Despues de un meditativo silencio, el Profeta dijo á Goliath.

—No dés de comer esta noche á las fieras.

Al principio no entendió Goliath; efectivamente tan incomprensible era para él esta idea.

—¿Qué decís, mi amo? preguntó.

—Te prohibo que dés de comer esta noche á las fieras.

Goliath no respondió, abrió desmesuradamente sus vizcos ojos, juntó las manos y retrocedió dos pasos.

—¿Qué es eso? ¿no me oyes? dijo Morok. ¿Hablo claro ó no?

—¿No comer? ¡cuando tenemos aquí la carne, y cuando hemos retardado tres horas nuestra cena! esclamó Goliath con mayor sorpresa.

—¡Obedece... y calla!

—Sin duda quereis que esta noche suceda una desgracia......... ¡el hambre va á enfurecer á esos animales! y á mi tambien.

—¡Tanto mejor!

—¡Se pondran rabiosos!

—¡Tanto mejor!

—¡Como... tanto mejor!... Pero....

—Basta.

—Pero, por el pellejo del diablo, yo tengo tanta hambre como ellas.

—Come... ¿Quién te lo impide? ya tienes la cena dispuesta, puesto que la comes cruda.

—Yo no como nunca sin mis fieras.... ni ellas sin mi...

—Te repito que si tienes la osadía de dar de comer á las fieras......... te despido.

Goliath dió un gruñido sordo y tan ronco como el de los osos, mirando al profeta con aire admirado y colérico.

Morok, despues de haber dado sus órdenes, se puso á pasear en todas direcciones por su desvan con aire pensativo. En seguida, dirigiéndose á Goliath que seguia sumido en un profundo aturdimiento, le dijo:

—¿Te acuerdas donde está la casa del burgomaestre, donde he ido esta noche á refrendar mi carta de seguridad, y cuya mujer me ha comprado algunos libritos y un escapulario?

—Sí, respondió brutalmente el gigante.

—Anda á preguntar á su criada si podré encontrar de cierto á su amo mañana temprano.

—¿Para qué?

—Tal vez tendré que decirle alguna cosa importante; de todos modos, dile que le suplico que no salga antes de hablar conmigo.

—Bien está... pero las fieras... ¿no podré darles de cenar antes de ir á casa del burgomaestre? A la pantera de Java solamente... que es la que mas hambre tiene....... Vamos, mi amo, solamente á la *Muerte*. Para no hacerla esperar, yo tomaré solo un bocado. *Cain*, *yo y Judas* esperaremos.

—A esa es á la que precisamente te prohibo que dés de comer. Sí, á ella...... menos que á los demás.

—¡Por los cuernos del diablo! esclamó Goliath.... ¿que es lo que teneis hoy? No comprendo nada: ¡que lástima que no esté aqui Karl! él, que es tan malicioso, me ayudaria á comprender la razon que teneis para no permitir á las fieras que tienen hambre... que coman.

—No tienes necesidad de saberla.

—Y Kal, ¿volverá pronto?

—Ya ha vuelto.

—¿Y dónde está?

—Ha salido otra vez.

—Pero ¿qué es lo que sucede hoy aqui?... Alguna cosa hay: Karl sale, vuelve, sale otra vez... y...

—No se trata de Karl, sino de tí; aun que tan hambriento como un lobo, eres tan malicioso como una zorra, y cuando quieres... tanto como Karl...

Y al decir esto, Morok daba amistosamente palmadas en el hombro del gigante, mudando de fisonomía y lenguaje.

—¿Yo, malicioso?

—La prueba es que esta noche se pueden ganar diez florines... y que tú serás tan hábil que los ganes... estoy seguro de ello.

—A ese precio sí, soy malicioso, dijo el gigante sonriéndose con aire estúpido y satisfecho... ¿Qué hay que hacer para ganar esos diez florines?

—Ya lo verás... empieza por ir á casa del burgomaestre, pero antes de marchar, enciende el hornillo..... (Señalandóselo, Goliath con el dedo).

—Bien está, mi amo, dijo el gigante algo consolado del retardo de su cena con la esperanza de ganar diez florines.

—En ese hornillo pondrás á encender ese punzon de acero, añadió el profeta.

—Bien está, mi amo.

—Lo dejarás ahí, irás á casa del burgomaestre, y vendrás á esperarme.

—Está bien, mi amo.

—Cuidarás del fuego del hornillo.

—Bien está, mi amo.

Morok dió un paso en ademan de salir, pero mudando de parecer repuso:

—¿Dices que el viejo bonazo está jabonando en el portal?

—Si, mi amo.

—Cuidado con olvidar nada, el punzon de acero al fuego, el burgomaestre, y vuelve aquí á esperar mis órdenes.

Y diciendo esto, el profeta bajó del desvan por la trampa y desapareció.

IV.

MOROK Y DAGOBERTO.

Goliath no se habia engañado... Dagoberto jabonaba con la imperturbable seriedad con que hacia todas las cosas.

Nadie podrá estrañar esta aparente escentridad si se piensa en las costumbres de los militares en campaña; ademas, Dagoberto solo pensaba en economizar los cortos recursos de las huérfanas y evitarles todo género de cuidados y trabajo; así es que todas las noches al llegar á la posada se entregaba á una multitud de ocupaciones mugeriles. Por lo demas no se debe creer que empezaba su noviciado, pues muchas veces durante sus campañas se habia puesto á reparar con el mayor cuidado el daño y el desórden que un dia de batalla causa siempre en el uniforme de un soldado, porque no basta recibir algunos sablazos sino que es menester remendar el uniforme pues que el acero, al pellizcar la piel, hace en el vestido una abertura poco atenta.

Así, en la noche del dia siguiente de una batalla vemos á los mejores soldados (que siempre se distinguen por su buen aire marcial) sacar de su mochila ó de su maleta un pequeño estuche guarnecido de agujas, hilo, tijeras, botones y otros trebejos con el objeto de ocuparse en toda especie de compostura y zurcidos que causarian la envidia de la mas solícita muger de gobierno.

Seria imposible hallar mejor transicion para esplicar el nombre de *Dagoberto* dado á Francisco Baudoin (conductor de las dos huérfanas) al citársele como uno de los mas hermosos y valientes granaderos de á caballo de la guardia imperial.

Habíanse batido con calor todo el dia, sin ventaja decisiva... á la noche la compañía de nuestro hombre habia sido destacada de gran guardia, para ocupar las ruinas de un pueblo abandonado: colocadas las centinelas, la mitad de los soldados permaneció á caballo, y la otra pudo entregarse á algun reposo atando sus caballos á unas estacas. En esta ocasion, nuestro hombre habia cargado, sin recibir herida alguna, porque la sola *memoria* que conservaba era un profundo arañazo que un kaiserlitz le habia hecho en el muslo de un bayonetazo mal dirigido de abajo á arriba.

—¡Bandido! ¡mi calzon nuevo!

Esclamó el granadero viendo en su muslo un enorme desgarron que él vengó respondiendo con un *tajo* sabiamente asestado de alto á bajo que dividió en dos al austriaco. Si nuestro hombre manifestaba una indiferencia estóica al ver este siete hecho en su piel, no sucedió lo mismo con respecto al desastre que su grande uniforme habia tenido

Aquella misma noche, en el bivac, trató de remediar este accidente; sacando del bolsillo su estuche, y eligiendo su mejor hilo y aguja, y armando su dedo con el

dedal se puso á ejercer el sastre al reflejo del fuego del bivac, y habiéndose quitado antes sus grandes botas de montar, y despues sus calzones, los volvió para coserlos por dentro á fin de que el zurcido fuese mas disimulado.

Esta parcial desnudez pecaba algun tanto contra la disciplina; pero el capitan que hacia la ronda no pudo menos de reirse á la vista del viejo soldado, sentado gravemente en sus talones, con su gorra granadera en la cabeza, su gran uniforme encima de los hombros, las botas á su lado, los calzones sobre sus piernas, cosiendo y recosiendo con la imperturbabilidad de un sastre instalado en su costurero.

Repentinamente se oyó un tiro, y los centinelas se replegaron sobre el destacamento, gritando ¡á las armas!

—¡A caballo! esclamó el capitan con estentórea voz.

En un instante estuvieron montados todos los ginetes; el desgraciado zurcidor era guia de la primera fila, y no habiendo tenido tiempo para volver sus calzones, los metió por desgracia, bien ó mal, del revés, y no habiendo podido tomar ni ponerse las botas saltó sobre su caballo.

Una partida de cosacos, aprovechándose de la inmediacion de un bosque, habia intentado sorprender el destacamento; la pelea fué sangrienta, nuestro hombre trinaba de cólera, era muy apegado á sus *efectos*, y la jornada le fué fatal; ¡su calzon rasgado y sus botas perdidas! asi es que jamás sacudió con mas gana; un hermoso reflejo de luna iluminó la accion; la compañía pudo admirar el denodado valor del granadero que mató dos cosacos é hizo prisionero con sus manos á un oficial.

Despues de esta escaramuza, en la que el destacamento conservó su posicion, el capitan formó su gente en batalla y mandó al zurcidor que saliese de las filas con ánimo de felicitarle públicamente por su bella conducta. Nuestro hombre hubiera querido evitar esta ovacion, pero fué forzoso obedecer.

Júzguese de la sorpresa del capitan y de su gente al ver aquella enorme y severa figura adelantarse al paso de su caballo, apoyando sus desnudos piés en los estribos, con las piernas al aire y los pantalones al revés.

El capitan, admirado, se acercó, y acordándose de la ocupacion de su soldado en el momento del grito de alarma, comprendió el caso.

—¡Ah! taimado conejo, le dijo, ¡tú eres como el rey Dagoberto que se ponia los calzones al revés!

A pesar de la disciplina, los soldados soltaron la carcajada á esta broma del capitan. Pero nuestro hombre, tieso sobre su silla, con el dedo pulgar en el nudo de su brida perfectamente estirada, y con el puño de su sable descansando en el muslo derecho, conservó su imperturbable serenidad, dió media vuelta y se volvió á su fila sin pestañear, despues de haber recibido las felicitaciones de su capitan. Desde este dia, Francisco Baudoin recibió y conservó el sobrenombre de Dagoberto.

Hemos dicho que éste estaba en el portal de la posada ocupado en jabonar con gran admiracion de algunos bebedores de cerveza, quienes desde el salon comun donde se juntaban, le miraban con curiosidad.

En efecto era un espectáculo bastante singular.

Dagoberto se habia quitado su sopalanda parda y arremangado las mangas de la camisa, con mano vigorosa y sin descansar frotaba con jabon un pañuelo mojado, estendido en una tabla cuya estremidad inferior caia en un cubo lleno de agua: en su brazo derecho tenia pintados de rojo y azul algunos emblemas guerreros y se

veian dos profundas cicatrices en que cabia el dedo.

Los alemanes, al mismo tiempo que fumaban la pipa y vaciaban su jarro de cerbeza, podian con razon admirarse de la singular ocupacion de este venerable anciano de grandes bigotes, calvo y de áspera fisonomía, porque las facciones de Dagoberto tomaban una espresion dura y ceñuda cuando no estaba delante de las dos jovencitas.

La continua atencion de que era objeto empezaba á impacientarle, porque creia muy sencillo hacer lo que estaba haciendo.

En este mismo instante entró el profeta en el portal; al percibir al soldado se le quedó mirando con suma atencion durante algunos segundos, y acercándose en seguida le dijo en francés con tono bastante zumbon:

—Parece, camarada, que no teneis confianza en las lavanderas de Mockern.

Dagoberto, sin suspender su jabonado, frunció las cejas, medio volvió la cabeza, miró al profeta de soslayo y no respondió.

Admirado Morok de este silencio, repuso:

—No me equivoco.... sois francés, buen hombre, esas palabras que veo estampadas en vuestro brazo lo prueban bastante; y ademas por vuestro aire marcial, se puede inferir que sois un antiguo soldado del imperio. Así es, que para ser un héroe, me parece que rematais algo en muger.

Dagoberto permaneció mudo, pero se mordió un poco los bigotes é imprimió al pedazo de jabon con que frotaba el pañuelo *un vaiven* precipitado por no decir colérico; porque la cara y las palabras del domador de fieras le desagradaban mas de lo que él queria manifestar. El profeta léjos de impacientarse continuó:

—Estoy seguro, buen hombre, que no sois sordo ni mudo: ¿porqué no quereis responderme?

Dagoberto perdiendo la paciencia, volvió de pronto la cabeza, miró á Morok con ceño y le dijo con tono brutal:

—Ni os conozco, ni quiero conoceros; *dejadme* en paz... y siguió su ocupacion.

—Pero se hacen conocimientos bebiendo una copa de vino del Rin, hablaremos de nuestras campañas... porque yo tambien he visto la guerra.... os lo prevengo; este os hará ser un poco mas atento...

Las venas de la calva frente de Dagoberto se hincharon sobremanera, porque en los ojos y en el acento de su interlocutor hallaba cierto aire burlon y provocativo; sin embargo se contuvo.

—Os pregunto porqué no queréis beber conmigo una copa de vino.... hablaríamos de Francia.... donde he permanecido mucho tiempo.... ¡qué hermoso país! Así es que cuando me encuentro en alguna parte con franceses, me pongo contento,... sobre todo si manejan el jabon tan bien como vos... si yo tuviese una criada... la enviaria á vuestra escuela.

El sarcasmo no podia ser mas claro; la audacia y la fanfarronada se leian en las insolentes miradas del profeta. Dagoberto, pensando que con semejante adversario la querella podria ser séria, y queriendo á toda costa evitarla, cojió su cubo bajo el brazo y se fué con él al otro estremo del portal, creyendo poner término de este modo á una escena que apuraba vivamente su paciencia.

Un rayo de alegria brilló en los feroces ojos del domador de fieras. El cerco blanco que rodeaba su pupila pareció dilatarse; metió dos ó tres veces sus encorvados dedos en su larga y amarillenta barba, en prueba de satisfaccion, y en seguida se acercó otra vez al soldado, seguido de algunos curiosos que habian salido del salon.

Dagoberto, á pesar de su flema, admirado y furioso de la imprudente obstinacion del profeta, tuvo en un principio la idea de romperle en la cabeza la tabla de ja-

bonar, pero acordándose de las huérfanas, se resignó.

Morok, cruzando los brazos, le dijo con voz seca é insolente:

—Seguramente no sois un hombre atento.... ¡lavandero! En seguida volviéndose á los espectadores, continuó en aleman... Estoy diciendo á este bigotazos de francés que no es atento.... Ahora veremos lo que va á responder; tal vez será preciso darle una leccion; el cielo me preserve de ser pendenciero, añadió con compuncion, pero el señor me ha iluminado, yo soy obra suya, y por respeto á él, debo hacer respetar su obra....

Esta mística y atrevida peroracion fué aprobada por los curiosos; la reputacion del profeta habia llegado hasta Mockern: contaban al dia siguiente con una representacion, y este preludio les divertia mucho.

Dagoberto al oir la provocacion de su adversario, no pudo menos de decirle en aleman:

—Yo comprendo el aleman.... hablad en aleman, se os entenderá....

En esto salieron otros espectadores que se reunieron á los primeros y formaron un círculo al rededor de los dos interlocutores: la aventura iba siendo cada vez mas picante.

El profeta repuso en aleman:

—Decia que no sois atento, y ahora añadiré que sois un grosero impudente: ¿qué respondereis á esto?

—Nada, dijo Dagoberto con frialdad, pasando á jabonar otra pieza.

—¿Nada?.... repuso Morok.... eso es poca cosa; yo seria mas breve y responderia que cuando un hombre honrado tiene la atencion de ofrecer una copa de vino á un estranjero, este no tiene derecho á responder una insolencia.... y merece que se le enseñe á vivir.

Copiosas gotas de sudor caian de la frente y de los carrillos de Dagoberto: su espaciosa perilla temblaba á cada instante con movimiento convulsivo, pero se contenia: tomando por dos estremos el pañuelo que acababa de meter en el agua, lo sacudió, lo torció para esprimirlo y se puso á cantar entre dientes esta antigua cancion de cuartel:

De Tirlemont, taudion du diable,
Nous partirons demain matin.
Le sabre en main,
Disant adieu à... etc., etc.

Suprimimos el final de la copla por ser demasíado libre.

El silencio á que se condenaba Dagoberto le sofocaba: esta cancion le desahogó.

Morok, volviéndose á los espectadores les dijo con aire de hipocresía concentrada.

—Ya sabiamos nosotros que los soldados de Napoleon eran unos hereges que hacian pasar la noche á sus caballos en las iglesias, que ofendian al señor cien veces al dia, y que en recompensa han sido todos juntos desechos y ahogados en el Beresina como los soldados de Faraon; pero ignorábamos que el señor, para castigar á estos incrédulos, les habia quitado el valor, que era su única cualidad. Aquí teneis un hombre que ha insultado en mi persona á una criatura tocada por la gracia de Dios, sin querer entender que es mi voluntad que me pida perdon.... ó sino....

—¿O sino? repuso Dagoberto sin mirar al Profeta.

—Sino, me dareis una satisfaccion.... Ya os he dicho que yo tambien conozco la guerra; aqui ó en cualquier parte.... encontraremos.... dos sables, y mañana por la mañana, al despuntar el dia, detras de una pared podremos ver de que color es nuestra sangre... si la teneis en las venas.

Esta provocacion empezó á asustar un poco á los espectadores que no esperaban un desenlace tan trágico.

—¿Batiros? ¡bella idea! esclamó uno, para haceros encerrar uno y otro.... las leyes sobre el desafío son severas.

—Principalmente cuando se trata de estranjeros ó de gentes de poco mas ó ménos; repuso otro. Si el burgomaestre os sorprendiese con las armas en la mano, os meteria provisionalmente en jaula y antes de ser juzgados tendriais dos ó tres meses de cárcel.

—¿Seriais capaces de ir á denunciarnos? preguntó Morok.

—¡Seguramente que no! dijeron los paisanos... Componéos... este no es mas que un consejo de amigos... Aprovechadlo si quereis...

—¡Qué me importa á mi la cárcel! esclamó el profeta... Si encuentro solamente dos sables, veremos si yo pienso mañana por la mañana en lo que puede decir ó hacer el burgomaestre.

—¿Qué hariais con dos sables? preguntó Dagoberto con cachaza al profeta.

—Cuando tengais uno en la mano y yo otro ya lo veréis... ¡El señor manda que cada uno defienda su honor!

Dagoberto se encogió de hombros, hizo un lio de su ropa que puso en su pañuelo, limpió su jabon, lo metió con cuidado en una bolsita de hule, y en seguida silvando entre dientes su cancion favorita, dió un paso adelante.

El Profeta frunció las cejas y empezó á temer que su provocacion quedase solo en palabras. Dió dos pasos hácia Dagoberto, se colocó derecho delante de él como queriendo impedirle el paso, y en seguida cruzando los brazos y mirándole con amarga insolencia, le dijo:

—Con que un antiguo soldado del salteador Napoleon no es bueno mas que para lavandera y no quiere batirse?

—No, no quiere batirse, respondió Dagoberto con voz firme poniéndose sumamente amarillo.

Acaso el soldado no habia dado jamas á las huérfanas confiadas á su cuidado una prueba mas evidente de ternura y cariño. Para un hombre de su temple dejarse insultar impunemente de aquel modo y negarse á batirse, el sacrificio era inmenso.

—Con que sois un cobarde..... teneis miedo.... lo confesais.....

En este momento Dagoberto hizo, si puede decirse asi, un movimiento como si en el instante de abalanzárse al profeta le hubiese contenido una idea repentina...

Efectivamente, acababa de pensar en las dos jóvenes y en el funesto embarazo que podia poner á su viaje un desafio feliz ó desgraciado. Fué no obstante tan significativo, aunque instantáneo, su colérico estremecimiento; la espresion de su adusta y pálida fisonomía bañada en sudor fué tan imponente que retrocedieron un paso el profeta y los curiosos.

Signióse por algunos momentos un profundo silencio, y mediante un cambio repentino, el interes general recayó sobre Dagoberto. Uno de los espectadores dijo á los que le rodeaban:

—Seguramente este hombre no es un cobarde.

—Cierto que no.

—Algunas veces se necesita mas valor para rehusar batirse que para aceptar....

—Lo cierto es, que el profeta no tiene razon para insultar de este modo á un estranjero....

—Y como estrangero, si se batiese y llegasen á cojerle, tendria algun tiempo de cárcel....

—Y en fin, añadió otro, viaja con dos jóvenes. ¿Debe acaso batirse, en esta situacion, por una miseria? Si muriese ó

le prendiesen ¿que seria de esas pobres niñas?

Dagoberto se volvió á la persona que acababa de pronunciar estas palabras y vió á un hombre recio y de aire sencillo y franco; el soldado le alargó la mano y le dijo con voz conmovida.

—¡Gracias, caballero!

El aleman apretó cordialmente la mano que Dagoberto le ofrecia.

—Caballero, añadió teniendo en sus manos la del soldado, haced una cosa.... aceptad un bol de ponche con nosotros y obligaremos á este diablo de profeta á convenir que ha sido demasiado susceptible, y beber con vos...

El domador de fieras, desesperado hasta entonces del resultado de esta escena, porque esperaba que el soldado aceptase su provocacion, miró con un desprecio feroz á los que abandonaban su partido; pero á poco se serenó, y creyendo útil á sus proyectos ocultar su percance, dió un paso hácia el soldado y le dijo con bastante amabilidad.

— Vamos, obedezco á estos señores; conozco mi sinrazon, vuestra mala acojida me ofendió y no he podido contenerme.... repito que no he tenido razon.... añadió con concentrado despecho... el señor manda que seamos humildes... os pido perdon....

Esta prueba de moderacion y de arrepentimiento fué sumamente aplaudida y apreciada por los espectadores.

—Os pide perdon, buen hombre, nada teneis que decir á eso, repuso uno de ellos dirigiéndose á Dagoberto; vamos á beber juntos.... os hacemos esta oferta de todo corazon, aceptadla del mismo modo.

—Si, os rogamos que la acepteis, en nombre de nuestras preciosas jovencitas, dijo el gordo para decidir á Dagoberto.

Agradecido éste á las cordiales ofertas de los alemanes, les respondió:

—Gracias, señores... sois unas buenas gentes. Pero cuando se acepta, es menester ofrecer á su turno.

—¡Bien está! aceptamos..... convenidos.... cada uno á su turno.... es justo. Nosotros pagaremos el primer bol y vos el segundo.

—La pobreza no es un defecto, repuso Dagoberto. Asi debo deciros que yo no tengo dinero para convidaros: todavia nos queda mucho que andar y no debo hacer gastos inútiles.

El soldado pronunció estas palabras con tan sencilla dignidad y al mismo tiempo con un tono tan decidido, que los alemanes no se atrevieron á repetir su oferta, comprendiendo que un hombre del carácter de Dagoberto no podia aceptar sin humillarse.

—Lo siento, dijo el hombre gordo. Hubiera querido beber con vos. ¡Buenas noches, buen militar, buenas noches! Ya es tarde, y el dueño de la posada del *Halcon Blanco* nos va á poner á la puerta.

—¡Buenas noches, señores! dijo Dagoberto, dirigiéndose en seguida hácia la cuadra para dar á su caballo la segunda mitad del pienso.

Morok se acercó á él y le dijo con una voz cada vez mas humilde:

—Confieso mi falta; os he pedido perdon..... y nada me habeis respondido..... ¿estáis aun enfadado conmigo?

—Si llego á encontrarte... cuando mis niñas no necesiten mas de mí, dijo el veterano con voz sorda y sostenida, yo te diré dos palabras, y te prometo que no serán largas.

En seguida volvió de pronto la espalda al profeta, que salió muy despacio del patio.

La posada del *Halcon Blanco* formaba un paralelógramo. En uno de sus estremos estaba construido el edificio principal, y al otro los ordinarios donde habia

algunos cuartos que se alquilaban á precios bajos á los viajeros pobres: una puerta abovedada practicada en la pared de este cuerpo del edificio daba salida al campo; finalmente, en todas las paredes del patio se veian cocheras y cobertizos coronados de desvanes y boardillas.

Al entrar Dagoberto en una de estas cuadras, fué á tomar sobre un arca una racion de avena preparada para su caballo: la echó en un harnerillo y la cernió acercándose á Jovial.

Con gran admiracion suya, su viejo compañero no respondió con un alegre relincho al ruido de la avena en el harnero; llamó á Jovial con inquietud y con tono amistoso; pero este, en vez de volver á su amo sus inteligentes ojos y menear las manos, permaneció inmóvil.

El soldado se acercó cada vez mas sorprendido.

A la trémula luz de un farol de cuadra, vió al pobre animal en una actitud que anunciaba el espanto; los corvejones medio doblados, el cuello estirado, las orejas bajas, las narices hinchadas; tiraba de su ronzal como queriendo romperlo y alejarse de la pared á que estaba sujeto su pesebre y su rastrillo: un frio y abundante sudor jaspeaba su piel con azulados colores, y en vez de estender su liso y plateado pelo sobre el sombrío suelo de la cuadra, estaba *picado* por todas partes, es decir, herizado, oscuro; en fin, de cuando en cuando agitaban su cuerpo algunos estremecimientos convulsivos.

—¿Qué es eso? ¿qué es eso, viejo Jovial? dijo el soldado dejando en el suelo el harnerillo para acariciar á su caballo, ¡con qué eres como tu amo!... ¿Tienes miedo? añadió con tristeza pensando en la ofensa que se habia visto forzado á sufrir. Tú, que regularmente no eres cobarde, tienes miedo...

A pesar de las caricias y de la voz de su amo, el caballo seguia dando muestras de terror: sin embargo, aflojó su ronzal, acercó sus narices con temor á la mano de Dagoberto, oliéndola con ruido, como si dudase que fuese él mismo.

—¿No me reconoces? esclamó Dagoberto: ¡aquí sucede alguna cosa estraordinaria!

Y el soldado miró á todas partes con inquietud.

La cuadra era sombría y apenas estaba iluminada con el farol colgado en el techo entapizado con innumerables telarañas; al otro estremo, y separado de Jovial por algunos sitios marcados con palos, se veian los tres vigorosos y negros caballos del domador de fieras... que estaban tan tranquilos como Jovial temblando y asustado.

Dagoberto, admirado de este contraste singular, cuya esplicacion no tardaria en saber, acarició otra vez al caballo, que poco á poco se fué serenando con la presencia de su amo, á quien lamió las manos, frotó su cabeza contra él, relinchó lijeramente y le dió al fin, como siempre, mil pruebas de afecto.

—Vamos, así me gusta verte, mi viejo Jovial, dijo Dagoberto volviendo á tomar el harnerillo y echando su contenido en el pesebre. Vamos, come... buen apetito... Mañana tenemos una larga jornada... Si tu compañero *Quitasolaces* estuviese aquí... te tranquilizarias... pero está arriba con las niñas... en mi ausencia es su defensor... Vamos, en vez de mirarme... come...

Pero el caballo despues de haber revuelto la avena con la punta del hocico, como en ademan de obedecer á su amo, no volvió á tocarla mas, y empezó á tirar mordiscos en la manga de la sopalanda de Dagoberto.

—¡Ah! ¡pobre Jovial mio!... alguna cosa tienes, tú que ordinariamente comes

con apetito... para dejar tu avena... Esta es la primera vez que te sucede d{s 'e que nos hemos puesto en marcha, dijo el soldado sumamente inquieto, porque la continuacion del viaje dependia en gran parte del vigor y de la robustez de su caballo.

Un rugido espantoso y tan inmediato que parecia salir de la misma cuadra, causó tanta sorpresa á Jovial, que de un tiron rompió su ronzal, saltó la valla que marcaba su sitio, corrió hácia la puerta que estaba abierta y se escapó al patio.

Dagoberto no habia podido menos de estremecerse al oir este repentino, fuerte y feroz rugido que le esplicó el terror de su caballo.

La cuadra inmediata, ocupada por las fieras ambulantes del domador de fieras, solo estaba separada por el tabique donde se hallaban los pesebres; los tres caballos del profeta, habituados á estos ahullidos, permanecian sosegados.

—Bueno, bueno, dijo el soldado algo mas tranquilo: ahora comprendo: sin duda Jovial habia oido un ruido semejante: olia ahí los animales de ese insolente bribon; no era menester mas para asustarle..... añadió el soldado, juntando muy despacio la avena en el pesebre; poniéndole en otra cuadra, porque debe haberla aquí, no dejará su celemin, y podremos continuar la marcha mañana temprano.

El caballo azorado, despues de haber corrido y brincado en el patio, acudió á la voz del soldado, que le cojió por el cabezal; un mozo á quien Dagoberto preguntó si habia otra cuadra vacante, le inindicó una donde no cabia mas que un solo caballo, y en la que Jovial fué comodamente instalado.

Libre ya de sus feroces vecinos, el caballo se amansó y aun se divirtió mucho á espensas de la sopalanda de Dagoberto, quien gracias á estos gracejos hubiera podido aquella misma noche ejercer su talento de sastre, pero no pensó mas que en admirar la prontitud con que Jovial devoraba su pienso.

Tranquilizado enteramente, el soldado cerró la puerta de la cuadra, y se apresuró á ir á cenar con el objeto de reunirse despues con las huérfanas que ya se arrepentia de haber dejado solas tanto tiempo.

V.

ROSA Y BLANCA.

Las huérfanas ocupaban en una de las dependencias mas retiradas del edificio un cuarto malo y pequeño, cuya única ventana daba al campo. Una cama sin cortinas, una mesa y dos sillas componian el ajuar mas que modesto de este tabuco iluminado por un velon; la mochila de Dagoberto estaba sobre la mesa al lado de la ventana.

Quintasolaces, fiero mastin de Siberia, acostado junto á la puerta, habia prorumpido ya dos veces en un sordo gruñido, volviendo la cabeza á la ventana sin continuar, dejando suspensa esta manifestacion hostil.

Las dos hermanas, medio echadas en su cama, estaban envueltas en largos peinadores blancos abotonados hasta el cuello y los puños. No se habian puesto cofia; una cinta ancha de hilo sujetaba hasta las sienes sus hermosos y castaños cabellos, con el objeto de que no se enredasen durante la noche. Estos vestidos y esta especie de blanca guirnalda que ceñia su frente daban un aspecto mas cándido á sus frescas y delicadas fisonomías.

Las huérfanas hablaban y reian, porque á pesar de sus precoces disgustos conservaban la ingenua alegría propia de su edad: algunas veces las entristecia el recuerdo de su madre; pero esta tristeza, lejos de ser acerba, era mas bien una dulce melancolía que ellas alimentaban en vez de evitar; para ellas no habia muerto

esta madre siempre adorada... estaba ausente.

Casi tan ignorantes como Dagoberto en punto á prácticas religiosas, porque en el desierto en que habian vivido no habia iglesia ni eclesiásticos, creian únicamente, como ya se ha dicho, que Dios, justo y bueno, tenia tanta misericordia con las madres cuyas hijas vivian aun, que gracias á él podian verlas y oirlas siempre desde el cielo, de donde las enviaban algunas veces ángeles hermosos de la guarda para protegerlas.

Gracias á esta sencilla ilusion, las huérfanas, persuadidas de que su madre velaba continuamente sobre ellas, conocian que obrar mal seria affigirla y hacerse indignas de la proteccion de los ángeles.

A esto se limitaba la teologia de Rosa y de Blanca, teologia suficiente para aquellas tiernas y puras almas.

La noche de aquel dia las dos hermanas estaban hablando mientras venia Dagoberto.

Su conversacion las interesaba mucho, porque desde algunos dias antes tenian un secreto que muchas veces hacia latir su virginal corazon, agitaba su tierno pecho, cambiaba en encarnado el color de rosa de sus carrillos, y cubria á veces de inquieta y pensativa melancolia sus grandes ojos tan dulcemente azulados.

Aquella noche Rosa ocupaba el borde de la cama, teniendo sus rollizos brazos cruzados detras de la cabeza, que volvia algun tanto hacia su hermana, quien apoyada con el codo en la almohada, la miraba sonriéndose y la decia:

—¿Crees que todavia llegará esta noche?

—Sí, porque ayer.... nos lo ha prometido.

—Es tan bueno.... no faltará á su palabra.

—Y ademas tan bonito.... con sus largos y rubios cabellos rizados.

—Y su nombre... ¡qué nombre tan agradable... qué bien va á su cara!

—Y qué dulce sonrisa.... y qué voz tiene tan grata cuando nos dice cogiéndonos la mano: Hijas mias, bendecid á Dios por haberos dado una misma alma... Lo que hayais de buscar en los estraños, lo hallaréis en vosotras mismas...

Porque vuestros dos corazones forman uno solo... añadió.

—¡Qué dicha para nosotras el acordarnos de todas sus palabras, hermana mia!

—Estamos tan atentas... Mira, querido espejito, cuando te veo escuchándole, es como si me viera á mi misma hacer otro tanto, dijo Rosa riendo y dando á su hermana un beso en la frente. ¡Y bien! cuando habla, tus ojos... ó mas bien nuestros ojos, están muy abiertos; nuestros labios se mueven como si repitiésemos interiormente cada palabra que dice... Así no es estraño que no olvidemos nada de lo que habla.

—¡Y lo que dice es tan bueno, tan noble y tan generoso!

—Y ademas, ¿no es verdad, hermana mia? ¡á medida que habla nos hace concebir tan buenos pensamientos! Con tal que nos acordemos siempre...

—No tengas cuidado, se quedarán en nuestros corazones como pajaritos en el nido de su madre.

—Sabes, Rosa, que es una gran felicidad que nos quiera á las dos á un mismo tiempo.

—¿Cómo es posible querer á Rosa sin querer á Blanca?

—¿Y qué seria de la que quedase abandonada?

—Además, ¡le hubiera sido tan difícil escojer!

—¡Nos parecemos tanto!

—Para evitar este embarazo, dijo Rosa riendo, nos ha escojido á las dos.

—¿No es eso mejor? El es solo para amarmos... y nosotras dos para quererle.

—Con tal que no nos deje hasta Paris.

—Y que en Paris esté tambien con nosotras...

—En Paris es donde principalmente debe estar con nosotras... y con Dagoberto.... en sea ciudad tan grande... ¡Dios mio! ¡qué bueno debe ser esto, Blanca!..

—¿Paris?... debe ser como una ciudad de oro....

—Una ciudad donde todo el mundo debe ser feliz.... puesto que es tan hermosa...

—Pero nosotras que somos unas pobres huérfanas, ¿nos atreveremos á entrar solas?... ¡cómo nos mirarán!...

—Sí... pero supuesto que todo el mundo es feliz allí, tambien todo el mundo debe ser bueno.

—Y nos querrán...

—Y además, estaremos con nuestro amigo.... de cabellos rubios y de ojos azules.

—Todavía no nos ha dicho nada de Paris...

—No se le habrá ocurrido... Será preciso que le hablemos de ello esta noche.

—Si está de humor de hablar.... porque ya sabes que muchas veces parece que se complace en contemplarnos en silencio, con sus ojos clavados en los nuestros...

—Sí, y en esos momentos sus miradas me recuerdan algunas veces las de nuestra querida madre.

—Y ella... ¡qué feliz debe ser con lo que nos sucede!... puesto que nos ve.

—Si nos quiere tanto es porque sin duda lo merecemos...

—¡Calla, vanidosa! dijo Blanca poniéndose con mucho gusto á alisar con el estremo de sus espeditos dedos los cabellos de su hermana divididos sobre su frente.

Despues de un momento de reflexion le dijo Rosa:

—¿Te parece que debemos contárselo todo á Dagoberto?

—Si lo crees... hagámoslo...

—Se lo diremos todo, como hacíamos con nuestra madre... ¿á qué viene ocultarle nada?...

—Y sobre todo una cosa que es para nosotras una felicidad tan grande.

—¿No te parece que desde que conocemos á nuestro amigo, nuestros corazones laten con mas fuerza y prontitud?

—Si, parece que están mas llenos.

—Eso es muy sencillo, nuestro amigo tiene en él un puestecito tan grande.

—Por eso haremos bien en decir á Dagoberto cuan buena ha sido nuestra estrella.

—Tienes razon.

En este instante el perro dió otro gruñido sordo.

—Hermana mia, dijo Rosa estrechándose contra Blanca, ¿oyes como gruñe otra vez el perro? ¿qué es lo que sucede?

—¡*Quitasolaces!* no gruñas; ven aquí, repuso Blanca dando una palmadita en el borde de la cama.

El perro se levantó, dió otro gruñido sordo, y vino á poner sobre la colcha de la cama su grande é inteligente cabeza, mirando con atencion á la ventana; las dos hermanas se inclinaron hácia él para acariciar su espaciosa frente, cuyo Centro tenia una notable protuberancia, signo evidente de la suma pureza de su raza.

—¿Por qué gruñes de este modo, *Quitasolaces?* dijo Blanca tirándole dulcemente de las orejas.... ¿eh? ¡mi buen perro!

—¡Pobre animal! ¡está siempre tan inquieto cuando Dagoberto no está aquí!

—Es verdad, parece que sabe que entonces debe velar mas por nosotras.

—Hermana mia, me parece que Dagoberto tarda mucho en venir á darnos las buenas noches.

—Sin duda estará cuidando á *Jovial.*

—Esto me recuerda que tampoco hemos dado las buenas noches á *Jovial.*

—Lo siento.

—¡Pobre animal! parece tan contento cuando nos lame las manos.... Se podria creer que nos agradece la visita.

—Felizmente Dagoberto se habrá despedido de él por nosotras.

—¡Qué bueno es Dagoberto! siempre está ocupado en nuestras cosas; como nos mima.... Nosotras hacemos las perezosas y él carga con todo el trabajo.

—¿Cómo haremos...... para aliviarle?

—¡Qué desgracia el no ser ricas para asegurarle algun descanso!...

—¡Nosotras.... ricas! ¡Ay, hermana mia! jamás seremos mas que unas pobres huérfanas.

—Pero en fin ¿esta medalla?....

—Sin duda debe ser signo de alguna esperanza, sin esto no hubiéramos emprendido este largo viaje.

—Dagoberto nos ha prometido decírnoslo todo esta noche.

La jóven no pudo continuar.

Dos vidrios de la ventana saltaron con grande ruido. Las huérfanas, dando un grito de espanto, se arrojaron mútuamente una á los brazos de la otra, al mismo tiempo que el perro se avalanzó á la ventana ladrando con furia....

Las dos hermanas, pálidas, temblando é inmóbles de susto, contenian su respiracion sin atreverse á mirar hácia la ventana.

Quitasolaces, con las manos puestas en el plinto é irritado, no cesaba de ladrar.

—¡Ay!...¿Qué es esto? murmuraron las huérfanas, ¡y Dagoberto no está aquí!

En seguida Rosa esclamó de pronto cogiendo el brazo de Blanca:

—¡Escucha, escucha...alguno sube la escalera!

—¡Dios mio! me parece que no son los pasos de Dagoberto...¿oyes qué pasos tan pesados?

—¡*Quitasolaces!* ven aquí pronto...ven á defendernos, esclamaron las dos hermanas llenas de terror.

Efectivamente se oyeron algunos pasos estraordinariamente pesados en los sonoros escalones de madera, y en el sútil tabique que separaba el cuarto de la meseta, una especie de roce singular.

En fin un pesado cuerpo que cayó junto á la puerta, la conmovió con violencia.

Las jóvenes, sumamente asustadas se miraron sin decirse una palabra.

La puerta se abrió.

Era Dagoberto.

Rosa y Blanca, al verle se abrazaron con alegria como si hubiesen escapado de un gran riesgo.

—¿Qué teneis? ¿A qué viene ese miedo? les preguntó el soldado sorprendido.

—¡Oh! ¡si supieseis! dijo Rosa con voz balbuciente, porque su corazon y el de su hermana latian con violencía.

—¡Si supieras lo que acaba de suceder! Además no hemos reconocido tus pasos... Nos parecian tan pesados!..... y despues ese golpe... detras del tabique...

—Pero, medrosillas, yo no podia subir la escalera como si tuviera quince años, porque traía acuestas mi cama; es decir un jergon que acabo de echar junto á vuestra puerta para acostarme en él como siempre.

—¡Dios mio! ¡qué locas somos, hermana mia, en no haber pensado en esto! dijo Rosa mirando á Blanca.

Y estos dos preciosos rostros, que se habian demudado á un tiempo, recobraron juntos sus frescos colores.

Durante esta escena, el perro, de pié contra la ventana, no cesaba de ladrar.

—¿Por qué ladra tanto *Quitasolaces* hácia ese lado? dijo el soldado.

—No lo sabemos... acaban de romper los vidrios de la ventana, y esto es lo que nos asustó tanto al principio.

Dagoberto, sin responder una palabra, corrió á la ventana, la abrió precipitadamente, empujó la persiana y sacó la cabeza...

Nada vió..... mas que la obscuridad de la noche...

Aplicó el oido... y solo oyó el silvido del viento.

—¡*Quitasolaces!* dijo á su perro señalándole la ventana abierta, salta y busca.

El valiente animal dió un enorme brinco y desapareció por la ventana que esta ba solo á ocho pies del suelo.

Dagoberto, con la cabeza afuera, escitaba á su perro con la voz y el gesto.

—Busca, animal, busca..... Si encuentras á alguien, abalánzate... buenos garfios tienes..... no le sueltes hasta que yo baje.

Quitasolaces no halló nada.

Oíasele ir y venir olfateando por todas partes, dando á veces un ladrido ahogado como un sabueso que acecha.

—No hay nadie, valiente, porque si hubieses visto á alguno, ya le tendrias sujeto por la garganta..... en seguida, volviéndose hácia las jóvenes que escuchaban sus palabras y seguian sus movimientos con inquietud, les preguntó:

—¿Cómo han roto estos vidrios? ¿lo habeis visto, hijas mias?

—No, Dagoberto, estábamos hablando cuando oimos un ruido muy grande, y en seguida cayeron los vidrios en el cuarto.

—Me ha parecido, añadió Rosa, oir de pronto como un postigo que daba contra la ventana.

Dagoberto examinó la persiana y vió un gancho bastante grande que servia para cerrar por dentro.

—Ventea mucho; el viento habria empujado la persiana... y este gancho habrá roto los vidrios...

—Sí, sí, eso es... Además, ¿qué interés podia haber en esa mala accion?

En seguida dirigiéndose á *Quitasolaces*, le dijo:

—Vamos, animal, no hay nadie.

El perro respondió con un ladrido, cuyo sentido negativo comprendió sin duda el soldado, porque le dijo:

—Vamos, ven... dá la vuelta entera... y hallarás siempre una puerta abierta... tú no encuentras tropiezos...

Quitasolaces siguió este consejo: despues de haber gruñido algunos instantes al pié de la ventana, echó á correr para dar la vuelta á la casa y entrar en el patio.

—Vamos, tranquilizaos, hijas mias, dijo el soldado volviendo hácia las huérfanas, era solo el viento...

—Buen miedo hemos tenido, dijo Rosa.

—Yo lo creo... pero me parece que por esa parte puede entrar viento colado, y tendréis frio, dijo el soldado volviendo hácia la ventana que estaba sin cortinas.

Despues de haber procurado remediar este inconveniente, tomó de una silla la pellica de piel de zorro, colgóla en la falleba, y con los faldones tapó tan herméticamente como fué posible las dos aberturas que habian dejado los vidrios rotos.

—Gracias, Dagoberto...... que bueno eres... ya estábamos inquietas de tu tardanza.

—Es verdad..... has tardado mas de lo regular.

En seguida, Rosa notando entonces la palidez y alteracion de las facciones de Dagoberto, que estaba aun impresionado de su escena con Morok, dijo:

—Pero ¿qué tienes? ¡qué pálido estás!

—Yo, no, hijas mias. No tengo nada.

—Sí, créelo... Estás demudado... Rosa tiene razon.

—Os aseguro... que no tengo nada, respondió el soldado con bastante embarazo, porque sabia mentir poco; en seguida,

encontrando una escelente disculpa á su emocion, añadio... Si parece que tengo alguna cosa es a causa de vuestro miedo que me ha inquietado; en resumidas cuentas yo tengo la culpa...

—¿La culpa?

—Si, si hubiese tardado menos en cenar, hubiera estado aqui cuando se rompieron los vidrios... y os hubiera ahorrado un mal rato.

—Ahora estas aquí... ya no pensamos mas en eso...

—¡Como! ¿no te sientas?

—Si, hijas mias, porque tenemos que hablar, dijo Dagoberto acercando una silla y sentandose junto á la cabecera de la cama de las dos hermanas... Vamos, ¿estais dispiertas? añadió procurando sonreirse para tranquilizarlas....... Veamos, ¿esos grandes ojos están bien abiertos?

—Mira, Dagoberto, dijeron las niñas riéndose á su vez y abriendo con toda su fuerza sus ojos azules...

—Vamos, vamos, dijo el soldado... tiempo tiene de cerrarse, no son mas que las nueve.

—Tambien nosotras tenemos algo que decirte, Dagoberto, repuso Rosa despues de haber consultado a su hermana con la vista.

—¿De veras?

—Un secreto que decirte.

—¿Un secreto?

—Si.

—Pero mira, un secreto muy importante... mucho, añadió Rosa, con suma formalidad.

—Un secreto que nos concierne á las dos, repuso Blanca.

—¡Como hay Dios! yo lo creo; lo que concierne á la una concierne á la otra. ¿Acaso no sois siempre, como se dice, dos cabezas bajo un mismo gorro?

—Caramba, asi es; cuando tu cubres nuestras cabezas con la capucha de tu pellica.... dijo Rosa riendo.

—Ven ustedes; ¡burlonas! siempre teneis un motivillo; veamos, señoritas, esos secretos, puesto que los hay.

—Habla, hermana mia, dijo Blanca.

—No, señorita, a quien toca hablar es á Vd. Hoy está Vd. de *faccion*, como hermana mayor, y una cosa tan importante como un secreto, segun decís, toca de derecho a la mayor... Vamos, ya os escucho, dijo el soldado esforzandose en reir para ocultar mejor á las niñas la impresion que aun le habia quedado de los ultrajes que el domador de fieras le habia hecho impunemente.

Rosa, *la mayor de faccion*, como decia Dagoberto, fué quien habló por ella y por su hermana.

VI.

LAS CONFIANZAS.

—Primeramente, mi buen Dagoberto, dijo Rosa con cariñosa gracia, puesto que vamos á hacerte nuestras confianzas, es preciso que nos prometas que no nos reñirás.

—¿No es verdad...... que no reñirás á tus niñas? añadió Blanca con no menos cariño.

—Concedido, respondió gravemente Dagoberto, en razon á que no sabré como hacerlo... Pero ¿por qué os habia de reñir?

—Porque tal vez hubiéramos debido hacértelas antes...

—Escuchad, hijas mias, respondió sentenciosamente Dagoberto, despues de haber reflexionado un instante sobre este caso de conciencia; una de dos, ó habeis tenido ó no razon en ocultarme alguna cosa... en el primer caso, habeis hecho muy bien; en el otro, ya está hecho; así no hablemos mas de esto. Vamos, empezad, ya os escucho.

Rosa, tranquilizada enteramente con esta luminosa decision, repuso sonriéndose con su hermana:

—Figúrate, Dagoberto, que durante dos noches consecutivas hemos tenido una visita....

—¡Una visita!...

El soldado se enderezó de pronto en su silla.

—Sí, una visita muy agradable... porque es rubio...

—¡Como diablos!... ¡es rubio!

Esclamó Dagoberto sobresaltado.

—Rubio....... con ojos azules, añadió Blanca.

—¡Como diablos!.......... ¡ojos azules!

Y Dagoberto dió otro brinco en su silla.

—Si, ojos azules.... grandes como esto......

Repuso Rosa poniendo la punta del dedo índice de la mano derecha en medio del correspondiente del de la izquierda.

—¡Caramba! ¡tan grandes como esto!.... y exagerando las cosas, el veterano señaló toda la estension de su antebrazo.... Aunque fueran de este tamaño, no importaria..... Un rubio, y con ojos azules...... ¡Vaya! señoritas, ¿qué significa esto?

Dagoberto se levantó esta vez con aire severo y sumamente inquieto.

—¡Ah! ¿lo ves Dagoberto? ya empiezas á regañar.

—¡Como! ¿desde el principio? añadió Blanca.

—¿Al principio? ¿con què hay algo mas? ¿un final?

—¿Un final? esperamos que no...

Y Rosa empezó á reir como una loca.

—Lo que únicamente deseamos es que dure siempre, añadió Blanca participando de la alegria de su hermana.

Dagoberto seguia mirando con mucha seriedad á las dos jóvenes, procurando adivinar este enigma; pero cuando vió sus deliciosas caras graciosamente animadas con una risa franca é ingénua, reflexionó que no estarian tan alegres si tuviesen algo de que acusarse, y no pensando mas que en regocijarse de ver á las huérfanas tan contentas en medio de su precaria posicion, dijo:

—Reid... reid, hijas mias, ¿me gusta tanto veros reir!

En seguida, creyendo que, á pesar de esto, no debia responder precisamente de aquel modo á la singular confesion de las niñas, añadió con voz elevada:

—Sí, me gusta veros reir, pero no cuando recibís visitas de rubios con ojos azules, señoritas; vamos, confesad que soy un loco en escuchar lo que me estàis contando... quereis burlaros de mí... ¿no es verda d

—No; lo que te decimos es cierto.... muy cierto...

—Ya lo sabes... jamas hemos mentido, añadió Rosa.

—Tienen Vds. razon, sin embargo..... jamas mienten,—dijo el soldado volviendo á sus perplejidades...—Pero, ¿cómo diablos ha sido posible esa visita? Yo duermo á la parte de afuera delante de la puerta de vuestro cuarto, y *Quítasolaces* al pié de la ventana; todos los rubios y ojos azules no podrian entrar mas que por una ó por otra, y si hubieran tratado de hacer un ensayo, nosotros, *Quitasolaces* y yo que tenemos los oidos finos, hubiéramos recibido estas visitas... ó nuestro modo... Pero, veamos, niñas, hablemos con formalidad, esplicáos.

Las dos hermanas viendo por la espresion de la fisonomía de Dagoberto que estaba realmente inquieto, no quisieron abusar mas tiempo de su bondad. Miráronse mútuamente, y Rosa cojiendo con

sus pequeñas manos la ruda y espaciosa del veterano, le dijo:

—Vamos... no te inquietes; te contaremos las visitas de nuestro amigo... Gabriel.

—¿Empezais otra vez? ¿con qué hay un nombre?

—Ciertamente un nombre, ya te lo decimos... *Gabriel*...

—¡Qué bonito nombre! ¿no es verdad Dagoberto? ¡Oh! ya verás, tú querrás como nosotras á nuestro lindo Gabriel.

—Querré á vuestro lindo Gabriel, dijo el veterano encojiéndose de hombros; querré á vuestro lindo Gabriel... segun, porque ántes es menester que yo sepa... (En seguida interrumpiéndose)... Es cosa singular... añadió... Esto me hace recordar una cosa...

—¿Qué, Dagoberto?

—Hace quince años que mi mujer me decia en su última carta que me trajo vuestro padre, al volver de Francia, que á pesar de estar muy pobre y de que tenia ya á nuestro Agricol, que iba creciendo cada dia mas, acababa de recojer á un pobre niño abandonado, que tenia una cara de querubin, llamado Gabriel.... y aun no hace mucho tiempo que he recibido algunas noticias de él.

—¿Y por quién?

—No tardaréis en saber todo eso.

—Ya ves; puesto que tú tambien tienes tu Gabriel, es una razon mas para querer al nuestro.

—El vuestro.... el vuestro.... veamos, ¿quien es el vuestro?... Estoy en brasas.

—Ya sabes, Dagoberto, repuso Rosa, que Blanca y yo tenemos la costumbre de dormirnos con las manos enlazadas.

—Si, si, así os he visto muchas veces en la cuna.... Como estabais tan preciosas no me cansaba de miraros.

—Pues bien, hace dos noches que acababamos de dormirnos cuando vimos....

—¡Con que estabais soñando!... esclamó Dagoberto, ¡soñando! puesto que estabais dormidas.

—Si, soñando.... ¿Como querias que fuese de otro modo?

—Deja que hable mi hermana.

—Enhorabuena, dijo el soldado dando un suspiro de contento; enhorabuena.... Ciertamente, de todos modos yo estaba bien tranquilo.... porque en fin.... no importa.... ¡Un sueño! mejor es eso... Continuad, Rosita.

—Luego que nos dormimos, soñamos una misma cosa.

—¿Las dos? ¿una misma cosa?

—Si, Dagoberto, porque á la mañana del dia siguiente al dispertarnos nos contamos lo que acabábamos de soñar.

—¿Una y otra?... ¡Cosa estraordinaria! ¿y ese sueño que os decia, hijas mias?

—En este sueño, Blanca y yo estábamos sentadas una junto á otra, y vimos entrar un ángel muy hermoso que tenía una túnica blanca muy larga, cabellos rubios, ojos azules, y una cara tan bonita y tan buena que juntamos nuestras manos como para adorarle.... Entonces nos dijo con una voz muy dulce, que se llamaba Gabriel, que nuestra madre le enviaba para ser nuestro ángel custodio, y que no nos abandonaria jamás.

—Y despues... añadió Blanca, cojiéndonos una mano á cada una é inclinando hácia nosotras su bello rostro, nos estuvo mirando largo tiempo y en silencio, con mucha bondad... con tanta bondad, que no podíamos separar nuestros ojos de los suyos.

—Si, repuso Rosa, y nos parecia que sus miradas nos atraian sucesivamente, ó nos llegaban al corazon.... Despues, Gabriel nos dejó, con gran sentimiento nuestro, diciéndonos que á la noche siguiente le veriamos otra vez.

—¿Y volvió?

—Sin duda; ya te figuras con qué impaciencia esperariamos el momento de quedarnos dormidas, para ver si nuestro amigo volviera á buscarnos durante nuestro sueño.

—Hum... esto me hace recordar que antes de ayer os frotabais lindamente los ojos, señoritas, dijo Dagoberto rascándose la frente.... apuesto que era para despedirme antes y empezar á soñar mas pronto.

—Si, Dagoberto.

—Lo cierto es que no podiais decirme como á *Quitasolaces*: ¡vete á acostar, Dagoberto!.... ¿Y el amigo Gabriel volvió?

—Ciertamente, pero esta vez nos habló mucho, y nos dió en nombre de nuestra madre tan buenos y escelentes consejos, que á la mañana siguiente Rosa y yo pasamos todo el tiempo en recordar las menores palabras de nuestro ángel custodio... su cara... y sus miradas.

—Esto me hace recordar, señoritas, que ayer chuchoteabais mucho durante el camino.... y que cuando yo os decia blanco, me respondiais negro....

—Si, Dagoberto, pensábamos en Gabriel.

—Y desde entonces le queremos tanto como él á nosotras.

—Pero ¿es solo para vosotras dos?

—Y nuestra madre ¿no era sola para las dos?

—Y tú, Dagoberto, no eres tambien solo para nosotras?

—¡Teneis razon!.... ¡Vaya! ¿sabeis que concluiré por tener celos de ese jóven?

—Tú eres nuestro amigo durante el dia, y él durante la noche.

—Entendámonos: si hablais de dia y soñais de noche, ¿qué es lo que me queda á mi?

—Te quedarán.... ¡tus dos huérfanas, que tanto te quieren! dijo Rosa.

—Y que no tienen mas que á tí en el mundo, ñaadió Blanca con voz cariñosa.

—¡Hum! ¡hum! eso es, mimarme... Vamos, hijas mias, añadió tiernamente el soldado... estoy contento con mi parte... y os concedo á Gabriel; bien seguro estaba de que yo y *Quitasolaces* podiamos dormir á pierna suelta... Ademas, esto no tiene nada de estraño: vuestro primer sueño os impresionó, y á fuerza de charlar le habeis vuelto á tener; asi no estrañaré que veais por tercera vez á ese pájaro nocturno.

—¡Oh! Dagoberto. ¡no te burles! esos son solo sueños.... pero nos parece que nuestra madre nos lo envía. ¿No nos decia que las niñas huérfanas tienen ángeles custodios?.... ¡Pues bien! Gabriel es nuestro ángel custodio; y nos protegerá y á ti tambien.

—Sin duda alguna es una atencion de su parte el pensar en mi; pero, hijas mias para ayudarme á defenderos prefiero á *Quitasolaces*; no es tan rubio como el ángel, pero tiene mejores dientes, y esto es mas seguro.

—¡Qué pesado eres con tus bromas, Dagoberto!

—Es verdad, de todo te ries.

—Sí, es un prodigio, como soy alegre... me rio como el viejo Jovial, sin aflojar los dientes. Veamos, niñas, no me riñais; en resumidas cuentas no tengo razon, la idea de vuestra madre está unida á este sueño; haceis bien en hablar de ello con formalidad. Y además... añadió con aire grave... algunas veces¡ no falta verdad en los sueños... En España, dos dragones de la emperatriz, camaradas mios, soñaron, la víspera de su muerte, que serian envenenados por los frailes... Si continuais soñando tan obstinadamente con ese buen ángel Gabriel... es porque... porque... en fin, por-

que os divierte... ¡Teneis tan pocas diversiones durante el dia! á lo menos tened un sueño... divertido; ahora, hijas mias, yo tambien tengo muchas cosas que deciros, trataremos de vuestra madre; prometedme que no os entristecereis.

—No tengas cuidado, cuando pensamos en ella no estamos tristes, sino sérias.

—¡Enhorabuena! temiendo afligiros, he retardado siempre el momento de deciros lo que vuestra pobre madre os hubiera confiado cuando salieseis de la niñez; pero ha muerto tan pronto que no ha tenido tiempo; y además lo que tenia que deciros la despedazaba el corazon, y á mí tambien; yo retardaba todo lo posible el haceros estas confianzas, y habia hecho ánimo de no hablaros de nada antes del dia que atravesamos el campo de batalla donde vuestro padre fué hecho prisionero... Con esto ganaba tiempo... pero ya ha llegado el momento de dejar á un lado las tergiversaciones.

—Ya te escuchamos, Dagoberto, respondieron las jóvenes con aire pensativo y melancólico.

El veterano despues de un corto silencio durante el cual se recogió un poco, dijo á las jóvenes:

—Vuestro padre, el general Simon, hijo de un artesano que permaneció tal, porque á pesar de todo lo que el general pudo hacer y decir, el buen hombre se empeñó en no dejar su oficio: cabeza de hierro y corazon de oro del mismo modo que su hijo: ya conocereis hijas mias, que si vuestro padre, despues de haber sentado plaza de simple soldado, llegó á general... y á conde del imperio... no ha sido sin penas ni gloria.

—¿Conde del imperio? ¿y qué quiere decir eso, Dagoberto?

—Una tontería... un título que el emperador daba además del grado, diciendo al pueblo que le amaba, porque habia salido de él... ¡Niños! ¿queréis jugar á la nobleza como los antiguos nobles? ya sois nobles, ¿queréis jugar á los reyes? ya sois reyes.... probad de todo.... ¡niños! nada os basta!... regalaos...

—¡Reyes! dijeron las niñas juntando sus manos con admiracion.

—Todo lo mejor que hay en materia de reyes..... ¡Oh! no era escaso en dar coronas, ¡el emperador!... He tenido un compañero de cama, soldado valiente, que es ahora rey; eso nos lisonjeaba, porque en fin cuando no era el uno, era el otro; lo cierto es que á ese paso vuestro padre llegó á ser conde; era el mejor mozo y el general mas valiente del ejército.

—Era buen mozo, ¿no es verdad, Dagoberto? nuestra madre lo decia siempre.

—¡Oh! sí; pero por ejemplo, era precisamente todo lo contrario de vuestro rubicundo ángel custodio. Figuraos un moreno soberbio: en gran uniforme era capaz de deslumbraros y de inflamar vuestro corazon.... Con él se hubiera podido dar una carga hasta al mismo Dios.... si Dios lo hubiera mandado, por supuesto; se apresuró á añadir Dagoberto, como un correctivo, no queriendo ofender en nada la sencilla fé de las huérfanas.

—Y nuestro padre era tan bueno como valiente ¿no es verdad, Dagoberto?

—¡Bueno! hijas mias, ¡él! ¡yo lo creo! hubiera doblado una herradura con sus manos con tanta facilidad como vos podeis doblar un papel; y el dia que cayó prisionero, habia acuchillado á los artilleros hasta en sus cañones.... Con un valór y una fuerza semejante, ¿cómo quereis que no fuese bueno? Hace casi diez y nueve años que aquí cerca.... en el sitio que os he enseñado antes de llegar á este pueblo, el general, que estaba peligrosamente herido, cayó del caballo..... yo le seguia como su ordenanza, y corrí á su socorro. Cinco minutos despues fui-

mos hechos prisioneros, ¿y por quién?... por un francés.

—¿Un francés?

—Si, un marqués emigrado, coronel al servicio de Rusia...... respondió Dagoberto con amargura..... Así, cuando ese marqués dijo al general adelantándose hácia él « *Rendios á un compatriota....* »—Un francés que se bate contra la Francia no es mi compatriota.... es un traidor, y yo no me rindo á un traidor, respondió el general; y herido como estaba, se fué casi arrastrando hasta un granadero ruso, á quien entregó su espada, diciéndole: « ¡A vos es á quien me rindo, valiente! » El marqués se puso pálido de rabia.

Las huérfanas se miraron con orgullo, sus mejillas se sonrosaron vivamente, y esclamaron:

—¡Oh! ¡padre valiente.... padre valiente!

—¡Hum! Estas niñas.... dijo Dagoberto pasándose la mano por sus bigotes con orgullo ¡bien se conoce que corre por sus venas sangre de soldado! En seguida repuso: hénos ya prisioneros. El último caballo que montaba el general habia sido muerto: para seguir su camino, montó en Jovial, que aquel dia no salió herido; llegamos á Varsovia, y allí fué donde conoció á vuestra madre; la llamaban la *Perla de Varsovia*: con esto está dicho todo. Así es que él, que gustaba de todo lo bueno y hermoso, se enamoró de ella al instante: ella le correspondió, pero sus padres habian prometido su mano á otro... y este.... era tambien....

Dagoberto no pudo continuar.

Rosa dió un agudo grito, señalando á la ventana con espanto.

VII.

EL VIAJERO.

Al grito de la jóven, Dagoberto se levantó de pronto.

—¿Qué teneis, Rosa?

—Allí.... allí, dijo señalando á la ventana.

—Me parece haber visto una mano que meneaba la pellica.

Apenas acabó Rosa de pronunciar estas palabras cuando Dagoberto echó á correr á la ventana.

Abrióla con violencia, despues de haber quitado la capa que estaba colgada en la falleba.

La noche seguia muy lóbrega y hacia mucho viento.

El soldado aplicó el oido, y no oyó nada....

Volviendo para tomar la luz, procuró alumbrar por la parte de afuera, cubriendo la llama con la mano.

Tampoco vió nada.

Creyendo que una ráfaga de viento habia movido la pellica, y que Rosa habia tenido un miedo infundado, volvió á cerrar la ventana.

—Tranquilizáos, hijas mias...... Hace mucho viento, y este es el que habrá hecho mover el estremo de la capa.

—Me parece haber visto bien unos dedos que la levantaban, dijo Rosa, que estaba aun temblando.

—Dagoberto, yo he mirado y no he visto nada, repuso Blanca.

—Ni tampoco habia que ver; hijas mias, eso es una cosa muy sencilla; la ventana está, lo menos, á ocho piés del suelo: se necesita ser un gigante para llegar á ella, ó tener una escalera para subir, y no habido tiempo de quitarla, puesto que en el momento que Rosa ha gritado, he echado á correr y no he visto nada, con todo y haber sacado la luz.

—Me habré engañado, dijo Rosa.

—Ya lo ves, hermana mia, es el viento, añadió Blanca.

—Entónces, perdona que te haya incomodado, mi buen Dagoberto.

No importa, repuso el soldado reflexionando, siento que no haya vuelto aun *Quitasolaces*, porque hubiera vigilado la ventana, y esto os hubiese tranquilizado; pero sin duda, oliendo la cuadra de su compañero Jovial, habrá ido á darle las buenas noches al paso, tengo gana de ir á buscarle.

—¡Oh! no, Dagoberto, no nos dejes solas! esclamaron las niñas, tendríamos mucho miedo.

—Ciertamente, *Quitasolaces* no puede ya tardar; estoy seguro que antes de mucho tiempo le oiremos arañar la puerta... ¡Vaya! continuemos nuestra relacion, añadió Dagoberto sentándose á la cabecera de la cama de las dos hermanas, pero vuelto á la ventana:

—Ya tenemos al general prisionero en Varsovia y enamorado de vuestra madre, á quien querian casar con otro, repuso el soldado. En 1814 supimos la conclusion de la guerra, el destierro del emperador á la isla de Elba y la vuelta de los Borbones, que, de acuerdo con los prusianos y con los rusos que los trajeron á Francia, desterraron al emperador á dicha isla; vuestra madre al saber esta noticia dijo al general: *La guerra está ya concluida, sois libre, el emperador, á quien debeis todo, es desgraciado; id á buscarle... yo no sé cuando nos volveremos á ver, pero mi mano no será de nadie mas que vuestra, me encontrareis hasta la muerte.....* El general, antes de partir, me llama: Dagoberto, me dijo, quédate aquí, la señorita Eva necesitará tal vez de tí para sustraerse á su familia, si la atormentan demasiado: nuestra correspondencia pasará por tus manos: en Paris veré á tu mujer y á tu hijo, y los tranquilizaré.... les diré que tú eres para mi... un amigo.

—Siempre el mismo, dijo Rosa enternecida y mirando á Dagoberto.

—Tan bueno con el padre y con la madre como con las hijas, añadió Blanca.

—Querer á unos es querer á las otras, respondió el soldado. Ya tenemos al general en la isla de Elba con el emperador, y yo en Varsovia, oculto en las inmediaciones de la casa de vuestra madre, recibiendo las cartas y llevándoselas en secreto..... En una de estas cartas, hijas mias, el general me decia que el emperador se habia acordado de mí.

—¡De tí! ¡con que te conocia!

—Me lisonjeo que un poco: «¡Ah! ¡Dagoberto! dijo á vuestro padre que le hablaba de mi, un granadero de á caballo de mi antigua guardia... soldado de Egipto y de Italia, acribillado de heridas, *un viejo cazurro* á quien yo puse con mis manos la cruz en Wagram... no le he olvidado...»

¡Caramba! hijas mias, cuando vuestra madre me leyó esto... lloré como un animal.....

—El emperador... ¡que bello rostro de oro tenia en tu cruz de plata con la cinta colorada que tu nos enseñabas cuando éramos buenas!

—Ello es, que tambien esta cruz, dada por él, es para mí una reliquia, y allí está en mi mochila, con todo lo mas precioso que tengo, con nuestro bolsillo y nuestros papeles... Pero volviendo á vuestra madre, esta se consolaba con las cartas que yo la llevaba, y con hablar conmigo, porque padecia; ¡oh! sí, mucho, y por mas que sus padres la atormentaban, y se encarnizaban con ella, siempre respondia, *no me casaré jamas sino con el general Simon.* ¡Noble muger! resignada, pero animosa, causaba admiracion! Un dia recibió una carta del general en la que decia que habia salido de la isla de Elba con el emperador: hé aqui la guerra que vuelve á empezar: en esta campaña de Francia, principalmente en Montmi-

rail, hijas mias, vuestro padre se bate como un leon, igualmente que su cuerpo de ejército; aquello no era ya valentía... sino rabia; me dijo que los paisanos de Champaña habian matado tantos, tantos prusianos, que sus campos han tenido abono para muchos años: ¡hombres, mugeres y niños, todos les iban al alcance! Hoces, piedras, picas, todo era bueno para aquella matanza..... ¡verdadera batida de lobos!...

Y las venas de la frente del viejo soldado se hinchaban; sus carrillos se inflamaban; este heroismo popular le recordaba el sublime arrojo de las guerras de la república, y aquellos levantamientos en masa en que habia tenido parte; primer paso de su vida militar.

Las huérfanas, hijas de un soldado y de una madre valerosa, se enternecieron al oir estas palabras en vez de asustarse de su rudeza; su corazon latia con mas vigor, y sus colores se animaron.

—¡Qué dicha para nosotras ser hijas de un padre tan valiente! esclamó Blanca.

—¡Qué dicha!... y qué honor, hijas mias! porque la noche del combate de Montmirail el emperador, con gran satisfaccion de todo el ejército, nombró á vuestro padre en el campo de batalla *duque de Ligny y mariscal de Francia.*

—¡Mariscal de Francia! dijo Rosa admirada, sin comprender bastante el valor de estas palabras.

—Duque de Ligny! repuso Rosa sorprendida tambien.

—¡Sí, Pedro Simon, hijo de un artesano, *duque y mariscal!* Es menester llegar á rey para ser mas, repuso Dagoberto con orgullo... Hé aquí como trataba el emperador á los hijos del pueblo, por eso tenia en su favor á todo el pueblo, por mas que le decian á ese pueblo: pero tu emperador te ha convertido en *carne para el cañon.*

«¡Vaya! otro me haria *carne para mi-*
«*seria*, respondia el pueblo, que no es
«tonto; prefiero el cañon y aventurarme
«á ser capitan, coronel, mariscal, rey ó
«inválido: esto es mejor que morir de
«hambre, de frio y de vejez en la paja
«de su desvan, despues de haber traba-
«jado cuarenta años para otros.»

—Y dime, Dagoberto, en Francia y en Paris, en esa ciudad tan hermosa... ¿hay tambien desgraciados que mueren de hambre y de miseria?

—Tambien en Paris... Sí, hijas mias; asi es que yo soy del mismo parecer; prefiero el cañon, porque puede uno llegar, como vuestro padre, á ser duque y mariscal; cuando digo duque y mariscal, tengo y no tengo razon, porque despues no le han reconocido el título ni el grado, porque de resultas de la batalla de Montmirail... hubo un dia de luto... en que soldados tan viejos como yo, me decia el general, lloraron, sí, lloraron... la noche de la batalla; ese dia, hijas mias..... se llama Waterloo.

Estas sencillas palabras de Dagoberto tenian una espresion tan profunda de tristeza, que las huérfanas se enternecieron.

—En fin, repuso el soldado suspirando, hay dias aciagos, aquel lo fué... El general cayó en Waterloo cubierto de heridas, á la cabeza de una division de la guardia. Apenas restablecido, para lo cual se necesitó mucho tiempo, pidió ir á Santa Elena... otra isla al estremo del mundo donde los ingleses llevaron al emperador para atormentarle á sus anchuras; porque si fué feliz al principio, tambien ha pasado miserias.

—¡Cómo dices esas cosas, Dagoberto! ¡nos das ganas de llorar!

—Hay motivo.... El emperador ha sufrido tanto y tantas cosas.... Bien amargamente ha llorado.... Desgraciadamente el general no estaba con él en Santa

Elena. ¡hubiera sido uno mas para consolarle!..... pero no se lo permitieron. Exasperado entonces contra los Borbones, como otros muchos, organizó una conspiracion para proclamar al hijo del emperador. Quiso ganar á un regimiento compuesto casi todo de antiguos soldados suyos, marchó á una ciudad de Picardía, donde este regimiento estaba de guarnicion; pero la conspiracion estaba ya descubierta. En el momento en que llega el general, le prenden y le conducen á presencia del coronel del regimiento..... Y este coronel.... dijo el soldado despues de un nuevo silencio... ¿sabeis quien era?... ¡Vaya! seria largo de contar, y os entristeceria mas.... En fin era un hombre á quien desde mucho tiempo antes vuestro padre tenia bastantes razones para odiar. Así es que estando cara á cara con él, le dijo: «Si no sois un cobarde, ponedme en libertad por una hora y nos batiremos hasta morir.... porque os aborrezco por esto, os desprecio por aquello y aun por lo demás allá.» El coronel acepta, y pone á vuestro padre en libertad hasta el dia siguiente por la mañana, en que aquel quedó por muerto en el sitio en un encarnizado desafio.

—¡Ay! ¡Dios mio!

—El general estaba limpiando su espada cuando llegó un amigo fiel diciéndole que solo tenia el tiempo necesario para salvarse; en efecto, felizmente logró salir de Francia... si, felizmente, porque quince dias despues fué condenado á muerte como conspirador.

—¡Cuántas desgracias! ¡Dios mio!

—En esta desgracia ha habido una dicha; vuestra madre, en cumplimiento de su promesa, le estaba esperando; escribióle, diciéndole, *primero el emperador despues yo.* El general, no pudiendo hacer nada por el emperador ni por su hijo, y desterrado de Francia, llega á Varsovia. Vuestra madre acababa de perder á sus padres; era ya libre; casáronse, y yo soy uno de los testigos del casamiento.

—Tienes razon, Dagoberto.... ¡cuánta dicha en medio de tamañas desgracias!

—Eran ya muy dichosos; pero como todos los buenos corazones, cuanto mas felices eran tanto mas les entristecian las desgracias de los demás, y en Varsovia hay motivos de entristecerse. Los rusos empezaban á tratar los polacos como esclavos; vuestra animosa madre, aunque de orígen francés, era polaca de alma y corazon; decia publicamente y con el mayor descaro lo que los demás no se atrevian á pronunciar en secreto: con esto, los desgraciados la llamaban su buen ángel, lo que bastó para poner sobre sí al gobierno ruso. Un dia uno de los amigos del general, antiguo coronel de lanceros, hombre digno y valiente, fué desterrado á Siberia por una conspiracion militar contra los rusos; se escapa, vuestro padre le oculta en su casa, y le descubren; por la noche del dia siguiente llega á nuestra puerta una partida de cosacos mandada por un oficial y seguida de una silla de posta; sorprenden al general durmiendo y se le llevan.

—¡Dios mio! ¿qué querian hacerle?

—Conducirle fuera de Rusia, prohibiéndole volver á poner mas los piés allí bajo pena de ser encerrado perpetuamente.

He aquí sus últimas palabras: *Dagoberto, te confio mi muger y mi hijo;* porque vuestra madre debia daros á luz al cabo de algunos meses: ¡y bien! á pesar de esto la desterraron á Siberia; buena ocasion para deshacerse de ella! como hacia mucho bien en Varsovia, la temian. No contentos con desterrarla, le confiscaron todos sus bienes, y por mucha gracia consiguió que yo la acompañase; y á no

ser Jovial, que el general dejó á mi cuidado, se hubiera visto obligada á hacer el camino á pié. Así llegamos, ella á caballo y yo conduciéndola como os conduzco ahora, hijas mias, á un pueblo miserable donde nacísteis tres meses despues.

—¿Y nuestro padre?

—No podia volver á Rusia, imposible que vuestra madre pudiese pensar en huir con sus dos hijas, ni que el general la escribiese puesto que no sabia su paradero.

—¿Con que desde entonces no hay noticias suyas?

—Si; hijas mias.... una sola vez hemos tenido....

—¿Y por quién?

Al cabo de un momento de silencio, Dagoberto repuso con singular espresion:

—¿Por quién? por uno que no se parece en nada á los demás hombres... si... y para que comprendais estas palabras, es preciso que os cuente una aventura estraordinaria que sucedió á vuestro padre durante la campaña de Francia.... El emperador le habia dado la órden de tomar una batería que incomodaba á nuestro ejército; despues de muchas tentativas desgraciadas, el general se pone á la cabeza de un regimiento de coraceros, carga sobre la batería, va segun costumbre, y acuchilla hasta en los mismos cañones; estaba precisamente á caballo á la boca de una pieza cuyos artilleros acababan de ser muertos ó heridos; sin embargo uno de ellos tuvo fuerzas para levantarse, ponerse sobre una rodilla y para acercar al oido la mecha que conservaba en su mano.... y esto, precisamente cuando el general estaba á diez pasos en frente de la boca del cañon cargado....

—¡Gran Dios! ¡Que peligro para nuestro padre!

—Me dijo que jamás habia tenido otro mayor..... porque cuando vió al artillero aplicar la mecha al oido, salió el tiro...... pero al mismo tiempo un hombre alto, vestido de paisano, que vuestro padre no habia visto nunca hasta entonces, se arrojo delante del cañon.....

—¡Ah! desgraciado! ¡Que horrible muerte!

—Sí, repuso Dagoberto con aire pensativo..... No podia dejar de suceder..... Debia quedar hecho añicos... y sin embargo no le sucedió nada.

—¡Qué dices!

—Lo que me ha contado el general: «En el momento de salir el tiro, me ha «repetido muchas veces, y por un movi«miento involuntario de horror, cerré los «ojos para no ver el cadáver mutilado de «aquel infeliz que se sacrificaba por mí... «Cuando los volví á abrir ¿qué es lo que «percibí en medio del humo? aquel hom«bre alto que estaba de pié y tranquilo «en el mismo punto, echando una mira«da triste y compasiva al artillero, que «con una rodilla en tierra y el cuerpo in«clinado atrás le miraba tan espantado «como si hubiese visto al mismo demonio; «despues con el movimiento de la batalla «me fué imposible volver á encontrar á «este hombre......» añadió vuestro padre.

—¡Dios mio! Dagoberto ¿como es posible eso?

—Eso es lo que yo dije al general, quien me respondió que jamás pudo concebir un acontecimiento tan increible como positivo.... Ademas vuestro padre debió quedar vivamente impresionado de la fisonomía de este hombre, que, segun él, parecia como de unos treinta años, y observó que sus cejas muy negras y muy juntas no formaban mas que una sola, de modo que parecia tener la frente rayada con una lista negra.... Tened bien presente esto, hijas mias, vais á saber por qué....

—Sí, Dagoberto, no lo olvidaremos, dijeron las huérfanas cada vez mas admiradas.

—¡Que cosa tan estraña! ¡un hombre con una raya negra en la frente!

—Escuchad aun, ya os he dicho que el general habia quedado por muerto en Waterlóo... Durante la noche que pasó en el campo de batalla en una especie de delirio causado por la calentura que produjeron sus heridas, le pareció ver al reflejo de la luna á ese mismo hombre inclinado hácia él, mirándole con mucha dulzura y tristeza, restañando la sangre de sus heridas y procurando reanimarle...... Pero como vuestro padre, que apenas estaba en sí, desechaba estos cuidados, diciendo que despues de semejante derrota solo queria morir....; le pareció tambien oir á este hombre que le decia: *¡Es preciso vivir por Eva!*.... este era el nombre de vuestra madre que el general habia dejado en Varsovia cuando fué á reunirse con el emperador y hacer con él la campaña de Francia.

—¡Qué singular es eso Dagoberto!.... ¿Y nuestro padre ha vuelto á ver despues á esé hombre?

—Sí, le volvió á ver.... puesto que el fué quien llevó á vuestra pobre madre noticias del general.

—¿Y cuando fué eso? ¡Nosotros no lo hemos sabido nunca!

—¿No os acordais que la mañana del dia en que murió vuestra madre fuisteis con la vieja Fedora al bosque de pinos?

—Sí, respondió tristemente Rosa, á buscar un poco de brezo de que tanto gustaba nuestra madre.

—Pobre madre. ¡Ay! estaba tan buena que no podiamos pensar en la desgracia que nos sucedió aquella noche, repuso Blanca.

—Ciertamente, hijas mias; aquel dia yo mismo estaba cantando mientras trabajaba en el jardin; porque del mismo modo que vosotras, no tenia motivo alguno de tristeza; estaba pues trabajando y cantando, cuando de repente oí una voz que me preguntaba en francés:—*¿Es este el pueblo de Milosch?*

Me vuelvo y me encuentro con un estranjero.... En vez de responderle le mire atentamente, y doy dos pasos atras aturdido.

—¿Por qué!

—Era de una estatura elevada, muy pálido, la cabeza erguida, descubierta..... sus dos cejas negras no formaban mas que una... y parecian rayarle la frente con una señal negra.

—¿Era acaso el hombre que habia encontrado mi padre dos veces en sus batallas?

—Sí, el mismo.

—Pero Dagoberto, dijo Rosa pensativa, ¿hace mucho tiempo de esas batallas?

—Como unos diez y seis años.

—¿Y qué edad tenia el estranjero que creisteis reconocer?

—No pasaba de treinta.

—Entónces, ¿cómo quieres que sea el mismo que hace diez y seis años estuvo en la guerra con nuestro padre?

—Teneis razon, dijo Dagoberto al cabo de un momento de silencio y encogiéndose de hombros; sin duda me equivoqué por la casualidad de su semejanza... y sin embargo...

—O si era el mismo, no debia haber envejecido...

—¿Y no le preguntaste si en otra ocasion habia socorrido á nuestro padre?

—Primeramente me quedé tan pasmado, que no pensé en ello, y despues permaneció allí tan poco tiempo, que no pude informarme: me pregunta por el pueblo de Milosk; este es, caballero, ¿pero cómo sabeis que soy francés?

—Al pasar por aquí os he oido cantar..

me respondió: ¿sabréis decirme donde vive la señora esposa de Simon, del general?

—En esta misma casa.

Se queda callado mirándome, conociendo que me sorprendia esta visita, y en seguida me alargó la mano diciéndome:

—¡Sois amigo del general Simon, su mejor amigo!

—Juzgad de mi admiracion, hijas mias. Pero caballero, ¿cómo sabeis?...

—Muchas veces me ha hablado de vos con gratitud.

—¿Habeis visto al general?

—Sí, hace algun tiempo que le vi en la India; yo soy tambien su amigo, y traigo á su muger noticias suyas; yo creía que estaba desterrada en Siberia; en Tobolsk, de donde vengo, he sabido que vivia en este pueblo. Conducidme á su presencia.

—¡Qué buen viajero! ya le quiero, dijo Rosa.

—Era amigo de nuestro padre.

—Le supliqué que esperase un momento, pues quise prevenir á vuestra madre para evitar la sorpresa: cinco minutos despues ya estaba en su presencia el viajero.

—¿Y cómo era ese viajero, Dagoberto?

—Alto, pelo negro y llevaba una pelliza oscura y una gorra de pieles.

—¿Y era bonito?

—Sí, hijas mias, muy bonito, pero tenia un aire tan triste y tan dulce, que me conmovió el corazon...

—¡Pobre hombre.... sin duda tendria algun gran pesar!

—Hacia algunos instantes que vuestra madre estaba encerrada con él, cuando me llamó para decirme que acababa de recibir buenas noticias del general; estaba deshecha en lágrimas y tenia delante un gran rollo de papeles, era un especie de diario que vuestro padre, para consolarse, la escribia casi todas las noches; no pudiendo hablarla, ponia en el papel lo que hubiera dicho á ella...

—¿Y dónde están esos papeles, Dagoberto?

—Allí, en mi mochila, con mi cruz y nuestro bolsillo; ya llegará dia que os los dé; solamente tengo aquí algunas hojas que vais á leer ahora: ya veréis por qué.

—¿Y hacia mucho tiempo que nuestro padre estaba en la India?

—Por las pocas palabras que me dijo vuestra madre, el general habia ido allí, despues de haberse batido contra los turcos en defensa de los griegos; porque lo que mas le gusta es ponerse del partido de los débiles contra los fuertes: al llegar á la India, se encarnizó contra los ingleses... que habian asesinado á nuestros prisioneros en los pontones, y martirizado al emperador en Santa Elena; esta era una buena guerra, y mas que buena guerra, porque haciéndoles mal servia una buena causa.

—¿Y qué causa servia?

—La de uno de aquellos príncipes indios cuyo territorio arruinan los ingleses hasta que se apoderan de él sin fé ni derecho. Ya veis, hijas mias, que todavía se batia en favor del débil contra el fuerte; vuestro padre no ha dejado de hacerlo. En pocos meses disciplinó los doce ó quince mil hombres de tropas de ese príncipe, que en dos encuentros esterminaron á los ingleses, quienes sin duda no habian contado con vuestro padre, hijas mias... pero tomad... algunas hojas de su diario donde leereis cierto nombre que debereis tener siempre en la memoria; por esta razon he escojido este pasaje.

—¡Oh! ¡qué dicha..... leer estas hojas escritas por nuestro padre! ¡es lo mismo que si le oyéramos! dijo Rosa.

—Como si estuviera aquí, á nuestro lado, añadió Blanca.

Y las dos jóvenes alargaron con prontitud las manos para tomar los papeles que Dagoberto acababa de sacar de su faltriquera.

En seguida, por un movimiento simultáneo lleno de tierna gracia, besaron sucesivamente y en silencio la letra de su padre.

—Tambien vereis, hijas mias, al fin de esta carta, porqué me admiraba de que vuestro ángel custodio, como decís, se llamase Gabriel.... Leed.... leed.... añadió el soldado, viendo la admiracion de las huérfanas...... Solo debo advertiros que cuando el general escribió esto, no habia encontrado todavía al viajero que trajo los papeles.

Habiéndose sentado Rosa en la cama, tomó el escrito y empezó á leer con voz dulce y conmovida.

Blanca, con la cabeza apoyada en el hombro de su hermana, escuchaba con atencion y aun se conocia por el movimiento de sus labios que estaba tambien leyendo, pero mentalmente.

VIII.

FRAGMENTO DEL DIARIO DEL GENERAL SIMON.

Bivaque de las montañas de Ava, 20 de febrero de 1830.

«..... Siempre que añado á este diario «algunas hojas, que escribo ahora en el «fondo de la India, donde me ha conducido mi vida errante y de proscripto, diario que tal vez no leerás jamás, mi querida Eva, esperimento una sensacion grata y cruel á un mismo tiempo, porque «hablar así contigo es para mí un consuelo, y sin embargo mis disgustos no son «nunca mas acerbos que cuando te hablo «sin verte.

«En fin, si estas páginas llegan á caer «alguna vez en tus manos, tu generoso «corazon latirá al leer el nombre del intrépido ser á quien debo hoy mi vida, y «á quien tal vez deberé tambien la dicha «de volverte á ver un dia.... á tí y á mi «hijo, porque este vive aun, ¿no es verdad? Debo creerlo; sin esto, pobre mujer, ¿qué existencia seria la tuya en el «fondo de tu atroz destierro?... ¡Angel «mio! debe tener ya *catorce años*... ¿Como «es? te se parece, ¿no es verdad? tiene «ojos hermosos y azules... ¡Qué loco soy! «Cuántas veces en este largo diario te he «hecho involuntariamente esta insensata «pregunta á la cual no puedes responderme.... ¡y cuántas veces.... debo hacértela aun!... Tu enseñarás á nuestro hijo á pronunciar y á amar el nombre algo bárbaro de Djalma».

—¡Djalma! dijo Rosa con los ojos húmedos é interrumpiendo su lectura.

—¡Djalma! repitió Blanca participando de la conmocion de su hermana. ¡Oh! ¡jamás olvidaremos este nombre!

—Y hareis muy bien, hijas mias, porque parece que es el de un famoso soldado aunque muy jóven. Continuad, Rosita.

«En las hojas precedentes mi querida «Eva, continuó Rosa, te he hecho relacion de las dos felices acciones que hemos tenido este mes; las tropas del príncipe indio, mi anciano amigo, cada vez «mejor disciplinadas á la europea han hecho prodijios. Hemos arrollado á los ingleses que se han visto forzados á abandonar pronto este desgraciado pais, que «invadieron hollando todo derecho y justicia y que continuan asolando sin consideracion; porque en este suelo, guerra «inglesa, es sinónimo de traicion, pillaje «y asesinato. Esta mañana, despues de «una penosa marcha por medio de rocas «y de montañas, supimos por nuestras «descubiertas que el enemigo iba á recibir refuerzo y que se disponia á tomar «la ofensiva; y como solo distaba pocas «leguas de nosotros era inevitable una accion; mi anciano amigo, el príncipe indio, padre de mi salvador, solo deseaba «combatir. La accion que empezó á cosa

« de las tres ha sido sangrienta y encarniza-
« da. Viendo en los nuestros alguna indecision, porque eran muy inferiores en número, y como los refuerzos de los ingleses se componian de tropas frescas, he cargado á la cabeza de mi pequeña reserva de caballería.

« El anciano príncipe ocupaba el centro y se batia como acostumbra, intrépidamente. Su hijo *Djalma*, que apenas tiene diez y ocho años y que es tan bizarro como su padre, no se separó de mí; en el momento mas crítico de la accion perdí mi caballo y rodó conmigo en un precipicio por cuyo borde iba marchando; y viéndome enredado en él, creí durante un momento que tenia el muslo roto.....

—¡Pobre padre! dijo Blanca.

—Felizmente, este será el mayor peligro que habrá corrido en esta ocasion, gracias á *Djalma*..... Ya ves, Dagoberto, que me acuerdo bien del nombre, repuso Rosa.

Esta continuó:

« Los ingleses creian que despues de mi muerte (opinion muy lisonjera para mí) concluirian fácilmente con el ejército del príncipe. Un oficial de cipayos y cinco ó seis soldados irregulares, cobardes y feroces salteadores, viéndome rodar en el abismo, se precipitaron á él para acabar conmigo.... En medio del fuego y del humo, nuestros montañeses, llevados de su ardor, no habian notado mi caida; pero como *Djalma* no me abandonaba, saltó al precipicio para socorrerme y su fria intrepidez me salvó la vida: conservaba aun cargada su carabina de dos tiros; de uno dejó muerto á sus piés al oficial, y del otro rompió el brazo á un *irregular* que ya me habia atravesado la mano izquierda de un bayonetazo; pero tranquilízate Eva mia, esto no es nada... no es mas que un arañazo....»

—¡Herido! ¡herido otra vez! ¡Dios mio! esclamó Blanca juntando las manos é interrumpiendo á su hermana.

—Tranquilizaos, dijo Dagoberto; no, eso no habrá sido mas que un arañazo, como dice el general; antiguamente las heridas que no impedian batirse, se llamaban *heridas blancas*... Solo él es capaz de inventar palabras semejantes.

« *Djalma*, viéndome herido, continuó Rosa enjugándose los ojos, se sirvió de su pesada carabina como de una maza é hizo retroceder á los soldados; pero en aquel momento y detras de unos bambús que dominaban el precipicio vi á otro enemigo inclinar lentamente su fusil, colocar el cañon entre dos ramas, soplar la mecha y apuntar á Djalma; el valeroso jóven recibió un balazo en el pecho antes que mis gritos pudiesen advertírselo... Sintiéndose herido retrocedió involuntariamente dos pasos, cayó sobre una rodilla, pero sosteniéndose siempre y procurando cubrirme con su cuerpo... Ya concibireis mi rabia y mi desesperacion; desgraciadamente un dolor atroz que sentí en el muslo paralizó los esfuerzos que traté de hacer. Inutilizado y sin armas presencié durante algunos segundos esta lucha desigual.

« Djalma perdia mucha sangre; sus brazos se debilitaban, y uno de los irregulares, escitando á los otros con el gesto, descolgaba ya de su cinturon una especie de hoz enorme y pesada que siega la cabeza de un solo golpe, cuando llegaron algunos de nuestros montañeses atraidos por el movimiento del combate. Libertan á Djalma, me sacan de aquel conflicto y al cabo de un cuarto de hora pude montar á caballo. Apesar de nuestras pérdidas la ventaja ha quedado hoy por

« nosotros... La accion será mañana decisiva, porque estamos viendo las hogueras del bivaque inglés. Hé aquí, querida Eva, como debo la vida á este jóven. Felizmente su herida no causa la menor inquietud, la bala solo le ha rozado las costillas. »

—Ese valiente jóven habrá dicho como el general: *herida blanca*, saltó Dagoberto.

« Ahora, mi querida Eva, prosiguió Rosa, debes conocer, á lo menos por esta relacion, al intrépido Djalma: apenas tiene diez y ocho años. Con una sola palabra te pintaré esta noble y valiente criatura; en su pais se acostumbra algunas veces á dar sobrenombres; á los quince años le llamaban ya el *generoso*, generoso de alma y de corazon, se entiende; mediante una costumbre del pais, costumbre tierna y singular, este nombre ha llegado á su padre á quien llaman el *padre del generoso*, pudiendo con razon llamársele el *Justo*, porque este anciano indio es un tipo raro de lealtad caballeresca y de noble independencia; hubiera podido doblar humildemente su cerviz, como muchos pobres príncipes de este pais, al execrable despotismo inglés, comerciar con la abdicacion de su soberania y resignarse á la fuerza.... El, al contrario. *Todo mi derecho ó una tumba en las montañas que han sido mi cuna*: tal es su divisa. Esto no es baladronada, sino conviccion de su justicia y derecho... Sucumbiréis en la lucha, le dije. *Amigo mio, si para forzaros á una accion degradante, os dijesen; cede ó muere*, ¿que responderiais? me preguntó. Desde esta época le comprendí y me consagré en cuerpo y alma á la siempre sagrada causa del débil contra el fuerte. Ya ves, Eva mia, que Djalma se muestra digno del tal padre. Este jóven indio es tan heróico, bizarro y noble que combate como un jóven griego del tiempo de Leónidas, con el pecho descubierto, al mismo tiempo que los demas soldados de su pais, que efectivamente tienen los brazos, los hombros y el pecho desnudos, se ponen en la guerra una casaca bastante gruesa; la loca intrepidez de este jóven, me ha hecho recordar el rey de Nápoles de quien te he hablado muchas veces y á quien he visto á nuestra cabeza en las cargas mas peligrosas, sin mas armas que un latiguillo en la mano ».

—Ese es tambien uno de aquellos de quien os hablé y con quien el emperador se divertia en hacer jugar al monarca, dijo Dagoberto.

He visto á un oficial ruso prisionero á quien ese furioso rey de Nápoles cruzó la cara de un latigazo que le hizo un buen cardenal. El prusiano decia jurando, que estaba deshonrado, y que hubiera preferido un sablazo.... Yo lo creo... ¡diablo de monarca! no conocia mas que una cosa, *ir derecho al cañon*, y cuando oia el cañoneo en alguna parte, parecia que los tiros le llamaban por todos sus nombres y corria diciendo: ¡presente!... Si os hablo de él, hijas mias, es porque repetia á quien queria oirlo: el cuadro que no rompamos el general Simon ó yo, nadie lo deshará.

Rosa continuó:

« He observado con sentimiento que Djalma, á pesar de sus pocos años tenia con frecuencia accesos de profunda melancolía. A veces he sorprendido entre él y su padre algunas miradas singulares... y á pesar de nuestra amistad creo que uno y otro me ocultan algun secreto triste de familia, si se ha de juzgar por varias palabras sueltas que se les han escapado; se trata de un acontecimiento singular, al que su imaginacion, naturalmente cabilosa y exaltada habrá

« dado un carácter sobrenatural. Por lo « demas ya sabes, amiga mia, que hemos « perdido el derecho de burlarnos de las « incredulidades de los estraños....... Yo, « despues de la campaña de Francia en « la que me sucedió aquella aventura tan « estraña que todavia no puedo espli- « car... »

—Sin duda quiere dar á entender aquel hombre que se puso á la boca de un cañon... dijo Dagoberto.

« Tú, repuso la jóven continuando su « lectura, tú, querida Eva, desde las visi- « tas de aquella hermosa y bella mujer que « tu madre... pretendia haber visto tam- « bien en casa de la suya.... cuarenta años « antes. »

Las huérfanas miraron al soldado con admiracion.

—Vuestra madre.... no me ha hablado jamás de ello... ni tampoco el general.... hijas mias: esto me parece tan singular como á vosotras: Rosa continuó con una emocion y una curiosidad cada vez mayor.

« De todos modos, querida Eva, la ca- « sualidad, la semejanza ó una combina- « cion natural, esplican muchas veces « ciertas cosas que son, al parecer estraor- « dinarias. Como lo maravilloso es siem- « pre una ilusion de óptica ó el efecto de « la imaginacion, hay momentos en que « lo que nos parece sobrehumano ó sobre- « natural, es lo mas humano, lo mas na- « tural del mundo; asi es que no dudo « que lo que llamamos prodigios, tiene tar- « de ó temprano este seguro desenlace ».

—Ya lo veis, hijas mias, esto parece al principio maravilloso... y en el fondo..... es la cosa mas sencilla... lo cual no se opone á que durante mucho tiempo no comprendamos nada...

—Supuesto que nuestro padre lo dice es menester creerlo y no admirarnos; ¿no es verdad, hermana mia?

—No, porque al fin llega á comprenderse.

—El hecho es, dijo Dagoberto, despues de haber reflexionado un momento... hagamos una suposicion. Vosotras os pareceis tanto ¿no es verdad, hijas mias? que cualquiera que no esté habituado á veros diariamente, os equivocaria una con otra ¡Pues bien! si no supiese que sois, por decirlo asi, dobles, ya podeis imaginaros cuantas veces estrañaria ciertas cosas..... Seguramente.... creeria en el diablo tratándose de unos angelitos como vosotras.

—Teneis razon, Dagoberto, de ese modo se esplican muchas cosas, como dice nuestro padre.

Rosa prosiguió leyendo.

—« Por lo demas, mi tierna Eva, siem- « pre que pienso que corre sangre fran- « cesa por las venas de Djalma, me lleno « de orgullo; hace muchos años que su « padre se casó con una jóven cuya fami- « lia, de orígen francés, se habia estable- « cido desde mucho tiempo antes en Ba- « tavia, en la isla de Java; esta similitud « de posicion entre mi anciano amigo y yo « ha contribuido á aumentar mi simpatía « hácia él, porque tu familia, Eva mia, « es oriunda de Francia, y se estableció « desde mucho tiempo antes en el estran- « jero; desgraciadamente hace muchos « años que el pobre príncipe perdió esta « muger á quien adoraba.

« Mira, amada mia, mi mano tiembla « al escribir estas palabras, me siento dé- « bil, fuera de mi... pero ¡ah! mi cora- « zon se oprime y se despedaza, al pensar « que pudiera sucederme semejante des- « gracia... ¡Oh! ¡Dios mio! ¿qué seria « de nuestro hijo, sin tí... y sin mí... en « ese bárbaro pais?... No, no, este temor « es insensato... Pero ¡qué tormento tan « cruel es la incertidumbre!... porque al « fin, ¿dónde estás? ¿qué haces? ¿qué

«ces de tí? Perdóname..... estas lúgubres «ideas... muchas veces me dominan sin «querer!... Momentos funestos... atro- «ces... porque cuando no me persiguen, «me digo á mi mismo: yo estoy pros- «crito y soy desgraciado; pero á lo me- «nos, en el otro estremo del mundo, hay «dos corazones que laten por mí, el tuyo «Eva mia, y el de nuestro hijo... »

Apenas pudo Rosa acabar de leer estas palabras: hacia algunos instantes que los sollozos ahogaban su voz. Efectivamente habia una dolorosa simpatía entre los temores del general Simon y la triste realidad; y ademas, ¿qué cosa hay mas tierna que estos desahogos, escritos la noche de un dia de batalla, al fuego de un bivaque, por un soldado que procuraba consolar de este modo la amargura de una separacion tan penosa y que ignoraba entonces que esta debia ser eterna?

—¡Pobre general!..... ignora nuestra desgracia, dijo Dagoberto al cabo de un momento de silencio; pero no sabe tampoco que en vez de un hijo tiene dos..... A lo menos esto será un consuelo... Pero, escuchad Blanca, continuad vos la lectura, me temo que esto aflija á vuestra hermana... ¡Está tan enternecida!... y ademas, es justo que dividais el placer y el sentimiento de esta narracion.

Blanca tomó la carta, y Rosa, enjugando sus ojos llenos de lágrimas apoyó la cabeza en el hombro de su hermana que continuó de este modo:

«Ahora estoy mas tranquilo, mi tierna «Eva; he suspendido un momento mi es- «crito y desechado estas lúgubres ideas; «continuemos nuestra conversacion.

«Despues de haber discurrido larga- «mente contigo de la India, te hablaré «un poco de Europa: ayer noche, uno «de nuestros criados, hombre muy se- «guro, ha venido á nuestras avanzadas «con una carta que me ha sido dirigida «desde Francia á Calcuta; en fin ha ce- «sado mi inquietud, pues tengo noticias «de mi padre. Esta carta tiene la fecha «del mes de agosto del año pasado. Por «su contenido infiero que se han perdido «ó retardado otras varias á que hace alu- «sion; porque hay mas de dos años que «no habia recibido ninguna, asi es que «mi padre me causaba una inquietud mor- «tal. ¡Escelente padre! siempre el mis- «mo: los años no le han debilitado, su «carácter es tan enérgico y su salud tan «robusta como antes, segun me dice; «siempre artesano, de lo que se enva- «nece, siempre fiel á sus austeras ideas «republicanas, y con muchas esperan- «zas.....

«Dice que el *tiempo se acerca* y raya «estas palabras... Segun vas á ver, me «da tambien buenas noticias de la fami- «lia de nuestro anciano Dagoberto... de «nuestro amigo... Créelo amiga mia, mi «disgusto es menos amargo..... cuando «pienso que este hombre escelente está «á tu lado, porque le conozco demasia- «do para creer que te habrá acompañado «en tu destierro..... ¡Qué corazon de «oro..... bajo la ruda corteza de sol- «do!..... ¡cuanto debe querer á nuestro «hijo!»

Al llegar á este pasage, Dagoberto tosió dos ó tres veces, y se bajó, buscando al parecer en el suelo su pequeño pañuelo de cuadros azules y colorados que tenia encima los muslos. En esta postura permaneció algunos momentos, y al levantarse se limpiaba los bigotes.

—¡Qué bien te conoce nuestro padre!

—¡Mira como ha adivinado que nos quieres!

—Bien, bien, hijas mias, pasemos adelante... Lleguemos cuanto antes á lo que dice el general de mi Agricol y de Gabriel, el hijo adoptivo de mi muger!... ¡pobre muger!... ¡cuando pienso que tal vez den-

tro de tres meses!... Vamos hijas mias, leed, leed, añadió el soldado queriendo contener su emocion.

«No me atrevo á confiar enteramente, «mi querida Eva, que esta carta llegará «algun dia á tus manos, pero para este «caso quiero incluir en ella lo que puede «interesar tambien á Dagoberto. Será pa«ra él un consuelo recibir algunas noti«cias de su familia. Mi padre, que continua «de oficial mayor en casa del escelente «Sr. Hardy, me dice que éste ha admitido «tambien en su casa al hijo de nuestro «anciano Dagoberto: Agricol trabaja en «el obrador de mi padre que está muy «contento con él; añade que es un jóven «alto y vigoroso que maneja como una «pluma su pesado martillo de hierro; tan «alegre como inteligente y laborioso, es «el mejor oficial del establecimiento, lo «cual no le impide componer canciones y «versos patrióticos sumamente notables «durante la noche, despues de su rudo «trabajo, cuando vuelve al lado de su ma«dre que le adora. Su poesía es enérgica «y elevada; y es la sola que se canta en «la fragua inflamando los mas frios y tí«midos corazones.»

—¡Qué vanidad debes tener con tu hijo, Dagoberto! le dijo Rosa con admiracion ¿compone canciones?

—Ciertamente, es una cosa soberbia... pero lo que me lisonjea mas que nada es su bondad para con su madre y que maneje vigorosamente el martillo. En cuanto á las canciones mucho habrá batido el hierro antes de haber compuesto el *Reveil du Peuple* y la *Marseillaise*... pero, no importa ¿dónde habrá aprendido eso ese diablo de Agricol? sin duda en la escuela, á donde iba con su hermano adoptivo, como vais á verlo.

El nombre de Gabriel que recordaba á las jóvenes el ser ideal á quien llamaban u ángel custodio, escitó vivamente su curiosidad; Blanca redobló su atencion y continuó de este modo:

«El hermano adoptivo de Agricol, aquel «pobre niño que recogió con tanta gene«rosidad la muger de nuestro buen Da«goberto, ofrece un contraste con Agri«col segun me dice mi padre, no en cuan«to á su corazon, por que uno y otro lo «tienen escelente; sino que al paso que «Agricol es vivo, alegre y activo, Gabriel «es melancólico y meditabundo; por lo «demas, añade mi padre, el carácter de «de uno y otro está reflejado en sus fiso«nomías: Agricol es moreno, alto y fuer«te... tiene aspecto alegre y osado; Ga«briel, al contrario, es rubio, delicado, «tímido como una jóven, y su fisonomía «tiene una espresion angélica y dulce.»

Las huérfanas se miraron sorprendidas: y en seguida volviendo sus ingenuos rostros hácia el soldado, dijo Rosa:

—¿Has oido, Dagoberto? Nuestro padre dice que tu Gabriel es rubio, y que tiene una cara de ángel... es enteramente como el nuestro...

—Sí, sí, he oido bien; esa es la razon por la qué me ha sorprendido vuestro sueño.

—Desearia saber si tiene tambien ojos azules, dijo Rosa.

—En cuanto á eso, hijas, mias, aunque el general no dice nada, responderia de ello: todos esos rubillos tienen siempre los ojos azules; pero azules ó negros, no se atreverá á mirar con ellos cara á cara á las jóvenes; continuad, ahora sabreis por qué...

Blanca prosiguió:

«La fisonomía de Gabriel tiene una es«presion de dulzura angelical; uno de los «hermanos de las escuelas cristianas á «donde concurria con Agricol y con otros «niños del barrio, admirado de su inte«ligencia y de su bondad, ha hablado en «su favor á su protector colocado en alto

« puesto que se ha interesado por él; y « habiéndole hecho entrar en su seminario « rio hace dos años que se ha ordenado; « ha entrado en las misiones estrangeras y « no debe tardar mucho en salir para Amé- « rica.»

—¿Tu Gabriel es sacerdote? dijo Rosa mirando á Dagoberto.

—Y el nuestro es un ángel añadió Blanca.

—Lo cual prueba que el vuestro tiene un grado mas que el mio; no importa, á cada uno su gusto; en todas partes se encuentran buenas gentes, pero prefiero qne sea Gabriel el que haya elegido la sotana negra, y ver á mi hijo con los brazos al aire, ceñido de un delantal de cuero y manejando el martillo, ni mas ni menos que vuestro anciano abuelo, hijas mias, llamado por otro nombre el padre del mariscal Simon, duque de Ligny; porque en resumidas cuentas el general es duque y mariscal, por la gracia del emperador; ahora termidad vuestra lectura.

—Si; por desgracia no quedan mas que algunas líneas, dijo Blanca, y en seguida continuó:

—«Si llèga á tus manos este diario, mi «tierna y querida Eva, podrás tranquili- « zar á Dagoberto sobre la muerte de su « muger y de su hijo, que él ha abando- « nado por nosotros. ¿Ccmo podremos « pagar jamas un sacrificio semejante? « Pero estoy tranquilo porque tu genero- « so y buen corazon sabrá indemnizarle...

« Adios... adios otra vez por hoy, mi « querida Eva; he interrumpido un ins- « tante este diario para ir á la tienda de « Djalma; duerme tranquilamente, y su « padre vela á su lado; con una seña me « he tranquilizado. El intrépido jóven es- « tá ya fuera de peligro. ¡Ojalá que salga « sano del combate de mañana....

« Adios mi tierna Eva, la noche está « tranquila y silenciosa, las hogueras del « vivac se van apagando poco á poco, y « nuestros pobres montañeses están des- « cansando de esta sangrienta jornada; « solo oigo de hora en hora la lejana voz « de nuestros centinelas.... Estas palabras « escritas en pais estraño, me entristecen « aun, y me recuerdan lo que olvido al- « gunas veces al escribirte.... que estoy « en lo último del mundo y separado de « ti.... y de mi hijo.... ¡Pobres queridos « seres! ¿cual es..... cual será vuestra « suerte....? ¡Ah! si á lo menos pudiese « enviaros á tiempo esta medalla, que una « funesta casualidad me ha hecho sacar « de Varsovia, tal vez lograria ir á Fran- « cia, ó á lo menos enviar allí á mi hijo « con Dagoberto: ya sabes su importan- « cia.... Pero, ¿á que añadir este disgusto « á los demas? Desgraciadamente, los « años pasan... llegará el dia fatal, y per- « deré la postrer esperanza que me ani- « ma por vosotros; pero no quiero con- « cluir hoy con una idea triste.

« Adios, mi querida Eva, abraza á « nuestro hijo y cúbrele con todos los be- « sos que desde el fondo del destierro os envio á los dos.

« Hasta mañana despues del combate.»

Un larguísimo silencio sucedió á esta lectera.

Las lágrimas de Rosa y de Blanca caian poco ó poco.

Dagoberto estaba tambien dolorosamente, absorto con la frente apoyada en su mano.

La violencia del viento aumentaba; una copiosa y sonora lluvia azotaba los vidrios y en la posada reinaba el mas profundo silencio.

. . . .

Mientras que las hijas del general Simon leian con una emocion tan tierna algunos fragmentos del diario de su padre

pasaba una misteriosa y singular escena en la cuadra del domador de fieras.

IX.

LAS JAULAS.

Morok acababa de armarse; por encima de su chaqueta de gamuza se habia puesto la cota de malla de acero flecsible, como el lienzo y dura como el diamante; y cubriéndose despues con los brazaletes, las piernas y los botines de hierro, disimuló este preservativo aparato bajo un ancho pantalon ó amplia pellíza esmeradamente abotonada, y cojió por el mango de madera un largo punzon de acero candente.

Aunque domados mucho tiempo hacia por la habilidad y energía del profeta, el tigre *Caín*, el leon *Judas* y la pantera negra la *Muerte*, quísieran en algunos escesos de insubordinacion ensayar en él sus dientes y uñas; pero merced á la armadura oculta bajo la pelliza embotaron las unas en una acerada epidermis, mellaron los otros en los brazos ó en las piernas de hierro, al mismo tiempo que un ligero golpe de la varilla metálica de su amo hizo humear y encojer su piel surcándola con una profunda quemadura.

Estos animales, dotados de una memoria prodijiosa, conociendo la inutilidad de sus mordiscos, comprendieron que en vano ensayarían ya sus garras y quijadas en un ser invulnerable. Creció tanto su tímida sumision que en los ejercicios públicos, su amo, al menor movimiento de una varilla forrada de papel de color de fuego, los hacia humillarse y echarse asustados.

El profeta, precavidamente armado, y teniendo en la mano el hierro que Goliath habia enrojecido, bajó por la trampa del desvan que se estendia por encima del vasto cobertizo donde estaban las jaulas de sus animales; un simple tabique de tablas separaba esta sitio de la cuadra donde reposaban los caballos del domador de fieras.

Un fanal de reverbero despedia sobre las jaulas una viva luz.

Las jaulas eran cuatro.

Una reja de hierro, cuyas barras dejaban un anchuroso espacio, guarnecia sus fases laterales. Por un lado, esta reja se abria sobre goznes como una puerta, con el fin de dar entrada á los animales encerrados alli: el piso de las jaulas descansaba en dos ejes y en cuatro ruedecitas de hierro con el objeto de trasladarlas con mas facilidad al gran carro cubierto donde se colocaban durante el viaje. Una de estas jaulas estaba vacía, y las otras tres contenian, como se ha dicho, una pantera, un tigre y un leon.

La pantera, oriunda de Java, parecía merecer el lúgubre nombre de la *Muerte* por su aspecto siniestro y feroz.

Enteramente negra, estaba acurrucada y recogida en sí misma en el fondo de su jaula: el color de su piel se confundia con la oscuridad que la circundaba; su cuerpo no se distinguia, y solamente se veian en la sombra dos ardientes y fijos reflejos... dos espaciosas púpilas de un fosforescente amarillo que no se inflamaban, por decirlo asi, sino de noche, porque todos los animales de carnívora raza no gozan de la entera lucidez de su vista sino en medio de las tinieblas.

El profeta habia entrado silenciosamente en la cuadra; la roja sombra de su estensa pelliza contrataba con el rubio y amarillento mate de sus erizados cabellos y de su enorme barba: el farol, colocado á bastante altura, reflejaba enteramente sobre este hombre, y la actitud de la luz en oposicion á la dureza de las sombras, acentuaba mucho mas los cortados perfiles de su feroz y descarnada fisonomía.

Acercóse con lentitud á la jaula de la *Muerte*.

El cerco blanco que rodeaba su feroz pupila parecia dilatarse: el reflejo é inmovilidad de sus ojos luchaba con el fijo y brillante de los de la pantera.....

Acurrucada siempre á la oscuridad, estaba ya bajo la influencia de la fascinadora mirada de su amo: cerró dos ó tres veces de pronto sus párpados, prorumpiendo en un sordo rujido de cólera; poco despues abrió los ojos como á pesar suyo, y los clavó fijamente en los del profeta.

Las redondas orejas de la *Muerte* se pegaron entonces á su cráneo, tan aplanado como el de una víbora: la piel de su frente se arrugó contrayendo su hocico, erizado de largas cerdas, y abrió dos veces consecutivas su boca, guarnecida de formidables garfios.

En este momento pareció establecerse una relacion magnética entre las miradas del hombre y las de la fiera.

El profeta alargó hácia la jaula su punzon de acero candente, y con voz imperiosa y breve dijo:

—¡*Muerte!*... ¡aquí!

La pantera se levantó, pero con tanta humildad, que su vientre rozaba el suelo. Tenia tres pies de alto y casi cinco de largo; su elástico y carnudo lomo; sus jarretes tan bajos y tan anchos como los de un corcel; su pecho profundo, sus espaldillas enormes y salientes, sus patas nerviosas y rechonchas, anunciaban que este animal reunia el vigor al artificio, y la fuerza á la agilidad.

Morok, con su varilla siempre estendida hácia la jaula, se acercó un paso á la pantera...

La pantera dió un paso hácia el profeta.....

Morok se detuvo.....

La *Muerte* se paró.....

En este momento el tigre *Judas*, á quien Morok daba la espalda, dió un enorme salto en su jaula como encelado de la atencion de su amo por la pantera: prorrumpió en un gruñido ronco, y levantando su cabeza, enseñó sus quijadas triangulares y su imponente pecho, de un blanco sucio, donde venian á confundirse los matices de cobre de su piel feroz con rayas negras: su cola, semejante á una gruesa serpiente rojiza con anillos de ébano, ya se ajustaba á sus hijares, ó ya la meneaba con un movimiento lento y continuo; sus ojos, de un verde transparente y luminoso, se fijaron en el profeta.

La influencia de este hombre sobre estos animales era tan grande, que Judas cesó de pronto de gruñir, como asustado de su temeridad; sin embargo continuó respirando fuerte y con ruido. Morok se volvió hácia él, y durante algunos segundos se quedó mirándolo con suma atencion.

La pantera no viéndose ya sometida á la influencia de los ojos de su amo, se volvió á su rincon.

Un crujido fuerte y compasado, semejante al que hacen los animales al roer un cuerpo duro, retumbó en la jaula del leon. *Cain* llamó la atencion del profeta, que, dejando al tigre, dió un paso hácia la jaula.

De este leon solo se veian las ancas monstruosas de un rojo amarillento: tenia los muslos recogidos bajo el cuerpo, y su poblada cabellera le ocultaba enteramente la cabeza: por la tension y estremecimiento de los músculos de sus hijares y por el surco de sus vértebras, se adivinaba facilmente que estaba haciendo violentos esfuerzos con la boca y con las manos.

El profeta, inquieto, se acercó á la jaula, sospechando que Goliath habia dado á roer algunos huesos al leon, á pesar de sus órdenes.

Para cerciorarse dijo con voz firme y breve:

—¡*Cain!*

Cain no mudó de posicion.

—¡*Cain*.... aqui!

Repuso Morok elevando la voz.

Llamada inútil; el leon no se movió, y el ruido continuó.

—¡*Cain*... aqui! dijo por tercera vez el profeta; pero al pronunciar estas palabras aplicó con fuerza el estremo del punzon de acero candente sobre el anca del leon.

Apenas un ligero surco de humo se desprendió entre el pelo rojo de Cain, cuando dando una vuelta con increible velocidad, se volvió y abalanzó á la reja no arrastrando, sino de un salto, y por decirlo asi de pié, soberbio.... y terrible á la vista.

El profeta se hallaba en una esquina de la jaula, y Cain enfurecido se habia levantado de costado para hacer frente á su amo, apoyando su anchuroso hijar en las barras por medio de las cuales sacó una de sus forzadas garras, cuyos músculos se habian hinchado, pareciendo á lo menos tan gruesos como el muslo de Goliath.

—¡*Cain*... abajo!

Dijo el profeta acercándose con precipitacion.

El leon no queria obedecer... Sus lábios levantados á impulso de la cólera dejaban ver unos garfios tan largos como los colmillos de un javalí.

Morok rozó el hocico de Cain con la punta de su acero candente.... Al sentir esta dolorosa quemadura y al oir la repentina voz de su amo, el leon, no atreviéndose á rujir, gruñó sordamente, y aquella enorme masa cayó abrumada sobre sí misma con sumision y temor.

El profeta descolgó el farol para ver lo que roia Cain; era una de las tablas del suelo de la jaula que habia logrado levantar y que movia con los dientes para entretener el hambre.

Un silencio profundo sucedió algunos instantes en la cuadra de las fieras.

El profeta, con las manos atrás, iba de una en otra jaula observando con sagacidad é inquietud á sus animales, como si dudase hacer una eleccion importante y dificil.

De cuando en cuando aplicaba el oido á la puerta principal del cobertizo que daba al patio de la posada.

Esta puerta se abrió; presentóse Goliath con los vestidos chorreando agua.

—¿Qué tenemos? le dijo el profeta.

—No ha dejado de costarme trabajo.... Felizmente la noche es oscura, hace mucho viento y llueve á cántaros.

—¿No han sospechado nada?

—Nada, mi amo; vuestras señas eran exactas; la puerta de la bodega da al campo, precisamente debajo de la ventana de las jovencillas. Cuando silbasteis para adadvertirme que era tiempo, salí con un banco que yo habia llevado, lo coloqué junto á la pared y subí en él: con mis seis pies de altura, el total componia nueve; pude apoyarme en la ventana y cojiendo con una mano la persiana y con la otra el mango de mi cuchillo, rompí los vidrios y empujé la persiana con toda mi fuerza...

—¿Han creido que era el viento?

Han creido que era el viento. Ya veis que el animal no es tan animal.... Hecho esto me metí con prontitud en la bodega con mi banco... Al cabo de un rato, oí la voz del viejo........ razon tuve en despacharme.

—Si, cuando silbé acababa de entrar en el comedor donde creí que permaneceria mas tiempo.

—Ese hombre no acostumbra tardar mucho en cenar, dijo el gigante con desprecio... Algunos momentos despues de haber roto los vidrios.... el viejo abrió la ventana y llamó á su perro diciéndole....

Salta.... yo eché á correr al instante al otro estremo de la bodega, sin lo cual el maldito perro me hubiera olido detrás de la puerta.

—El perro está ya encerrado en la cuadra con el caballo viejo......... Continúa:

—Cuando oí cerrar la persiana y la ventana, volví á salir de la bodega; coloqué otra vez mi banco y subí encima: tirando con cuidado de la falleba de la persiana, la abrí de nuevo, pero los dos agujeros estaban tapados con el vuelo de una pelliza; oia hablar, pero no veia nada.

—¿Y su mochila... su mochila? eso es lo importante.

—Su mochila estaba junto á la ventana, en una mesa al lado del velon; con solo alargar el brazo hubiera podido tocarla.—¿Qué oiste?

—Como me habiais encargado que únicamente pensase en la mochila, solo me acuerdo de lo que tiene relacion con ella; el viejo ha dicho que contenia sus papeles, cartas de un general, su dinero y su cruz.

—Bien.... ¿Qué mas?

—Como era dificil separar la pelliza del agujero del vidrio, se me escurrió... quise volverla á cojer, pero adelanté mucho la mano, y una de las muchachuelas...... la habrá visto sin duda... porque dió un grito señalando á la ventana....

—¡Miserable!......... todo está perdido.......... esclamó el profeta pálido de colera.

—Esperad... no está perdido todo...... Cuando oi gritar me bajé del banco y me metí en la bodega, y como el perro no estaba ya allí, dejé la puerta entreabierta, y oí abrir la ventana; por el reflejo conocí que el viejo sacaba afuera la luz; miró y no habia escala ninguna; la ventana estaba demasiado alta para que un hombre de mediana estatura pudiese llegar á ella...

—Habrá creido que era el viento..... como la primera vez... Vamos eres mas diestro que lo que yo creia.

—Efecto de los diez florines, mi amo. Ya lo habeis dicho, el lobo se ha convertido en zorra.... cuando supe donde estaba la mochila, el dinero y los papeles, y como no podia hacer mas por el momento, me he vuelto... y héme aquí.

—Sube á buscar la pica mas larga de fresno.

—Sí, mi amo.

—Y la manta de paño colorado.

—Sí, mi amo.

—Anda.

Goliat subió la escalera; pero al llegar á la mitad se paró.

—Mi amo, ¿no queréis que baje.... un pedazo de carne para la *Muerte*?..... Ya veréis como me guarda rencor... me culpará de todo... y cómo nada olvida, á la primera ocasion...

—¡La pica y la manta!

Repitió el profeta con voz imperiosa.

Miéntras que Goliat ejecutaba las órdenes de su amo, jurando entre dientes, Morok fue á abrir la puerta principal del cobertizo. Miró al patio y escuchó otra vez.

—Hé aquí la pica de fresno y la manta... dijo el gigante bajando la escala con estos objetos.

—¿Qué debo hacer ahora?

—Volver á la bodega, subir á la ventana, y cuando el viejo salga con precipitacion del cuarto.....

—¿Quién le hará salir?

—¿Qué te importa? saldrá.

—¿Y despues?

—¿Me has dicho que el velon está cerca de la ventana?

—Inmediato..... sobre la mesa, al lado de la mochila.

—Cuando el viejo salga del cuarto, empuja la ventana, deja caer el velon, y si haces con viveza y precision lo que te queda..... cuenta con los diez florines..... ¿te acuerdas bien de todo?...

—Sí, si.

—Las jovencillas quedarán tan aterradas con el ruido y la oscuridad, que enmudecerán de miedo.

—No tengais cuidado, el lobo se ha convertido en zorra y se volverá serpiente.

—Todavía queda alguna cosa.

—¿Y qué es ello?

—El techo de este cobertizo no es alto, y la claraboya del desvan es de fácil acceso... la noche está oscura... en vez de entrar por la puerta...

—Entraré por la claraboya.

—Y sin hacer ruido.

—Como una verdadera serpiente.

El gigante salió.

—Sí, dijo mentalmente el profeta al cabo de un largo silencio, estos medios son seguros... no he debido dudar... ciego y oscuro instrumento... ignoro el motivo de las órdenes que he recibido; pero por las recomendaciones que las acompañan... y segun la posicion del que me las ha trasmitido, no dudo que se trata de grandes intereses... repuso despues de un nuevo silencio, que tienen relacion con lo mas grande y elevado que puede haber en el mundo. Pero ¿cómo es posible que estas dos jóvenes que casi mendigan, y ese miserable soldado puedan representar semejantes intereses?... No importa, añadió, yo soy el brazo que obra..... á la cabeza que piensa y que ordena..... es á quien toca responder de sus obras...

De allí á poco salió el profeta del cobertizo llevándose la manta colorada y se dirigió hácia la reducida cuadra de Jovial; esta puerta mal afirmada apenas estaba sujeta con su picaporte.

Quitasolaces al ver á un estraño, se abalanzó á él, pero sus dientes tropezaron con las piernas de hierro, y el profeta, á pesar de los mordiscos del perro, cojió á Jovial por el ronzal, le cubrió la cabeza con la manta para impedirle la vista y el objeto, le sacó de la cuadra, le metió en la de las fieras y cerró la puerta.

X.

LA SORPRESA.

Las huérfanas, despues de haber leido el diario de su padre, se quedaron algun tiempo silenciosas, tristes y pensativas, contemplando aquellas hojas descoloridas por el tiempo.

Dagoberto, tan absorto como ellas, estaba pensando en su muger y su hijo de quienes estaba separado tanto tiempo hacia y á los cuales esperaba vér muy pronto.

El soldado, rompiendo el silencio que duró algunos minutos, tomó el escrito de las manos de Blanca, y doblólo con sumo cuidado, y metiéndolo en su faltriquera dijo á las huérfanas...

—Vamos, hijas mias, ánimo... ya veis que valiente es vuestro padre; ahora no penseis mas que en el placer de abrazarle, y acordaos siempre del digno jóven á quien debeis esta dicha; porque sin él, vuestro padre hubiera muerto en la India.

—Se llama Djalma, no lo olvidarémos nunca, dijo Rosa.

—Y si nuestro ángel custodio viene otra vez, añadió Blánca, le pediremos que proteja á Djalma como á nosotras...

—Bien, hijas mias, estoy seguro de que tocante á los sentimientos del corazon, no olvidareis nada... pero volviendo al viajero que vino á Siberia en busca de vuestra pobre madre, habia visto al general un mes despues de los sucesos que acabais de leer y en el momento de entrar de nuevo en campaña contra los ingleses; entónces fué cuando vuestro padre le confió estas palabras y la medalla.

—Pero ¿de qué nos servirá esta medalla, Dagoberto?

—¿Y qué significan estas palabras grabadas encima? repuso Rosa sacándola de su pecho.

VICTIMA.
DE
L. C. D. J.
ROGAD POR MI.

—

PARIS
13 DE FEBRERO DE 1682.

——

EN PARIS.
CALLE DE SAN FRANCISCO N. 3.
DENTRO DE SIGLO Y MEDIO
ESTAREIS
A 13 DE FEBRERO DE 1832.

—

ROGAD POR MI.

—Hijas mias, eso significa que es preciso que el 13 de febrero de 1832 estemos en Paris, en la ca le de San Francisco número 3.

—¿Y por qué?

—La enfermedad arrebató tan pronto á vuestra pobre madre, que no pudo decírmelo; todo cuanto sé, es que heredó de sus padres esta medalla, y que hacia mas de cien años que su familia conservaba esta reliquia.

—¿Y como se hallaba en poder de nuestro padre?

—Entre los objetos que se pusieron con precipitacion en su coche cuando le obligaron a salir de Varsovia de un modo tan violento, habia un estuche perteneciente á vuestra madre donde estaba esta medalla; el general no pudo mandarla despues por no tener ningun medio de comunicacion por ignorar nuestro paradero.

—¿Con que segun eso esta medalla es muy importante para nosotras?

—Sin duda, porque en quince años no vi nunca á vuestra madre tan feliz como el dia que la trajo el viajero..... «ahora, me dijo delante de éste y llorando de alegria, la suerte de mis hijas será tal vez tan feliz, como miserable ha sido hasta aqui; voy á pedir al gobernador de Siberia que me permita ir á Francia con ellas. Tal vez pensarán que quince años de destierro y la confiscacion de mis bienes ha sido un castigo suficiente.... Si me lo niegan... permaneceré aqui, pero á lo menos creo que me permitirán que las envie á Francia, á donde vos las conducireis, Dagoberto, os pondreis en marcha al instante, porque por desgracia se ha perdido ya mucho tiempo...... y si no llegais antes del 13 de febrero próximo, esta cruel separacion y este viaje tan penoso serán inútiles.

—¡Como! un solo dia de retardo......

—Si llegamos el 14 en lugar del 13, no será ya tiempo, decia vuestra madre; tambien me entregó una carta muy abultada que yo debia echar al correo en el primer pueblo de Francia que encontrasemos, y asi lo he hecho.

—¿Y crees que llegaremos á tiempo á Paris?

—Asi lo espero; sin embargo, será preciso duplicar estas jornadas si teneis fuerzas para ello, porque si solo andamos cinco leguas cada dia y sin accidente alguno llegaremos á Paris, lo mas pronto á principios de febrero, y seria mejor estar alli antes.

—Pero supuesto que nuestro padre está en la India, y que una sentencia de muerte le impide volver á Francia ¿cuando le veremos?

—¿Y á donde le verémos?

—Pobres niñas, teneis razon... hay tantas cosas que no sabeis; es verdad que cuando el viagero le dejó no podia volver á Francia, pero ahora si.

—¿Como es eso?

—Porque el año pasado salieron de Francia los Borbones que le habian desterrado... la noticia habrá llegado a la In-

dia, y seguramente vuestro padre vendrá á aguardarnos á Paris, puesto que espera que vosotras y vuestra madre estén allí para el 13 de febrero del año que viene.

—¡Ah! ahora comprendo, podemos tener esperanzas de verle, dijo Rosa suspirando.

—Dagoberto ¿sabes como se llama ese viajero?

—No, hijas mias, pero llámese Pedro ó Juan, lo cierto es que es un hombre escelente. Al despedirse, vuestra madre le dió llorando las gracias por haber sido tan celoso y tan bueno con el general, con ella y con sus hijas. Entonces el viajero le apretó las manos y le dijo con una voz tan dulce que me enterneció: *¿Por que me dais las gracias? ¿no he dicho*, AMAOS UNOS A OTROS?

—¿Quién dijo eso, Dagoberto?

—Si, de quien queria hablar el viajero?

—Yo no lo sé; lo cierto es que me chocó mucho el modo con que pronunció estas palabras, que son las últimas que dijo.

—*Amaos unos á otros*, repitió Rosa pensativa.

—¡Que hermosas son estas palabras!.. añadió Blanca.

—¿Y donde iba ese viajero?

—Muy lejos....... muy lejos, hacia el Norte, respondió á vuestra madre, que al verle salir me dijo hablando de él: «Su «lenguaje dulce y triste me ha hecho llo-«rar de ternura; mientras que hablaba «conmigo me sentí mas aliviada, amaba «mucho mas á mi marido y á mis hijas, «y á pesar de esto considerando la espre-«sion de la fisonomia de este estranjero «podia decirse QUE NUNCA HABIA REIDO «NI LLORADO,» añadia vuestra madre.

Cuando se marchó, ella y yo le seguimos desde la puerta con los ojos, hasta que le perdimos de vista; iba con la cabeza baja, despacio, tranquilo y animado....... parecia que contaba sus pasos... y á propósito de su paso, he observado una cosa.

—¿Qué cosa, Dagoberto?

—Ya sabeis que el camino de vuestra casa estaba siempre húmedo á causa de la fuentecita que rebosaba....

—Sí.

—¡Y bien! sus huellas quedaron estampadas en la tierra, y conocí que en su suela habia algunos clavos en forma de cruz....

—¿Cómo es eso... en forma de cruz?

—Mirad, dijo Dagoberto poniendo siete veces su dedo sobre la colcha de la cama; mirad, esta es la figura que tenia debajo del talon:



Ya veis que esto forma una cruz.

—¿Y qué querrá decir eso, Dagoberto?

—Una casualidad tal vez..... si.... una casualidad..... sin embargo.... ese diablo de cruz me ha parecido, bien á mi pesar, de mal agüero, porque apenas se marchó, empezaron á caer sobre nosotros infinitas desgracias.

—¡Ay! ¡la muerte de nuestra madre!

—Sí; ¡pero antes....... otro disgusto! Todavía no habiais vuelto; vuestra madre escribia la súplica pidiendo permiso para ir á Francia ó para enviaros, cuando oigo el galope de un caballo: era un correo del gobernador general de Siberia, que nos traia la órden de que mudásemos de residencia: tres dias despues debíamos reunirnos á otros sentenciados para ir jun-

los cuatrocientas leguas mas hácia el Norte..... Asi, al cabo de quince años de destierro, duplicaban los tormentos y la persecucion de vuestra madre...

—¿Y porque la atormentaban de este modo?

—Parecia que un mal genio se encarnizaba con ella, porque algunos dias despues el viajero no nos halló en Milosk, y si nos hubiese encontrado algun tiempo despues, hubiera sido tan léjos, que ya no servirian de nada los papeles y la medalla que traia.... pues que habiendo podido partir al instante, apénas tendremos ahora tiempo de llegar á Paris. « No podrian obrar de otro modo si tuviesen interés en impedirnos ir á Francia á mí « y á mis hijas, decia vuestra madre, porque desterrándonos ahora á cuatrocientas leguas mas léjos, equivale á imposibilitar este viaje, cuyo término está fijado. » Esta idea la desesperaba.

—¡Puede ser que esta desgracia imprevista haya causado su repentina enfermedad!

—Por desgracia no, hijas mias; solo ha sido ese infernal cólera que llega sin saber de donde, porque tambien él viaja... os acomete como el rayo.... Tres horas despues de la partida del viajero, y cuando volvisteis tan alegres y tan contentas del bosque con vuestros grandes ramos de flores para vuestra madre..... ya estaba casi agonizando..... y desconocida; el cólera se declaró en el pueblo...... Aquella noche murieron cinco personas. Vuestra madre solo tuvo tiempo de echaros al cuello la medalla, querida Rosita mia, y de recomendarme á vosotras dos.... de pedirme que nos pusiéramos al instante en camino. Muerta vuestra madre, la nueva órden de destierro no podia entenderse con vosotras: el gobernador nos permitió salir para Francia, segun la última voluntad de vuestra....

El soldado no pudo concluir; llevó su mano á los ojos al mismo tiempo que las huérfanas se abrazaron sollozando.

—¡Oh! repuso Dagoberto con orgullo.... al cabo de un momento de silencio doloroso..... entónces sí, que os mostrasteis dignas hijas del general; á pesar del riesgo no pudieron arrancaros del lecho de vuestra madre, donde permanecisteis hasta el fin.... La cerrasteis los ojos y la velasteis toda la noche.... sin querer partir hasta haberme visto poner la crucecita de madera sobre la sepultura que yo habia hecho.

Dagoberto calló de repente.

Un relincho estraño y desesperado mezclado con rugidos feroces, hizo estremecer al soldado en su silla; perdió el color y esclamó:

—¡Es Jovial! ¡mi caballo! ¡qué hacen á mi caballo!

En seguida, abriendo la puerta, bajó precipitadamente la escalera.

Las dos hermanas, asustadas de la repentina salida del soldado, se estrecharon tanto una contra otra, que no vieron salir por el agujero de los vidrios rotos una enorme mano que abrió la falleba, empujó con fuerza los postigos y derribó el velon de la mesita donde estaba la mochila de Dagoberto.

Asi es que las huérfanas se hallaron en una profunda oscuridad.

XI.

JOVIAL Y LA MUERTE.

Morok, despues de haber conducido á Jovial á la leonera, quitóle la manta que le impedia ver y oler.

En el momento en que el tigre, el leon y la pantera divisaron al caballo, se arrojaron hambrientos á las barras de sus jaulas. Jovial, asombrado, con el cuello erguido y los ojos fijos, temblaba de pies á cabeza y parecia clavado en el suelo;

un sudor abundante y frio empezó á correr de sus hijares.

El leon y el tigre daban rujidos espantosos, y se movian con violencia en sus jaulas.

La pantera, al contrario, estaba silenciosa, pero su muda rabia causaba horror.

De un enorme salto, en que pudo romperse el cráneo, se arrojó desde el fondo á los hierros de la jaula; en seguida, siempre muda é irritada, volvia arrastrando á la estremidad opuesta, y con nuevo, enérgico y ciego impulso procuraba todavía conmover la verja.

Tres veces brincó... terrible y silenciosa.... cuando el caballo, pasando de la inmovilidad del miedo á la desesperacion del espanto, prorumpió en relinchos prolongados, y fuera de si echó á correr hacia la puerta por donde habia entrado.

Hallándola cerrada, bajó la cabeza, dobló un poco las piernas, aplicó el hocico á la abertura que quedaba entre el suelo y las tablas, en ademan de respirar el aire esterior, y en seguida, mas y mas desatinado redobló los relinchos, pateando con fuerza con sus manos.

El profeta se acercó á la jaula de la *Muerte* en el momento en que esta iba otra vez á saltar, y con su pica corrió é hizo salir de su anillo el pesado cerrojo que sujetaba la puerta... En un segundo ganó Morok la mitad de la escala que conducia á su desvan.

Los rujidos del tigre y el leon, mezclados con los relinchos de Jovial, retumbaron entonces en todo el ámbito de la posada.

La pantera se habia arrojado otra vez á la verja con tan furioso encarnizamiento que las barras cedieron y ella saltó en medio del cobertizo.

La luz del fanal reflejaba sobre el pelo lustroso de su piel, sembrada de manchas de un negro mate...

Durante un momento permaneció inmóvil y recojida sobre sus rollizos miembros.... con la cabeza estirada hasta el suelo, como si calculase la distancia del salto que iba á dar hasta el caballo, y en seguida se arrojó precipitadamente sobre él.

Jovial, viéndola salir de la jaula, dió una huida, se echó sobre la puerta que se abria hácia dentro.... y la empujó con todas sus fuerzas como si quisiera echarla abajo. En el momento en que saltó la *Muerte*, el caballo se levantó de manos poniéndose casi derecho; pero la fiera, con la rapidez del relámpago, se colgó de su cuello, clavando al mismo tiempo en el pecho las agudas garras de sus patas delanteras.

La vena yugular del caballo se abrió; y la pantera de Java, con sus dientes, hizo saltar á chorros la sangre de Jovial: apoyándose entonces en sus pies de atras, estrechó con violencia á su víctima contra la puerta, la despedazó y abrió el hijar con sus punzantes garras....

La carne del caballo estaba viva y jadeando; los apagados relinchos del animal eran cada vez mas espantosos.

Repentinamente se oyeron estas palabras:

—Jovial.... ánimo..... aqui estoy.... ánimo....

Era la voz de Dagoberto que se deshacia en desesperados esfuerzos para abrir la puerta detrás de la cual tenia lugar esta sangrienta lucha.

—¡Jovial! repuso el soldado, vengo... á socorrerte.

A este bien conocido y amigo acento, el pobre animal casi espirando ya procuró volver la cabeza hacia el sitio de donde venia la voz de su amo; respondióle con un lastimoso relincho, y cediendo á los esfuerzos de la pantera, cayó.... primero sobre las rodillas, y en seguida de cost-

do.... de modo que su lomo y su cruz dando contra la puerta le impedian que se abriese.

Entonces todo quedó concluido.

La pantera se acomodó sobre el caballo, le apretó con sus cuatro patas, á pesar de algunas débiles coces y metió en el hijar su ensangrentado hocico.

—¡Socorro! ¡socorro á mi caballo! gritaba Dagoberto, conmoviendo con fuerza la cerradura; y añadiendo despues con rabia:

—Y sin armas.... sin arma ninguna....

—¡Cuidado! Gritó el domador de fieras asomándose á la ventana del desvan que se abria hácia el patio, no treteis de entrar, porque os va la vida en ello.... mi pantera está furiosa...

—¡Y mi caballo... mi caballo! esclamó Dagoberto con voz lastimosa.

—Esta noche ha salido de la cuadra, y empujando la puerta ha entrado en el cobertizo; la pantera, al verle, ha roto la jaula y se le ha abalanzado.... Sereis responsable de las desgracias que sucedan.... añadió el domador de fieras con aire amenazador.... porque voy á esponerme mucho para hacer entrar á la *Muerte* en su jaula.

—¡Pero mi caballo.... salvad mi caballo! esclamó Dagoberto desesperado y en tono de súplica.

El profeta desapareció de la ventana.

Los rujidos de los animales y los gritos de Dagoberto despertaron á todos los criados de la posada del *Halcon Blanco*. Algunas ventanas se abrieron precipitadamente y se iluminaron. Los mozos acudieron poco despues al patio con linternas, rodearon á Dagoberto y se informaron de lo que acababa de suceder.

—Allí está mi caballo... y uno de los animales de ese miserable se ha escapado de su jaula, esclamó el soldado que seguia meneando la puerta.

A estas palabras, los criados de la posada, asustados ya de estos espantosos rujidos, echaron á correr para prevenir á su amo.

Es fácil concebir cual seria la agonía del soldado, esperando que abriesen la puerta.

Pálido, sin poder respirar y con el oido aplicado á la cerradura, estaba escuchando.....

Poco á poco cesaron los rugidos: solo se oia un gruñido sordo y los siniestros acentos repetidos por la dura voz del profeta, que decia:

—¡*Muerte*, aquí! ¡Muerte!

La noche era sumamente lóbrega, y Dagoberto no vió á Goliath, que arrastrándose con precaucion por el tejado volvia al desvan por la ventana.

Poco despues se volvió á abrir la puerta del patio y se presentó el amo de la posada seguido de varios hombres que se aproximaba con precaucion armado de una carabina, sus criados traian hoces y palos.

—¿Qué es lo que sucede? dijo acercándose á Dagoberto ¡qué desórden en mi posada! Vayan al diablo esos enseñadores de fieras y los descuidados que no saben atar al pesebre el ronzal de un caballo..... Si vuestro animal está herido... tanto peor para vos... ¿porqué no habeis tenido mas cuidado?

El soldado en vez de responder á estas reconvenciones, seguia escuchando lo que pasaba en el interior del cobertizo é hizo un gesto con la mano encargando silencio.

Repentinamente se oyó un mugido feroz, seguido de un agudo grito del profeta, y casi al mismo tiempo la pantera gruñó de un modo lamentable.

—Tal vez sereis causa de una desgracia... dijo asustado á Dagoberto el amo de la posada, ¿habeis oido que grito? Puede que Morok esté peligrosamente herido.

El soldado iba á responder, cuando la

puerta se abrió: presentose en ella Goliath diciendo:

—Ya se puede entrar..... no hay peligro.

El interior del cobertizo presentaba un siniestro espectáculo.

El profeta, pálido y no pudiendo apenas disimular su emocion bajo una aparente tranquilidad, estaba arrodillado á algunos pasos de la jaula de la pantera en actitud recogida; por el movimiento de sus lábios se podia adivinar que rezaba.

A la vista del amo y de los criados de la posada, Morok se levantó diciendo con acento solemne.

—¡Bendito seais, Dios mio, que habeis permitido que venza aun esta vez con la fuerza que me habeis dado!

Cruzando entonces sus brazos sobre el pecho, levantando la cabeza y mirando imperiosamente, parecia gozar del triunfo que acababa de lograr sobre la *Muerte*, la cual echada en el fondo de su jaula continuaba aun sus quejosos gruñidos.

Los espectadores de esta escena, ignorando que la pelliza del domador de fieras ocultaba una armadura completa, y atribuyendo al temor los gritos de la pantera se quedaron absortos de admiracion al considerar la intrepidez y el dominio casi sobrenatural de este hombre.

A su espalda y á pocos pasos estaba Goliath de pié, apoyado sobre la pica de fresno.....

En fin, no lejos de la jaula y en medio de un charco de sangre yacia tendido el cadáver de Jovial.

Dagoberto á la vista de estos sangrientos y despedazados despojos, se quedó inmóvil, y su ruda fisonomía tomó una espresion de profundo dolor...... En seguida poniéndose de rodillas, levantó la cabeza de Jovial. Al ver aquellos ojos muertos y vidriados, poco antes tan inteligentes y alegres cuando los volvia hácia su querido amo, el soldado no pudo contener una dolorosa esclamacion.

Dagoberto olvidaba su enfado y las deplorables consecuencias de este accidente tan fatal á los intereses de las dos jóvenes que no podian ya continuar su ruta; solo pensaba en la horrible muerte de aquel pobre y viejo caballo, su antiguo compañero de fatigas y de guerra, fiel animal herido dos veces como él..... y de quien no se habia separado en tantos años.....

Esta aguda emocion estaba tan cruel y acerbamente pintada en el rostro del soldado, que el amo y los criados de la posada se compadecieron un instante viendo á este anciano venerable arrodillado junto á su caballo muerto.

Pero cuando el veterano, dando curso á su dolor, pensó que Jovial habia sido tambien su compañero de destierro, y que la madre de las huérfanas habia emprendido en otro tiempo, como sus hijas, sobre este desgraciado animal un penoso viaje, se representaron vivamente á su imaginacion las funestas consecuencias de la pérdida que acababa de esperimentar; á la ternura sucedió el furor; levantóse con los ojos encendidos y arrojando espuma de cólera y se precipitó sobre el profeta: con una mano le cojió la garganta y con la otra le dió militarmente en el pecho cinco ó seis puñetazos que se amortiguaron sobre la cota de malla de Morok.

—¡Salteador! ¡me responderás de la muerte de mi caballo! decia el soldado continuando la correccion.

Morok suelto y nervioso no podia, sin embargo, luchar con ventaja contra Dagoberto, quien gracias á su estatura manifestaba un vigor poco comun. Fué pues menester que Goliath y el amo de la posada interviniesen para arrancar al profeta de las manos del antiguo granadero.

Al cabo de algunos instantes separaron á los dos campeones. Morok estaba lívido



La muerte de Jovial.

de rabia, y fué forzoso acudir á nuevos esfuerzos para impedir que se apoderase de la pica con la que queria dar á Dagoberto.

—¡Eso es abominable! esclamó el amo dirigiéndose al soldado que tenia sus dos puños cerrados sobre su calva frente.

Con que ademas de esponer á este digno hombre á ser devorado por sus fieras..... repuso el amo, quereis echaros sobre él... ¿Es ese el modo de conducirse un hombre de vuestra edad? ¿Será menester pedir ausilio? poco antes habeis sido mas razonable.

Estas palabras calmaron al soldado; pesóle tanto mas de su vivacidad cuanto que su calidad de estranjero podia aumentar el embarazo de su posicion; era preciso hacerse indemnizar á toda costa de su caballo con el fin de poder continuar el viaje, cuyo éxito podria quedar comprometido con un solo dia de retardo. Haciendo un esfuerzo violento sobre sí mismo logró contenerse.

—Teneis razon..... he sido demasiado vivo...... dijo al amo con voz alterada que él procuraba calmar... No he tenido tanta paciencia como antes. Pero en fin, ¿este hombre no debe ser responsable de la pérdida de mi caballo? Sed vos mismo el juez.

—¡Pues bien! como juez no soy de vuestro parecer. Nadie tiene la culpa de esto sino vos. Habeis atado mal vuestro caballo que habrá entrado en el cobertizo cuya puerta estaba sin duda entreabierta, dijo el amo, tomando evidentemente el partido del domador de fieras.

—Es verdad, repuso Goliath, ahora me acuerdo; yo habia dejado esta noche la puerta medio abierta con el fin de dar aire á los animales; las jaulas estaban bien cerradas y no habia riesgo.....

—¡Eso es! dijo uno de los asistentes.

—Con solo haber visto al caballo se habrá enfurecido la pantera en términos de romper la jaula..... repuso otro.

—El profeta es quien debia quejarse... dijo un tercero.

—El parecer de unos y otros importa muy poco, repuso Dagoberto que empezaba á perder la paciencia; por mi parte, digo que necesito al instante el dinero ó mi caballo; sí, al instante, porque quiero salir de esta desventurada posada.

—Y yo digo que sois vos el que vais á indemnizarme, esclamó Morok que sin duda preparaba esta escena para el fin, porque enseñó su mano izquierda ensangrentada que habia tenido oculta hasta entonces en la manga de su pelliza. Tal vez quedaré estropeado por toda mi vida, añadió. ¡Mirad que herida me ha hecho la pantera!

Esta herida, sin ser tan grave como pretendia el profeta, era bastante profunda. Este último argumento le concilió la simpatía general. Contando sin duda con este incidente para ganar una causa que consideraba como propia, el posadero dijo al mozo de la cuadra:

—Solo hay un medio de concluir esto... el de ir al instante á despertar el burgomaestre para rogarle que venga; el decidirá quien tiene razon.

—Iba á proponéroslo, dijo el soldado, porque, bien mirado, no soy yo quien debo hacerme justicia á mí mismo.

—Fritz, corre á casa del burgomaestre, dijo el amo.

El mozo salió precipitadamente. Su amo, temiendo comprometerse en el interrogatorio del soldado cuyos papeles habia descuidado pedirle la víspera, le dijo:

—El burgomaestre vendrá de mal humor.... por haberle incomodado tan tarde.... Yo no tengo gana de pagarle, así procurad ir á buscar vuestros papeles para ver si están en regla.... porque he hecho mal en no pedíroslos ayer á vuestra llegada.

—Están arriba en mi mochila; ahora los vereis.... respondió el soldado.

En seguida, volviendo la vista y poniéndose la mano en los ojos al pasar por delante del cuerpo de Jovial, fué á reunirse con las dos huérfanas.

El profeta le siguió con una mirada triunfante y dijo para sí....

—Ya está sin caballo, sin dinero y sin papeles... Yo no podia hacer mas... puesto que me estaba prohibido... y que yo debia poner de mi parte la posible seguridad y salvar las apariencias...

Todo el mundo culpará á este soldado, y yo, á lo menos, podré responder que en algunos dias se verá imposibilitado de continuar su ruta, puesto que de su arresto y del de estas dos jóvenes penden tan grandes intereses.

Un cuarto de hora despues de esta reflexion del domador de fieras, Karl, el camarada de Goliath, salió del escondite donde su amo le habia confinado durante la noche, y partió para Leipsik con una carta que Morok acababa de escribir precipitadamente y que Karl debia echar al correo en el momento que llegase.

El sobre de esta carta estaba concebido en estos términos:

A Monsieur
Monsieur Rodin,
Rue du Milieu des Ursins num. 11.
A PARIS.
(France.)

XII.

EL BURGOMAESTRE.

La inquietud de Dagoberto aumentaba por momentos: persuadido de que su caballo no habia entrado voluntariamente en el cobertizo, atribuia este doloroso acontecimiento á la malignidad del domador de fieras; en vano se preguntaba á sí mismo el motivo del encarnizamiento de este miserable contra él, y pensaba con espanto que su causa, por justa que fuese, iba á depender del buen ó mal humor de un juez arrancado al sueño y que podiá fallar bajo engañosas apariencias.

Bien decidido á ocultar todo el tiempo posible á las huérfanas el nuevo golpe que habian llevado abrió la puerta de su cuarto y tropezó con Quintasolaces, que habia acudido á su sitio despues de haberse opuesto inútilmente á que el profeta llevase á Jovial.

—Felizmente el perro habia vuelto aquí, y las pobres niñas estaban guardadas...... dijo el soldado abriendo la puerta.

La profunda oscuridad que reinaba en el cuarto le causó gran sorpresa.

—¡Hijas mias! esclamó, ¿porqué estais sin luz?

Nadie le respondió.

Asustado, corrió á la cama á tientas, cogió la mano de una de las hermanas, y la halló helada.

—¡Rosa! ¡hijas mias! esclamó, ¡Blanca!... respondedme..... me asustais.....

Igual silencio; la fria é inerte mano seguia el impulso que le imprimia Dagoberto.

La luna, libre entónces de las densas nubes que la rodeaban, reflejaba en el cuartito y en el lecho colocado en frente de la ventana una viva claridad, de modo que el soldado pudo ver desmayadas á las dos hermanas.

La azulada luz de la luna contribuia á aumentar la palidez de las huérfanas que estaban medio abrazadas; Rosa habia ocultado su cabeza en el seno de Blanca.

—Se habrán desmayado de miedo, esclamó Dagoberto corriendo hácia su calabaza. ¡Pobres niñas! ¡no es estraño despues de una jornada en que han tenido tantas emociones!

Y el soldado echando en una punta del pañuelo algunas gotas de aguardiente, se puso de rodillas junto á la cama, frotó ligeramente las sienes de las dos hermanas

y aplicó á sus narices sonrosadas el lienzo empapado en el licor.

Arrodillado siempre, inclinando hácia las huérfanas su moreno rostro, inquieto, conmovido, esperó algunos segundos antes de renovar el empleo del único medio de socorro que tuvo en su poder.

Un lijero movimiento de Rosa dió alguna esperanza al soldado: la jóven volvió su cabeza sobre la almohada suspirando; en seguida se estremeció, abrió azorada sus ojos, y no conociendo de pronto á Dagoberto, esclamó:

—¡Hermana mia! y se escondió entre los brazos de Blanca.

Esta principió á sentir tambien los efectos de los ausilios del soldado, sacándola completamente de su letargo el grito de Rosa, pero participando otra vez de su terror sin saber la causa, se estrechó contra ella.

—Ya han vuelto en sí....: esto es lo que importa, dijo Dagoberto. El pavor se les pasará pronto. En seguida, añadió templando su voz:

—Ea, hijas mias... ánimo... estais mejor... soy yo... que estoy aquí... yo... Dagoberto.

Las huérfanas hicieron un brusco movimiento, volvieron hácia el soldado sus encantadores rostros todavía llenos de turbacion, y con un arranque lleno de gracia ambas le alargaron los brazos esclamando:

—Eres tú..... Dagoberto.... nos hemos salvado...

—Sí, hijas mias... soy yo, dijo el veterano cogiéndoles las manos y estrechándolas cariñosamente. ¿Habeis tenido mucho miedo durante mi ausencia?

—¡Oh! sí... terrible...

—Si supieras..... Dios mio..... si supieras.....

—¿Pero quién ha pagado la luz?

—Nosotras no...

—Vamos, tranquilizaos, pobres niñas, y contadme eso... Este meson no me parece seguro..... Felizmente lo abandonaremos muy pronto... Maldita suerte que me ha conducido á él... sobre todo no habia otra posada en el pueblo..... y bien, ¿qué ha pasado?

—Apenas te marchaste..... se abrió la ventana con mucha fuerza, y cayeron la lámpara y la mesa con un estrépito terrible.

—Entonces se nos oprimió el corazon, nos abrazamos lanzando un grito, porque nos pareció tambien oir pasos por el aposento.

—Y nos sentimos malas, tanto era el miedo que teníamos!...

Desgraciadamente persuadido de que la violencia del viento habria roto los vidrios y empujado la ventana, Dagoberto creyó haber cerrado mal la falleba, atribuyó á este segundo accidente la misma causa que al primero y pensó que el espanto de las huérfanas las engañaba.

—En fin, eso ha pasado ya, no pensemos mas en ello, calmaos, les dijo.

—Pero, dinos, Dagoberto, ¿por qué nos dejaste tan pronto?...

—Es verdad, ahora me acuerdo, ¿no oimos un gran ruido, hermana, y Dagoberto corrió hácia la escalera gritando mi caballo... ¿qué hacen á mi caballo?

—¿No era Jovial que relinchaba?

Estas preguntas renovaban las angustias del soldado, y temiendo responder á ellas, dijo con cierto embarazo:

—Sí... Jovial relinchaba... ¡pero no era nada!..... pero necesitamos luz. ¿Sabeis dónde puse mis avios de encender, ayer tarde? Vaya, yo pierdo la cabeza; están en mi bolsillo. Afortunadamente aquí hay una vela; voy á encenderla para buscar en mi morral papeles que necesito.

Dagoberto hizo algunas chispas, encendió la luz, y vió en efecto la ventana to-

davía abierta, la mesa caida, y al lado de la lámpara su mochila: cerró la ventana, levantó la mesita, y colocando en ella su mochila la desató á fin de cojer su cartera colocada así como su cruz y su bolsa, en una especie de bolsillo entre el forro y la piel del morral, que no parecia haber sido registrado, gracias al cuidado con que estaban sujetas las correas.

El soldado metió la mano en el bolsillo de la mochila y nada encontró.

Herido de sorpresa, palideció y esclamó dando un paso hácia atrás:

—Qué es esto!!! ¡no hay nada!

—Dagoberto, ¿qué tienes? dijo Blanca.

El soldado no contestó.

Inmóvil, inclinado sobre la mesa, permaneció con la mano metida en el secreto de la mochila, despues cediendo de pronto á una vaga esperanza..... porque tan cruel realidad no le parecia posible, vació precipitadamente el contenido sobre la mesa: consistía aquel en algunas prendas de ropa medio usadas, y en su raído uniforme de granadero á caballo de la guardia imperial, santa reliquia para el soldadado. Pero por mas que Dagoberto desenvolvió cada objeto de su equipaje, no halló ni su bolsa ni su cartera donde estaban sus papeles, las cartas del general Simon y su cruz.

En vano con esa puerilidad terrible que acompaña siempre á las investigaciones desesperadas, el soldado cojió el morral por las dos puntas y le sacudió fuertemente: nada salió de él.

Mirábanse las huérfanas con inquietud, no comprendiendo nada del silencio y de la accion de Dagoberto que les volvia la espalda.

Blanca se aventuró á decirle con voz timida:

—¿Qué tienes?... no nos respondes.... ¿qué buscas en tu morral?

Dagoberto, siempre mudo, registró precipitadamente y volvió del revés todos sus bolsillos, nada...

Quizás por la primera vez de su vida, sus dos hijas, como él las llamaba, le habian dirijido la palabra sin que les contestase.

Blanca y Rosa sintieron que gruesas lágrimas humedecian sus ojos; creyendo que el soldado estaba enfadado, no se atrevieron á hablarle mas.

—No, no puede ser... no.

Decia el veterano apoyando su mano en su frente y buscando todavía en su memoria donde habia podido colocar objetos tan precíosos para él, pues no queria resolverse á creer que se habian perdido... Un rayo de alegría brilló en sus ojos... corrió á cojer sobre una silla la maleta de las huérfanas, la cual contenia un poco de ropa blanca, dos vestidos negros y una cajita de madera blanca que guardába un pañuelo de seda que habia pertenecido á su madre, dos bucles de sus cabellos, y una cinta negra que llevaba al cuello; pues lo poco que poseian habia sido confiscado por el gobierno ruso. Dagoberto lo registró todo, sin perdonar los últimos rincones de la maleta, pero, nada... nada...

Esta vez completamente anonadado se apoyó sobre la mesa.

—Este hombre tan robusto, tan enérjico, se sentia desfallecer.... su rostro estaba á la vez ardiente y bañado de un sudor frio, y se le doblaban las rodillas.

Dícese vulgarmente que un náufrago se agarraria á un ascua, tambien hay *desesperacion* que no quiere absolutamente *desesperar*. Dagoberto, pues se dejó arrastrar á la última prueba, absurda, loca, imposible... volvióse bruscamente hácia las dos huérfanas, y les dijo, sin pensar en la alteracion de sus facciones y de su voz:

—Decid, ¿no os los he dado á guardar?

En lugar de constestarle, Rosa y Blanca, espantadas al ver su palidez y la espresion de su rostro, lanzaron un grito.

—¡Dios mio!.... ¡Dios mio!.... ¿qué tienes? murmuró Rosa.

—¿Los teneis vosotras, si ó no? esclamó con voz de trueno el desgraciado, estraviado por el dolor. Si no los teneis..... voy á cojer el primer cuchillo que encuentre y me lo clavo en el corazon!

—¡Ah! tú tan bueno... perdónanos si te hemos causado alguna pena...

—¡Nos amas tanto!... no querrás hacernos mal.

Y las huérfanas se echaron á llorar alargando sus manos suplicantes hácia el soldado.

Este, sin verlas, las miraba con ojos fijos, inmóviles, terribles: en seguida, disipada esta especie de vértigo, pronto se presentó la realidad á su pensamiento con todas sus horrorosas consecuencias: juntó las manos, cayó de rodillas delante de la cama de las huérfanas, apoyó en ella su frente, y al través de sus sollozos penetrantes, porque este hombre de hierro sollozaba, no se oian mas que estas palabras entrecortadas:

—Perdon.... perdon.... no sé.... ¡ah! ¡qué desgracia!.... ¡qué desgracia! perdon...

A esta esplosion de dolor, cuya causa no comprendian, pero que en semejante hombre inspiraba mas lástima, las dos hermanas, sobrecojidas, rodearon con sus brazos su vieja cabeza cana, y esclamaron llorando: ¡pero míranos! dinos lo que te aflije..... ¿Somos nosotras la causa de....?

Un ruido de pasos resonó en la escalera.

Al mismo tiempo se oyeron los ladridos de Quitasolaces que estaba fuera de la puerta.

Cuanto mas se aproximaban los pasos, mas furiosos eran los ladridos del perro: indudablemente eran acompañados de demostraciones hostiles, porque se oyó al posadero gritar con tono de cólera:

—¡Hola! ¡eh! llamad á vuestro perro..... es el señor burgomaestre que sube....

—Dagoberto, ¿oyes? es el burgomaestre, dijo Rosa.

—Sube gente.... añadió Blanca....

La palabra burgomaestre volvió en sí á Dagoberto, y completó por decirlo así el cuadro de su terrible posicion. Su caballo estaba muerto, se hallaba sin papeles, sin dinero, y un dia, un solo dia de retardo, destruia la última esperanza de las dos hermanas, y hacia inútil aquel largo y penoso viaje.

Las personas de temple de alma como lo tenia el veterano, prefieren los grandes peligros, las situaciones graves pero ciertas á esas angustias vagas que preceden á una desgracia dudosa.

Dagoberto, ayudado por su buen sentido y por su admirable abnegacion, comprendió que no le quedaba otro recurso que la justicia del burgomaestre, y que todos sus esfuerzos debian tender á captarse la benevolencia de este magistrado; enjugó sus ojos con la ropa de la cama, se levantó erguido, tranquilo, resuelto y dijo á las huérfanas:

—Nada temais. hijas mias; el que llega debe ser nuestro salvador.

—¿Quereis llamar á vuestro perro?... gritó el mesonero que permanecia detenido en la escalera por Quitasolaces, centinela vigilante que continuaba disputándole el paso. ¿Está rabioso este animal? atadle: ¿no habreis causado ya bastantes desgracias en mi casa?... Os digo que el señor burgomaestre quiere interrogaros ahora, pues acaba de oir á Morok.

Dagoberto pasó la mano por sus cabe-

llos canos y por su bigote, se abrochó el cuello de su casaca, limpió sus mangas con las manos á fin de darse el mejor aire posible; conocia que la suerte de las huérfanas iba á depender de su conferencia con aquel magistrado.

No sin fuertes latidos de corazon puso la mano sobre la cerradura, despues de haber dicho á las niñas cada vez mas asustadas con tantos acontecimientos: quedaos quietas en la cama hijas mias.... si es absolutamente preciso que entre alguno aquí será solo el burgomaestre....

Abriendo despues la puerta, el soldado llegó hasta la meseta y dijo:

—Quitasolaces.... ven aquí.

El perro obedeció con marcada repugnancia, y fué preciso que su amo le mandase dos veces que se abstuviese de toda manifestacion hostil hácia el mesonero: este último con una linterna en una mano y un gorro en la otra, precedió respetuosamente al burgomaestre, cuya figura magistral se perdia en la penumbra de la escalera.

Detrás del juez, y algunos escalones mas bajos que él, se veian vagamente, alumbrados por otra linterna, los semblantes curiosos de los criados y demás gente de la posada.

Dagoberto, despues de haber hecho entrar á Quitasolaces en su cuarto, cerró la puerta, y avanzó dos pasos en la meseta bastante espaciosa para contener muchas personas y en cuyo ángulo habia un banco de madera de respaldo.

Al llegar el burgomaestre al último escalon, pareció sorprendido de ver á Dagoberto cerrar la puerta del aposento como si quisiera prohibirle la entrada.

—¿Porqué cerrais esa puerta? preguntó con tono áspero.

—En primer lugar, porque dos jóvenes que me han sido confiadas, están acostadas en esta estancia, y despues, porque vuestro interrogatorio asustaria á estas niñas, respondió Dagoberto.... sentaos en este banco é interrogadme aquí señor burgomaestre; creo que os sea indiferente.

—¿Y con qué derecho pretendeis señalarme el lugar de vuestro interrogatorio? preguntó el juez con visibles muestras de desagrado.

—¡Oh! nada pretendo, señor burgomaestre, se apresuró á decir el soldado, temiendo mas que nada indisponer á su juez. Solamente os suplico, que como estas jóvenes están acostadas, y están ya asustadas, os digneis preguntarme aqui, con lo cual dareis una muestra de vuestro buen corazon.

—¡Hum! ¡aqui! dijo el majistrado con mal humor. Despertarme á media noche... bien, sea asi, os interrogaré aqui... En seguida, dirijiéndose al posadero, le dijo: Poned vuestra linterna en este banco y dejadnos.....

El posadero obedeció y bajó la escalera seguido de los curiosos que le habian acompañado, unos y otros disgustados de no poder asistir al interrogatorio.

El veterano quedó solo con el majistrado.

XIII.

EL JUICIO.

El buen burgomaestre de Mockern tenia encasquetado un gorro de paño y estaba embozado en una capa, sentóse pesadamente en el banco, porque es de advertir que era gordo y frisaba en los sesenta años, de semblante fiero y ceñudo: con su puño colorado y robusto frotaba frecuentemente sus ojos hinchados y enrojecidos por la falta de dormir.

Dagoberto, de pié, con la cabeza descubierta, el aire sumiso y respetuoso tenia entre ambas manos su vieja gorra de cuartel y procuraba leer en la tosca fisonomía de su juez las probabilidades que

podia tener de que se interesara por su suerte, es decir, por la de las huérfanas.

En este momento crítico, el pobre soldado llamaba en su ausilio toda su sangre fria, toda su razon, toda su elocuencia, toda su resolucion: el que veinte veces habia desafiado á la muerte con fria impavidez, el que tranquilo y sereno jamas habia bajado los ojos ante la mirada de águila del emperador, su héroe, su Dios... sentíase embarazado y trémulo en presencia de un burgomaestre de aldea.

Asi tambien, algunas horas antes, habia sufrido impasible y resignado las provocaciones del profeta para no comprometer la sagrada mision que una madre moribunda le encomendara, mostrando por este medio á qué heroismo de abnegacion puede llegar un alma honrada y sencilla.

—¿Qué teneis que decir..... para justificaros?... Vamos, despachemos... preguntó brutalmente con un bostezo de impaciencia el burgomaestre.

—No tengo por qué justificarme... voy á quejarme, señor burgomaestre, dijo Dagoberto con voz firme.

—¿Pensais enseñarme en qué términos debo haceros mis preguntas? Esclamó el majistrado con tono tan áspero, que el soldado le pesó haber entablado tan mal la audiencia; queriendo calmar á su juez, se apresuró á responder con sumision.

—¡Perdon, señor burgomaestre! me habré esplicado mal, queria decir solamente que en este negocio no tenia culpa alguna.

—El profeta dice lo contrario.

—El profeta..... Respondió el soldado con aire de duda.

—El profeta es un hombre compasivo y honrado, incapaz de mentir, replicó el juez.

—Nada puedo decir sobre este particular, pero sois demasiado justo y bueno, señor burgomaestre para condenarme sin oirme... No sereis vos quien cometa una injusticia... ¡oh! eso se ve desde luego.

Resignándose asi, á su pesar, al papel de cortesano, Dagoberto dulcificaba todo lo posible su bronca voz y procuraba dar á su austera figura una espresion risueña, agradable y lisonjera.

—Un hombre como vos, añadió haciendo cada vez mas melíflua la voz, un juez tan respetable..... no oye sino por una oreja.

—No se trata de orejas... sino de ojos; y aunque los mios me escuecen como si me los hubiera frotado con ortigas....... he visto la mano del domador de fieras horriblemente herida.

—Asi es la verdad, señor burgomaestre; pero reflexionad que si hubiese cerrado sus jaulas y su puerta..... nada de esto hubiera ocurrido.

—No es él, sino vos, quien teneis la culpa, porque no atásteis fuertemente vuestro caballo al pesebre.

—Teneis razon, señor burgomaestre; indudablemente teneis razon, dijo el soldado con voz cada vez mas afable y conciliadora. No será un pobre diablo como yo quien os contradiga; sin embargo, si por una mala intencion hubiesen desatado á mi caballo..... para que fuese á la leonera... en ese caso, confesaríais, ¿no es verdad? que no tengo la culpa, ó al menos lo confesaríais si asi os agradase, se apresuró á decir el soldado; yo no tengo derecho de mandaros nada.

—¿Y por qué diantres se os ha puesto en el magin que os han jugado esa mala pieza?

—No lo sé, señor burgomaestre; pero...

—¡No lo sabeis, eh! ni yo tampoco, dijo impacientemente el burgomaestre. ¡Oh, Dios mio! cuantas palabras necias por un esqueleto de caballo muerto!

El rostro del soldado, perdiendo de re-

pente su espresion de amabilidad forzada, volvió á ponerse severo; respondió con voz grave y conmovida:

—Mi caballo está muerto.... ya no es mas que un esqueleto, es cierto, y hace una hora que, aunque muy viejo, estaba lleno de vida, de valor y de inteligencia... Relinchaba alegremente á mi voz... y cada noche lamia las manos de las dos pobres niñas que habia llevado durante todo el dia... como en otro tiempo llevó á su madre... Ahora ya no llevará á nadie, lo arrojarán al muladar, se lo comerán los perros, y asunto concluido... ¡Seguramente no merecia que me lo recordasen con tanta dureza, porque yo queria mucho á mi caballo!

A estas palabras, pronunciadas con suma naturalidad, el burgomaestre, conmovido á pesar suyo, reprendióse á sí mismo por las que acababa de proferir.

—Concibo el sentimiento que teneis por la muerte de vuestro caballo, dijo con voz menos imp ciente. ¿Pero en fin, ¿qué quereis? es una desgracia.

—Una desgracia.... sí, señor burgomaestre, una desgracia muy grande; las jóvenes que acompaño son demasiado delicadas para emprender un viaje largo á pie, y demasiado pobres para caminar en coche... Sin embargo, es preciso que lleguemos á Paris antes del mes de febrero... Cuando murió su madre le prometí que las conduciria á Francia, porque estas niñas no tienen ya en el mundo mas que á mí.

—Sois sin duda su...

—Soy su fiel criado, señor burgomaestre, y ahora que mi caballo está muerto ¿qué quereis que haga! ¡Oh! vos sois muy bueno, ¿teneis acaso hijas? Si algun dia se hallan en la situacion de mis dos huérfanitas teniendo por único bien, por único recurso en el mundo... á un viejo soldado que las ame, y un viejo caballo que las lleve... si despues de haber sido muy desgraciadas, desde su nacimiento, sí, muy desgraciadas porque mis huerfanitas son hijas de desterrados.... se halla su felicidad al cabo de este viaje, y por la muerte de un caballo se hace este viaje imposible, decid; señor burgomaestre, semejante acontecimiento no os enterneceria el corazon? ¿No pensariais entonces como yo que la pérdida de mi caballo es irreparable?

—Seguramente, respondió el burgomaestre, bastante bueno en el fondo, y participando involuntariamente de la emocion de Dagoberto. Ahora comprendo toda la gravedad de la pérdida que habeis sufrido, y ademas esas huérfanas me interesan, ¿qué edad tienen?

—Quince años y dos meses... son gemelas.

—Qu nce años y dos meses.... casi la misma edad de mi Federica.

—¿Teneis una hija de esta edad? dijo Dagoberto recobrando la esperanza; pues bien, señor burgomaestre, os confieso francamente ahora que ya no me inquieta la suerte de mis pobres niñas... Vos nos hareis justicia.

—Hacer justicia.... ese es mi deber; despues de todo... en este asunto las culpas son casi iguales: por una parte vos habeis atado mal á vuestro caballo; por la otra el domador de fieras ha dejado su puerta abierta. El dice: he sido herido en la mano... pero vos me respondeis: han matado á mi caballo... y por mil razones la muerte de mi caballo es una pérdida irreparable.

—Me haceis hablar mejor que he hablado nunca, señor burgomaestre, dijo el soldado con sonrisa humildemente cariñosa, ese mismo es el sentido de lo que yo hubiera dicho, porque como vos mismo conoceis, ese caballo era toda mi fortuna, y es muy justo que...

—Indudablemente, dijo el burgomaestre, interrumpiendo al soldado, vuestras razones son escelentes... el profeta... hombre honrado y santo, habia presentado á su manera los hechos muy hábilmente, y ademas hace mucho tiempo que se le conoce en este pais, donde casi todos somos fervientes católicos; dá á nuestras mugeres muy baratos libritos edificantes, y les vende, perdiendo seguramente, rosarios y *agnus dei* muy bien trabajados... esto no hace nada al caso, me direis, y tendréis razon; sin embargo, os confieso que habia venido aquí con la intencion...

—¿De echarme la culpa..... de condenarme, no ès así señor burgomaestre? dijo Dagoberto cada vez mas tranquilo. Sin duda, como no habíais despertado completamente, vuestra justicia no tenia todavía mas que un ojo abierto.

—Así es la verdad, señor soldado, respondió el juez con buen humor, bien podia ser así, porque desde luego no oculté á Morok que le daba la razon; entonces me dijo, muy generosamente por cierto: puesto que condenais á mi adversario, no quiero agravar su situacion y deciros ciertas cosas.....

—¿Contra mí?...

—Sin duda; pero á fuer de generoso enemigo calló cuando le dije que segun todas las apariencias os condenaria á una fuerte multa en su favor, porque os lo confieso, antes de haber oido vuestras razones, estaba decidido á exigir de vòs una indemnizacion por la herida del profeta.

—Ved, sin embargo, señor burgomaestre como las personas mas justas y de mas sana razon pueden ser engañadas, dijo Dagoberto haciéndose el cortesano; en seguida añadió procurando tomar un aire prodigiosamente malicioso; pero reconocen la verdad y no pueden oscurecerla por mas *profetas* que sean!...

Por este piadoso juego de palabras, el primero, el único que Dagoberto habia jamás usado, puede juzgarse la gravedad de la situacion y los esfuerzos, las tentativas inauditas que hacia el desgraciado para captarse la benevolencia de su juez.

El burgomaestre no comprendió por de pronto la chanza, y solo pudo apercibirse de ella por el aire satisfecho de Dagoberto y por su mirada interrogativa que parecia decir: ¡eh! esto es magnífico, yo mismo estoy admirado.

El magistrado se sonrió tambien con aire paternal meneando la cabeza; despues contestó marcando mas el juego de palabras.

—¡Eh!... ¡eh!... ¡eh!... teneis razon, el profeta ha profetizado mal... no le pagareis ninguna indemnizacion; considero las culpas iguales y los daños compensados... él há sido herido y vuestro caballo muerto, por tanto, nada os debeis el uno al otro.

—¿Y entónces cuanto creeis que me debe dar? preguntó el soldado con estraordinaria candidez...

—¿Qué decís?

—Digo, señor burgomaestre... què ¿qué suma me ha de pagar?

—¿Qué suma?

—Eso es, pero antes de fijarla debo advertiros una cosa, señor burgomaestre; creo estar en mi derecho no empleando todo el dinero en la adquisicion de un caballo... estoy seguro que en las inmediaciones de Leipsik hallaré á buen precio una bestia entre los campesinos... tambien os confesaré, aquí para los dos, que si pudiese encontrar un asno... no se ofenderia mi amor propio... lo preferiria; porque, muerto mi pobre Jovial, la compañía de otro caballo me seria penosa.

—¡Pero diantre! esclamó el burgomaestre interrumpiendo á Dagoberto, ¿de que suma, de que asno y de que otro caballo me estais hablando?... Os digo que

no debeis nada al profeta ni él tampoco os debe nada.

—¿No me debe nada?

—Sois testarudo de veras, os repito que si los animales del profeta han matado vuestro caballo, el profeta ha sido herido gravemente... ó si quereis mejor, ni vos le debeis indemnizacion alguna, ni él os la debe á vos... ¿comprendeis ahora?

Dagoberto, estupefacto, permaneció algunos momentos sin responder, mirando al burgomaestre con una angustia profunda, porque veía destruidas nuevamente sus esperanzas con este juicio.

—Sin embargo, señor burgomaestre, añadió con voz alterada, sois demasiado justo para no fijar la atencion en una cosa: la herida del domador de fieras no le impide continuar su ejercicio... y la muerte de mi caballo me impide continuar mi viaje: luego es preciso que me indemnice...

El juez creía haber hecho ya mucho por Dagoberto con no hacerle responsable de la herida del profeta, porque Morok, ya lo hemos dicho, ejercia cierta influencia sobre los católicos del pais, y sobre todo, sus mugeres, con su venta de chucherías de devocion: sabiase ademas que era el protegido por algunas personas eminentes. La obstinacion del soldado ofendió al magistrado, que volviendo á tomar su fisonomía adusta, respondió severamente:

—Me hareis arrepentir de mi imparcialidad. ¡Cómo! ¿en lugar de darme las gracias, pedís todavía?

—Pero, señor burgomaestre... pido una cosa justa..... quisiera estar herido en la mano como el profeta y poder continuar mi camino.

—No se trata de lo que querais ó nó... he fallado y no hay que replicar.

—Pero...

—Basta... basta... pasemos á otra cosa... vuestros papeles.

—Sí, vamos á hablar de mis papeles... pero os suplico, señor burgomaestre, que os compadezcais de esas dos niñas..... haced que podamos continuar nuestro viaje... y...

—He hecho cuanto puedo hacer... tal vez mas de lo que debia..... dadme vuestros papeles.

—En primer lugar es menester que os esplique....

—No quiero esplicaciones.... vuestros papeles.... ¿ó quereis que os prenda como vago?

—¡A mí!.... ¡Prenderme!

—Quiero decir, que si no me dais vuestros papeles es como si no los tuvieseis.... y en este caso las personas que no los tienen, son presas hasta que la autoridad dispone de ellas..... veamos vuestros papeles. Concluyamos de una vez porque tengo prisa de volverme á mi casa....

La posicion de Dagoberto se habia hecho tanto mas penosa, cuanto que por un momento se habia dejado arrastrar de una viva esperanza. Faltaba que añadir este último golpe á lo que el veterano sufria desde el principio de esta escena; prueba tan cruel como peligrosa para un hombre de su temple, de carácter recto, pero firme; leal, pero rudo y absoluto; para un hombre en fin, que soldado muchos años, y soldado victorioso, habiase habituado á pesar suyo á ciertas fórmulas singularmente despóticas para con los paisanos.

A estas palabras: *vuestros papeles*, Dagoberto se quedó pálido, pero procuró ocultar su emocion bajo una aparente tranquilidad que creia á propósito para inspirar al majistrado una buena opinion de él.

—En dos palabras, señor burgomaes-

'tre, voy á deciros lo que hay... Nada mas sencillo... Esto puede suceder á todo el mundo.... Yo no tengo trazas de ser mendigo ni vago, ¿no es verdad? y ademas.... y ademas.... ya conoceis que un hombre de bien que viaja con dos jóvenes....

—¡Cuanta charla! ¡vuestros papeles!

Dos poderosos ausiliares por una felicidad inesperada vinieron en ayuda del soldado.

Las huérfanas cada vez mas inquietas, y oyendo siempre á Dagoberto hablar en la meseta de la escalera, habianse levantado y vestido; de modo que en el momento en que el magistrado decia con voz brusca: *¡cuanta charla! ¡vuestros papeles!* Rosa y Blanca, asidas de la mano, salieron del aposento.

Al ver á estas dos encantadoras criaturas, á quienes sus pobres vestidos de luto hacian mucho mas interesantes, el burgomaestre se levantó lleno de sorpresa y de admiracion.

Por un movimiento espontáneo cada hermana cojió una mano de Dagoberto y se estrechó contra él, mirando al majistrado con aire á la vez inquieto y candoroso.

Era tan interesante el cuadro que ofrecia este anciano soldado, presentando, por decirlo asi, á su juez á estas dos graciosas niñas, de facciones llenas de inocencia y de encanto, que el burgomaestre volviendo á sus sentimientos compasivos se hallaba vivamente conmovido; Dagoberto lo observó y le dijo con voz enternecida.

—Miradlas, señor burgomaestre; á estas pobres niñas. ¿Puedo presentaros mejor pasaporte?

Y vencido por tantas sensaciones penosas, contenidas, precipitadas, Dagoberto sintió á pesar suyo llenarse sus ojos de lágrimas.

Aunque naturalmente brusco, y mucho mas por la interrupcion de su sueño, el burgomaestre no carecia de buen sentido ni de sensibilidad. Comprendió, pues, que un hombre asi acompañado debia dificilmente inspirar desconfianza.

—¡Pobres niñas dijo esaminándolas con vivo interés, huérfanas en tan tierna edad.... ¿y vienen de muy lejos?

—Del interior de la Siberia, señor burgomaestre, á donde su madre fué desterrada antes de que nacieran.... mas de cinco meses hace ya que viajamos haciendo jornadas cortas.... ¿no es esto bastante duro para niñas de su edad? Para ellas solo os pido proteccion y apoyo.... para ellas, contra quienes parece que hoy todo se conjura, porqué ahora mismo.... al buscar mis papeles.... en mi morral, no he encontrado la cartera donde estaban con mi bolsa y mi cruz.... porque al fin, señor burgomaestre, perdonad... si os digo esto.... no es por vanidad.... pero he sido condecorado por la mano misma del emperador, y un hombre que ha sido condecorado por su mano, ya conocereis que no puede ser un malvado, aunque desgraciadamente haya perdido sus papeles.... y su bolsa. Esto es lo que me hace ser tan esigente para la indemnizacion....

—¿Y como.... y donde.... los habeis perdido?

—No lo sé, señor burgomaestre, pero estoy seguro que antes de ayer en la posada tomé un poco de dinero de la bolsa y vi la cartera ayer; no abrí mi morral, porque me bastó el cambio de la moneda del dia precedente.

—Y ayer y hoy donde estaba vuestro morral?

—En el aposento de estas niñas; pero esta noche.... Dagoberto fué interrumpido por los pasos de alguien que subia.

Era el profeta.

Oculto en la sombra al pie de la esca-

lera habia oido esta conversacion y temia que la debilidad del burgomaestre perjudicase al completo logro de sus proyectos, ya casi enteramente realizados.

XIV.

LA DECISION.

Morok que llevaba el brazo izquierdo entrapado y colgado del pecho, saludó respetuosamente al burgomaestre despues de haber acabado de subir pausadamente la escalera.

Al aspecto de la siniestra figura del domador de fieras, Rosa y Blanca retrocedieron un paso y se acercaron mas al soldado.

La frente de éste se arrugó, y el corazon comenzó á latirle violentamente de có era á la presencia de aquel hombre, causa de todos sus conflictos (y eso que aun ignoraba que fuese Goliath el que por órden del profeta le habia robado los papeles.)

—¿Qué quereis, Morok? le dijo el burgomaestre entre enojado y afable. Yo queria estar solo, y asi se lo he dicho al dueño de la posada.

—Vengo á prestaros un servicio, señor burgomaestre.

—¿Un servicio?

—Un gran servicio, y á no ser por esta circunstancia me hubiera guardado muy bien de venir á turbaros; pero me ha ocurrido un escrúpulo.

—¿Un escrúpulo?

—Si, señor burgomaestre. Ne he arrepentido de no haberos dicho lo que he debido deciros respecto á ese hombre: una falsa piedad me lo habia impedido alucinándome por algunos momentos.

—Pero, en fin, ¿que es lo que teneis que decir?

Morok se acercó entonces al juez, y le habló al oido en tono muy bajo, durante un buen espacio de tiempo.

La fisonomia del burgomaestre que al principio hizo una contraccion de sorpresa, fué poco á poco adquiriendo un aire marcado de atencion y de inquietud, y el magistrado dejaba escapar algunas esclamaciones de admiracion y de duda, arrojando continuas miradas sobre el grupo formado por Dagoberto y por las dos huérfanas.

En la espresion de estas miradas cada vez mas inquietas, mas escudriñadoras y mas severas, se descubria facilmente que las palabras secretas del profeta iban progresivamente cambiando el interés que el magistrado habia concebido por las huérfanas y por el soldado, en otro sentimiento lleno de desconfianza y de enemistad.

Dagoberto comprendió perfectamente lo que dentro del corazon del burgomaestre estaba sucediendo, vió renacer mas fuertes y mas poderosos que antes sus temores que por algunos momentos se habian calmado. Rosa y Blanca permanecian absortas, porque no alcanzaban á comprender nada de aquella escena muda, y sólo veian crecer la ansiedad del soldado.

—¡Demonio!... dijo el burgomaestre levantándose bruscamente de su asiento. Nada de eso me habia ocurrido á mi. ¿En donde tendria yo la cabeza?... Pero, que quereis, Morok, cuando se le hace á uno levantar de la cama á media noche interrumpiéndole el primer sueño, no se suele tener enteramente despejada la imaginacion... Teniais razon. Acabais de prestarme un gran servicio.

—Sin embargo, yo nada aseguro...

—Es lo mismo. Desde luego se pueden apostar mil contra uno á que teneis razon.

—Esto no es mas que una sospecha fundada sobre algunas circunstancias...... pero, en fin, es una sospecha...

—Que puede conducir á la averiguacion de la verdad... ¡Y yo, necio de mi,

que tan tontamente me iba á dejar enredar en la red!... ¡Vamos, yo no sé donde tenia la cabeza!

—Es dificil defenderse de cierta clase de apariencias...

—¿A quien decís eso? querido Morok ¿A quien decís eso?

En tanto que duró esta conversacion misteriosa, sufria Dagoberto el suplicio mas angustioso, porque presentia vagamente que iba á estallar muy pronto una tempestad terrible, y él solo se ocupaba en una cosa, en prepararse para dominar su cólera.

Morok se acercó otra vez al magistrado, y señalándole con una significativa mirada á las huérfanas, comenzó de nuevo á hablarle en voz baja al oido.

—¿Porqué no? dijo el juez levantando las manos al cielo. Estas gentes son capaces de todo. Además él dice que viene del fondo de la Siberia con ellas; ¿y qué pruebas hay para creer que toda su relacion no sea una sarta de impudentes mentiras? ¡Pero no se me engañará dos veces como á un tonto! esclamó el burgomaestre con aire de enojado, porque como todas las personas de carácter indeciso, mudable y débil, era implacable contra aquellos á quienes creía capaces de haber sorprendido sus sentimientos.

—No os precipiteis, sin embargo, para juzgar.... no deis, sobre todo, á mis palabras mas valor que el que ellas tienen en sí, añadió Morok con una humildad hipócrita. Mi posicion hácia este hombre (y señalaba á Dagoberto) es por desgracia tan falsa, que acaso podria alguno creer que yo obro aquí por resentimiento del mal que me ha causado; quizá obro por este impulso sin conocerlo yo mismo.... y cuando, por el contrario, creo caminar guiado por el amor á la justicia, por el horror á la mentira, y por el respeto á nuestra santa religion. En fin... el tiempo aclarará las cosas...... Si me he equivocado, el Señor me lo perdone. De todos modos la justicia fallará, y al cabo de uno ó dos meses podrán todos estar en libertad si son inocentes.

—Por eso mismo no hay que titubear un momento. Eso es una simple medida de prudencia que no me parece que los mataria. Además, cuanto mas pienso en ello, tanto mas verosímil me parece. Indudablemente: este hombre debe ser un espia ó uno de esos agitadores franceses... Y mas se confirma esta idea, si estas sospechas pueden tener alguna aclaracion con esa manifestacion de los estudiantes de la universidad de Francfort.

—Y en esta hipótesis para calentar, para exaltar los ánimos de esos jóvenes ilusos, no hay cosa mas á propósito que... y Morok al pronunciar estas últimas palabras, señaló con una mirada rápida á las dos hermanas; y despues de un silencio de algunos instantes, añadió con un suspiro: «Para el demonio, todos los medios son buenos».

—Verdaderamente que eso seria odioso, pero sagazmente imaginado....

—Y en fin, señor burgomaestre, examinadle con atencion, y hallareis sin duda que *este hombre* tiene una figura peligrosa... observad... Hablando todavia en voz baja, Morok se referia indudablemente á Dagoberto.

A pesar del dominio que éste ejercia sobre sí mismo, la violenta posicion en que se encontraba desde que habia entrado en aquella posada maldita, y mas particularmente desde el principio de la conversacion secreta de Morok con el burgomaestre, iban agotándosele las fuerzas de su paciencia, é iba persuadiéndose de que todos sus esfuerzos para captarse la voluntad del magistrado acababan de ser completamente aniquilados por la fatal influencia del domador de fieras; y per-

diendo con semejante convencimiento todo su resignacion, se acercó á este con los brazos cruzados delante del pecho, y le preguntó con una voz que todavia se esforzaba en contener algun tanto.

—¿Es de mí de quien acabais de hablar al señor burgomaestre?

—Si, dijo Morok mirándole fijamente.

—Si de mí hablais, ¿porque no habeis hablado mas alto?

La agitacion casi convulsiva del espeso bigote de Dagoberto que despues de haber dicho estas palabras miró á su vez con ceño terrible á Morok, anunciaba el violento combate que estaba verificándose en su corazon; y viendo que su adversario no le contestaba, sino que guardaba un silencio irónico y de desprecio, le dijo levantando mas la voz.

—Os he preguntado que ¿porqué habeis hablado al señor burgomaestre en tono bajo cuando se trataba de mí?

—Porque hay cosas tan repugnantes que hasta cuesta verguenza decirlas en voz alta, respondió con insolencia Morok.

Dagoberto que hasta entonces habia tenido cruzados los brazos, los estendió de pronto y violentamente, y cerró los puños..... Este movimiento brusco fué tan significativo, que las dos huérfanas se estremecieron, arrojaron un grito de espanto y se acercaron mas á él.

—¡Por Dios, señor burgomaestre! dijo el soldado apretando los dientes de cólera, haced que este hombre se aleje... ó yo no respondo de mí.

—¡Qué es eso! dijo con altivez el burgomaestre. ¡Ordenes á mí!.... ¿Os atreveis?....

—Os recomiendo que hagais alejar á ese hombre, repuso Dagoberto, ó sucederá una desgracia.

—¡Dagoberto!... ¡Dios mio!... tranquilízate.... esclamaron las dos huérfanas cogiéndole las manos.

—Os sienta bien, por cierto, miserable vagamundo, por no decir otra cosa, os sienta bien dar aquí órdenes... replicó furioso el burgomaestre. ¿Creíais que para engañarme no necesitábais mas que decir que habíais perdido vuestros papeles? Y para eso habeis traido esas dos jóvenes, que á pesar de su candorosa apariencia... pudiera muy bien suceder que no fuérais mas que....

—¡Desgraciadas!

Esclamó el soldado interrumpiendo con un gesto y una mirada tan terribles, que el burgomaestre no se atrevió á concluir la frase.

El soldado cojió entonces por el brazo á las dos huérfanas, y sin que ellas pudiesen contestar una palabra las hizo entrar apresuradamente en su cuarto, y luego cerrando la puerta y metiéndose la llave en el bolsillo, volvió hácia donde estaba el burgomaestre, que aterrado con la actitud y la fisonomía amenazadora del veterano, retrocedió dos pasos y se agarró con una mano á la barandilla de la escalera.

—Escuchadme con atencion, dijo Dagoberto cojiendo por el brazo al juez. Ya otra vez me ha insultado ese miserable... (y señalaba á Morok) y yo lo he sufrido... porque se trataba de mí solamente... Vos mismo habeis visto con cuanta paciencia he escuchado vuestras sandeces, solo porque creí haberos visto interesado por esas niñas desgraciadas; pero ahora que veo que no teneis ni corazon, ni piedad, ni justicia... os prevengo terminantemente, que á pesar de que seais burgomaestre y todo lo que querais... os trataré como he tratado á ese perro, y señaló de nuevo al profeta, si teneis la desgracia de no hablar de esas dos jóvenes como hablaríais de vuestro propio hijo... ¿Lo entendeis?...

—¡Qué lenguaje es ese!... ¿Os atreveis á decir?... esclamó el burgomaestre tar-

tartamudeando de cólera, que sí... yo hablo de vuestras dos aventureras?...

—Fuera ese sombrero... cuando se habla de las hijas del mariscal duque de Ligni, dijo el soldado arrancando al burgomaestre su gorra y arrojándosela á los pies...

Esta repentina agresion causó una indecible alegría á Morok.

En efecto, Dagoberto exasperado y renunciando á toda esperanza, se dejaba desgraciadamente arrebatar por la violencia de su ira contenida con tanta dificultad por espacio de algunas horas.

Cuando el burgomaestre vió arrojada su gorra á sus pies, miró al domador de fieras con cierto aire de estupor, como si no pudiera acabar de convencerse de semejante enormidad.

Dagoberto sintiendo ya la accion que acababa de cometer, y conociendo que no le quedada ya ningun medio de conciliacion, arrojó á su alrededor un rápido golpe de vista, y retrocediendo algunos pasos ganó de este modo los primeros escalones.

El burgomaestre permanecia en pié al lado del banco, en uno de los lados del pasillo. Morok con el brazo colgado al pecho para dar mas importancia á su herida, estaba cerca del magistrado.

Este engañado por el movimiento de retirada de Dagoberto, esclamó:

—¡Ah! ¿piensas que te vas á escapar impunemente despues de haberme ultrajado? viejo miserable!

—Señor burgomaestre...... perdonadme... ha sido un momento de ímpetu que no he podido dominar; y creed que me pesa mucho de lo que he hecho, dijo Dagoberto con una voz arrepentida y bajando humildemente la cabeza.

—No hay piedad para tí... ¡desgraciado! ¡Quiéres volver nuevamente á enternecerme con tu hipocresía!... Pero ya he descubierto tus designios... no eres tú lo que aparentas, y pudiera muy bien suceder que en todo esto hubiera algun negocio de estado; añadió el juez dando á estas espresiones una importancia diplomática. Los medios de que tu te vales, son muy propios de esas gentes que trabajan por revolver á la Europa.

—Yo no soy mas que un pobre diablo... señor burgomaestre... Y pues teneis tan buen corazon, no os mostreis vengativo conmigo...

—¡Ah, tú me has arrancado la gorra de la cabeza!

—Y vos, añadió el soldado dirigiéndose hácia Morok, vos que sois la causa de todo .. compadeceos de mí... no abrigueis ningun género de rencor.... Y ya que sois un santo decid al señor burgomaestre una palabra en mi favor.

—Ya le he dicho.... lo que debia decirle, contestó irónicamente el profeta.

—¡Ola! estás ya avergonzado y arrepentido, viejo vagamundo... Creiais engañarme con tus jeremiadas, dijo el burgomaestre adelantándose hácia Dagoberto. Gracias á Dios no he caido en tus engaños, y no soy ya juguete de tus mentiras.... Ya verás, ya verás qué buenos calabozos hay en Leipsik para los conspiradores franceses y para las jóvenes que se lanzan á correr aventuras por el mundo; porque estoy convencido de que tus doncellas son otras tales como tú... Ea, vamos, añadió dándose un tono de importancia estremada é hinchando los carrillos: vamos, vamos: echa á andar delante de mi... En cuanto á vos, Morok, vais á...

El burgomaestre no pudo acabar. Hacia algunos minutos que Dagoberto no trataba sino de ganar tiempo, y estaba examinando cuidadasamente con la vista una puerta entreabierta que estaba en el mismo pasillo y frente por frente de la de las huérfanas, y ahora que creyó el

momento mas favorable, se arrojó con la velocidad del rayo sobre el burgomaestre lo agarró por el cuello y lo arrojó tan bruscamente contra la puerta que estaba á medio cerrar, que el magistrado, estupefacto con aquel ataque inesperado, fué á caer rodando en medio de la habitacion sin hablar una palabra y sin dar un solo grito.

Despues volviéndose hácia Morok que con el brazo entrapado y viendo libre la escalera se precipitó por ella, el soldado lo alcanzó, asiéndolo por su larga cabellera; y cogiéndole entre sus brazos de hierro y poniéndole una mano en la boca para sofocar sus gritos, y á pesar de la desesperada resistencia que opuso, lo arrastró al mismo cuarto oscuro en que se hallaba contuso y aturdido el burgomaestre.

Despues de haber cerrado la puerta dando dos vueltas á la llave, metió esta en su bolsillo el soldado, y de dos saltos bajó la escalera; pero encontró cerrada la puerta de la posada, y por consiguiente era imposible salir por aquel lado.

La lluvia caia á cántaros, y al pasar por delante de una de las habitaciones que caian al patio y que estaba alumbrada por el resplandor de la lumbre, vió al dueño de la posada con toda la gente de la casa, que estaban esperando la bajada del burgomaestre.

Ocurriósele entonces la idea de echar el cerrojo de aquella puerta, interceptando de esta manera la comunicacion con el patio; en un instante puso por obra su pensamiento, volviendo á subir en seguida al cuarto de las huérfanas.

Morok vuelto en sí de la primera impresion que la accion del veterano le habia causado, llamaba en su ayuda á todas sus fuerzas, pero ni estas podian proporcionarle su intento, ni sus gritos pudieran haber sido oidos, porque el ruido de la lluvia y del viento los hubieran sofocado. Dagoberto tenia en su favor una hora de que disponer, porque era preciso que pasase algun tiempo para que la tardanza del burgomaestre comenzára á impacientar, y aun despues de que pareciera escesiva, era preciso todavía romper dos puertas para llegar á donde estaba encerrado con el profeta.

—Hijas mias, vais á probar que corre por vuestras venas sangre de soldado, dijo Dagoberto entrando bruscamente en el cuarto de las huérfanas, que se hallaban espantadas del ruido que estaban oyendo hácia algunos momentos.

—¡Dios mio! ¿Qué sucede, Dagoberto? esclamó Blanca.

—¿Qué quieres que hagamos? dijo Rosa.

El soldado sin responderlas corrió al lecho, sacó las sábanas, hizo un grueso nudo en una punta que colocó en la parte superior de la hoja izquierda de la ventana abierta primero y cerrada luego con cuidado; y de esta manera aseguró sólidamente las sábanas en la parte interior, porque aquel nudo grueso no podia pasar por entre la hoja y el marco de la ventana: la otra estremidad de las sábanas estaba flotante á la parte de afuera y casi llegaba al suelo del campo: la hoja derecha de la ventana quedó abierta para servir á los fugitivos de paso.

El veterano cogió entonces su mochila, la maleta de las niñas y la gran pelliza de piel de rengífero, lo arrojó todo por la ventana, hizo una señal á *Quitasoloces* para que saltase, y lo envió, por decirlo asi, á que guardara aquellos objetos.

El perro se mostró obediente dando un salto, y de un brinco desapareció por la ventana.

Rosa y Blanca miraban estupefactas á Dagoberto sin hablar una sola palabra.

¡Ea, hijas mias, les dijo, las puertas de la posada están cerradas.... valor..... Y enseñándoles la ventana, es necesario que huyamos por ella si no queremos vernos detenidos... presos... vosotras por un lado... yo por otro... y desbaratado nuestro viage.

—¡Presas!... esclamó Rosa.

—Separadas de tí..... dijo Blanca.

—¡Sí, hijas mias!... Nos han muerto á Jovial..... Es preciso salvarnos á pié y tratar de llegar á Leipsik..... Cuando os sintais fatigadas, yo os cogeré alternativamente en brazos, y nosotros llegaremos aunque me sea preciso para ello mendigar en medio del camino.... Si nos detenemos un cuarto de hora mas, estamos perdidos... Vamos, hijas, tened confianza en mi..... Haced ver que las hijas del general Simon no tienen un espíritu apocado y pusilánime..... Es la única esperanza que nos queda.....

Las dos jóvenes, por un movimiento simpático se cogieron de la mano como si quisieran unirse contra el peligro; sus rostros pálidos por tantas sensaciones desagradables tomaron una espresion de resolucion sencilla y fundada en la fé ciega que profesaban al afecto del soldado.

—Tranquilízate, Dagoberto... no tendremos miedo, dijo Rosa con una voz firme.

—Nosatras haremos..... cuanto sea necesario..... añadió Blanca.

—¡Ya estaba yo seguro de eso! esclamó Dagoberto. La buena sangre no puede desmentirse nunca... Pues vamos allá... Vosotras pesais tan poco como dos plumas; la sábana es fuerte, no hay mas que ocho pies de distancia desde la ventana al suelo y Quitasolaces os espera abajo.

—A mi me toca ser la primera, porque hoy soy la hermana mayor, dijo Rosa despues de haber abrazado cariñosamente á su hermana.

Y corrió en seguida hácia la ventana queriendo esponerse ellas ántes que Blanca, por si habia algun peligro en aquel paso.

Dagoberto adivinó al momento la causa de aquella preferencia que reclamaba Rosa; y dijo á las dos huérfanas:

—Hijas mias, os comprendo perfectamente; pero no temais la una por la otra. Aqui no hay ningun peligro... Yo mismo he atado la sábana... Vamos pronto, Rosita.

La jóven, tan ligera como un pájaro, subió al alfeizar de la ventana sostenida por Dagoberto: cogió la sábana y dejó resbalar suavemente sus manos por ella, siguiendo las instrucciones de Dagoberto, que casi todo él fuera de la ventana la animaba con sus palabras.

—Hermana mia, no tengas miedo..... dijo Rosa con voz baja en cuanto se vió en tierra. Es muy fácil bajar de esta manera..... Aqui está Quitasolaces que me lame las manos.

Blanca no tardó mucho en seguirla: y tan valiente como su hermana se descolgó con igual facilidad.

—Qué criaturas tan hermosas!... Porqué son tan desgraciadas? ¡Qué demonio! Parece que la maldicion persigue á esta familia: esclamó Dagoberto con el corazon traspasado de dolor, viendo desaparecer á Blanca entre las tinieblas de esta noche profundamente oscura, que el aguacero y los silvidos del viento hacian mas siniestra aun.

—Dagoberto, que te estamos esperando: ven pronto, dijeron en voz baja las huérfanas reunidas ya al pié de la ventana.

Merced á su alta estatura, el soldado puede decirse que saltó en vez de descolgarse.

Haria un cuarto de hora que Dagoberto y las dos jóvenes habian abandonado la

posada del *Halcon Blanco*, cuando sonó un terrible crugido que estremeció todo el edificio.

La segunda puerta del cuarto en que estaban encerrados el burgomaestre y Morok cayó á los esfuerzos reunidos de ambos que se habian servido de una tabla gruesa para derribarla, y guiados por la luz corrieron inmediatamente á la habitacion de las huérfanas, desierta ya por entonces.

Morok vió las sábanas que colgaban por fuera de la ventana y esclamó.

—Por aqui han huido, señor burgomaestre..... Van á pié..... la noche está borrascosa y oscura..... no pueden estar muy lejos.

—No habrán andado mucho: no... Los atraparemos..... ¡Vagamundos, miserables!..... ¡Ah! Yo tomaré mi venganza correspondiente... Pronto: vamos pronto, Morok..... Vuestro honor y el mio están interesados.....

—¡Mi honor! Se trata aqui d algo mas que de mi honor, señor burgomaestre: respondió el profeta. Y luego descendiendo rápidamente por la puerta del patio, y con voz de trueno dijo:

—Goliath..... desata los perros..... y, vos, posadero, encended teas, faroles, hachas..... Armad á vuestros criados..... Haced abrir las puertas..... Corramos en persecucion de los fugitivos..... Ellos no pueden escapar..... Es preciso cojerlos..... muertos ó vivos.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

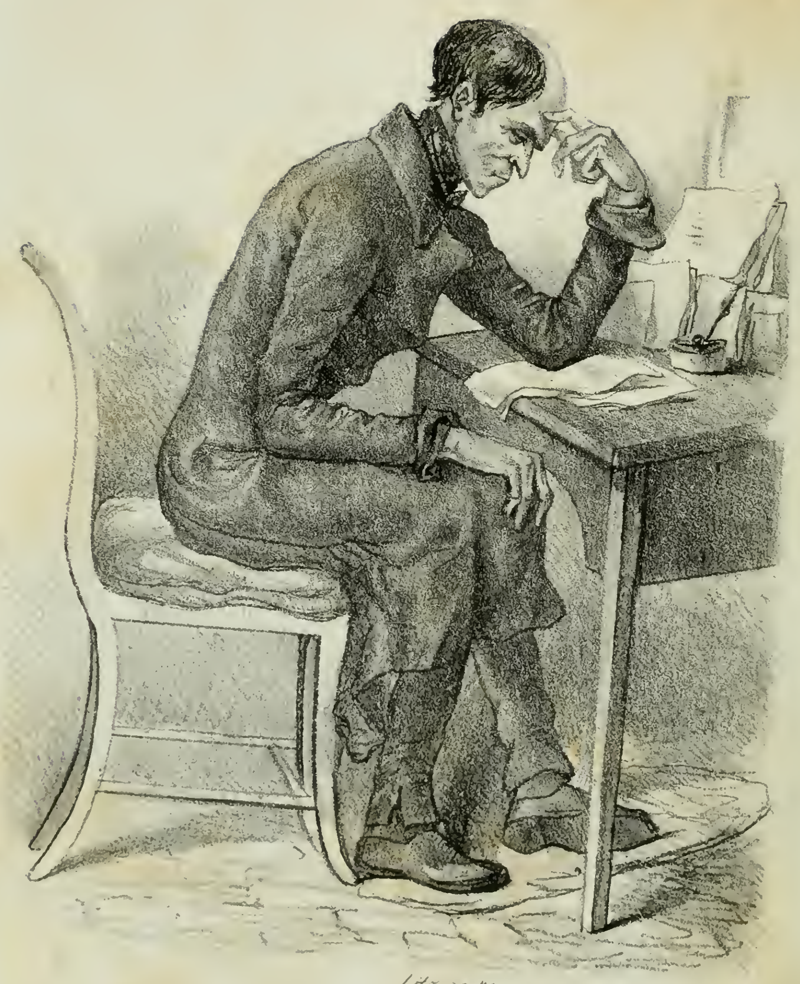
LA CALLE DEL MILIEU DES URSINS.

XV.

LOS MENSAGES.

Cuando se les en las reglas de la *Compañía de Jesus* bajo el título de fórmula *escribendi* (Institud. 2.—11, página 125-129) el desarrollo de la parte octava de sus constituciones, causa no pequeño asombro contemplar el inmenso número de cartas, de relaciones, de registros, de escritos de todas clases que los archivos de la sociedad conservan.

Su policía es infinitamente mas exacta y está mucho mejor informada que la que ningun Estado ha podido tener hasta ahora; y aun el mismo gobierno veneciano ha sido sobrepujado por los jesuitas. Cuando en 1606 fueron espulsados de aquella república y los agentes del gobierno se apoderaron de sus papeles, les echó en cara su escesiva y trabajosa curiosidad. Esta policia, esta secreta inquisicion, elevadas á tan alto grado de per-



Pladin

leccion, demuestran la omnipotencia de un gobierno tan bien informado, tan perseverante en sus propósitos, tan fuerte por su unidad, y como decian sus constituciones, por la *union de sus miembros*. Fácil es de comprender por consiguiente la inmensa fuerza adquirida por el gobierno de esta sociedad, y la exactitud con que el general de los jesuitas podia decir al duque de Brisac: YO SEÑOR, GOBIERNO DESDE MI APOSENTO NO SOLO Á PARIS, SINO A LA CHINA: NO SOLO A LA CHINA, SINO AL MUNDO ENTERO, SIN QUE NADIE COMPRENDA LOS MEDIOS PARA ELLO EMPLEADOS.

(Constituciones de los Jesuitas con las declaraciones, testo latino conforme á la edicion de Praga: páginas 476 á 478.)
(Paulin.—París, 1843.)

Morok, el domador de fieras, viendo á Dagoberto sin caballo, sin papeles, sin dinero y creyéndolo, por consiguiente, fuera de estado de poder continuar su viage, habia antes de la llegada del burgomaestre, enviado á Karl á que echara en el correo de Leipsík una carta cuyo sobre era el siguiente:

Al señor Rodin, calle de Milieu des Ursins, en París.

Hácia la mitad de esta calle solitaria y poco conocida, situada mas baja que el muelle de Napoleon al que iba á desembocar, no lejos de la calle de San Landri, habia entonces una casa de modesta apariencia, construida en un rincon sombrío y estrecho, y aislada de la calle por una pared no muy alta que tenia una puerta con arco y dos ventanas con fuertes y espesas rejas.

El interior de esta casa silenciosa era sumamente sencillo, como lo demostraban los muebles de una sala bastante grande, colocada en el piso bajo de la parte principal del edificio. Las paredes estaban cubiertas con maderas blanquecinas antiguas, las ladrillos del pavimento estaban pintados de encarnado y bruñidos encima con esmero: y las ventanas hallábanse adornadas con cortinas blancas de algodon.

Un globo terráqueo, como de unos cuatro pies de diámetro, colocado sobre un fuerte pedestal de encina, estaba en un estremo de la sala haciendo juego con la chimenea francesa que tenia enfrente en el estremo opuesto.

Notábase en este globo una gran porcion de crucecillas rojas, sembradas en todas las partes del mundo: desde el Norte hasta el Sud: desde Levante hasta el Poniente: desde los paises mas bárbaros, desde las islas mas remotas, hasta las naciones mas civilizadas, hasta la misma Francia: no habia un solo rincon de la tierra en que no se viesen muchas de estas crucecillas rojas que servian indudablemente de señales de indicacion ó de puntos de reconocimiento.

Delante de una mesa de ébano llena de papeles y arrimada á la pared no muy distante de la chimenea habia una silla que nadie ocupaba en aquel momento y mas lejos entre las dos ventanas habia un bufete de nogal que tenia encima un estante lleno de carpetas.

Un dia de los últimos de octubre de 1831, como á las ocho de la mañana, hallábase sentado y escribiendo un hombre delante de aquel bufete.

Este hombre era el señor Rodin, corresponsal de Morok, el domador de fieras.

Tendria como unos 50 años de edad y se hallaba vestido con el traje siguiente: una levita raida de color de aceituna con el cuello muy grasiento, un pañuelo de mano por corbatin, un chaleco y un pantalon de paño negro tambien muy raidos

que dejaban ver claramente el tejido, y finalmente sus pies estaban calzados con unos zapatones bastos y descansaban sobre un pedazo de alfombra de color verde situado sobre los ladrillos encarnados y brillantes. Sus cabellos grises estaban pegados á sus sienes y le tapaban en gran parte la frente calva; sus cejas eran casi imperceptibles: el párpado superior débil y caido como la membrana que cubre la mitad del ojo de los reptiles, ocultaba tambien la mitad del pequeño, animado y negro ojo de este hombre: sus labios pequeñísimos y completamente descoloridos se confundian con el color pálido de su rostro enjuto: su barba y su nariz eran punteagudas: esta máscara sin lábios por decirlo asi, parecia tanto mas estraño cuanto que permanecia en una inmovilidad sepulcral: y á no ser por el rápido movimiento de los dedos del señor Rodin, que doblado sobre el bufete hacia crujir la pluma, cualquiera hubiera juzgado que era una figura cadavérica.

Con el ausilio de una cifra ó alfabeto secreto que tenia delante trasladaba de una manera inteligible, para quien no poseyera la clave de estos signos, ciertos periodos de una hoja escrita con carácteres comunes.

Habia algo de incierto en este hombre, de aspecto helado, que estaba escribiendo signos misteriosos en medio de un silencio profundo, en un dia nebuloso y sombrio, y en aquella habitacion triste, fria y poco amueblada.

Los relojes dieron las ocho, y muy poco tiempo despues se oyó sonar el aldabon de la puerta cochera, y muy luego dos campanillazos, abriéndose en seguida varias puertas hasta que entró en la sala un nuevo personage.

Cuando el señor Rodin le vió, puso la pluma entre los labios, le saludó con aire respetuoso y volvió á continuar su tarea sin pronunciar una sola palabra.

El contraste de estos dos personages entre sí era admirable.

El recien venido, de mas edad que la que representaba, parecia tener á lo mas de treinta y seis á treinta y ocho años: era alto y airoso: el brillo de su larga pupila gris era fuerte como el del acero: su nariz, ancha en su nacimiento, se terminaba repentinamente, sin concluir en punta: su barba estaba muy marcada, y como se conocia que acababa de afeitarse la sombra azulada que en este caso queda en la parte rasurada, contrastaban con el vivo carmin de sus labios y con la blancura de sus hermosísimos dientes. Cuando se quitó el sombrero para tomar de encima de la mesa pequeña un gorro de terciopelo negro, descubrió una cabellera de color castaño claro, que la edad no habia comenzado aun á encanecer. Tenia puesta una gran levita de militar, abrochada hasta el cuello.

La penetrante mirada de este hombre y su frente espaciosa revelaban la ecsistencia de un talento claro, al paso que la anchura de su pecho y de sus espaldas anunciaban una vigorosa organizacion física; y la finura de sus modales, la elegancia de sus guantes y de su calzado, el ligero perfume que ecshalaba su cabellera, y toda su persona, y la gracia y delicadeza, hasta de sus mas pequeños movimientos, hacian, en fin, conocer que aquel personaje era un hombre de mundo, y hacian creer que podia aspirar en la sociedad á toda clase de empresas, desde las mas frívolas hasta las mas importantes.

De este conjunto, tan dificil de encontrar, de talento claro, de brillantes facultades físicas y de una estremada elegancia y finura en los modales, resultaba un compuesto que se hacia tanto mas notable, cuanto que la parte que de este

hombre podia llamarse dominadora estaba dulcificada y templada con la afabilidad de una sonrisa constante aunque no uniforme; porque esta muestra de cortesanía era segun las circunstancias lo requerian, afectuosa unas veces, irónica otras, cordial ó alegre, discreta ó avisadora, de manera que venia siempre á aumentar el encanto de aquella insinuante fisonomía que aunque no se viera mas que una sola vez quedaba grabada para siempre en la memoria.

Sin embargo de todas las ventajas indicadas, y aunque ejercia siempre la influencia de su irresistible seduccion, el sentimiento que causaba iba mezclado con cierta inquietud vaga é indefinida, como si la gracia y la estremada urbanidad de los ademanes de este personage, el atractivo de su figura, la dulzura de sus palabras, la agradable amenidad de su sonrisa ocultarán alguna tendencia insidiosa y siniestra.

La impresion que este hombre causaba, era de tal naturaleza que hubiera podido preguntarse uno á sí mismo cediendo á la involuntaria simpatía, si esta conducia hácia el bien... ó hácia el mal.......

....

El señor Rodin, secretario del recien llegado, continuaba escribiendo, cuando este le preguntó.

—¿Hay cartas de Dunquerque, Rodin?

—No han traido todavía la correspondencia.

—Aunque no estoy muy desasosegado por la salud de mi madre, porque se halla ya en la verdadera convalencia, añadió el otro, no estaré tampoco completamente satisfecho hasta que reciba carta de la princesa de Saint Disier.... mi apreciable amiga.... pero esta mañana debo recibir buenas noticias... así lo espero...

—Así es de desear, dijo el secretario tan humilde y respetuoso, como impasible y lacónico.

—Seguramente que es muy de desear, añadió su amo, porque uno de los dias mas felices de mi vida ha sido aquel en que la princesa de Saint-Disier me anunció que esa enfermedad tan repentina como peligrosa, habia felizmente cedido á los esfuerzos del esmero con que ha sido cuidada mi madre.... por ella.... sin esta circunstancia yo hubiera volado al instante al lado de mi madre enferma, por muy necesaria que hubiera sido aquí mi presencia. Y acercándose luego á la mesa del secretario, le preguntó: ¿Se ha examinado ya la correspondencia estranjera?

—Sí, señor. Aquí está el estracto.

—¿Vienen siempre las cartas con sobre para los puntos convenidos, y se traen aquí guardando las precauciones que tengo prevenidas?

—Sí señor. Así se hace exactamente.

—Leedme el análisis de esa correspondencia; que yo os diré si hay alguna carta á que deba contestar yo por mi mano.

Y despues de haber dicho esto comenzó á pasearse por la sala, con las manos cojidas por detrás de la espalda, haciendo las correspondientes observaciones segun Rodin iba leyendo.

El secretario tomó un voluminoso legajo y comenzó á leer de esta manera:

—Don Ramon Olivares desde Cádiz acusa el recibo de la carta núm. 19.° y dice que se atendrá á ella negando toda participacion en el robo.

—Bien. Para clasificar...

—El conde Romana desde Riga, manifiesta que se halla en una posicion muy crítica.....

—Que se diga á Duplesis que le envie un socorro de cincuenta luises. En otro tiempo serví yo con el grado de capitan en el regimiento del conde, y ademas nos ha proporcionado muy buenas noticias.

—Se ha recibido de Filadelfia la última remesa de historias de Francia *espurgadas*

para el uso de los fieles. Se pidió esta por haberse agotado la anterior.

—Tomad nota, y escribid á Duplesis... Continuad.

—M. Espindler envia desde Namur la relacion secreta que se le pidió acerca de M. Ardonin.

—Para analizarla...

—M. Ardonin desde el mismo punto envia la relacion secreta que se le habia pedido respecto á M. Espindler.

—Para analizarla.

—El doctor Van-Ostadt, tambien desde Namur remite su nota secreta y confidencial acerca de M. Espindler y de M. Ardonin.

—Para compararla con las dos anteriores.... Segnid.

—El conde Malipierri desde Turin anuncia estar ya firmada la donacion de 300,000 fr.

—Avísese á Duplesis... Adelante.

—Don Estanislao acaba de marchar de los baños de Baden con la reina Maria Ernestina. Participa que S. M. recibirá con gratitud los consejos que se le anuncien, y que contestará de su propia letra.

—Tomad nota de eso........ yo me encargo de escribir por mi mano á la reina.

En tanto que Rodin escribia algunas notas al márgen del papel que tenia en la mano, su amo que continuaba paseándose á lo largo de la sala se encontró junto al gran mapa-mundi señalado con las crucecillas rojas; y lo estuvo contemplando por espacio de algunos instantes con aire pensativo.

Rodin continuó:

—Segun el estado de los ánimos en algunos puntos de Italia cuyos revoluciona rios tienen puestas en Francia sus miradas de esperanza, escribe desde Milan al padre Ursini que seria muy conveniente y muy importante esparcir con profusion en aquel pais un fol'eto en que se presentára como impíos, libertinos... como ladrones y como sanguinarios, á nuestros compatriotas los franceses.

—¡Escelente idea! Pueden esp'otarse habilmente los escesos cometidos por nuestras tropas en Italia cuando las guerras de la república...... Es necesario encargar á Santiago Dumouchin el desempeño de este trabajo. Este hombre está lleno de bilis, de hiel y de veneno: el folleto será terrible... Además yo daré tambien algunos apuntes... pero que no se pague á Jacobo Dumonchin hasta despues qu haya entregado el manuscrito.

—Teneis razon... Si se le pagára antícipadamente, se emborracharia y permaneceria ocho dias asi en cualquiera parte. Por no haberlo hecho como ahora mandais, ha sido necesario pagarle dos veces su ataque virulento contra las tendencias panteistas de la doctrina filosófica del profesor Martin.

—Anotad y seguid.

—El *negociante* anuncia que el *comisionado* está próximo á enviar al *banquero á que rinda cuentas* ante quien de derecho...

Despues de haber recalcado notablemente estas palabras, Rodin dijo á su amo.

—¿Comprendeis...?

—Sí: perfectamente... dijo el otro estremeciéndose, esas son las palabras exactas... Seguid.

—Pero el comisionado, añadió el secretario, se halla contenido por un escrúpulo.

Despues de un momento de silencio, durante el cual las facciones de Rodin se contrageron visiblemente, dijo:

—Lo que hay que hacer es continuar por ahora obrando sobre la imaginacion del comisionado por medio del silencio y de la soledad; y luego hacerle que lea

muchas veces la lista de los casos en que el regicidio está autorizado y absuelto..... Vamos adelante.

—La señora Sidney escribe de Dresde que aguarda instrucciones. Escenas violentas de celos han ocurrido entre el padre y el hijo respecto á ella; y en medio de estas nuevas muestras del odio que mútuamente se profesan, en estas confianzas que cada uno la hace contra su rival, no encuentra nada que pueda tener relacion con las noticias que se le piden. Manifiesta que hasta ahora ha podido ir contemporizando con los dos sin decidirse abiertamente por ninguno: si se prolonga mucho esta situacion ambigua, podrán despertarse sospechas..... ¿A quien debe preferir? ¿Al padre ó al hijo?

—Al hijo... porque el resentimiento de los celos será mucho mas violento, mucho mas cruel en el corazon del padre, y es probable que á trueque de vengarse de la preferencia obtenida por el hijo diga lo que tanto importa á los dos tener en secreto... Proseguid.

—Hace ya tres años que desaparecidas dos criadas de Ambrosio, á quien se colocó en la pequeña parroquia del Valés..... sin que hasta ahora se sepa que ha sido de ellas, otra tercera criada acaba de sufrir la misma suerte.... Los protestantes del pais se han afectado con estos sucesos repetidos... hablan de asesinatos...... con espantosas circunstancias...

—Que hasta la prueba evidente y completa del hecho se defienda á Ambrosio contra esas infames calumnias de un partido que no retrocede nunca ni aun delante de las invenciones mas monstruosas... continuad.

—Tompson de Liverpool ha logrado introducir á Justino en calidad de secretario en casa de lord Estewward, rico católico irlandes, cuya razon va debilitándose de dia en dia.

—Puesto que ya lo ha conseguido, que se den cincuenta luises de gratificacion á Tompson. Tomad nota de ello para Duplesis... adelante.

—Frank Dichestein, de Viena, anuncia que su padre acaba de morrir del cólera... en un pueblo pequeño distante alguna leguas de aquella capital..... porque la epidemia continúa avanzando lentamente, viniendo del norte de la Rusia por la Polonia...

—Verdad es, dijo el amo de Rodin interrumpiendo á aquel en su lectura. ¡Ojalá que esa plaga terrible no siga su camino y perdone a la Francia!...

—Frank Dichestein, continuó leyendo Rodin, anuncia que sus dos hermanos tratan de atacar la validez de la donacion hecha por su padre... pero que él es de opinion contraria...

—Consúltese á las dos personas que están encargadas de lo contencioso... seguid.

—El cardenal príncipe de Almali se conformará con los tres primeros puntos de la memoria, pero solicita hacer sus reservas respeto al cuarto.

—No se admiten reservas... aceptacion plena y absoluta... y sino la guerra. Anotadlo bien. ¿Lo entendeis? Una guerra encarnizada, sin compasion para él ni para sus hechuras... ¿Qué mas?

—Fra Paolo anuncia que el patriota Bocari, gefe de una sociedad secreta muy temible, desesperado al ver que sus amigos le trataban de traidor á consecuencia de las sospechas que el mismo Fra Paolo habia sembrado sagazmente, se ha suicidado.

—¡Bocari!!! ¡Será posible!.. ..¡Este enemigo tan peligroso!... Esclamó el amo de Rodin.

—El patriota Bocari... repitió friamente el impasible secretario.

—Pues decid á Duplesis que remita á

Fra Polo una libranza de veinte y cinco luises... tomad nota.

—Hausman anuncia que la bailarina francesa Albertina Ducornet es la querida del príncipe reinante, y ejerce sobre él la mas completa influencia, y que podria aprovecharse esta circunstancia para conseguir el objeto propuesto; pero añade que esta Albertina está á su vez dominada por su amante, que es un francés condenado por falsario, y que ella no dá un paso sin consultar primero á este...

—Escribir á Hausman que se aviste con ese hombre, y acceda á las proposiciones que presente si son razonables; y que averigue si esa jóven tiene algunos parientes en Paris.

—El duque de Orlano anuncia que el rey su señor autorizará el nuevo establecimiento propuesto, pero bajo condiciones nuevamente estipuladas.

—No se admiten condiciones..... ó una adhesion franca y esplícita, ó una negativa terminante y positiva... este es el modo de conocer cuales son los amigos y cuales los enemigos... cuanto mas desfavorables se nos presenten las circunstancias... tanto mas es necesario mostrar firmeza y hacer alarde de la confianza que tenemos en nuestras propias fuerzas.

—El mismo anuncia que el cuerpo diplomático sigue apoyando las reclamaciones del padre de esa jóven protestante que se niega á abandonar el convento en que ha encontrado un asilo de proteccion, como no sea para casarse con su amante á cuyo enlace se opone su padre.

—¿El cuerpo diplomático sigue todavia reclamando en nombre del padre?

—Si señor.

—Pués entonces continuemos nosotros respondiéndole que el poder espiritual no tiene nada que ver con el poder temporal.

En este momento se oyó sonar otras dos veces la campanilla de la puerta de entrada.

—Id á ver qué es eso, dijo el amo á Rodin.

Este se levantó y salió.

Aquel continuó paseando pensativo desde un estremo al otro de la sala.

El paseo le trajo otra vez cerca del globo terráqueo, y se detuvo delante de él.

Contempló por espacio de algun tiempo en medio de un profundo silencio aquella inmensidad de crucecitas rojas que parecian una estensa redecilla cubriendo todas las regiones de la tierra.

Reflexionando sin duda en la invisible accion de un poder que parecia estenderse sobre el mundo entero, se animaron mas las facciones de este hombre, brillaron mas fuertemente sus ojos, hincháronse sus narices, y su aspecto varonil adquirió una increible espresion de energía, de audacia y de soberbia.

Acercóse al mapa con la frente altiva, con una sonrisa desdeñosa y apoyó su vigorosa mano sobre el polo.

Al ver esta toma de posesion y este movimiento imperioso, cualquiera hubiera dicho que este hombre se creia seguro de dominar el globo que estaba contemplando y dominando con su elevada estatura, y sobre el cual habia pasado su mano con aire tan altivo, tan audaz tan soberano.

En estos momentos no brillaba en sus lábios la sonrisa.

Su ancha frente estaba arrugada de una manera formidable: su mirada era amenazadora; y el artista que hubiera querido retratar al demonio tutelar de la astucia y del orgullo, al genio infernal de una dominacion insaciable, no hubiera podido encontrar modelo mas análogo y mas á propósito.

Cuando Rodin volvió á entrar en la sala, tomó aquel nuevamente su espresion habitual.

—Era el cartero, dijo Rodin mostrando



El Abate d'Aigrigny.

varias cartas que traia en la mano, pero no hay ninguna de Dunkerque.

—¡Ninguna! dijo tristemente su amo.

Y su dolorosa conmocion contrastaba notablemente con la espresion de altaneria que habia mostrado pocos momentos antes.....

—¡Nada! ¡Ninguna noticia de mi madre! añadió. ¡Tener que aguardar todavia otras treinta y seis horas!

—Yo creo que si la señora princesa hubiera tenido alguna mala noticia os habria escrito indefectiblemente. Así, puesto que no recibís carta, es de suponer que la mejoria va adelante.

—Teneis razon sin duda, Rodin; pero no importa..... yo no puedo estar tranquilo..... Si mañana no recibo noticias completamente satisfactorias, me pongo en camino para enterarme por mí mismo del estado de la salud de mi madre..... ¡Qué fatalidad habrá hecho que fuera á pasar el otoño en ese pais..... Temo que los alrededores de Dunker que no sean muy á propósito para su salud.....

Despues de un breve silencio, y sin dejar de pasearse añadió:

—En fin..... veamos esas cartas... ¿De dónde son?

Rodin, despues de haber examinado el sello, contestó:

—De las cuatro que vienen, tres son relativas al grave é importante negocio de las medallas.....

—Dios sea loado..... si las noticias que traen son favorables, esclamó el amo de Rodin con cierta espresion de inquietud que manifestaba la estremada importancia que para él tenia este asunto.

—Una es de Charleston, y sin duda tiene relacion con Gabriel el misionero, respondió Rodin. La otra es de Batavia, y se referirá al príncipe Djalma..... Esta es de Leipsik..... que confirmará probablemente la recibida ayer, en la cual el domador de fieras llamado Morok anunciaba que segun las órdenes que habia recibido, y sin que se le pudiera acusar en lo mas mínimo, las hijas del general Simon no podrian continuar su viage.

Al oir pronunciar el nombre del general Simon, pasó rapidamente una nube ligera por las facciones del amo de Rodin.

XVI.

LAS ÓRDENES.

Las casas de provincia están en correspondencia con la de Paris, y están al mismo tiempo en relaciones directas con el general que reside en Roma. Esta correspondencia de los jesuitas tan activa, tan variada y organizada por un método tan maravilloso, tiene por objeto proporcionar á los superiores todas las noticias y datos que necesiten. El general recibe diariamente una inmensidad de comunicaciones que se fiscalizan las unas á las otras. En la casa central de Roma, hay un gran cúmulo de registros en que están inscritos los nombres de todos los jesuitas, de sus afiliados y de todas las personas de alguna consideracion, amigos ó enemigos, con quiénes ellos tengan algun negocio que ventilar. En estos registros se refieren los hechos relativos á le vida de cada individuo, sin odio, sin pasion y sin alteraciones de ningun género; y forman la coleccion biográfica mas gigantesca que hasta ahora haya existido. La conducta de una muger frívola y ligera, las faltas mas ocultas y mas privadas de un hombre de estado, todo está en esos libros con la mas fria imparcialidad. Asi es, que estas biografias redactadas para un objeto de utilidad son por precision exactísimas. Cuando hay necesidad de obrar respecto á un individuo, se abre la hoja del libro en que está

su nombre, y al primer golpe de vista se conocen su vida, su carácter, sus cualidades, sus defectos, sus proyectos, su familia, sus amigos y hasta sus mas íntimas relaciones. Por estas noticias conocereis toda la superioridad de accion que da á una compañía este libro inmenso de policía que se estiende á todo el mundo. Y no creais que hablo de esos registros sin tener fundamento para asegurar lo que os digo, pues que las anteriores aserciones, las tengo por uno que *ha visto* con sus propios ojos ese repertorio. Muchas reflexiones podrian deducirse de aquí respecto á las familias que admiten fácilmente en su seno á los miembros de una comunidad que tan hábilmente sabe esplotar el estudio de la biografia.

(Libri, miembro del instituto, CARTAS SOBRE EL CLERO.)

Despues de haber dominado la involuntaria emocion que le habia causado el nombre ó el recuerdo del general Simon, dijo el gefe de Rodin:

—No abrais ahora esas cartas de Leipsik, de Charleston y de Batavia, porque probablemente las noticias que traigan se clasificarán ellas por sí mismas en su lugar oportuno, y así nos ahorraremos tener que hacer un trabajo doble.

El secretario le miró como para preguntar lo que debia hacerse en aquel momento.

El otro añadió:

—¿Habeis acabado la nota relativa al negocio de las medallas?

—Aquí está.... Acababa de ponerla en nuestra escritura de cifras.

—Leedla, y segun la relacion de los hechos, ireis añadiendo las nuevas noticias que estas cartas nos proporcionen.

—Efectivamente, dijo Rodin, así las informaciones recien llegadas entrarán naturalmente en lugar oportuno.

—Quiero ver si esa nota, añadió el otro, es demasiado clara y esplícita, porque supongo que os acordareis de que la persona á quien se dirige no debe saberlo todo.

—No me he olvidado de esa circunstancia, y teniéndolo muy presente he redactado la nota....

—Vamos á ver.... Leed.

El señor Rodin leyó muy pausadamente y con el debido detenimiento lo que sigue:

«Hace ciento cincuenta años que una familia francesa protestante se espatrió voluntariamente previendo la próxima revocacion del edicto de Nantes, y con el objeto de librarse de los decretos rigorosos y justos dados contra los sectarios de la reforma, enemigos implacables de nuestra santa religion.

«Entre los individuos de esta familia, hubo unos que se refugiaron primero en Holanda y despues en las colonias holandesas, otros en Polonia, otros en Alemania, otros en Inglaterra, y otros finalmente en América.

«Por las noticias adquiridas se cree que hoy no quedan mas que siete descendientes de aquella familia que ha sufrido muy estrañas vicisitudes de fortuna, pues sus representantes se hallan hoy ocupando diferentes grados de la escala social, desde el trono del monarca hasta el taller de un artesano.

«Estos siete descendientes directos ó indirectos son las siguientes personas:

Línea materna.

«Las señoritas *Rosa y Blanca Simon*: menores. (El general Simon casó en Varsovia con una muger que pertenecia á esta familia).

«El señor *Francisco Hardy*, fabricante en Plesis, cerca de Paris.

«El príncipe *Djalma*, hijo de *Kadja-Sing*, rey de Mondi. (*Kadja-Sing* casó en 1802 con una descendiente de dicha familia que se hallaba entonces establecida en Batavia, isla de Java, posesion holandesa).

Línea Paterna.

«El señor *Santiago Renepont*, conocido con el mote de *Duerme en cueros*, artesano.

«La señorita *Adriana de Cardoville*, hija del conde Renepont, duque de Cardoville.

«El señor *Gabriel Renepont*, sacerdote ocupado en las misiones estranjeras.

«Cada uno de los miembros de esta familia posee, ó debe poseer, una medalla de bronce, en la que están grabadas las inscripciones siguientes:

VICTIMA.
DE
L. C. D. J.
ROGAD POR MI.

—

PARIS
13 DE FEBRERO DE 1682.

——

EN PARIS.
CALLE DE SAN FRANCISCO N. 3.
DENTRO DE SIGLO Y MEDIO
ESTAREIS
EL 13 DE FEBRERO DE 1832.

—

ROGAD POR MI.

«Estas palabras y esta fecha indica que es de grande interés para los miembros de esta familia hallarse en Paris el dia 13 de febrero de 1832, y no por medio de representantes ni procuradores provistos de competentes poderes, sino EN PERSONA, sea cualquiera su edad, su estado y su condicion.

«Pero hay tambien otras personas que tienen un *inmenso* interés en que ninguno de los descendientes de esta familia se encuentre en Paris el referido dia 13 de febrero... á escepcion de Gabriel Renepont, sacerdote ocupado en las misiones estranjeras.

«*Es indispensable por lo tanto* QUE Á TODA COSTA *sea Gabriel el único que acuda á esa cita dada hace siglo y medio á los representantes de aquella familia.*

«Para impedir a las otras seis personas que vengan á Paris para el citado dia, ó para inutilizar su presencia, se han dado ya muchos pasos; pero resta aun no poco que hacer para asegurar terminantemente el buen éxito de ese negocio que se mira como de grandísima importancia, como el mas vital de la época á causa de sus probables resultados.»

—Eso es mucha verdad, dijo el gefe de Rodin interrumpiendo á este en su lectura y moviendo la cabeza con aire pensativo. Añadid ahora; que las consecuencias de un buen resultado son incalculables, y que no hay valor para preveer los males de un éxito desgraciado en este asunto... En una palabra, que se trata nada menos que de existir... ó no existir por espacio de muchos años. Por consiguiente, es necesario para triunfar *emplear todos los medios posibles sin retroceder ante ningun obstáculo, sea de la clase que sea*, procurando siempre salvar con habilidad las apariencias.

—Ya está escrito, dijo Rodin despues de haber añadido en la nota las palabras que su gefe acababa de dictarle.

—Continuad la lectura...

Rodin prosiguió leyendo lo siguiente:

«Para asegurar ó facilitar el triunfo en este negocio, es necesario dar algunos detalles particulares y secretos respecto á los siete individuos que representan á esta familia.

«Los detalles son exactos y en caso necesario se completarán de la manera mas minuciosa, porque se poseen las noticias

mas circunstanciadas, gracias á las informaciones contradictorias que con este objeto se han mandado hacer.

« Procederemos en esta relacion por el órden de las personas, y hablaremos solamente de los hechos consumados hasta hoy.

(Nota núm. 1.º)

« Las señoritas Rosa y Blanca Simon, hermanas mellizas, de edad como unos 15 años, son muy bellas y tan parecidas entre sí que cuesta no pequeño trabajo distinguir la una de la otra; su carácter es dulce y tímido, pero es susceptible de exaltacion, y han sido educadas en la Siberia por su madre que era una muger de un talento claro, vigoroso y deista. Estas huérfanas ignoran completamente los misterios de nuestra santa religion.

« El general Simon ignora aun la existencia de estas dos hijas suyas, por la razon de haber sido separado de su muger antes que aquellas nacieran.

« Primero se creyó impedir que pudieran venir á Paris estas jóvenes para el dia 13 de febrero, haciendo enviar á su madre á un lugar de destierro mas remoto que el que anteriormente se le habia señalado; pero habiendo ocurrido la muerte de la madre, el gobernador general de la Siberia, que está enteramente á nuestra devocion, creyó que la medida reclamada era personal para la madre, y desgraciadamente concedió licencia á las hijas para que pudieran trasladarse á Francia acompañadas de un antiguo soldado.

« Este hombre emprendedor, fiel y resuelto, está designado como *peligroso*.

« Las señoritas Simon son inofensivas.

Hay motivos para creer que á estas horas estarán presas ó detenidas en las inmediaciones de Leipsik.»

El gefe de Rodin interrumpió á este en su lectura diciéndole:

—Leed ahora la carta de Leipsik que acabamos de recibir, y de esta manera podrá completarse el informe.

Rodin leyó y esclamó:

—¡Magnífica noticia! Las dos jóvenes y su guia, que durante la noche lograron escaparse de la posada del *Halcon Blanco*, han sido alcanzados y detenidos á una legua de Mockern, trasladándoseles en seguida á Leipsik en calidad de presos como vagamundos. Ademas se ha formado proceso de acusacion contra el soldado y está ya convencido de rebelion y de insultos de hecho á la autoridad.

—Segun eso, es ya cosa segura que en atencion á la lentitud de los procedimientos alemanes (y que se procurará alargar tambien) las jóvenes no podrán llegar á Paris para el 13 de febrero, dijo el gefe de Rodin. Añadid esta nueva noticia á la nota que estabais leyendo.

El secretario obedeció y escribió en la nota el estracto de la carta de Morok; despues de lo cual dijo:

—Ya está como lo habeis mandado.

—Seguid adelante en la lectura, añadió el otro.

Rodin continuó leyendo en los términos siguientes:

(Nota núm. 2.º)

M. Francisco Hardy, fabricante en Plesis, cerca de Paris.

« Tiene 48 años, es un hombre robusto, rico, de talento, instruido, activo, de gran probidad, idólatra de sus dependientes y trabajadores: no cumple nunca con los deberes que impone nuestra santa religion, está notado de muy peligroso. El odio y la envidia que causan sus progresos á los demas fabricantes de su clase, y mas particularmente al señor baron de Tripeaud, su rival, pueden ser una arma que se emplee útilmente contra él. Si este recurso no bastára, y fueran necesarios otros medios de accion, se consultará nuevamente á su nota que es muy larga. Esto

hombre está marcado y vigilado hace mucho tiempo.

«Se ha conseguido alucinarlo de tal manera respecto á la medalla, que no conoce aun la importancia de los intereses que ella representa. En cuanto á lo demas, no por eso deja de estar constantemente espiado, rodeado y aun dominado sin que él lo conozca; pues uno de sus mas íntimos amigos es el que le vende y por este se saben hasta sus mas secretos pensamientos».

(Nota núm. 3.°)

El príncipe Djalma.

«De edad de diez y ocho años, carácter enérgico y generoso, altivo, independiente y salvage, favorito del general Simon, que ha tomado el mando de las tropas de su padre *Kadja Sing* en la lucha que este sostiene contra los ingleses en la India. De Djalma solo se habla aquí por hacer memoria de él; pues su madre murió muy jóven, cuando todavia vivian sus parientes que habian quedado residiendo en Batavia. Despues de muertos estos nadie se ha presentado á reclamar la modesta herencia que dejaron: ni Djalma ni el rey su padre; por consiguiente se tiene la seguridad de que ambos ignoran los graves intereses que van unidos á la posesion de la medalla de que se trata, y que forma parte de la herencia de la madre de Djalma».

El gefe de Rodin le interrumpió diciendo:

—Ahora es cuando debeis leer la carta de Batavia para completar el informe relativo á Djalma.

Rodin dijo despues de haberla leido:

—Otra buena noticia... M. Josué-Van-Dael, comerciante de Batavia (que ha sido educado en nuestra casa de Pondicheri) ha sabido por su corresponsal de Calcuta, que el viejo rey indio murió en la última batalla que dió á los ingleses. Su hijo Djalma, despojado del trono de su padre, ha sido enviado provisionalmente á una fortaleza de la India como prisionero de estado.

—Estamos á fines de octubre, dijo el gefe, y aunque queramos suponer que Djalma fuese puesto en libertad y lograse poder salir de la India, es casi imposible ó por lo menos muy difícil que pueda llegar á Paris para el mes de febrero....

—M. Josué, añadió Rodin, siente no haber podido en esta ocasion probar su celo como él hubiera deseado que las circunstancias se lo permitieran; pero dice que si contra todas las probabilidades el príncipe Djalma lograra salir de su prision, ya por permitírselo los ingleses, ya porque se fugará de la fortaleza y se presentara en Batavia á reclamar la herencia de su madre que son los únicos bienes que le quedan en el mundo, puede contarse con toda su actividad y decision.... En recompensa pide que por el próximo correo se le remitan algunas noticias acerca del estado de los intereses del baron Tripeaud fabricante y banquero, con cuya casa está en correspondencia.

—Contestad de una manera evasiva sobre este último punto á M. Josué, pues hasta ahora no hay grandes hechos que nos demuestren su celo.... Y completad el informe respecto al príncipe Djalma... con esas nuevas noticias.

Rodin se puso á escribir.

Al cabo de algunos instantes le dijo su gefe con una espresion particular.

—¿No dice nada M. Josué respecto al general Simon cuando habla de la muerte del padre de Djalma ó de la prision de este?

—No me dice ni una sola palabra respecto al general Simon, contestó el secretario sin dejar de escribir.

El gefe de este guardó silencio y se paseó con aire muy pensativo por la sala;

cuando Rodin acabó su escritura le dijo:

—Ya están puestas las nuevas noticias....

—Pues continuad leyendo...

(Nota núm. 4.°)

El señor Santiago Renepont, llamado Duerme en cueros.

«Oficial de la fábrica del baron de Tripeaud, rival industrial de M. Francisco Hardy: este artesano es borracho, holgazan, camorrista y gastador, no deja de tener algun despejo; pero los vicios le han pervertido completamente. Un agente muy sagaz y de toda confianza, ha entablado relaciones con una jóven llamada Cejisa Soliveau y conocida con el mote de *la reina Bacanal*, que es la querida de este artesano, y por este medio el agente ha adquirido tambien algunas relaciones con aquel; y casi se le puede considerar como separado de los intereses que reclamarian su presencia en Paris el dia 13 de febrero».

(Nota núm. 5.°)

Gabriel Renepont, sacerdote ocupado en las misiones estrangeras.

«Es pariente del anterior, pero ignora la existencia de este deudo, y de este parentesco. Es huérfano abandonado, y ha sido recogido por Francisca Baudin, muger de un soldado llamado Dagoberto.

«Si contra todas las esperanzas este soldado llegara á presentarse en Paris, podria ejercerse sobre él un poderoso medio de accion valiéndose de su muger. Ella es una criatura escelente, ignorante y crédula, de una devocion ejemplar, y sobre la cual hace algun tiempo que se ha adquirido una influencia y una autoridad ilimitadas. Por esta influencia se ha conseguido decidir á Gabriel á que tomara las órdenes eclesiásticas, á pesar de la repugnancia que mostraba al principio hácia esta carrera.

«Gabriel tiene 25 años: su carácter es angelical como su rostro: está dotado de sólidas y raras virtudes; aunque por desgracia ha sido educado en compañía de su hermano adoptivo, Agricol, hijo de Dagoberto. Este Agricol es poeta y uno de los mejores oficiales de la fábrica de monsieur Francisco Hardy: está imbuido en las doctrinas mas detestables: es idólatra de su madre, trabajador, honrado; pero no abriga ningun sentimiento religioso, y está considerado como muy peligroso, por lo que se temian sus relaciones con Gabriel.

«Este, á pesar de sus recomendables cualidades, no deja de causar algunas inquietudes, por lo que ha sido necesario retardar el hacer de él una completa confianza, á fin de evitar que un paso dado en falso haga de Gabriel uno de los enemigos mas peligrosos. Es preciso por consiguiente halagarle todo lo posible, al menos hasta el 13 de febrero, porque, conviene repetirlo, *sobre él, sobre su presencia en Paris* en el citado dia descansan esperanzas inmensas y no menores intereses.

«Como consecuencia de este plan de contemplaciones, ha sido necesario consentir en que formara parte de la mision enviada á América, porque á su dulzura angelical reune las circunstancias de una pacífica intrepidez y un espíritu aventurero que no podia satisfacerse de otro modo que permitiéndole ir á participar de la peligrosa carrera de los misioneros. Afortunadamente sus superiores de Charleston han recibido severas instrucciones para que no espongan tan preciosa vida, y para que le hagan venir á Paris por lo menos un mes ó dos antes del 13 de febrero...»

—Leed ahora la carta de Charleston, dijo el gefe de Rodin interrumpiéndole. Ved lo que en ella dicen para completar tambien este informe.

Despues de haber leido dijo Rodin:

—Esperan á Gabriel de un dia á otro de vuelta de las montañas Rochenses, á cuya mision se ha empeñado tenazmente en ir solo.....

—¡Qué imprudencia!

—Hay motivo para creer que no ha corrido ningun riesgo, pues él mismo ha anunciado su próxima vuelta á Charleston..... En cuanto llegue, que debe ser lo mas tarde á mediados de este mes, dicen que se hará embarcar para Francia.

—Añadid á la nota lo que corresponde, dijo el gefe de Rodin.

—Ya está, contestó este despues de haber escrito por espacio de algunos instantes.

—Pues proseguid, le dijo el otro.

Rodin continuó leyendo.

(Nota núm. 6.º)

La señorita Adriana Renepont de Cardoville.

«Es parienta lejana (y sin tener noticia de tal parentela) de Santiago Renepont, llamado Duerme en cueros, y de Gabriel Renepont, sacerdote misionero: tiene unos 21 años, fisonomía espresiva, una hermosura estraordinaria, aunque es algo pecosa, un talento notable por su originalidad, una fortuna inmensa, y está dotada de todos los instintos sensuales. Espanta el porvenir de esta jóven cuando se reflexiona la increible audacia de su carácter; pero por fortuna su tutor el baron Tripeaud (baron desde 1829 y antes agente de negocios del difunto conde de Renepont, duque de Cardoville) está enlazado con relaciones de intereses y casi bajo la dependencia de la tia de la señorita Cardoville. Hay motivos poderosos para poder contar con esta digna y respetable señora, y con Mr. Tripeaud para combatir y vencer los estraños é inauditos proyectos que esta jóven tan resuelta como independiente no teme anunciar..... y que por desgracia no podrian esplotarse favorablemente... al negocio de que se trata, porque.....»

Rodin no pudo continuar, porque vinieron á interrumpir su lectura dos golpes dados con cierta pausa en la puerta.

El secretario se levantó de su asiento, fué á saber quien llamaba y á poco tiempo corrió con dos cartas en la mano diciendo:

—La señora princesa ha aprovechado la salida de un correo para enviar.....

—Venga la carta de la princesa, esclamó con viveza el gefe de Rodin, y sin dejarle acabar; ¡al fin voy á tener noticias de mi madre! añadió.

Apenas leyó algunos renglones de la carta comenzó á ponerse pálido, y su fisonomía adquirió una terrible espresion de sorpresa profunda y dolorosa, pasando luego á dejar ver sus rasgos la señal de una aguda pena.

—¡Madre mia! esclamó. ¡Dios mio! ¡Madre mia!

—¿Ha sucedido alguna desgracia? preguntó Rodin con acento de sorpresa al oir la esclamacion de su gefe.

—Su convalescencia era una convalescencia engañadora, contestó este con abatimiento. Ha recaido y se encuentra ahora en un estado casi sin esperanza. El médico cree que mi presencia podrá salvarla, porque á cada momento me está llamando. Dice que quiere verme por la última vez, para morir tranquila..... ¡Ah! ¡Si! ¡Este es un deseo sagrado!... ¡Dejar de ir seria cometer un parricidio!... ¡Haced, Dios mio, que no llegue tarde!... ¡Desde aquí á donde está la princesa, podré tardar dos dias, corriendo de dia y de noche!

—¡Dios mio! ¡Qué desgracia! dijo Rodin juntando las manos y alzando los ojos al cielo.....

El gefe tiró violentamente del cordon

de la campanilla, y dijo al criado anciano que abrió la puerta para saber que mandaba.

—Meted al instante en las arquetas de mi coche de camino lo que me sea necesario... Que el portero tome inmediatamente mi birlocho y vaya volando á traer caballos de posta... Necesito marchar antes de media hora.

El criado salió precipitadamente.

—¡Madre mia!... ¡Madre mia!... ¡No volver á verla jamás!... ¡Oh! esto seria terrible, esclamó dejándose caer sobre una silla con el mayor abatimiento, y cubriéndose la cara con las manos.

Este gran dolor era verdadero, porque este hombre amaba entrañablemente á su madre; y este sentimiento divino habia hasta entonces atravesado inalterable y puro por todas las fases de su vida... casi siempre criminal...

Al cabo de algunos minutos de silencio, Rodin se aventuró á decir á su gefe enseñándole la otra carta:

—Tambien han traido al mismo tiempo de parte de M. Duplesis esta otra carta: es asi mismo muy importante... y muy urgente...

—Mirad á que se reduce, y responded... Que yo ahora no tengo la cabeza para nada...

—Esta carta es reservada... dijo Rodin mostrándola á su gefe. Yo no puedo abrirla... como lo veis por la señal que trae en el sobre...

A la vista de esta señal particular, el aspecto del gefe de Rodin tomó una indefinible espresion de temor y de respeto, y con mano trémula rompió el sello.

La carta no contenia mas que las palabras siguientes:

Dejando todos los negocios.... sin perder un instante... poneos en camino... y venid. M. Duplesis os reemplazará, para cuyo efecto tiene ya las órdenes correspondientes.

—¡Gran Dios! esclamó este hombre con acento desesperado. ¡Marchar sin volver á ver á mi madre!... ¡Esto es atroz!... ¡Esto es imposible! ¡Es matarla quizás! ¡Si, eso es un parricidio!

Al decir estas palabras sus ojos se fijaron calmosamente en el globo terráqueo marcado con la inmensidad de crucecillas encarnadas...

Una brusca revolucion se verificó en él en aquel momento; parecia que se arrepentia de la facilidad con que se habia entregado á aquellas tristes sensaciones; y progresivamente su fisonomia volvió á tomar su carácter de gravedad y de calma, aunque triste y melancólica...

Dió en seguida la carta fatal á su secretario, y le dijo sofocando un suspiro:

—Tomad para que la pongais en el lugar que le corresponda por el órden de su número.

Rodin tomó la carta, escribió en ella un número, y la colocó en un legajo particular.

Despues de un momento de silencio, aquel le dijo:

—Duplesis os dará sus órdenes: y trabajareis con él. Le entregareis la nota relativa al negocio de las medallas: ya sabe él á quien dirigirse. Vos contestareis á Batavia, á Leipsik y á Charleston, en el sentido que os he manifestado. Es necesario impedir á toda costa que las hijas del general Simon saigan de Leipsik: apresurar la venida de Gabriel á Paris y en el caso poco probable de que el principe Djalma se presente en Batavia, escribir á Josué Van-Dael que se cuenta con su celo y su obediencia para sostenerlo alli.

Y en seguida este hombre que en el momento en que lo llamaba en vano su madre moribunda conservaba la sangre fria necesaria para dar estas disposiciones se entró en su gabinete.

Rodin se puso á escribir las respuestas que se le habian dictado, y luego las copió en cifras misteriosas.

Al cabo de tres cuartos de hora de pasada la anterior escena, se oyeron los cascabeles y las campanillas de los caballos de posta.

El criado anciano volvió á entrar despues de haber llamado á la puerta cuidadosamente, y dijo:

—El coche está ya enganchado.

Rodin hizo una señal con la cabeza y el criado se marchó.

El secretario fué en seguida á llamar tambien con cuidado á la puerta del gabinete de su gefe.

Al momento salió este, grave é impasible siempre, pero cubierto el semblante con una palidez espantosa, y trayendo en la mano una carta.

—Para mi madre, dijo á Rodin. Enviad al instante un correo que la lleve.

—Si, señor, al momento. Respondió el secretario.

—Que no dejen de remitirse hoy mismo y por el conducto acostumbrado las tres cartas para Leipsik, Batavia y Charleston; porque este asunto es de la mayor importancia. Ya lo sabeis.

Estas fueron las últimas palabras de este hombre, que obedeciendo ciegamente órdenes implacables, se puso en camino sin atreverse á ir á ver á su madre moribunda.

El secretario le acompañó hasta el carruage.

—¿Qué camino tomamos, señor? Preguntó el postillon.

—¡Camino de Italia!..... Respondió el gefe de Rodin sin poder contener un suspiro tan profundo y tan doloroso que parecia un gemido. . . . .
. . . .

Cuando los caballos del coche salieron al galope, Rodin hizo una profunda reverencia, y volvió á entrar en la sala fria y casi desamueblada.

La actitud, la fisonomía y hasta el modo de andar de este personage variaron repentinamente.

Parecia que su cuerpo habia crecido: ya no era un autómata á quien una humilde y ciega obediencia hacia obrar maquinalmente: sus facciones impasibles hasta entonces, su mirada medio cubierta continuamente, se animaron súbitamente y revelaron que dentro de aquella cabeza poco antes sin espresion habia una astucia diabólica: una risa sardónica contrajo sus diminutos labios; y una siniestra satisfaccion alegró algun tanto aquel rostro cadavérico.

Tambien él se detuvo entonces delante del enorme globo terráqueo.

Tambien él lo contempló á vez silenciosamente como lo habia contemplado su gefe.....

Despues encorvándose sobre el globo, y abarcándolo con sus brazos, por decirlo así..... y despues de haberlo mirado fijamente con sus ojos de reptil, paseó sobre aquella superficie tersa y circular su dedo nudoso, y sacó con la vista uno por uno tres puntos diferentes y distantes entre sí, en los cuales habia colocadas crucecillas rojas.

Al designar cada una de las tres ciudades situadas en tan remotos paises, decia su nombre en alta voz asomando á sus labios una siniestra sonrisa...

Leipsik...
Charleston...
Batavia...

Y luego añadió:

—En cada una de estas tres ciudades tan apartadas entre sí, viven personas que están bien distantes de creer que se les está mirando y observando desde esta callejuela oscura, desde este cuarto..... que no se figuraran por cierto que se espian

y se saben todos sus movimientos..... que se conocen todas sus acciones..... y que desde aquí van á salir nuevas instrucciones respecto á ellas, y que estas instrucciones serán irremisiblemente ejecutadas..... porque se trata de un asunto de grande interés y que puede egercer una grande influencia sobre la Europa... sobre el mundo entero... Pero afortunadamente tenemos amigos fieles en Leipzikl en Charleston y en Batavia.

Este hombre pequeño, viejo-sórdido, mal vestido, con la máscara lívida é inanimada de un cadáver, que se arrastraba en cierto modo sobre aquel globo, se presentaba ahora mas siniestro y temible que lo habia parecido su gefe anteriormente... cuando en pié y derecho habia puesto su mano imperiosamente sobre aquel globo que parecia querer dominar á fuerza de orgullo y de audacia.

El uno parecia al águila que se arroja sobre su presa... el otro al reptil que enreda su víctima entre el laberinto de sus pliegues.

Al cabo de algunos instantes, Rodin se acercó á la mesa restregándose las manos, y escribió la carta siguiente, con ausilio de un abecedario particular, en una cifra desconocida de su gefe.

Paris á las 9 3/4 de la mañana.

Se ha puesto en camino.....pero ha titubeado algun tiempo...

Su madre moribunda le llamaba cuando ha recibido la órden; y le anunciaban que acaso su presencia podria salvarla de la muerte..... en esta situacion ha esclamado; ¡No volar al lado de mi madre!...¡Esto seria un parricidio!.... Sin embargo.... EL *ha marchado...¡pero ha titubeado!...*

Yo le vigilo siempre...

Estos renglones llegarán á Roma al mismo tiempo que él...

POSDATA: *decid al príncipe cardenal que puede contar conmigo, pero que á su vez espero que me servirá con toda actividad.*

Despues de haber doblado, cerrado y sellado esta carta, se la metió en el bolsillo.

A poco tiempo dieron las diez. Esta era la hora de almorzar de Rodin.

En su consecuencia arregló y guardó sus papeles en una gabeta, cuya llave metió en el bolsillo, atusó con el brazo su mugriento sombrero, cogió un paraguas remendado por muchas partes, y salió de aquella habitacion. (1). . . . .

En tanto que estos dos hombres desde el fondo de la oscura habitacion urdian esta trama en que debian quedar envueltos los siete descendientes de una familia proscrita en otro tiempo... un protector, estraño y misterioso, trataba de defender á esta familia que tambien era la suya.

XVII.

EPILOGO.

EL JUDIO ERRANTE.

El sitio era agreste y salvage...

Era una alta colina cubierta de enormes rocas arcillosas colocadas en desigual gradería, de enmedio de las cuales se levantaban aqui y alli añosas encinas y viejos abedules cuyo follage estaba ya ama-

(1) Despues de hacer citado las preciosas *cartas* de M. Libri y la obra curiosa publicada por M. Paulin, creemos deber hacer una mencion distinguida de los trabajos atrevidos y concienzudos, publicados por MM. Dupin, Michelet, Quinet, Genin y el conde de Sain-Priest: obras de inteligencia elevada é imparcial, en que se ponen al descubierto y reciben su justa condenacion las perniciosas teorías de esta órden. Deseariamos haber contribuido nosotros tambien á colocar una piedra en el dique poderoso y, en nuestra opinion, duradero, que esos corazones generosos, esos talentos distinguidos han levantado contra un torrente impuro y siempre amenazador. *(Nota del autor.)*

rillento por los calores y los vientos del otoño... Estos robustos árboles que sobre sus hojas secas reflejaban el rogizo resplandor del sol que llegaba á su ocaso, daban al pais el aspecto lúgubre de reverberacion de un poderoso incendio.

Desde aquella altura estendíase la vista por un valle profundo, sombrio, fértil y medio cubierto por una de esas ligeras neblinas de la tarde... Las fértiles praderas, los espesos bosques, los campos despojados ya de las maduras mieses confundíanse en una tinta sombria y uniforme que contrastaba maravillosamente con el límpido y puro azul de los cielos.

Los campanarios de piedra blanquecina ó de pizarra lanzaban al aire en varios puntos sus agudas flechas desde el fondo de este valle... porque en él habia muchas aldeas esparcidas, guarneciendo las orillas de un camino que se estendía de Norte á Poniente.

Aquella era la hora del reposo... la hora en que las ventanas de cada cabaña se iluminaban con el centellante resplandor del hogar rústico, y brillaban al través de la nieblecilla y del ramage, en tanto que las nubes de humo que salian de las humildes chimeneas se levantaban orgullosamente hácia los cielos.

Y sin embargo, en este valle sucedia una cosa estraña, porque todos los hogares parecian apagados y desiertos.

Pero otra cosa mas estraña aun se notaba: todos los campanarios doblaban tristemente el lúgubre son de los muertos... La actividad, el movimiento, la vida parecian enteramente secuestrados en esta fúnebre vibracion que se estendía por aquellos contornos.

Pero hé aqui que en estas aldeas oscuras hasta ahora comienzan á aparecer algunas claridades...

Sin embargo, estos resplandores no son producidos por el vivo y alegre brillo de las luminarias del rústico hogar... sino rogizas, como lo son las hogueras de los pastores vistas al través de las nieblas de la noche....

Ademas estas luces no permanecen inmóviles, sino que caminan lenta y acompasadamente hácia el cementerio de cada iglesia.

Los sonidos de las campanas que tocan á muerto redoblan entonces, el aire se estremece á los precipitados é incesantes golpes del sonoro metal, y de tiempo en tiempo llegan á la cima de la colina los acentos de cantos funerales debilitados ya por el espacio que han recorrido en la admósfera.

¿Por qué son todos estos funerales? ¿Qué valle de desolacion es este..... en donde las canciones pacíficas que en todas partes suceden al trabajo del dia se ven reemplazadas por los cantos de la muerte?... ¿Qué valle es este en donde el descanso de la noche va seguido del reposo eterno?

¿Qué valle de desolacion es este en que cada aldea llora tantos muertos á la vez y los entierra en la misma noche y á la misma hora?

¡Ay! es que la mortalidad es tan rápida, tan numerosa, tan terrible, que apenas bastan los que viven para enterrar á los que mueren..... Un trabajo penoso y necesario encadena durante el dia á los vivos sobre la tierra, y solamente por las noches á la vuelta de sus campestres faenas, cuando tornan á sus habitaciones quebrantados de fatiga, pueden dedicarse á cavar otros nuevos y mas hondos surcos en que deben reposar sus hermanos amontonados como los granos de simiente sembrada por la mano del labrador.

Pero no es solo este valle el que presenta la imágen de tanta desolacion.

En el curso de años malditos, muchas aldeas, muchas villas, muchas ciudades,

muchos estensos paises han visto como este valle, apagados y desiertos sus hogares.

El duelo ha reemplazado á la alegría como en este valle...... El doblar por los muertos ha sucedido al ruido de las fiestas......

Como en este valle, han llorado tambien muchas muertes en un mismo dia..... y como en este valle, los han enterrado de noche, al siniestro resplandor de las antorchas fúnebres......

Porque durante estos años malditos, un viagero terrible ha atravesado la tierra desde uno á otro polo...... desde la India y desde el Asia..... hasta los intensos hielos de la Siberia..... desde los intensos hielos de la Siberia, hasta las playas del Occéano francés.

Este viagero misterioso como la muerte, lento como la eternidad, irresistible como el destino, terrible como la mano de Dios... era.....

¡EL CÓLERA!!!.....

El ruido de las campanas y de los fúnebres cantos continuaba, subiendo desde el profundo valle hasta la cima de la colina, como una gran voz que se quejaba...

El resplandor de las antorchas funerarias se distinguia tambien al traves de la niebla vespertina.

Duraba todavia la luz del crepúsculo, era esa hora estraña que da una apariencia vaga, fantástica é indefinible hasta á las formas mas marcadas y que mas resaltan.....

Pero el suelo pedregoso de la montaña resonó un momento bajo un paso lento, acompasado y seguro... Un hombre pasó al través de los robustos y negros troncos de los árboles.

Su estatura era alta; llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho; su fisonomía era noble, dulce y melancólica..... sus cejas unidas entre sí se estendian desde la una á la otra sien y parecian una línea siniestra que le rayaba la frente.

Este hombre caminaba sin apariencia de escuchar los lejanos golpes de las fúnebres campanas..... y sin embargo la calma, la felicidad, la salud, la alegría reinaban dos dias antes en aquellas aldeas que él habia atravesado lentamente, y que ahora dejaba detras de sí tristes y desoladas.

El viagero continuaba su camino, absorto en sus pensamientos.

—«El dia 13 se acerca... decia él entre sí. Acércanse estos dias en que los descendientes de mi querida hermana, estos últimos vástagos de nuestra raza deben reunirse en Paris....

«¡Ay! por tercera vez hace ciento cincuenta años que la persecucion diseminó por toda la tierra á esta familia, á quien con tanto cariño he seguido de generacion en generacion por espacio de diez y ocho siglos.... en medio de sus emigraciones, de sus destierros, de sus cambios de religion y las alteraciones de su fortuna y de su nombre.

«¡Ah! ¡para esta familia nacida de mi hermana: para mí, pobre artesano (1) cuánta grandeza y cuánto abatimiento,

(1) Se sabe que segun la leyenda, el Judio era un pobre zapatero de Jerusalen. Cuando Cristo caminaba al calvario con la cruz á cuestas, y cuando pasaba por delante de la puerta del zapatero, pidió á este que le dejara tomar un poco de aliento en el asiento de piedra que estaba cerca de la puerta. *Marcha, marcha*, le dijo con sequedad el judio rechazándole. *Tú serás el que marcharás hasta la consumacion de los siglos*, le contestó Cristo con un tono triste y severo. Para obtener mas detalles sobre este punto puede examinarse la obra y elocuente noticia de M. Charles Magnin, colocada á la cabeza de la magnífica epopeya de Ahaverns y por M. Ed. Quinet.



EL JUDIO ERRANTE.

cuánta oscuridad, cuánto brillo, cuántas miserias y cuánta gloria!

«¡Con cuántos crímenes se ha manchado!.... ¡Cuantas virtudes la han honrado tambien!

«La historia de esta familia... es la historia de la humanidad entera.

«Pasando al través de tantas edades, por las venas del pobre y por las del rico, del soberano y del bandido, del sabio y del ignorante, del cobarde y del valiente, del religioso y del ateo, la sangre de mi hermana se ha perpetuado hasta este dia.

«¿Qué individuos quedan hoy de esta familia?....

«¡Siete vástagos!

«Dos huérfanas, hijas de una madre proscrita y de un padre proscrito.

«Un príncipe destronado.

«Un pobre sacerdote misionero.

«Un hombre de la clase media.

«Una jóven de alto nombre y de considerable fortuna.

«Un artesano.

¡En todos ellos se reasumen el valor, el talento, las degradaciones, el esplendor, las miserias de nuestra raza!....

«La Siberia..... la India..... la America.....

«Hé aqui los puntos del globo á donde la suerte los ha arrojado.

«El instinto me advierte cuando alguno de ellos está en peligro....... Entonces desde el Norte al Mediodia..... desde el Oriente al Poniente yo voy á buscarlo.... ayer bajo los hielos del polo... hoy bajo la zona templada... mañana bajo el fuego de los trópicos... Pero continuamente ¡ay! en el momento en que mi presencia pudiera salvarlo, la mano invisible me arranca de alli, el torbellino me arrebata y......

—«*¡Marcha! ¡Marcha!*

—«¡Que al menos pueda yo terminar mi mision!

—¡Marcha!

—¡Una hora solamente! ¡Una hora no mas de descanso!...

—¡Marcha!...

—¡Ay! ¿habré de dejar al borde del abismo lo que tanto amo?...

—¡Marcha!... ¡Marcha!

«Ved aqui mi castigo... si él es grande mi delito ha sido mucho mayor...

«Sujeto á las privaciones y á la miseria como artesano... el infortunio me habia hecho mezquino...

«¡Oh! ¡maldito! ¡cien veces maldito sea aquel dia en que mientras yo trabajaba sombrio, remoroso y desesperado porque á pesar de mi asiduo afanar y de mi perene tarea, mi familia carecia de todo...... el Cristo pasó por delante de mi puerta!

«Colmado de injurias, abrumado de golpes, llevando con dificultad el peso de la enorme cruz, me pidió que le dejára descansar un momento sobre mi banco de madera...... Un copioso sudor caia de su frente: sus pies estaban ensangrentados: la fatiga despezaba sus miembros........ y sin embargo me dijo con una dulzura inefable: ¡Yo sufro!—¡Y yo tambien sufro! le respondí rechazándolo con cólera y con dureza: yo tambien sufro y nadie viene á consolarme.......... ¡Los insensibles...... hacen los insensibles!... *¡Marcha! ¡Marcha!...*

«Entonces él exhalando un profundo y doloroso suspiro me dijo:

—«*Y tú tambien marcharás sin cesar hasta tu redencion. Asi lo quiere el Señor que está en los cielos.*

—«¡Y mi castigo comenzó!...

«Cuando abri los ojos á la luz, era ya demasiado tarde... Demasiado tarde se ha despertado en mí el arrepentimiento...... Demasiado tarde he conocido la claridad... Demasiado tarde, en fin, aquellas palabras divinas pronunciadas por el que yo

ultrajé, aquellas palabras que deberian ser la ley suprema de todos los hombres:

AMAOS LOS UNOS Á LOS OTROS.

«En vano en el transcurso de tantos siglos, para obtener mi perdon, empapando mi fuerza y mi elocuencia en estas célebres palabras he logrado henchir de amor y de conmiseracion muchos corazonea que solo abrigaban el rencor y la envidia: en vano he inflamado muchas almas en el santo horror á la opresion y á la injusticia.

«¡Aun no ha llegado el dia de la clemencia!...

«Y asi como el primer hombre atrajo con su pecado el infortunio sobre toda su descendencia, del mismo modo yo, pobre artesano, he condenado á todos los demas pobres artesanos á eternos dolores, y á que espien mi crímen.... porque ellos son los únicos que en el espacio de diez y ocho siglos no han podido lograr su emancipacion.

«Diez y ocho siglos hace que los opulentos y los afortunados están diciendo á ese pueblo de trabajadores...... lo que yo dije al Cristo cuando me suplicaba: *¡Marcha! ¡Marcha!*

«Y ese pueblo quebrantado como él por la fatiga, llevando como él una enorme cruz... dice como él tambien con una amarga tristeza:

—«¡Oh! por piedad... dadnos algunos instantes de tregua... Estamos abrumados...

—«*¡Marcha!*

—«Pero, y si morimos de cansancio y de angustia ¿qué será de nuestros tiernos hijos? ¿Qué será de nuestras ancianas madres?

—«*¡Marcha!... ¡Marcha!...*

«Y despues de tantos siglos ellos y yo marchamos y sufrimos sin que una voz de misericordia se levante y nos diga: *¡Basta!*

«¡Ay!.. ¡Tal es mi castigo! ¡Es inmenso!... ¡Y además está doblado!

«Yo sufro en nombre de la humanidad viendo á los pueblos miserables sumidos en ásperos y duros trabajos.

«Yo sufro en nombre de la familia pobre y errante, no pudiendo acudir siempre al socorro de los mios, de esos descendientes de una hermana querida.

«Una sola vez en cada siglo, como dos planetas que se acercan por un momento en su revolucion secular..... logro encontrar á esa muger..... durante la triste semana de pasion.

«Y despues de esta entrevista llena de recuerdos terribles y de inmensos dolores, astros errantes en la inmensidad, volvemos á proseguir nuestro camino sin fin.

«Y esta muger, la sola que, como yo, sobre la tierra asiste á la muerte de cada siglo, diciendo siempre: *¡Todavía!!!...* esta muger de uno á otro estremo del mundo responde á mi pensamiento.....

«Ella, la única que en el mundo participa de mi triste suerte, ha querido participar tambien del único interés que me ha consolado al través de tantos siglos... Ella ama tambien á estos descendientes

«Pero cuando el dolor supera mis fuerzas.... cuanto presiento la aproximacion para los mios de algun daño de que yo no puedo salvarlos, entonces atravesando los mundos vuela mi pensamiento á encontrar á esa muger maldita tambien como yo..., á esa hija de reina (1) que como yo hijo de artesano *marcha*..... *marcha*, y marchará hasta el dia de su redencion....

(1) Segun una leyenda muy poco conocida que hemos debido á la bondad de Mr. Maury, sábio sub-bibliotecario del instituto, Herodias fué condenada hasta el dia del juicio final por haber pedido la muerte de San Juan Bautista.

de mi querida hermana..... los protege tambien. Por ellos tambien camina..... llega... desde el Oriente al Occidente, desde el Mediodia al Septentrion.....

«Pero, ¡ay! tambien la mano invisible la arranca como me arranca á mi... Tambien el torbellino la arrebata como me arrebata á mi. Y.....

—«¡MARCHA!.....

—«Que al menos pueda yo terminar mi mision..... dice ella.

—«¡MARCHA!.....

—«¡Una hora solamente!... ¡Una hora no mas de descanso!..... añade.

—«¡MARCHA!.....

—«¡Ay!, ¿Habré de dejar al borde del abismo lo que tanto amo?.....

—«¡MARCHA!..... ¡MARCHA!»

. . . .

En tanto que este hombre caminaba asi por las alturas, absorto en sus pensamientos, la brisa de la tarde suave y pacífica hasta entonces comenzaba á tornarse en viento recio, cuya violencia crecia por instantes... el relámpago serpenteaba en la admósfera... los truenos y los silvidos del viento anunciaban ya la aprocsimacion de una tempestad.

De repente este hombre maldito que no podia ni llorar ni reir... se estremece.

No hay dolor físico de ningun género que pueda alligirle..... y sin embargo él lleva violentamente la mano á su corazon como si acabara de recibir algun golpe cruel.....

—¡Oh! esclamó; ya lo siento..... En este instante..... muchos de los mios..... los descendientes de mi hermana querida, sufren y corren grandes é inminentes riesgos..... unos en el fondo de la India..... otros en América..... otros en Alemania. La lucha comienza otra vez..... Se han reanimado mezquinas pasiones..... ¡Oh tu que me escuchas! ¡Tu errante y maldita como yo! Herodias, ayúdame á protegerlos..... Qué mi súplica llegue á tus oidos ahora que estás en medio de las soledades de la América..... ¡Ojalá que podamos llegar á tiempo!

En este momento sucedió una cosa estraordinaria.

Habia caido ya completamente la noche con toda su oscuridad.

El viagero hizo un movimiento para volver precipitadamente hacia atras..... pero una fuerza invisible le impelió y le arrrojó en direccion contraria de la que parecia desear.....

La tempestad estalló con toda su magestad sombría.

Uno de esos torbellinos violentos que descuajan los árboles..... que conmueven las rocas, pasó por la montaña rapido y estrepitoso como el rayo.

En medio de los silvidos del huracan, al fulgor de los relámpagos, se vió entonces en uno de los ángulos de la montaña, se descubrió al hombre de la frente marcada con una línea negra, bajar precipitadamente por entre las rocas y los árboles encorvados por la tempestad.

La marcha de este hombre no era ya lenta, firme y tranquila..... sino penosamente contenida como la de un ser que se vé á su pesar arrastrado por una potencia irresistible..... ó á quien un terrible huracan arrebata en su torbellino.

En vano estendia este hombre sus manos hácia el cielo. Bien pronto desapareció entre las sombras de la noche y el estrago de la tempestad.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

PARTE TERCERA.

LOS ESTRANGULADORES. (1)

I.

EL AJOUPA.

En tanto que M. Rodin despachaba su correspondencia cosmopolita.... desde el fondo de la calle del Milieu des Ursins, en Paris; en tanto que las hijas del general Simon habian sido detenidas y llevadas con Dagoberto á Leipsik despues de haber huido de la posada del Halcon Blanco, pasaban otras escenas no menos interesantes, paralelamente por decirlo asi, en la misma época... en la estremidad del mundo, en el fondo del Asia, en la isla de Java, no lejos de la ciudad de Batavia, en cuyo punto residia Mr. Josué Van-Dael, que era uno de los corresponsales de M. Rodin.

¡Java!! pais magnifico á par que siniestro, en donde las flores mas hermosas ocultaban los mas temibles reptiles; cuyos frutos bellos encierran los venenos mas finos; en donde crecen árboles espléndidos cuya sombra mata: en donde el vampiro, el gigantesco murciélago, chupa la sangre de las víctimas durante el sueño que el mismo prolonga refrescándolas con un viento suave y apacible, porque el abanico mas ligero no es tan rápido como el latir de las alas de este murciélago monstruoso.

El mes de octubre de 1831 estaba ya á su prócsimo fin.

Seria la hora de mediodia, hora terrible y casi mortal para los que tienen que sufrir aquel sol abrasador que esparce sobre el esmalte azul-oscuro del cielo sábanas estensas de ardiente resplandor.

Un *ajoupa*, especie de pabellon de descanso, construido con tejidos de juncos sostenidos con gruesos bambues hincados en el suelo, se levantaba en medio de la umbría formada por árboles frondosos, cuye verdor era tan brillante como el de la porcelana verde; estos árboles de formas estrañas, estaban en unas partes enlazados como los estribos de un puente por el arco que las ramas unidas formaban á cierta altura, en otras se lanzaban en una direccion como si fueran flechas despedidas de un arco colosal por una mano hercúlea: aqui se presentan en figura de quita-soles, pero tan juntos, tan espesos, tan entrelazados los ramos de los unos con los de los otros, que en el suelo que debajo de ellos estaba no penetraba ni el sol ni el agua.

El suelo siempre húmedo y pantanoso apesar del calor infernal de aquellas regiones, desaparecia debajo de un sin fin de plantas de una frescura y de un vigor

(1) *Phansingars*, ó ahogadores (de la palabra *phausna*, *ahogar*). Mas adelante daremos algunas noticias acerca de esta estraña sociedad llamada tambien de la *Buena Obra*.



Djalma.

de vegetacion incomprensibles, y que se levantaban casi hasta el techo del ajoupa alli oculto como un nido entre la yerba.

No puede haber ninguna cosa mas sofocante que esta admósfera cargada de ecsalaciones y de miasmas húmedos, como el vapor que despide el agua caliente é impregnado de los mas violentos perfumes, asi como de los olores mas desagradables.

Estaba cubierta esta cabaña, por encima de la estera de juncos, por anchas hojas de plátano. En uno de sus ángulos habia una abertura cuadrada que servia de ventana, y estaba ingeniosamente enrejada con plantas vegetales que impedian á los reptiles é insectos venenosos poder entrar en el ajoupa.

Un tronco enorme y seco, pero en pie todavia, aunque bastante inclinado, cuya superficie superior tocaba al techo del ajoupa, se levantaba de entre las plantas que le rodeaban. De cada grieta de su corteza negra y musgosa, brotaba una flor estraña y fantástica que escedia en finura y delicadeza al ala de la leve mariposa, y su color era brillante como la púrpura, ó negra como el terciopelo; ni estos pájaros imaginarios que se cree ver en medio de la ilusion de un sueño, se presentan con formas mas estrañas y sorprendentes que estas plantas indefinibles, estas flores aladas que parecen continuamente dispuestas á volar y huirse de sus vástagos débiles y desnudos. Largos filamentos redondos y flecsibles que pudieran tomarse con facilidad por reptiles, rodeaban tambien aquel tronco.

Una serpiente pequeña del grueso de una pluma gorda y de cinco á seis pulgadas de largo asomaba su chata cabeza por en medio de la corola de una de aquellas flores en que tenia oculto y enroscado el cuerpo.

En el fondo del ajoupa habia un jóven tendido sobre una estera y profundamente dormido.

Al ver su color bronceado, cualquiera le hubiera tenido por una estatua de cobre, sobre cuya megilla brillaba un rayo de sol. Hallábase en una posicion natural y graciosa; doblado el brazo derecho debajo de su cabeza le servia de sosten y la mantenia un poco levantada y de perfil; su túnica de muselina blanca sembrada con algunas pintas de diferente color, dejaba ver su pecho y sus brazos dignos del Antinoo, y puede desde luego asegurarse que el mármol no podia ser ni mas terso ni estar mejor redondeado que su cutis, cuya tintura bronceada contrastaba maravillosamente con la blancura de su vestido. Sobre su pecho levantado y espacioso se divisaba una cicatriz profunda. Este jóven habia recibido la herida que dejó esta marca, defendiendo la vida del general Simon, del padre de Rosa y de Blanca.

Este mismo jóven tenía al cuello una medalla semejante á la que poseian y cuidaban las dos hermanas.

Era Djalma.

Las facciones de su rostro tenian una enerjía varonil y una belleza encantadora; sus cabellos de un negro claro con un tinte azul caian flecsibles, pero no rizados, por sus hombros: sus cejas bellamente delineadas eran tan negras como sus largas pestañas, cuya sombra se proyectaba en la imberbes mejillas del dormido jóven: sus labios un poco entreabiertos y de un vivísimo encarnado ecsalaban una respiracion comprimida y fatigosa, y su sueño era pesado y penoso porque el calor era por momentos mas sofocante.

El silencio que reinaba era profundo, y ni una pequeña brisa venia á interrumpirlo con su ruido.

Sin embargo, al cabo de algunos minutos los enormes helechos que cubrian

el suelo en las inmediaciones del ajoupa comenzaron á agitarse casi imperceptiblemente, como si un cuerpo que se arrastrara con lentitud por entre ellos moviera por su base los tallos sobre que se levantaban.

De tiempo en tiempo esta oscilacion cesaba repentinamente, y entonces todo volvia á quedar inmóvil.

Despues de muchas alternativas de movimiento y de quietismo, de ruido y de silencio, apareció una cabeza humana de enmedio de algunos juncos y no lejos del tronco del árbol muerto.

Este hombre de aspecto siniestro tenía un color bronceado que tiraba á verdoso, cabellos negros, largos y trenzados al rededor de la cabeza, dos ojos relucientes pero con un brillo salvaje, y una fisonomía que manifestaba talento, pero un talento feroz. Este hombre permaneció inmóvil algun tiempo conteniendo su aliento, hasta que al fin comenzó á caminar otra vez apoyándose en las manos y en las rodillas, separando suavemente las hojas de las plantas por donde pasaba, con tan to cuidado, que no causaba ni el mas pequeño ruido en su camino. De esta manera llegó con lentitud y prudencia hasta el tronco del árbol muerto cuya parte superior casi tocaba al techo del ajoupa.

Este hombre, malayo de orígen y que pertenecia á la secta de los estranguladores, escuchó de nuevo por algunos instantes y despues salió casi enteramente de entre las plantas que le ocultaban, y dejó ver su cuerpo desnudo á escepcion de la parte que le cubrian unos calzones blancos de algodon ajustados y sujetos en la cintura por un ceñidor de diferentes colores: un baño de aceite que habia dado á sus miembros les daba un color aceitunado y prestaba agilidad y robustez.

Cuando se halló cerca del tronco al lado opuesto de la cabaña ocultándose detras, comenzó á subir por él silenciosamente y con tanto cuidado como paciencia. En la ondulacion de su espinazo, en la flecsibilidad de sus movimientos, en su vigor contenido se descubria alguna semejanza con el paso lento y traidor del tigre algunos momentos antes de arrojarse sobre su presa.

Obrando con tanta cautela logró llegar á la parte superior del tronco que casi tocaba en su inclinacion con el techo del ajoupa, y se colocó á un pie de distancia de la pequeña ventana; avanzó entonces hácia ella su cabeza, y con vista escudriñadora ecsaminó el interior de la cabaña buscando un medio para entrar en ella.

A la vista de Djalma profundamente dormido, brillaron con doble fuerza los ojos del estrangulador, y una contraccion nerviosa, ó por mejor decir, de muda y feroz sonrisa, se asomó á los dos estremos de su boca que atraidos hácia sus mejillas, dejaron ver dos hileras de dientes limados en figura triangular como la hoja de una sierra, y teñidos de un negro reluciente.

Djalma estaba acostado tan cerca de la puerta del ajoupa que se abria hácia adentro, que si aquel hubiera intentado entrar por ella, habria irremisiblemente despertado al jóven.

El estrangulador, con el cuerpo siempre oculto detras del árbol, queriendo ecsaminar mas atentamente el interior de la cabaña, se inclinó algun tanto hácia adelante, y para encontrar apoyo en esta incómoda postura, fijó ligeramente su mano en el reborde que servia de marco á la ventana, y esta accion movió un poco la flor en que estaba la pequeña serpiente, la cual saliendo inmediatamente de la corola, se enroscó en un momento al rededor del puño del estrangulador.

Ya fuera por dolor, ya por sorpresa, no pudo éste contener un grito que salió de sus labios.... pero vuelto al instante



Faringhea

sobre sí, se retiró tras del tronco, y notó que Djalma habia hecho algun movimiento.

En efecto, el jóven indio conservaba todavia su indolente postura; pero entreabrió los ojos, volvió flojamente la cabeza hácia la ventana, y una profunda aspiracion agitó su pecho, porque el calor concentrado bajo aquella espesa bóveda, húmeda y verde, era insoportable.

Acababa Djalma de hacer este movimiento cuando de detras del tronco salió ese graznido rápido, sonoro y agudo que da el ave del paraiso al levantar su vuelo, y que es algo parecido al del faisan.....

Repitióse varias veces este ruido; pero oyéndose menos cada vez, como si el pájaro fuera alejándose de aquel sitio, Djalma creyó descubrir en los graznidos el ruido que le habia despertado un momento, tendió ligeramente el brazo que antes habia tenido doblado para que sirviera de almohada á su cabeza, y volvió á dormirse nuevamente casi sin mudar de postura.

Por espacio de algunos minutos reinó otra vez el mas profundo silencio en aquella soledad, y todo permanecia inmóvil.

El estrangulador, por medio de su hábil imitacion del graznido del ave, reparó la imprudencia que habia cometido no sofocando el grito de dolor ó de sorpresa que le habia arrancado la picadura del reptil; y cuando supuso á Djalma dormido de nuevo, adelantó la cabeza y vió realizada su presuncion, porque el jóven habia vuelto á caer en su profundo sueño.

Bajóse entonces del tronco con las mismas precauciones con que habia subido, apesar de que su mano izquierda estaba bastante hinchada por la mordedura de la pequeña serpiente; y desapareció por entre los juncos.

En este momento comenzó á oirse un canto lejano, de cadencia monótona y melancólica.

El estrangulador se levantó, escuchó con estremada atencion, y su aspecto tomó progresivamente una espresion de sorpresa terrible y de cólera concentrada.

Acercábase cada vez mas el canto á la cabaña.

Al cabo de pocos minutos se descubrió un indio que atravesaba una pequeña esplanada, y se dirigia hácia el sitio en que se hallaba oculto el estrangulador.

Este desciñó una cuerda larga y delgada que traia rodeada á su cintura, y en una de cuyas estremidades habia atada una bala de plomo de la figura y el tamaño de un huevo, enlazó la otra punta á su muñeca derecha, aplicó nuevamente el oido, y desapareció arrastrándose por entre las altas yerbas con direccion hácia el indio que venia, y que se acercaba lentamente sin interrumpir su cántico triste y monótono.

Era un jóven que podia tener á lo mas unos veinte años y era esclavo de Djalma. Tenia el color bronceado: un ceñidor de muchos colores sostenia sus pantalones de algodon azul: traia cubierta la cabeza con un turbante rojo, y colgaban de sus orejas arillos de plata, de cuyo metal traia tambien unas pulseras en ambas muñecas.

Venia á dar un mensaje á su señor que durante el escesivo calor del dia reposaba en este ajoupa, situado á considerable distancia de la casa en que habitaba.

Cuando el esclavo llegó al punto en que el camino se dividia, tomó sin titubear la senda que conducia á la cabaña..... de la que apenas distaba unos cuarenta pasos.....

Una de esas enormes mariposas que se crian en Java, y cuyas alas estendidas tienen de seis á ocho pulgadas de largo, y presentan el hermoso espectáculo de contemplar sus rayas verticales de color de oro sobre un fondo de verde mar, vagaba de flor en flor y de hoja en hoja; y

vino á posarse sobre un arbusto florecido y odorífero al lado del jóven indio.

Suspendió este su cántico, se detuvo, comenzó á caminar con mucha cautela, adelantando primero el pié, luego la mano..... y por fin se apoderó de la mariposa.

De repente el indio vió levantarse delante de él la siniestra figura del estrangulador..... oyó un silvido semejante al que causa la honda al despedir la piedra, y sintió enredarse con triple vuelta á su pescuezo una cuerda, y un momento despues el pedazo de plomo venir á herir su cráneo en la parte posterior.

Tan repentino y tan improviso fué este ataque, que el esclavo de Djalma no pudo dar ni un solo grito, ni un solo gemido.

Titubeó un momento..... Entonces el estrangulador dió una fuerte sacudida á la cuerda..... El rostro bronceado del esclavo se puso negruzco y amoratado, y el infeliz cayó sobre las rodillas agitando vanamente los brazos.....

El estrangulador lo acabó de derribar... apretó tan fuertemente la cuerda, que brotó sangre de la piel del esclavo..... La víctima hizo aun algunos movimientos convulsivos, y luego dejó completamente de vivir.....

Durante esta cruel pero terrible agonía, el asesino arrodillado delante de su víctima, espiando hasta sus mas pequeñas convulsiones y teniendo fijos sobre el indio sus ojos vivos y radiantes, parecia sumido en un estásis de placer feroz..... Dilatábasele la parte inferior de la nariz, hinchábanse las venas de sus sienes y de su cuello, y aquella misma contraccion siniestra que habia prolongado sus lábios al contemplar á Djalma dormido, volvió ahora á dejar descubiertos sus dientes negros y agudos que una agitacion nerviosa de las mandíbulas hacian sonar dando los unos contra los otros.

Pero bien pronto cruzó sus brazos sobre el pecho que palpitaba con violencia. Bajó un poco la frente y murmuró algunas palabras misteriosas como si pronunciára alguna invocacion ó alguna plegaria... En seguida volvió á caer en la terrible contemplacion que le inspiraba la vista del cadáver.

La hiena y el tigre que antes de devorarla miran á la presa que acaban de sorprender ó de cazar, no tienen una mirada mas torva ni mas sanguinaría que la de este hombre en aquellos momentos.....

Pero acordándose de pronto que no estaba concluida su obra, aunque sintiendo grave dolor en separarse de aquel fúnebre espectáculo, desenredó su cuerda del cuello de la víctima, se la arrolló otra vez á la cintura, arrastró el cadáver fuera del sendero y sin cuidarse de déspojarlo de sus pendientes y brazaletes de plata lo ocultó entre unos espesos y altos juncos.

En seguida el estrangulador comenzó volviendo otra vez á arrastrarse por entre las yerbas y llegó hasta la cabaña de Djalma.

Despues de haber escuchado con mucha atencion por espacio de algunos minutos, sacó un cuchillo que llevaba en el ceñidor, cuya hoja aguda y afilada estaba envuelta en otra hoja de plátano y con ella abrió en la estera de juncos un agujero como de tres pies de largo. Todo esto lo hizo en tan poco tiempo y con un instrumento tan bien afilado, que sonó menos que un diamante cuando se resbala cortando sobre un cristal...

Viendo ya practicable esta abertura que debia servirle de paso, y á Djalma que dormia profundamente delante de ella, el estrangulador se deslizó en la cabaña con inconcebible temeridad.

II.

EL RESTREGAMIENTO.

El cielo cubierto hasta entonces de un

azul trasparente, fué poco á poco encapotándose, y el sol tomó un color rogizo y siniestro.

Este resplandor estraño y particular esparcia sobre todos los objetos un colorido nuevo y raro; del cual podrá formarse una idea el que se imagine el aspecto de un paisage mirado al traves de un anteójo cuyos cristales sean de color cobrizo.

En aquellos climas este fenómeno unido al aumento del calor sofocante, anuncia la aproximacion de una tempestad.

Sentíase de tiempo en tiempo un olor pasagero como de azufre..... entonces las hojas, ligeramente agitadas por corrientes eléctricas se movian sobre sus tallos... y un momento despues volvia todo á caer en la misma inmovilidad que antes.

La atmósfera estaba cargada, abrasadora, llena de olores desagradables que la hacian casi insoportable. Por la frente de Djalma, que continuaba sumido en su profundo sueño, corrian gruesas gotas de sudor... no era para él un sueño de reposo aquel en que yacia, sino mas bien una postracion y un abatimiento penosos.

El estrangulador se deslizó como un reptil á lo largo de la pared del ajoupa, llegó arrastrándose hasta la estera en que estaba durmiendo Djalma, y se acurrucó á su lado á fin de ocupar el menor espacio posible.

Comenzó entonces una escena terrible por el misterio y el silencio profundo que la rodeaba.

La vida de Djalma estaba completamente á merced del estrangulador.

Este, recojido sobre sí mismo, apoyado sobre sus manos y sus rodillas, con el pescuezo estendido hácia adelante, fija y dilatada la pupila, estaba inmóvil, como una fiera que está aguardando el momento de lanzarse sobre su presa..... solamente un ligero estremecimiento convulsivo agitaba sus mandíbulas, dando algun movimiento á aquella fisonomía feroz, á aquel rostro que parecia una máscara de bronce.

Pero bien pronto sus horribles facciones vinieron á revelar la violenta lucha que pasaba dentro de aquel hombre entre la sed... el placer del homicidio que el reciente asesinato acababa de despertar en él... y la órden que habia recibido de no atentar contra la vida de Djalma, aunque el motivo que le traía á la cabaña fuera para este jóven mas temible que la muerte misma...

Dos veces ya el estrangulador, cuya mirada se inflamaba repentinamente con el brillo de la ferocidad, apoyándose solamente con la mano izquierda, habia llevado la derecha á la estremidad de su cuerda...

Pero dos veces tambien la habia abandonado... el instinto de asesinar cedia á la omnipotencia de una voluntad cuyo irresistible imperio dominaba al malayo.

Preciso era que su rabia homicida se viera levantada hasta el grado de locura, puesto que perdia un tiempo precioso en estas oscilaciones y en estas dudas... Djalma podia despertar de un momento á otro, y su vigor, su agilidad y el aliento de su corazon eran demasiado conocidos....... y aunque sin armas, no podia dejar de ser un adversario temible para el estrangulador.

Este se resignó por fin... comprimió un profundo suspiro de colérica pena y se decidió á cumplir la mision con que habia venido al ajoupa...

A cualquiera otro hubiera parecido imposible llenar felizmente esta mision...

Júzguese de su dificultad por la relacion que sigue:

Djalma estaba con la cara vuelta hácia el lado izquierdo y apoyaba su cabeza sobre el brazo que tenia doblado. En esta posicion y sin despertarle era preciso obligarle á que volviese el rostro hácia la de-

recha, es decir, hácia la puerta, para que cuando medio se despertára no tropezasen sus ojos por primer objeto con el estrangulador, que necesitaba estar allí algunos minutos para concluir la operacion que iba á comenzar.

El cielo se encapotaba cada vez mas...

El calor llegaba á su último grado: todo concurria á que el sueño de Djalma fuera mas pesado y mas profundo, y por consiguiente á favorecer los intentos del estrangulador... este arrodillándose entonces delante del jóven comenzó á dejar resbalar suavemente las yemas de sus dedos frotados con aceite sobre la frente, las sienes y los párpados de Djalma, pero con tanta delicadeza que apenas se hacia sensible el contacto de las dos epidérmis...

Despues de algunos momentos de esta especie de encantamiento magnético, comenzó á ser mas abundante el sudor que bañaba la frente y la cara de Djalma: se percibió salir de sus labios un suspiro medio sofocado; y luego se estremecieron por dos ó tres veces los músculos de su rostro, porque aquellos tocamientos demasiado ligeros para desvelarlo, le causaban un sentimiento de incomodidad indefinible...

Mirábale el estrangulador con una mirada fija, ardiente y comprensiva, y continuaba su tarea con tanta paciencia y tanta destreza, que Djalma dormido siempre, no pudiendo sufrir por mas tiempo aquella sensacion vaga, pero ingrata, que no podía esplicarse á sí mismo, llevó su mano derecha hácia el rostro como para siquiera alejar y librarse del roce importuno de algun insecto... pero faltó fuerza y energía al brazo, y su mano volvió á caer inerte y pesada sobre su pecho...

Vió el estrangulador que este síntoma le anunciaba que iba logrando su objeto, y reiteró con mas velocidad sus tocamientos sobre los párpados, en la frente y en las sienes, aunque siempre con el mismo cuidado y con la misma suavidad.

Djalma, mas inquieto cada vez, abrumado por su pesadez soñolienta, y careciendo sin duda de fuerza y de voluntad para llevarse la mano á la cara, volvió maquinalmente su cabeza, y no pudiendo levantarla la dejó caer sobre el hombro derecho, buscando en este cambio de postura huir de la impresion desagradable, que le perseguia...

Cuando el estrangulador obtuvo este primer resultado favorable, conoció que ya podia obrar con entera libertad.

Pero antes quiso hacer todavía mas pesado el sueño que acababa de turbar sin romperle por entero. Para conseguir este objetó, procuró imitar al vampiro, y formando con sus dos manos un abanico, comenzó á agitarlas á un lado y á otro sobre el rostro abrasado del jóven indio...

A esta sensacion de frescura inesperada y deliciosa en medio de aquel calor sofocante, las facciones de Djalma hicieron un movimiento maquinal de espansion, respiró con mas desahogo su pecho, sus labios entreabiertos aspiraron esta brisa fresca y consoladora, y cayó en un sueño todavía mas profundo que antes, y mas invencible cuanto que hasta entonces habia sido contrariado, y ahora percibia la influencia de una sensacion agradable y deleitosa.

Un relámpago iluminó con su oscilante resplandor la sombria habitacion en que se ejecutaba esta escena; y el estrangulador temiendo que el primer estallido del trueno despertase repentinamente á Djalma, conoció que debia verificar cuanto antes el intento con que habia venido.

Djalma echado de espaldas tenia la cabeza apoyada sobre el hombro derecho, y estendido el brazo izquierdo; y el estrangulador acurrucado á este mismo lado fué gradualmente dejando de abanicar-

lo con sus manos, hasta que cesó enteramente. Entonces comenzó otra operacion. Con la mayor habilidad logró levantar hasta la sangría la ancha manga de muselina blanca que cubria el brazo izquierdo del jóven.

Sacó en seguida del bolsillo de su pantalon una pequeña caja de cobre, tomó de ella una aguja de una finura estraordinaria y un pedazo de raiz negruzca.

Hincó muchas veces la punta de la aguja en la raiz, y cada vez que repetia la operacion salia de esta un licor blanquecino y glutinoso.

Cuando creyó que la punta de la aguja estaba suficientemente impregnada de aquella materia, se bajó y sopló suavemente en la parte interior del brazo de Djalma para causar allí una nueva impresion de frescura, y comenzó con la punta acerada y finísima de la aguja á trazar, pero de una manera casi imperceptible, en la piel del jóven algunos signos misteriosos y simbólicos.

Todo esto fué ejecutado con tanta delicadeza y suavidad, y la punta de la aguja era tan sutil, que Djalma no sintió el mas pequeño arañazo, ni la menor picadura que rompiera su epidérmis.

Al pronto las ligeras rayas hechas por el estrangulador en el brazo de aquel, se presentaron con un color de rosa seca y ápenas perceptibles á la vista, por ser mas finas aun que el cabello mas sutil; pero era tal la potencia corrosiva y lenta de la sustancia en que estaba impregnada la aguja, que filtrándose poco á poco al través de la piel, llegaba á encarnarse de tal manera que á la vuelta de pocas horas debian presentarse ya aquellas rayas con un color subido de violeta, y hacer de esta manera ostensibles y patentes estos signos ahora casi invisibles.

El estrangulador, despues de haber acabado su tarea, arrojó nuevamente sobre Djalma una mirada en que iba pintado el deseo del homicidio....

En seguida se alejó de la estera en que dormia el jóven, y arrastrándose fué hasta la abertura que habia hecho para entrar en la cabaña, salió por ella, volvió á juntar herméticamente los bordes de la parte cortada, á fin de quitar toda sospecha, y desapareció en el momento mismo en que el trueno comenzaba á retumbar sordamente en lontananza (1).

(1) En las cartas del difunto Victor Jacquemont sobre la India se leen los siguientes pormenores acerca de la increible habilidad de estos hombres:

«Ellos se arrastran por las hoyas y por los surcos de las heredades, imitan cien voces diferentes, reparan, por medio de un grito semejante al del jakal ó al de algun pájaro, cualquier ruido involuntario que hayan causado en su camino, callan despues y otro repite á cierta distancia el ahullido ó el graznido del animal á quien han imitado: atormentan el sueño con ruidos, con fracciones, y hacen tomar al cuerpo y á los miembros en particular la actitud que les conviene para sus planes».

El conde Eduardo de Warren en su escelente obra sobre la India inglesa, que tendremos ocasion de citar mas adelante, se espresa en los mismos términos acerca de la inconcebible destreza de los indios:

«Ellos saben, dice este escritor, hasta despojaros de las sábanas mismas en que os halleis envuelto, sin interrumpir vuestro sueño. No se crea que esto es una exageracion, sino que es una verdad y un hecho. Los movimientos del *Vheel* son como los movimientos de una serpiente. Dormios si gustais en vuestra tienda de campaña con un criado tendido á cada puerta: el *Vheel* vendrá á agazaparse en la parte esterior, desde donde pueda oculto oir la respiracion de cada uno. Cuando el europeo se duerme, el *Vheel* está seguro de lograr su intento, y el atractivo del sueño le atrae al lado de aquel: hace entonces una hendidura vertical en el lienzo de la tienda, penetra por ella, anda

III.

EL CONTRABANDISTA.

Cesó la tempestad de la mañana.

El sol está en su ocaso; han pasado algunas horas desde que el estrangulador se introdujo en la cabaña de Djalma.

Adelántase un caballero rápidamente por en medio de una larga alameda de frondosísimos árboles. Al abrigo de esta espesa bóveda de verdura, mil y mil pájaros saludaban con sus trinos y revolteos la esplendente tarde. Papagayos verdes y colorados saltan con ayuda de su encorvado pico á la copa de las rosadas acacias; el maina-mainou, grande pájaro de un color azul subido, cuyo cuello y larga ala semejan los reflejos del oro pulimentado, persigue al reyezuelo, de un negro de terciopelo con matiz naranjado. Las palomas de Kolo, morado tornasoladas, hacen oir su dulce arrullo al lado de los pájaros del Paraiso, cuyo vistosísimo plumaje reune el bello crismático de la esmeralda y del rubí, del topacio y del zafiro.

La alameda, algo levantada sobre el terreno, dominaba un pequeño estanque, donde aquí y allí se proyectaba la sombra verde de los tamarindos y nopales. El agua clara y sosegada dejaba ver como incrustados en una masa de cristal azulado, tan inmóviles estában, pescados plateados con escamas de púrpura, y otros de azul con escamas esmaltadas; todos sin movimiento en la superficie del agua donde reflejaba un rayo deslumbrador de sol, gozaban sintiéndose inundados de luz y de calor. Mil insectos, á manera de pedrerías vivientes con alas de fuego, se deslizaban, revoloteaban y zumbaban sobre la onda transparente, donde á una estraordinaria profundidad se reproducian los matices abigarrados de las hojas y de las flores acuáticas de la ribera.

Imposible es dar una idea de esa naturaleza pródiga, rica de colores, de perfumes, de sol, y que por decirlo asi servia de cuadro al jóven y brillante caballero que llegaba del fondo de la alameda.

Es Djalma.

Todavía no ha notado que el estrangulador le ha grabado en el brazo ciertos signos indelebles.

Su yegua jabanesa de mediana altura, vigorosa y ardiente, es negra como la noche. Un estrecho tapiz encarnado hace los oficios de silla. Para moderar los impetuosos botes de su yegua, Djalma se sirve de un pequeño bocado de acero, cuya brida y riendas, tejidas de seda escarlata, son tan leves como un hilo. Ninguno de esos admirables caballeros tan diestramente esculpidos en el friso del Parthenon aparece mas graciosa y gallardamente á caballo que el jóven indio cuyo hermoso rostro iluminado por el sol de Occidente, está radiante de serena felicidad; sus ojos brillan de alegria; por sus

---

como un fantasma sin hacer sonar ni el menor grano de arena: va enteramente desnudo, con el cuerpo untado de aceite, y un puñal colgado del pescuezo. Se acurrucará cerca de vuestra cama y con una sangre fria y una habilidad increibles doblará vuestras sábanas en pequeños dobleces al lado del cuerpo de la manera que ocupe el menor espacio posible; en seguida pasará al otro lado, hará unas ligeras y casi imperceptibles cosquillas al durmiente que parecerá haberlo magnetizado hasta que logre hacerlo retirar instintivamente, volverse y dejar detrás de sí la sábana plegada. Si por casualidad se despierta el europeo y quiere cojer al ladron, su cuerpo escurridizo se le va de entre las manos como una aguja, y si por desgracia logra abrazarlo y detenerlo ¡infeliz de él! porque el puñal que cuelga del cuello del asiático viene á clavarse en su corazon y á hacerle caer bañado en su sangre y muerto, en tanto que el asesino desaparece librándose de todos los que quieran oponerse á su fuga.

entreabiertos lábios aspira deliciosamente la brisa embalsamada de las flores y el olor de la arboleda, porque los árboles están húmedos todavia de la abundante lluvia que ha sucedido á la tempestad.

Un gorro encarnado, semejante al que llevan los griegos, colocado sobre los negros cabellos de Djalma, hace resaltar mas todavia el dorado color de su tez; su cuello está desnudo: viste su túnica de muselina blanca con anchas mangas, ajustada á la cintura con un ceñidor de escarlata; un ancho calzon blanco deja ver la mitad de sus piernas desnudas, leonadas y tersas; su contorno, de una pureza antigua, se dibuja sobre los costados de su yegua, que Djalma oprime lijeramente con su nervuda pierna. No lleva estribos; su pié pequeño y estrecho está calzado con sandalias de tafilete encarnado.

El tropel de sus pensamientos, ya impetuosos, ya sosegados, se espresaba, por decirlo asi, por el movimiento que imprimia á su caballo. Ora valiente, precipitado como la imaginacion que no conoce barreras; ora tranquilo, mesurado, como la reflecsion que sucede á las ilusiones insensatas.

En esta marcha gallarda sus menores movimientos revelaban una gracia independiente y algo salvaje.

Djalma, desposeido del territorio paterno por los ingleses, y encarcelado al principio por ellos, como prisionero de Estado, despues de la muerte de su padre, muerto con las armas en la mano (como Mr. Josué-Van-Dael habia escrito desde Batavia á Mr. Rodin), recobró á poco su libertad.

Abandonando en seguida la India continental, en compañia del general Simon, que no habia dejado los alrededores de la prision del hijo de su antiguo amigo el rey Radjá-Sing, el jóven indio ha venido á Batavia, lugar donde nació su madre, para recoger la modesta herencia de sus abuelos maternos.

En esa herencia, menospreciada ú olvidada durante tanto tiempo por su padre, se han encontrado papeles importantes y una medalla idéntica á la que llevaban Rosa y Blanca. Tan sorprendido como gozoso de este descubrimiento, que no solamente establecia un grado de parentesco entre su muger y la madre de Djalma, sino que ademas prometia á este último grandes ventajas para el porvenir, el general Simon, dejando á Djalma en Batavia para que arreglase algunos asuntos, marchó á la isla vecina de Sumatra, donde le habian dicho que podria encontrar un buque que directa y rápidamente le condujese á Europa; pues desde aquel momento era necesario que á toda costa el jóven indio estuviese en Paris el dia 13 de febrero de 1832. Si en efecto el general Simon encontraba un buque, que inmediatamente se diese á la vela para Europa, debia volver al momento en busca de Djalma, y este último, aguardando de un dia para otro la vuelta, marchaba por el camino de Batavia con la esperanza de ver llegar en el paquebot de Sumatra al padre de Rosa y Blanca.

Aqui consideramos necesarias algunas noticias acerca de la infancia y juventud del hijo de Radja-Sing.

Habiendo perdido desde muy niño á su madre, educado sencilla y rudamente, habia acompañado á su padre á esas grandes cacerías de tigres, que ofrecen tantos peligros como las batallas; apenas adolescente, le habia seguido á la guerra para defender su territorio..... ¡guerra dura y sangrienta!

Viviendo asi desde la muerte de su madre en medio de los bosques y montañas paternas, ó de combates incesantes, aquella naturaleza vigorosa y espontánea se habia conservado pura; jamás por nadie

el sobrenombre de *generoso*, con que se le designaba, fué mas merecido. En cual quier situacion se revelaba el príncipe, siendo muy de notar que durante su cautiverio habia impuesto, como un soberano, por su dignidad silenciosa, á sus carceleros ingleses. Jamás salia de su boca una observacion ni una queja; una tranquilidad altiva y melancólica fué su única defensa contra un tratamiento tan injusto como bárbaro, hasta que le pusieron en libertad.

Acostumbrado hasta entonces á la existencia patriarcal ó guerrera de las montañas de su pais, que habia trocado algu nos meses por la prision, Djalma no conocia la vida civilizada. Pero sin tener positivamente los defectos de sus cualidades, llevaba, sin embargo, sus consecuencias á un estremo: inflexiblemente tenaz en el cumplimiento de la fé jurada, dispuesto á sacrificar hasta su vida, ciegamente confiado, bondadoso hasta el completo olvido de sí mismo, no hubiera perdonado jamás al que se hubiese mostrado hácia él ingrato, engañoso ó pérfido. Finalmente, hubiera dado buena cuenta de la vida de un traidor ó perjuro, porque hubiera creido justo matarlo en el caso correspondiente de traicion ó de perjurio.

Era en una palabra el hombre de los sentimientos vigorosos y absolutos, y semejante personage en lucha con el temperamento, cálculos, falsías, engaños, astucias, restricciones y falsas apariencias de una sociedad tan refinada, por ejemplo, como la de Paris, seria indudablemente asunto de un curiosísimo estudio. Establecemos esta hipótesis; porque desde que se resolvió su viaje á Paris, Djalma solo tenia un pensamiento fijo, ardiente... *hallarse en Paris.*

En Paris.... en esa ciudad mágica, de la que, en la misma Asia, en ese pais, tambien mágico, se referian cosas tan maravillosas.

Lo que inflamaba la imaginacion vírgen y ardorosa del jóven indio eran las mugeres francesas... esas parisienses tan bellas, tan seductoras, maravillas de elegancia, gracia y encantos, que al decir de las gentes, eclipsaban las magníficencias de la capital del mundo civilizado.

En este momento mismo y en esa tarde espléndida y templada, rodeado de flores y perfumes deliciosos que aceleraban mas y mas los latidos de aquel corazon jóven y ardiente, Djalma pensaba en esas criaturas encantadoras, á las que se complacia en rodear de formas ideales. Parecíale divisar á la estremidad de la alameda, en medio del luminoso mar dorado, que los árboles rodeaban con sus copas de verdura, parecíale divisar pasando y repasando blancos y esbeltos sobre aquel fondo esmaltado, voluptuosos fantasmas, que con la sonrisa en la boca le arrojaban besos del estremo de sus rosados dedos. No pudiendo entonces contener ya las abrasadoras ilusiones que le agitaban hacia algunos minutos, llevado de una exaltacion estraña, y dando de repente algunos gritos de alegria varonil, profunda y de una sonoridad salvaje, hizo botar con loca enagenacion á su vigorosa yegua.

Un rayo de sol traspasando las bóvedas sombrias de la alamena lo iluminó entonces completamente.

Hacia algunos momentos que un hombre se adelantaba con rapidez por una senda que cortaba diagonalmente la alameda por donde venia Djalma.

Este hombre se detuvo un momento en la sombra contemplando á Djalma con admiracion.

Era, con efecto, encantador ver en medio de una brillante auréola de luz á ese jóven tan hermoso, tan enagenado... con su traje blanco y flotante, montado con tanta soltura sobre su valiente yegua negra, que cubria de espuma su brida en-

carnada, y cuya larga cola y crin espesa ondeaban al viento de la tarde. Mas por un contraste que sucede siempre á los deseos humanos, Djalma se sintió pronto acometido de una dulce é indefinible melancolía, llevando la mano á sus húmedos y entreabiertos ojos y dejando caer las riendas sobre el cuello de su dócil caballería.

Detúvose al momento esta; alargó su cuello de cisne y medio volvió la cabeza en direccion del personage que distinguia al través de la arboleda. Este hombre llamado Mahal, el contrabandista, estaba vestido sobre poco mas ó menos, como los marineros europeos: llevaba una especie de blusa de tela blanca, un ancho cinturon encarnado y un sombrero de paja muy chato. Su rostro era moreno y caracterizado, y aunque tuviese 40 años, no se le descubria indicio de barba.

Instantáneamente Mahal estuvo al lado del jóven indio.

—¿Sois el príncipe Djalma?... le dijo en muy mal francés, llevando respetuosamente la mano al sombrero.

—¿Qué quieres?... dijo el indio:

—¿Sois.... el hijo de Radja-Sing?

—De nuevo te pregunto ¿qué quieres?

—¿El amigo del general Simon?

—¡El general Simon!....... esclamó Djalma.

—¿Vais á su encuentro..... como vais todas las tardes desde que esperais su vuelta de Sumatra?

—Si.... pero ¿cómo sabes?.... dijo el indio mirando al contrabandista con tanta sorpresa como curiosidad.

—Hoy ó mañana debe desembarcar en Batavia.

—¿Vienes acaso de parte suya?...

—Puede, dijo Mahal, con aire de desconfianza. ¿Pero sois efectivamente el hijo de Radja-Sing?

—Te digo que soy yo.... ¿Dónde has visto al general Simon?

—Puesto que sois el hijo de Radja-Sing, replicó Mahal mirando siempre á Djalma con recelo, ¿cuál es vuestro sobrenombre?....

—Llamaban á mi padre, *el padre del generoso*, respondió el jóven indio, y una nube de tristeza cruzó por sus bellas facciones.

Estas palabras convencieron algun tanto á Mahal de la identidad de Djalma; pero queriendo sin duda cerciorarse mas, repuso:

—Habeis debido recibir hace dos dias una carta del general Simon... escrita en Sumatra.

—Si..... ¿pero á qué vienen esas preguntas?

—Para asegurarme bien de que sois el hijo de Radja-Sing... y ejecutar las órdenes que he recibido...

—¿De quién?...

—Del general Simon...

—¿Pero dónde está?

—Cuando me haya cerciorado de que sois el príncipe Djalma, os lo diré; es cierto que me han dicho que ibais montado en una yegua negra con bridas encarnadas... per ...

—¡Por vida mia!... ¿hablarás?...

—Os lo diré todo..... si podeis decirme cuál era el papel impreso que contenia la última carta que el general Simon os ha escrito desde Sumatra.

—Era un fragmento de un periódico francés.

—¿Y ese periódico anunciaba al general una noticia buena ó mala?

—Una noticia buena, porque decia que durante su ausencia se le habia reconocido el último título y grado que debia al emperador, lo cual se habia hecho tambien con sus otros hermanos de armas, desterrados como él.

—Veo bien que sois el príncipe Djalma, dijo el contrabandista después de un momento de reflexion; puedo hablar... el general Simon ha desembarcado esta noche en Java... pero en un paraje desierto de la costa...

—¿En un paraje desierto?...

—Porque es necesario que se oculte...

—¡El!... esclamó Djalma sorprendido; ocultarse... ¿y por qué?

—No lo sé.

—Pero ¿dónde está? preguntó Djalma con el rostro alterado é inquieto.

—A tres leguas de aquí..... cerca de la orilla del mar... de las ruinas de Tchandi...

—Obligado á ocultarse él....... repitió Djalma, y su fisonomía espresó una pena y una angustia crecientes.

—No lo sé á punto fijo, pero creo que se trata de un desafio que ha tenido en Sumatra... dijo misteriosamente el contrabandista.

—¡Un desafio!... ¿y con quién?

—Lo ignoro, no estoy seguro; ¿pero conoceis las ruinas de Tchandi?

—Sí.

—El general os espera allí, y me ha mandado que os lo diga.

—¿Luego tú has venido con él de Sumatra?

—Yo era el piloto del falucho contrabandista que lo ha echado esta noche en una playa desierta. Sabia que veníais diariamente á esperarlo en el camino del muelle y estaba seguro de que os encontraria..... me ha dado acerca de la carta que habeis recibido de él los pormenores que os he manifestado, con objeto de probaros que venia de su parte; si hubiese podido escribbiros lo hubiera hecho.

—¿Y no te ha dicho por qué se veía obligado á ocultarse?

—No me ha dicho nada... por algunas palabras he sospechado lo que os he dicho... un desafio...

Conociendo el valor y la viveza del general Simon, Djalma creyó harto fundadas las sespechas del contrabandista. Despues de un momento de silencio le dijo:

—¿Podrás encargarte de llevar mi caballo?..... mi casa está fuera del pueblo, allá abajo, escondida entre los árboles al lado de la mezquita nueva..... mi caballo me incomodaria mas bien para subir la montaña de Tchandi; iré mucho mas pronto á pié...

—Sé donde vivís; el general Simon me lo ha dicho... y si no os hubiera encontrado aquí hubiera ido á buscaros á vuestra casa... dadme, pues, vuestro caballo...

Djalma se apeó lijeramente, tiró las riendas á Mahal, desató el estremo de su cinturon, y tomando su bolsillo de seda lo entregó al contrabandista diciéndole:

—Has sido fiel y obediente... toma. Es poco... pero no tengo mas.

—Con razon llamaban á Radja-Sing el *padre del generoso*, dijo el contrabandista inclinándose con respeto y gratitud, tomando en seguida el camino de Batavia y conduciendo la yegua de Djalma; mientras que el jóven indio penetró en la arboleda, y marchando precipitadamente se dirigió hácia la montaña donde estaban las ruinas de Tchandi, á donde no podia llegar ya sino denoche.

IV.

MR. JOSUÉ VAN-DAEL.

Mr. Josué Van-Dael, negociante holandés, corresponsal de Mr. Rodin, habia nacido en Batavia (capital de la isla de Java). Sus padres le enviaron á educarse á Pondichery en un célebre convento, establecido hacia mucho tiempo en aquella ciudad y perteneciente á la compañía de Jesus. Allí se habia afiliado en la congregacion como *profeso de los tres votos*, ó miembro lego, llamado vulgarmente *coadyutor temporal*.

Mr. Josué era un hombre cuya probidad pasaba por proverbial, de rigurosa exactitud en los negocios, frio, discreto, reservado, de una habilidad y una sagacidad notables; sus operaciones mercantiles eran casi siempre afortunadas, porque un poder protector le daba siempre conocimiento oportuno de los acontecimientos que podian influir ventajosamente en sus transacciones comerciales. El convento de Pondichery estaba interesado en sus negocios, y le encargaba la esportacion y el canje de los productos de algunas vastas haciendas que poseia en esta colonia.

Hablando poco, escuchando mucho, sin discutir jamas, con una política estremada, y dando poco, pero con buena eleccion y á propósito, Mr. Josué inspiraba, si no simpatía, ese frío respeto á que siempre se hacen acreedoras las personas rigoristas; porque en lugar de sufrir la influencia de las costumbres de las colonias, por lo regular libres y disolutas, parecia vivir con gran regularidad y su aspecto tenia una austeridad que imponía.

Ocurria la escena siguiente en Batavia mientras que Djalma se dirijia á las ruinas de Tchandi con la esperanza de encontrar allí al general Simon.

Mr. Josué acababa de retirarse á su gabinete en el que se veian varios legajos con carpetas de carton y grandes libros de caja abiertos sobre los pupitres.

La sola ventana de este gabinete, que daba á un patio pequeño y desierto, estaba fuertemente enrejada por la parte esterior, reemplazando una persiana movible los cristales de la ventana, á causa de lo caluroso del clima de Java.

Mr. Josué, despues de colocar sobre su mesa de despacho una bugía encerrada en un vidrio, miró el reloj...

—Las nueve y media...., Mahal debe llegar pronto.

Diciendo esto, salió, atravesó una antesala, abrió otra puerta muy gruesa clavada con grandes clavos á la holandesa, saliendo al patio con precaucion, á fin de que los criados de la casa no le oyesen, y corriendo el cerrojo secreto que cerraba la puerta de una gran barrera de seis pies de alto formidablemente armada con puas de hierro.

En seguida, dejando esta salida abierta, volvió á su gabinete despues de haber cerrado sucesivamente y con el mayor cuidado todas las demas puertas.

Sentóse Mr. Josué delante de una mesa de despacho, tomó del fondo secreto de un cajon una larga carta, ó mas bien una memoria empezada hacia tiempo y escrita dia por dia. (Inútil es decir que la carta dirijida á Mr. Rodin, calle *Milieu des Ursins* en Paris, era anterior á la libertad de Djalma y á su llegada á Batavia.)

La memoria de que se trata, iba tambien dirijida á Mr. Rodin, y Mr. Josué continuó escribiendo en ella de esta manera:

« Temiendo la vuelta del general Simon,
« de la que me he enterado interceptando sus cartas (ya os he dicho
« que habia conseguido que me elijiera
« por corresponsal), cartas que leia y que
« remitía *intactas* á Djalma, me he visto
« obligado por el tiempo y las circunstan-
« cias á recurrir á medios estremos, aun-
« que siempre salvando completamente
« las apariencias, y haciendo un señalado
« servicio á la humanidad: este último
« argumento me decidió especialmente.

« Ademas, un nuevo peligro fijaba im-
« periosamente mi conducta.

« El vapor *Ruyter* entró ayer en este
« puerto, y saldrá mañana.

« Este buque hace su viage á Europa
« por el golfo arábigo; los pasageros de-
« sembarcan en el istmo de Suez; lo atra-

«vesarán, y tomarán en Alejandria otro «buque que los conduzca á Francia.

«Este viaje, tan rápido como directo, «es de siete á ocho semanas; estamos á «fines de octubre, y por lo tanto, el prín«cipe Djalma podria estar en Francia á «principios de enero; y segun vuestras «órdenes, cuyo motivo ignoro, pero que «ejecuto con celo y sumision, era preci«so impedir á toda costa este viage; por «que segun decis, uno de los mas graves «intereses de la *sociedad* se veria compro«metido con la llegada de este jóven indio «á Paris antes del mes de abril.

«Si logro, como espero, hacerle per«der la ocasion del *Ruyter*, le será ma«terialmente imposible llegar á Francia «antes del mes de abril, porque este bu«que es el único que hace la travesía di«rectamente; los demas tardan cuatro ó «cinco meses en llegar á Europa.

«Antes de hablaros del medio de que «he debido valerme para detener aqui al «príncipe Djalma, medio cuyo buen ó mal «resultado ignoro aun, es necesario po«neros al corriente de ciertos hechos.

«Acaba de descubrirse en la India in«glesa una hermandad cuyos miembros se «intitulan *Hermanos de la Buena Obra*, ó «*Phansegars*, lo cual quiere decir simple«mente *Estranguladores*: estos asesinos «no derraman sangre sino que ahogan á «sus víctimas, no con objeto de robarlas, «sino con el de obedecer á una homicida «vocacion y á las leyes de una infernal «divinidad que ellos llaman *Bhowanie*.»

«No puedo daros mejor idea de esta «horrible secta que copiar algunas lineas «del prólogo del informe del coronel Slee«man, que ha perseguido esta tenebrosa «asociacion con un celo infatigable. Es«te informe ha sido publicado hace dos «meses.

«Hé aqui un estracto, dice el coronel... «*Durante los años trascurridos de* 1822 «*á* 1824, *estando yo encargado de la ma«gistratura y de la administracion civil del «distrito de Nersigpour no se cometia un «solo asesinato ni el mas pequeño robo por «un bandido ordinario sin que yo tuviese «inmediatamente conocimiento del hecho; «pero si en esta época hubiera venido al«guien á decirme que una cuadrilla de ase«sinos de profesion hereditaria vivia en el «pueblo de* Kundelie, *á cuatrocientos me«tros á lo mas de mi tribunal, que los ad«mirables bosques de la aldea de Munde«soor, á una jornada de mi residencia, «eran unos espantosos sitios donde se come«tian los asesinatos de toda la India; que «numerosas bandas de hermanos de la Bue«na obra que venian del Indostan y de De«ken se daban anualmente cita bajo esta «sombra, como para celebrar fiestas solem«nes, para ejercitar su espantosa vocacion «en todos los caminos que cruzan este sitio, «hubiera tenido á este indio por un loco cu«ya imaginacion habian asustado con cuen«tos; y sin embargo era una verdad: cen«tenares de viajeros eran enterrados todos «los años en los bosques de Mundesoor; una «tribu entera de asesinos vivia á mis inme«diaciones durante el tiempo que ejercí en «la provincia la suprema magistratura, y «estendia sus devastaciones hasta las ciuda«des de Poonah y de Hyderabab; jamás «olvidaré que para convencerme uno de los «gefes de estos Estranguladores, que fué su «denunciador, hizo desenterrar en el mis«mo sitio donde estaba mi tienda trece ca«dáveres, y ofreció sacar un número ilimi«tado de los alrededores del terreno que el «ocupaba* (2).

«Estas lacónicas palabras del coronel «Sleeman os darán una idea de esta ter«rible sociedad que tiene sus leyes, sus

(2) Este informe está sacado de la escelente obra del señor conde Eduardo de Warren sobre la India inglesa publicada en 1831.

« deberes y sus usos en oposicion con to-
« das las leyes divinas y humanas. Liga-
« dos y celosos mútuamente hasta el he-
« roismo, obedeciendo ciegamente á sus
« gefes que pretenden ser los representan
« tes inmediatos de su lúgubre divinidad,
« considerando como enemigos á todos los
« que no pertenecen á su cofradía, reclu-
« tándose en todas partes por medio de un
» espantoso proselitismo, estos apóstoles
« de una religion de homicidio iban pre-
« dicando subrepticiamente sus abomina-
« bles doctrinas y cubrian la India de sus
« innumerables secuaces.

« Tres de sus principales gefes y uno
« de sus adeptos, huyendo de la persecu-
« cion del gobernador inglés y despues de
« haber logrado sustraerse á ella, llega-
« ron al estremo septentrional de la India
« hasta el estrecho de Malaka, situado á
« corta distancia de nuestra isla; un con-
« trabandista, que tiene algo de pirata,
« asociado á su hermandad y llamado
« *Mahal*, los ha tomado á bordo de su
« barco costero y los ha trasportado aquí,
« donde se creen por algun tiempo segu-
« ros, porque siguiendo los consejos del
« contrabandista, se han refugiado en una
« espesa selva donde hay muchas minas
« de templos y cuyos numerosos subter-
« ráneos les ofrecen un asilo.

« Entre estos gefes, todos tres de una
« notable inteligencia, hay principalmente
« uno llamado Faringhea dotado de es-
« traordinaria energía y de eminentes cua-
« lidades que le constituyen en uno de los
« hombres mas temibles; este que es mes-
« tizo, es decir, hijo de un blanco y de
« una india, ha vivido mucho tiempo en
« las ciudades donde están las factorías
« europeas y habla perfectamente el fran-
« cés y el inglés; los demás gefes son el
« uno negro y el otro indio; el adepto es
« un malayo.

« El contrabandista Mahal, pensando
« que podia lograr una buena recompensa
« entregándolo á estos tres gefes y á su adep-
« to, ha venido á presentárseme, sabien-
« do como todo el mundo mi estrecha re-
« lacion con una persona que tiene la ma-
« yor influencia con nuestro gobernador;
« me ha prometido hace dos dias, bajo
« ciertas condiciones, entregarme el ne-
« gro, el mestizo, el indio y el malayo...
« Estas condiciones son una suma bastan-
« te considerable y la seguridad de un pa-
« saje en un buque que salga para Euro-
« pa ó América, con el fin de sustraerse á
« la implacable venganza de los Estrangu-
« ladores.

« He aprovechado solicitamente esta
« ocasion para entregar estos tres asesinos
« á la justicia humana, y he prometido á
« Mahal mediar con el gobernador, igual-
« mente bajo ciertas condiciones muy ino-
« centes en sí y relativas á Djalma... Daré
« esplicaciones mucho mas ámplias, si mi
« proyecto se realiza; lo cual voy á saber
« al instante porque Mahal está para lle-
« gar aquí de un momento á otro. Mién-
« tras cierro las cartas que saldrán maña-
« na para Europa por el *Ruyter* en el que
« he pagado el pasaje del contrabandista
« Mahal, en el caso de que salga bien de
« su empresa, abro un paréntesis relativo
« á un negocio de bastante importancia.

« En mi última carta, en la que os anun-
« ciaba la muerte del padre de Djalma y
« la prision de este por los ingleses, pedia
« noticias sobre la solvencia del baron Tri-
« peaud, banquero y fabricante en Paris
« que tiene en Calcuta una hijuela de su
« casa. Estos informes serian ya inútiles
« si lo que se me acaba de decir fuese des-
« graciadamente cierto; vos obraréis se-
« gun las circunstancias.

« Su casa de Calcuta nos debe sumas
« muy considerables á mí y á nuestro co-
« legio de Pondichery, y se dice que ha-

«biendo querido M. Tripeaud, á pesar del «atraso de sus negocios, establecer una «casa para arruinar mediante una com-«petencia implacable un inmenso esta-«blecimiento fundado hace mucho tiem-«po por M. Francisco Hardy, fabricante «de consideracion, ha sepultado y perdi-«do grandes capitales en esta empresa; «que sin duda ha perjudicado mucho á «M. Hardy, pero que al mismo tiempo «ha comprometido su fortuna; si llega á «quebrar, el rechazo de su desastre nos «seria muy funesto, pues debe mucho di«nero, tanto á los nuestros como á mí.

«En esta situacion seria de desear que «por los poderosos medios de que pode-«mos disponer, se llegase á desacreditar «y arruinar enteramente la casa de M. «Hardy, desquiciada ya algun tanto con «la encarnizada competencia de M. Tri-«peaud: si semejante combinacion llegase «á tener buenos resultados, este se re-«pondria en poco tiempo de todo lo que «ha perdido, y la ruina de su rival ase-«guraria la prosperidad de Tripeaud, y «nuestros créditos serian satisfechos.

«Sin duda alguna seria sensible y dolo-«roso verse obligado á recurrir á este es-«tremo para efectuar el reembolso de «nuestros fondos, pero en esta época ¿no «está uno autorizado algunas veces para «valerse de las armas que continuamente «se emplean contra nosotros? Si la injus-«ticia y la maldad de los hombres nos re-«ducen á esto, es menester resignarse, «pensando que si tenemos interés en con-«servar estos bienes terrestres, es solo con «la intencion de glorificar mas á Dios, «mientras que en manos de nuestros ene-«migos solo servirian de peligrosos medios «de perdicion y escándalo.

«Por lo demas esto no pasa de una hu-«milde proposicion que os someto, y aun «cuando tuviese la posibilidad de tomar «la iniciativa relativamente á estos cré-«ditos, no haria nada por mi mismo;... «yo no tengo voluntad propia... pues del «mismo modo que todo cuanto poseo, «pertenece á las personas á quienes he «jurado una ciega obediencia.

Un lijero ruido esterior interrumpió y llamó la atencion de M. Josué.

Levantóse precipitadamente y se dirigió en derechura á la ventana.

Por la parte de afuera dieron tres golpecitos en una de las hojas de la persiana.

—¿Sois vos, Mahal? preguntó M. Josué en boz baja.

—Si, yo soy, respondieron tambien en voz baja desde afuera.

—¿Y el malayo?

—Ha salido con su empresa.

—¡De veras! esclamó M. Josué con acento profundamente satisfecho... ¿Estais seguro de ello?

—Segurísimo: no hay demonio alguno que sea mas diestro ni mas intrépido.

—¿Y Djalma?

—Los pormenores que le he citado de la carta del general Simon le han convencido de que yo venia de su parte, y de que le encontraria en las ruinas de Tchandi.

—De modo que, á estas horas....

—Djalma está en las ruinas, en donde encontrará al negro, al mestizo y al indio. Alli es donde han citado al malayo que ha marcado al príncipe mientras dormia.

—¿Habeis ido á reconocer el paso subterráneo?

—Ayer estuve... una de las piedras del pedestal de la estatua gira sobre si misma.... La escalera es ancha.... será suficiente.

—¿Y los tres gefes no han sospechado nada?

—Nada... Esta mañana los ví... y esta noche vendrá el malayo á informarme de todo antes de ir á reunirse con ellos en las ruinas de Tchandi, porque se ha quedado oculto en la maleza, no atreviéndose á salir durante el dia.

—Mahal.... si lo que decís es verdad, si todo sale bien, teneis asegurado el perdon y una buena recompensa... Ya está pagado vuestro pasaje en el *Ruyter*, y marchareis mañana... de este modo quedareis á cubierto de la venganza de los Estranguladores, que os perseguirian hasta aqui mismo para vengar la muerte de sus gefes, puesto que la Providencia os ha escojido paga entregar á la justicia estos tres criminales... Dios os bendecirá... Id á esperarme á la puerta de la casa del gobernador... yo os presentaré; se trata de cosas tan importantes, que no tengo la menor dificultad en ir á dispertarle á media noche... Id pronto.... voy á seguiros al instante.

Oyéronse poco despues por la parte de afuera los precipitados pasos de Mahal, que se alejaba y la casa volvió á quedar en un profundo silencio.

M. Josué volvió á su bufete, y añadió apresuradamente á la memoría interrumpida las siguientes palabras:

—« De todos modos es ya imposible que « Djalma salga de Batavia.... Tranquili- « zaos, no estará en Paris para el 13 de « febrero del año próximo....

« Como yo habia previsto, voy á estar « en un pié toda la noche; salgo corrien- « do para la casa del gobernador, y ma- « ñana añadiré algunas palabras á esta « larga memoria que el *Ruyter* llevará á « Europa ».

Mr. Josué, despues de haber cerrado su bufete, llamó precipitadamente, y con gran admiracion de los criados de su casa, sorprendidos de verle salir en medio de la noche se encaminó con diligencia hácia la residencia del gobernador de la isla.

Ahora vamos á conducir al lector á las ruinas de Tchandi.

V.

LAS RUINAS DE TCHANDI.

A la borrasca del medio dia cuyos anuncios habian favorecido tanto los designios del estrangulador contra Djalma, siguió una noche tranquila y serena.

El disco de la luna se elevaba lentamente detrás de una masa de imponentes ruinas, situadas sobre una loma, en medio de un áspero bosque casi á tres leguas de Batavia.

Espaciosos sillares, elevadas paredes de ladrillos carcomidos por el tiempo, inmensos pórticos llenos de verde, ostentan vigorosamente su forma al través de la plateada luz combinada en el horizonte con el refulgente azul del cielo.

Algunos rayos de luna, introduciéndose por las aberturas de uno de los pórticos, iluminan dos estátuas colosales colocadas al pié de una inmensa escalera; cuyos dislocados peldaños desaparecen casi enteramente enteramente entre la yerba, el musgo y la maleza.

Sobre el suelo yacen algunos restos de una de estas estátuas quebrada por medio; y la otra, que permanece intacta sobre su pedestal, es de un aspecto pavoroso....

Representa un hombre de gigantescas proporciones; la cabeza tiene tres piés de alto y su espresion es feroz: sobre su pardo rostro se ven dos pupilas de esquisito y brillante negro; su grande y profunda boca está desmesuradamente abierta, y los reptiles han formado sus nidos en sus labios de piedra; al reflejo de la luna se distinguia en ellos un asqueroso hormiguero....

Un espacioso cinturon cargado de adornos simbólicos rodea el cuerpo de esta estatua y sostiene á su derecha una larga espada: este gigante tiene cuatro brazos estendidos, y con sus cuatro enormes manos sostiene la cabeza de un elefante, de una serpiente enroscada, de un cráneo humano y de un pájaro parecido á una garza real.

La luna reflejando sobre el costado de la estátua, la delinea con una viva luz que aumenta mucho mas su feroz y estraño aspecto.

Yacen esparcidos, y embocados en paredes de ladrillos algunos fragmentos de bajos relieves igualmente de piedra profundamente escavados; el mejor conservado representa un hombre con cabeza de elefante, con alas de murciélago y devorando á un niño.

Nada mas siniestro que estas ruinas entre los grupos de verdes y frondosos árboles, llenas de terribles emblémas que se perciben al reflejo de la luna en medio del silencio profundo de la noche.

A una de las paredes de este antiguo templo, dedicado á alguna misteriosa y sangrienta divinidad, está arrimada una grosera choza construida de resquicios de piedras y ladrillos; la puerta formada de juncos, está abierta y da salida á un rojizo reflejo que esparce su ardiente luz sobre las crecidas yerbas que cubren la tierra....

En esta casucha, que ilumina una lámpara de barro donde arde una mecha de fibras de coco hay tres hombres reunidos.

El primero de estos tres hombres, que representa unos cuarenta años, está pobremente vestido á la europea; su blanco y casi pálido color anuncia que pertenece á la casta mestiza; es hijo de un blanco y de una india.

El segundo es un robusto negro africano de gruesos labios, vigorosas espaldas y delgadas piernas; sus crespos cabellos empiezan á encanecer; cubierto de andrajos, está de pié junto al indio.

El tercer personaje yace dormido en un rincon de la choza sobre una estera de junco.

Todos tres eran gefes de estranguladores; perseguidos en la India continental, habian venido á buscar un asilo en Java, conducidos por el contrabandista Mahal.

—El malayo tarda mucho, dijo el llamado Faringhea, el gefe mas audaz de esta homicida secta; acaso Djalma le habrá muerto al ejecutar nuestras órdenes.

—La tormenta de esta mañana ha hecho salir de la tierra á todos los reptiles, repuso el negro, tal vez hayan mordido al malayo..... y á esta hora su cuerpo será un nido de serpientes.

—Para servir bien á la *Buena Obra* es preciso saber arrostrar la muerte, saltó Faringhea con un aire sombrío.

—Y darla..... añadió el negro.

Un ahogado grito seguido de algunas palabras inarticuladas llamó la atencion de estos dos hombres, que volvieron de pronto la cabeza hácia el personaje dormido.

Este último tenia, lo mas, treinta años; su imberbe cara de un amarillo de cobre, su tosca túnica de tela, su pequeño turbante listado de caña y de oscuro, anuncian que pertenece á una raza india; su sueño parece agitado y penoso, un sudor abundante cubre sus facciones contraidas por el terror; habla, soñando, con voz cortada y breve, acompañada de algunos movimientos convulsivos.

—¡Siempre el mismo sueño! dijo Faringhea al negro; ¡siempre el recuerdo de aquel hombre!

—¿Qué hombre?

—¿No te acuerdas que el feroz coronel Kennedy... verdugo de los indios... vino cinco años hace, á las riberas del Ganges con veinte caballos, cuatro elefantes y cincuenta criados á caza de tigres?

—Sí..... sí..... dijo el negro, nosotros tres, cazadores de hombres, hicimos solos una cacería mejor que la suya; Kennedy con sus caballos, sus elefantes y sus numerosos criados no pudo cojer un solo tigre... y nosotros cogimos el nuestro añadió con siniestra ironía. Sí, Kennedy, ese

tigre con rostro humano cayó en nuestra emboscada, y los hermanos de la *Buena Obra* han ofrecido esta escelente presa á su diosa *Bohwanie.*

—¿Te acuerdas que en el momento en que acabábamos de apretar nuestro lazo, por la última vez, al cuello de Keñnedy, fué cuando percibimos de pronto al viajero? Como nos vió, fué preciso deshacerse de él. Desde entonces, añadió Faringhea, el recuerdo de este homicidio le persigue en sueños..... y señaló al indio dormido.

—Y tambien dispierto, dijo el negro mirando á Faringhea con aire significativo.

—Escucha, repuso este señalando al indio que en la agitacion de su sueño empezaba á hablar otra vez con voz cortada; escucha, escucha como repite las respuestas del viajero cuando le propusimos morir ó servir con nosotros á la *Buena Obra.* ¡Su imaginacion esta herida!..... ¡siempre herida!

Efectivamente, el indio pronunciaba en alta voz una especie de interrogatorio misterioso, haciéndose á si mismo y sucesivamente las preguntas y respuestas.

—Viajero, decia con acento cortado por repentinos silencios. ¿qué significa esa raya negra que tiénes sobre la frente? Se estiende de una á otra sien..... es una marca fatal; tus miradas son tristes como la muerte... ¿Eres una victima? ven con nosotros..... Bohwanie venga á las víctimas. ¿Has padecido? —*Sí, mucho.*— ¿Cuánto tiempo hace? —*Mucho.*— ¿Y padeces aun? —*Siempre.* —¿Qué reservas al que te ha hecho desgraciado? — *La compasion.* —¿Quiéres pagar en la misma moneda? —*Lo que quiero es pagar el odio con el amor.* —¿Quién eres pues tú, que das el bien por el mal? —*Soy quien ama, sufre y perdona.*

—Hermano..... ¿oyes? dijo el negro á Faringhea; no ha olvidado las palabras que pronunció el viajero antes de morir.

—La vision le persigue... Escucha..... todavia está hablando... ¡Qué pálido está!

Efectivamente, el indio perseguido siempre por su sueño, continuó:

—Viajero..... somos tres, y valerosos, tenemos la muerte en nuestras manos, y tú no has visto hacer sacrificios á la *Buena Obra.* O entra en nuestra hermandad... ó muere..... muere . . ¡Oh! ¡qué mirada!... no me mires asi.....

Al decir estas últimas palabras, el indio hizo un movimiento repentino, como queriendo alejar un objeto que se le acercaba, y en seguida se dispertó sobresaltado.

Pasándose entonces la mano por su frente bañada de sudor... miró alrededor de sí con ojos espantados:

—Hermano..... siempre el mismo sueño..... le dijo Faringhea: te has dejado trastornar la cabeza por un atrevido cazador..... Felizmente tu corazon y tu brazo son fuertes.....

El indio permaneció un momento silencioso con la frente entre las manos, y en seguida dijo:

—Hace mucho tiempo... que no habia soñado con este viajero.

—¿No le has muerto? dijo Faringhea encojiéndose de hombros; ¿no le echaste tu mismo el lazo al rededor del cuello?

—Si, dijo el indio sobresaltándose.

—¿No hemos hecho su sepultura al lado de la del coronel Kennedy? ¿No le hemos enterrado, como al verdugo inglés, bajo la arena y los juncos? dijo el negro.

—Si, hemos hecho su sepultura... repuso el indio estremeciéndose; y sin embargo hace un año que estaba yo una noche cerca de la puerta de Bombay.... esperando á uno de nuestros hermanos. El sol iba á ponerse detras de la pagoda que está en la pequeña colina; desde aqui lo estoy viendo; sentado bajo una higuera... oí pasos lentos, tranquilos y firmes,

volví la cabeza... era él... que salia de la ciudad.

—¡Eso es una vision! dijo el negro; ¡siempre la misma vision!

—Vision ó vaga semejanza, repuso Faringhea.

—Le reconocí por la señal negra de la frente; era él; permanecí estático de espanto.... con los ojos desencajados: detúvose mirándome con tristeza y sosiego... contra mi voluntad, grité: ¡Es él!—*Yo soy*, respondió con dulce voz, *ya ves que todos los que tú has muerto resucitan como yo.* Y en esto señaló al cielo. *¿Qué objeto tienes en matar? Escucha... vengo de Java: voy al otro estremo del mundo... á un pais cubierto de eternas nieves... allí ó aquí, sobre una tierra ardiente lo mismo que sobre otra helada, seré siempre el mismo. Otro tanto sucede con el alma de los que sucumben á tu lazo, en este mundo ó arriba.... en este cuerpo ó en otro.... el alma será simpre alma, tú no puedes herirla... ¿á qué viene matar?...* Y meneando tristemente la cabeza.... pasó.... marchando siempre con lentitud... y con la frente inclinada... subió la colina de la pagoda.

Yo le seguí con la vista sin poder menearme; en el momento en que se puso el sol, se detuvo en la cima; su elevada estatura se preprodujo en el cielo y desapareció... ¡Oh! ¡era él!... añadió el indio temblando, y al cabo de un largo silencio... ¡Era él!

La relacion del indio no habia variado jamas; porque muchas veces habia hablado á sus compañeros de esta misteriosa aventura. Semejante persistencia de su parte concluyó por alterar su incredulidad ó mas bien por hacerles buscar una causa natural á este acontecimiento sobrehumano en apariencia.

—Puede ser, repuso Faringhea despues de haber reflecsionado un momento, que el nudo que apretaba el cuello del viagero se haya detenido y que este haya conservado un soplo de vida; el aire habrá penetrado por los juncos que echamos en su sepultura, y habrá recobrado la vida.

—No, no, dijo el indio meneando la cabeza. Este hombre no pertenece á nuestra raza.

—Esplícate.

—Ahora sé...

—¿Qué es lo que sabes?

—Escuchad, dijo el indio con voz solemne: el número de víctimas sacrificadas por los hijos de Bohwanie desde el principio de los siglos no es nada en comparacion de los inmensos muertos y moribundos que deja tras de sí en su marcha homicida ese terrible viajero.

—¿Ese? esclamaron el negro y Faringhea.

—Ese, repitió el indio con un acento de conviccion que chocó á sus compañeros... Escuchad aun y temblad. Cuando encontré á este viajero en las puertas de Bombay... venia de Java, y se dirijía hácia el norte... segun me dijo. Al dia siguiente Bombay fué asolado por el cólera... y algun tiempo despues se supo que esta plaga habia caido aquí... sobre Java.

—Es verdad, dijo el negro.

—Escuchad aun, repuso el indio... Voy hácia el norte.... á un pais cubierto de nieves eternas, me dijo el viajero... El cólera se dirijió tambien hácia el norte... pasó por Mascate, Ispahan, Tauris... Tiflis... y cayó en Siberia.

—Tiene razon, dijo Faringhea quedándose pensativo.

—Y el cólera... repuso el indio, solo andaba cinco leguas al dia... la jornada de un hombre... Jamas aparecía al mismo tiempo en dos sitios... sino que adelantaba siempre igual y lentamente... como la jornada de un hombre...

Al oir tan estraña coincidencia, los dos compañeros del indio se miraron espantados...

Al cabo de algunos minutos de silencio, el negro asustado, dijo al indio:

—¿Y crees que ese hombre?...

—Creo que este hombre que hemos matado, y que alguna infernal divinidad volvió á la vida, recibió de esta la mision de pasear sobre la tierra esta terrible plaga.... y de esparcir por todas partes la muerte... de la que está libre... Acordaos añadió el indio con sombria ecsaltacion, acordaos que este terrible viajero pasó por Java... y el cólera devastó á Java... que este viajero pasó por Bombay, y que el célera asoló á Bombay... que prosiguió hácia el norte... y que el cólera diezmó el norte...

Y al decir esto el indio cayó en profunda meditacion.

El negro y Faringhea quedaron sumidos en una sombría admiracion.

El indio tenia razon en cuanto á la marcha misteriosa (no esplicada hasta el dia) de esta espantosa plaga, que como es sabido, no anduvo jamás sino cinco ó seis leguas diarias y sin que nunca apareciese simultáneamente en dos sitios diferentes.

En efecto, no hay cosa mas estraña que observar en lo mapas de esta época el paso lento y progresivo de esta viajera plaga que presenta á la vista admirada todos los caprichos é incidentes de la marcha de un hombre.

Pasando por un sitio con preferencia á otro.......eligiendo las provincias en un pais... las ciudades en aquellas... un barrio... una casa en una calle... teniendo aun sus sitios de reposo y de descanso, continuaba en seguida su lenta, terrible y misteriosa marcha.

Las palabras del indio, al mismo tiempo que hacian resaltar estos singulares y espantosos caprichos, debian impresionar vivamente al negro y á Faringhea, naturalezas fereces á las que espantosas doctrinas habian infundido la monomanía del homicidio.

Sí, porque (y esto es un hecho probado) en la India han existido los sectarios de esta abominable hermandad, gentes que generalmente mataban sin motivo y sin pasion...solo por matar... por el placer de asesinar... para sustituir la muerte á la vida... para hacer de un *vivo* un *cadáver*... segun lo han declarado en uno de sus interrogatorios...

La imaginacion se confunde queriendo penetrar la causa de estos monstruosos fenómenos... ¿Por qué increible sucesion de acontecimientos se han dedicado los hombres á este sacerdocio de muerte?

Sin duda alguna semejante religion solo puede *florecer* en paises condenados como la India á una atroz esclavitud y á la mas implacable esplotacion del hombre por el hombre...

Semejante culto... ¿no es el odio de la humanidad exasperada por la opresion hasta su último grado? Tal vez esta secta homicida cuyo orígen se pierde en la oscuridad de los tiempos, se haya perpetuado hasta el dia en esas regiones como la única y posible protesta de la esclavitud contra el despotismo. Acaso, y al fin, Dios en sus impenetrables designios ha criado á los Phansegares como ha criado á los tigres, á las serpientes...

Lo mas notable aun en esta siniestra congregacion es el estrecho y misterioso lazo que uniendo entre sí á sus miembros los aisla de los demas hombres; porque tienen sus leyes y costumbres peculiares, se sostienen, se defienden y se ayudan mutuamente... y para ellos no hay pais, ni familia... solo proceden de un sombrio é invisible poder á cuyos decretos obedecen con ciega sumision, y en cuyo nombre se esparcen por todas partes, con el

objeto de *hacer cadáveres*, segun una de sus feroces espresiones... (1)

. . . .

Los estranguladores quedaron en profundo silencio durante algunos momentos.

La luna segnia proyectando su inmensa y blanca luz y las azuladas y espaciosas sombras sobre la imponente masa de ruinas: las estrellas brillaban en el firmamento; de cuando en cuando una ligera brisa hacia resonar las espesas y barnizadas hojas de los plátanos y de los palmeros.

El pedestal de la gigantesca estátua, que enteramente intacta se elevaba á la izquierda del pórtico, estaba sostenido sobre espaciosas losas medio enterradas en la maleza.

Repentinamente una de estas pareció hundirse.

---

(1) Hé aquí algunos pasajes de la interesantísima obra del señor conde de Warren sobre la India inglesa en 1831:

«Ademas de los ladrones que matan por el botin que esperan obtener de los viajeros, hay otra clase de asesinos organizados en sociedad, con sus gefes, una ciencia, fracmasonería y aun una religion que tiene su fanatismo y su celo, sus agentes, sus emisarios, sus colaboradores, sus tropas y sus afiliados pasivos que contribuyen con sus caudales á la *buena obra*. Esta es la hermandad de los Thugs ó Phansegars, (engañadores ó estranguladores, de la palabra *thugna* engañar, y *phansna* estrangular) hermandad religiosa é industrial que esplota la raza humana esterminándola y cuyo orígen se pierde en la oscuridad de los tiempos.

Hasta el año de 1810 su existencia era aun desconocida no solo de los conquistadores europeos sino aun de los gobiernos indígenas. En los años que han mediado de 1816 á 1830 muchas de sus bandas habian sido cojidas infraganti y castigadas; pero hasta esta última época todas las revelaciones hechas sobre esta hermandad por oficiales de consumada esperiencía, habian parecido demasiado monstruosas para poder merecer la atencion y la creencia del público y fueron despreciadas como sueños de una delirante imaginacion. Y sin embargo, hay muchísimos años, á lo menos medio siglo, que esta plaga social devoraba los pueblos con su espantoso desarrollo, desde el pié del Himalaya hasta el cabo Comorin y desde Cutch hasta Asam.

Solo en 1830 con las revelaciones de un célebre gefe á quien se concedió la vida bajo condicion que denunciase á sus cómplices, se descubrio todo su sistema: la base de la sociedad Thugie es una creencia religiosa, el culto de Bhowenie, divinidad que solo se complace en carnicerias y que deleita principalmente la raza humana: sus mas agradables sacrificios son las víctimas humanas, y cuantas mas se hayan inmolado en este mundo, tanta mayor será en el otro la recompensa con todos los goces del alma y sentidos, como son mugeres siempre hermosas y placeres nuevos. Si el asesino tropieza en su carrera con el cadalso, muere con el entusiasmo de un mártir, porque espera la palma. Para obedecer á su divina señora degüella sin cólera y sin remordimiento al anciano, á la muger y al niño: debe ser caritativo, humano, generoso y afecto á sus correligionarios; todo lo que poseen es comun entre ellos, porque como él, son ministros é hijos adoptivos de Bohwenie. La destruccion de sus semejantes, si no pertenecen á la hermandad y la disminucion de la especie humana, tal es su objeto: este no es un medio de fortuna: el botin es cosa accesoria, un corolario muy agradable sin duda, pero secundario en su apreciacion. La destruccion, hé aqui su objeto, su mision celeste y su vocacion: tambien es el goce de una deliciosa pasion, y segun él la caza de hombres es la mas seductora. Encontrais un gran placer, he oido decir á uno de los sentenciados, en perseguir una fiera en su guarida, en acometer á un javalí y á un tigre porque hay riesgos que arrostrar y hacer alarde de valor y de energía. Figuraos cuanto debe redoblar este atractivo tratándose de luchar con el hombre y cuan-

De la escavacion que se formó sin ruido, un hombre vestido de uniforme asomó la mitad de su cuerpo, miró atentamente al rededor...y aplicó el oido.

Viendo oscilar entre las enormes hojas el resplandor de la lámpara que iluminaba el interior de la choza.., se volvió, hizo una seña, y á poco subió con dos soldados en el mayor silencio y con muy grandes precauciones los últimos peldaños de esta escalera subterránea, y juntos pasaron con tiento por medio de las ruinas.

Sus movedizas sombras se proyectaron por algunos momentos sobre una parte del suelo iluminado por la luna, y en seguida desaparecieron por detras de los restos de paredes derruidas.

En el instante en que la gruesa losa apareció de nuevo en su sítio y nivel, hubiera sido facil distinguir las cabezas de otra multitud de soldados emboscados en esta escavacion.

Nada de esto notaron el mellizo, el indio ni el negro, que permanecieron en aquella choza abismados en sí mismos.

VI.

LA EMBOSCADA.

El mestizo Faringhea queriendo sin duda evitar las siniestras ideas que las palabras del indio sobre la misteriosa marcha del cólera habian suscitado en su espíritu, cambió repentinamente de conversacion. Sus ojos despidieron un fuego sombrio, y tomando una espresion exaltada y feroz, esclamó:

—¡ Bohwenie... velará siempre por nosotros que somos cazadores intrépidos de hombres! Hermanos... ánimo... ánimo... el mundo es inmenso. . y en todas partes tenemos segura nuestra presa... los ingleses nos obligan á dejar la India... á nosotros, que somos todos tres gefes de la *buena obra*; ¿que importa esto? aqui quedan nuestros hermanos, tan ocultos, numerosos y terribles como los escorpiones negros que solo revelan su presencia con una picadura mortal; el destierro ensancha nuestros dominios.... Hermano.... la América para tí, dijo al indio con aire inspirado.... Hermano.... para tí el Africa, dijo al negro. Hermanos, la Europa para mí... En todas partes hay hombres, verdugos, víctimas... ¡En todas partes hay víctimas y pechos rebosando odio; á nosotros nos toca inflamar este odio con todo el ardor de la venganza! A fuerza de artificios y seducciones debemos atraer hácia nosotros á los siervos de Bohwenie y á todos aquellos cuyo celo, valor y audacia pueden sernos de alguna utilidad. Entre nosotros y por nosotros mismos rivalicemos en amor y abnegacion: démonos mútuamente fuerza, amparo y proteccion! Todos los que no pertenezcan á los nuestros deben ser nuestra presa; aislémonos en medio de todos, contra y á pesar de todos. Para nosotros que no tenemos familia ni hogar, nuestra sola familia son nuestros hermanos: nuestro pais...... el mundo.

---

do es á este al que se debe aniquilar. En vez de ejercitar una sola facultad, como es el valor, hay que poner en juego á un mismo tiempo astucia, prevision, elocuencia y diplomacia, ¡cuantos resortes es preciso mover! Jugar con todas estas pasiones y aun hacer vibrar las cuerdas del amor y de la amistad para atraer la presa á vuestros lazos, esta es una caza sublime, y en una palabra, un delirio.

Cualquiera que se haya hallado en la India durante los años de 1831 y 1832 no podrá olvidar el terror y el espanto que infundió en toda la sociedad el descubrimiento de esta complicada máquina infernal. Una multitud de magistrados y de administradores de provincia no quisieron dar crédito á esto y no podian comprender que un sistema tan vasto hubiese devorado tanto tiempo silenciosamente á su vista y sin comprometerse, el cuerpo social.

Esta especie de elocuencia salvaje impresionó vivamente al negro y al indio que ordinariamente estaban sometidos á la influencia de Faringhea, cuyo entendimiento era muy superior al de ellos, á pesar de ser tambien gefes de esta sanguinaria cofradía.

—Si, tienes razon, hermano, esclamó el indio participando de la exaltacion de Faringhea... nuestro es el mundo... Aquí mismo, en Java, dejemos la huella de nuestro paso... Antes de partir fundemos la *buena obra* en esta isla.... pronto cundirá, porque la miseria es grande aquí y los holandeses son tan rapaces como los ingleses.... Hermano, en los pantanosos arrozales de esta isla, siempre funestos á los que los cultivan, he visto hombres á quienes la necesidad obligaba á este trabajo homicida; estaban lívidos como cadáveres; y algunos estenuados por las enfermedades, el cansancio y el hambre, han caido para no levantarse mas..... ¡Hermanos, la *buena obra* hará progresos en este pais!....

—La otra noche, dijo el mestizo, me hallaba á la orilla del lago, detrás de una roca, donde vino una jóven; algunos andrajos cubrian solo su débil cuerpo quemado por el sol; traia en sus brazos una criatura á quien estrechaba, llorando, contra su agotado seno. Tres veces abrazó á este niño y le decia: Tú, á lo menos, tú no serás desgraciado como tu padre; y en seguida lo arrojó al agua; el niño desapareció dando un grito... A este grito, los caimanes ocultos en las cañas saltaron jovialmente en el lago.... Hermanos, en este pais las madres matan á sus hijos por compasion... la *buena obra* progresará aquí!

—Esta mañana, repuso el negro, un hombre viejo y pequeño, comerciante de Batavia, mientras que desgarraban á golpes á uno de sus esclavos, salió de su casa de campo para ir á la ciudad. En su palanquin recibia con cansada indolencia las tristes caricias de dos jóvenes doncellas que encerró en su harem, despues de haberlas comprado á sus familias, demasiado pobres para sostenerlas. Doce jóvenes robustos llevaban el palanquin, donde estaban el viejo y las doncellas. Hermanos, aquí existen madres á quienes la miseria obliga á vender á sus hijas; esclavos que azotan, hombres que conducen á otros hombres como bestias de carga; la *buena obra* progresará en este pais.

—En este pais.... y en todos los paises de opresion, de miseria, de esclavitud y de corrupcion.

—Ojalá que podamos reclutar á Djalma como nos lo ha aconsejado el contrabandista Mahal, dijo el indio; nuestro viaje á Java tendrá un doble interés, porque antes de partir contaremos entre los nuestros á este emprendedor y osado jóven que tantos motivos tiene de aborrecer á los hombres.

—Va á llegar... enconemos sus resentimientos.

—Recordémosle la muerte de su padre.

—La carnicería de los suyos.

—Su cautividad.

—Si el odio inflama su corazon, podremos contar él.

El negro que se habia quedado algun tiempo pensativo, dijo repentinamente:

—Hermanos, ¿y si el contrabandista Mahal nos engañáse?

—¡Él! esclamó el indio casi con indignacion; nos ha dado asilo en su barco costero y ha protegido nuestra fuga del continente; debe embarcarnos aqui en una goleta que vá á mandar y conducirnos á Bombay, donde hallaremos buques para América, Europa y Africa.

—¿Qué interés tendria Mahal en vendernos? dijo Faringhea. Ya sabe que nada podria sustraerle á la venganza de los hijos de Bohwanie.

—En fin, dijo el negro, nos ha prometido que con astucia decidiría á Djalma á venir aqui esta noche... Cuando se vea entre nosotros... le será forzoso afiliarse con nosotros.

—¿Y no nos ha dicho tambien.... Mandad al malayo que vaya á la ajoupa de Djalma á sorprenderle en sueños, y que en vez de matarle como le sería muy fácil, que le marque en el brazo el nombre de Bohwanie? de este modo podrá Djalma tener una idea de la resolucion, habilidad y obediencia de nuestros hermanos, y comprenderá lo que se debe esperar ó temer de tales hombres.... Por admiracion ó terror será menester obligarle á ser de los nuestros.

—¿Y si se negase, á pesar de los motivos que le animan para aborrecer á los hombre?

—En ese caso... Bohwanie decidirá de su suerte, dijo Faringhea con aire siniestro; tengo un proyecto....

—¿Pero el malayo logrará sorprender á Djalma durante su sueño? dijo el negro.

—No hay nadie mas osado, mas ágil, ni mas diestro que el malayo, respondió Faringhea. Ha tenido la audacia de ir á sorprender en su guarida á una pantera negra que estaba criando... Mató á la madre y se llevó la hija, que ha vendido despues al capitan de un buque europeo.

—¡El malayo ha salido con la empresa! esclamó el indio aplicando el oido á un grito singular que resonaba en medio del profundo silencio de la noche y de los bosques.

—Si, es el grito del buitre al cargar con su presa, dijo el negro poniéndose tambien á escuchar, esa es la señal con que nuestros hermanos anuncian igualmente que se han apoderado de la suya.

A poco se presentó el malayo á la puerta de la choza.

Venia embozado en un inmenso ropaje de coton rayado de colores vivos.

—¿Qué tenemos? dijo el negro con inquietud; ¿has logrado tu intento?

—Djalma llevará toda su vida la señal de la *Buena Obra*, dijo el malayo con orgullo; para llegar á él he tenido que ofrecer á Bohwanie un hombre que encontré al paso... su cadáver yace entre la maleza, inmediato á la ajoupa. Pero Djalma....... lleva ya nuestra señal. El contrabandista Mahal fué el primero que lo supo.

—¿Y Djalma no se despertó? dijo el indio confundido por la destreza del malayo.

—Si se hubiese despertado, respondió este con calma, yo hubiera fenecido...... puesto que debia respetar su vida.

—Si, porque su vida puede sernos mas útil que su muerte, repuso el mestizo. En seguida, dirigiéndose al malayo, le dijo: Hermano, al arriesgar tu vida por la *buena obra*, has hecho hoy lo que nosotros hicimos ayer, y lo que haremos mañana..... Hoy obedeces, otro dia mandarás.

—Todos somos hijos de Bohwanie, respondió el malayo. ¿Hay mas que hacer? estoy dispuesto.

Y hablando de este modo, el malayo miraba á la puerta de la gruta; repentinamente dijo en voz baja.

—Ya viene Djalma; está cerca de la cabaña. Mahal no nos ha engañado...

—No quiero que me vea todavia, dijo Faringhea retirándose á un rincon oscuro y ocultándose detrás de una estera de junco, procurad convencerle:... si se resiste... tengo un proyecto...

Apenas Faringhea habia dicho estas palabras y desaparecido, cuando Djalma llegó á la puerta de la casucha.

A la vista de estos tres personajes de siniestra fisonomia, Djalma retrocedió sorprendido. Ignorando que estos hombres

pertenecian á la secta de los Phansegars y sabiendo que con frecuencia muchos viajeros, á falta de posadas, pasan las noches en este país bajo una tienda ó en las ruinas que encuentran, dió un paso hácia ellos; luego que se recobró de su primera admiracion y reconociendo, por la tez bronceada y el vestido de uno de estos hombres, que era indio, le dijo en su lengua:

—Creí encontrar aqui á un europeo... á un francés....

—Ese francés no ha llegado aun, pero no tardará, respondió el indio.

Este, adivinando por la pregunta de Djalma el medio de que se habia valido Mahal para hacerle caer en el lazo, esperaba ganar tiempo prolongando este ter ror.

—¿Conoces... á ese francés? preguntó Djalma al phansegar.

—Nos ha citado aquí... como á tí, repuso el indio.

—¿Y con que objeto? dijo Djalma cada vez mas admirado.

—A su llegada lo sabrás.

—¿Es el general Simon quien os ha dicho que os reunieseis aqui?

—El mismo, respondió el indio.

A estas palabras sucedió un corto silencio, durante el cual Djalma procuraba en vano interpretar esta misteriosa aventura.

—¿Y quien sois? preguntó al indio con aire de sospecha; porque el triste silencio de los compañeros del phansegar que se miraban fijamente, empezaba á infundirle algun recelo...

—¿Quienes somos? respondió el indio; estaremos á tu discrecion.... si tu quieres ponerte á la nuestra.

—No os necesito... ni vos á mí...

—¿Quien sabe?

—Yo... lo sé.

—Te equivocas... los ingleses han matado á tu padre... era rey... te han hecho cautivo... estás proscripto... ya no posees nada...

A este recuerdo cruel las facciones de Djalma se entristecieron. Sobresaltóse, y una amarga sonrisa contrajo sus lábios.

El phansegar continuó:

—Tu padre era justo y valiente, querido de sus súbditos..... llamábanle el padre del generoso... y con razon..... ¿Dejarás su muerte sin venganza? ¿Y estéril el odio que corre en tu corazon?

—Mi padre murió con las armas en la mano..... y yo he vengado su muerte en los ingleses que he matado en la guerra... El que ha reemplazado á mi padre y ha combatido tambien por él, me ha dicho que en la actualidad seria una locura de mi parte querer luchar contra los ingleses para reconquistar mi territorio. Cuando me pusieron en libertad, juré no volver á poner jamás los pies en la India..... y yo cumplo mis juramentos.....

—Los que te han despojado... y hecho cautivo, los que han matado á tu padre... son hombres..... En otra parte hay hombres sobre quien puedes vengarte... que tu odio recaiga sobre ellos.....

—Segun hablas de los hombres... debo creer que no lo eres.

—Yo y los que se me parecen somos mas que hombres..... y ademas, somos respectivamente á la raza humana lo que los atrevidos cazadores á las fieras que persiguen en los bosques..... ¿Quieres ser como nosotros... mas que hombre? ¿quieres saciar con seguridad..... estensa é impunemente el odio que devora tu corazon, despues del mal que te han hecho?

—Tus palabras son cada vez mas oscuras..... en mi corazon no reina el odio, dijo Djalma..... Cuando un enemigo es digno de mí..... combato con él..... y si al contrario..... le desprecio..... Asi, yo no detesto ni á los valientes..... ni á los cobardes.

—¡Traicion!..... gritó repentinamente el negro, señalando á la puerta con un gesto rápido, porque Djalma y el indio se habian casi alejado de ella durante su conversacion y se hallaba entonces en uno de los rincones de la cabaña.

Al grito del negro, Faringhea, á quien Djalma no habia visto, separó de pronto la estera que le ocultaba, sacó su puñal, brincó como un tigre y de un salto salió fuera de la gruta. Viendo entonces un cordon de soldados que se acercaban con precaucion, hirió á uno de ellos mortalmente, echó por tierra á otros dos y desapareció en las ruinas.

Esta accion fué tan precipitada, que en el momento en que Djalma se volvió para saber la causa del grito de alarma del negro, Faringea acababa de desaparecer.

Varios soldados reunidos á la puerta apuntaron á Djalma y á los tres estranguladores; otros echaron á correr en persecucion de Faringhea.

El negro, el malayo y el indio, conociendo la imposibilidad de resistirse se dijeron mutuamente algunas palabras y alargaron sus manos á las cuerdas que traian los soldados.

En este instante entró en la cabaña el oficial holandés que mandaba el piquete.

—¿Y este? dijo, señalando á Djalma, á los tres phansegares.

—Unos despues de otros, mi oficial, dijo un viejo sargento, ahora vamos á él.

Djalma quedó petrificado de sorpresa, no comprendiendo nada de lo que allí sucedia; pero al ver al sargento y á los soldados que se acercaban para atarle, los rechazó con violenta indignacion y corrió á la puerta donde estaba el oficial.

Los soldados creyendo que Djalma se someteria á su suerte con igual impasibilidad que sus compañeros, no esperaban semejante resistencia; sorprendidos, á pesar suyo, del aire de nobleza y dignidad del hijo de Kadja Sing, retrocedieron algunos pasos.

—¿Porqué quereis atarme..... como á esos hombres? esclamó Djalma hablando en indio con el oficial que entendia esta lengua, porque hacia mucho tiempo que servia en las colonias holandesas.

—¡Porqué quieren atarte, miserable! porque formas parte de esa cuadrilla de asesinos. Y vosotros, añadió el oficial hablando en holandés á sus soldados, ¿teneis miedo de él? Apretad, apretad los nudos en sus muñecas en el interin que le aprietan otra al cuello.

—Os engañais, repuso Djalma con una calma y tranquilidad que admiró al oficial; apenas hace un cuarto de hora que he llegado..... yo no conozco á esos hombres... creí encontrar aquí á un francés...

—¿No eres un phansegar como ellos? ¿á quien pretendes hacer creer esa mentira?

—¡Ellos! esclamó Djalma con un movimiento y una espresion de horror tan natural que el comandante detuvo con un gesto á los soldados que se iban aproximando otra vez para atar al hijo de Kadja Sing; estos hombres son miembros de esa horrible cuadrilla de asesinos, ¡y me acusais de ser su cómplice!..... En este caso estoy tranquilo, caballero, dijo el jóven encogiéndose de hombros y con una sonrisa de desprecio.

—No basta decir que estais tranquilo, repuso el oficial; gracias á las revelaciones, se sabe ahora qué clase de signos misteriosos dan á conocer á los phansegares.

—Os repito que profeso el mayor horror á esos asesinos..... y que he venido para.....

El negro, interrumpiendo á Djalma, dijo al oficial con feroz alegria:

—Acabais de decirlo, los hijos de la

Buena Obra se reconocen por los signos que llevan marcados en sus carnes..... Nuestra última hora ha llegado ya, y entregaremos nuestro cuello á la cuerda..... Con demasiada frecuencia la hemos apretado al de los que no sirven á la *Buena Obra* ... Mira nuestros brazos y el de ese jóven.

El oficial interpretando mal las palabras del negro, dijo á Djalma:

—Es evidente que si, como dice el negro, no teneis en el brazo esa señal misteriosa.... y ahora vamos á cerciorarnos; si esplicais de un modo satisfactorio vuestra presencia en este sitio, estareis libre dentro de dos horas.

—No me entiendes, dijo el negro al oficial, el príncipe Djalma es de los nuestros, porque en el brazo izquierdo tiene pintado el nombre de Bohwanie....

—Si, es como nosotros, hijo de la *Buena Obra*, añadió el malayo.

—Es Phansegar como nosotros, repuso el indio.

Estos tres hombres, irritados del horror que Djalma habia manifestado al saber que eran Phansegares, cifraban su feroz orgullo en hacer creer que el hijo de Kadja-Sing pertenecia á su horrible asociacion.

—¿Qué respondeis á eso dijo el oficial á Djalma.

Este se encojió de hombros con desdeñosa compasion, levantó con su mano derecha su larga y espaciosa manga izquierda y enseñó su brazo.

—¡Qué audacia! esclamó el oficial.

En efecto, un poco mas abajo de la sangria y en la parte interna del brazo se veía escrito en indio con un color rojo y vivo el nombre de Bhowanie.

El oficial corrió al malayo y descubrióle el brazo; vió el mismo nombre é iguales signos.... No satisfecho aun, se cercioró si el negro y el indio los tenian tambien.

—¡Miserable! esclamó volviéndose furioso á Djalma; tú inspiras mas horror que tus cómplices. Atadle como á un cobarde asesino, dijo á los soldados; como á un bajo asesino que miente al borde de la tumba, porque su suplicio no tardará mucho.

Djalma, petrificado, espantado y fijando los ojos por algunos momentos en aquella funesta marca, no podia proferir una palabra ni hacer el menor movimiento; su imaginacion estaba abismada al ver este hecho incomprensible.

—¿Te atreverás á negar este signo? le dijo el oficial indignado.

—No puedo negar... lo que estoy viendo... lo que realmente ecsiste.... respondió Djalma abatido.

—Felizmente... lo confiesas al fin, miserable, repuso el oficial; soldados.... vigiladle.... vigilad á sus cómplices.... respondereis de ellos.

Djalma creyéndose el juguete de un sueño estraño no opuso la menor resistencia y se dejó maquinalmente atar y conducir. El oficial y parte de los soldados tenian alguna esperanza de descubrir á Faringhea en las ruinas; pero sus pesquizas fueron vanas, y al cabo de una hora marchó para Batavia, hácia donde se habia adelantado la escolta que conducia á los presos.

. . . .

Algnnas horas despues de estos acontecimientos, Mr. Josué-Van-Dael terminaba su larga memoria dirigida á Paris á Mr. Rodin, en estos terminos:

«.... Las circunstancias eran tales que no he podido obrar de otro modo; en su-«ma, esto es un pequeño mal en cambio de un gran bien.

«Tres asesinos están ya en poder de la «justicia, y la prision provisional de Djal-«ma contribuirá á hacer resaltar mas su «inocencia.



Litoª de Ferrando Roca.

Sorpresa de los Estranguladores
en las ruinas de Tchandi.

«Esta mañana estuve en casa del go-«bernador para interceder en favor de «nuestro jóven príncipe; puesto que á mi «se debe, le dije, que estos tres misera-«bles hayan caido en manos de la auto-«ridad que se me manifieste á lo menos «alguna gratitud procurando por todos «los medios posibles hacer mas evidente «que la luz del dia la inocencia del jóven «Djalma, tan interesante en la actualidad «por sus desgracias y nobles cualidades. «Ciertamente, añadi, cuando me apresu-«ré ayer á participar al gobernador que «se encontrarian reunidos los phansega-«res en las ruinas de Tchandi, estaba muy «lejos de pensar que se confundiria con «ellos al hijo adoptivo del general Simon, «sugeto escelente con quien hace mucho «tiempo me ligan honrosas relaciones. «Es pues preciso descifrar á toda costa el «incomprensible misterio que ha puesto «á Djalma en tan peligrosa situacion, y «estoy tan persuadido, añadí, de que no «es culpable, que no pido por él ningu-«na gracia. Posee suficiente valor y dig-«nidad para esperar resignado en su pri-«sión el dia de la justicia.

«Ya veis que decia la verdad sobre to-«do esto y que no tenia que acusarme de «la menor mentira, porque nadie en el «mundo está mas convencido que yo de «la inocencia del príncipe.

«El gobernador me respondió como yo «esperaba; que moralmente estaba tan «persuadido como yo de la inocencia del «jóven Djalma, que tendria por él las «mayores consideraciones, pero que era «preciso dejar su curso á la justicia, por-«que este era el único medio de probar «la falsedad de la delacion y de descubrir «por qué fatalidad incomprensible se ha-«llaba este signo misterioso en el brazo «de Djalma...

«El contrabandista Mahal, que era el «único que podia iluminar á la justicia, «saldrá dentro de una hora de Batavia «para embarcarse en el *Ruyter* que le con-«ducirá á Egipto; porque debe entregar «al capitan una carta mia certificando que «Mahal es la persona para quien he to-«mado y pagado el pasaje. Al mismo tiem-po será portador de esta larga memoria, «porque el *Ruyter* debe salir dentro de «una hora, «y solo hasta ayer noche se «recibian en el correo las cartas para Eu-«ropa, y antes de cerrarla he querido ver «esta mañana al gobernador. He aqui al «príncipe Djalma detenido forzosamente «durante un mes: habiendo perdido la «ocasion del *Ruyter* es materialmente im-«posible que se halle en Francia antes del «13 de febrero del año que viene.

«Ya lo veis... habeis ordenado y yo he «obedecido ciegamente segun los medios «que estaban á mi alcance, sin conside-«rar mas que el *fin* que los justificará, «porque segun me habeis escrito, se tra-«ta de un inmenso interés para la socie-«dad.

«He sido en vuestras manos lo que de-«bemos ser entre las de nuestros supe-«riores... un instrumento... porque para «mejor gloria de Dios, nuestros superio-«res *hacen de nosotros*, en cuanto á la vo-«luntad, *unos cadáveres*.

«Dejemos pues atacar nuestro poder y «nuestra union, los tiempos nos parecen «adversos; pero solo los acontecimientos «son los que cambian, nosotros no cam-«biamos nunca.

«Obediencia y valor, secreto y pacien-«cia, astucia y audacia, union, celo entre «nosotros que tenemos por patria el mun-«do, por familia á nuestros hermanos y «por reina á Roma. J. V.»

. . . .

Casi á las diez de la mañana, el contrabandista Mahal salió llevando esta carta sellada para trasladarse á bordo del *Ruyter*.

Una hora despues se halló el cuerpo del contrabandista estrangulado al modo de los Phansegares, y oculto en los juncos junto á una playa desierta donde habia ido á buscar el bote para embarcarse en el *Ruyter*.

Cuando algun tiempo despues de la salida de este buque se encontró el cadáver de Mahal, Mr. Josué hizo inútiles y activas diligencias para buscar en sus vestidos la voluminosa memoria que le habia confiado. Tampoco se halló la carta que el contrabandista debia entregar al capitan del *Ruyter* para que le recibiese como pasagero.

En fin, las pesquisas y las batidas mandadas hacer y ejecutar en el pais para descubrir á Faringhea fueron siempre inútiles.

Jamás se volvió á ver en Java al peligroso gefe de los estranguladores.

VII.

MR. RODIN.

Tres meses han pasado desde que Djalma, acusado de pertenecer á a homicida secta de los *Phansegares*, fué preso en Batavia. A principios de febrero de 1832 pasó en Francia la escena siguiente, en el palacio de *Cardoville*, antigua habitacion feudal, situada en las escarpadas costas de la Picardia, no lejos de S. Valerio, sitios peligrosos en que anualmente se pierden muchos buques y pasageros, á causa de los vientos de Noroeste que hacen tan azarosa la navegacion del canal de la Mancha.

Desde el interior del palacio se oye bramar la violenta borrasca de la noche; un ruido formidable, semejante al de una descarga de artillería, muge muchas veces á lo lejos, repetido por los ecos de la orilla; este ruido proviene del mar que se estrella con furor contra las altas rocas dominadas por la antigua morada.....

Son casi las siete de la mañana, y apenas se percibe el dia á través de las ventanas de un inmenso cuarto situado en el piso bajo del palacio; en esta habitacion, iluminada por una lámpara, una muger como de unos sesenta años, de aspecto sencillo y honrado, vestida al estilo de las ricas labradoras de Picardía, está ocupada ya en su costura, á pesar de la temprana hora. Un poco mas léjos, su marido, casi de la misma edad que ella, sentado á una gran mesa, clasifica y mete en varios saquitos algunas muestras de trigo y de avena. La fisonomía de ese hombre cano es inteligente y franca; anuncia su buen sentido y probidad mezclados con algun resquicio de rústica malicia; viste un chaqueton de paño verde; sus enormes botines de caza ocultan á medias su pantalon de terciopelo negro.

La terrible borrasca parece dulcificar mas aun el aspecto de este doméstico y pacífico cuadro. En una gran chimenea de blanco mármol brilla un hermoso fuego, y esparce su alegre claridad sobre el pavimento de madera esmeradamente encerado; nada mas alegre que el aspecto de las colgaduras y cortinas de antigua tela persa con chinescos rojos sobre fondo blanco, ni nada mas grato que las portadas que representan escenas pastoriles por el estilo de Wateau. Una péndola de alabastro de Sevres, muebles de palo de rosa con embutidos verdes, de forma grosera, redondos y contorneados, completan el ajuar de este cuarto.

La tempestad continuaba aun, y de cuando en cuando se introducia y resonaba el viento en la chimenea ó conmovia las ventanas. El hombre que se ocupaba en clasificar las muestras de grano era Mr. Dupont, administrador de la posesion y del palacio de Cardoville.

—¡Virgen santísima! ¡que tiempo hace amigo mio! le dijo su mujer. Mr. Rodin, cuya llegada nos anuncia para hoy el ma-

yordomo de la señora princesa de San Dizier, ha escojido un mal dia.

—Lo cierto es que raras veces he oido un huracan semejante..... Si Mr. Rodin no ha visto nunca el mar enfurecido, podrá regalarse hoy con este espectáculo.

—¿Qué es lo que puede traer á aquí ese Mr. Rodin, amigo mio?

—Como soy que lo ignoro; el mayordomo de la princesa me encarga en su carta que tenga las mayores consideraciones con él y que le obedezca como á mis amos. Por consiguiente, á Mr. Rodin toca esplicarse y á mí ejecutar sus órdenes, puesto que viene de parte de la señora princesa.

—En rigor deberia venir de parte de Mlle. Adriana, pues desde la muerte de su padre el señor conde-duque de Cardoville, á ella es á quien pertenece la posesion.

—Si, pero la princesa es su tia; su mayordomo corre con los asuntos de mademoiselle Adriana, y que vengan de su parte ó de la princesa es siempre lo mismo.

—Puede que Mr. Rodin piense comprar la posesion.... Sin embargo aquella señora gruesa que hace ocho dias vino espresamente de Paris á ver el palacio, parecia tener mucho deseo de adquirirlo.

Al decir estas palabras el administrador se echó á reir con aire zumbon.

—¿De qué te ries? le preguntó su muger, que era una escelente criatura, pero de poca penetracion é inteligencia.

—Me rio, respondió Dupont, porque me acuerdo de la figura y del aire de esa obesa... de esa enorme muger: ¡qué diablo! con semejante figura es escusado llamarse señora de la *Sainte-Colombe*. ¡Dios del cielo! ¡qué santa y que paloma! es tan gruesa como un tonel, tiene voz aguardientosa, bigotes blancos como un granadero viejo, y sin que ella se lo imagine la he oido decir á su criado: *Vamos, hijo mio;* y ella se llama *Sainte-Colombe*.

—¡Qué cosas tienes! nadie escoje n nombre, y además si esa señora tiene barbas, no es culpa suya.

—Si, pero lo es el de llamarse de la *Sainte-Colombe*. ¡Te imaginas que es ese su verdadero nombre, tú!.... ¡Ah, pobre Catalina mia, bien se conoce que eres de tu pueblo!

—Y tú, pobre Dupont mio, tú no puedes menos menos de tener algunas veces un poco de mala lengua: esa señora tiene un aire muy respetable.... Lo primero que preguntó al llegar, fué por la capilla del palacio de que la habian hablado.... Y aun dijo que haria en ella algunos reparos.... Y cuando la respondí que en este pequeño pais no habia iglesia, pareció que sentia verse sin cura en el pueblo.

—¡Eh! ¡Dios mio! si, lo primero que hacen las aventureras es jugar á la dama de parroquia, á lo gran dama.

—La señora de Sainte-Colombe no tiene necesidad de hacer la grande, puesto que lo es.

—¡Esa! ¿gran señora?

—Si; no habia mas que verla tan bien puesta con su vestido punzon y sus hermosos guantes color de violeta como los de un obispo; y despues cuando se quitó el sombrero tenia sobre su rodete postizo un frontal de diamantes y pendientes de lo mismo, tan gruesos como el dedo pulgar y sortijas de brillantes en todos los dedos. Seguramente, una persona cualquiera no se pondria tantos adornos durante el dia....

—Bien, bien se conoce que lo entiendes....

—Y no es eso solo....

—Bueno, ¿y qué mas?

—No me ha hablado mas que de duques, condes y marqueses, de señores muy ricos que frecuentaban su casa y eran sus amigos; y además, al ver el pabelloncito

del parque que los prusianos medio quemaron en otro tiempo y que el difunto conde no quiso jamás reedificar, me preguntó qué significaban aquellas ruinas. Yo la respondí: señora, este pabellon fué incendiado en tiempo de los aliados. ¡Ah! ¡querida mia! esclamó, los aliados, los buenos y escelentes aliados.... ellos y la restauracion han echado los cimientos de mi fortuna. Entonces yo, ya veis, Dupont, yo dije al instante para mí... Seguramente es una antigua emigrada.

—¡La señora de la Sainte-Colombe! esclamó el administrador soltando la carcajada; ¡ah! ¡pobre mujer, pobre mujer mia!

—¡Oh! ¡tú! porque has estado tres años en París ya te crees un adivino...

—Catalina, dejemos este asunto: me harás decir alguna necedad, y hay cosas que las criaturas escelentes y honradas como tú deben ignorar siempre.

—No sé lo que quieres decir con eso... pero procura no tener tan mala lengua, porque si al fin la señora de la Sainte-Colombe comprase la posesion..... no te disgustaria seguir de administrador ¿no es verdad?

—En cuanto á eso, tienes razon... porque ya vamos siendo viejos, mi buena Catalina; hace veinte años que estamos aqui y somos demasiado honrados por haber pensado en vendimiar para nuestra vejez... y á fé mia, que seria muy duro en nuestra edad tener que buscar otra colocacion que tal vez no encontrariamos.... ¡Ah! solo siento que Mlle. Adriana no conserve esta posesion... porque parece que ha querido venderla... y que la señora princesa no era de esta opinion.

—¡Dios mio! Dupont, ¿no te parece muy estraño Mlle. Adriana, á que su edad y tan jóven, disponga por sí misma de su inmensa fortuna?

—Eso es muy sencillo; como la señorita no tiene padre ni madre, es dueña de sus bienes; prescindiendo de que tiene una buena cabecita; ¿te acuerdas, hace dos años, qué demonio era cuando el señor conde la trajo aqui un verano? ¡qué malicia! ¡y qué ojos! ¡eh! ¡y cómo brillaban ya!

—Lo cierto es que Mlle. Adriana tenia entonces en sus miradas..... una espresion... en fin una espresion bastante singular para su edad.

—Si ha cumplido lo que prometia su viva cara, debe ser ahora muy linda, á pesar del color un poco dudoso de sus cabellos, porque, aqui para nosotros, si en vez de ser una señorita de alta clase, fuera una personita vulgar, si diria sencillamente que es roja.

—Vamos, siempre has de ser maligno.

—¿Con Mlle. Adriana? ¡No lo permita Dios!... porque prometia ser tan buena como linda. Si digo que es roja no es por perjudicarla... Al contrario, todavía me acuerdo que tenia un pelo tan fino, tan brillante y tan dorado... que iba tan bien á su cútis blanco como la nieve, y á sus ojos negros que verdaderamente no era de desear que fuese de otro color; así es que ahora estoy seguro que este color de pelo que hubiera sentado mal á otras, da cierto aire mas picante á Mlle. Adriana, ¡debe tener una cara de diablillo!

—¡Oh! en cuanto á diablo, es menester ser justos, lo era... siempre corriendo en el parque, haciendo rabiar á su aya, trepando por los árboles, en fin haciendo mil diabluras.

—Te concedo que Mlle. Adriana era un diablo en carne mortal; pero ¡qué talento! ¡qué gentileza! y sobre todo ¡qué buen corazon! ¿eh?

—En cuanto á buena, es menester convenir en que lo era. ¿No te acuerdas que un dia dió su chal y su vestido de merino nuevos á una pobrecita y que volvió al

palacio en enaguas y con los brazos al aire?

—Ya lo ves, buenos sentimientos siempre buenos sentimientos; pero una cabeza... ¡oh! una cabeza.

—Sí, una malísima cabeza... así es que debia concluir mal... porque parece que en Paris ha hecho cosas..... pero ¡qué cosas!

—¿Qué ha hecho?

—¡Ah, amigo mio! no me atrevo...

—Vamos, ¿qué?

—¡Y bien! añadió la digna mujer con cierto embarazo y confusion que manifestaba cuanto la asustaban tamañas enormidades; dicen que Mlle. Adriana no pone jamás los pies en la iglesia... que ha ido á vivir sola en un templo idólatra, al estremo del jardin de la casa de su tia... que se hace servir por mujeres enmascaradas que la visten de diosa, y que las araña todo el dia porque se emborracha... Y esto prescindiendo de que todas las noches toca una trompeta de caza de oro macizo... lo cual puedes inferir muy bien que causa la desesperacion y el tormento de su pobre tia la princesa.

Al oir esto el administrador soltó una carcajada que interrumpió á su muger.

—¡Hola! ¡esas tenemos! le dijo cuando pasó su acceso de risa, ¿y quién te ha referido todos esos cuentos sobre Mlle. Adriana?

—La muger de Renato que fué á Paris en busca de una cria; estuvo en casa de Saint-Dizier á ver á su madrina Mme. Grivois..... Ya sabeis, la primera doncella de la señora princesa, la cual le contó sin rebozo todo esto y seguramente debe estar bien informada puesto que es de la casa.

—Sí, Mme. Grivois, otra buena pieza y fina mosca. Antiguamente era una valiente alhaja, y ahora es como su ama que parece una santa; ¡la devota! á tal amo tal criado: y aun la princesa misma que ahora es tan rígida, iba en otro tiempo..... ¿eh?..... hace quince años, ¡qué linda pieza! Teacuerdas de aquel hermoso coronel de húsares que estaba de guarnicion en Abbeville? Ya sabes, aquel migrado que sirvió en Rusia, á quien los Borbones dieron un regimiento en tiempo de la restauracion.

—Sí, sí, me acuerdo: pero tienes una lengua muy larga.

—Como soy que no, digo la verdad; el coronel pasaba su vida en el palacio, y todo el mundo decia que estaba muy bien con la Santa Princesa del dia..... ¡Oh! ¡aquellos eran buenos tiempos! Todas las noches habia fiestas ó comedias en el palacio. ¡Qué bulle bulle era ese coronel! que bien representaba... Me acuerdo.....

El administrador no pudo continuar.

Una rolliza criada con el vestido y tocado á la picarda entró precipitadamente en el cuarto y dirigiéndose á su ama, la dijo:

—Señora, un hombre solicita hablar con mi amo; viene de Saint-Varely en la silla del maestro de postas y dice que se llama Mr. Rodin.

—¿Mr. Rodin? dijo el administrador levantándose, que pase adelante el momento.

. . . .

Un instante despues entró Mr. Rodin que venia, segun costumbre, mas que modestamente vestido; saludó con mucha humanidad al administrador y á su muger, la que á una seña de su marido, se marchó del cuarto.

El cadavérico aspecto de Mr. Rodin, sus casi invisibles lábios, sus pequeños ojos de reptil medio cubiertos por su aplanado párpado superior, y sus casi sórdidos vestidos, le daban un aspecto muy poco favorable; sin embargo este hombre, en caso de necesidad, sabia afectar con arte

tan diabólico tanta mansedumbre y sinceridad, sus palabras eran tan afectuosas y tan sumamente penetrantes, que la impresion desagradable y repugnante que inspiraba al pronto su aspecto, se iba disminuyendo poco á poco, y casi siempre concluia por enlazar invenciblemente á su víctima en los tortuosos pliegues de su facundia tan suave como melosa y pérfida, porque parece que lo malo y lo horroroso tienen su fascinacion peculiar como lo bueno y lo bello. El honrado administrador miraba á este hombre con sorpresa pensando en las eficaces recomendaciones del mayordomo de la princesa de Saint-Dizier; como esperaba ver un personaje diferente, y no pudiendo apenas disimular su admiracion, le dijo:

—¿Es Mr. Rodin á quien tengo el honor de hablar?

—Sí, señor; aqui tiene Vd. otra carta del mayordomo de la señora princesa.

—Suplico á Vd. que se acerque al fuego mientras la leo: ¡hace tan mal tiempo! dijo el administrador con mucha amabilidad, ¿gusta Vd. tomar alguna cosa?

—Mil gracias, caballero, voy á comer dentro una hora.....

Mientras que Mr. Dupont leia, Mr. Rodin miraba con curiosidad todo cuanto habia en el cuarto; porque, como hombre hábil, sacaba con frecuencia consecuencias muy justas y útiles de ciertas apariencias, que muchas veces revelan gusto y hábito y dan en cierto modo una nocion característica; pero esta vez quedó fallida su curiosidad.

—Muy bien, caballero, dijo el administrador despues de haber leido la carta. El señor mayordomo me renueva la recomendacion de ponerme enteramente á vuestras órdenes.

—Se reducen á muy poco, y no molestaré á Vd. mucho tiempo.

—Caballero... será para mi un honor...

—No ignoro cuales deben ser sus ocupaciones, porque al entrar en este palacio, causan admiracion el órden y la limpieza que reinan en él, lo cual prueba, caballero, el valor de vuestros cuidados.

—Caballero..... ciertamente... Vd. me lisonjea.

—¿Lisonjearos? un pobre hombre como yo no piensa en eso..... pero vamos á nuestro asunto. ¿Hay aquí un cuarto llamado el cuarto verde?

—Sí, señor; es el que servia de despacho al difunto señor conde duque de Cardoville.

—Tenga Vd. la bondad de conducirme á él.....

—Caballero, desgraciadamente es imposible. Despues de la muerte del señor conde y desde que quitaron los sellos, han metido muchos papeles en un mueble de este cuarto, y los curiales se han llevado las llaves á Paris.....

—He aquí... las llaves... dijo Mr. Rodin enseñando una pequeña y otra grande atadas.

—¡Ah! eso es otra cosa, caballero... ¿viene Vd. á buscar los papeles?

—Si, ciertos papeles... y una cajita de madera de sándalo con cerradura de plata... ¿conoce Vd. ese objeto?

—Si, señor, muchas veces lo he visto sobre el bufete del señor conde..... debe estar en el grande armario de laca cuya llave trae Vd. consigo.

—Tenga Vd. la bondad de conducirme á ese cuarto segun la autorizacion de la señora princesa de Saint-Dizier.

—Con mucho gusto... ¿Y cómo está la señora princesa?

—Perfectamente... siempre entregada á Dios....

—¿Y Mlle. Adriana?

—Desgraciadamente... dijo Mr. Rodin dando un doloroso y contrito suspiro.

—¡Cómo! ¡Dios mio! ¿ha sucedido alguna desgracia á Mlle. Adriana?

—¿Qué es lo que Vd. entiende por eso?

—¿Está enferma?

—No, no, desgraciadamente está tan buena como hermosa....

—¿Desgraciadamente? dijo el administrador sorprendido.

—Si señor, desgraciadamente, porque cuando la belleza y la juventud se juntan á un espíritu de insubordinacion y de perversidad..... á un carácter... que seguramente no tiene igual sobre la tierra... seria mucho mejor carecer de semejantes ventajas.... que son otras tantas causas de perdicion.... Pero suplico á Vd. que hablemos de otras cosas.... Esta conversacion me es muy sensible.... dijo Mr. Rodin con voz sumamente conmovida, y llevándose el estremo de su meñique dedo izquierdo al lagrimal de su ojo derecho como queriendo enjugar una lágrima que apuntaba.

El administrador no notó esta lágrima pero advirtió el movimiento y estrañó la alteracion de la voz de Mr. Rodin. Así es que respondió con acento penetrado:

—Caballero.... perdone Vd. mi indiscrecion.... yo no sabia....

—Yo soy quien pide á Vd. perdon de este involuntario enternecimiento.... Los viejos lloran rara vez... pero si hubiera usted sido testigo, como yo, de la desesperacion de esta escelente princesa..... que solo ha tenido el defecto de ser demasiado buena.... demasiado débil con su sobrina... y de haber fomentado sus... Pero repito á Vd. que hablemos de otra cosa, mi querido señor.

Al cabo de un momento de silencio durante el cual Mr. Rodin pareció reponerse de su emocion, dijo á Mr. Dupont:

—He aquí cumplida una parte de mi mision en cuanto al cuarto verde... ahora queda otra.... Y antes debo recordar una cosa que tal vez habrá Vd. olvidado.... á saber, que hace quince ó diez y seis años que el señor marqués d'Aigrigny, entonces coronel de húsares, pasó aquí algun tiempo.

—¡Ah! ¡qué buen oficial, caballero! precisamente acabo de hablar de él á mi muger. Era la alegria del palacio ¡y qué bien representaba, principalmente los papeles de calavera! En los *Dos Edmundos* hacia morir de risa en el papel del soldado borracho.... y como tenia una voz tan dulce... aqui cantó *Joconda* como no se canta en Paris, caballero.

Rodin despues de haber escuchado con atencion al administrador, le dijo:

—No ignora Vd. sin duda que despues de un terrible desafío que tuvo con un furibundo bonapartista, llamado el general Simon, el coronel marqués d'Aigrigny *(de quien tengo el honor de ser en este momento secretario íntimo)* dejó el mundo por la iglesia.

—¡Cómo! caballero... ¡es posible!... aquel bello coronel....

—Aquel bello coronel, valiente, noble, rico, festejado y buscado, ha abandonado todas esas ventajas por una pobre sotana negra: y á pesar de su nombre, de su posicion, de sus relaciones y reputacion de gran predicador, es en el dia lo que era hace catorce años... un simple clérigo.... en vez de ser arzobispo ó cardenal como otros muchos que no tienen ni sus méritos ni sus virtudes...

Mr. Rodin se esplicaba con tanta mansedumbre y tanta conviccion, y los hechos que citaba eran tan incontestables, que Mr. Dupont no pudo menos de esclamar:

—Pero, caballero..... eso es una cosa soberbia....

—¿Soberbia? ¡oh! ¡Dios mio! no; dijo Mr. Rodin con inimitable y natural espresion.... eso es muy sencillo.... cuando se tiene un corazon como el de Mr. Aigrigny.... Pero entre todas sus cualidades posee la de no olvidar jamás á los hom-

bres de bien, á las gentes de probidad, de honor y de conciencia.... es decir, mi buen señor Dupont, que se ha acordado de Vd.

—¡Cómo! ¿el señor marqués se ha dignado?...

—Hace tres dias que he recibido una carta suya en la que me habla de Vd.

—¡Con que está en Paris!

—Llegará allí de un momento á otro: hace cerca de tres meses que salió para Italia.... durante este viaje tuvo una noticia bien cruel.... supo la muerte de su señora madre que habia ido á pasar el otoño en una de las posesiones de la señora princesa de Saint Dizier.

—¡Ay, Dios mio! yo ignoraba...

—Si, este ha sido un duro golpe para él... pero es menester saber resignarse á los decretos de la Providencia.

—¿Y sobre qué asunto el señor marques me hacia el honor de hablar á usted de mí?

—Voy á decírselo á usted.... antes de todo es menester que usted sepa que este palacio está vendido.... y que el contrato se firmó la víspera de mi salida de Paris.

—¡Ah! caballero, usted renueva mis inquietudes...

—¿Por qué?

—Temo que los nuevos propietarios no me conserven mi empleo de administrador.

—¡Vea usted qué feliz casualidad! precisamente tengo que hablar á usted á propósito de este destino.

—¿Seria posible?...

—Ciertamente, conociendo el interés que anima al señor marques en favor de usted, desearia mucho, muchísimo, que pudiese conservar este destino, y yo haria todo lo posible para ello, sí...

—¡Ah! caballero, esclamó Dupont interrumpiendo á Rodin ¡cuánto reconocimiento! el cielo es quien os envia...

—Por vuestra parte... usted me lisonjea, mi querido caballero; primeramente debo confesar que tengo que poner una condiccion... en favor mio.

—¡Oh! caballero, no importa, hable, hable usted.

—La persona que debe venir á habitar este palacio, es una señora vieja digna en todos conceptos de veneracion; esta respetable señora se llama Mme. de la Sainte-Colombe.

—¡Cómo! dijo el administrador interrumpiendo á Rodin... ¿y es esa señora la que ha comprado el palacio? ¿Mme. de la Sainte Colombe?

—Con que segun eso la conoce usted?

—Sí, señor; hace ocho dias que vino á ver la posesion,.. Mi mujer sostiene que es una gran señora... pero, aqui para nosotros... por ciertas palabras que la he oido decir...

—Usted es un hombre lleno de penetracion, mi buen Mr. Dupont... Mme. de la Sainte Colombe no es una gran señora, ni con mucho... yo creo que no era mas que una modista que tenia su tienda en la galería de madera del Palacio Real. Ya ve usted que le hablo con franqueza.

—Y que se gloriaba mucho de que su casa estuviese en aquel tiempo frecuentada por muchos señores franceses y estranjeros.

—Es natural, sin duda venian á comprar sombreros para sus mujeres... lo cierto es que despues de haber reunido una gran fortuna .. y de haber sido en su juventud y edad madura... indiferente, ¡ay! mas que indiferente por su salvacion, Mme. de la Sainte Colombe ha entrado ahora en una via escelente y meritoria... Esto es lo que la hace, como acabo de decir á usted, digna en todos conceptos de veneracion, porque no hay cosa mas respetable que un arrepentimiento síncero...

y constante... Para lograr su salvacion de un modo mas eficaz, tenemos necesidad de usted, mi querido señor Dupont.

—¿De mí, caballero? ¿y qué es lo que puedo hacer?

—Usted puede mucho, y hé aquí cómo: en esta aldea que se halla á igual distancia de dos parroquias, no hay iglesia. Mme. de la Sainte Colombe, queriendo elegir uno de los dos ecónomos deberá tomar necesariamente informes de usted y de Mme. Dupont que hace mucho tiempo que viven en el pais.

—¡Oh! eso no será muy largo..... el cura de Danicourt es el mejor de los hombres.

—Eso es lo que precisamente es necesario ocultar á Mme. de la Sainte Colombe.

—¿Cómo?

—Al contrario, es menester alabar mucho y sin cesar al señor cura de Roiville, de la otra parroquia, para decidir á esta buena señora á que le confie su salvacion.

—¿Y porqué esa preferencia?

—¿Porque? va usted á saberlo: si usted y Mme. Dupont logran que Mme. de la Sainte Colombe elija el que yo deseo, puede usted contar con la administracion de esta posesion. Doy á usted mi palabra de honor... y yo soy hombre que cumplo mis promesas.

—No dudo, caballero, que usted tenga ese poder, dijo Dupont convencido por el acento y por las palabras de Rodin; pero quisiera saber...

—Una palabra mas, dijo Rodin interrumpiéndole... debo y quiero ser franco, y decir el motivo por el cual insisto sobre la preferencia que debe usted apoyar. Mucho sentiria que no viese usted en todo esto mas que la sombra de una intriga. Solo se trata de una buena accion. El cura de Roiville en cuyo favor reclamo vuestro apoyo, es un hombre por quien se interesa muy particularmente el señor abate d' Aigrigny. Aunque es muy pobre mantiene á su anciana madre, y si se encargase de la salvacion de Mme. de la Sainte Colombe, trabajaria en ella con mas eficacia que nadie, porque está lleno de uncion y de paciencia, y ademas es evidente que por medio de esta digna señora tendrá algunos provechos que contribuirán al alivio de su madre.... Hé aquí el secreto de esta gran maquinacion. Cuando supe que dicha señora habia hecho ánimo de comprar esta posesion, inmediata á la parroquia de nuestro protejido, escribí al instante al señor marqués, que se acordó de usted y me respondió que le pidiese este pequeño servicio, el cual no será estéril, como verá usted. Porque, repito, y lo probaré, tengo facultad para conservar á usted la administracion.

—Oiga usted, caballero, respondió Dupont despues de un momento de reflexion... Usted es tan franco y tan servicial que quiero imitar su franqueza. Tan respetado y querido es en el pais el cura de Danicourt, como temido por su intolerancia es el de Roiville que tanto me recomienda usted... Y ademas...

—¿Y qué?...

—Y en fin, se dice ademas...

—Veamos, ¿que es lo que se dice?

—Dicen que... es un jesuita.

Al oir estas palabras Mr. Rodin soltó una carcajada tan franca que el administrador se quedó atónito, porque el aspecto de Mr. Rodin tenia una singular espresion cuando se echaba á reir...

—¡Un jesuita! repetia Mr. Rodin con nueva risa..... ¡un jesuita!..... Vaya, mi querido señor Dupont, ¿cómo un hombre de sentido comun, de esperiencia y talento como usted, puede creer semejantes necedades? ¡Un jesuita!..... ¿acaso hay jesuitas? y sobre todo en esta época.....

¿puede usted dar crédito á esos cuentos de jacobinos y á esos disparates del viejo liberalismo? Vamos, ¡apostaria que ha leido usted todo eso... en el *Constitution l!*

—Sin embargo, caballero... dicen...

—¡Dios mio! se dicen tantas cosas..... pero los hombres prudentes é ilustrados como usted no hacen caso de dichos, sino que se ocupan con preferencia de sus intereses, y no sacrifican á una necedad un buen destino que les asegura su existencia hasta el fin de sus dias; porque, francamente, si usted no consigue hacer que Mme. de la Sainte Colombe prefiera á mi protejido, no permanerá usted aquí.

—Pero, caballero, dijo el pobre Mr. Dupont, yo no tendré la culpa si esa señora oye alabar al otro cura y le prefiere á vuestro protejido.

—Tiene usted razon; pero si las personas que tanto tiempo habitan este pais... personas dignas de toda confianza y á quienes Mme. de Sainte Colombe verá diariamente, hablasen muy bien en favor de mi protejido y mal del otro cura, no hay duda que le preferiria, y usted conservaria la administracion.

—Pero... caballero... eso seria una calumnia... esclamó Mr. Dupont.

—¡Ah! mi querido señor Dupont, repuso Mr. Rodin con aire afligido y tono de afectuosa reconvencion, ¿cómo me cree usted capaz de darle malos consejos? Esto no pasa de ser una simple suposicion. Usted desea conservar la administracion de esta propiedad. Pues bien, yo presento á usted un medio, un medio cierto... ahora le toca á usted consultar y decidirse.

—Pero, caballero...

—Escuche usted una palabra mas... ó mas bien una nueva condicion... Desgraciadamente se ha visto á algunos ministros del Señor abusar de la edad y debilidad de espíritu de sus penitentes para sacar un buen partido para sí... ó para otras personas; pero yo creo á mi protejido incapaz de semejante bajeza... sin embargo, para poner á cubierto mi responsabilidad y principalmente la de usted... puesto que habrá contribuido á la eleccion de mi protejido, deseo que me escriba usted dos veces á la semana y con los mayores detalles todo cuanto usted observe sobre el carácter, usos, relaciones y lecturas de madame de Sainte Colombe; porque vea usted la influencia de un director se conoce en todo el conjunto de la vida, y yo deseo estar al corriente de la conducta de mi protejido sin que él pueda sospecharlo.... de modo que si usted advirtiese alguna cosa vituperable que le chocase, yo lo sabria inmediatamente por vuestra correspondencia semanal muy detallada.

—Pero, caballero, eso seria un espionaje..... esclamó el desgraciado administrador.

—¡Ah! mi querido Mr. Dupont...... ¡puede usted vituperar de ese modo una de las mas santas inclinaciones del hombre... cual es la *confianza!*... porque yo no solicito otra cosa... mas que me escriba usted confidencialmente hasta los menores detalles sobre todo lo que suceda aquí. Bajo estas condiciones inseparables, usted conservará la administracion.... de lo contrario, tendré el sentimiento... y el disgusto de verme obligado á nombrar otro administrador á Mme. de la Sainte Colombe.

—Caballero..... suplico á usted.... dijo Dupont conmovido... sea usted generoso sin exigir condicion ninguna... mi muger y yo solo contamos con esto para vivir; ya somos demasiado viejos para buscar otro destino... no quiera usted esponer á luchar una probidad de cuarenta años con el miedo de la miseria, que es tan mala consejera...

—Mi querido Mr. Dupont, usted no es un niño, reflexione..... y dentro de ocho

dias me dará usted la respuesta.... ¡Ah, señor, compasion!...

Esta conversacion fué interrumpida por un retumbante ruido que repitieron los ecos de las escarpadas rocas.

—¿Qué significa eso? dijo Mr. Rodin.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras cuando se sintió otra vez el mismo ruido, pero mas sonoro.

—¡Cañonazos! esclamó Dupont levantándose... ¡cañonazos! sin duda es algun buque que pide socorro ó un piloto.

Amigo mio, dijo la muger del administrador entrando de pronto: desde la azotea se ve un buque de vapor y otro de vela enteramente desmantelado..... las olas los impelen hacia la costa y el buque de vela pide socorro.... está perdido...

—¡Ah! ¡cosa terrible! ¡y no poder hacer nada.... nada mas que presenciar un naufragio! esclamó el administrador tomando su sombrero en ademan de salir.

—¿No hay socorro ninguno con que acudir á esos buques? preguntó Mr. Rodin.

¡Socorro! si llegan á entrar en los arrecifes, no hay poder humano que pueda salvarlos; desde que empezó el equinoccio se han perdido ya dos buques en esta costa.

—¡Perdido! ¡personas y carga! ¡ah! eso es terrible... dijo Mr. Rodin.

—Con semejante borrasca poca esperanza puede quedar desgraciadamente á los pasageros; pero no obstante, dijo el administrador hablando con su muger, voy á las rocas con los criados de la quinta para ver si puedo salvar algun desgraciado: enciende la chimenea en varios cuartos... prepara ropa blanca... vestidos... cordiales... No me atrevo a esperar que se salvarán.... pero en fin, haré lo posible.....

—Interin acude Vd. á esa santa mision, dijo Mr. Rodin, su muger de Vd. tendrá la bondad de decirme donde está el cuarto verde; tomaré los objetos que vengo á buscar y marcharé inmediatamente á Paris porque estoy muy de prisa.

—Como Vd. guste, caballero; Catalina va á conducir á Vd..... y tú toca la campana grande, dijo Mr. Dupont á su criada... y dí á todas las gentes de la casa que vengan á reunírseme al pié de las rocas con cuerdas y tablas.

—Si, amigo mio, pero no te espongas.

—Abrázame, y esto será un buen agüero para mí, dijo el administrador.

En seguida salió corriendo y diciendo:

—¡Pronto, pronto! á esta hora tal vez no habrá quedado una sola tabla de los buques.

—Mi querida señora, ¿tendria Vd. la bondad de conducirme al cuarto verde? dijo Mr. Rodin que continuaba impasible.

—Puede Vd. seguirme, caballero, respondió Catalina enjugándose las lágrimas..... porque estaba temblando por la suerte de su esposo cuyo valor le era bien conocido.

VIII.

LA TEMPESTAD.

El mar está horroroso....

Inmensas olas de verde oscuro, jaspeado de blanca espuma, ostentan con mil ondulaciones su elevacion ó profundidad al dilatado reflejo de una espaciosa faja de rojiza luz que se estiende en el horizonte. Espesas y negras masas de nubes se amontonan en la atmósfera: otras de color pardo y de fuego se desprenden lijeras y veloces en aquel lúgubre cielo.

El pálido sol de invierno, antes de desaparecer en medio de aquel inmenso nublado á cuya espalda sube lentamente reflejando sobre el borrascoso mar sus oblícuos rayos, dora las trasparentes cimas de algunas de las olas mas elevadas.

Una faja de blanca espuma hierve y salpica en el inmenso espacio los arrecifes de

que está erizada esta áspera y peligrosa costa.

A lo lejos y á poca distancia de un promontorio de rocas bastante internado en el mar, se eleva el palacio de Cardoville, cuyos vidrios despiden el reflejo de un rayo de sol: sus paredes de ladrillo y sus agudos techos de pizarra ostentan sus formas en medio de este cielo cargado de vapores.

Un gran buque fuera de rumbo y navegando al solo impulso de retazos de vela fijos en los residuos de sus mástiles, se dirije hácia la costa, ya elevándose en la cima de las olas ó ya bajando á lo mas profundo del abismo.

De repente brilla un relámpago.... y á este sigue al instante un ruido sordo, apenas perceptible en medio del ruido de la tempestad.... Este cañonazo es la última señal de socorro de aquel buque que se pierde y corre hácia la costa á pesar de sus esfuerzos.

En este instante, un buque de vapor de cuya chimenea se escapa una oscura espiral de humo, venia del este con direccion al oeste, haciendo mil esfuerzos para mantenerse lejos de la costa; á su izquierda dejaba los arrecifes.

El buque desmantelado debia pasar de un momento á otro por delante de la proa del vapor, corriendo sobre las rocas á donde lo arrojan el viento y la marea.

Un repentino golpe de mar lo hizo volcar sobre el costado; las enormes y furiosas olas penetraron en el puente; en un segundo cayó la chimenea, se rompió el tambor, y una de las ruedas de la máquina quedó inutilizada...... otras olas sucediendo á las primera, dieron de costado en el buque y aumentaron tanto las averias, que perdiendo el rumbo se dirigió á poco hácia la costa.... en la misma direccion que el otro buque.

Pero este aunque mas lejos de los arrecifes, y oponiendo á la furia del viento y de las aguas mayor superficie que el vapor, vogaba con mas precipitacion en su rumbo comun y se acercó á él en términos que debió temerse un choque entre ambos buques.... nuevo peligro que añadir á todos los horrores de un naufrajio, en aquel momento terrible.

El buque de vela, que era inglés, llamado el *Black-Eagle*, venia de Alejandria donde habia recojido los pasajeros que al llegar de la India y de Java por el mar Rojo en el *Ruyter*, habian dejado este buque para atravesar el istmo de Suez. Despues de haber pasado el estrecho de Gibraltar, hizo escala en las Azores de donde venia entonces... con direccion á Porstmouth, cuando fué acometido por la ráfaga del noroeste que reinaba entonces en la Mancha.

El vapor, llamado *Guillelmo Tell*, venia de Alemania por el Elba: despues de haber pasado por Hamburgo se dirje al Havre.

Ambos buques, hechos el juguete de enormes olas, impelidos por la borrasca y arrastrados por la marea, corrian sobre los arrecifes con espantosa rapidez.

Sus respectivos puentes ofrecian un siniestro y terrible espectáculo; la muerte de todos los pasajeros parecia casi cierta, porque el furioso mar se estrellaba sobre las vivas rocas de la escarpada orilla.

El capitan del *Black-Eagle*, de pie sobre la popa y agarrado á un resto de mástil, daba en este terrible lance sus últimas órdenes con valerosa calma. No habia esperanza de echar la chalupa, porque las olas acababan de arrebatar los botes; la sola y única esperanza, en el caso en que el buque no se estrellase antes en los bajíos de piedra, era establecer con un cable por medio de las rocas una comunicacion muy peligrosa entre la tierra y los restos de uno de los buques.

El puente estaba cubierto de pasajeros cuyos gritos y espanto aumentaban mucho mas la confusion general.

Unos estáticos y agarrados á las cavillas de los obenques, esperaban la muerte con estúpida insensibilidad; otros, desesperados, pateaban ó se revolcaban sobre el puente prorumpiendo en terribles imprecaciones.

A un lado yacian mugeres arrodillas y rezando; otras escondian su rostro en las manos para no ver los siniestros anuncios de la muerte; una madre jóven, pálida como un espectro y con su hijo estrechamente apretado al seno, iba suplicando á todos los marineros y ofreciéndoles al que se encargase de salvar á su hijo un bolsillo lleno de oro y sus alhajas que acababa de ir á buscar....

Estos gritos, estas lágrimas y espanto contrastaban con la sombria y taciturna resignacion de los marineros. Conociendo la inminencia de un horroroso é inevitable riesgo, unos se despojaban de una parte de sus vstidos, esperando el momento de hacer su último esfuerzo para disputar su vida al furor de las olas; otros renunciando á toda esperanza, aguardaban la muerte con estóica indiferencia.

Por todas partes se veian escenas tiernas ó terribles sobre este fondo, por decirlo asi, de sombría y triste desesperacion.

Un jóven como de diez y ocho á veinte años, de cabellos negros y relucientes, de color de cobre, cuyas facciones eran de una perfecta y regular belleza, contemplába esta escena de desolacion y terror con aquella triste calma propia de los que han arrostrado con frecuencia grandes peligros: embozado en una capa, con la espalda apoyada en los filaretes, se sostenia con los pies en uno de los palos de reserva. Repentinamente la desgraciada madre, que con su hijo en los brazos y el oro en sus manos se habia dirijido en vano á algunos marineros suplicándoles que salvasen á su hijo, viendo al jóven de color de cobre, se echó á sus pies y le alargó su hijo con inesplicable acento de desesperacion. El jóven tomó la criatura, meneó tristemente la cabeza y señaló las furiosas olas á esta muger desconsolada.... pero haciendo un gesto espresivo, pareció prometerla que trataria de salvarle... La jóven madre alborozada con insensata alegria se puso entonces á bañar con sus lágrimas las manos del jóven.

Mas lejos, otro pasajero parecia animado de la mas activa compasion.

Apenas podian echársele veinte y cinco años; al rededor de su cara angelical caian flotando largos, rizados y rubios cabellos. Llevaba una sotana negra y un alzacuello blanco: prefiriendo á los que parecian mas desesperados, iba de uno á otro infundiendo con sus piadosas palabras resignacion ó esperanza: al oirle consolar á unos, animar á otros con un lenguaje lleno de uncion, de ternura y de inefable caridad, parecia enteramente estraño ó indiferente á los peligros que tambien le amenazaban.

Sobre aquel pacífico y bello rostro se leia una fria y santa intrepidez, un religioso desprendimiento de toda especie de pensamientos terrestres: de cuando en cuando levantaba sus grandes y azules ojos llenos de reconocimiento, de amor y de serenidad, como para dar gracias a Dios de haberle reservado una de aquellas formidables pruebas en que el hombre de sentimientos y de valor puede sacrificarse por sus hermanos, y si no salvar á todos á lo menos morir con ellos, señalándoles el cielo.... En fin, parecia un ángel enviado por el Criador para dulcificar los golpes de una fatalidad.

¡Contraste singular! no léjos de este jóven, tan bello como un arcángel, se

hallaba un ser que parecia al demonio del mal.

Osadamente subido sobre un resquicio del bauprés y agarrado á algunos restos de jarcias, dominaba la escena que pasaba en el puente.

En su amarilla y mate frente, color peculiar á los hijos de un blanco y de una criolla mestiza, brillaba una siniestra y feroz alegria: solo llevaba una camisa y un pantalon de lienzo, y en su cuello estaba suspendido con un cordon un canuto de hojalata semejante al que tienen los soldados para guardar su licencia.

Cuanto mas aumentaba el peligro, cuanto mas espuesto estaba el buque á ser arrojado contra el arrecife ó á abordar al vapor, hácia el que corria con rapidez (abordaje terrible que debia hacer ir á pique á los dos buques aun antes de que hubiesen encallado en medio de las rocas) tanto mas feroces eran los trasportes de la infernal alegria de este pasajero. Parecia apresurar con impaciencia salvaje la obra de destruccion que estaba amenazando.

Al verle saciarse de este modo de la agonia, del terror y desesperacion de todos, se le hubiera creido el apóstol de una de las sanguinarias divinidades que en los paises bárbaros presiden al homicidio y al estrago.

El *Black-Eagle* impelido por el viento y por las enormes olas llegó á poco tan cerca del *Guillelmo Tell*, que desde este buque se podia distinguir á los pasajeros reunidos en el puente del vapor que casi habia perdido tambien el rumbo.

Sus pasajeros se hallaban ya reducidos á un corto número.

La oleada que arrebató el tambor y rompió una de las ruedas, se habia llevado casi al mismo tiempo todo el borde de aquel lado; y las olas entrando á cada instante por esta inmensa brecha, y barriendo el puente con una fuerza irresistible, se llevaban cada vez algunas víctimas.

Entre los pasajeros que parecia no haberse librado de este riesgo sino para ser estrellados entre las rocas ó aniquilados por el choque de estos dos buques, cuyo encuentro se hacia cada vez mas inminente, habia un grupo sumamente digno del mas tierno y doloroso interés. Un venerable anciano, de calva frente y bigotes canos, refugiado en la popa, se habia rodeado al cuerpo una cuerda, y sólidamente amarrado al borde del buque enlazaba con los brazos y apretaba contra el pecho dos jóvenes de quince á diez y seis años, medio embozadas con una pellica de piel de zorro;..... á sus piés se hallaba un enorme mastin chorreando agua y ladrando con furor contra las olas.

Estas jóvenes, ceñidas con el brazo del anciano, se estrechaban una contra otra, y sus ojos, lejos de mirar con espanto todo lo que las rodeaba, se dirigian al cielo como si llenas de ingénua confianza esperasen su salvacion de un poder sobrenatural.

Repentinamente se oyó en medio del ruido de la tormenta un espantoso grito de horror y de desesperacion que los pasageros de ambos buques dieron á la vez.

En el momento en que el vapor, profundamente sepultado entre dos olas, presentaba su costado, á la proa del buque de vela, este, arrebatado á una altura prodigiosa por una montaña de agua, se halló, por decirlo asi, encima del *Guillermo Tell* durante el segundo que precedió al choque de estos dos buques.

Hay espectáculos de un horror sublime... imposibles de describir.

Durante estas catástrofes, tan prontas como el pensamiento, se perciben á veces cuadros tan rápidos que parece han sido vistos á la luz de un relámpago. Asi es

que cuando el *Blak Eagle* levantado por las olas, iba á caer sobre el *Guillelmo Tell*, el jóven de cara de arcángel y de rubios y flotantes cabellos, estaba de pié en la proa del buque de vela, dispuesto á precipitarse en el mar para salvar alguna víctima...

A bordo del vapor, que él dominaba desde lo mas elevado de una inmensa ola, distinguió de pronto las dos jóvenes que tendian hácia él sus brazos en ademan de súplica...

Parecian reconocerle y le contemplaban con una especie de éxtasis y de adoracion religiosa.

Durante un segundo, las miradas de estos tres séres se encontraron á pesar del ruido de la borrasca y de la inminencia del naufragio.....

La fisonomía del jóven manifestó entonces una compasion súbita y profunda, porque las dos niñas, con las manos juntas, le imploraban como á un salvador á quien se espera...

El anciano yacia tendido sobre el puente á donde lo habia arrojado un golpe de mar...

De allí á poco todo desapareció.

Una inmensa masa de agua lanzó con ímpetu al *Blak Eagle* sobre el *Guillelmo Tell*, en medio de una nube de espuma...

Al espantoso choque de estos dos cuerpos de madera y de hierro, que desechos el uno contra el otro desaparecieron al instante, se juntó únicamente un gran grito.

Un grito de muerte y de agonía.

Un solo grito prorrumpido por cien criaturas humanas sepultándose á un tiempo en el profundo abismo del mar.

Despues no se vió ya nada...

A pocos instantes se podian percibir en el hueco ó en la cima de las olas los restos de los dos buques, y en otros varios puntos los brazos y las lívidas caras de algunos desgraciados que procuraban ganar los arrecifes de la costa, espuestos á ser desechos contra ellos por el choque de las olas que venian á estrellarse con furor.

IX.

LOS NÁUFRAGOS.

Al mismo tiempo que el administrador se dirigia á la playa con el objeto de socorrer á los pasageros que hubiesen podido escapar de un naufrajio inevitable, Mr. Rodin, á quien Catalina condujo al cuarto verde, tomaba los objetos que debia llevarse á Paris.

Despues de haber pasado dos horas en este cuarto con la mayor indiferencia relativamente al salvamento en que estaban ocupados los habitantes del palacio, volvió á la pieza ocupada por el administrador la cual tenia una puerta que daba á una larga galería. Al entrar en ella no halló á nadie; llevaba bajo el brazo una cajita de sándalo guarnecida de manecillas de plata que el tiempo habia enmohecido; de su levita, medio abrochada, sobresalia parte de una inmensa cartera de tafilete rojo colocada en el bolsillo del costado. Si el frio y lívido rostro del secretario del abate d'Aigrigny no hubiese podido manifestar su alegría sino por una risa irónica, sus facciones hubieran sido radiantes, porque en este momento se hallaba sometido á las mas gratas ideas.

Despues de haber puesto la caja sobre una mesa, se decia á sí mismo con profunda satisfaccion:

—Todo va bien; ha sido mas prudente dejar aquí hasta ahora estos papeles, porque es preciso estar siempre alerta con el diabólico espíritu de esa Adriana de Cardoville que parece adivinar lo que es imposible que ella sepa. Felizmente..... se acérca el momento en que no tendremos que temerla; no hay duda que su suerte

será cruel. Estas naturalezas indómitas é independientes son nuestros enemigos natos... por el género de su carácter. ¿Qué será pues, cuando nos son peculiarmente perjudiciales y peligrosas?..... Por lo que toca á la Sainte Colombe, el administrador es ya nuestro y no titubeará entre lo que este imbécil llama conciencia, y el miedo de verse privado de recursos á su edad: tengo tanto mas interés en ello, cuanto que podrá servirnos mejor que nadie; como hace veinte años que está aquí no inspirará la menor desconfianza á esta necia é innoble Sainte Colombe.... Luego que esté en manos de nuestro protejido de Rosville.... respondo de ella. Semejantes mujeres sirven al diablo en su juventud y cuando llegan á madurar le hacen servir por otros; en su vejez tienen siempre un miedo horrible, y será necesario que lo tenga hasta que nos legue el palacio de Cardoville, que por su solitaria posicion podrá servirnos para un colegio escelente... Asi, todo va bien.... En cuanto al asunto de las medallas, ya nos acercamos al 13 de febrero y no hay noticias de Josué... Seguramente el principe Djalma sigue siempre preso por los ingleses en el fondo de la India; de lo contrario yo hubiera recibido noticias de Batavia; las hijas del general Simon estarán tambien detenidas en Leipsik, á lo menos un mes mas. Las relaciones esteriores están puesen el mejor estado posible. En cuanto á las interiores....

Mme. Dupont, que se ocupaba con celo en todos los preparativos de socorro, interrumpió en este momento las reflexiones de Rodin.

—Ahora, dijo á una criada, enciende fuego en la pieza inmediata y prepara el vino caliente, pues Mr. Dupont puede llegar de un momento á otro.

—¡Y bien! mi querida señora, la dijo Rodin, ¿hay esperanzas de salvar á alguno de esos desgraciados?

—Caballero... desgraciadamente lo ignoro: ya hace cerca de dos horas que salió mi marido. Estoy en una mortal inquietud; es tan valeroso y tan imprudente cuando se trata de ser útil...

—Valeroso.... hasta la imprudencia.... dijo el impaciente Rodin para sí mismo.... eso no me gusta...

—En fin, repuso Catalina... acabo de llevar al cuarto inmediato ropa muy caliente..... y cordiales..... ¡Oh, Dios mio! ¡con tal que esto sirva para algo!

—Debemos esperarlo así, mi querida señora. He sentido mucho que mi edad y mis achaques no me hayan permitido ayudar á vuestro escelente esposo... ni tampoco poder esperar saber el resultado de sus esfuerzos y felicitarle si no han sido vanos.... porque desgraciadamente tengo precision de volverme..... tengo los momentos contados. Estimaré á usted que haga disponer mi birlocho.

—Con mucho gusto, caballero, voy al instante.

—Una palabra..... mi querida y buena señora Dupont... usted es una muger entendida y de buen consejo..... he dado á vuestro esposo los medios de conservar, si le agrada, la administracion de estas tierras.....

—¿Seria posible? ¡Qué reconocida estoy! Sin este destino no sé qué seria de nosotros á nuestra edad.

—Unicamente bajo dos condiciones..... miserias... él esplicará á usted esto.

—¡Ah, caballero! ¡Usted es nuestro salvador!...

—Eso es efecto de la bondad de usted..... pero bajo estas dos ténues condiciones. .

—Aunque fuesen ciento las aceptaríamos. Juzgue usted....... sin el menor recurso... si no tuviésemos este destino..... sin medios...

—Cuento pues con usted..... por el in-

terés de vuestro esposo..... procure usted decidirle...

—Señora... señora... el amo llega, dijo una criada que entró corriendo en el cuarto.

—¿Viene con mucha gente?

—No, señora... solo...

—¡Solo!... ¿cómo es eso?

—Si, señora.

Pocos momentos despues entró en la sala Mr. Dupont; sus vestidos estaban chorreando; y para conservar su sombrero durante la borrasca lo habia atado y anudado con su corbatin que traía en forma de carrilleras; sus botines estaban llenos de un barro gredoso.

—En fin, amigo mio, ¡gracias á Dios que has llegado! ¡estaba tan inquieta! esclamó su muger con ternura.

—Hasta ahora... se han salvado tres.

—¡Bendito sea Dios! mi querido señor Dupont, dijo Mr. Rodin: á lo menos vuestros esfuerzos no habrán sido inútiles.

—¡Tres... solamente tres! ¡Dios mio! dijo Catalina.

—Solo te hablo de los que he visto..... cerca de la pequeña rada de las Gaviotas, y se debe creer que se han salvado otros en los puntos mas accesibles de la costa.

—Tienes razon..... porque felizmente no todos los puntos son malos.

—¿Y dónde están esos interesantes náufragos, mi querido señor? preguntó Rodin, que no podia menos de esperar algunos instantes mas.

—Están subiendo la cuesta..... ayudados por nuestros criados. Como no pueden venir de prisa me he adelantado para tranquilizar á mi esposa y para tomar algunas medidas necesarias; antes de todo es menester preparar inmediatamente vestidos de muger.....

—¡Con qué hay una muger entre las personas que se han salvado!

—Dos jovencitas..... de quince á diez y seis años lo mas... niñas... ¡y tan bonitas!

—¡Pobres criaturas!.... dijo Mr. Rodin compungido.

—La persona á quien deben la vida viene con ellas..... ¡Oh! ¡en cuanto á este, puede asegurarse que es un héroe!

—¿Un héroe?

—Sí, figúrate.....

—Luego me lo dirás.. .. ahora ponte á lo menos esta bata que está muy seca.... porque vienes empapado en agua... bebe un poco de vino caliente..... toma.....

—No lo rehuso, porque estoy helado... Te decia que el que ha salvado á estas jovencitas es un héroe..... El valor que ha mostrado es superior á todo cuanto se puede imaginar..... Salimos de aqui con los hombres de la quinta, bajamos el pequeño sendero á pico y llegamos al fin al pié de las rocas. — A la pequeña rada de las Gaviotas, felizmente algo resguardado de las olas por cinco ó seis enormes peñascos bastante internados en el mar..... ¿Qué fué lo que vimos en el fondo de la rada? á las dos jóvenes de quienes te hablo desmayadas, con los pies empapados en agua y recostadas en una roca como si las hubieran colocado allí despues de haberlas sacado del mar.

—¡Pobres niñas! ¡parten el corazon! dijo Mr. Rodin, llevando segun costumbre su pequeño dedo izquierdo al lagrimal de su ojo derecho para enjugar una lágrima que raras veces aparecia en este sitio.

—Lo que mas me ha chocado es que se parecen tanto, dijo el administrador, que se necesita mucho tiempo para reconocerlas.....

—Sin duda son mellizas, dijo madama Dupont.

—Una de estas pobres criaturas, prosiguió el administrador, tenia en sus dos manos juntas una medallita de bronce que trae suspendida al cuello con una cadenita del mismo metal.

Mr. Rodin estaba ordinariamente muy encorbado. Al oir estas últimas palabras del administrador, se enderezó de pronto, y un ligero sonrosado cubrió sus lívidas mejillas..... En cualquiera otra persona estos síntomas hubieran sido insignificantes; pero en Mr. Rodin, habituado hacia muchos años á reprimir y á disimular todas sus emociones, anunciaban un profundo estupor; acercándose al administrador, le dijo con voz algo alterada, pero con el aire mas indiferente:

—Sin duda será una santa religiosa... ¿No ha visto Vd. lo que habia grabado en esa medalla?

—No, señor, no he pensado en ello.

—¿Y dice Vd. que esas jóvenes se parecen..... mucho?

—Sí, señor... en términos que es fácil equivocarlas... Probablemente son huérfanas, porque están vestidas de luto...

—¡Ah! están vestidas de luto!.... dijo Mr. Rodin con igual sensacion.

—¡Qué desgracia! ¡tan jóvenes y huérfanas! repuso madama Dupont enjugándose las lágrimas.

—Como estaban desmayadas, las condujimos mas lejos, á un sitio donde la arena estaba seca..... Mientras que nos ocupábamos en esto, ¡vimos salir de entre las rocas la cabeza de un hombre que procuraba trepar, ayudado de una mano: corrimos hácia él, y felizmente á tiempo, porque sus fuerzas se hallaban agotadas, y cayó en los brazos de nuestros hombres. Este es el mismo de quien te decia que era un héroe, porque no contento con haber salvado con admirable valor á las dos jóvenes, quiso aun salvar á otra persona y habia vuelto á las rocas batidas por el mar; pero sus fuerzas se habian apurado, y sin nuestro ausilio hubiera sido arrebatado de las peñas á que se agarraba.

—Tienes razon...,. es mucho valor.

Mr. Rodin, con la cabeza inclinada hácia el pecho, parecia no tener parte en la conversacion; su consternacion y estupor aumentaban con la reflexion; las dos jóvenes que acababan de salvar tenian quince años, estaban vestidas de luto, y se parecian tanto, que podia confundírselas; una de ellas llevaba al cuello una medalla de bronce; ya no podia dudar que eran las hijas del general Simon. ¿Cómo es que estas dos hermanas se hallaban entre los náufragos, y cómo habian salido de la cárcel de Leipsik? ¿Cómo no habia tenido noticias de esto? ¿Se habian escapado, ó habian sido puestas en libertad? ¿Cómo no se lo habian avisado? Estos pensamientos secundarios que se agolpaban á la imaginacion de Mr. Rodin quedaban destruidos con este hecho:

«Las hijas del general Simon estaban allí.»

Su trama, trabajosamente urdida era inútil.

—Cuando te hablo del que ha salvado á estas dos jóvenes, repuso el administrador dirijiéndose á su muger, y sin notar la preocupacion de Mr. Rodin, acaso esperarás ver á un Hércules; pero te equivocas... es casi un niño; su linda y dulce cara y sus largos y rubios cabellos le dan un aire tan jóven... En fin, yo le dejé una capa, porque no tenia mas que la camisa y un calzon negro con medias de lana del mismo color... lo cual me ha parecido estraño.

—Es verdad, los marineros no están vestidos asi.

—Ademas, aunque el buque en que venia era inglés, creo que mi héroe es francés, porque habla nuestra lengua como nosotros... Pero lo que nos hizo saltar las lágrimas eran las niñas, cuando al volver en sí y al verle... se echaron á sus pies... parecian mirarle religiosamente y darle las gracias como cuando se ruega á Dios... En seguida miraron al rededor de

sí en ademan de buscar á alguno; se dijeron algunas palabras y prorrumpieron en sollozos estrechándose mutuamente en los brazos.

—¡Qué desgracia, Dios mio! ¡cuántas víctimas debe haber habido!

—Cuando dejamos las rocas, la mar habia arrojado ya á la orilla siete cadáveres... tablas... cajones... He hecho avisar á los guarda-costas... que se quedarán allí todo el dia para vigilar.... y si, como lo espero, se salvasen algunos mas, los enviarán aquí... Pero, escucha... parece que se siente un ruido como si fueran voces... Si, son nuestros náufragos.

Y en esto el administrador y su muger corrieron á la puerta del cuarto que daba á un largo corredor, al mismo tiempo que Mr. Rodin, mordiéndose convulsivamente las uñas, esperaba con colérica inquietud la llegada de los náufragos: poco despues se ofreció á su vista un sensible cuadro.

Tres personas guiadas por un paisano venian lentamente del fondo de aquel corredor bastante oscuro, que solo tenía en uno de sus lados varias ventanas en orgive.

Este grupo se componia de dos jóvenes y del hombre intrépido á quien debian la vida... á su derecha é izquierda venian Rosa y Blanca que marchaban con mucho trabajo apoyándose ligeramente en su brazo.

Aunque tenia 25 años cumplidos, la juvenil fisonomía de este hombre no anunciaba esa edad; sus largos, rubios y cenicientos cabellos, separados en medio de su frente caian lisos y húmedos sobre el cuello de una espaciosa capa oscura con con que le habian cubierto. Sería dificil dar una idea de la adorable bondad de aquella pálida y dulce fisonomía, tan pura como lo mas ideal que ha producido el pincel de Rafael... porque solo este divino artista pudiera pintar la melancólica gracia de aquel rostro encantador, la celestial serenidad de sus ojos limpios y azules como los de un arcángel..,. ó de un mártir en la gloria.

Si, de un mártir, porque una sangrienta auréola ceñia ya aquella hechicera cabeza...

¡Espectáculo doloroso!.. por encima de sus rubias cejas, una estrecha cicatriz que el frio hacia mas aparente y que databa de muchos meses, parecia ceñir su bella frente con un cordon de púrpura; y ¡cosa mas triste aun! sus manos y sus pies habian sido cruelmente traspasados con clavos... y si marchaba con tanto trabajo era porque sus heridas acababan de abrirse en las agudas rocas por donde habia corrido para salvar á los náufragos.

Este jóven era Gabriel, sacerdote agregado á las misiones estrangeras é hijo adoptivo de la muger de Dagoberto, Gabriel era sacerdote y mártir... porque en nuestros dias tambien hay mártires... como en el tiempo en que los Césares entregaban los primeros cristianos á los leones y á los tigres del Circo.

Porque, en nuestros dias, los hijos del pueblo, y en este es donde se reclutan las almas heróicas y desinteresadas; los hijos del pueblo, decimos, impelidos de una respetable vocacion, como todo lo que es sincero y valeroso, van por todo el mundo á propagar la fé, y á arrostrar el martirio y la muerte con ingenuo valor.

¡Cuántos oscuros é ignorantes han sido víctimas de los bárbaros en la soledad de ambos mundos!... y estos sencillos soldados de la cruz cuyo solo patrimonio es su fé é intrepidez, no encuentran jamas á su vuelta (y vuelven raras veces) cuantiosas y suntuosas dignidades eclesiásticas. La púrpura y la mitra no ocultan jamas su cicatrizada frente ni sus miembros mutilados, y mueren en la oscuridad como

el mayor número de los soldados del ejército. (1)

. . . .

En su ingenua gratitud, las hijas del general Simon, cuando volvieron en sí despues del naufragio y hallándose en estado de trepar por las rocas, no quisieron confiar á nadie el cuidado de sostener los vacilantes pasos del que acababa de sustraerlas á una muerte cierta.

Los vestidos negros de Rosa y Blanca estaban chorreando; su fisonomia, estremadamente pálida, manifestaba un profundo dolor; sus mejillas conservaban aun recientes señales de lágrimas; sus ojos tristes y bajos, trémulos de emocion y de frio: pensaban con desesperacion que no volverian á ver á Dagoberto, su guia y su amigo..... porque á este era á quien Gabriel habia alargado la mano para ayudarle á subir á las rocas; desgraciadamente las fuerzas faltaron á ambos.... y una oleada arrebató al soldado.

La vista de Gabriel fué un nuevo motivo de sorpresa para Rodin, que se habia retirado á un lado con el objeto de examinarlo todo; pero esta sorpresa era tan lisonjera.... sintió tanta alegria al ver al misionero libre de una muerte cierta, que la cruel impresion que esperimentó al ver á las hijas del general Simon, se dulcificó algun tanto. (Debe tenerse presente que para los proyectos de Mr. Rodin, Gabriel debia hallarse en Paris para el 13 de febrero.)

El administrador y su mujer, sumamente enternecidos al aspecto de las huérfanas, se acercaron á ellas con afecto.

—Señor.... señor.... buenas noticias... esclamó un mozo de la quinta entrando en el cuarto.... se han salvado otros dos náufragos.

—¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios! dijo el misionero.

—¿Donde están? preguntó el administrador dirigiéndose hácia la puerta.

—Uno de ellos puede andar... y me sigue en compañia de Justino... el otro se ha herido contra las rocas y le traen en una camilla de remos...

—Voy corriendo á hacer que le coloquen en la sala baja... dijo el administrador al salir; mira, Catalina, tu cuidarás de esas jóvenes.

—¿Y donde está el náufrago que puede andar? preguntó la mujer del administrador.

—Alli, dijo el paisano señalando á uno que venia corriendo por el corredor. Cuando supo que se hallaban aqui las dos señoritas que habian salvado..... y aunque el viejo estaba herido en la cabeza..... ha corrido tanto..... que apenas he podido adelantarme.

Cuando el paisano acabó de decir esto, Rosa y Blanca levantándose espontáneamente, se precipitaron á la puerta...... á donde llegaron al mismo tiempo que Dagoberto.

El soldado, no pudiendo proferir una palabra, cayó de rodillas en el umbral alargando sus brazos á las hijas del general Simon... al mismo tiempo que Quitasolaces les lamia las manos. Pero la emocion de Dagoberto era muy violenta; luego que estrechó en los brazos á las huérfanas, inclinó su cabeza hácia atrás y hubiera caido de espaldas sin el ausilio de

(1) Siempre nos acordaremos con emocion del final de una carta escrita hace dos ó tres años por uno de nuestros jóvenes y valientes misioneros, hijos de miserables jornaleros de la Beauce, que escribia á su madre desde el interior del Japon y terminaba asi su carta:

«Adios, mi querida madre, dicen que «hay mucho riesgo en los sitios á donde «me envian... Rogad á Dios por mi, y «decid á todos nuestros buenos vecinos «que los quiero y que con frecuencia pien- «so en ellos.»

los paisanos. A pesar de las reflecsiones de la muger del administrador sobre la debilidad y la emocion de las dos jóvenes, estas quisieron acompañar á Dagoberto que se habia desmayado y que trasportaron á un cuarto inmediato.

Al ver al soldado, las facciones de Mr. Rodin se contrajeron con violencia, porque hasta entonces habia creido en la muerte del conductor de las hijas del general Simon.

El misionero agoviado de cansancio, estaba recostado en una silla y no habia visto á Mr. Rodin.

Un nuevo personaje de color amarillo mate, acompañado de un paisano que le señaló á Gabriel entró entonces en el cuarto. El hombre amarillo á quien habian prestado una blusa y un pantalon de paisano, se acercó al misionero y le dijo en francés, pero con acento estranjero.

—Acaban de transportar aquí al príncipe Djalma..... y la primera palabra que ha pronunciado ha sido vuestro nombre.

—¿Que dice ese hombre? esclamó Rodin con tremenda voz, porque al oir el nombre de Djalma se puso de un salto al lado de Gabriel.

—¡Mr. Rodin! esclamó el misionero retrocediendo de sorpresa.

—Mr. Rodin.... esclamó el otro náufrago, que desde este momento no separó los ojos del corresponsal de Josué.

—¿Vd. aquí? dijo Gabriel acercándose á Rodin con una deferencia mezclada de temor.

—¿Qué os ha dicho ese hombre? repitió Rodin con voz alterada... ¿no ha pronunciado el nombre del príncipe Djalma?

—Sí, señor; el príncipe Djalma es uno de los pasajeros procedentes del buque inglés que venia de Alejandria y en él que hemos naufragado.... Dicho buque habia hecho escala en las Azores, donde yo estaba; el que me condujo de Charlestown se vió obligado á permanecer en esta isla á causa de sus muchas averías, y yo me embarqué en el *Black-Eagle* donde estaba el príncipe Djalma. Nos dirigiamos á Portsmouth, y desde allí tenia intencion de volver á Francia.

Rodin no pensó en interrumpir á Gabriel; este nuevo go pe paralizó sus ideas. En fin, como un hombre que hace el último esfuerzo por mas que conozca anticipadamente su inutilidad, dijo á Gabriel:

—¿Y sabe V. quien es ese príncipe Djalma?

—Un jóven bueno y valiente... el hijo de un rey indio depuesto de su trono por los ingleses.

El misionero volviéndose en seguida á otro náufrago, le dijo con interés:

—¿Cómo está el príncipe? ¿sus heridas son peligrosas?

—No tiene mas que fuertes contusiones que no serán mortales, respondió el otro.

—¡Bendito sea Dios! dijo el misionero dirigiéndose á Rodin; aquí tiene V. en salvo un náufrago mas.

—Tanto mejor, respondió Rodin con breve é imperiosa voz.

—Voy á verle, dijo Gabriel con sumision....... ¿No tenéis órden ninguna que darmé?

—¿Estaréis en estado de partir dentro de dos ó tres horas á pesar de vuestras fatigas?

—Si es preciso... si.

—Es preciso, partiréis conmigo.

Gabriel hizo una reverencia á Rodin que cayó postrado en una silla, al mismo tiempo que el misionero salia con el paisano.

El hombre amarillo se habia quedado en un rincon del cuarto donde Rodin no le habia visto.

Este hombre era el mestizo Faringhea, uno de los tres gefes de los estrangulado-

res, que habia podido librarse de la persecucion de los soldados en las ruinas de Tchandi; despues de haber matado al contrabandista Mahal, le robó las cartas que Mr. Josué Van Dael habia escrito á Rodin, como igualmente la que le habia dado para que el capitan del *Ruyter* le admitiese entre los pasajeros. Faringhea, que habia logrado escaparse de las ruinas de Tchandy sin ser visto de Djalma y habiéndole este hallado á bordo despues de su evasion (que esplicarémos mas adelante) é ignorando que pertenecia á la secta de los Phansagares, le trató como á un compatriota durante la travesía.

Rodin con los ojos espantados, el color lívido, mordiéndose las uñas hasta lo vivo, en su muda rabia, no reparó en el mestizo, quien despues de haberse acercado á él silenciosamente, le puso la mano familiarmente en el hombro, diciéndole:

—¿Os llamais Mr. Rodin?

—¿Qué se ofrece? respondió este estremeciéndose y levantando de pronto la cabeza.

—¿Os llamais Rodin? volvió á preguntarle Faringhea...

—Sí, ¿qué queréis?

—¿Vivís en Paris en la calle de Milieu des Ursins?

—Sí, ¿pero qué queréis, os digo?

—Ahora..... nada..... hermano... mas adelante... mucho.

Y Faringhea, alejándose con lentitud, dejó á Rodin asustado; porque las siniestras miradas y la sombría figura del estrangulador habian chocado á este hombre á quien nada intimadaba.

X.

LA MARCHA Á PARIS.

Un profundo silencio reina en el palacio de Cardoville: la borrasca ha ido cediendo poco á poco, y solo se percibe á lo léjos el sordo murmullo de las olas al retirarse lentamente de la costa.

Dagoberto y las huérfanas han sido colocados en calientes y cómodos cuartos del piso principal del palacio...

Djalma, cuyas graves heridas impedian trasportarle al superior, se quedó en una sala baja. En el momento del naufragio una desconsolada madre le habia puesto su hijo en los brazos. Inútilmente trató de arrancar este desgraciado á una muerte cierta; sus esfuerzos impedian sus movimientos, y el jóven indio fué arrojado y casi estrellado contra las rocas.

Faringhea que logró convencerle de su afecto, se quedó con él para cuidarle.

Gabriel, despues de haber prodigado á Djalma algun consuelo, se retiró al cuarto que le habia destinado; fiel á la promesa que hizo á Rodin de estar dispuesto á partir al cabo de dos horas, no quiso acostarse; despues de haber secado sus vestidos se durmió sobre un sillon, alto de espalda, delante de una chimenea donde ardía un brillante fuego.

Esta habitacion está contigua á las que ocupan Dagoberto y las dos huérfanas.

Quitasolaces, probablemente muy satisfecho en tan noble palacio, dejó la puerta del cuarto de las huérfanas y fué á calentarse y á tenderse delante del fuego á cuya inmediacion yacía dormido el misionero. El fiel perro con su hocico apoyado en sus estiradas patas goza con delicia de aquella dulzura despues de tantos contratiempos terribles y marítimos. No podremos afirmar si piensa habitualmente mucho en el pobre viejo Jovial, á menos que se tome por una prueba de recuerdo su rresistible necesidad de morder á todos los caballos blancos que encontró desde la muerte de su venerable compañero, él, hasta entonces el mas inofensivo de los perros relativamente á los caballos de cualquiera color.

Pocos instantes despues se abrió una puerta de las varias que daban á la sala de la chimenea, y entraron tímidamente por ella las dos hermanas; hacia algunos momentos que se habian dispertado, descansado y vestido: conservando aun alguna inquietud por Dagoberto, y aunque la muger del administrador, despues de haberlas conducido á su cuarto, volvió en seguida á decirles que el médico del pueblo no hallaba gravedad en la herida y el estado del soldado, sin embargo quisieron salir con intencion de preguntar por él á alguna de las personas del palacio.

El elevado respaldo del antiguo sillon en que dormia Gabriel, le ocultaba enteramente, pero las huérfanas al ver á Quitasolaces tranquilamente echado á los pies de este sillon, creyeron que Dagoberto descansaba allí, se aproximaron á él de puntillas.

Con grande admiracion vieron á Gabriel dormido. Quedáronse cortadas é inmobles, sin atreverse á retroceder ni á seguir temiendo dispertarle. Los largos y rubios cabellos del misionero, habiéndose secado, caían naturalmente rizados al rededor de su cuello y de sus hombros: el oscuro color de púrpura del damasco que cubria el sillon hacia resaltar la palidez de su rostro. La hermosa fisonomía de Gabriel manifestaba en aquel momento una amarga tristeza, ya porque estuviese impresionado con un sueño penoso ó ya porque tuviese la costumbre de ocultar sus dolorosos sentimientos, cuya espresion se revelaba entonces sin que él lo supiese, mientras dormia. A pesar de esta apariencia melancólica sus facciones conservaban el carácter de su angelical dulzura, y de un atractivo inesplicable..... porque no hay nada mas tierno que la bondad cuando padece.

Las dos jóvenes bajaron los ojos, se ruborizaron y se miraron con inquietud señalándose mutuamente con la vista al misionero dormido.

—Está durmiendo, hermana mia... dijo Rosa en voz baja.

—Mejor..... respondió Blanca tambien en voz baja y haciendo á Rosa una señal de inteligencia..... asi podremos mirarle bien.....

—Cuando veníamos del mar con él no nos atrevíamos....

—Mira.... qué dulce es su fisonomía...

—Me parece que es el mismo que hemos visto en nuestros sueños.

—Diciéndonos que nos protejeria.

—Y en esta ocasion.... no ha dejado de hacerlo.

—A lo menos.... lo estamos viendo....

—No es ya como en la cárcel de Leipsik.... aquella noche tán lóbrega....

—Y tambien nos salvó entonces.

—Sin él.... hubiéramos perecido esta mañana....

—Sin embargo, hermana mia, en nuestros sueños me parece que su rostro estaba circundado de una dulce luz.

—Si; ya sabes, casi nos deslumbraba.

—Y además no tenia un aire tan triste.

—Entonces venia del cielo.... y ahora está en la tierra....

—Hermana mia, ¿sabes si tenia entonces en la frente esa cicatriz de color de rosa vivo?

—No; lo hubiéramos notado.

—Y en sus manos..... mira, mira esas cicatrices...

—Pero si ha sido herido..... entónces no es un arcángel....

—¿Porqué hermana mia? ¿Y si ha recibido estas heridas queriendo impedir el mal, ó socorriendo á personas que iban á morir como nosotras?

—Tienes razon..... si no estuviese espuesto á peligros cuando viene á socorrer á los que proteje, no seria tan hermoso.

—¡Qué lástima que no abra los ojos!

—¡Son tan tiernas y tan dulces sus miradas!

—¿Porqué no nos ha hablado nada de nuestra madre durante el camino?

—Como no estábamos solas con él..... no habrá querido.

—Pero ahora lo estamos.

—Vamos á pedirle que nos hable de ella....

Las huérfanas se interrogaron con la vista y con tierna sencillez; sus deliciosas caras se sonrosaron lijeramente, y bajo su vestido negro se veia palpitar con dulzura su seno virginal.

—Tienes razon.... pidámoselo.

—¡Dios mio, hermana! como late nuestro corazon, dijo Blanca no dudando, y con razon, que Rosa sentia lo que ella en aquel momento.... ¡Y qué consolador es este latido! Parece que nos va á suceder alguna cosa buena.

Las dos hermanas, despues de haberse acercado de puntillas al sillon, se arrodillaron con las manos juntas, una á la derecha y otra á la izquierda del jóven sacerdote.

Era un cuadro delicioso.

Levantando sus adorables caras hácia Gabriel, dijeron en voz baja, muy baja, con voz suave y fresca como sus rostros de quince años:

—¡Gabriel! habladnos de nuestra madre.

A este nombre el misionero hizo un lijero movimiento, abrió un poco los ojos y gracias al estado de somnolencia que precede á un completo desvelo, no pudiendo apenas esplicar lo que veia, sintió un lijero arrebato al aspecto de aquellas dos preciosas caras que fijas en él le llamaban con dulzura.

—¿Quién me llama? dijo despertándose enteramente y levantando la cabeza.

—Nosotras.

—Si, Blanca y Rosa.

Gabriel se sonrojó tambien al reconocer las jóvenes que habia salvado.

Levantaos, hermanas mias, les dijo, solo delante de Dios se dobla la rodilla.

Las huérfanas obedecieron al instante y agarradas de las manos se pusieron junto á él.

—¿Con que sabeis mi nombre? les preguntó sonriéndose.

—¡Oh! no lo hemos olvidado.

—¿Quien os lo ha dicho?

—Vos mismo.

—¡Yo!

—Cuando vinisteis de parte de nuestra madre...

—A decirnos que veniais de su parte y que nos protejeriais siempre...

—¡Yo, hermanas mias! dijo el misionero no comprendiendo las palabras de las huérfanas.... Nunca os he visto hasta hoy....

—¿Y en nuestros sueños?

—Si, acordaos bien, en nuestros sueños.

—En Alemania; hace ya tres meses... por la primera vez... Miradnos bien.

Gabriel no pudo menos de sonreirse de la sencillez de Rosa y Blanca que le rogaban que se acordase de un sueño que habian tenido; en seguida y cada vez mas sorprendido repuso:

—¡En vuestros sueños!

—Seguramente cuando nos dabais tan buenos consejos.

Y tambien cuando tuvimos tanto disgusto... en la cárcel... vuestras palabras nos consolaron y nos infundieron valor... bien nos acordamos...

—¿No sois el mismo que nos sacó de la cárcel de Leipsik aquella noche tan oscura... que no podíamos veros?

—¡Yo!

—¿Y quién sino vos podia haber venido á socorrernos á nosotros y á nuestro antiguo amigo?



Las huerfanas y Gabriel.
en el Castillo de Cardoville

—Bien le decíamos que le queríamos porque él nos amaba, á pesar de que no quería creer en los ángeles.

—Así es que esta mañana apenas teníamos miedo en la borrasca.

—Os esperábamos.

—Si, hermanas mias, esta mañana Dios me ha concedido la gracia de enviarme á socorreros; yo venia de América, y no he estado jamas en Leipsik.... No he sido yo quien os sacó de la cárcel.... Decidme, hermanas mias, añadió sonriéndose bondadosamente... ¿quien creeis que soy yo?

—Un ángel que hemos visto ya en sueños y que nuestra madre nos envia del cielo para protejernos.

—Queridas hermanas mias, yo no soy mas que un pobre sacerdote.... y solo la casualidad ha hecho sin duda que me parezca al ángel que habeis visto en sueños y que solo podiais ver soñando.... porque para nosotros no hay ángeles visibles.

—Con que no hay ángeles visibles.... dijeron las huérfanas mirándose con tristeza.

—No importa, hermanas mias, repuso Gabriel cojiendo afectuosamente las manos de las dos jóvenes... los sueños como todas las cosas... vienen de Dios... y puesto que el recuerdo de vuestra madre se mezclaba en ellos.... bendecidle doblemente.

En este momento se abrió la puerta y se presentó Dagoberto.

Hasta entonces, las huérfanas ambicionando en su sencillez ser protegidas por un arcángel, no se habian acordado que la mujer de Dagoberto habia adoptado un niño abandonado que se llamaba Gabriel, y que era eclesiástico y misionero.

El soldado, aunque se empeñó en sostener que solo tenia una *herida blanca* (valiéndose de los términos del general Simon), habia sido curado esmeradamente por el cirujano del pueblo; una venda negra le cubria la mitad de la frente y aumentaba mucho mas su aspereza natural.

Al entrar en el salon, quedó sorprendido de ver una persona estraña agarrada á las manos de las niñas. Esta estrañeza es natural; Dagoberto ignoraba que el misionero habia salvado á las huérfanas é intentado salvarle á él mismo.

Aquella mañana, durante la tempestad luchando con las olas y procurando en vano agarrarse á una roca, el soldado habia visto imperfectamente á Gabriel en el instante en que este, despues de haber librado á las dos hermanas de una muerte cierta, procuraba en vano socorrerle.

Ya hemos dicho que cuando, despues del naufragio, encontró Dagoberto en la sala baja del palacio á las dos huérfanas, se desmayó enteramente á causa del cansancio, de la emocion y de resultas de su herida, de modo que en aquellos momentos tampoco pudo reparar en el misionero.

El veterano empezaba á fruncir sus espesas y canas cejas viendo á un desconocido hablar tan familiarmente con las jóvenes, cuando estas corrieron á echarse en sus brazos colmándole de filiales caricias: con estas pruebas de afecto se disipó su resentimiento, aunque de cuando en cuando miraba con ceño al misionero que acababa de levantarse, y cuyo rostro no distinguia muy bien.

—¿Y tu herida? le dijo Rosa con interés; nos han dicho que felizmente no es peligrosa.

—¿Padeces aun? añadió Blanca.

—No, hijas mias... el *mayor* del pueblo ha querido ponerme este vendaje aunque tuviese la cabeza llena de sablazos, no podia estar mejor [illegible]: van á creerme un viejo delicado; [illegible] no es mas que una herida blanca, [illegible] de...

El soldado llevó una de sus manos á la benda.

—¡Quieres estarte quieto! dijo Rosa deteniendo el brazo de Dagoberto.... ¡Qué poco razonable eres á tu edad!

—Bien, bien, no me riñais; haré lo que os acomode... no me quitaré la benda.

En seguida llevando á las huérfanas á un rincon de la sala, les dijo en voz baja y señalando de soslayo al jóven eclesiástico:

—¿Quién es ese señor.... que os tenia las manos cojidas.... cuando yo entré.... me parece un cura.... Ya veis.... hijas mias.... es menester cuidado... porque...

—¡Ese! esclamaron Rosa y Blanca volviéndose hácia Gabriel... á no ser por él no te abrazaríamos ahora.

—¿Como es eso?

Esclamó el soldado enderezándose de pronto y mirándo al misionero.

—Es nuestro ángel custodio.... repuso Blanca.

—A no ser por él, dijo Rosa, hubiéra mos perecido esta mañana en el naufragio...

—¡Ese!... ¿es ese... quien...?

Dagoberto no pudo proseguir.

Corrió al misionero, y con el pecho oprimido y los ojos húmedos, esclamó con un acento de gratitud imposible de esplicar alargándole las dos manos.

—Caballero, os debo la vida de estas dos niñas.... No ignoro la estension de mis deberes.... no os digo mas... porque esta palabra lo esplica todo...

Pero recordándose de pronto esclamó:

—Esperad.... ¿No sois vos quien me alargó la mano cuando yo trataba de agarrarme á una roca, para no ser arrebatapo por las olas?... Si... vuestros cabellos rubios... vuestra jóven fisonomía... ciertamente.... vos sois... ahora... os reconozco...

—Desgraciadamente... me faltaron las fuerzas... y tuve el dolor de veros caer otra vez en el mar.

—No tengo nada mas que decir para daros las gracias... que lo que acabo de pronunciar ahora.... repuso Dagoberto con tierna sencillez.... Habeis hecho ya por mi, salvando á estas niñas, mas que si me hubieseis conservado la vida... ¡Qué valor! ¡que sentimientos!... dijo el soldado con admiracion... ¡y tan jóven! ¡parece una muchacha!...

—¡Cómo!... esclamó Blanca con alegria. ¿nuestro Gabriel acudió tambien á ti?...

—¡Gabriel! dijo Dagoberto interrumpiendo á Blanca y dirigiéndose al eclesiástico... ¿os llamado Gabriel?

—Si, señor.

—¿Gabriel?

Repitió el soldado cada vez mas sorprendido.

—¿Y sois sacerdote? añadió.

—Sacerdote de las misiones estranjeras.

—¿Y... quién os ha educado?

Preguntó el soldado con mayor sorpresa.

—Una mujer escelente y generosa que yo venero como á la mejor de las madres... porque se apiadó de mí... que estaba abandonado... y me trató como á su hijo...

—¿Francisca... Baudoin... no es verdad? dijo el soldado profundamente enternecido.

—Sí, señor, respondió Gabriel muy admirado tambien. Pero ¿como sabeis?...

—¡La mujer de un soldado? repuso Dagoberto.

—Si, de un valiente soldado... que movido de un admirable celo... está ahora pasando su vida en un destierro... léjos de su mujer... y de su hijo... de mi buen hermano... porque me envanezco en darle este nombre...

—Mi... Agricol... mi mujer... ¿Cuando os habeis... separado de ellos?

—¿Sereis vos... el padre de Agricol? ¡Oh, no sabia yo aun cuán reconocido debo estar á Dios! dijo Gabriel juntando las manos.

—¿Y mi mujer... y mi hijo? repuso Dagoberto con voz balbuciente... ¿cómo están? ¿teneis alguna noticia de ellos?

—Las que recibí hace tres meses eran escelentes..

—No, esclamó Dagoberto, esto es ya sumo placer... demasiado...

Y el veterano no pudo continuar: la emocion ahogaba sus palabras y cayó en una silla.

Rosa y Blanca se acordaron solamente entónces de la carta en que su padre hacia mencion del niño abandonado, llamado Gabriel, que fué adoptado por la mujer de Dagoberto, y empezaron á manifestar su ingenua alegría.

Nuestro Gabriel es el tuyo... el mismo... ¡qué dicha! esclamó Rosa.

—Si, queridas niñas mias; es vuestro como mio... cada uno tenemos nuestra parte... En seguida dirigiéndose á Gabriel, el soldado añadió con efusion: Dame tu mano... sí, tu mano.. intrépido hijo mio.. Te hablo de tu... puesto que Agricol es tu hermano...

—¡Ah, señor, cuánta bondad!

—¿Cómo es eso? ¿vas á darme las gracias... despues de lo que te debemos?

—¿Y mi madre adoptiva sabe vuestra llegada? dijo Gabriel para evitar las alabanzas del soldado.

—Hace cinco meses que la escribí..... pero diciéndola que venia solo... y no sin falta de motivo... Mas adelante te contaré todo esto...¿Vive siempre en la calle de Brise Miche? allí nació mi Agricol.

—Si, señor, allí vive todavía.

—En este caso habrá recibido mi carta; hubiera querido escribirla desde la cárcel de Leipsik, pero me fué imposible.

—¡Desde la cárcel! ¿salis de la cárcel?

—Si, vengo de Alemania, por el Elba y por Hamburgo, y todavía estaria en Leipsik á no ser por un acontecimiento que me haria creer en el diablo.... pero en el buen diablo.

—¿Qué es lo que queréis decir? espli-cáos...

—Eso será dificil, porque yo no puedo esplicármelo á mí mismo... Estas niñas... y señaló sonriéndose á Rosa y Blanca.... pretenden saber mas que yo, pues me repiten á cada instante: «El arcángel ha «venido á socorrernos... Dagoberto... el «arcángel; ya ves, tú que decias que pa-«ra defendernos preferias á Quitasola-«ces. .»

—Gabriel.... os estoy esperando.... dijo concisamente una voz que hizo estremecer al misionero.

Este, Dagoberto y las huérfanas volvieron de pronto la cabeza.

Quitasolaces dió un sordo gruñido.

Era Mr. Rodin que estaba de pié á la entrada de una puerta que daba al corredor. Su fisonomía era tranquila é impasible; echó una rápida y penetrante mirada al soldado y á las dos hermanas.

—¿Quien es ese hombre? dijo Dagoberto, muy poco prevenido en favor de Rodin, en quien hallaba, con razon, una fisonomía desagradable; ¿qué diablos te quiere?

—Marcho con él...... dijo Gabriel con sentimiento y de mala voluntad... En seguida volviéndose hácia Rodin... Perdone VJ., le dijo, estoy dispuesto...

—¡Como! ¿te marchas, repuso Dagoberto admirado, en el momento en que te hemos encontrado?... No... como soy..... que no te marcharás... Tengo demasiadas cosas que decirte... y que preguntarte.... Haremos el camino juntos... esto será un placer para mi.

—Es imposible.... es mi superior.... y debo obedecer...

—¿Tu superior?... está vestido de paisano.

—No tiene precision de llevar el traje de eclesiástico.

—¡Vaya! puesto que no está de uniforme y que en tu profesion no hay arrestos, envíale á...

—Podeis creer que si pudiera quedarme, no dudaria un momento en hacerlo.

—Con razon veia yo en este hombre una mala cara, dijo Dagoberto entre dientes... En seguida añadió con triste impaciencia y en voz baja:

—¿Quieres que yo le diga.... que nos daria mucho gusto en partir solo?

—Hacedme el favor de no decirle nada, dijo Gabriel, seria inútil...... conozco mis deberes.... no tengo mas voluntad que la de mi superior. A nuestra llegada á Paris iré á veros, y tambien á mi madre adoptiva y á mi buen hermano Agricol.

—Vaya, vete con Dios. Yo he sido soldado y conozco lo que es la subordinacion, dijo Dagoberto violentándose...... á mala suerte buen ánimo... Con que hasta pasado mañana por la mañana, calle Brise-Miche, hijo mio, porque me aseguran que mañana á la noche estaré en Paris, y vamos á salir al instante. Dime, ¿parece que hay una rigurosa disciplina en vuestro convento?

—Si, grande y severa... respondió Gabriel sobresaltándose y ahogando un suspiro.

—Vamos... abrázame... y hasta la vista... Bien mirado, viente y cuatro horas pasan pronto.

—Adios... adios... dijo el misionero enternecido y correspondiendo al abrazo del veterano.

—Adios, Gabriel... añadieron las huérfanas suspirando tambien y con los ojos llenos de lágrimas.

—Adios, hermanas mias, respondió Gabriel.

Y en esto salió con Rodin, que no habia perdido una palabra ni un solo incidente de esta escena.

Dos horas despues Dagoberto y las huérfanas salieron del palacio con direccion á Paris, ignorando que Djalma se quedaba en Cardoville, porque su herida le impedia ponerse en camino.

El mellizo Faringhea se quedó acompañándole, no queriendo, segun decia, abandonar á su compatriota.

. . . .

Vamos ahora á conducir al lector á la calle de *Brise-Miche*, en casa de la mujer de Dagoberto.

LA CALLE BRISE-MICHE.

XI.

LA MUGER DE DAGOBERTO.

La mañana del dia siguiente al en que se habia dado hospitalidad á los náufragos en el palacio de Cardoville, pasaron en Paris las escenas siguientes:

Nada mas siniestro ni sombrío que el aspecto de la calle *Brise-Miche*, que desemboca por uno de sus estremos en la de San Merry, y por el otro á la inmediacion de la plazoleta de Cloitre, cerca de la iglesia.

Por esta parte, la callejuela que solo tiene ocho piés de ancho, se halla encajonada entre dos inmensas, negras, sucias y cuarteadas paredes, cuya escesiva elevacion la priva en todo tiempo de aire y de luz: durante los dias mas largos del año, apenas recibe algunos rayos del sol; así es que durante los húmedos y frios del invierno una niebla glacial y penetrante oscurece constantemente esta especie de pozo oblongo lleno de fango.

Eran casi las ocho de la noche; al pálido reflejo del farol cuya rojiza luz apenas penetraba por la niebla, estaban hablando dos hombres en una esquina de estas inmensas paredes.

—Así pues, decia uno de ellos... estamos convenidos..... permaneceréis en la calle hasta que le hayais visto entrar en el núm. 5.

—Convenidos...

—Y luego que le hayais visto entrar, subiréis á la casa de Francisca Baudoin para cercioraros bien de ello.

—Con el pretesto de preguntar si vive allí la oficiala jorobada, hermana de esa criatura llamada la *reina Bacanal*.

—Muy bien... en cuanto á esta, procurad informaros exactamente por la jorobada de las señas de su casa, porque esto es muy importante: las mugeres de esta especie cambian de nido como los pájaros; así es que se pierden sus huellas...

—Descuidad; haré cuanto pueda para que la jorobada me diga donde vive su hermana.

—Y para animaros, voy á esperaros en la taberna que está enfrente del cláustro, y á vuestra vuelta echaremos un trago de vino caliente.

—Acepto la oferta porque esta noche hace un frio del diablo.

—Demasiado lo sé; esta mañana se helaba el agua de mi hisopo, y yo estaba hecho una momia en mi silla á la puerta de la iglesia. ¡Ah, muchacho! no es todo oro lo que reluce en mi oficio de alargar agua bendita.

—Felizmente hay algunos provechos.

—Vamos... ¡buen éxito! No olvideis el núm. 5... el corredor está al lado de la tienda del tintorero.

—Convenidos..... convenidos.....

Y en esto se separaron los dos hombres.

El uno se fué á la plaza del Cloitre, el otro, al contrario, se dirigió hácia el estremo de la callejuela que desemboca en la calle de San Merry, y no tardó mucho en encontrar el número de la casa que buscaba; casa elevada y estrecha, como todas las de esta calle, de triste y miserable apariencia.

Desde este momento empezó á pasearse al rededor del pasillo del núm. 5.

Si el esterior de estas habitaciones era asqueroso, nada podrá dar una idea de su nauseabundo y triste interior; principalmente la casa núm. 5 estaba tan deteriorada y sucia que presentaba un aspecto horroroso.

El agua que las peredes rezumaban caia á chorros en la sombría y enlodada escalera: en la estrecha meseta del piso segundo habian echado un poco de paja para limpiarse los pies; pero esta, convertida en estiércol, aumentaba mucho mas el insoportable y fétido olor que resulta de la falta de aire, de la humidad y de las pútridas emociones de las goteras, porque por algunas aberturas practicadas en el cuerpo de la escalera entraban apenas algunos rayos de luz.

En este barrio, uno de los mas populosos de Paris, las sucias, frias y enfermizas casas están generalmente habitadas por jornaleros que viven alli amontonados.

La habitacion de que hablamos era de este número.

El cuarto bajo estaba ocupado por un tintorero; las deletéreas emanaciones de su laboratorio aumentaban mucho mas la fetidez de esta casucha. Algunas reducidas familias de artesanos, algunos jornaleros que trabajaban reunidos, habitaban los pisos superiores; en una de las piezas del piso cuarto vivia Francisca Baudoin, muger de Dagoberto.

Una vela de sebo iluminaba esta humilde habitacion compuesta de una pieza y un gabinete; Agricol ocupaba una pequeña cobacha en las boardillas.

Un papel usado y de color parduzco, que las grietas habian rasgado en varios puntos, cubria la pared en que se apoyaba la cama; unas cortinillas sostenidas por varillas de hierro cubrian los vidrios; los ladrillos lavados, pero no encerados, conservaban su color peculiar; en uno de los estremos de esta pieza habia una estufa redonda de metal que contenia una olla en que se hacia la comida; sobre una cómoda de madera blanca pintada de amarillo con vetas oscuras se veia una caja de hierro, en miniatura, obra maestra de paciencia y destreza, cuyas piezas habian sido hechas y ajustadas por Agricol Baudoin (hijo de Dagoberto).

Un crucifijo de barro, colgado en la pared y rodeado de muchas ramas de boj bendito, algunas estampas de santos groseramente iluminadas manifestaban las costumbres devotas de la muger del soldado: entre las dos ventanas habia un enorme armario de nogal casi negro de vejez; un viejo sillon forrado de tripe verde, primer regalo que Agricol habia hecho á su madre, algunas sillas de paja y un costurero sobre el cual se veian muchos sacos de tela oscura, componian todo el ajuar de esta pieza mal cerrada por una puerta carcomida; en un tabuco inmediato habia algunos utensilios de cocina dec asa.

Por triste y miserable que pueda parecer este interior, no lo es sin embargo para un corto número de artesanos, proporcionalmente *acomodados;* porque la cama tenia dos colchones, sábanas blancas y una buena manta; en el grande armario de nogal estaba la ropa blanca; en fin, la muger de Dagoberto ocupaba un cuarto tan espacioso como el en que viven y duermen ordinariamente reunidas muchas familias de honrados y laboriosos artesanos, creyéndose felices cuando puellen proporcionar á sus hijos y á sus hijas una cama separada y cuando las prendas de esta no están empeñadas en el Monte de piedad.

Francisca Baudoin, sentada junto á la pequeña estufa de hierro colado que para una temperatura fria y húmeda esparcia muy poco calor en este mal cerrado cuarto, estaba preparando la cena de su hijo Agricol.

La muger de Dagoberto tenia como unos cincuenta años; llevaba una almilla de indiana azul salpicada de ramitos blancos y unas enaguas de bombosí; una gorra blanca atada bajo la barba cubria su cabeza.

Su rostro era pálido y enjuto; sus facciones regulares y su fisonomía manifestaban una bondad y resignacion perfectas. Ciertamente, era imposible hallar mejor ni mas activa madre; sin mas recursos que el producto de su trabajo habia logrado, á fuerza de energía, educar no solamente á su hijo Agricol sino aun á Gabriel, pobre niño abandonado, de quien se habia encargado con admirable valor.

En su juventud consumió por decirlo asi su futura robustez mediante doce años que hizo lucrativos á fuerza de un trabajo exajerado, terrible y casi homicida á causa de las duras privaciones que se impuso; porque entonces (y era un tiempo espléndido por los salarios, comparado al presente), Francisca pudo ganar hasta 50



Francisca Baudoin
(muger de Dagoberto)

sueldos diarios velando y trabajando sin descanso, con los cuales logró educar á su hijo legítimo y al adoptivo... Al cabo de estos doce años, su salud estaba quebrantada y sus fuerzas casi agotadas; pero á lo menos nada habia faltado á los dos niños, que habian recibido una educacion tal cual las gentes del pueblo pueden dar á sus hijos; Agricol habia entrado en clase de aprendiz en casa de Mr. Francisco Hardy, y Gabriel se disponia á entrar en el seminario mediante la eficaz proteccion de Mr. Rodin cuyas relaciones eran muy frecuentes desde 1820 con el confesor de Francisca. porque esta habia estado siempre animada de una bien entendida aunque escesiva piedad.

Esta mujer era naturalmente sencilla y bondadosa, uno de aquellos mártires de cariño que algunas veces llegan hasta el heroismo..... Almas santas y sencillas en las que el instinto del corazon suple á la falta de entendimiento.

El solo defecto, ó mas bien la única consecuencia de este ciego candor, era una invencible obstinacion en las cosas en que se creia obligada á obedecer á su confesor, á cuya influencia estaba habituada á someterse hacia muchos años: esta influencia era para ella la cosa mas santa y venerable, y á la cual ningun poder ni consideracion humana hubiera conseguido sustraerla; en caso de discusion sobre este asunto, nada de este mundo era capaz de hacer ceder á esta muger escelente; su resistencia era dulce como su carácter, pacífica como su conciencia, pero, del mismo modo que ella... inalterable. En una palabra, Francisca era uno de aquellos seres puros, ignorantes y crédulos que algunas veces pueden convertirse, sin conocerlo, en terribles instrumentos entre hábiles y peligrosas manos.

Hacia bastante tiempo que el mal estado de su salud y principalmente la debilidad de su vista la imponian un reposo forzado; porque apenas podia trabajar dos ó tres horas al dia; el resto del tiempo lo pasaba en la iglesia.

Francisca se levantó al cabo de algunos instantes, desembarazó uno de los lados de la mesa de varios sacos de tela gris, y dispuso lo necesario para la cena de su hijo con minuciosidad y solicitud maternal.

En seguida fué al armario para sacar un saquito de cuero que contenia una antigua copa abollada y un cubierto de plata tan sútil, ligero y usado, que la cuchara podia cortar. Limpió y frotó todo esto lo mejor que pudo y colocó inmediato al plato de su hijo esta plata, regalo de boda de Dagoberto.

Esto era lo mas precioso que poseia Francisca, no solo por su tenue valor sino por los recuerdos que en ello cifraba; asi es que muchas veces habia derramado amargas lágrimas, siempre que en sus estremadas necesidades se habia visto precisada á empeñar estos sagrados objetos en el Monte de Piedad por falta de trabajo de resultas de una enfermedad.

En seguida tomó de la tabla inferior del armario una botella de agua y otra de vino poco menos que mediada y las colocó á la inmediacion del plato de su hijo; hecho esto se volvió á cuidar la cena.

Aunque Agricol no tardaba todavia mucho, la fisonomía de su madre manifestaba inquietud y tristeza, y por lo encendido de sus ojos se conocia que habia llorado mucho.

La pobre muger, al cabo de largas y penosas incertidumbres, acababa de convencerse de que su vista, ya debilitada desde mucho tiempo antes, iba á impedirle antes de poco trabajar las dos ó tres horas diarias segun acostumbraba. Habiendo sido al principio una escelente costurera se habia visto obligada despues á

ocuparse en trabajos cada vez mas groseros á medida que su vista se habia ido debilitando, de modo que sus ganancias se habian disminuido en proporcion: en fin, quedó reducida á hacer sacos de campaña que tenian cerca de doce pies de costura y se los pagaban á razon de dos sueldos cada uno, teniendo ella que poner el hilo. Este trabajo era muy duro, y todo lo mas podia hacer tres sacos al dia, lo cual reducia su salario á *seis sueldos*.

Causa terror pensar en el inmenso número de mugeres desgraciadas cuya edad aniquilamiento, privaciones y males han disminuido tanto las fuerzas y arruinado su salud que todo el trabajo que pueden hacer apenas les produce esta tenue suma. Asi es que su jornal baja en proporcion de las nuevas necesidades producidas por la vejez y los achaques...

Felizmente Francisca tenia en su hijo un digno apoyo; escelente artesano que aprovechaba la justa reparticion de los salarios y beneficios señalados por Mr. Hardy, su trabajo le producia de cinco á seis francos diarios; es decir, mas del doble de lo que ganaban los obreros de otros establecimientos; pero por consecuencia, aun suponiendo que su madre no ganase nada, podia vivir en su compañia con bastante ensanche.

Pero la pobre muger, tan maravillosamente económica que se rehusaba aun lo mas indispensable, se habia vuelto demasiado pródiga en la iglesia desde que frecuentaba diaria y asiduamente su parroquia.

No habia dia en que no hiciese decir una ó dos misas y poner algunas velas ya por la intencion de Dagoberto de quien estaba separada tanto tiempo hacia, como por la salud del alma de su hijo á quien creia enteramente en el camino de perdicion. Agricol tenia un corazon tan bueno y generoso; amaba y respetaba tanto á su madre, y el sentimiento que esta inspiraba era ademas tan tierno, que Agricol jamás se quejó de que una gran parte de su jornal, que entregaba religiosamente á su madre todos los sábados, se consumiese de ese modo en obras piadosas.

Unicamente, algunas veces habia hecho observar á Francisca, con respeto y ternura, que sentia mucho verla soportar las privaciones que su edad y achaques hacian doblemente penosas, y esto porque preferia subvenir á sus pequeños gastos devotos.

¿Pero qué se habia de responder á esta madre escelente cuando decia con los ojos llenos de lágrimas:

—Hijo mio, todo esto es por la salvacion de tu padre y por la tuya!...

Querer discutir con Francisca la eficacia de las misas y la influencia de los cirios sobre la felicidad presente ó futura del viejo Dagoberto, hubiera sido tocar á una de aquellas cuestiones que Agricol habia hecho ánimo de no suscitar jamás por respeto á su madre y á las creencias de esta: resignábase pues á no verla rodeada de todas aquellas comodidades de que hubiera deseado que gozase.

Habiendo oido un golpecito dado con suma discrecion á la puerta, Francisca respondió:

—Adelante.

Entraron.

XII.

LA HERMANA DE LA REINA BACANAL.

La persona que acababa de entrar en la habitacion de la mujer de Dagoberto, era una jóven como de unos diez y ocho años, pequeña y sumamente contrahecha; sin ser positivamente jorobada tenia el cuerpo muy torcido, la espalda arqueada, el pecho hundido y la cabeza profundamente sepultada entre los hombros; su cara, bastante regular, larga, seca, muy



Magdalena Soliveau.
(la gibosa)

pálida y picada de viruelas, manifestaba mucha dulzura y un gran fondo de tristeza; sus ojos azules reflejaban suma inteligencia y bondad. Mediante un capricho singular de la naturaleza, la mujer mas bonita del mundo se hubiera envanecido de poseer sus largos, magníficos y oscuros cabellos que formaban un rodete en la cabeza de esta jóven.

Traia en la mano un cesto muy viejo, y aunque estaba miserablemente vestida, el aseo y el esmero de su ropa luchaban bastante contra una pobreza escesiva; á pesar del frio llevaba un mal vestido de indiana de color indefinible, salpicado de manchas blanquizcas, tela tan frecuentemente lavada que su color primitivo y su dibujo habian desaparecido enteramente.

En el resignado y enfermizo rostro de esta desgraciada criatura se veía grabada la huella de todas las miserias, de todos los dolores y de todos los desórdenes. La burla y la mofa la habian perseguido desde su triste nacimiento; era, como hemos dicho, mal formada, y por una frase vulgar y proverbial se la habia bautizado con el título de la *Gibosa*, y todos encontraban tan natural y tan á la mano este nombre grotesco que le recordaba á cada momento su enfermedad y su imperfeccion, que arrastrados por la costumbre general Francisca y Agricol, tan compasivos para con ella como burlones é insultantes se mostraban otros, no la llamaban de otro modo.

La gibosa, porque tambien nosotros la llamaremos asi en adelante, habia nacido en la misma casa en que vivia ya veinte años la mujer de Dagoberto, y puede decirse que habia sido educada con Agricol y con Gabriel.

Hay seres que nacen en hora tan funesta que la suerte les condena por toda su vida á vivir en la desgracia. La gibosa tenia una hermana muy bella, en quien la madre comun, viuda de un tendero medianamente acomodado y quebrado despues, habia concentrado toda su ciega y absurda ternura, no teniendo para la hija desgraciada otra cosa que desdenes y crueldades. Esta infeliz, cuando se veia maltratada ó despreciada injustamente, solia venir á llorar sus cuitas en la habitacion de Francisca que la consolaba, que la animaba, y que para distraerla de sus penas, se entretenia por las noches en enseñarla á leer y á coser.

Agricol y Gabriel, acostumbrados por el ejemplo de su madre á la conmiseracion, se declararon protectores y defensores de la gibosa, en lugar de imitar á los demas muchachos, que dando rienda suelta á su inclinacion natural se burlaban de ella, la atormentaban continuamente y aun muchas veces la golpeaban.

Tendria ella unos quince años y Cefisa su hermana unos diez y siete cuando la muerte de su madre vino á sumirlas en la mayor miseria.

Cefisa tenia talento, era activa y mañosa; pero al contrario que su hermana, era una de esas naturalezas inquietas, volubles, vivas, en las que hay un esceso y que tienen necesidad de mudanza, de movimiento y de placeres; era una buena hija, pero su madre la habia mimado estremada é inprudentemente.

Al principio Cefisa escuchó con docilidad los consejos sanos de Francisca, conoció la situacion en que la muerte de su madre la colocaba, aprendió á coser y estuvo trabajando al lado de su hermana por espacio de un año; pero era incapaz de resistir largo tiempo á las muchas privaciones que imponia la cortedad del jornal que ganaba á pesar de su asiduo trabajo, privaciones que llegaban muchas veces hasta el punto de no poder abrigarse contra el frio y de no tener con que sa-

tisfacer por entero el hambre que la aquejaba. Cefisa era jóven, bonita, ardiente, rodeada de seducciones y de ofrecimientos brillantes.... brillantes para ella porque se reducian á proporcionarla medios de no pasar hambre ni frio, de estar decentemente vestida, y de no trabajar quince horas cada dia en un desvan oscuro y mal sano. Cefisa escuchó las promesas del escribiente de un procurador, que la abandonó luego, se ligó despues con un dependiente de comercio, á quien ella dejó posteriormente enseñada por el ejemplo del amanuense, y asi fué pasando de unas á otras relaciones mudando frecuentemente de favoritos.

Voluble en estremo, llegó al cabo de pocos años con sus continuos cambios, y sus frecuentes mudanzas á ser el ídolo de una infinidad de mugerzuelas, de estudiantes y de mozalvetes, y adquirió tal reputacion en los bailes de los arrabales por su carácter pronto y original, por su infatigable ardor en toda clase de placeres, y mas particularmente por su alegria loca y bulliciosa, que todas estas circunstancias hicieron que unánimemente la diesen todos el título de la *Reina Bacanal*, título que supo ella sostener con toda la dignidad de aturdimiento que ecsigia el régio papel que desempeñaba.

Desde esta especie de entronizacion, la pobre gibosa no habia logrado tener ninguna noticia á no ser por lo que habia oido hablar de ella en algunos intérvalos; aunque no por eso dejaba de sentir su estravio continuamente, en medio del asiduo trabajo, que apenas le daba un producto de *cuatro francos por semana.*

Esta jóven desgraciada habia aprendido con las lecciones de Francisca á coser en lienzo, y se dedicaba á la costura de camisas para el pueblo ó para el ejército: por la labor de una docena de camisas se pagaban tres francos: era obligacion de la oficiala recortar é igualar las orillas que habian de coserse juntas, arreglar y pegar los cuellos, hacer los ojales y pegar los botones: con tantas obligaciones adyacentes á la costura, era demasiado trabajar, cuando la oficiala podia llegar, empleando quince horas cada dia, á concluir catorce ó diez y seis camisas en una semana.

El resultado de esto es que por término medio venia á sacar al cabo de la semana un producto de cuatro francos.

Y no se crea que la jóven que en este caso se encontraba, se hallaba en un estado accidental, raro y poco generalizado.

No... miles de miles de mugeres se hallaban en la misma situacion... Miles de miles de mugeres desgraciadas no tenian entonces... no ganan hoy un jornal mayor que el de la gibosa.

Es una injusticia atroz, es una barbaridad salvaje lo que respecto á la remuneracion del trabajo de las mugeres se observa: se las paga con una tercera parte de lo que se dá á los hombres que se ocupan en la misma clase de costura, tales como los sastres, los guanteros etc., etc. ¡Será sin duda porque las mugeres trabajan por lo menos tanto como ellos....! ¿Será tal vez porque las mugeres son mas débiles, mas delicadas, y porque los partos vienen á duplicar sus necesidades....!

La gibosa vivia por consiguiente reducida á mantenerse con la pequeñísima cantidad de ¡*cuatro francos por semana*!

Vivia... es decir, que trabajando con ahinco doce ó quince horas diarias lograba la infeliz no perecer repentinamente de hambre, de frio y de miseria, de cuyas terribles privaciones se veia agoviada.

—¡Privaciones! No.

La palabra *privacion* no espresa suficientemente la continuada y terrible carencia de cuanto es necesario, absoluta-

mente necesario para conservar al cuerpo la salud y la vida que Dios le ha dado.... una admósfera y una habitacion saludable, un alimento sano y nutritivo, un vestido que abrigue...

Mejor esplicára la palabra *mortificacion* la falta completa de todas las cosas, en las que está la esencia de la vida, y que una sociedad equitativamente organizada deberia; y *deberia*, decimos, proporcionar á todo artesano activo y morigerado, ya que la civilizacion le ha despojado de todo derecho á la tierra, y ya que al venir al mundo no trae otro patrimonio para mantenerse que el trabajo de sus brazos.

El salvaje no goza de las ventajas de la civilizacion; pero en recompensa puede proporcionarse su sustento en la carne de los animales que vagan por las selvas, de los pájaros que surcan el aire, de los peces que nadan en los rios: puede buscar su alimento en los productos de la tierra, y tiene para cobijarse y defenderse del frio las ramas y la leña de los árboles.

El hombre civilizado que está desposeido de estos dones de la divinidad, el hombre civilizado que considera la propiedad como inviolable y sagrada tiene derecho para pedir en recompensa del penoso trabajo con que enriquece á su país, tiene derecho para reclamar un salario que sea bastante para que pueda *vivir y mantenerse sanamente:* nada mas; pero tampoco nada menos.

¿Puede llamarse vivir, por ventura, al acto de ir arrastrándose sin cesar sobre el borde estremo que separa la vida de la muerte, y estar en contínua lucha contra el frio, contra el hambre, contra las enfermedades que pugnan por matarle?

Y para demostrar mas palpablemente hasta qué punto puede llegar esa *mortificacion* que la sociedad impone inexorablemente á millares de millares de séres honrados y laboriosos, por su inescusable negligencia en todas las cuestiones que tienen enlace con la remuneracion del trabajo, vamos á examinar como puede subsistir una jóven con el miserable producto de cuatro franços cada semana.

¡Quizás de esta manera se apreciará debidamente el mérito que estas desgraciadas criaturas contraen al soportar con resignacion esa horrible existencia que les dá únicamente el grado de fortaleza y de vida necesario para poder sobrellevar todos los dolores que pesan sobre la humanidad!

Sí... vivir á tanta costa... es una gran virtud. Sí: una sociedad organizada de esta manera, una sociedad que consiente ó que tolera tantas miserias, pierde el derecho de condenar á los desgraciados que delinquen, no por corrupcion, sino porque para ellos no hay nunca mas que hambre, ni hay en ninguna parte otra cosa que desabrigo.

Hé aquí de que manera vivia la jóven á que nos hemos referido, repartiendo su salario de cuatro francos por semana.

Tres quilógramos de pan de segunda clase: 81 céntimos (1).

Dos cubas ó viages de agua: 20 céntimos.

Grasa ó sebo (porque la manteca es demasiado cara): 50 céntimos.

Sal ordinaria: 7 céntimos.

Carbon: 40 céntimos.

Legumbres: 30 céntimos.

Patatas: 20 céntimos.

Luz: 33 céntimos.

Hilo y agujas: 25 céntimos.

Total: 3 francos y 9 céntimos.

La gibosa por economizar carbon hacia solamente dos ó tres veces á la semana

(1) El *quilógramo* equivale á algo mas de dos libras castellanas, y el *céntimo* á unos tres maravedíses de nuestra moneda. *(E. del T.)*

una especie de sopa en una hornilla en el corredor del cuarto piso. Los demas dias lo comia todo frio.

De esta distribucion resulta que para pagar el cuarto, vestirse y tener un poco de brasero en donde calentarse á fin de no helarse de frio, le quedaban 91 cénti-mos cada semana (1).

Por una rara felicidad la gibosa se encontraba en una posicion *escepcional*, por que Agrícol deseando ayudarla algun tanto sin herir su estremada delicadeza, se habia arreglado con el portero que era el encargado de alquilar y cobrar las habitaciones, y por este medio tenia la gibosa una pequeña boardilla en que justamente cabian la cama, una silla y una mesa, por la cantidad de 12 francos, cuidando Agrícol de pagar otros 18 para completar los 30 que rentaba aquella habitacion. Por esta economia que resultaba á la jóven, sin que ella lo supiera, se encontraba con un ahorro mensual de 1 franco y 70 céntimos para atender á los gastos de vestir etc.

En cuanto á las numerosas obreras que no ganan mas jornal que la gibosa, se halla en menos *ventajosa* posicion, pues no tienen ni habitacion propia ni familia; su existencia es todavia mas lamentable: generalmente su alimento se reduce á un pedazo de pan, y alguna otra vianda fria, cruda y de poco coste; y cuando llega la noche suelen ir á dormir en una de esas casas destinadas á ser posadas de pobres, y en las cuales por dos ó cuatro cuartos participan de la mitad de un lecho en que duerme otra compañera de la misma clase; en una habitacion miserable en que hay cinco ó seis camas, de las cuales algunas están muchas veces ocupadas por hombres, porque estos suelen acudir en mayor número á esta especie de posadas.

Si á pesar de la terrible repugnancia que debe costar á una jóven honrada y

---

(1) Algunas de estas noticias estadísticas, que antes de darlas al público las hemos hecho sufrir pruebas contradictorias, y que han salido de ellas mas tristes y mas desconsoladoras que lo que nosotros las pintamos, están tomadas de un escelente trabajo de Mr. Janoma, oficial de maquinista, publicado en la *Ruche Populaire*, periódico redactado por individuos de la clase obrera con tanto decoro como sinceridad, bajo la direccion de Mr. Duquesne, cajista de imprenta. Mr. Janoma añade (por desgracia dice la verdad):

«Hemos visto mugeres y niños que pasan meses enteros sin que puedan echar en sus sopas un poco de manteca ni un poco de grasa: tenian que contentarse con cocer el pan solamente con un puñado de sal.»

Mr. Janoma hace luego notar y con mucha razon que la menestrala no puede comprar las cosas por mayor, ni en conjunto, porque el maestro no quiere adelantarla las cantidades que para esto serian necesarias, porque no sabe si tendrá trabajo que darla hasta el número de jornales que le haya anticipado; y que por esta razon se ve precisada la infeliz á comprar por menudo los artículos; una libra de pan, dos cuartos de sal, una vela etc. etc.: resultando de esto una pérdida de consideracion para la pobre, porque la venta al pormenor es siempre mas ventajosa para el mercader y por lo tanto mas costosa al comprador.

Nosotros añadiremos á estas ajustadas reflexiones de Mr, Janoma, que en todas las épocas y en todas las circunstancias, el pobre compra mas caro que el rico todo lo que la necesidad le obliga á adquirir, porque el primero compra las cosas en detalle y sin crédito. Así, por ejemplo, el valor de un carro de leña, comprado separadamente haz por haz asciende para el pobre á mas de 75 francos, cuando es sabido que el comprado de una vez cuesta siempre una cantidad considerablemente menor.

para el dormir en la misma habitacion que los hombres, estas infelices se ven precisadas á someterse á esta comunion de dormitorio, porque el dueño del hospedaje no puede dividir su casa en habitaciones para los hombres y hábitaciones para las mugeres.....

Una obrera para *poner su casa*, por miserable que sea su habitacion, necesita gastar de una vez por lo menos 30 ó 40 francos. ¿Y cómo ha de poder reunir esta cantidad por medio de ahorros, cuando solo gana en una semana 4 ó 5 francos que apenas bastan para malvestirse y para proporcionarse el sustento, absolutamente indispensable para no morir de hambre?

No, no: la infelíz tiene que sujetarse á esta repugnante cohabitacion y de esta manera se va forzosamente amenguando el instinto del pudor.....; ese sentimiento de castidad natural, que ha podido por algun espacio de tiempo defenderla contra los lazos de la corrupcion, se debilita...; presentase á sus ojos el vicio como el único medio de mejorar algun tanto la suerte.....; no ve en él otra cosa.....; su virtud cede al fin..... y en tanto el inmoral agiotista que tiene recursos para dar á sus hijas una aya, levanta desaforadamente su voz y declama contra la corrupcion de las mugeres del pueblo....

Pero todavia esta vida penosa de las obreras, por muy desgraciada que sea en sí misma es relativamente *afortunada*.....

¿Y si les falta trabajo un dia, dos dias? ¿Y si les acomete una enfermedad? ¡La enfermedad que viene casi siempre promovida por la insuficiencia y la insalubridad del alimento, por la falta de respiracion de aire ventilado y puro, por carecer de cuidado y de reposo! ¡La enfermedad que continuamente trae la fuerza [illegible] ria para quitar la aptitud de [illegible] á pesar de no ser bastante pe[illegible] para merecer el favor de que se la admita en un lecho de un hospital....!

¿Qué suerte espera entonces á estas mugeres desgraciadas? El corazon se hiela cuando el pensamiento se detiene un instante á contemplar tan horroroso cuadro.

Esta mezquindez de salarios, fuente única, perenne y espantosa de tantos vicios...... esta mezquindad de jornales es mas notable porque el salario que se da á las mugeres es mucho mas pequeño que el que se da á los hombres.

Y no se crea que nos referimos á la minoría de tal ó cual individuo, sino que hablamos de clases enteras; y el tipo que vamos á procurar delinear en la persona de la gibosa, es el resúmen de las condiciones moral y física de millares de criaturas humanas, que se ven precisadas á vivir en Paris con la pequeñisima cantidad de cuatro francos por semana. . . .
. . . .

La pobre trabajadora á pesar de las ventajas que sin saberlo debia á la generosidad de Agricol, vivia en bastante miseria: su salud débil por naturaleza se habia quebrantado á consecuencia de tantas mortificaciones; y sin embargo por un sentimiento de estremada delicadeza, aunque ignoraba el pequeño sacrificio que por ella hacia Agricol, procuraba trabajar mas para ganar algo mas de lo que ganaba, á fin de evitar que se le hiciesen los ofrecimientos que continuamente le repetian Francisca y su hijo, ofrecimientos que no solo le hubieran sido dolorosos si los tuviera que admitir, sino que le causaban sentimiento cuando los oia, porque sabia perfectamente la poco holgada situacion en que aquellos se [illegible], y porque tales of[illegible] su susceptibilidad natural, [illegible] continuos [illegible] y [illegible] humillaciones.

¡Cosa estraña á la verdad! Este cuerpo deforme y mal configurado, encerraba una alma amante y generosa y un talento ilustrado.... ilustrado hasta el grado de la poesía. Pero debemos apresurarnos á decir que este fenómeno se debia en gran parte al ejemplo de Agricol Baudoin con quien habia sido educada la Gibosa, y á cuya emulacion se habia despertado en ella sencilla y naturalmente el instinto poético.

Esta pobre niña habia sido la primera confidenta de los ensayos literarios del jóven herrero; y cuando él le hablaba del encanto y del consuelo sin fin que encontraba en sus sueños poéticos, despues de un dia de trabajo duro y penoso, la obrera dotada de una alma elevada, conocia á su vez el bálsamo que podia derramar esta distraccion sobre su afliccion y sobre sus desdenes.

Un dia en que Agricol le leia una composicion, quedó sobremanera sorprendido cuando despues de concluida su lectura comenzó á turbarse la pobre Gibosa, mudó varias veces de color, tartamudeó algunas palabras, sonrióse tímidamente y acabó al fin por hacer ella tambien al herrero la revelacion de su poesia.

Acaso habria entre los versos de su pequeño poema algunos que no constaran ó que careciesen de armonia; pero en cambio eran fáciles é interesantes, como la queja que se da á un amigo.... Desde este momento Agricol y la Gibosa se consultaron mutuamente y se animaron el uno al otro; pero Agricol fué la única persona del mundo que llegó á conocer los ensayos poéticos de la Gibosa, que para los demás pasaba por un ser casi estúpido por efecto de exagerada timidez.

Muy grande y muy hermosa debia ser el alma de esta muger desgraciada, porque jamás en sus ignorados versos se veia escrita una sola palabra de encono ni de rabia contra la suerte fatal que la abrumaba: sus cánticos eran tristes, pero dulces; desconsolados, pero llenos de resignacion: eran los acentos de una ternura infinita, de una simpatia dolorosa, de una caridad angelical para con los otros seres condenados como ella al doble suplicio de la miseria y de la fealdad.

Y en medio de estas sentidas quejas manifestaba continuamente una ilimitada admiracion hácia la hermosura; pero aun esta admiracion se encontraba siempre sin el menor síntoma de envidia ni de amargura: admiraba la belleza como se admira al sol....

Pero ¡ay!.... habia muchas composiciones de la Gibosa que Agricol no conocia, y que no debia conocer nunca. Era este jóven de una regular hermosura, tenia unas facciones francas y varoniles, estaba dotado de tanta bondad como valor, poseia un corazon noble, impetuoso, y juntaba á su talento poco comun una alegria dulce y natural.

La jóven que se habia educado con él, le amaba como puede amar una criatura desgraciada que se ve precisada á encerrar su amor en lo mas escondido de su corazon..... Condenada la Gibosa al disimulo mas profundo, no procuraba esquivar ni combatir este amor... ¿Por qué lo habia de combatir si nadie habia de llegar á conocer su existencia? Su afecto fraternal hácia Agricol bastaba á esplicar el interés que por él podia manifestar; y asi fué que á nadie sorprendieron las mortales angustias que la Gibosa sufrió, cuando en 1830 despues de haber combatido valerosamente, fué llevado á casa de su madre el hijo de Dagoberto, herido y cubierto de sangre.

El mismo Agricol alucinado y engañado como todos por las apariencias fraternales de este sentimiento, no habia sospechado ni podia sospechar la existencia de una pasion amorosa.

Tal era el carácter de aquella pobre jóven, tan modestamente vestida, que entró en el cuarto en que Francisca cuidaba de preparar la cena de su hijo.

—¿Eres tú, pobre Gibosa? la dijo Francisca: no te he visto hoy en todo el dia. ¿Estás mala.....? ven, abrázame.

La jóven abrazó tiernamente á la madre de Agricol, y la contestó:

—No, señora, no he estado mala; sino que tenia que concluir una obra que corria prisa, y no he querido descansar un momento hasta acabarla, como he hecho en este momento..... Ahora voy á bajar por carbon; y vengo á saber si quereis que cumpla algun recado.

—No, hija mia... gracias... Pero ¿no ves qué inquieta estoy?..... Ya son las ocho y media, y Agricol no ha venido todavia.—Francisca dió un suspiro al pronunciar estas últimas palabras, y luego continuó:—El se mata á trabajar por mí. ¡Ah! ¡qué desgraciada soy, querida Gibosa!..... Mi vista está ya enteramente perdida... Apenas coso un cuarto de hora, se me anublan los ojos, y no quieren consentir que dé una puntada..... ni aun en esos sacos gruesos... ¡Qué desgracia? El corazon se me oprime al considerar que tengo que venir á ser una carga para mi hijo.

—¡Sí Agricol os oyera, señora Francisca!.....

—Ya lo sé: ese hijo querido no piensa mas que en mí... y esto es justamente lo que mas me aflige... Ni un momento dejo de tener presentes los sacrificios que por mí hace..... por mí, por no dejarme, renuncia á las ventajas que ofrece á todos sus compañeros ese señor Hardy tan digno y tan honrado ciudadano..... En vez de vivir en la triste boardilla que habita en donde apenas hay luz á la mitad del dia, pudiera mi hijo como los otros trabajadores de su establecimiento tener con muy poco gasto una habitacion clara, abrigada en el invierno, ventilada en el verano y con vistas á los jardines..... á los jardines que seria para él un placer muy grande por lo mismo que ama los árboles..... y ademas esta calle está tan lejos de su taller situado fuera de Paris, que no puede menos de cansarse para venir por la noche á casa despues de haber estado trabajando todo el dia.....

—Pero en el momento que os abraza cuando vuelve, se le olvidan todas sus fatigas y todas sus incomodidades; y él conoce muy bien lo mucho que apreciais esta casa en que él ha nacido..... Ya sé que repetidas veces os ha ofrecido el señor Hardy proporcionaros una habitacion en Plesi con los obreros compañeros de Agricol.

—Sí, hija, para mudarme allá, necesitaba abandonar mi parroquia..... y ya puedes conocer que no debia hacer eso...

—Escuchad, señora Francisca,.. tranquilizaos..... Se me figura que le oigo..., dijo ruborizándose la Gibosa.....

En efecto una voz llena y sonora se oia hácia la escalera entonando una alegre cancion.

—¡Por Dios que no me vea llorar! dijo la buena madre enjugando las lágrimas de que estaban arrasados sus ojos. No tiene mas que esa hora de reposo y de tranquilidad despues del trabajo de todo el dia... y al menos no quiero yo quitarle su descanso ni acibarárselo con mis sufrimientos y mis desgracias.

XIII.

AGRICOL BAUDOIN.

El poeta herrero era un mozo como de unos 24 años de edad, alto, robusto, con la tez algo tostada, los ojos y los cabellos negros, la nariz aguileña, y las facciones muy marcadas y espresivas: su semejanza con Dagoberto era tanto mayor cuanto que segun la moda de aquel tiempo, lle-

vaba un bigote esposo, y la ancha perilla rematada en punta en su parte inferior le cubria completamente la barba: su trage era un pantalon de pana verde, una blusa azul algo oscurecida con el humo de la fragua, un pañuelo negro atado con negligencia á su nervioso cuello, y una gorra de paño con una visera corta: la única cosa que contrastaba con aquel vestido del trabajo, era una magnífica y ancha rosa de color de púrpura muy subido, manchada vistosamente de blanco, que el herrero traia en la mano.

—Buenas noches, madre mia, dijo al entrar dirigiéndose en seguida á dar un abrazo á Francisca. Y haciendo con la cabeza una señal de amistad á la jóven, añadió: Buenas noches, Gibosilla.

—Se me figura, hijo mio, que has tardado mas de lo que acostumbras; y comenzaba ya á estar con cuidado por no saber á qué atribuirlo, dijo Francisca dirigiéndose hácia la lumbre, en donde estaba la modesta cena de su hijo.

—Comenzabas á estar con cuidado ¿por mí... ó por mi cena, querida madre? dijo alegremente Agrícol. Ya sé yo que no me perdonarás el que haya hecho esperar el refrigerio que me tengas preparado, porque temes que pudiera haberse echado á perder... regaña... regaña.... haces bien.

Y al decir estas palabras, queria volver á abrazar alegremente á su madre.

—¡Dios mio! ¡qué hijo tan pícaro tengo!..... ¡A qué hace que se me caiga su cena!...

—Eso seria una desgracia terrible, madre mia, porque segun el olor que echa debe estar esquisita...... dejadme ver lo que es...

—No señor... no lo ves ahora... tened un poco de paciencia...

—Apostaria á que son algunas patatillas con tocino; cosa que me gusta mucho.

—¡Un sábado habias de comer eso! contestó Francisca con un tono dulce y de amistosa reconvencion.

—Es verdad: no me acordaba que es sábado, dijo Agricol dirigiendo cierta mirada risueña de inteligencia y de inocente malicia á la Gibosa, que contestó en los mismos términos. Luego continuó: pero á propósito de sábado, aquí tienes mi paga, madre mia.

—Bien, hijo, gracias, métela en el armario.

—Corriente.

—¡Dios mio! esclamó de repente la Gibosa cuando Agricol se dirigía á dejar su dinero en el armario, ¡qué flor tan hermosa es esa que tienes en la mano! En mi vida he visto ninguna que se le parezca... ¡y en el rigor del invierno!... Miradla, miradla, señora Francisca!

—¡Qué tal, madre mia! dijo Agrícol aproximándose á su madre para enseñarle la flor desde mas cerca. Mírala y remírala, y huélela sobre todo, porque es imposible encontrar un aroma mas dulce ni mas agradable... es una especie de mezcla de vainilla y de flor de naranjo (1).

—Tienes razon, hijo mio. ¡Qué olor tan hermoso! dijo Francisca con admiracion. ¿En dónde te la has encontrado?

—¡Encontrado! dijo Agricol riéndose. ¿Crees que flores como estas se pueden encontrar por las calles desde la puerta del Maine hasta la callejuela de Brise-Miche?

—Pues entonces, ¿de dónde te ha venido? preguntó la Gibosa que participaba de la curiosidad de Francisca.

—¿Queréis saberlo? pues bien, escuchadme... y con eso sabrás, madre mia, una de las razones por qué he tardado en

(1) Flor magnífica del *Crinum amabilis*, planta admirable y hermosísima que se conserva en las estufas ó invernaderos de los jardines.

venir mas que otras noches... Porque ademas de esta causa he tenido otra. Esta parece la noche de las aventuras... Venia yo hácia casa á muy buen paso, cuando al llegar al estremo de la calle de *Babilone*, sentí un ladrido dulce y lastimero: habia allí un poco de claridad... comencé á mirar por todos lados... y héte aquí que veo la mas hermosa perrilla que puede imaginarse; pequeñita, negra, con manchas de color de fuego, unas orejas anchas y largas que le caian hasta las patitas, y unas lanas largas tambien y tan finas como la seda.

—Era una perrilla que se habia perdido, ¿no es verdad?

—Exactamente. Cojí al pobre animalito que comenzó á lamerme las manos, y ví que tenia un collar formado con una hermosa cinta de raso encarnado anudada con una borla; pero como esto no me decia á quien pertenecia, levanté la cinta y entonces ví debajo de esta otro collarcito formado con varias cadenas de oro ó de plata sobredorada y una pequeña chapa... Saqué un fósforo de mi petaca, lo estregué y por este medio tuve la claridad necesaria para leer un letrero que estaba en aquella chapa y decia: *Lutina pertenece á la señorita Adriana de Cardoville*, *calle de Babilone*, *número* 7.

—Afortunadamente te encontrabas en esa misma calle segun me acabas de decir, repuso la Gibosa.

—Asi es verdad. Comencé á buscar este número y llegué á la pared de un jardin; y al concluirse esta pared me encontré á la puerta de un pabellon que depende sin duda de algun gran palacio situado al otro estremo del jardin que tiene pretensiones y apariencias de un parque antiguo; levanté la cabeza y ví encima de una puerta falsa el número 7 recientemente pintado. Llamé, y al cabo de algunos instantes que tardaron quizá en examinar al sugeto que llamaba, porque se me figuró ver dos ojos asomarse al ventanillo del postigo, al cabo de algunos instantes, repito, abrieron..... Casi me atrevo á asegurar que lo que os diga desde ahora..... no lo vais a creer.....

—¿Por qué no lo hemos de creer, hijo mio?

—Porque mas bien que una cosa sucedida hoy, parecerá la relacion de un cuento de Hadas.

—¿Un cuento de Hadas? dijo la Gibosa.

—Igual; enteramente igual. Yo, todavía estoy sorprendido y maravillado de lo que he visto... es como el vago recuerdo de un sueño.

—Vamos á ver, dijo la madre, cuya curiosidad estaba ya escitada hasta el punto de no sentir que la cena de su hijo comenzaba á exhalar cierto tufillo de estarse quemando.

—En cuanto á lo primero tengo que decir, repuso Agricol riéndose al ver la impaciente curiosidad que habia despertado, que la persona que me abrió la puerta fué una señorita, pero tan linda y tan graciosamente vestida, que se hubiera creido que era un retrato de los tiempos pasados. Aun no habia yo hablado una palabra cuando ella esclamó: ¡ Dios mio! Diga Vd., es Lutina ¿es verdad? ¡La habeis encontrado y la habeis traido! ¡Cuánto se va a alegrar la señorita Adriana.....! Venid, venid conmigo á su presencia, porque estoy segura de que si os marcharais sin verla tendria luego un sentimiento, asi como ahora tendrá un placer muy grande en daros personalmente las gracias..... Y sin dejarme tiempo para responder, me hizo una seña para que la siguiera..... El describiros toda la magnificencia, todo el gusto y toda la riqueza que yo vi allí, es cosa superior á mis fuerzas. Atravesamos una sala pequeña que estaba á medio iluminar y cuyo ambiente

era embalsamado y agradable. La jóven caminaba delante de mí bastante de prisa..... Por fin se abrió de repente una puerta. ¡Oh! ¡Entonces quedaron deslumbrados mis ojos! Yo no he visto en mi vida una cosa semejante. Aquello era una especie de reflejo deslumbrador de oro, de luz de cristal y de rosas; y en medio de todo este espectáculo sorprendente se veia sentada una señorita de una belleza sin igual...... que tenia los cabellos rojos, ó por mejor decir, del mismo color y tan brillantes como el oro...... Tampoco he visto ninguna caballera semejante: estos cabellos estaban unidos á unos ojos negros, á dos lábios encarnados y á una blancura hermosísima..... Esto es todo lo que yo recuerdo..... porque os lo repito, estaba tan deslumbrado con aquel brillo general, que me parecia ver las cosas al través de un velo.....—Señorita, dijo la jóven que me habia guiado á aquel sitio, y á la cual jamás hubiera yo podido considerar como una doncella, aqui teneis á Lutina. El Sr. la ha encontrado y la trae. —¡Ay! señor, me dijo con una voz dulce é insinuante la señorita de los cabellos dorados, ¡cuántas gracias debo daros por este servicio.....! Yo quiero entrañablemente á Lutina..... Y en seguida, juzgando, sin duda por mi trage, que ella podia ó que debia mostrar su agradecimiento por el hallazgo de otro modo que por palabras, tomó una bolsa de seda y me dijo aunque con alguna irresolucion: —Sin duda os ha costado algun trastorno el poder traerme á mi Lutina: acaso habeis perdido en ello parte del tiempo que tuviérais destinado á vuestras obligaciones..... permitidme por consiguiente..... y al decir esto alargó su mano con la bolsa hácia mí.

—¡Ay, Agricol! dijo la Gibosa tristemente, ¡cómo se desprecia á nuestra clase!

—Aguarda hasta que oigas el fin, y perdonarás á esta señorita. Conociendo probablemente por medio de un golpe de vista, que me habia ofendido con el ofrecimiento de la bolsa, tomó una rosa magnífica de entre las que habia á su lado en un vaso de porcelana, y dirigiéndose á mí con un acento lleno de gracia y de ternura que dejaba traslucir lo que sentia haber lastimado mi delicadeza con el anterior ofrecimiento, me dijo:

—A lo menos aceptareis esta flor.....

—Tienes razon, Agricol, dijo la Gibosa sonriéndose melancólicamente. Es imposible reparar con mayor finura un error cometido involuntariamente.

—¡Que bien adivinaba esta señorita el carácter de mi hijo! esclamó Francisca enjugándose los ojos.

—¿Es verdad, madre mia, que adivinaba perfectamente mi carácter? Pero en el momento en que yo tomaba la flor de sus manos, sin atreverme á levantar los ojos, porque aunque no soy tímido encontraba yo en esta señorita alguna cosa que á pesar de su bondad me infundia respeto; en aquel momento, digo, se abrió otra puerta y otra jóven alta, morena, vestida de un modo estraño y elegante, dijo á la hermosa de los cabellos de oro: «señorita, él está ahí». Al punto se levantó ésta y me dijo: perdonadme, señor: no olvidaré nunca que os he debido un momento de placer.... Y os suplico que en todas las épocas y en todas las situaciones os acordeis de Adriana Cardoville. En seguida desapareció, sin que yo encontrára palabras con que responder á aquellos ofrecimientos afectuosos. La jóven que me habia guiado á aquella habitacion, volvió á guiarme para que saliera de ella, me hizo á la puerta una graciosa reverencia; y héme aquí otra vez en la calle de Babilone, pero tan absorto y tan deslumbrado como si saliese de algun palacio encantado...



Lito. de Fernando Roca

Primera entrevista de Agricol y Adriana.

—Tenias razon, hijo mio, en decir que eso tiene cierto aire de un cuento de Hadas. ¿No es verdad, querida Gibosa?

—Si, señora, contestó la jóven con un tono distraido y meditabundo que Agricol no notó.

—Lo que me ha interesado mas que todo es, que esta señorita á pesar de la satisfaccion que recibia en ver á su perrita perdida, lejos de olvidarme por ella, como tantas otras mugeres hubieran hecho á haberse encontrado en su lugar, no se ha cuidado de ella delante de mi. Esta conducta anuncia talento y delicadeza, ¿no es asi, Gibosilla? En fin, yo creo á esta señorita tan buena, tan generosa, que en circunstancias apuradas yo no titubearia en apelar á su buen corazon.....

—Es verdad, respondió la Gibosa que cada vez iba poniéndose mas distraida.

La pobre jóven sufria amargamente... No abrigaba ningun sentimiento de envidia ni de celos contra esa señorita desconocida, que por su hermosura, por su opulencia y por la delicadeza de su proceder, parecia deber pertenecer á una esfera tan alta y deslumbradora, que era imposible que alcanzase allá la limitada vista de la Gibosa... Pero dando involuntariamente una ojeada dolorosa sobre si misma, jamás acaso habia sentido la infeliz con tanta vehemencia el peso de su fealdad y de su miseria...

Y sin embargo, la resignacion de esta noble criatura era tan dulce y tan humilde, que la única cosa que de toda la relacion la habia causado alguna indisposicion momentánea contra Adriana de Cardoville, habia sido la oferta que de la bolsa habia hecho á Agricol; pero el modo tan suave y encantador con que habia reparado apresuradamente su falta, hizo desvanecer la impresion desagradable, y la captó completamente su afecto...

Pero su corazon estaba quebrantado, y sus ojos no podian casi detener las lágrimas que se agolpaban á ellos, al contemplar lo preciosa que debia ser para Agricol aquella magnífica flor tan lozana y olorosa recibida de una mano encantadora.

—Ahora, madre mia, que sabeis ya una de las causas de mi tardanza, quiero deciros la otra. En el momento que entraba aqui en casa, me he encontrado al tintorero al pie de la escalera que con el brazo teñido de un hermoso color de verde-lagarto, me ha detenido y me ha dicho con tono de miedo, que habia creido ver á un hombre bastante bien vestido rondar al rededor de esta casa como si espionára á alguno; á lo cual le he respondido: ¿Y que os importa á vos? ¿Teneis miedo de que os sorprendan vuestro secreto de confeccionar ese hermoso verde de que teneis puesto un guante que os llega hasta el codo?

—¿Y que querrá en efecto ese hombre, Agrícol? dijo Francisca.

—No lo sé, madre mia: y tampoco me meteré en averiguarlo. Lo que si he procurado hacer ha sido, que el tio Leriol se vuelva á su habitacion; porque debe importarle muy poco ser espiado, como me importa á mi que me espien ni me dejen de espiar.

Diciendo estas palabras sacó la bolsa de cuero que contenia los jornales de la semana, y la dejó en el cajon de enmedio del armario.

En tanto que Francisca ponia en una punta de la mesa la sarten en que estaba la cena de su hijo, la Gibosa saliendo repentinamente de su distraccion, echó agua en una palancana, y presentándola á Agricol le dijo con voz dulce y tímida:

—Para que te laves las manos.

—Gracias, Gibosilla..... ¡Es que eres muy cumplida! Y luego con la mayor naturalidad del mundo la dijo: En recom-

pensa de este servicio toma esta flor......

—¡Qué! ¿me le dás?... esclamó la jóven con voz trémula y cubriéndose el pálido y macilento semblante con un vivo color encarnado. ¡Tú me dás esa soberbia flor...! que te ha dado á tí una señorita tan hermosa, tan rica, tan buena, tan graciosa!.... Y la pobre Gibosa repetia con una especie de alegria febril: ¿Conque tú me la dás? ¿Con qué tú me la dás?

—¿Y que diablos quieres que haga yo con ella? ¿Que la ponga sobre mi corazon?... ¿Que la ponga en un alfiler? dijo Agricol riendo. Yo he sentido un gran placer en la manera con que me ha recibido esta señorita para darme las gracias: estoy satisfecho de haber hallado su perrilla; y tengo tambien ahora otra satisfaccion en darte esta flor, pues veo que tanto lo apeteces.... Ya ves, la recompensa ha sido buena.

Al decir esto y en tanto que la Gibosa recibia la flor, temblando de contento, de emocion y de sorpresa, el jóven herrero se ocupaba en lavar sus manos ennegrecidas con el polvo del hierro y el humo del carbon; y el agua un momento antes limpia y cristalina, se volvió negra.

Agricol mostrando con los ojos esta metamórfosis á la Gibosa, la dijo en voz baja y sonriéndose:

—He aquí una tinta económica para nuestros pintores de brocha gorda... Ayer acabé una poesía, de la que no estoy muy descontento.... Ya te la leeré.

Mientras decia esto Agricol, se secaba las manos con la parte delantera de su blusa, y la Gibosa volvia á colocar la palancana en el sitio de donde la habia tomado.

—¿No podias haber pedido una tohalla? dijo Francisca á su hijo. ¡Limpiarse las manos con la blusa!

—Madre mia, ella está abrasada con el fuego de la fragua todo el dia.... y no la viene mal por consiguiente este refresco por la noche. ¿No es verdad? Ahora regáñame.... si te atreves.... ¿A ver?

La única respuesta que Francisca dió á esta réplica, fué cojer entre sus manos la cabeza de su hijo, acercar aquella cara tan llena de franqueza, de resolucion y de talento, mirarla un instante con orgullo maternal, y estampar en su frente una infinidad de besos.

—Vamos, siéntate... Todo el dia estás de pié en la fragua, y justo es que descanses un rato, porque ya es algo tarde.

—¡Eso es!.... ¡En tu sillon me voy á sentar!.... ¡No faltaba mas! ¡Esta es la cuestion de todas las noches! Quítale de ahí, porque yo estoy bien sentado en cualquiera silla.

—No señor: justo es que despues de tanto trabajo por el dia te sientes por la noche en esa silla para descansar mejor.

—Esta es mucha tirania, mi querida Gibosa, dijo sentándose alegremente Agricol. Si he de decir la verdad, á pesar de mi resistencia me encuentro perfectamente en este asiento.... Desde que me arrellané un momento en cierta época en el trono de las Tullerías, no he encontrado asiento mas cómodo que este sillon.

Francisca Baudoin, puesta en pié á un lado de la mesa, partia el pan para su hijo, en tanto que la Gibosa le echaba de beber en su vasito de plata; y presentaba una escena interesante, ver la solicitud con que estas dos buenas mugeres cuidaban de aquel hombre que era tan querido por ellas.

—¿Quieres acompañarme á cenar? dijo Agricol á la Gibosa.

—Gracias, Agricol, contestó la costurera bajando la vista. He comido muy tarde.

—Haces bien... asi como asi yo te lo decia por mero cumplimiento, porque tu

tienes tu manías, y por cuanto hay en el mundo no comerias una sola vez con nosotros.... En eso te pareces á mi madre que prefiere comer siempre sola....; de esa manera ahorra en su comida sin que yo lo sepa.

—No, hijo mio.... lo hago asi porque conviene mas á mi salud.... comer á ciertas horas.... Dime..... ¿está bueno eso?

—¿Bueno?.... está mejor que bueno; está esquisito.... ¡Bacalao con nabos!.... Vamos yo soy ciego por el bacalao..... y de buena gana seria yo pescador en Terranova.

Sin embargo de estas palabras, Agricol no encontraba muy confortante aquel alimento para despues de un dia de penoso trabajo; y si notaba de algo insípido el manjar, que tenia además cierto gustillo á pegado durante su relacion de los sucesos de la noche. Pero á trueque de no descontentar á su madre, lo comia con el mayor apetito aparente; así es que la buena muger encantada de ver comer á su hijo el pescado con tanto gusto, le decia con cierta satisfaccion:

—Me alegro, hijo mio, de que tanto te guste esa comida: el viernes y el sábado próximos te la pondré tambien.

—Bien, madre mia, gracias.... pero no me pongas una misma cosa dos dias seguidos, porque ese es el modo de que no me harte de ella... Tratemos ahora de en que hemos de emplear el dia de mañana, que es domingo. Es preciso que procuremos divertirnos mucho, porque hace algun tiempo que noto en tí cierta tristeza, y no sé que motivos tienes.... En algunos momentos he llegado á sospechar si estarás enfadada conmigo....

—¿Enfadada contigo, hijo mio? contigo que eres el modelo.... de!....

—Corriente, corriente: si es verdad que no estás enfadada ni triste, dame una prueba de ello, ofreciéndome venir mañana á algun punto donde te distraigas un rato.... Acaso esta señorita.... se dignara acompañarnos como otra vez, dijo Agricol inclinando un poco su cabeza hácia la Gibosa.

Esta se ruborizó, bajó los ojos, tomó su rostro una dolorosa espresion de tristeza y amargura, y no contestó.

—Francisca dijo á su hijo: No hijo mio... Yo tengo ocupado todo el dia... ya lo sabes....

—Bueno, pues si tienes el dia ocupado qué sea por la noche.... No creas que te voy á proponer que vayamos á la comedia.... pero he oido decir que un famoso jugador de manos en....

—Hijo mio, todos los de este oficio hacen las mismas cosas.

—Si, pero segun he oido, este es mas diestro y tiene mucha mayor habilidad que los demas.

—Bueno, hijo, bueno: yo no impido nunca á los demas que hagan lo que les acomode.

—Es verdad, perdonadme, madre mia; mañana iremos si quereis á pasearnos á los *Bulevares* con la pobre Gibosa, que hace ya mas de tres meses que no ha salido con nosotros.... y lo que es sin nosotros, la pobre no sale nunca.

—No: vete tu solo, hijo mio. Mañana es dia de fiesta, y es muy justo que tu te vayas á tus diversiones.

—Vamos, Gibosilla, ayúdame tu á decidir á mi madre.

—Ya sabes Agricol, dijo la costurera avergonzándose y bajando los ojos: ya sabes que yo no debo salir contigo... y con tu madre....

—¿Y por qué, señorita?... ¿Se puede, sin cometer una indiscrecion, preguntaros el motivo de esa repulsa? dijo en tono festivo Agricol.

La jóven se sonrió tristemente y contestó:

—Porque no quiero esponeros otra vez á que tengais por mi una disputa, Agricol....

—¡Ah! perdóname... perdóname, dijo el herrero con un tono de verdadero y sincero agradecimiento, golpeándose en la frente con impaciencia.

La alusion de la Gibosa se habia referido al hecho siguiente:

Algunas veces, aunque muy pocas, porque ella lo huia con la mayor prudencia, la pobre jóven habia ido á pasear con Agricol y su madre; esto era para ella una gran satisfaccion. Despues de haber velado muchas noches y ayunado no pocos dias para poder ahorrar la cantidad suficiente con que comprar un modesto pero decente gorro y un chal proporcionado á su clase para no avergonzar á las personas que la acompañaban, cinco ó seis vueltas dadas en uno de estos paseos agarrada del brazo de aquel á quien adoraba en secreto, habian sido las únicas horas de felicidad que habia disfrutado en toda su vida.

Cuando el último dia en que paseaba con esta compañia, al dar una vuelta, un hombre brutal y grosero la dió un fuerte codazo, la pobre no pudo contener un ligero grito de dolor que se escapó involuntariamente de sus lábios. El hombre grosero contestó á esta muestra de dolor diciendo: ¡Aguántate, jorobada!

Agricol estaba, como su padre, dotado de esa paciencia noble que la fuerza y el valor dan á los corazones generosos; pero tenia tambien una violencia irresistible cuando se trataba de castigar algun insulto cobarde. Asi fué que irritado de la brutalidad de aquel hombre que podia tener su edad y su estatura y aparentaba tener fuerzas iguales, le sacudió los dos mejores bofetones que haya podido sacudir la mano de un herrero en la cara de otro hombre: quiso contestar en los mismos términos el abofeteado, pero Agricol redobló con estremada agilidad la correccion con no poca risa de los espectadores, y el otro se vió precisado á escabullirse entre la gente perseguido por los silvidos y la burla de todos los que habian presenciado aquella escena.

Esta es la aventura que la pobre Gibosa acaba de recordar, diciendo que no queria salir con Agricol para no esponerlo á otra nueva cuestion por causa suya.

Fácil es conocer la pena que tendria el obrero por haber dispertado, aunque sin querer, el recuerdo de esta desagradable circunstancia.... ¡ay! y mucho mas desagradable para la Gibosa de lo que Agricol podia suponer, porque ella le amaba muy apasionadamente... y porque conocia que su ridícula configuracion habia sido el motivo de esta disputa.

Agricol que á pesar de su fuerza varonil y de su valor, tenia la sensibilidad inocente de un niño, reflecsionó acerca de lo doloroso que debia ser este recuerdo para aquella jóven, sintió que se le arrasaban los ojos con una lágrima, y tendiéndola una mano, la dijo con acento cariñoso:

—Perdóname la necedad que acabo de cometer... y dáme un abrazo en muestra de que me perdonas...

Y en seguida estampó dos besos paternales en las pálidas y enjutas megillas de la Gibosa.

A esta muestra tan marcada de afecto, los labios de la jóven perdieron su color, el corazon latió violentamente, y tanta fué su conmocion, que tuvo que apoyarse en un ángulo de la mesa para poder sostenerse en pié.

—Tú me perdonas ¿no es verdad? la dijo Agricol.

—Sí; si, contestó ella procurando ocultar su emocion. Perdóname tú tambien mi debilidad... pero el recuerdo de un he-

cho me ha causado algun mal..... ¡Temí entonces tanto por tí!..... ¿Qué hubiera sucedido si la gente hubiera tomado la defensa de aquel hombre?...

—¡Dios mio! dijo Francisca, saliendo á ayudar, sin saberlo, á la Gibosa. En mi vida he tenido tanto miedo como entonces.

—En cuanto á eso, madre mia, replicó Agricol queriendo dar otro giro á esta conversacion tan desagradable para él y para la costurera, tú... la muger de un soldado... de un granadero á caballo de la guardia imperial... no tienes mucho ánimo... ¡Oh! ¡Padre valiente!... no... escucha... no quiero pensar que esté para venir..... eso me trastorna enteramente.

—Está para llegar... dijo Francisca suspirando, ¡Dios lo quiera!

—¡Cómo! madre mia. ¿Dios lo quiera?... pardiez! será menester que quiera... bastantes misas has hecho decir para eso...

—Agricol..... hijo mio, dijo Francisca interrumpiendo á su hijo y meneando la cabeza con tristeza..... no hables de ese modo... y ademas, se trata de tu padre...

—Vamos, bien está... esta noche tengo suerte. Ahora tratemos de tí. Vaya, seguramente me vuelvo loco ó tonto..... perdonadme, madre mia... esta noche no me ocurre otra palabra; perdonadme... ya sabes que cuando se me escapan algunas palabras sobre ciertos asuntos... es involuntariamente... porque sé el disgusto que te doy.

—No es á mí... á quien ofendes... pobre hijo mio.

—Lo mismo es, porque no conozco nada peor que ofender á una madre... pero en cuanto á lo que te decia de la próxima llegada de mi padre..... no hay duda en ello...

—Lo cierto es que hace cuatro meses... que no hemos recibido carta ninguna.....

—Acuérdate, madre mia, en aquella carta que él dictaba, porque nos decia con su franqueza de soldado que leía regularmente pero que no sucedia lo mismo en cuanto á escribir; en aquella carta nos decia que no estuviésemos con cuidado por él, que estaria en Paris para fines de enero, y que tres ó cuatro dias antes de su llegada nos diria la puerta por donde debia entrar para que yo fuese á buscarle.

—Tienes razon, hijo mio... sin embargo ya estamos en febrero y todavía no tenemos nada...

—Ese es un motivo para no tener que esperarle mucho tiempo; todavía voy mas léjos, y no estrañaria que el buen Gabriel llegase casi á esta misma época... su última carta de América nos lo hacia esperar así. ¡Qué dicha, madre mia, si toda la familia estuviese reunida!

—¡Dios te oiga, hijo mio! ¡ese dia será para mi muy hermoso!

—Créeme, ese dia no tardará mucho... con mi padre, ó no hay noticias... ó si las tenemos son buenas.

—¿Te acuerdas bien de tu padre, Agricol? dijo la Gibosa.

—A fé mia, si he de decir la verdad, de lo que mas me acuerdo es de su gran gorra de pelo y de sus bigotes que me causaban un miedo del diablo. Solo la cinta roja de su cruz sobre las vueltas blancas de su uniforme, y el brillante puño de su sable, me reconciliaban un poco con él; ¿no es verdad, madre mia?..... Pero ¿qué tienes? estás llorando.

—¡Pobre Baudoin... ha debido padecer tanto... desde que está separado de nosotros... á su edad... mas de sesenta años!... ¡Ah! querido hijo mio... se me parte el corazon cuando pienso que tal vez va á cambiar únicamente de miseria.

—¿Qué dices?

—Desgraciadamente, yo no gano nada.

—¡Cómo es eso! ¿y yo? ¿No hay aquí un cuarto para tí y para él, y una mesa

para los dos? Madre mia, puesto que hablamos de asuntos caseros, añadió el herrero dando á su voz una nueva espresion de ternura con objeto de no disgustar á su madre, permíteme decirte una cosa; cuando mi padre y Gabriel hayan llegado, no tendrás necesidad de mandar decir misas, ni encender velas por ellos, ¿no es verdad? Pues bien, con estos ahorros... mi buen padre podrá tener diariamente su botella de vino y tabaco para fumar su pipa..... y ademas, los domingos le daremos una buena comidita en la hosteria.

Algunos golpes que dieron en la puerta interrumpieron á Agricol.

—Adelante, dijo éste.

Pero en vez de entrar, la persona que acababa de llamar entreabrió solo la puerta, y se vió un brazo y una mano de un brillante verde que hacia señas de inteligencia al herrero.

—Calla, es el tio Leriot... el modelo de los tintoreros..... dijo Agricol; entrad sin cumplimiento, tio Leriot.

—Me es imposible, hijo mio, estoy chorreando tinte de pies á cabeza y si entro todo el suelo de Mme. Francisca quedará salpicado de verde.

—Tanto mejor, parecerá un prado, y para mí que adoro el campo...

—No os chanceeis, Agricol, tengo que hablaros en este mismo momento.

—¿Será acaso sobre el hombre que espía la calle? tranquilizáos, ¿qué nos importa?

—No, creo que se ha marchado, ó por mejor decir la niebla es tan espesa que no se ve nada; pero no es eso... venid al instante... es... es un asunto importante... añadió el tintorero con aire misterioso... un negocio que os interesa á vos solo.

—¿A mí solo? dijo Agricol levantándose y bastante sorprendido, ¿qué será?

—Anda á ver, hijo mio, dijo Francisca.

—Bien está, madre mia; el diablo me lleve si entiendo nada de esto.

Y en esto salió el herrero dejando á su madre sola con la Gibosa.

XIV.

LA VUELTA.

Agricol volvió á entrar á los cinco minutos; pálido, con el semblante trastornado, los ojos llenos de lágrimas y con las manos trémulas; pero su fisonomía manifestaba una dicha y enternecimiento estraordinarios. Paróse un momento delante de la puerta, como si la emocion no le hubiese permitido acercarse á su madre....

La vista de Francisca se habia debilitado tanto que no notó al principio el cambio del semblante de Agricol.

—¿Qué es eso, hijo mio? ¿qué hay? le preguntó.

Antes que el herrero pudiese responder, la Gibosa, que era mas perspicaz, esclamó:

—¡Dios mio! ¿que sucede, Agricol? ¡que pálido estás!

—Madre mia, dijo entónces el artesano con voz alterada y dirigiéndose precipitadamente á Francisca, sin responder á la Gibosa; madre mia, es menester que os prepareis á una cosa que vá á admiraros mucho... prometedme que sereis razonable.

—¿Qué es lo que quieres decir?... ¡Como tiemblas!... mírame! pero la Gibosa tiene razon, ¡estás muy pálido!

—Madre mia... dijo Agricol poniéndose de rodillas delante de Francisca y cojiéndola las manos, es preciso... no sabeis... pero...

El herrero no pudo acabar; las lágrimas de gozo le embarazaban la voz.

—¡Lloras, hijo mio! ¡Dios mio, qué sucede! Me asustas.

—¡Asustarte! ¡oh! no, ¡al contrario! dijo Agricol limpiándose los ojos; vas á ser muy feliz. Pero os repito que es preciso ser razonable... porque la demasiada

alegría perjudica tanto como el escesivo pesar.

—¿Cómo?

—Bien os decia yo... que llegaria...

—¡Tu padre! esclamó Francisca.

Y en esto se levantó de su sillon.

Pero su sorpresa y su emocion fueron tan vivas, que llevó una mano al corazon como queriendo comprimir los latidos.... en seguida se sintió desfallecer...

Su hijo la sostuvo y la ayudó á sentarse otra vez.

La Gibosa habia tenido hasta aquel momento la discrecion de separarse durante la escena que tanto absorbia á Agricol y á su madre; aproximóse al cabo con timidez, creyendo que podia ser útil, porque la fisonomía de Francisca se iba alterando cada vez mas.

—Vamos, ánimo, madre mia, repuso el herrero; el golpe está dado... ahora no queda mas que gozar del placer de ver á mi padre.

—Pobre Baudoin mio!... al cabo de diez años de ausencia... me parece mentira... dijo Francisca desecha en lágrimas... Di me, ¿es verdad, Dios mio, es verdad?

—Es tan cierto.... que si me prometeis no alteraros mucho..... os diré cuando le vereis.

—¡Oh! pronto ¿no es verdad?

—Si, pronto.

—¿Cuándo llega?

—Puede ser que de un momento á otro.... mañana.... acaso hoy....

—¡Hoy!

—¡Y bien! si, madre mia, al cabo es forzoso decírtelo.... en este momento llega.... ya ha llegado.

—¡Ha.... ha!....

Francisca tartamudeando no pudo concluir.

—En este momento estaba abajo, y antes de abrir ha rogado al tintorero que venga á avisarme, para que te prepare... porque este buen padre temia que una sorpresa demasiado fuerte te hiciese mal...

—¡Oh! ¡Dios mio!

—Ahora está ya esperando, repuso el herrero con indecible espresion de dicha... ¡Ah, madre mia! ya no puedo mas, hace diez minutos que me late tanto el corazon que mi pecho se parte.

Y arrojándose á la puerta, abrió.

Dagoberto, trayendo de la mano á Rosa y á Blanca, se presentó en el umbral.

Francisca, en lugar de echarse en los brazos de su marido... se puso de rodillas á rezar.

Elevando su alma á Dios, dió las gracias con profunda gratitud, por haber escuchado sus votos y sus súplicas, y recompensado sus ofrendas.

Los actores de esta escena permanecieron silenciosos é inmóviles durante un segundo.

Agricol movido de un sentimiento de respeto y de delicadeza, y luchando con trabajo contra el impetuoso impulso de su ternura, no se atrevia á abrazar á Dagoberto; estaba esperando con viva impaciencia que su madre terminase la oracion.

El soldado esperimentaba igual sentimiento; uno y otro se comprimieron: la primera mirada que se echaron el padre y el hijo manifestaba el esceso de su ternura y veneracion por aquella escelente muger que, distraida en su religioso fervor, olvidaba á la criatura por el Criador.

Rosa y Blanca, conmovidas y atónitas, miraban con interés á aquella muger arrodillada, al mismo tiempo que la Gibosa derramando en silencio lágrimas de gozo al pensar en la dicha de Agricol, se habia retirado al rincon mas oscuro del cuarto, conociendo que en medio de aquella reunion de familia debia necesariamente ser estraña y quedar olvidada.

Francisca se levantó y dió un paso há-

cia su marido, que la recibió en sus brazos.

Siguióse un momento de silencio solemne.

Dagoberto y Francisca no hablaron una palabra; solo se oian algunos suspiros y sollozos, y esclamaciones de alegria...... Cuando los dos ancianos levantaron la cabeza, su fisonomía estaba tranquila, radiante y serena..... porque la completa satisfaccion de sentimientos sencillos y puros no produce jamas una febril y violenta agitacion.

—Hijas mias... dijo el soldado con voz enternecida, y señalando á las huérfanas á Francisca, quien las miraba con admiracion despues que se calmó su primera sorpresa... esta es mi buena y digna esposa... y será para las hijas del general Simon lo que he sido yo mismo...

—En este caso, señora, nos mirareis como hijas..... dijo Rosa acercándose á Francisca con su hermana.

—¡Las hijas del general Simon! esclamó la muger de Dagoberto, cada vez mas sorprendida.

—Si, lo son, mi buena Francisca... y vienen conmigo desde muy lejos, no sin mucho trabajo.... mas tarde te contaré todo esto.

—¡Pobres niñas! parecen dos ángeles enteramente iguales... dijo Francisca contemplando á las huérfanas con sumo interés y admiracion.

—Ahora.... nos toca á los dos.... dijo Dagoberto volviéndose á su hijo.

—¡Gracias á Dios! esclamó éste.

Es preciso renunciar á describir la loca alegria de Dagoberto y de su hijo, la tierna efusion de sus abrazos que el soldado interrumpia para mirar á Agrícol cara á cara, apoyando sus manos en los espaciosos hombros del jóven herrero con el fin de admirar mejor su varonil y franco rostro y su cuerpo suelto y robusto; en seguida le volvió á estrechar contra su seno, diciendo:

—¡Qué buen mozo! ¡que bien hecho! ¡que buen aire!

La Gibosa que estaba aun retirada á un rincon del cuarto, gozaba de la dicha de Agrícol; pero temia que su presencia que no habian notado hasta entonces, fuese indiscreta. Hubiera deseado marcharse sin ser vista, pero no podia.

Dagoberto y su hijo embarazaban enteramente la puerta; la fué pues forzoso permanecer allí, no pudiendo tampoco separar sus ojos de los hermosos rostros de Rosa y de Blanca. Jamas habia visto caras mas preciosas, y la estraordinaria semejanza de las dos huérfanas aumentaba mucho mas su sorpresa; ademas sus modestos vestidos de luto parecian anunciar que eran muy pobres; asi es que la Gibosa conoció que su simpatía hácia ellas aumentaba involuntariamente.

—¡Niñas mias! tienen frio; sus manecitas están heladas y desgraciadamente la estufa está apagada.... dijo Francisca.

Y en esto trataba de calentarles las manos en las suyas, mientras que Dagoberto y su hijo se entregaban á una efusion de ternura tanto tiempo reprimida.....

En el momento en que Francisca dijo que la estufa estaba apagada, la Gibosa impaciente por ser de alguna utilidad con que disculpar su presencia, acaso importuna, fué precipitadamente el cuarto donde estaba el carbon y la leña, tomó unos cuantos pedazos pequeños, vino á arrodillarse delante de la estufa y con algunas brasas que aun quedaban entre las cenizas consiguió encender el fuego que no tardó en *sonar y rechinar* para servirnos de los términos técnicos; en seguida llenó de agua una cafetera, la colocó en la cavidad de la estufa, creyendo que las huérfanas tenian necesidad de alguna efusion caliente.

La Gibosa hizo todo esto con mucho silencio y celeridad; naturalmente pensaban tan poco en ella en medio de las vivas emociones de aquella noche, que Francisca, enteramente ocupada de Rosa y de Blanca, no notó las llamas de la estufa sino por el dulce calor que esparcia y un poco despues por el hervor del agua de la cafetera.

El fenómeno de un fuego que se enciende por si mismo no admiró en este momento á la muger de Dagoberto que estaba enteramente absorta pensando como colocaria á las dos jóvenes, porque ya sabemos que el soldado no habia creido deberla prevenir de su llegada.

Repentinamente se oyeron tres ó cuatro sonoros alaridos detras de la puerta.

—¡Calle! es mi viejo Quitasolaces, dijo Dagoberto yendo á abrir; quiere entrar para conocer tambien á la familia.

Quitasolaces entró saltando, y al cabo de un segundo se persuadió que estaba *en su casa* como vulgarmente se dice. Despues de haber refregado su largo hocico en la mano de Dagoberto, fué á acariciar sucesivamente á Rosa, á Blanca, á Francisca y á Agricol; en seguida viendo que hacian poco caso de él, divisó á la Gibosa que estaba con tímida actitud en un rincon del cuarto; poniendo entonces en accion el dicho popular: *los amigos de nuestros amigos son nuestros amigos*, fué a lamer las manos de la jóven costurera, en aquel instante olvidada de todos.

Mediante una simpatía singular, esta caricia enterneció á la Gibosa hasta el punto de hacerla llorar... pasó muchas veces su larga, descarnada y blanca mano sobre la cabeza inteligente del perro y en seguida no creyendo ser útil en nada, porque habia hecho lo que creía poder hacer, cogió la hermosa flor que Agricol le habia dado, abrió con tiento la puerta y se marchó con tanta discrecion que nadie notó su salida.

Despues de estas espansiones de mútuo afecto, Dagoberto, su muger y su hijo empezaron á pensar en las realidades de la vida.

—Pobre Francisca, dijo el soldado señalando con la vista á Rosa y á Blanca, no esperabas tu esta preciosa sorpresa.

—Solo siento, amigo mio, respondió Francisca, que las señoritas del general Simon no tengan mejor casa que este pobre cuarto..... porque con el desvan de Agricol...

—Todo esto compondrá nuestro palacio, y aun que los hay mejores..... pero tranquilízate, estás pobres niñas están habituadas á contentarse con todo... mañana por la mañana saldré de bracero con mi hijo y te respondo que no será él el que ande mas derecho ni con mas arrogancia de los dos. Irémos á buscar al padre del general Simon á la fábrica de Mr. Hardy para hablar de algunos asuntos...

—Padre mio, mañana no encontraréis en la fábrica ni á Mr. Hardy ni al padre del mariscal Simon...

—¿Qué es lo que dices, hijo mio? dijo con viveza Dagoberto, ¿el mariscal?

—Sin duda, desde 1830, los amigos del general Simon han hecho reconocer el título y el grado que le confirió el emperador despues de la batalla de Ligny.

—¿De veras? esclamó Dagoberto conmovido... no deberia estrañarlo... porque, bien mirado, es justo... y cuando el emperador ha dicho una cosa los demás la deben aprobar; pero no importa, eso me va... en derechura al corazon, y me agita; en seguida dirigiéndose á las jóvenes: ¿lo oís, hijas mias?.... os hallais en Paris hijas de un duque y de un mariscal... es verdad que no lo parece viéndoos en este humilde cuarto, mis pobres duquesitas... pero paciencia, todo se compondrá; el tio Simon ha debido ponerse muy alegre al saber que su hijo ha recobrado su grado ¿eh, hijo mio?

—Nos ha dicho que daria todos los grados y títulos del mundo con tal de ver á su hijo... porque durante su ausencia ha sido cuando sus amigos han conseguido que se le haga justicia... por lo demas se espera al mariscal muy pronto porque sus últimas cartas de la India anuncian su regreso.

Rosa y Blanca, al oir estas palabras, se miraron con los ojos arrasados de dulces lágrimas.

—¡Gracias á Dios! yo y estas niñas contamos con su vuelta... ¿y por qué no encontraremos mañana en la fábrica á Mr. Hardy ni al tio Simon?

—Hace dos dias que han ido á ver y examinar una fábrica inglesa establecida en el Mediodia, pero deben volver de un dia á otro.

—¡Diantre! eso no me gusta mucho... Contaba con el padre del general Simon para hablar sobre asuntos importantes; pero es fácil saber donde debe escribírsele. Mañana mismo, hijo mio, le escribirás comunicándole que sus nietas están aqui. En el interin, hijas mias, añadió el soldado volviéndose á Rosa y Blanca, mi buena muger os cederá mi cama; en la guerra como en la guerra, pobres niñas, á lo menos no estareis aqui peor que en camino.

—Ya sabes que contigo y con tu muger estaremos siempre bien, dijo Rosa.

—Y ademas, solo pensamos ya en la dicha de vernos al fin en Paris, puesto que aqui es donde debemos encontrar á papá, añadió Blanca.

—Y con esta esperanza sé muy bien que se puede tener paciencia, dijo Dagoberto; no importa, por lo tocante á lo que esperais en Paris.... debeis estar sumamente admiradas.... hijas mias. ¡Caramba! hasta ahora no habeis encontrado la ciudad de oro con que habeis soñado, ni con mucho; pero paciencia... paciencia... ya vemos que Paris no es tan feo como parece.

—Y ademas, dijo jovialmente Agricol, estoy seguro que la llegada del mariscal será lo que cambie Paris para estas niñas en una ciudad de oro.

—Teneis razon, señor Agricol, dijo Rosa sonriéndose; habeis adivinado nuestro pensamiento.

—¡Como, señorita! ¿sabeis mi nombre?

—Ciertamente, señor Agricol, hablábamos muchas veces de vos con Dagoberto y últimamente con Gabriel, repuso Blanca.—¡Gabriel!... esclamaron á un tiempo sorprendidos Agricol y su madre.

—Si, repuso Dagoberto haciendo un movimiento de inteligencia á las huérfanas.... tendremos que hablaros de él para quince dias, y entre otras cosas, como hemos encontrado á Gabriel.... Lo que puedo deciros.... es que en su especie vale tanto como mi hijo (no me canso de decir mi hijo) y que son muy dignos de amarse como hermanos... Buena... buena muger.... añadió Dagoberto conmovido.... ¡qué hermosa accion has hecho tu que eres tan pobre, recogiendo á ese desgraciado niño y educándole con el tuyo......

—Amigo mio, no hables de ese modo, eso era tan natural....

—Tienes razon.... ya recogerás el fruto mas tarde.... asi es debido.... Entretanto, le verás positivamente mañana por la mañana....

—¡Con que tambien ha llegado.... mi buen hermano!.... Que digan ahora que no hay dias felices! ¿Cómo le ha encontrado usted, padre mio?

—¿Qué quiere decir usted? ¡siempre usted! ¡Vaya! dime, hijo mio, crees que porque compones canciones eres ya un gran señor para no tutearme?

—Padre mio....

—Lo cierto es que tienes que decir mu-

chos *tu* y *te* para borrar el usted que me hubieras repetido durante diez y ocho años.... En cuanto á Gabriel, voy á contarte luego, donde y como le hemos encontrado, porque si piensas dormir, te equivocas; me darás la mitad de tu cuarto..... y hablaremos..... Quitasolaces se quedará fuera de la puerta de esta pieza, porque tiene una antigua costumbre de estar cerca de estas niñas.

—¡Dios mio, yo no pienso en nada, amigo! creo que en este momento... Enfin, si estas señoritas y tú quereis cenar... Agricol irá al instante á la hostería á buscar alguna cosa.

—Vaya, hijas mias, ¿teneis gana?

—No, gracias, Dagoberto, no tenemos hambre, estamos demasiado contentas.

—Siempre tomareis un poco de agua azucarada bien caliente con un poco de vino para animaros, queridas niñas mias, dijo Francisca; desgraciadamente no tengo otra cosa.

—Eso es, Francisca, tienes razon; estas niñas están cansadas, acuéstalas.... y mientras tanto subiré con Agricol á su cuarto, y mañana por la mañana antes que Rosa y Blanca se dispierten bajaré á hablar contigo para dejar descansar un poco á Agricol.

En este momento llamaron á la puerta con fuerza.

—Sera la buena Gibosa que viene á preguntar si la necesitamos para algo, dijo Agricol.

—Pero me parece que estaba aqui cuando entró mi marido, respondió Francisca.

—Tienes razon madre mia, ¡pobre muchacha! se habrá marchado sin que la vean temiendo incomodar; ¡es tan discreta!.... Pero ella no llama tan fuerte.

—Mira quien es, Agricol, dijo Francisca.

La puerta se abrió antes que el herrero hubiese tenido tiempo de llegar hasta ella, y un hombre decentemente vestido y de cara respetable, se adelantó algunos pasos echando en el cuarto una rápida ojeada que detuvo un instante sobre Rosa y Blanca.

—Permitidme que os diga, caballero, le dijo Agricol saliendo á su encuentro... que despues de haber llamado.... hubiérais podido esperar que os diesen permiso para entrar.... En fin... ¿qué quereis?

—Os ruego que me disimuleis, dijo con suma atencion este hombre que hablaba demasiado lentamente, tal vez con ánimo de detenerse mas tiempo en el cuarto.... os pido mil perdones.... siento esta indiscrecion.... estoy confundido de....

—Enhorabuena, dijo Agricol perdiendo la paciencia.... ¿qué quereis?

—¿Vive aquí Mlle. Soliveau, una costurera jorobada?

—No, señor, mas arriba, dijo Agricol.

—¡Oh! ¡Dios mio! esclamó el hombre atento repitiendo sus profundos saludos.... siento mi indiscrecion.... creia entrar en casa de esta jóven costurera á quien venia á proponer trabajo de parte de una persona respetable....

—Ya es muy tarde, caballero, dijo Agricol sorprendido; esa jóven es conocida de nuestra familia; volved mañana; ahora no podeis verla porque está acostada.

—En este caso, caballero.... os repito que me perdoneis.

—Muy bien.... dijo Agricol dando un paso hácia la puerta.

—Ruego á esta señora y señoritas, y á este caballero.... que se persuadan....

—Si continuais así mucho tiempo, caballero, dijo Agricol, será preciso que pidais tambien perdon por vuestros perdones.... y no habrá motivo para que esto concluya.

A estas palabras de Agricol que hicieron sonreir á Rosa y á Blanca, Dagoberto se frotó sus bigotes con orgullo: ¡qué

tal! ¿tiene talento mi hijo? dijo en voz baja á su mujer... esto no debe admirarte, porque estarás acostumbrada á ello.

Durante este tiempo habia salido el hombre cumplimentero, despues de haber echado una larga y última ojeada sobre las dos hermanas, Agricol y Dagoberto.

Al cabo de algunos instantes, y mientras que Francisca, despues de haber puesto en el suelo un colchon para ella, y guarnecido de sábanas blancas la cama para las huérfanas, las ayudaba á acostarse con maternal solicitud, Dagoberto y Agricol subian á su desvan.

En el momento en que el herrero, que con una luz en la mano precedia á su padre, pasó por delante de la puerta del cuartito de la Gibosa, ésta, medio oculta en la sombra, le dijo rápidamente y en voz baja:

—Agricol, te amenaza un gran peligro... necesito hablarte....

Estas palabras fueron pronunciadas tan pronto y tan bajo que Dagoberto no las oyó; pero como Agricol se habia parado de pronto y estremecido, el soldado le dijo:

—¡Y bien hijo mio! ¿qué hay?

—Nada, padre mio, dijo el herrero volviéndose. Temia no alumbrarte bastante.

—No tengas cuidado, esta noche tengo los ojos y las piernas como á los quince años.

Y el soldado, sin notar la distraccion de su hijo, entró en su compañía en el pequeño desvan donde uno y otro debian pasar la noche.

. . . .

El hombre de tan buenos modales que habia venido á preguntar á la muger de Dagoberto por la Gibosa, se fué al estremo de la calle Brise Miche, algunos momentos despues de haber salido de la casa.

Acercóse á un simon que estaba parado en la plazoleta del Cloitre de Saint-Merry.

En el fondo de este coche estaba Mr. Rodin embozado en una capa.

—¿Qué tenemos? dijo con tono interrogativo.

—Las dos niñas y el hombre de los bigotes canos han entrado en casa de Francisca Baudoin, respondió el otro; antes de llamar á la puerta me puse á escuchar y pude oir durante algunos minutos...... las niñas se quedarán esta noche en el cuarto de Francisca.... y el anciano de bigotes canos irá al del oficial de herrero.

—¡Está bien! respondió Rodin.

—No me he atrevido á insistir, repuso el hombre cortés, en ver esta noche á la costurera jorobada para hablarle de la reina Bacanal; mañana volveré con el objeto de saber que efecto ha producido la carta que ha debido recibir esta noche por el correo sobre el ...ó en herrero....

—No falteis: ahora, aunque es bastante tarde, es menester que vayais de mi parte á casa del confesor de Francisca Baudoin, y le digais que le espero en la calle de *Milieu des Ursins*; que venga al instante.... sin perder un minuto.... le acompañareis, y si yo no hubiese vuelto, que me espere... le direis que se trata de cosas de la mayor importancia.

—Todo quedará ejecutado con la mayor fidelidad, respondió el hombre cortes saludando profundamente á Rodin, cuyo coche se alejó rápidamente.

XV.

AGRÍCOL Y LA GIBOSA.

Una hora despues de estas diferentes escenas reinaba el mayor silencio en la casa de la calle de Brise Miche.

Una luz reflejando al traves de los vidrios de una puerta anunciaba que la Gibosa no se habia acostado todavia, porque este sombrio tabuco, sin aire y oscuro, no recibia la luz sino por la puerta que

se abria sobre un estrecho y lóbrego pasil'o baj el tejado.

Una mala cama, una mesa, un baul viejo y una silla llenaban de tal modo este helado cuarto, que no podian sentarse dos personas á menos que una de ellas no se colocase sobre la cama.

La magnífica flor que Agrícol habia dado á la Gibosa solícitamente conservada en en vaso de agua colocado sobre la mesa llena de lienzo, esparcia un perfume suave y ostentaba su purpúreo cáliz en medio de aquel miserable gabinete alumbrado débilmente por una miserable vela de sebo y cuyas húmedas paredes eran de yeso ceniciento.

La Gibosa, vestida y sentada sobre su cama con el rostro descompuesto, los ojos arrasados de lágrimas, y apoyándose con una mano en la cabecera, tenia inclinado su rostro hácia el lado de la puerta, escuchando con ansia y esperando á cada instante sentir los pasos de Agrícol.

El corazon de esta jóven latía con violencia; su cara siempre tan pálida, estaba animada de un débil colorido: ¡tan profunda era su emocion!..... de cuando en cuando echaba una ojeada con cierta especie de terror á una carta que tenia en la mano; esta carta recibida aquella noche por el correo habia sido colocada por el portero tintorero sobre la mesa de la Gibosa mientras esta presenciaba la entrevista de Dagoberto con su familia.

Al cabo de algunos instantes la jóven oyó abrir con cuidado una puerta contigua á la suya.

—En fin, ahí está esclamó.

Efectivamente era Agricol que entró.

—Esperaba que mi padre se durmiese, dijo en voz baja el herrero cuya fisonomía manifestaba mas curiosidad que inquietud... ¿qué hay, mi buena Gibosa? ¡qué alterada estás! ¿lloras? ¿qué sucede? ¿de qué riesgo quieres hablarme?

—Toma... y lee... le dijo la Gibosa con voz balbuciente y presentándole con precipitacion una carta abierta.

Agricol se acercó á la luz y leyó lo que sigue:

Una persona que no puede darse á conocer, pero que está bien informada del interés que profesais á Agricol Baudoin, os previene que este jóven y honrado jornalero será preso probablemente mañana por la mañana...

—¡Yo!... esclamó Agricol mirando á la jóven con aire admirado... ¿qué significa esto?

—Continúa, dijo con viveza la costurera, juntando las manos.

Agricol continuó, no pudiendo dar crédito á los ojos...

Su cancion de los jornaleros libres ha sido acriminada; se han hallado muchos ejemplares entre los papeles de una sociedad secreta cuyos gefes acaban de ser presos en consecuencia de la canspiracion de la calle de Prouvaires...

—¡Ay! dijo la costurera desecha en lágrimas, ahora lo comprendo todo... Ese hombre que estaba rondando abajo esta noche segun decia el tintorero... era sin duda un espia que acechaba tu llegada.

—Vaya, vaya, ¡esta acusacion es absurda! esclamó Agricol; no tengas cuidado, mi buena Gibosa. Yo no me ocupo de política... Mis versos solo respiran amor á la humanidad. ¿Tengo yo la culpa de que los hayan encontrado entre los papeles de una sociedad secreta?

Y al decir esto echó la carta sobre la mesa con desprecio.

—Hazme el favor de continuar, le dijo la Gibosa... continúa...

—Enhorabuena... puesto que lo quieres.

Agricol prosiguió:

Se acaba de dar la órden de prender á Agricol Baudoin; sin duda alguna se re-

conocerá su inocencia tarde ó temprano... pero hará bien ponerse en salvo lo mas pronto posible... para librarse de una prision preventiva de dos ó tres meses, lo cual seria un golpe terrible para su madre de quien es el único apoyo:—UN AMIGO QUE NO PUEDE DESCUBRIRSE.

Al cabo de un momento de silencio el herrero se encogió de hombros; su fisonomía se serenó, y dijo á la costurera riendo:

—Tranquilízate, mi buena Gibosa, estos graciosos se han equivocado en el mes, y todo eso no es mas que un chasco fuera de tiempo...

—Agricol... por el amor del cielo..... dijo la costurera con voz de súplica... no te chancees... Cree mis presentimientos... y escucha este consejo...

—Te repito, hija mia, que hace mas de dos meses que fué impresa mi cancion de los *Jornaleros*; no tiene que ver con la política... y ademas no hubieran esperado tanto tiempo para denunciarla...

—Pero debes pensar que las circunstancias no son las mismas... Hace apenas dos dias que se ha descubierto este complot aqui cerca, en la calle de Prouvaires..... Y si tus versos, tal vez ignorados hasta el dia, han sido hallados en casa de las personas arrestadas con motivo de esta conspiracion... no se necesita mas para comprometerte.

—¡Comprometerme!... con unos versos... en que ensalzo el amor al trabajo y á la caridad... estamos frescos! bien ciega seria la justicia y fuera menester darle un baston y un perro para que le guiasen.

—Agricol, dijo la jóven, desolada al oir chancearse el herrero en semejantes momentos; te suplico..... que me escuches; sin duda que tu predicas en tus versos el santo amor al trabajo; pero tambien te quejas de la injusta suerte de los pobres jornaleros condenados sin esperanza á todas las miserias de la vida... predicas la fraternidad evangélica... pero tu noble y buen corazon se indigna contra los egoistas y malvados...... En fin manifiestas desear con ansia la emancipacion de los artesanos que, menos felices que tú, no tienen por pátron al generoso Mr. Hardy. Dime Agricol, en estos tiempos de revolucion ¿no es suficiente para comprometerte en el caso de que se hayan hallado muchos ejemplares en casa de las personas arrestadas?

A las sensatas y vivas palabras de esta escelente criatura que razonaba con el corazon, Agricol hizo un movimiento y empezó á considerar con mas seriedad el consejo que le daban.

La Gibosa, viéndole indeciso, continuó:

—Y ademas, acuérdate de tu compañero Remi.

—¿Remi?

—Sí, habiéndose encontrado una carta suya.... carta bien insignificante, en casa de una persona que prendieron el año pasado..... ha estado un mes en la cárcel.

—Es verdad, mi buena Gibosa, pero á poco se reconoció la injusticia de esta acusacion y fué puesto en libertad.

—Despues de haber pasado un mes en la cárcel..... y eso es lo que con razon te aconsejan que evites... Agricol, piénsalo bien, ¡Dios mio, un mes en la cárcel! ¡y tu madre!...

Las palabras de la Gibosa hicieron una impresion profunda en Agricol: tomó la carta y la leyó otra vez con mucha atencion.

—¿Y ese hombre que ha estado rondando toda la noche alrededor de la casa? repuso la jóven..... No se me quita de la imaginacion... Eso no es natural... ¡ay! ¡Dios mio! qué golpe para tu pobre madre que no gana ya nada! ¿No eres en el dia su solo recurso? Piénsalo bien, sin tí y sin tu trabajo ¿qué será de ellos?

—Efectivamente... seria una cosa terrible..... dijo Agricol echando la carta sobre la mesa: en cuanto á lo que me dices de Remi tienes razon..... Estaba tan inocente como yo; un error de la justicia... sin duda error involuntario, no es menos cruel..... Pero te repito que no se prende á un hombre sin oirle.

—Primero le prenden... y despues se le oye, dijo la Gibosa con amargura; y al cabo de uno ó dos meses, le ponen en libertad... y... si tiene muger, ó si tiene hijos que solo cuentan con su trabajo diario..... ¿Qué harán mientras esté preso su único sosten? tienen hambre... frio... y lloran.

Agricol se estremeció al oir las sencillas y tiernas palabras de la Gibosa.

—¡Un mes sin trabajo! repuso con aire triste y pensativo..... Y mi madre..... y mi padre..... y estas jóvenes que forman parte de nuestra familia hasta que llegue á Paris el general Simon; ¡ah! tienes razon, esta idea me aterroriza involuntariamente.

—Agricol, saltó de pronto la Gibosa, si hablases á Mr. Hardy; es tan bueno y tan estimado..... tan respetado, que si saliese fiador tuyo, tal vez cesarian de perseguirte.

—Desgraciadamente Mr. Hardy está ausente y viajando con el padre del mariscal Simon.

Despues de un nuevo silencio Agricol repuso procurando vencer sus temores:

—No, no puedo dar crédito á esta carta..... y bien mirado prefiero esperar los resultados..... A lo menos me quedará la esperanza de poder probar mi inocencia en la primera declaracion..... porque al fin, mi buena amiga, que esté en la cárcel ó que me vea obligado á esconderme... de todos modos mi familia echará de menos mi trabajo.

—Por desgracia, tienes razon..... dijo la pobre jóven ¿qué haremos? ¡Dios mio! ¿qué haremos?

—¡Ah padre! dijo para sí Agricol, si sucede mañana tal desgracia... ¿qué será de él al dispertarse... despues de haberse dormido tan contento?

Y al pensar esto, el herrero ocultó su rostro en las manos.

Desgraciadamente los temores de la Gibosa no eran exagerados, porque debe tenerse muy presente que hácia esta época del año de 1832, antes y despues del complot de la calle de Prouvaires, se prendieron preventivamente á algunos artesanos á consecuencia de una violenta reaccion contra las ideas democráticas.

La Gibosa rompió de pronto el silencio que duraba algunos segundos; un vivo sonrosado animó su fisonomía que manifestaba una indefinible espresion de violencia, de dolor y de esperanza.....

—Agricol ¡nada tienes que temer!... esclamó:

—¿Qué dices?

—Esa señorita tan bella y tan buena que, al darte esta flor (la Gibosa la señaló al herrero) ha sabido reparar con tanta delicadeza una oferta injuriosa..... debe tener un corazon generoso..... dirígete..... á ella..... A estas palabras pronunciadas, al parecer, con un violento esfuerzo sobre sí misma la Gibosa dejó escapar dos gruesas lágrimas.

Por la primera vez de su vida esperimentó un sentimiento doloroso de celos... conociendo que existia una muger mas feliz que ella, pobre é impotente criatura, y que podia acudir al socorro de la persona que idolatraba.

—¿Lo has pensado bien? dijo Agricol sorprendido ¿qué puede hacer en esto esa señorita?

—No te ha dicho: ¿acordáos de mi nombre y en cualquiera circunstancia acudid á mí?

—Sin duda.. ..

—Esta señora debe tener por su elevada posicion brillantes relaciones que podrian protejerte y defenderte... vé á verla mañana temprano..... dila francamente lo que te sucede... é implora su proteccion.

—Pero ¿qué es lo que puede hacer? te repito.

—Escucha: ahora me acuerdo que, hace algun tiempo, me decia mi padre, que habia evitado la prision de uno de sus amigos, depositando una suma por via de fianza..... Te será fácil convencer de tu inocencia á esa señorita.... tal vez te servirá de caucion, y en este caso creo que no tendrás nada que temer.

Créeme, Agricol ; ¡dijo con tristeza la Gibosa; yo no soy capaz de aconsejarte nada que te pueda humillar á los ojos de nadie... y principalmente... ¿entiendes? principalmente á los ojos de esa persona..... No se trata de que la pidas dinero para tí... sino que salga por fiadora para no verte imposibilitado de trabajar y de que tus padres no se vean sin recursos... Créeme, Agricol, semejante peticion es noble y digna de tí..... el corazon de esa señorita es generoso..... te comprenderá; esta caucion no es nada para ella..... al paso que para tí es mucho..... Será dar la vida á tu familía.

—Tienes razon, mi buena amiga, dijo Agricol con abatimiento y tristeza... acaso será mejor arriesgarse á dar este paso... Si esta señorita se decide á hacerme semejante servicio y si su fianza puede librarme de la cárcel..... me veré ya preparado contra cualquiera acontecimiento..... Pero, no, no, añadió el herrero levantándose..... no me atreveré jamas á dirigirme á esa señorita..... ¿Y con qué derecho? ¿Qué es el ligero servicio que la he hecho en comparacion de lo que voy á pedirle?

—¿Crees, Agricol, que un alma generosa mide los favores con que puede pagar los que ha recibido? en cuanto á lo que sale del corazon, ten confianza en mí... yo no soy mas que una pobre criatura que no puede compararse con nadie; yo no soy, ni puedo nada... sin embargo estoy segura..... sí, Agricol..... estoy segura que esa señorita, tan superior á mí... sentirá en esta circunstancia lo mismo que yo... sí, comprenderá, como yo, lo duro de tu posicion, y se tendrá por contenta, feliz y reconocida en hacer lo que yo haria..... ¡ojalá que pudiera hacer mas que sacrificarme sin utilidad !...

La Gibosa, á pesar suyo, pronunció estas últimas palabras con una espresion tan dolorida; la comparacion que hacia de si misma esta desgraciada, oscura, despreciada, miserable y achacosa criatura, con Adriana de Cardoville, brillante tipo de juventud, de opulencia y de belleza, era tan lastimosa, que los ojos de Agrícol se arrasaron de tiernas lágrimas; alargando una de sus manos á la Gibosa le dijo con voz muy compungida:

—¡Qué buena eres! ¡cuanta nobleza, sentido y delicadeza posees!

—Desgraciadamente, no puedo hacer mas que esto... aconsejar.

—Tus consejos serán ejecutados.... mi buena Gibosa: pues vienen del alma mas elevada que conozco... Y ademas, me has tranquilizado sobre este paso persuadiéndome que el corazon de Mlle. de Cardoville... es tan bueno como el tuyo.

Al oir tan sencilla y sincera comparacion, la Gibosa olvidó casi todos sus padecimientos; ¡tan dulce y consoladora fué su emocion!.... Porque si ecsisten tormentos desconocidos en el mundo para ciertas criaturas fatalmente condenadas al dolor, tambien hay tímidos y humildes consuelos, igualmente ignorados.... ¡Tan benéfica y tan inefable para estos pobres seres, acostumbrados al desprecio, á las

durezas y á la terrible duda de si mismos, es la menor espresion de un tierno afecto!

—Con que estamos convenidos! mañana temprano irás á casa de esa señorita ¿no es verdad? esclamó la Gibosa que volvió á recobrar su esperanza. Al amanecer bajaré á la puerta de la calle, y si hay alguna persona sospechosa te avisaré....

—¡Buena y escelente jóven! dijo Agrícol cada vez mas conmovido.

—Será menester que salgas antes que tu padre se despierte.... El barrio en que vive la señorita es tan solitario... que yendo á él es casi como si te escondieses....

—Me parece que oigo la voz de mi padre... dijo de pronto Agrícol.

En efecto, el cuarto de la Gibosa estaba tan inmediato á la boardilla del herrero, que éste y la costurera, aplicando el oido, oyeron á Dagoberto que decia en la oscuridad.

—Agrícol.... ¿estás durmiendo, hijo mio?.... yo he despuntado ya el sueño... la lengua me pica como un diablo.

—Anda pronto, Agrícol, dijo la Gibosa, tu ausencia podria inquietarle.... De todos modos no salgas mañana temprano antes que yo te diga... si he visto alguna cosa sospechosa.

—Agrícol ¿no estas aquí? repuso Dagoberto elevando la voz.

—Aquí estoy, padre mio, dijo el herrero saliendo del cuarto de la Gibosa y entrando en el de su padre.... he ido á cerrar el postigo de un desvan que el viento movía... temiendo que el ruido pudiese dispertarte.

—Gracias, hijo mio; ¡pardiez! no es el ruido lo que me ha dispertado, dijo jovialmente Dagoberto, sino un *hambre* terrible de hablar contigo. ¡Ah! ¡hijo mio! ¡un padre viejo que no ha visto á su hijo en diez y ocho años es una terrible carcoma!

—¿Quieres que encienda una luz, padre mio?

—No, no, eso sería hijo.... hablemos á oscuras... y mañana temprano tu vista me causará un nuevo efecto... será como si te viese por la primera vez...

La puerta del cuarto de Agrícol se cerró, y la Gibosa no volvió á oir nada....

La pobre criatura se echó vestida en la cama y no pegó los ojos en toda la noche, esperando con angustia que amaneciese, para velar sobre Agricol.

Sin embargo, á pesar de sus vivas inquietudes sobre los sucesos del dia siguiente, se dejó arrastrar algunas veces de las cavilaciones de una amarga melancolía y comparaba la conversacion que acababa de tener en medio del silencio de la noche con el hombre á quien adoraba en secreto, á lo que este coloquio debería haber sido si hubiese recibido del cielo gracias y belleza.... si hubiese sido amada como ella amaba... casta y tiernamente... Pero acordándose al instante que no estaba destinada á saborear jamas las dulces emociones de un amor correspondido, se consoló con la esperanza de poder ser útil á Agrícol.

Levantóse al amanecer sin hacer ruido y bajó la escalera con mucho tiento para ver si en la calle amenazaba alguna cosa á su amigo.

XVI.

LA MADRUGADA.

El tiempo que durante una parte de la noche habia estado húmedo y brumoso, se quedó por la madrugada frio y despejado. Al traves de la pequeña vidriera de la boardilla donde Agrícol y su padre habian dormido se descubria una parte del azulado cielo.

El desvan del ~~jóven~~ herrero tenia el aspecto tan pobre como el de la Gibosa: sobre una mesita blanca donde Agrícol

escribia sus poéticas inspiraciones estaba colocado un retrato, único adorno de este cuarto, de Beranger, poeta inmortal que el pueblo quiere y venera.... porque este raro y escelente ingenio ha ilustrado al pueblo y cantado sus glorias y reveses.

Aunque empezaba á amanecer, Dagoberto y Agrícol estaban ya levantados. Este último habia tenido bastante imperio sobre sí mismo para disimular sus vivas inquietudes, porque la reflecsion habia contribuido á aumentar sus temores. El reciente suceso de la calle de Prouvaires habia dado lugar á una multitud de prisiones preventivas, y el descubrimiento de varios ejèmplares de su cancion del *Artesano libre*, hecho en casa de uno de los gefes de este frustrado complot, debia efectivamente comprometer por el pronto al jóven herrero; pero ya hemos dicho que su padre no sospechó sus angustias.

Sentado junto á su hijo, al borde de su miserable cama, el soldado estaba ya vestido y afeitado con ecsactitud militar desde el amanecer y tenia en aquel momento en sus manos las de Agrícol; con el rostro lleno de gozo no se cansaba de contemplar á su hijo.

—Te vas á burlar de mi, hijo mio, le decia; pero te aseguro que estaba dando al diablo la noche por verte de dia... como te veo ahora.... Gracias á Dios.... no pierdo nada.... Otra necedad mia, me alegro verte con bigotes..... ¡Qué buen granadero de á caballo hubieras hecho! ¿No has tenido nunca ganas de ser soldado?

—¿Y mi madre?...

—Tienes razon... pero ves, bien mirado, creo que pasó ya el dominio del sable, y nosotros los viejos no somos buenos mas que para meternos en un rincon de la chimenea, como una vieja carabina mohosa; nuestro tiempo ha pasado.

—Si, vuestro tiempo de heroismo y de gloria, dijo Agrícol con ecsaltacion; y en seguida añadió con voz profundamente tierna y conmovida.... ¡sabes cuan tierno y hermoso es ser hijo tuyo!

—En cuanto á hermoso.... no lo sé.... poro en cuanto á bueno debe serlo... porque me envanezco en quererte... Y cuando pienso que esto empieza ahora, ¿eh, Agrícol? Soy como los hambrientos que han pasado dias enteros sin comer.... se restablecen y..... comen poco á poco.... Debes esperar ser paladeado.... hijo mio.... por la mañana y por la noche.... todos los dias... Mira no quiero pensar en esto.... *todos los dias*.... esto me deslumbra y trastorna.... no estoy en mi.

Estas palabras de Dagoberto entristecieron á Agrícol que creyó ver el presentimiento de la separacion que le amenazaba.

—Vaya, dime ¿eres feliz? ¿Mr. Hardy es siempre tan bondadoso contigo?

—¿Mr. Hardy?... dijo el herrero, es el hombre mas justo y generoso del mundo; ¡si supierais las maravillas que ha hecho en la fábrica! comparada con las demas es un paraiso en medio del infierno.

—¿De veras?

—Ya lo veréis.... ¡que alegria, que bienestar y que afecto brilla en el semblante de todos los que emplea, y con cuanto placer y ardor se trabaja en su casa!

—¿Con que segun eso, el tal Mr. Hardy es un mágico?

—Un gran mágico, padre mio.... ha sabido dar atractivo al trabajo..... esto es en cuanto al placer...... Ademas, es tan justo en los salarios! nos da parte en las ganancias, segun la capacidad de cada uno, y esto es lo que contribuye á hacernos trabajar con ardor; no contento con eso, ha hecho construir inmensos edificios, donde todos los ortesanos hallan con mas

economía que en otra parte habitaciones alegres y saludables y donde gozan de todos los beneficios de la asociacion... ¡Pero, os repito, que ya vereis.... ya vereis!

—Con razon se dice que Paris es el pais de las maravillas. En fin, aqui me tienes para no separarme mas de tí ni de mi buena muger.

—No, padre mio, no nos separaremos mas.... dijo Agricol ahogando un suspiro.... mi madre y yo procuraremos haceros olvidar lo que habeis sufrido.

—¡Sufrido! ¿quién diablos ha sufrido? mírame bien á la cara, ¿te parece que tengo el aspecto de haber padecido? ¡Pardiez! Desde que he puesto los pies aqui me siento rejuvenecido.... Ahora me verás andar, ¡apuesto á que te fastidio!... Vaya, ¡que buen mozo vas á ser! ¿eh, muchacho? ¡como nos van á mirar! Apostaria que cuando vean tus bigotes negros y mis bigotes blancos van á decir al instante: «padre é hijo»... ¡Vaya! dispongamos lo que hemos de hacer hoy. Ahora vas á escribir al padre del general Simon la llegada de sus nietas y encargándole que vuelva pronto á Paris, porque se trata de asuntos sumamente importantes para ellas.... y mientras escribes yo bajaré á dar los buenos dias á mi mujer y á las niñas; despues tomaremos un bocado: tu madre irá á su misa, porque veo que sigue en su costumbre; ¡que digna muger! tanto mejor, si eso la divierte; mientras tanto daremos un paseo juntos.

—Padre mio, dijo Agricol con embarazo.... hoy no podré acompañaros.

—¡Como! ¿no puedes? hoy es domingo.

—Es verdad, padre mio, dijo Agricol dudando; pero he dado mi palabra de ir al taller para concluir una obra urgente. Si faltase.... tal vez perjudicaria á Mr. Hardy. Acabaré al momento.

—Eso es otra cosa, dijo el soldado dando un suspiro de sentimiento.... creí estrenar Paris contigo..... esta mañana..... será mas tarde, porque el trabajo.... es cosa sagrada, puesto que con él sostienes á tu madre.... no importa..... eso es un fastidio.... un gran fastidio, y ademas.... no, soy injusto.... mira que pronto nos habituamos á ser felices..... ya empiezo á gruñir por un paseo retardado algunas horas, yo, que durante diez y ocho años he estado esperando verte sin estar muy seguro de ello.... Mira, yo soy un viejo loco, ¡viva la alegria y mi Agricol!

Y el soldado, para consolarse, abrazó tierna y cordialmente á su hijo.

Esta caricia hizo mal al herrero, porque temió ver realizados de un momento á otro los temores de la Gibosa.

—Ya que he descansado, dijo Dagoberto riendo, hablemos de negocios: ¿sabes donde encontraré las señas de todos los notarios de Paris?

—No lo sé, pero es cosa muy fácil.

—Hé aquí por que: desde Rusia envié por el correo á un notario de Paris papeles muy importantes, segun las órdenes de la madre de estas dos niñas que vienen conmigo. Como debia ir al momento de mi llegada á verle.... escribí su nombre y las señas de su casa en una cartera que me han robado en el camino...... y como he olvidado ese diablo de nombre, me parece que si le viera en una lista me acordaria....

Dos golpes que dieron á la puerta de la boardilla hicieron estremecer á Agricol que sin querer pensó en la órden que habian dado para prenderle.

Su padre que volvió la cabeza al oir el ruido, no pudo notar esta emocion, y dijo elevando la voz:

—¡Adelante!

Abrióse la puerta y se presentó Gabriel. Traia una sótana negra y un sombrero redondo.

Reconocer á su hermano adoptivo y arrojárse en sus brazos fueron dos movimientos para Agricol tan rápidos como el pensamiento.

—¡Hermano mio!

—¡Agricol!

—¡Gabriel!

—¡Al cabo de una ausencia tan larga!

—En fin, ya estás aqui...

Estas fueron las palabras que mediaron entre el herrero y el misionero que estaban estrechamente abrazados.

Dagoberto, enternecido y encantado con estas fraternales espresiones sintió humedecerse sus ojos. Efectivamente, era un tierno cuadro ver el afecto de estos dos jóvenes tan parecidos en sus sentimientos y tan diferentes en carácter y aspecto, por que la viril fisonomia de Agricol hacia resaltar mas la delicadeza de las angélicas facciones de Gabriel.

—Ya sabia yo tu llegada por mi padre, dijo por último el herrero á su hermano adoptivo.... y esperaba verte de un momento á otro.... y sin embargo mi dicha es mil veces mayor de lo que esperaba.

—¿Y mi buena madre? dijo Gabriel apretando con mucho afecto las manos de Dagoberto, ¿la habeis encontrado buena?

—Si, hijo mio, y cada vez estará mejor puesto que nos ve reunidos á todos.... no hay cosa mas sana que la alegria.... en seguida dirigiéndose á Agricol, que olvidando sus temores de ser preso miraba al misionero con una espresion de inefable afecto, le dijo: y cuando se piensa que con esa cara de muchacha, Gabriel posee un corazon de leon.... porque ya te he dicho con que intrepidez salvó á las hijas del mariscal Simon y trató de salvarme á mi tambien...

—Pero, Gabriel, ¿que es eso que tienes en la frente? esclamó de pronto el herrero, que hacia algunos instantes que no separaba los ojos del misionero.

Gabriel, habiendo dejado su sombrero al entrar, se hallaba precisamente debajo de la vidriera, cuya viva luz reflejaba en su pálido y dulce rostro; la cicatriz circular que se estendia de una á otra sien por encima de las cejas, se veia entonces perfectamente.

Dagoberto en medio de tan diferentes emociones y de los acontecimientos tan rápidos que habian seguido el naufragio, no habia reparado durante su corta conversacion con Gabriel en el palacio de Cardoville, la cicatriz que ceñía la frente del jóven misionero, y participando en aquel momento de la sorpresa de Agrícol, dijo:

—Efectivamente, ¿qué significa esa cicatriz.... que tienes en la frente?

—Y en las manos... mira... padre mio, esclamó el herrero cojiendo una mano que el jóven sacerdote le alargaba como queriendo tranquilizarle.

—Gabriel, hijo mio, esplícanos eso.... ¿Quien te ha herido de ese modo? añadió Dagoberto tomando tambien la mano al misionero y ecsaminando la herida, digamos asi, como esperto.

—Tiene razon mi padre.... Efectivamente, tienes las manos agujereadas.... ¡pobre hermano mio! dijo Agrícol dolorosamente afectado.

—¡Dios mio! no penseis en eso, dijo Gabriel sonrosándose y con un modesto embarazo. Fuí á la mision entre los salvages de las montañas Roqueñas y me crucificaron. Cuando empezaron á sajarme...... la Providencia me libró de sus manos.

—Desgraciada criatura, ¿estabas desarmado? ¿no llevabas escolta? dijo Dagoberto.

—Nosotros no podemos llevar armas, ni jamas tenemos escolta, dijo Gabriel sonriéndose con dulzura.

—¿Y cómo es que los compañeros que

iban contigo no le han defendido? repuso impetuosamente Agrícol.

—Hermano mio.... yo iba solo.

—¡Solo!

—Si, solo, con un guia.

—¡Cómo! ¿has ido solo y desarmado á ese pais de bárbaros? repitió Dagoberto no pudiendo dar crédito á lo que oia.

—Eso es sublime.... dijo Agrícol.

—La fé no puede imponerse á la fuerza, repuso sencillamente Gabriel.... solo la persuasion debe esparcir la caridad evangélica entre esos pobres salvages.

—Y cuando no basta la persuasion.... dijo Agrícol.

—¿Qué quieres, hermano? en ese caso se muere por la fé.... compadeciendo á los que la desprecian ... porque es benéfica para la humanidad.

A esta sencilla y tierna respuesta sucedió un instante de profundo silencio.

Dagoberto sabia bastante lo que era el valor para no comprender este tranquilo y resignado heroismo, y en union con su hijo, contemplaba á Gabriel con una admiracion mezclada de respeto.

Este, sin afectar una falsa modestia, parecia enteramente estraño á los sentimientos que suscitaba; asi es que dirijiéndose al soldado, le dijo:

—¿Qué teneis?

—¿Qué tengo? esclamó el soldado.... lo que tengo es que al cabo de treinta años de guerra.... me creia casi tan valiente como el primero, y he encontrado á mi maestro.... este maestro eres tú....

—Pero ¿que es lo que quereis decir?... ¿qué es lo que yo he hecho?

—¡Pardiez! sabes que estas heróicas heridas, y el veterano cojió con trasporte las manos de Gabriel, son tan gloriosas... y aun mucho mas que las nuestras... que somos soldados y guerreros de profesion!

—Si, tiene razon mi padre, esclamó Agrícol, y añadió con ecsaltacion: ¡Ah! asi me gustan los sacerdotes; asi es como yo los venero: ¡caridad, valor, resignacion!!!

—Hacedme el favor de no alabarme tanto, dijo Gabriel con embarazo.

—¡Alabarte! repuso Dagoberto... ¡vaya! veamos, ¿cuando yo iba al fuego, iba acaso solo? ¿no me veia mi capitan? ¿mis compañeros no estaban allí? ¿á falta de valor no hubiera yo tenido suficiente amor propio para aguijonearme? y esto sin contar los gritos de la batalla, ni el olor de la pólvora, ni el sonido de las trompetas, ni el estampido del cañon, ni el ardor de mi caballo que brincaba, el diablo y su tren. ¡Cómo! prescindiendo que estaba viendo allí al emperador quien para un agujero que me hicieran en el pellejo me daria por venda un retazo de galon ó de cinta..... Gracias á todo esto, yo pasaba por valiente...... ¿pero no lo eres tú mas que yo, tú que te vas enteramente solo..... desarmado... á desafiar enemigos mucho mas feroces que los que nosotros atacábamos por escuadrones dando sendos sablazos con acompañamiento de bombas y de metralla?

—¡Digno padre! esclamó el herrero ¡qué propio de su nobleza y de su bondad es el hacerte esta justicia!

—¡Ah, hermano mio, su indulgencia por mi le hace exagerar lo que solo es natural!...

—¡Natural! para hombres de tu temple, si, dijo el soldado, y este temple se encuentra raras veces.....

—¡Oh! sí, raras veces, porque esa clase de valor es el mas admirable de todos, repuso Agricol. ¡Cómo! tu sabes ir á buscar una muerte casi cierta, y vas solo, con un crucifijo en la mano predicando la caridad y la fraternidad á los salvajes, que se apoderan de ti, te martirizan, y tu, tu esperas la muerte sin quejarte, sin odio, sin cólera, sin tratar

de vengarle..... llevando el perdon en la boca..... y la risa en los lábios... Y todo eso en lo mas espeso de los bosques, solo, sin que nadie lo sepa ni lo vea, sin mas esperanza, en caso de que llegues á escapar, que la de ocultar tus heridas bajo tu modesta sotana negra!..... ¡Pardiez! mi padre tiene razon, ¡ven ahora á sostenernos todavia que no eres tan valiente como él!

—Y, ademas, repuso Dagoberto, la pobre criatura hace todo eso sin esperanza de remuneracion alguna; porque, como tu dices, hijo mio, su valor y sus heridas no harán cambiar nunca su sotana negra por la de un obispo.

—Yo no soy tan desinteresado como parece, dijo Gabriel á Dagoberto sonriéndose con dulzura... y si tengo algun mérito, puedo esperar alguna recompensa en el cielo.

—En cuanto á eso, hijo mio, yo no entiendo una palabra y no disputaré de ello contigo... Lo que sostengo es... que mi antigua cruz estaria tan bien colocada en tu sotana como en mi uniforme.

—Semejantes recompensas no son jamas para humildes sacerdotes como Gabriel, dijo el herrero..... y sin embargo, padre mio, ¡si supieses cuanta virtud y valor encierra lo que el partido clerical llama con insolencia el *bajo clero*... cuanto mérito oculto, cuanto zelo ignorado en estos oscuros y dignos curas del campo tan inhumanamente tratados por sus obispos bajo su yugo implacable! Estos pobres eclesiásticos son, como nosotros, otros tantos artesanos cuya libertad debe pedir tambien todo noble corazon; hijos del pueblo, é igualmente útiles como nosotros, se debe solicitar que se les haga justicia como á nosotros... ¿Es verdad, Gabriel? Tu no me desmentirás, mi buen hermano, porque, segun me decias, tu ambicion se hubiera limitado á obtener un triste curato en el campo sabiendo todo el bien que puede practicarse en este ministerio.....

—Mi deseo es siempre el mismo, dijo Gabriel con tristeza..... pero desgraciadamente..... En seguida, como si hubiese querido desechar una idea triste y mudar de conversacion, repuso dirigiéndose á Dagoberto..... Creedme, sed mas justo, y no disminuyais vuestro valor exaltando demasiado el nuestro... el vuestro es grande, muy grande, porque despues del combate la vista de los estragos debe ser terrible para un corazon generoso..... Nosotros, á lo menos, si nos matan... no matamos á nadie.....

A estas palabras del misionero el soldado se enderezó y le miró sorprendido.

—¡Cosa singular! dijo:

—¿Qué, padre mio?

—Lo que acaba de decir Gabriel me recuerda lo que yo sentia en la guerra á medida que iba envejeciendo..... En seguida, al cabo de un momento de silencio, Dagoberto añadió con un tono triste y grave que no le era habitual: Sí, lo que dice Gabriel me recuerda..... lo que yo sentia en la guerra á medida que iba envejeciendo..... Escuchad, hijos; mas de una vez estaba de centinela avanzada en la noche siguiente á una batalla... solo... al reflejo de la luna, en el mismo terreno en que quedábamos, cubierto de siete ú ocho mil cadáveres entre los cuales habia antiguos compañeros de guerra... entonces, aquel triste cuadro, aquel profundo silencio quitaba la gana de dar sablazos (borrachera como las demás) y... me decia á mi mismo ¡cuántos hombres muertos! ¿Y porqué? ¿porqué? lo cual, debe suponerse, que no me impedia á la mañana siguiente cuando tocaban á degüello, volver á sacudir de nuevo como un sordo... Pero no importa..... cuando despues de una carga limpiaba mi sable ensangren-

tado en las crines de mi caballo.... decia tambien para mi.... he matado.... matado.... *¿Y porqué?*

El misionero y el herrero se miraron, al oir al soldado recordar tales cosas.

—¡Ay! todo corazon generoso siente lo que sentíais en aquellas horas solemnes en que la embriaguez de la gloria ha desaparecido y en las cuales se queda el hombre solo con los buenos instintos que Dios ha grabado en su corazon.

—Eso es lo que te prueba, hijo mio, que tu eres mejor que yo, porque estos nobles instintos, como tu dices no te han abandonado nunca: ¿pero cómo diablos te has escapado de las uñas de esos furiosos salvajes que te han crucificado?

A esta pregunta de Dagoberto, Gabriel se estremeció y se sonrojó tan visiblemente que el soldado le dijo:

—Si no puedes ó no debes responder á mi pregunta... supon que no he dicho nada.

—Nada tengo que ocultaros, ni tampoco á mi hermano.... dijo el misionero con voz alterada. Únicamente me costará trabajo haceros comprender lo que yo mismo no entiendo...

—¿Como es eso? dijo Agricol sorprendido.

—Sin duda alguna, dijo Gabriel ruborizándose...... yo habré sido víctima de un error de mis sentidos en aquel supremo momento en que estaba esperando la muerte con resignacion..... mi espíritu debilitado, sin que yo lo pudiese remediar, se habrá dejado llevar de una apariencia... y lo que aun en este mismo momento me parece imposible..... tal vez lo hubiese comprendido mas tarde.... necesariamente hubiera sabido quien era aquella muger singular....

Dagoberto se quedó atónito al oir al misionero, porque tambien él procuraba inútilmente comprender el inesperado socorro mediante el cual habia salido con las huérfanas de la cárcel de Leipsick.

—¿De que muger hablas? preguntó el herrero á Gabriel.

—De la que me salvó.

—¿Es una muger la que te ha librado de las manos de los salvages? dijo Dagoberto.

—Si, respondió Gabriel absorto en sus recuerdos..... una muger bella y jóven....

—¿Y quién era esa muger? dijo Agrícol.

—Lo ignoro.... cuando se lo pregunté, me respondió... *yo soy la hermana de los aflijidos.*

—¿Y de donde venia? ¿ó á donde iba? dijo Dagoberto con singular curiosidad.

—*Acudo á los que padecen*, me respondió, repuso el misionero.... y en seguida continuó su camino hácia el norte de la América, á aquellos paises desolados cubiertos de eternas nieves.... y donde reina una noche perpetua....

—Como en Siberia, dijo Dagoberto que se habia quedado pensativo.

—Pero.... repuso Agrícol dirigiéndose á Gabriel que tambien parecia cada vez mas absorto, ¿como vino esa muger á tu socorro?

El misionero iba á responder, cuando dieron un golpe discreto á la puerta del cuarto, que renovó los temores que Agrícol habia olvidado desde la llegada de su hermano adoptivo.

—Agrícol, dijo por la parte de afuera una voz dulce, desearía hablarte al instante....

El herrero conoció la voz de la Gibosa, y fué á abrir.

La jóven, en vez de entrar, retrocedió un paso hácia el oscuro corredor, y dijo con inquietud:

—¡Dios mio! Agrícol, hace una hora

que es enteramente de dia y aun estás aquí... ¡qué imprudencia! He estado vijilando abajo..... en la calle..... y hasta ahora no he notado nada alarmante...... pero de un momento á otro pueden venir á prenderte.... te suplico.... que te despaches á ir á casa de Mlle. de Cardoville... sin perder un minuto....

—Ya me hubiera marchado, á no ser por la llegada de Gabriel... Pero, ya ves ¿podia resistir al placer de quedarme algunos instantes en su compañía?

—¿Gabriel está aqui? dijo la Gibosa con dulce sorpresa, porque ya se ha dicho que se habia criado con él y con Agrícol.

—Si, respondió éste, ya hace media hora que está con nosotros.....

—¡Qué placer tendré yo tambien en verle! dijo la Gibosa.... Tal vez habrá subido mientras he entrado un momento en el cuarto de tu madre á preguntarle si podia serle útil en alguna cosa, á causa de las jovencitas... pero están tan cansadas, que todavia, duermen... La señora Francisca me ha dado esta carta que acaba de recibir para tu padre....

—Gracias mi buena Gibosa.

—Ya que has visto á Gabriel, no te detengas.... piensa qué golpe seria para tu padre... si viniesen á prenderte en su presencia, ¡Dios mio!

—Tienes razon..... es urgente que yo marche... á su lado y al de Gabriel me he distraido sin querer.

—Echa á correr... y tal vez dentro de dos horas podrás volver tranquilo por tí y por los tuyos, si Mlle. de Cardoville quiere hacerte ese favor.

—Tienes razon... espera algunos minutos... y en seguida bajaré.

—Yo me vuelvo á la puerta á observar... si notase alguna cosa... subiré corriendo á advertirte; no tardes.

—Descuida...

La Gibosa bajó precipitadamente la escalera para ir á vigilar á la puerta de la calle, y Agricol volvió á entrar en la boardilla.

—Padre mio, dijo á Dagoberto, mi madre ha encargado que leas esta carta que acaba de recibir.

—Bien, lèela por mí, hijo mio.

Agricol leyó lo siguiente:

«Muy señora mia: Acabo de saber que «vuestro esposo está encargado por el ge«neral Simon de un asunto de la mayor «importancia. Suplico á Vd. que al ins«tante que llegue le ruegue se sirva venir «á mi estudio, á Chartres, sin perder un «momento. Tengo encargo de *entregarle* «*á él mismo, y no á otro*, algunos docu«mentos indispensables á los intereses del «general Simon. = Durand, notario en «Chartres.»

Dagoberto miró á Agricol con admiracion y le dijo:

—¿Quién habrá dicho á este caballero qu yo estaba para llegar á Paris?

—Tal vez haya sido el notario cuyas señas habeis perdido y á quien habeis enviado los papeles, respondió Agricol.

—Ese no se llama Durand, y tengo bien presente que era notario de Paris y no de Chartres..... Por otra parte, añadió el soldado reflexionando, si tiene papeles de tal importancia que no deba entregar á nadie mas que á mí.....

—Me parece que no podeis menos de marchar lo mas pronto posible, dijo Agricol casi contento de esta circunstancia que alejaba á su padre casi por dos dias, durante los cuales su suerte quedaria decidida de un modo ó de otro.

—Tu consejo es bueno..... le dijo Dagoberto.

—¿Esto perjudica á vuestros proyectos? preguntó Gabriel.

—Alguna cosa, hijos mios, porque habia hecho ánimo de pasar el dia con vo-

sotros..... en fin..... antes de todo es el deber. Habiendo venido desde Siberia hasta Paris, no es el temor lo que debe detenerme para pasar de Paris á Chartres, principalmente tratándose de un asunto tan importante. Dentro de 48 horas estaré de vuelta... Pero, no importa, ¡cosa singular! ¡el diablo me lleve si esperaba dejaros hoy para ir á Chartres! Felizmente dejo á Rosa y á Blanca con mi buena muger; su ángel Gabriel, como ellas le llaman, vendrá á hecerles compañía.

—Desgraciadamente me será imposible..... dijo el misionero con tristeza..... Esta visita de vuelta á mi buena madre y á Agricol tambien es de despedida.

—¡Cómo! ¿de despedida? dijeron á una vez Dagoberto y su hijo.

—Desgraciadamente sí.

—¿Marchas á otra mision? dijo Dagoberto; eso es imposible.

—Sobre esto no puedo responderos nada... dijo Gabriel ahogando un suspiro... pero hasta dentro algun tiempo no puedo ni debo volver á esta casa.

—Mira, hijo mio, repuso el soldado con emocion: en tu conducta hay cierto aire de violencia..... y de opresion... Yo conozco los hombres..... el que llamas tu superior y á quien solo he visto algunos instantes en el palacio de Cardoville, despues del naufragio... tiene una cara que no me gusta, y ¡pardiez! siento mucho verte á las órdenes de semejante capitan.

—¡En el palacio de Cardoville! esclamó el herrero admirado de esta semejanza de nombre..... ¿Os han acojido despues de vuestro naufragio en el palacio de Cardoville?

—Sí, hijo mio... ¿de qué te admiras?

—De nada, padre mio; ¿y los amos de ese palacio estaban allí?

—No, porque habiendo preguntado por ellos al administrador para darles las gracias de la hospitalidad que nos habian dado, me respondió que el dueño residia en Paris.....

—¡Qué coincidencia tan singular! dijo para sí Agricol ¡si será esta señorita la propietaria del palacio que lleva su nombre!

En seguida, habiéndole recordado esta reflecsion la promesa que habia hecho á la Gibosa, dijo á Dagoberto:

—Padre mio, perdonadme..... ya es tarde..... y yo debia estar á las ocho en el taller.

—Es muy justo, hijo mio... Vamos... dejémoslo para mas adelante..... A mi vuelta de Chartres... abrázame otra vez y lárgate.....

Desde que Dagoberto habló á Gabriel de violencia y de opresion, este último se habia quedado pensativo..... En el momento en que Agricol se le acercó para darle la mano y despedirse de él, el misionero le dijo con voz grave, solemne y decidida que admiró al herrero y al soldado:

—Mi buen hermano..... escucha una palabra..... Otro de los motivos á que he venido es para decirte que dentro de unos dias..... tendré necesidad de tí... y tambien de vos, padre mio..... Permitidme que os dé este nombre... añadió Gabriel conmovido y volviéndose á Dagoberto.

—¡Qué modo tienes de decirnos todo eso! ¿qué hay? esclamó el herrero.

—Sí, repuso Gabriel..... tendré necesidad de los consejos y del apoyo..... de dos hombres de honor y de resolucion... puedo contar con vosotros en cualquiera ocasion ¿no es verdad?... no importa el dia... ¿y con una palabra mia... vendréis?

Dagoberto y su hijo se miraron en silencio y admirados del acento de Gabriel... Agricol sintió oprimírsele el corazon...... con la idea de si se ha laria preso cuando su hermano tuviese necesidad de él. ¿Que se haria?

—A cualquiera hora del dia y de la noche, querido hijo mio, puedes contar con nosotros, respondió Dagoberto sorprendido é interesado: y puesto que tienes un padre y un hermano.... echa mano de ellos.

—Gracias... gracias.... dijo Gabriel.... me haceis muy feliz.

—¿Sabes una cosa? repuso el soldado... á no ser por tu sotana, creeria.... que se trata de un desafío..... de un desafío á muerte..... del modo con que nos dices eso.

—¿De un desafío? dijo el misionero sobresaltándose; si.... tal vez de un desafío singular... terrible, para el cual necesito dos padrinos como vosotros.... UN PADRE Y UN HERMANO...

. . . .

Pocos instantes despues, Agricol, que cada vez estaba mas inquieto, se encaminó apresuradamente á casa de Mlle. de Cardoville á donde vamos á conducir al lector.

EL PALACIO DE SAINT DIZIER.

XVII.

EL PABELLON.

El palacio de Saint Dizieri era una de las mas vastas y hermosas habitaciones de la calle de Babilonia de Paris.

Nada mas severo, imponente ni triste que el aspecto de esta antigua morada: inmensas ventanas con pequeños cristales blanquizcos daban un aspecto mas sombrío aun á sus sillares que el tiempo habia ennegrecido.

Este palacio se parecia á todos los construidos en aquel barrio á mediados del siglo último: componíase de un cuerpo de edificio de fachada triangular, techo raso, piso principal y bajo, al cual se subia por una espaciosa escalinata. Una de las fachadas daba á un gran patio cuyos costados formaban arcos que comunicaban á espaciosas oficinas; la otra miraba á un jardin, verdadero parque de doce á quince yugadas; por este lado dos alas circulares que comunicaban con el cuerpo principal del edificio, formaban dos galerías laterales.

Como en casi todas las casas de este barrio, se veia al estremo del jardin lo que vulgarmente se llama la *casa pequeña.*

Era un pabellon Pompadour en forma de rotonda edificado con el mal gusto de la época, que ostentaba una increible profusion de achicorias, de lazos de cinta, de guirnaldas de flores y de amores abotagados. Este pabellon habitado por Adriana de Cardoville se componia de un piso bajo al que se entraba por un peristilo formado por algunos escalones; un pequeño vestíbulo conducia á un salon ochavado que recibia la luz por el techo, y con el que comunicaban otras cuatro piezas: algunos cuartos del entresuelo, disimulado en el ático, servian de desahogo.

Estas dependencias de grandes habitaciones están en nuestros dias vacías ó trasformadas en invernáculos de naranjos



Georgette.

bastardos; pero, por una rara escepcion, el pabellon del palacio de Saint Dizier habia sido restaurado; sus blancas piedras brillaban como el mármol de Paros, y sus graciosas y rejuvenecidas formas contrastaban singularmente con el sombrio edificio que se divisaba al estremo de una inmensa pradera sembrada en varias partes de gigantescos grupos de verdes árboles.

La mañana del dia en que Dagoberto llegó á la calle Brise-Miche con las hijas del general Simon pasaba la escena que sigue:

Acababan de dar las ocho del dia en el reloj de la iglesia vecina, un hermoso y brillante sol de invierno se elevaba en la azulada y pura admósfera, detrás de los enormes árboles deshojados que durante el estio formaban una cúpula de verde por cima del pequeño pabellon de Luis XV.

Abrióse la puerta del vestíbulo y los rayos del sol reflejaron sobre una, ó mas bien dos encantadoras criaturas, porque una de ellas, á pesar de ocupar un modesto lugar en la escala de la creacion, no por eso dejaba de tener una belleza relativa, sumamente notable.

En otros términos, una jóven y una deliciosa perrita inglesa, de la especie del rey Carlos (*King's Charles*) aparecieron en el peristilo de la rotonda.

La jóven se llamaba *Georgette*, y la perrita *Lutine*.

Georgette tiene diez y ocho años; jamás Florina ó Marton, ni graciosa de Marivaux han tenido caras mas traviesas, ojos mas vivos, risa mas maligna, dientes mas blancos, cara mas sonrosada, cuerpo mas bonito, pié mas pequeño, ni aire mas atractivo. Aunque todavía era muy temprano, Georgette se habia vestido con primor y cuidado: una gorra de encaje de Valenciennes con caidas lisas, de forma medio á la campesina, guarnecida de cintas color de rosa, algo echada hácia tras sobre trenzas de admirables cabellos rubios, circundaba un rostro fresco y vivaracho; un vestido de levantina gris, una pañoleta de linon sujeta al pecho con un lazo de raso color de rosa, hacia resaltar el cuerpo del vestido elegantemente arreglado: un delantal de holanda blanco como la nieve, guarnecido por la parte inferior de tres plieges festonados, ceñía su cintura redonda y flexible como un junco... las mangas cortas y lisas guarnecidas de un afollado de encaje dejaban ver sus rollizos, duros y blancos brazos que unos guantes de Suecia defendian, hasta el codo, del rigor del frio. Cuando Georgette se cogió la falda de su vestido para bajar con mas prontitud los escalones del peristilo, enseñó á los indiferentes ojos de Lutine el principio de una rolliza pantorrilla, la caña de una delicada pierna cubierta con una media de seda blanca, y un lindo y pequeño pié metido en un borceguí negro de sarga satinada.

Cuando una rubia como Georgette quiere parecer burlona; cuando brilla en sus azulados, tiernos y vivos ojos una chispa; cuando un alegre colorido anima su tez transparente, manifiesta aun mas atractivo y mas gracia que una morena.

Esta espelita y vivaracha criada que habia introducido la víspera á Agricol en el pabellon, era la primera doncella de Mlle. Adriana de Cardoville, sobrina de la princesa de Saint-Dizier.

Lutine, que felizmente encontró el herrero, daba algunos alegres ladridos, saltaba, corria y hacia mil locuras sobre la yerba: sus ondulantes lanas de un lustroso negro brillaban como el ébano bajo la espaciosa cinta de raso color de rosa que rodeaba su cuello; sus patas cubiertas de largas sedas eran de un fuego ardiente, del mismo modo que su hocico desmesu-

radamente chato: sus grandes ojos manifestaban mucha inteligencia, y sus rizadas orejas eran tan largas que arrastraban por el suelo.

Georgette parecia tan viva y petulante como *Lutine*, de cuyos ócios participaba, corriendo á su inmediacion y haciéndose perseguir tambien en la verde pradera.

Lutine y Georgette dejaron de repente sus retozos al ver una persona que se adelantaba gravemente. La perrita que estaba pocos pasos mas adelante, osada como un diablo y fiel á su nombre, se quedó firme sobre sus nerviosas patas y esperó con orgullo al *enemigo* enseñando dos hileras de pequeños dientes que á pesar de ser de marfil, no por eso eran menos agudos.

El *enemigo* era una muger de edad madura á cuyo lado venia un dogo muy gordo color de café con leche: su cola estaba enroscada como una rosquilla, su barriga redonda, el pelo lustroso, el cuello un poco torcido, y marchaba con las patas muy abiertas con paso doctoral y compasado. Su hocico negro, arisco y ceñudo, inclinado á un lado, merced á dos colmillos muy salientes, tenia una espresion singularmente taimada y vengativa.

Este desagradable animal, tipo perfecto de lo que se puede llamar un *perro de devota*, respondia al nombre de *Monsieur*.

El ama de *Monsieur*, muger como de unos cincuenta años, de mediana talla y corpulenta, tenia un vestido tan sombrío y tan severo cuanto alegre y ligero era el de Georgette. Componíase de una saya oscura, de una manteleta de seda negra y de un sombrero del mismo color: las facciones de ésta muger debian haber sido agradables en su juventud, y sus floridos carrillos, sus pronunciadas cejas y sus negros ojos, todavía muy vivos, no formaban mucha armonía con el aire indigesto austero que trataba de darse.

Esta matrona que andaba discreta y compasadamente era Mme. Agustina Grivois, primera doncella de la princesa de Saint-Dizier.

No solo la edad, la fisonomía y el vestido de estas dos mugeres ofrecian un notable contraste sino que este contraste se estendia aun á los animales que las acompañaban; la misma diferencia habia entre *Lutine* y *Monsieur* que entre *Georgette* y *Mme. Grivois*. Cuando esta percibió á la pequeña *King's Charles* no pudo reprimir un movimiento de sorpresa y de contrariedad que no se ocultó á la jóven doncella.

Lutine que no habia retrocedido una pulgada cuando vió á *Monsieur*, le miraba con decision como desafiándole, y aun se adelantó hácia él con un aire tan decididamente hostil que el dogo que era tres veces mas gordo que la pequeña *King's Charles* dió un ahullido de temor y fué á refugiarse detras de Mme. Grivois.

Esta dijo á Georgette con tono acre:

—Creo que pudierais dispensaros de acariciar á vuestro perro y de azuzarlo contra el mio.

—Ahora me ocurre que para poner á este respetable animal á cubierto de semejante desagrado habeis procurado ayer hacer que se pierda Lutine echándola á la calle por la puertecita del jardin. Pero felizmente un digno y escelente jóven la ha encontrado en la calle de Babilonia y la ha devuelto á su ama.

Pero ¿á qué debo yo la dicha de veros aqui tan temprano?

Traigo órden de la princesa, repuso Mme. Grivois no pudiendo contener una sonrisa de satisfaccion triunfante, de ver en este mismo momento á Mlle. Adriana.... Se trata de un asunto muy importante que debó comunicarle á ella misma.

Al oir estas palabras Georgette se quedó color de púrpura y no pudo reprimir



Mme. Grivois.

un movimiento de inquietud, que felizmente no notó Mme. Grivois ocupada en cuidar á *Monsieur* á quien *Lutine* se acercaba con aire amenazador; despues de haber dominado una emocion pasajera, respondió con firmeza:

—La señorita se ha acostado ayer muy tarde.... y me ha prohibido entrar en su cuarto antes de las doce.

—Es posible.... pero como se trata de poner en ejecucion una órden de la princesa su tia.... tendreis la bondad de despertar á vuestra ama.... al instante.

—Nadie tiene derecho de imponer órdenes á mi ama..... está en su casa.... y yo no la despertaré hasta las doce.... segun me ha mandado.

—En ese caso iré yo misma.

—Florina y Hebé no os abrirán.... Tengo en mi poder la llave de la sala... y sólo por ella se puede entrar en el cuarto de la señorita...

—¡Cómo! ¿os atreveis á oponeros á que ejecute las órdenes de la princesa?

—Si, me atrevo á cometer el gran crímen de no querer despertar á mi ama.

—He aquí los resultados de la ciega bondad de la señora princesa por su sobrina, dijo la matrona con aire contrito... Mlle. Adriana no respeta ya las órdenes de su tia, y tiene á su alrededor jóvenes evaporadas que desde por la mañana están tan compuestas como unas urnas....

—¡Ah! ¡cómo podeis hablar de este modo de adornos cuando en otro tiempo erais la mas coqueta y bulliciosa de las criadas de la princesa!.... esto se ha repetido en la casa de generacion en generacion hasta nuestros dias.

—¿Qué quiere decir de generacion en generacion? ¿tengo yo acaso cien años?... ¡Mire usted que impertinente!...

—Hablo de las generaciones de doncellas.... porque escepto vos solo han podido parar en casa de la princesa dos ó tres años. Tiene muchas cualidades..... para esas pobres jóvenes....

—Os prohibo que os produzcais de ese modo sobre mi ama..... cuyo nombre se debe pronunciar de rodillas....

—Sin embargo.... si se quisiese murmurar....

—¿Os atreveis?....

—Sin ir mas lejos, ayer noche... á las once y media.

—¿Ayer noche?

—Un simon se paró á pocos pasos de la casa, y un personaje misterioso embozado en una capa, se apeó y llamó con discrecion, no á la puerta sino á las vidrieras del cuarto del portero... á la una de la madrugada estaba aun allí el coche... en la calle... esperando todavía al misterioso personaje de la capa... que durante todo este tiempo... pronunciaba sin duda de rodillas, como decís, el nombre de la señora princesa...

Sea que Mme. Grivois no estuviese instruida de la visita hecha la noche anterior á Mme. de Saint Dizier por Rodin (porque se trataba de él) despues de haberse cerciorado de la llegada de las hijas del general Simon á Paris, ó ya porque madame Grivois debiese aparentar que ignoraba esta visita, respondió encogiéndose de hombros con desprecio.

—Yo no entiendo lo que decís, ni he venido aqui para oir vuestras impertinencias; ¿quereis, ó no introducirme en el cuarto de Mlle. Adriana?

—Os repito que mi ama está durmiendo y que me ha prohibido despertarla antes de las doce.

Esta conversacion tuvo lugar á cierta distancia del pabellon, cuyo peristilo se veia al estremo de una grande alameda terminada por algunos árboles simétricamente plantados.

Mme. Grivois esclamó de pronto estendiendo la mano en esta direccion:

—¡Dios mio! ¡es posible! ¡qué es lo que acabo de ver!

—¿Qué es eso? ¿qué habeis visto? respondió Georgette volviéndose.

—¿Qué es lo que he visto? repitió madame Grivois atónita.

—Sin duda.—A Mlle. Adriana.

—¿Y donde?

—La he visto subir con prontitud el peristilo... La he reconocido por su aire, por su sombrero y por su capa... ¡Volver á casa á las ocho de la mañana! esclamó Mme. Grivois... eso es increible.

—¡A la señorita! ¿acabais de ver á la señorita?

Y Georgette soltó una carcajada... ¡Ah! entiendo... quereis vengaros por mi verídica historia del simon de ayer noche... teneis mucha habilidad...

—Os repito que en este mismo instante... acabo de ver...

—Vaya, vaya, Mme. Grivois, si hablais formalmente digo que estais loca.

—Sí, estoy loca porque tengo buena vista... La puertecita que se abre sobre la calle da á la arboleda que está cerca del pabellon y sin duda acaba de entrar por ella la señorita... ¡Oh, Dios mio!... esto es capaz de dejar muerto á uno... ¡qué dirá la princesa! ¡Ah! no la engañaban sus pensamientos... en esto debia venir á parar su debilidad por los caprichos de su sobrina: ¡qué monstruosidad! esto es tan monstruoso que aunque acabo de verla con mis propios ojos, no puedo creerlo todavía.

—Supuesto esto, ahora voy á conduciros yo misma al cuarto de la señorita para que os convenzais que habeis sido víctima de una vision.

—¡Qué fina sois, amiga mia! pero no lo sois mas que yo... Ahora me proponeis entrar.... yo lo creo.... estais segura en este momento que hallaré en su cuarto á Mlle. Adriana...

—Os aseguro...

—Lo que puedo deciros es que vos, Florina y Hebe no permaneceréis aquí veinte y cuatro horas mas; la princesa pondrá término á un escándalo tan horrible porque voy á decirla al instante lo que sucede. ¡Salir de noche! ¡Dios mio! ¡volver á las ocho de la mañana!... estoy trastornada..... y si no lo hubiese visto con mis propios ojos..... no lo hubiera creido.

Bien mirado, asi debia suceder..... y nadie lo estrañará..... Ciertamente no, estoy persuadida de que todos aquellos á quienes voy á contar estos horrores, me dirán: No es estraño.... ¡Ah! ¡qué dolor para esta respetable princesa! ¡qué golpe tan terrible para ella!

Y en esto Mme. Grivois volvió precipitadamente hácia el palacio seguida de *Monsieur* que parecia tan enfadado como ella.

La lista y lijera Georgette corrió por su lado al pabellon con el objeto de prevenir á su ama que Mme. Grivois la habia visto..... ó á lo menos creia haberla visto entrar furtivamente por la puertecita del jardin.

XVIII.

EL TOCADOR DE ADRIANA.

Habia trascurrido cerca de una hora desde que Mme. Grivois habia visto ó creido ver á Mlle. Adriana entrar muy temprano en el pabellon del palacio de Saint Dizier.

Con el objeto, no de disculpar sino de hacer comprender la singularidad de los cuadros que siguen, será preciso poner en evidencia algunos rasgos principales del carácter original de Mlle. de Cardoville.

Esta originalidad consistia en una escesiva independencia de espíritu unida á un horror natural á todo lo feo y repugnante y á una invencible necesidad de rodearse de todo lo bello y atractivo.

El pintor mas aficionado al colorido, y el escultor mas amante de las formas no sentía mas que Adriana el noble entusiasmo que inspira siempre á las naturalezas mas privilegiadas la vista de la belleza.

Y no era solamente el placer de los ojos lo que esta jóven gustaba satisfacer; las modulaciones del canto, la melodía de los instrumentos, la cadencia de la poesía le causaban placeres infinitos, del mismo modo que una voz acre y los sonidos desentonados la hacian esperimentar la sensacion desagradable y casi dolorosa que involuntariamente producian en ella la vista de un objeto horroroso. Apasionadísima igualmente á las flores y á los olores suaves, gozaba con los perfumes lo que con la música y con la belleza plástica.... ¿Deberemos confesar al fin una enormidad? Adriana era golosa y apreciaba mas que nadie el fresco gusto de una sabrosa fruta, el esquisito sabor de un faisan dorado ó el delicado perfume de un vino generoso.

Pero Adriana disfrutaba de todo con suma reserva y ponia conato en cultivar y perfeccionar los sentidos que Dios le habia dado; hubiera creido una negra ingratitud el embotar con los escesos estos divinos dones ó el envilecerlos con distinciones indignas, de las que, por otro lado, estaba preservada por la escesiva é imperiosa delicadeza de su gusto.

Lo BELLO y lo FEO reemplazaban para ella lo BUENO y lo MALO. Su culto por la gracia, por la elegancia y por la belleza física la habia conducido hasta el de la belleza moral, porque si la espresion de una pasion baja é indigna afea los mas hermosos rostros, la de los sentimientos generosos ennoblece los mas feos.

En una palabra, Adriana era la mas completa y la mas ideal personificacion de la SENSUALIDAD..... no de aquella sensualidad vulgar, innoble, mal entendida, *mal comprendida*, siempre falsa y corrompida por el hábito ó por la necesidad de groseros é indelicados goces, sino de la sensualidad esquisita que es para los sentidos lo que el aticismo es para el espíritu.

La independencia de carácter de esta jóven era estremada. Ciertas sujeciones humillantes que la prision social impone á la muger la indignaban mucho, y habia resuelto decididamente sustraerse á ellas.

Por lo demás, Adriana no tenia nada de varonil: era la muger mas *muger* que se puede imaginar; muger por la gracia, por sus caprichos, por su encanto, por su deslumbrante y *femenina* belleza; muger por su timidez como por su audacia; por su odio al brutal despotismo del hombre como por la necesidad que sentia de sacrificarse loca y ciegamente por el que pudiese merecer este culto; muger tambien por su talento travieso con sus puntos de enigmático; en fin muger superior por el justo y cáustico desprecio hácia ciertos hombres muy elevados y adulados que habia encontrado algunas veces en casa de su tia la princesa de Saint-Dizier cuando vivia con ella.

Habiendo dado ya estas indispensables esplicaciones, haremos asistir al lector a algunas escenas que tuvieron lugar una mañana en que Adriana de Cardoville acababa de salir del baño.

Seria necesario poseer el brillante colorido de la escuela veneciana para pintar la deliciosa escena que parecia representada en el siglo XVI en uno de los palacios de Florencia ó de Bolonia mas bien que en Paris, en el fondo del barrio de Saint Germain, en el mes de febrero de 1832.

El cuarto del tocador de Adriana era una especie de pequeño templo consagrado al culto de la beldad..... en reconocimiento á Dios que prodiga tantos encantos á la muger, no para que esta los

descuide, ni para que los cubra con ceniza, ni para que los marchite con el contacto de un sórdido y rudo cilicio, sino para que en su ferviente gratitud los rodee de todo el prestigio de la gracia y de todo el esplendor de los adornos con el objeto de glorificar á los ojos de todos esta obra divina.

Esta pieza semicircular recibia la luz por una de aquellas ventanas dobles que forman estufa, cuya forma hemos copiado felizmente de Alemania. Las paredes del pabellon construidas con enormes piedras de sillería hacian muy profunda la cavidad de esta ventana, que un bastidor de un solo vidrio cerraba por la parte de afuera, é interiormente una puerta de cristal cuajado; en los tres pies que mediaban casi entre estos dos postigos habia colocado un cajon lleno de tierra de brezo con yedra, que habiendo tomado la direccion del cristal cuajado formaba una espesa guirnalda de hojas y de flores.

Las paredes estaban tapizadas de damasco granate en el que resaltaban algunos arabescos de color mas claro; una sólida alfombra de igual color cúbria el suelo. Este color sombrío, y por decirlo asi, neutro, daba mayor realce á todos los demas adornos.

Debajo de la ventana, que daba al Mediodia, estaba el tocador de Adriana, verdadera obra maestra del arte de platero.

Sobre una espaciosa mesa de lapizlázuli estaban esparcidos numerosos botes de plata sobredorada cubiertos de tapas preciosamente esmaltadas, frascos de cristal de roca y otros utensilios pertenecientes al tocador, de nacar, concha y marfil, embutidos de oro de esquisito gusto; dos grandes figuras de plata modeladas con una pureza antigua sostenian sobre un eje una luna ovalada sobre cuyo marco, esmeradamente trabajado y cincelado, habia una greca compuesta de una guirnalda de frescas flores naturales que se renovaban diariamente como un ramo de baile.

Dos enormes jarrones de China del Japon, azules, púrpura y oro, de tres pies de diámetro, colocados sobre la alfombra á cada lado del tocador y llenos de camelias y de gardenias sumamente floridas, formaban una especie de matorral jaspeado de los mas vivos colores.

En el fondo del cuarto y en frente de la ventana se veia un delicioso grupo de mármol de Dafne y Cloe rodeado de otra multitud de flores, el mas casto ideal de la gracia púdica y de la belleza juvenil...

Dos perfumadores de oro humeaban sobre el zócalo de malequita que servia de pedestal á estas dos preciosas figuras.

Un cofre de plata cincelado coronado de figuritas de plata sobredorada y de piezas de colores, sostenido en cuatro pies de bronce dorado, servia de neceser del tocador; dos espejos de cuerpo entero adornados de mecheros, algunas copias escelentes de Rafael y del Ticiano, pintadas por Adriana, que representaban otros tantos retratos de hombres ó de mugeres de rara belleza; muchas mesas de jaspe oriental sobre las cuales se veian jarras de plata dorada llenas de adornos y de agua de olor; una cómoda, una banqueta, algunas sillas y una mesa dorada completaban el ajuar de este cuarto impregnado de los mas suaves perfumes.

Adriana que acababa de salir del baño, estaba sentada delante de su tocador rodeada de sus tres doncellas.

Por un capricho, ó mas bien por una consecuencia lógica de su aficion á la belleza y armonía de todas las cosas, Adriana quería que las jóvenes que la sirviesen fuesen bonitas y estuviesen vestidas con deliciosa y orijinal coquetería.

Ya hemos visto á la rubia y maliguilla Georgette vestida con el atractivo traje de graciosa de Marivaux; sus dos compa-



Hebé.

ñeras no le cedian en nada por su gracia y gentileza.

Una de ellas llamada Florina, jóven, alta y bella, con una cintura semejante á Diana la cazadora, era pálida y morena; sus poblados y negros cabellos formaban un rodete sujeto con un largo alfiler de oro. Llevaba como sus compañeras los brazos descubiertos para servir con mayor soltura y un vestido *verde claro*, tan familiar á los pintores venecianos, cuya falda era muy espaciosa, y su ajustado cuerpo se abria formando un cuadrado sobre los pliegues de una colereta de batista blanca finamente rizada y sujeta con cinco botones de oro.

La tercera doncella de Adriana tenia una cara tan fresca é ingénua, un talle tan delicado y tan perfecto que su ama la llamaba *Hebe*: su vestido de color de rosa bajo y cortado á la griega dejaba ver su precioso cuello y sus brazos hasta el hombro.

La fisonomía de estas jóvenes era risueña y feliz; en sus facciones no se leia la espresion de acritud disimulada, de obediencia envidiosa, de familiaridad chocante ó de baja deferencia, resultados ordinarios de la servidumbre.

En los afanosos cuidados que prodigaban á Adriana parecian poner tanto afecto como respeto y atractivo y cifrar un estremado gusto en hacer parecer linda á su ama. Podria decirse que adornarla y embellecerla era para ellas una *obra del arte* llena de embeleso, ocupándose en ello con alegria, amor y orgullo.

El sol iluminaba vivamente el tocador enfrente de la ventana; Adriana estaba sentada en una silla cuyo respaldo era poco elevado; tenía una larga bata de seda azul claro tejida de flores del mismo color ajustada á su cintura, tan delicada como la de una niña de doce años, con un cordon flotante; su cuello contorneado y suelto como el de un pájaro estaba descubierto, del mismo modo que sus hombros y sus brazos que eran de una belleza incomparable; á pesar de la vulgaridad de esta comparacion, solo el mas puro marfil podria dar una idea de la escesiva blancura de este cútis, liso, satinado, tan fino, fresco y firme que algunas gotas de agua que quedaron suspendidas en la raiz de sus cabellos, despues de haber salido del baño, bajaron serpenteando por sus hombros como perlas de cristal sobre un blanco mármol.

Lo que mas contribuia á aumentar el brillo de sus maravillosas carnes, cualidad peculiar á las mujeres rojas, era el color de púrpura oscuro de sus húmedos labios, el de rosa trasparente de sus pequeñas orejas, de sus dilatadas narices y de sus uñas tan lustrosas como si estuviesen barnizadas; en fin, por todas partes por donde su pura, viva y ardiente sangre podia dar colorido á su epidermis, se veía la prueba de su juventud, vida y robustez.

Los grandes y negros ojos de Adriana unas veces anunciaban malicia y penetracion, otras se abrian lánguidos entre dos franjas de largas y rizadas cejas, de un negro tan oscuro como el de sus finas pestañas, perfectamente arqueadas...... porque por un raro capricho de la naturaleza tenia cejas y pestañas negras y cabellos rojos; su frente, tan pequeña como la de las estatuas griegas, coronaba su rostro perfectamente ovalado; su nariz delicadamente encorbada, era un poco aguileña; el esmalte de sus dientes brillaba, y su boca de carmin, adorablemente sensual, parecia escitar á dulces besos, a la jovial sonrisa y las delicias de una delicada golosina. En fin, imposible es encontrar un corte de cara mas libre, mas altivo y mas elegante, merced á la gran distancia que mediaba desde el cuello y

las orejas hasta la union de sus espaciosos hombros que formaban hoyos.

Ya hemos dicho que Adriana es roja, pero del mismo modo que lo son muchos de los admirables retratos de mujer del Ticiano, ó de Leonardo Vinci .. Es decir que el oro fluido no ofrecia reflejos mas tornasolados ni mas luminosos que la mata de su ondulante pelo, suave y fino como la seda y tan sumamente largo... que cuando estaba de pié llegaba al suelo y podia cubrirse con él como la voluptuosa Venus.

Principalmente en aquel momento causaba delicia verlo. Georgette, con los brazos descubiertos y de pié detras de su ama, apénas podia coger con una de sus pequeñas y blancas manos aquellos espléndidos cabellos cuyo ardiente brillo aumentaba mucho mas el reflejo del sol...

Cuando la preciosa camarista metió el peine de marfil en aquella ondulante y dorada madeja de seda, pudo decirse que se desprendieron de ella mil brillantes chispas; la luz y el sol no daban ménos colorido á sus lijeros y numerosos tirabuzones que, muy separados en la frente, caian por las mejillas de Adriana acariciando con suave elasticidad el nacimiento de su pecho de nieve y siguiendo su deliciosa ondulacion.

Al mismo tiempo que Georgette peinaba de pié los cabellos de su ama, Hebe, con una rodilla en tierra y sosteniendo en la otra el delicado pié de Mlle. de Cardoville, le calzaba en un pequeñito zapato de raso negro y cruzaba sus estrechos coturnos sobre la media de seda calada, al través de la cual se veia la sonrosada blancura de sus carnes y dibujaba el tobillo mas fino y puro que sea posible ver. Un poco mas atrás, Florina presentaba á su ama en una caja sobredorada una perfumada pasta con la que Adriana frotó ligeramente sus deliciosas manos cuyos dedos eran muy delgados y cuya estremidad parecia teñida de carmin.

Finalmente, no olvidemos á *Lutine* que echada sobre las piernas de su ama abria sus grandes ojos cuanto podia, y parecia seguir con la mayor atencion las diferentes fases del tocador de Adriana.

Habiendo sonado fuera un eco argentino, Florina á una señal de su ama, salió y volvió al instante trayendo una carta en una fuentecita de plata sobredorada.

Adriana, miéntras que sus criadas concluian de calzarla, peinarla y vestirla, tomó la carta que le escribia el administrador de la posesion de Cardoville concebida en estos términos.

« Señorita,

« Conociendo vuestra generosidad y buen « corazon, me tomo la libertad de escribiros con toda confianza. Creo poder ase- « gurar que durante veinte años he servido « con celo y probidad á vuestro padre el « difunto señor conde duque de Cardoville... Se acaba de vender el palacio, y « por esta razon, mi mujer y yo estamos « para ser despedidos y espuestos á en- « contrarnos sin ningun recurso; lo cual « á nuestra edad es por desgracia muy du- « ro, señorita... »

—¡Pobres gentes...! dijo Adriana interrumpiendo la lectura; efectivamente, mi padre me ponderaba mucho su celo y probidad.

En seguida continuó:

« Solo nos queda un medio de conservar « nuestro destino, pero á costa de una ba- « jeza, y cualesquiera que sean las con- « secuencias, ni mi mujer ni yo queremos « comprar el pan á semejante precio

—Bien, bien, siempre los mismos..... dijo Adriana... la dignidad de la pobreza... este es el perfume de la flor de los prados.

« Para esplicaros la indignidad que se « exige de nosotros, debo decir primero « que hace dos dias que Mr. Rodin llegó « de Paris....

—¡Ah! ¡Mr. Rodin!.... dijo Mlle. de Cardoville interrumpiendo otra vez su lectura, ¡el secretario del abate d'Aigrigny! entonces no me admiro de que se trate de una perfidia ó de alguna intriga tenebrosa.

Veamos:

« Mr. Rodin ha venido de Paris para « anunciarnos que se habia vendido la po« sesion y que estaba seguro de conser« varnos nuestro destino, si le ayudába« mos á dar por confesor á la nueva pro« pietaria un eclesiástico desacreditado: y « si consentíamos para lograr mejor este « objeto, en calumniar á otro párroco, « hombre escelente, muy respetado y ama« do en el pais; no contento con esto, yo « debia escribir secretamente á Mr. Rodin « dos veces por semana sobre todo lo que « sucediese en el palacio. Debo confesar, « señorita, que se me han hecho con el « mayor disimulo posible y bajo especio« sos pretestos estas vergonzosas proposi« ciones, pero á pesar de la forma mas ó « menos diestra, el fondo del negocio es « siempre tal cual acabo de tener el ho« nor de decíroslo.

—¡Corrupcion... calumnia y delacion! dijo Adriana con desprecio.

En seguida continuó:

« Podeis imaginaros, señorita, que no « hemos dudado un momento en tomar un « partido: saldremos de Cardoville donde « hemos vivido veinte años, pero saldremos « con honor.... Ahora, señorita, si entre « vuestras brillantes relaciones, y puesto « que sois tan bondadosa, pudiéseis en« contrarnos alguna colocacion, acaso os « deberemos el favor de salir de una po« sicion bien embarazosa....

—Ciertamente, no se dirijirán inútilmente á mí..... Arrancar á estas buenas gentes de las garras de Mr. Rodin, es un deber y un gozo; porque esto es á un mismo tiempo una cosa justa y peligrosa..... ¡y me gusta tanto habérmelas con los poderosos y opresores!

Adriana siguió:

« Despues de haberos hablado de no« sotros, permitidnos que imploremos vues« tra proteccion en favor de otras perso« nas, porque no seria bien pensar solo en « sí mismo. Hace tres dias que dos buques « han naufragado en nuestras costas, y « solo han podido salvarse algunos pasa« jeros que han sido conducidos aquí, y á « quienes mi mujer y yo hemos prodiga« do todos los ausilios necesarios: muchos « de estos náufragos han salido para Pa« ris, solo uno ha quedado aquí. Hasta « ahora sus heridas le han impedido salir « del palacio y le obligarán á permanecer « en él algunos dias.... Este es un prínci« pe indio, jóven, como de unos veinte « años, el cual parece tan bueno como « hermoso, y no es poco decir, aunque « tiene el cútis de color de cobre, como « los naturales de su pais, segun dicen.

—¡Un príncipe indio! ¡veinte años! ¡jóven bueno y bello! esclamó jovialmente Adriana; ¡qué bueno es esto, y sobre todo poco comun! Este príncipe náufrago tiene ya mi simpatía.... pero ¿qué puedo yo hacer en favor de ese Adónis de las riberas del Ganges, que viene á naufragar en las costas de Picardía?

Las tres doncellas de Adriana se quedaron mirándola sin demasiada estrañeza por estar habituadas á las originalidades de su carácter.

Georgette y Hebe empezaron á sonreirse con discrecion; Florina; la grande, bella y morena Florina se sonrió tambien como sus lindas compañeras; pero un poco despues y por decirlo así, con reflexion, como si desde su principio hubiese

estado ocupada principalmente en escuchar y retener las menores palabras de su ama, quien muy interesada por el Adonis de las riberas del Ganges, como ella decia, continuó la lectura de la carta del administrador:

«Uno de los compatriotas del príncipe «indio, que ha querido quedarse acompa-«ñándole, me ha dado á entender que el «jóven príncipe habia perdido en el nau-«fragio cuanto poseia.... y que no sabia «como manejarse para llegar hasta Paris, «donde su pronta presencia era indispen-«sable para asuntos del mayor interés... «estos pormenores no me los ha dado el «príncipe, pues me parece demasiado dig-«no, y tener bastante amor propio para «quejarse; pero su compatriota, que es «mas comunicativo, me ha hecho estas «confianzas, añadiéndome, que el jóven «indio habia esperimentado ya grandes «desgrácias, y que su padre, rey de un «pais de la India, habia sido últimamen-«te desposeido de su trono y muerto por «los ingleses.

—¡Cosa singular! dijo Adriana reflexionando, estas circunstancias me recuerdan que mi padre me hablaba con frecuencia de una parienta nuestra que se habia casado en la India con un rey á cuyo servicio habia entrado el general Simon, el mismo á quien acaban de hacer mariscal... En seguida interrumpiéndose, añadió riendo: ¡Dios mio! ¡qué singular seria esto! á nadie le suceden las cosas que á mi, y dicen que yo soy original.... me parece que no soy yo quien lo es, sino la Providencia, que verdaderamente se muestra á veces bien escéntrica. Pero veamos si el pobre Dupont me dice el nombre de este bello príncipe.

«Señorita, esperamos que disimulareis «nuestra indiscrecion, pues hubiéramos «sido muy egoistas hablando solo de nues-«tras angustias, cuando tenemos en casa «un escelente príncipe bien digno de com-«pasion... en fin, señorita, tened la bon-«dad de creerme, yo soy ya viejo y tengo «esperiencia de los hombres, por lo tanto, «os aseguro que al ver la nobleza y la «dulzura del rostro de este jóven indio, «juraria que merece el interés que soli-«cito de vos para él; con solo una corta «suma de dinero que le enviaseis podrá «comprar alguna ropa á la europea, por-«que ha perdido en el naufragio todos sus «vestidos indios.»

—¡Cielos! ¡vestidos europeos! esclamó jovialmente Adriana. ¡Pobre jóven! ¡Dios le libre de ello y á mi tambien! El acaso me envia del fondo de la India un mortal bastante favorecido que no ha llevado jamas el abominable y horrible traje europeo, ni esos feos sombreros que hacen á los hombres tan ridículos y espantosos que verdaderamente no es una virtud que no nos parezcan seductores en nada... Al fin me llega un jóven y hermoso príncipe de ese pais del Oriente en el que los hombres se visten de seda, de muselina y de cachemira: ciertamente yo no dejaré pasar esta ocasion..... Asi se acabaron los vestidos europeos, por mas que diga Mr. Dupont..... Pero el nombre, el nombre de este príncipe. Pero ¡qué singular encuentro si fuese el primo de la otra parte del Ganges! En mi niñez he oido hablar tan bien de su real padre, que tendré mucho gusto en hacer al hijo un escelente y digno recibimiento..... Pero veamos..... veamos el nombre.

Adriana prosiguió:

«Si ademas de esta corta cantidad tu-«vieseis la bondad de proporcionarle, lo «mismo que á su compatriota, el medio «de trasladarse á Paris, seria el mayor «servicio que pudiera hacerse á este pobre «jóven y desgraciado príncipe.

«En fin, señorita, conozco bien vues-«tra delicadeza para estar persuadido que

«tal vez querreis dar este socorro al prín-«cipe ocultando vuestro nombre; en este «caso podeis disponer de mí y contar con «mi discrecion; si al contrario deseais di «rigírselo directamente, hé aqui su nom «bre tal cual lo ha escrito su compatriota: «*el príncipe de Djalma*, *hijo de Kadja-«Sing*, *rey de Mundi.*»

—¡*Djalma!* dijo con viveza Adriana, procurando reunir sus recuerdos, ¡*Kadja-Sing!*.... si... eso es... esos son los nombres que mi padre me ha repetido tantas veces..... diciéndome que no habia nada mas caballeresco ni mas heróico en el mundo que este viejo rey indio pariente nuestro por afinidad..... y segun parece el hijo ha seguido las mismas huellas. Sí, *Djalma*..... *Kadja-Sing*..... eso es... ademas estos nombres no son tan comunes que se puedan olvidar ó confundir con los demas, repuso riendo. Segun eso Djalma es mi primo. Es valiente, bondadoso, lindo y jóven, y sobre todo no ha llevado jamás el horrible vestido europeo..... ¡y no tiene el menor recurso!.... ¡Qué delicia!... ¡esto es demasiado! Pronto..... pronto..... improvisemos un cuento de magia cuyo héroe será ese hermoso y *querido príncipe*..... ¡Pobre pajaro de oro y de azul perdido en nuestros tristes climas! ¡á lo menos que encuentre aqui alguna cosa que le recuerde su pais de luz y de perfumes... En seguida dirigiéndose á una de sus doncellas, le dijo:

—Georgette, toma papel y escribe, hija mia.

La doncella se dirigió á la mesa de madera dorada donde habia un pequeño pupitre, se sentó y dijo á su ama:

—Espero las órdenes de Vd. señorita...

Adriana de Cardoville, cuyo delicioso rostro brillaba de alegria y de contento, dictó el billete siguiente dirigido á un bueno y viejo pintor que le habia enseñado mucho tiempo el dibujo y la pintura, en que Adriana sobresalia como en todos los demas artes.

«Mi querido Ticiano, mi buen Verone-«se, mi digno Rafael... vais á hacerme un «grandísimo servicio y estoy segura de «que lo egecutaréis con la buena voluntad «que siempre he encontrado en vos....

«Iréis al instante á entenderos con el «sabio artista que ha dibujado mis últimos «vestidos del siglo XV. Ahora se trata de «trajes indios y modernos para un jóven... «Si, señor, para un jóven... Segun ima-«gino podréis hacer tomar la medida del «Antinoo ó mas bien del Baco indio, esto «será lo mejor....

«Es preciso que estos vestidos sean con-«feccionados con la mayor exactitud, ri-«queza y elegancia; escogeréis las mejores «telas, y sobre todo procurad que se ase-«mejen á los tejidos de la India; para cin-«turones y turbantes añadiréis seis mag-«níficos chales de cachemira largos, dos «de los cuales deben ser blancos, dos co-«lorados y dos color de naranja; porque «estos colores son los que mejor sientan á «las caras moriscas.

«Hecho esto, para lo cual os doy dos ó «tres dias, partiréis en posta en mi coche «para el palacio de Cardoville que ya co-«noceis; el administrador, el escelente «Mr. Dupont, uno de vuestros antiguos «amigos os hará conocer á un príncipe in-«dio jóven llamado Djalma, y diréis á es-«te alto y poderoso señor del otro mundo «que vais de parte de un *amigo* descono-«cido, que obrando como hermano, le en-«via lo necesario para evitar las horroro-«sas modas de Europa.... Añadiréis que «este amigo está tan deseoso de verle que «le ruega que se traslade inmediatamen-«te á Paris; si mi protegido opone á esto «su enfermedad, le diréis que mi coche «es muy cómodo y haréis estender en él «la cama de que está provisto, de este «modo estará con comodidad. No tengo

«necesidad de añadir que disculparéis al «amigo desconocido por no haber enviado «al príncipe ricos palanquines, ni aun mo«destamente un elefante, porque por des«gracia no hay mas palanquines que los «de la Opera, ni mas elefantes que los de «la casa de fieras; lo cual nos hará pasar «por salvajes en la imaginacion de mi pro«tegido.

«Luego que le hayais decidido á partir, «os pondréis inmediatamente en camino, «y me traeréis aqui, á mi pabellon, calle «de Babilonia, ¡que destino vivir en la «calle de Babilonia! á lo menos este nom«bre puede parecer bien á un oriental; «me traeréis aquí, os digo, á ese buen «príncipe que ha tenido la dicha de nacer «en el pais de las flores, de los diamantes «y del sol.

«Sobre todo, mi bueno y antiguo ami«go, tendréis la complacencia de no ad«miraros de este nuevo capricho ó de no «formar á lo menos ninguna conjetura «estravagante. Formalmente, la eleccion «que hago de vos en esta circunstancia... «de vos á quien estimo y venero sincera«mente, os dice bastante lo que hay en el «fondo de todo esto que no tiene nada de «una aparente locura...»

Adriana pronunció estas últimas palabras con un tono tan serio y tan digno como alegre y placentero habia sido hasta entonces.

A poco continuó con mas jovialidad:

«Adios, mi antiguo amigo; yo me pa«rezco algo á aquel capitan de los tiem«pos antiguos cuya heroica nariz y con«quistadora barba me habeis hecho dibu«jar tantas veces; me chanceo con la ma«yor despreocupacion en el momento de «la batalla; si, porque dentro de una hora «presentaré batalla, una gran batalla á «mi querida y devota tia. Felizmente no «me falta audacia ni valor y tengo los «mayores deseos de empezar la accion «con esta austera princesa.

«Adios, mil afectuosos recuerdos á «vuestra escelente esposa. Si hablo aquí «de ella, que tan justos respetos se me«rece, es para que entendais que debeis «estar tranquilo sobre las consecuencias «de este rapto que hago por mi cuenta, «de un hermoso y jóven príncipe, porque «es preciso que concluya por donde hu«biera debido empezar y confesaros que «es muy lindo.

«Adios otra vez....»

En seguida dirigiéndose á Georgette; le preguntó:

—¿Has acabado, muchacha?

—Si, señorita.

—¡Ah! añade en posdata.

«Os envio un créito á la vista sobre mi «banquero para todos estos gastos; no «economiceis nada...... ya sabeis que soy «bastante *gran señor.* (me valgo de esta «espresion masculina, pues como los hom«bres son unos tiranos se han apropiado «este término significativo de una noble «generosidad.)

—Georgette, dijo Adriana, tráeme un pliego de papel y la carta para firmarla.

Mlle. de Cardoville tomó la pluma que la presentaba Georgette, y firmó la carta incluyendo en ella una letra para su banquero, concebida en estos términos:

«Páguese á Mr. Norval, bajo el compe«tente recibo, la suma que pida por gastos «hechos en mi nombre.

«ADRIANA DE CARDOVILLE.»

Durante toda esta escena y mientras que Georgette escribia, Florina y Hebe habian seguido disponiendo los objetos del tocador de su ama, la cual se habia quitado su bata y vestido en seguida para ir á casa de su tia.

Por la atencion sostenida é interesada, aunque disimuladamente, con que Florina habia estado escuchando á Adriana dictar la carta para Mr. Norval, se podia



Adriana de Cardoville.

conocer facilmente que, segun su costumbre, procuraba retener en la memoria las menores palabras de Mlle. de Cardoville.

—Muchacha, dijo esta á Hebe, envia al momento esta carta á casa de Mr. Norval.

En esto se oyó otra vez sonar la campanilla.

Hebe se dirigia hácia la puerta para ver quien era y para ejecutar las órdenes de su ama; pero Florina se precipitó por decirlo asi y se adelantó en su lugar diciendo á Adriana:

—Señorita, ¿quiere Vd. que yo envie esta carta? tengo que ir á la casa grande.

—En ese caso, si; Hebe, mira quien es, y tú, Georgette, cierra esta carta.

Al cabo de un instante, durante el cual Georgette cerró la carta, Hebe volvió, diciendo:

—Señorita, el artesano que encontró y trajo ayer á Lutine os ruega que le recibais un momento... está muy pálido.... y parece muy triste...

—Tal vez me necesitará..... me alegro mucho, dijo jovialmente Adriana..... y tú..... Florina.... envia esta carta al instante.

Florina salió.

Mlle. de Cardoville seguida de *Lutine* entró en el saloncito donde esperaba Agricol.

XIX.

LA CONFERENCIA.

Adriana de Cardoville entró en el salon donde la esperaba Agricol, vestida con suma elegancia y sencillez; un vestido de câsimir azúl oscuro, de cuerpo ajustado y sujeto por delante con una cinta de seda negra segun la moda de entonces dejaba ver su talle de ninfa y su pecho contorneado; un cuellecito de batista liso y cuadrado volvia sobre una cinta escocesa anudada en forma de rosa, á modo de corbatin; sus magníficos y dorados cabellos caian sobre su blanco rostro formando innumerables tirabuzones que casi llegaban al cuerpo del vestido.

Agricol, con objeto de engañar á su padre y de hacerle creer que iba efectivamente al taller de Mr. Hardy, se habia visto precisado á ponerse su ropa de trabajo, con la diferencia que llevaba una blusa nueva y el cuello de su ordinaria camisa blanca volvia sobre su corbatin anudado con descuido al rededor de su pescuezo: su ancho pantalon gris dejaba ver sus botas esmeradamente lustradas, teniendo en sus musculosas manos una gorra nueva de paño; en una palabra, la blusa azul bordada de colorado dejando en libertad el moreno y nervioso cuello del herrero, contorneando sus robustos hombros, no embarazaba su aire libre y franco y le sentaba mejor que un fraque ó una levita.

En el interin venia Mlle. de Cardoville, se habia puesto á examinar maquinalmente un magnífico jarro de plata muy bien cincelado; en una pequeña placa de metal colocada sobre un zócalo de mármol antiguo se leian las siguientes palabras: *Cincelado por Juan Maria, oficial de cincelador*, 1831.

Adriana habia pisado tan ligeramente la alfombra de su sala, la cual estaba solamente separada de otro cuarto por unas cortinas, que Agricol no notó la llegada de la jóven: estremecióse y se volvió con prontitud hácia ella al oir una argentina y vibrante voz que le decia:

—¡Que jarro tan hermoso! ¿no es verdad?

—Hermosísimo, señorita, respondió Agricol bastante cortado.

—Ya veis que gusto de la equidad, añadió Mlle. de Cardoville señalándole con el dedo la plaquita de metal; un pintor firma su cuadro.... un escritor su li-

bro.... y yo deseo que un artesano firme sus obras.

—¡Como, señorita! ¿ese nombre?

—Ese nombre es el de un pobre cincelador que ha hecho esta rara obra maestra para un rico platero.... Cuando éste me la vendió se quedó pasmado de mi capricho, y tal vez de mi rareza, segun él, cuando despues de haberle hecho nombrar el artífice de este precioso trabajo quise que se grabase en el zócalo su nombre en vez dél del platero.... Ya que el oficial no es rico, á lo menos que cobre fama ¿no tengo razon?

Era imposible que Adriana pudiese empezar la conversacion de un modo mas atento; asi es que el herrero empezó á tranquilizarse, y respondió:

—Señorita, siendo yo artesano no puedo menos de apreciar doblemente semejante prueba de equidad.

—Ya que sois artesano me felicito de esta oportunidad; tomad asiento.

Y con un gesto de afabilidád le señaló un sillon de seda color de púrpura tejido de oro, y ella se sentó al mismo tiempo á su lado en una silla de la misma tela.

Viendo la cortedad de Agricol que embarazado bajaba otra vez los ojos, Adriana le dijo con mucha jovialidad para animarle y señalándole á *Lutine*:

—Este pobre animalito que tanto quiero será para mi un vivo recuerdo de vuestra bondad; y por esa razon vuestra visita me parece un feliz agüero; no sé que buen presentimiento me dice que tal vez podré seros útil en alguna cosa.

—Señorita, dijo resueltamente Agricol, yo me llamo Baudoin y soy oficial de herrero en Plessi á las inmediaciones de París: ayer tuvisteis la bondad de ofrecerme vuestro bolsillo.... y no quise aceptarlo... hoy vengo á pediros acaso diez, veinte veces mas que la suma que generosamente me ofreciais; os digo todo esto de pronto porque es lo que mas me cuesta... estas palabras me quemaban los lábios, ahora ya estoy mas tranquilo.

—Aprecio la delicadeza de vuestros escrúpulos, dijo Adriana, y si me conocieseis hubierais podido dirigiros á mi sin temor.... ¿cuanto necesitais?

—Yo no sé, señorita.

—¡Como! ¿ignorais la suma?

—Sí, señorita, y vengo á preguntaros..... no solamente la suma que necesito..... sino tambien cuanto necesito.

—Veamos dijo Adriana sonriéndose, esplicadme ese enigma..... pues á pesar de mi buena voluntad ya podeis conocer que no puedo adivinar de que se trata...

—Señorita, ved aqui el asunto en dos palabras: Mi madre es una pobre y buena vieja que en su juventud ha arruinado su salud á fuerza de trabajar para educarme al mismo tiempo que á un pobre niño abandonado que tuvo que recoger: ahora me toca á mi mantenerla, y esto es precisamente lo que tengo la dicha de hacer..... Pero para conseguir mi objeto no cuento mas que con mi trabajo..... y si me veo en el caso de no poderlo hacer, mi madre se verá sin recursos.

—Desde este momento nada faltará á vuestra madre, pues me intereso por ella...

—¿Os interesais por ella, señorita?

—Ciertamente.

—Segun eso la conoceis.

—Ahora, sí.

—¡Ah, señorita! dijo Agricol con alguna emocion al cabo de un rato de silencio..... ya os entiendo..... Mirad..... teneis un corazon noble..... la Gibosa tenia razon.

—¿La Gibosa? Dijo Adriana mirando á Agricol con mucha sorpresa, porque estas palabras eran para ella un enigma.

El artesano que no se avergonzaba de sus amigos, repuso con ingenuidad:

—Señorita, voy á esplicároslo. La Gi-

Bosa es una pobre y jóven costurera sumamente laboriosa con quien me he criado; es contrahecha, y esta es la razon por la que la llaman la Gibosa. Ya veis que diferencia tan enorme media entre vos y ella... Pero en cuanto á sentimientos..... y delicadeza..... ¡ah, señorita! estoy seguro que está á vuestro nivel..... Lo que os he dicho antes fué idea suya al oirme contar el modo que habiais tenido de darme aquella hermosa flor.

—Os aseguro, dijo Adriana sumamente conmovida, que esta comparacion me lisongea y me honra mucho mas que cuanto pudierais decirme..... Un corazon que se conserva puro y delicado en medio de los infortunios es un raro tesoro..... ¡Es tan fácil ser bueno cuando se posee la belleza y la juventud! ¡delicado y generoso cuando hay riquezas! Acepto vuestra comparacion.... pero con tal que me presenteis al instante la ocasion de merecerla. Tened la bondad de continuar.

Apesar de la atenta cordialidad de Mme. de Cardoville, se conocia al instante que poseia la dignidad natural que engendra siempre la independencia de carácter, la elevacion del alma y la nobleza de sentimientos; tanto que Agricol olvidando la ideal belleza de su protectora no tardó en sentir una especie de profundo y afectuoso respeto que contrastaba singularmente con la edad y alegría de la jóven que le inspiraba semejante sentimiento.

—Si yo no tuviese mas que á mi madre, me importaria poco una suspension forzada de trabajo: los pobres se ayudan mútuamente, y mi madre es muy querida en la casa, nuestros vecinos la socorrerian; pero como no son muy felices, tendrian privaciones por su causa, y sus cortas atenciones la serian mas sensibles que la misma miseria; y por último no es solo por mi madre por quien tengo necesidad de trabajar sino tambien por mi padre á quien no habiamos visto hacia diez y ocho años, pues acaba de llegar de Siberia..... donde ha permanecido por amor á su antiguo general, hoy dia el mariscal Simon.

—¡El mariscal Simon! saltó de pronto Adriana sorprendida.

—¿Le conoceis, señorita?

—Personalmente, no; pero se casó con una parienta nuestra.....

—¡Qué dicha! esclamó el herrero..... en este caso las dos niñas que han venido con mi padre de Rusia son parientas vuestras.

—¿El mariscal tiene dos hijas? preguntó Adriana con mayor sorpresa é interés.

—¡Ah, señorita!.... dos angelitos de quince ó diez y seis años... . tan bonitas y tan dulces, dos mellizas que se parecen tanto que se las confunde..... su madre murió en su destierro; habiéndoles confiscado lo poco que poseian han venido aqui con mi padre desde el interior de la Siberia, viajando con mucha pobreza; pero su buen amigo trataba de hacerlas olvidar tantas privaciones á fuerza de cariño y de ternura... ¡Qué buen padre, señorita! no lo creereis, pero os aseguro que aunque tiene un valor de leon..... es tan bueno como una madre.

—¿Y dónde están esas niñas? preguntó Adriana.

—En nuestra casa, señorita..... y esto es lo que hacia mas dificil mi posicion y lo que me ha animado á acudir á vos; no porque mi trabajo no me baste para acudir á mi reducida familia..... aumentada con esta circunstancia..... pero ¿y si me prenden?

—¡Prenderos! ¿y por qué?

—Señorita, tened la bondad de leer este aviso que han enviado á la Gibosa... la jóven de que os he hablado... que para mi es una hermana.....

Y en esto Agricol entregó á Mlle. de Cardoville la carta anónima que habian escrito á la costurera.

Adriana despues de haberla leido dijo al herrero sorprendida:

—¿Con qué, sois poeta?

—Señorita, yo ni tengo semejantes pretensiones ni tal ambicion..... únicamente cuando despues de mi trabajo vuelvo á casa de mi madre..... y aûn muchas veces trabajando el hierro, me divierto en hacer versos para distraerme ó descansar... unas veces alguna oda... otras, canciones.

—¿Con qué, la *Cancion de los jornaleros* que cita esta carta es tan hostil y peligrosa?

—No, señorita; al contrario, porque yo tengo la suerte de estar empleado en casa de Mr. Hardy que procura á sus trabajadores una posicion tan aventajada como miserable es la de los demás compañeros nuestros... yo me limité á hacer en favor de estos últimos, que componen la mayoría, una ardiente, sincera y equitativa reclamacion, y nada mas.... pero tal vez sabreis, señorita, que en estos tiempos de conspiracion y de asonadas, muchas veces es uno acriminado y preso lijeramente.... Si me sucediese tal desgracia..... ¿que seria de mi madre y de mi padre...., y de las dos huérfanas á quienes debemos considerar como pertenecientes á nuestra familia, hasta la vuelta del mariscal Simon?.... Para evitar esta desgracia, venia á suplicaros que en el caso de que me prendiesen, tuviéseis la bondad de prestar una fianza; de este modo no tendria que dejar mi taller por la cárcel, y respondo que mi trabajo cubriria todas las atenciones.

—Gracias á Dios...... dijo jovialmente Adriana, esto es un asunto que puede arreglarse fácilmente; señor poeta, en lo sucesivo sacareis vuestras inspiraciones de la felicidad y no de los pesares.... que es una triste Musa.... Ante todo descuidad en cuanto á la fianza.

—¡Ah, señorita.... nos salvais!

—Además, casualmente el médico de nuestra familia tiene estrechas relaciones con un ministro muy importante (entendedlo como querais, no os engañareis, añadió sonriéndose); el doctor tiene mucha influencia sobre este gran hombre de estado, porque ha tenido siempre el honor de recomendarle, tocante á la salud, las dulzuras de la vida privada, la víspera del dia en que le destituyeron.... Descuidad que si no basta la fianza, ya pensaremos en otros medios.

—Señorita, dijo Agricol con profunda emocion, os deberé mi tranquilidad y acaso la vida de mi madre.... creedme, jamás seré ingrato.

—Eso es natural..... Vamos ahora á otra cosa: es un deber de los ricos socorrer á los pobres.... Las hijas del mariscal Simon pertenecen á mi familia, y vivirán aquí conmigo; esto será mas decente; avisareis á vuestra buena madre, y esta noche cuando yo vaya á darle las gracias por la hospitalidad que ha dado á mis parientas, las recojeré.

Georgette, levantando de pronto el cortinon que separaba la sala del cuarto inmediato, entró precipitadamente y con aire azorado.

—¡Ah, señorita! esclamó, alguna cosa estraordinaria sucede en la calle.

—¿Y qué es? esplícate....

—Acababa de acompañar á mi costurera hasta la puertecita y me pareció ver algunos hombres de mala cara que miraban con mucha atencion las paredes y las ventanas del pequeño edificio que está junto al pabellon como si estuvieran acechando á alguien.

—Señorita, dijo Agricol con sentimien-

to, no me he engañado, á mi es á quien buscan....

—¿Qué decis?

—Me ha parecido que me seguian desde la calle de Saint Merry... No hay duda; me habrán visto entrar en esta casa y quieren prenderme.... ¡Ah! ahora que mi madre cuenta con vuestro apoyo.... y que no tengo la menor inquietud por las hijas del mariscal Simon, voy á entregarme con tal de no esponeros....

—Guardaos bien de hacerlo...: dijo vivamente Adriana, la libertad es muy preciosa para sacrificarla voluntariamente... Además Georgete puede engañarse... pero en todo caso os ruego que no os entregueis vos mismo..... Creedme, evitad que os prendan... creo que esto facilitará mucho mis pasos..... porque me parece que la justicia manifiesta mucho apego á los que han caido una vez en sus manos...

—Señorita, dijo Hebe, entrando tambien muy inquieta..... un hombre acaba de llamar á la puertecita y ha preguntado si habia entrado aquí un jóven vestido con una blusa azul... Dice que la persona que busca se llama Agricol Baudoin... y que tiene que decirle una cosa muy importante...

—Ese es mi nombre, dijo Agricol, y se vale de una astucia para hacerme salir.

—No hay duda, repuso Adriana, y por lo tanto es menester frustrarla. ¿Qué has respondido, hija mia? añadió la jóven dirigiéndose á Hebe.

—Señorita, he respondido que no sabia de quien hablaban.

—Muy bien.... ¿Y el hombre que te preguntaba?....

—Se ha marchado, señorita.

—Sin duda para volver al instante, repuso Agricol.

—Es probable, dijo Adriana.... Por lo tanto es menester que os resigneis á permanecer aquí algunas horas. Desgraciadamente tengo precision de ir al instante á casa de mi tia la princesa de Saint-Dizier para un asunto muy importante que no se puede retardar, y cuya urgencia agrava lo que acabais de decirme relativamente á las hijas del mariscal Simon... Quedaos aquí, pues de lo contrario os espondríais á ser preso al salir.

—Señorita, perdonadme si no lo c[illegible] siento.... Os repito que no debo ac[illegible] vuestra oferta.

—¿Y por qué?

—Porque si han tratado de h[illegible] salir es solo con el objeto de no ve[illegible] la precision de entrar legalmente en [illegible]tra casa, y si no salgo vendrán sin du[illegible] alguna; no puedo permitir que os espongais á semejante disgusto..... Ahora que no tengo el menor cuidado por mi madre ¿que me importa la prision?

—¿Y el disgusto que tendrá vuestra madre? ¿y sus inquietudes y temores? ¿eso no es nada? ¿Y vuestro padre, y la pobre costurera que os quiere como á un hermano y que segun decís vale tanto como yo por sentimientos, los olvidais tambien? Creedme, evitad á vuestra familia estos disgustos..... quedáos aquí, y estoy segura que ántes de anochecer os libraré de las manos de esos hombres, ya dando una fianza ó ya de otro modo...

—Pero señorita, aunque yo acepte vuestras ofertas, me encontrarán aquí.

—No; en este pabellon que antiguamente servia de accesorio, ya veis, dijo Adriana sonriéndose, que yo habito un sitio bien profano, en este pabellon hay un escondite tan bien imaginado que es imposible dar con él. Georgette va á conduciros, y allí estaréis con mucha comodidad, y aun podréis componer algunos versos para mí, si la situacion os inspira...

—¡Ah, señorita! ¡cuántas bondades! ¿qué he hecho para merecerlas?

—¿Cómo es eso? voy á decíroslo: Su-

poned que vuestro carácter y que vuestra posicion no mereciesen el menor interés y que yo no hubiese contraido una deuda sagrada con vuestro padre por la tierna solicitud que ha manifestado á mis parientas las hijas del mariscal Simon... pero á lo menos, pensad en *Lutine*, dijo Adriana [illegible]riéndose, en Lutine á quien estamos [illegible]ndo á mi lado y que me habeis devuel[illegible] Formalmente... si me rio... repuso [illegible]gular y alegre criatura... es por[illegible] corréis el menor riesgo y porque [illegible] acometido un acceso de alegría; [illegible], escribid al instante en esta carte[illegible] señas de vuestra casa y las de vues[illegible] madre; seguid á Georgette y componedme algunos versos bonitos, si es que no os fastidiais demasiado en esta prision donde vais á guareceros... una prision.

Al mismo tiempo que Georgette guiaba al herrero hácia el escondite, Hebe traía á su ama un sombrerito de castor gris con una pluma del mismo color, porque Adriana debia atravesar el parque para ir á la casa principal ocupada por la princesa de Saint Dizier.

. . . .

Un cuarto de hora despues de esta escena, Florina entraba misteriosamente en el cuarto de Mme. Grivois, primera doncella de la princesa.

—¿Qué hay? preguntó Mme. Grivois á la jóven.

—Traigo algunas notas que he podido tomar esta mañana, dijo Florina dando un papel á la dueña..... felizmente tengo buena memoria.....

—¿A qué hora exacta ha vuelto esta mañana? preguntó vivamente la dueña.

—¿Quién, señora?

—Mlle. Adriana.

—Señora, no creo que haya salido: á las nueve la metimos en el baño.

—Sí, pero antes volvió despues de haber pasado la noche fuera de casa; á este estremo ha llegado.

Florina miraba á Mme. Grivois con suma admiracion.

—No os entiendo, señora.

—¡Cómo! ¿la señorita no ha vuelto esta mañana á las ocho por la puertecita del jardin? ¿os atreveis á mentir de ese modo?

—Ayer he estado indispuesta y hoy no he bajado hasta las nueve para ayudar á Georgette y á Hebe á sacar del baño á la señorita... ignoro lo que ha sucedido ántes, os lo juro, señora...

—Eso es otra cosa: informáos de vuestras compañeras de lo que acabo de deciros, pues como no desconfian de vos os lo contarán todo...

—Bien está, señora.

—¿Qué ha hecho la señorita esta mañana desde que la habeis visto?

—Ha dictado una carta á Georgette para M. Norval, y yo he solicitado llevarla para tener un pretesto de salir y escribir lo que he conservado en mi memoria.

—Bien... ¿y la carta?

—Gerónimo acaba de salir, y se la he dado para que la echase en el correo.

—¡Torpe! esclamó Mme. Grivois, ¿por qué no me la habeis traido?

—Porque habiéndola dictado alto la señorita á Georgette, segun su costumbre, sabia bien su contenido y lo he escrito en la nota.

—No es lo mismo; ¡hubiera sido mejor retardar el envío de la carta... la princesa va á incomodarse...

—Creí haber obrado bien, señora.

—¡Dios mio! ya sé que no os falta buena voluntad; hace seis meses que estamos satisfechas, pero esta vez habeis cometido una imprudencia.

—Sed indulgente, señora... ¡es tan penoso este oficio!

Y la jóven ahogó un suspiro.

Madame Grivois la miró atentamente y la dijo con tono sardónico.

—Pues bien, si sois escrupulosa, dejadlo... estais libre... marcháos.

—Ya sabeis que no soy libre, señora, dijo Florina sonrosándose: escapósele una lágrima, y añadió: estoy bajo la dependencia de Mr. Rodin que me ha colocado aquí...

—¿Y entónces á qué vienen esos suspiros?

—No se pueden evitar los remordimientos... la señorita es tan buena... tan confiada...

—No hay duda que es una perfeccion, pero no estáis aquí para hacer su elogio. ¿Qué mas hay?

—El artesano que encontró y trajo ayer á Lutine acaba de venir solicitando hablar con la señorita.

—¿Y está todavía en su cuarto?

—No lo sé: entraba cuando yo salia con la carta.

—Tratad de saber á lo que ha venido, y buscad un pretesto para venir á informarme de ello hoy mismo.

—Bien esta, señora.

—¿La señorita ha manifestado alguna inquietud, susto ó alteracion por tener que venir hoy á hablar con la princesa? Oculta tan poco lo que piensa que debeis saberlo.

—La señorita ha estado tan alegre como siempre y aun ha bromeado sobre esto.

—¿Con que ha bromeado? repuso la dueña.

Y añadió entre dientes, sin que Florina pudiese oirlo:

—Al fin se canta la gloria; á pesar de su audacia y de su diabólico carácter..... temblaria... y pediria perdon... si supiese lo que la espera hoy....

Despues, dirigiéndose á Florina, le dijo:

—Volved al pabellon, y os aconsejo que desecheis esos escrúpulos que pudieran perjudicaros... no lo olvideis.

—Señora, yo no puedo olvidar que no soy dueña de mi....

—Enhorabuena, hasta luego.

Florina salió de la habitacion principal y atravesó el parque para volverse al pabellon: Mme. Grivois fué al cuarto de la princesa de Saint Dizier.

PARTE CUARTA.

EL PALACIO DE SAINT DIZIER.

I.

UNA JESUITA.

Al mismo tiempo que pasaban las escenas precedentes en la rotonda Pompadour habitada por Mlle. de Cardoville, tenian lugar otros acontecimientos en el palacio principal ocupado por la princesa de Saint Dizier.

La elegancia y suntuosidad del pabellon del jardin contrastaban sumamente con el

sombrio interior del palacio cuyo piso principal ocupaba la princesa de Saint Dizier; porque la disposicion del cuarto bajo era solamente adecuada para grandes funciones, y hacia mucho tiempo que Mme. de Saint Dizier habia renunciado á semejantes esplendores mundanos: la gravedad de sus criados, todos de cierta edad y vestidos de negro, el profundo silencio que reinaba en su habitacion, donde por decirlo asi solo se hablaba en voz baja, y la regularidad casi monástica de esta inmensa casa daban un carácter triste y severo á todos los que rodeaban á la princesa.

Un hombre de mundo que reunia un gran valor á una rara inteligencia, hablando de la princesa de Saint Dizier, con quien Adriana de Cardoville *iba*, segun su espresion, *á tener una gran batalla*, decia lo siguiente:

« Para no tener por enemiga Mme. de « Saint Dizier, yo que no soy un hombre « bajo ni cobarde, he hecho por la pri- « mera vez de mi vida una bajeza y una « villanía. »

Y este hombre hablaba con sinceridad.

Pero Mme. de Saint Dizier no habia llegado instantáneamente á este grado de *importancia*.

Digamos alguna cosa para hacer conocer diversas fases de la vida de esta implacable y peligrosa mujer, quien por sus relaciones llegó á adquirir un poder oculto y formidable.

Mme. de Saint Dizier, en otro tiempo muy bella, habia sido durante los últimos años del Imperio y al principio de la Restauracion una de las mujeres mas de moda de Paris; revoltosa, activa, dominante, dotada de una imaginacion mas fecunda y de un corazon sumamente frio, se habia consagrado esclusivamente á los galanteos, no por la ternura de sus sentimientos, sino por amor á la intriga que la dominaba del mismo modo que el juego domina á los hombres..... á causa de las emociones que estas cosas suscitan.

Desgraciadamente, la ceguedad ó indiferencia de su marido, el príncipe de Saint Dizier (hermano mayor del conde de Rennepont, duque de Cardoville, padre de Adriana) llegó siempre á tal punto, que durante su vida no se le escapó jamas una palabra que indicase que sospechaba las aventuras de su esposa.

Asi es que no hallando sin duda bastantes dificultades en estas relaciones, por otra parte tan cómodas bajo el Imperio, la princesa, sin renunciar á los galanteos, creyó darles mas incentivo é interés complicándolos con algunas intrigas políticas.

Atacar á Napoleon y minar el terreno del coloso, esto prometia á lo menos algunas emociones capaces de satisfacer el carácter mas exigente.

Durante algun tiempo le salió todo bien: bonita, viva, avisada y falsa, pérfida y seductora, rodeada de admiradores á quienes sabia fanatizar, y poniendo una especie de coquetería feroz en hacerlos arriesgar su cuello en graves complóts, la princesa creyó poder resucitar á la Fronde, y entabló una correspondencia secreta y muy activa en paises estranjeros con algunos personajes influyentes, bien conocidos por su odio contra el emperador y contra la Francia; de esta época datan sus primeras relaciones epistolares con el marqués de Aigrigny, que era entonces coronel al servicio de Rusia y ayudante de Moreau.

Pero al fin estas bellas intrigas llegaron á descubrirse un dia; muchos de los adoradores de Mme. de Saint Dizier fueron encerrados en Vincennes, y el emperador que hubiera podido castigarla severamente, se contentó con desterrar á la princesa á una de sus posesiones cerca de Dunkerque.

Durante la restauracion estas *persecuciones* por la buena causa fueron tenidas

en consideracion, y á pesar de la lijereza de su conducta llegó á adquirir bastante influencia.

El marqués de Aigrigny, que habia entrado al servicio de Francia, se fijó en aquel punto; era un hombre agradable y tambien á la moda, habiendo estado en correspondencia y conspirado con la princesa, estos *antecedentes* produjeron necesariamente una relacion entre ellos.

Un amor propio desenfrenado, el gusto de placeres ruidosos, una desmedida necesidad de odio, de orgullo y dominacion, una especie de mala simpatía cuyo pérfido atractivo une mas estrechamente á las almas perversas, sin confundirlas, habian hecho de la princesa y del marqués dos cómplices, mas bien que dos amantes. Estas relaciones, fundadas sobre sentimientos egoistas, acres, sobre el temible apoyo que dos caracteres de tan peligroso temple pueden prestarse mútuamente contra un mundo en que el espíritu de intriga, de galantería y de difamacion, les habia grangeado muchos enemigos, estas relaciones duraron hasta el momento en que, despues de su desafío con el general Simon, el marqués entró en el seminario sin que se supiese la causa de esta repentina resolucion.

La princesa, para quien no habia llegado aun la hora de su conversion, continuó abandonándose al torbellino del mundo, con un ardor vehemente, suspicaz y rencoroso porque veia consumirse su últimos buenos años.

El hecho siguiente hará juzgar del carácter de esta muger.

Siendo todavía muy agradable, quiso terminar su vida mundana con un brillante y último triunfo, del mismo modo que una cómica sabe retirarse á tiempo del teatro con el fin de dejar algunos recuerdos. Queriendo dar á su vanidad este último consuelo, eligió diestramente sus víctimas y puso los ojos en dos personas jóvenes que se idolatraban; á fuerza de astucia y de intrigas logró separar al amante de su querida, hermosa muger de diez y ocho años, de quien era adorado.

Despues de haber hecho público este triunfo, se retiró del mundo en lo mas escandaloso de su aventura. Despues de muchas y largas conversaciones con el abate marqués de Aigrigny, que era entonces un predicador de mucha fama, se marchó repentinamente de París, y fué á pasar dos años en su posesion cerca de Dunkerque, acompañada de una de sus doncellas Mme. Grivois.

A su vuelta, nadie reconoció á esta muger, antiguamente frívola, galante y disipada; la metamórfosis habia sido completa, estraordinaria y casi terrible. El palacio de Saint-Dizier, en otro tiempo abierto á los placeres, á las fiestas y regocijos, se convirtió en una austera y silenciosa morada; en vez de lo que antes se llamaba *el mundo elegante*, la princesa recibió en su casa á mugeres de una devocion exagerada, y á hombres importantes citados por la severidad de sus principios religiosos y monárquicos. Rodeóse principalmente de ciertos miembros considerables del alto clero: declaráronla protectora de una congregacion de mugeres; tuvo su confesor, capilla, capellan, y aun director; pero este último *in partibus*: el marques abate de Aigrigny fué su verdadero director espiritual, pues es inútil decir que desde mucho tiempo antes habian ya cesado enteramente sus relaciones amorosas.

Esta repentina, completa, y sobre todo ruidosamente alabada conversion, causó en la multitud la mayor admiracion y respeto; algunos, mas penetrantes, se burlaron de ella.

Entre mil rasgos que pudieran citarse,

hay uno que puede dar á conocer el terrible dominio que la princesa habia adquirido desde su afiliacion, y manifestar al mismo tiempo el carácter vengativo, implacable y taimado de esta muger, á quien Adriana de Cardoville se disponia á desafiar con tanta temeridad.

Entre las personas que se burlaron mas ó menos de la conversion de Mme. de Saint Dizier, habia dos jóvenes á quienes la princesa habia tenido la crueldad de separar, antes de retirarse para siempre de la escena galante del mundo; estos, mas apasionados que nunca, se habian reconciliado despues de esta pasagera borrasca, limitando su venganza á algunas chanzas picantes sobre la conversion de la muger que tanto mal les habia causado...

Algun tiempo despues una terrible fatalidad persiguió á estos amantes.

Un marido... ciego hasta entonces, llegó á descubrir sus relaciones por medio de algunos anónimos: de esto resultó un escándalo, y la pobre jóven quedó perdida.

En cuanto al amante, se suscitaron algunas voces vagas, poco precisas, pero al mismo tiempo llenas de reticencias pérfidamente calculadas y mil veces mas odiosas que una acusacion formal que se puede á lo menos combatir y destruir: y esto con tanta persistencia y con tan diabólica habilidad y por caminos tan diversos, que sus mejores amigos le abandonaron poco á poco, sometidos á pesar suyo á la lenta é irresistible influencia de estos rumores incesantes y confusos que pueden reasumirse en estas palabras:

—¡Y bien! ¡con que sabeis!***

—¡No!

—¡Se dicen de él cosas muy feas!

—¿De veras? ¿y qué es?

—No lo sé, malas voces.... tristes rumores tocante á su honor.

—¡Diablo! ¡eso es grave!... Eso me esplica por qué es ahora recibido con tanta frialdad.

—En cuanto á mí, le evitaré en lo sucesivo.

—Y yo tambien etc. etc.

Tal es el mundo; muchas veces no se necesita mas para difamar á un hombre á quien brillantes triunfos han grangeado muchos envidiosos. Esto es lo que sucedió al jóven de que hablamos. El desgraciado, conociendo que se quedaba aislado, y que la tierra, por decirlo así, se le escapaba debajo de sus pies, no sabia donde buscar ni hallar al implacable enemigo que le asestaba tales golpes, porque jamás le ocurrió sospechar de la princesa á quien no habia vuelto á ver desde su aventura con ella. Queriendo á toda costa saber la causa de este abandono y de estos desprecios, se dirigió á uno de sus antiguos amigos quien le respondió con frialdad y de un modo evasivo; el otro se incomodó y le pidió una satisfaccion.... su adversario le dijo:

—Buscad dos padrinos conocidos vuestros y mios, y me batiré.

El desgraciado no pudo encontrar ni uno solo....

En fin, abandonado de todos, sin que jamás hubiese podido comprender la causa, y padeciendo horriblemente por la muerte de la muger, que se habia perdido por su causa, se volvió loco de pesar, de rabia y de desesperacion y se suicidó....

Mme. de Saint Dizier dijo el dia de su muerte que una vida tan vergonzosa como la suya debia tener por necesidad semejante fin; que un hombre que durante tanto tiempo habia escarnecido las leyes divinas y humanas, no podia terminar su miserable vida sino por un nuevo crímen.... ¡el suicidio! Y los amigos de madame de Saint Dizier repitieron y propa-



Lito de Ferrando Roca

Mme Saint Dizier.

gaton estas terribles palabras con aire de conviccion y de hipocresía....

No bastó esto, al lado del castigo se hallaba la recompensa.

Las gentes que observan notaban que los favoritos de Mme. de Saint Dizier conseguian posiciones elevadas con singular rapidez. Los jóvenes *religiosos* y que asistian con mas puntualidad á los sermones, se casaban con ricas huérfanas del colegio del *Sagrado Corazon* que estaban como en reserva: algunas pobres doncellas que llegaban á conocer demasiado tarde lo que es un marido devoto, elegido y dominado por devotos, espiaban muchas veces con lágrimas bien amargas el mentido favor de haber sido admitidas en el hipócrita y falso mundo donde se hallaban como personas estrañas y sin apoyo, y que caia sobre ellas si se atrevian á quejarse de la union á que las habian condenado.

En el salon de Mme. de Saint Dizier se nombraban prefectos, coroneles, tesoreros, diputados, académicos, obispos, y pares de Francia, á los que solo se pedia en remuneracion del poderoso apoyo que se les daba, un esterior devoto, y el juramento de hacer una guerra encarnizada á todo impío ó revolucionario, y sobre todo de corresponder confidencialmente sobre diferentes objetos con el abate de Aigrigny, distraccion por otra parte muy agradable, porque el abate era el hombre mas amable del mundo, el de mas talento y el mas complaciente.

Digamos por último, que habiendo muerto el príncipe de Saint Dizier mucho tiempo antes sin hijos, sus bienes personales, de bastante consideracion, pasaron á su hermano menor, padre de Adriana de Cardoville; hacia diez y ocho meses que este habia muerto tambien, y la jóven era la representante que quedaba de la familia de Rennepont. La princesa de Saint Dizier esperaba á su sobrina en un vastísimo salon colgado de damasco verde oscuro: los muebles, forrados de la misma tela, eran de ébano esculpido del mismo modo que la biblioteca que estaba llena de libros devotos. Algunos cuadros de santos, y un Crucifijo de márfil sobre un fondo de terciopelo negro contribuian á dar á esta pieza una austera y lúgubre apariencia.

La princesa sentada junto á una inmensa mesa de despacho, acababa de cerrar varias cartas, porque esta señora tenia una larga y variada correspondencia. Aunque tenia entonces como unos 45 años se conservaba todavía bien, los años habian engrosado su cintura, que habiendo sido en otro tiempo de notable elegancia se mantenia aun con alguna ventaja bajo su negro vestido. Por debajo de su gorra, que era sumamente sencilla, se veian sus rubios cabellos lisos formando espesas bandas.

A primera vista chocaba su aire digno y natural, y en vano se procuraba descubrir en aquella fisonomía llena de compuncion y de calma, las huellas de las agitaciones de su vida anterior; al verla tan naturalmente grave y reservada era imposible habituarse á creerla la heroina de tantas intrigas y aventuras galantes; al contrario, si oia casualmente alguna proposicion algo lijera, la fisonomía de esta mujer que habia llegado al estremo de creerse casi una madre de la iglesia, manifestaba al instante una admiracion cándida y dolorosa que no tardaba en convertirse en un aire de castidad alarmada y de desdeñosa conmiseracion.

Por lo demas, cuando era preciso, la risa de la princesa estaba aun llena de gracia y de una seductora é irresistible amabilidad; sus grandes y azules ojos sabian tomar un aire afectuoso y tierno cuando llegaba el caso; pero si alguien tenia el atrevimiento de herir su orgullo, de oponerse á su voluntad ó de perjudicar sus intereses, y si podia sin comprometerse

manifestar sus resentimientos, entonces su cara, habitualmente séria y plácida, manifestaba una fria é implacable malignidad. En este momento Mme. Grivois entró en el gabinete de la princesa llevando en la mano el *parte* que Florina acababa de darle sobre el modo con que Adriana de Cardoville habia pasado la mañana.

Hacia 20 años que Mme. Grivois servia á la princesa de Saint Dizier; asi es que sabia todo cuanto una criada de confianza puede y debe saber sobre su ama, cuando esta ha sido muy galante. ¿La princesa habia conservado voluntariamente este testigo tan bien instruido de las innumerables faltas de su juventud? Generalmente se ignoraba, y lo único evidente era que Mme. Grivois gozaba de grandes privilegios y que era mas bien considerada como una persona destinada á hacerle compañía que á servir á su ama.

—Señora, aqui tiene usted las notas de Florina, dijo Mme. Grivois dando el papel á la princesa.

—Voy á examinarlas *al instante*, respondió Mme. de Saint Dizier; escuchad; mi sobrina va á venir aqui. Durante la conferencia á que va á asistir, conduciréis á su pabellon á una persona que espero y que preguntará por vos de mi parte.

—Bien está, señora.

—Esta persona hará un inventario escsacto de todo lo que hay en el pabellon que habita Adriana. Cuidaréis de que no se omita nada; esto es sumamente importante.

—Bien está, señora. ¿Y si Georgette y Hebe quieren oponerse?

—Descuidad; el hombre encargado de este inventario tiene tal cualidad que cuando le conozcan esas jóvenes no se atreverán á hacer la menor oposicion ni al inventario ni á las demas medidas que van á tomarse. Al mismo tiempo que le acompañeis, insistid sobre ciertas particularidades que servirán para confirmar las voces que habeis esparcido de algun tiempo á esta parte.

—No tenga usted cuidado, señora, estas voces tienen ya la consistencia de una realidad...

—En fin, la altanera é insolente Adriana no tardará en quedar vencida y obligada á pedir perdon..... y tambien á mi.....

Un viejo ayuda de cámara abrió las dos hojas de la puerta y anunció:

—¡El señor abate de Aigrigny!

—Cuando venga Mlle. de Cardoville, le direis que espere un instante, dijo la princesa á Mme. Grivois.

—Está bien, señora, respondió la dueña saliendo con el ayuda de cámara.

Mme. de Saint Dizier y Mr. de Aigrigny se quedaron solos.

II.

EL COMPLOT.

Se ha podido adivinar fácilmente que el abate marqués de Aigrigny era el personaje que hemos visto ya en la calle de Milieu des Ursins, de donde habia salido hacia cerca de tres meses, para ir á Roma.

El marqués estaba vestido de luto riguroso con su habitual elegancia. No levaba sotana; su levita negra bastante ceñida y su chaleco muy ajustado á las caderas hacian resaltar la elegancia de sus formas; su pantalon de casimir negro dejaba descubierto su pié perfectamente calzado en unos borceguíes barnizados. En fin, su tonsura desaparecia con la falta de algunos cabellos que habian dejado descubierta la parte superior de su cabeza.

Su traje no manifestaba en nada que fuese un eclesiástico, á no ser la falta absoluta de patillas, circunstancia muy notable en una fisonomía tan varonil; su barba, acabada de afeitar, descansaba en un ancho corbatin negro anudado con una especie de calaverada militar que recor-

daba que este abate marqués, y este predicador de fama, en aquel momento uno de los mas activos y mas influyentes gefes de la órden, habia mandado un regimiento de húsares en tiempo de la Restauracion, despues de haber combatido con los rusos contra la Francia.

Como acababa de llegar aquella mañana, no habia vuelto á ver á la princesa desde que su madre la marquesa viuda de Aigrigny habia muerto, cerca de Dunquerke, en una posesion perteneciente á Mme. de Saint Dizier, llamando en vano á su hijo para endulzar algun tanto la amargura de sus últimos momentos. Habiéndo recibido desde Roma la órden de trasladarse á aquella ciudad, órden á la cual debió sacrificar los sentimientos mas sagrados de la naturaléza, se puso al instante en camino no sin un movimiento de duda que Mr. Rodin notó y denunció; porque el amor que Mr. de Aigrigny tenia á su madre era el único sentimiento que habia conservado puro durante su vida.

Cuando el ayuda de cámara se retiró discretamente con Mme. Grivois, el marqués se aproximó apresuradamente á la princesa, le alargó la mano y la dijo con una voz conmovida;

—Herminia... ¿no me habeis ocultado nada en vuestras cartas? ¿Me ha maldecido mi madre en sus últimos momentos?

—No, no, Federico... tranquilizáos... Deseaba veros..... Pero á poco, sus ideas se turbaron, y en su delirio... seguia llamándoos.....

—Sí... dijo el marqués con amargura... su instinto maternal le decia sin duda que mi presencia la hubiera salvado tal vez...

—Por favor..... olvidad tan tristes recuerdos..... Esta desgracia es irreparable.

—Repetidme por la última vez..... decidme con formalidad ¿mi ausencia la ha afligido mucho? ¿no ha sospechado que un deber mas imperioso me llevaba á otra parte?

—No, os repito que no..... cuando su razon se turbó sabia muy bien que aun no teniais tiempo de llegar..... Todos los tristes pormenores que os he escrito con este motivo son exactísimos, así tranquilizáos.....

—Sí... mi conciencia debia estar tranquila..... he cumplido con mi deber, sacrificando á mi madre, y sin embargo, á pesar de mi voluntad no he podido conseguir el completo desprendimiento que nos está mandado.

—Sin duda, Federico, semejante sacrificio es muy penoso..... pero en cambio... ¡cuánta influencia... cuánto poder!

—Es verdad, dijo el marqués despues de un rato de silencio ¿qué sacrificio no se hará por reinar en la oscuridad sobre los poderosos de la tierra que reinan visiblemente? El viaje que acabo de hacer á Rusia..... me ha dado una nueva idea de nuestro formidable poder.

—¡Oh! sí, este poder es grande, muy grande, dijo la princesa, y tanto mas formidable y seguro cuanto que se ejerce misteriosamente sobre el ánimo y la conciencia.

—Escuchad, Herminia, dijo el marqués; he tenido á mis órdenes un regimiento magnífico; muchas veces he gozado del viril y profundo placer del mundo... á mi voz se ponian en movimiento mis soldados, se oia la música, mis oficiales cubiertos de bordados de oro, corrian á galope á trasmitir mis órdenes: todos estos valientes y buenos militares, cicatrizados en las batallas, obedecian á una señal mia; yo me sentia ufano y fuerte, teniendo, por decirlo así, en mi mano todo su valor que yo contenia como si contuviese la vivéza de mi caballo de batalla. ¡Y bien! en el dia de hoy, á pesar de estos malos tiempos..... me siento con mu-

cha mas actividad, fuerza, autoridad y audacia, á la cabeza de esta milicia negra y muda, que piensa, quiere, va y obedece maquinalmente á mi voluntad.

—¡Cuánta razon teneis, Federico! repuso vivamente la princesa; por poco que se reflexione ¡cuánto desprecio merecen las cosas pasadas! Muchas veces, á instancia vuestra, las comparo con las presentes, y entonces ¡cuánta satisfaccion esperimento de haber seguido vuestros consejos! Porque verdaderamente, sin ellos me veria hoy condenada al miserable y ridículo papel que hace siempre una muger que va decayendo despues de haber sido hermosa y festejada..... ¿Qué haria yo á estas horas? Esforzarmente inútilmente en detener á mi lado á ese mundo egoista é ingrato, á esos hombres groseros que solo se ocupan de las imágenes en tanto que pueden satisfacer sus pasiones ó lisonjear su vanidad: ó bien me quedaria el recurso de tener lo que se llama una cosa agradable..... para los demas... sí, dar fiestas, es decir recibir á una multitud de personajes indiferentes y presentar ocasiones de que se vean los enamorados que siguiéndose en los salones todas las noches, no vienen á las casas sino para estar juntos: verdaderamente es un placer bien estúpido albergar á esa juventud disipada, alegre y enamorada, que considera el lujo y el brillo de que se les rodea como el marco forzoso de sus placeres y de sus insolentes amores.

Habia tanta acrimonia en las palabras de la princesa, y su fisonomía manifestaba una envidia tan rencorosa, que á pesar suyo se descubria la amargura de sus recuerdos.

—No, no, repuso Mme. de Saint Dizier, gracias á vos, Federico, despues del último y brillante triunfo, he roto para siempre con ese mundo que no hubiera tardado en abandonarme despues de haber sido tanto tiempo su ídolo y su reina: he cambiado de dominio..... y en lugar de hombres disipados que yo dominaba con una frivolidad superior á la de ellos, me he visto rodeada de hombres considerables, temidos, poderosos, muchos de los cuales gobiernan el Estado: me he entregado á ellos como ellos á mí. Solo de este modo he podido gozar de la dicha en que siempre habia soñado..... he tenido una parte activa y una grande influencia en los mayores intereses del mundo, he estado iniciada en los secretos mas graves, he podido vengarme con seguridad de los que me abotre inn ó se hab an bu lado de mi, y he podido elevar mas allá de sus esperanzas á los que me servian, respetaban y obedecian.

—Y todavia hay locos... y ciegos que nos creen abatidos porque tenemos que luchar con esta mala época, dijo Mr. de Aigrigny con desprecio..... como si nosotros no estuviésemos fundados y organizados sobre todo para la lucha, como si no sacasemos de ésta nueva fuerza y actividad..... No hay duda que los tiempos son malos..... pero vendrán otros mejores..... Y ya sabeis que es casi cierto que dentro de pocos dias, el 13 de febrero, podremos disponer de un medio de accion bastante poderoso para restablecer nuestra influencia un momento conmovida.

—¡Ah! ¡Sin duda! ¡este negocio de las medallas es tan importante!

—Si tenia alguna prisa en volver era solamente para asistir á un acontecimiento que tan importante debe ser para nosotros.

—Habreis sabido..... la fatalidad que ha estado otra vez para echar por tierra tantos proyectos tan laboriosamente concebidos.

—Sí, ahora mismo al llegar he visto á Rodin.

—Os ha dicho.....

—La incomprensible llegada del indio y de las hijas del general Simon al palacio de Cardoville despues del doble naufragio que los ha arrojado á las costas..... de Picardia..... y se creia que los jóvenes estaban en Leipsik... y el indio en Java... Se habian tomado bastantes precauciones..... Verdaderamente, añadió el marqués con despecho, parece que un poder invisible proteja á esta familia.

—Felizmente, Rodin es hombre de recursos y de actividad, repuso la princesa: ha venido ayer noche... y hemos hablado largamente...

—Y el resultado de vuestra conversacion ha sido escelente... el soldado estará ausente dos dias... el confesor de su muger está ya prevenido, y lo demas marchará por sí mismo... estas dos jóvenes no serán ya temibles mañana... nos queda el indio... que permanece en Cardoville herido de gravedad..... de modo que habrá tiempo de obrar.

—Pero no es eso solo... repuso la princesa, sin contar á mi sobrina todavía quedan dos personas que, considerando nuestros intereses, no deben estar en Paris para el 13 de febrero.

—Si, Mr. Hardy... pero su mas querido y mayor amigo le vende; y por su medio se le ha hecho ir al mediodia de donde no es posible que vuelva hasta dentro de un mes. En cuanto á ese miserable y vagamundo artesano, llamado Duerme en cueros...

—¡Ah! dijo la princesa con una especie de alarmado pudor.

—Ese hombre no es temible... en fin, Gabriel, sobre quien tenemos fundadas inmensas y seguras esperanzas, no quedará abandonado un solo minuto hasta el gran dia...

Todo parece contribuir á un buen éxito... y mas que nunca... es menester obtener á toda costa este objeto. Se trata de una cuestion de vida ó de muerte para nosotros... porque á mi vuelta me he detenido en Forli... y he visto al duque de Orbano; su influencia en el ánimo del rey, su amo, es poderosísima... absoluta... como se ha apoderado de su espíritu, solo con el duque es posible tratar.

—¿Y qué hay?

—Orbano se compromete, y sé que puede hacerlo, á asegurarnos una existencia legal y altamente protejida en los estados de su amo, con el privilegio esclusivo de la educacion de la juventud... Gracias á semejantes ventajas no necesitamos mas que dos ó tres años de residencia en el pais para arraigarnos en él de tal modo que Orbano mismo deberá solicitar nuestra proteccion; pero en cuanto al momento presente, todo lo puede y exige una condicion absoluta en pago de sus servicios.

—¿Qué condicion?

—Cinco millones en el acto, y una pension anual de cien mil francos.

—¡Eso es demasiado!

—Y al mismo tiempo poco, si se piensa que poniendo un pié en el pais, nos indemnizaremos pronto de esa suma, que, en resumidas cuentas, sòlo es la octava parte de lo que puede asegurar á la compañia el asunto de las medallas, tan bien conducido hasta ahora.

—Si... casi cuarenta millones... dijò la princesa con aire pensativo.

—Ademas de eso, los cinco millones que pide Orbano solo serian un adelanto... porque nos hariamos con ellos mediante algunos donativos voluntarios, en razon del aumento de influencia que nos daria la educacion de los jóvenes, porque por su medio tendremos en nuestro favor á sus familias. ¡Eh! ¿los gobernantes no ven que haciendo nosotros nuestro negocio, hacemos al mismo tiempo el suyo? ¿qué confiándonos la educacion, que es

lo que ante todo pedimos, acostumbrarémos al pueblo á una obediencia muda y ciega, á una sumision de bestias y de esclavos que asegure el reposo de las naciones por la inmovilidad del espíritu?

—No importa, Federico, repuso la princesa; como decís muy bien, el gran dia se acerca... y con casi cuarenta millones que la órden puede poseer si el asunto de las medallas tiene buen éxito... será posible intentar grandes cosas..... semejante medio de accion será en vuestras manos una palanca de incalculable alcance en estos tiempos en que todo se vende y se compra.

—Además, repuso Mr. de Aigrigny con aire pensativo... es menester no hacerse ilusiones... la reaccion continúa... el ejemplo de la Francia es muy terrible... gracias que podamos mantenernos apenas en Austria y Holanda... y los recursos de la órden disminuyen cada dia. Estamos en un momento de crisis que puede tal vez prolongarse, y gracias á este inmenso recurso... del asunto de las medallas no solo podemos hacer frente á toda eventualidad sino establecernos solidamente; gracias á los buenos oficios del duque de Orbano, que aceptámos, desde este centro inespugnable nuestra influencia será incalculable...

¡Ah! ¡el 13 de febrero! añadió Mr. de Aigrigny despues de un instante de silencio y meneando la cabeza... el 13 de febrero puede ser para nuestro poder una fecha tan célebre como la del concilio que nos dió, por decirlo así, una nueva vida.

—Por esa razon es menester hacer todos los esfuerzos imaginables, dijo la princesa, con el objeto de salir airosos á toda costa... de seis personas temibles, cinco están ó estarán fuera de la posibilidad de perjudicaros... queda aun mi sobrina... y ya sabeis que solo esperaba vuestra llegada para tomar la última resolucion... ya están tomadas todas las disposiciones, y aun esta misma mañana... empezarémos á obrar.

—¿Tenéis mas sospechas desde vuestra última carta?

—Sí... estoy segura que está mas impuesta de lo que afecta..... y en este caso no seria el peor enemigo que pudiésemos tener.

—Tal ha sido siempre mi opinion..... así es, que hace seis meses os aconsejé que de todos modos tomaseis las medidas que habeis ya tomado y que provocaseis de su parte la demanda de emancipacion cuyas consecuencias facilitarian hoy lo que en el caso contrario hubiera sido imposible.

—En fin, dijo la princesa con una espresion de rencorosa y amarga alegría, ese carácter indómito quedará vencido, al fin voy á verme vengada de tantos y tan insolentes sarcasmos como he tenido que devorar, para no suscitar sus sospechas... ¡yo... haber tenido tanto que sufrir hasta aquí!..... porque parece que Adriana ha tenido empeño en irritarme contra ella... imprudente!

—Quien os ofende... me ofende... ya lo sabeis... mis ódios son los vuestros.

—Y aun vos mismo ¡cuántas veces habeis sido el blanco de sus sarcasmos!

—Mis instintos me han engañado raras veces.... estoy seguro que esa jóven puede ser para nosotros un peligroso enemigo... muy peligroso, dijo el marqués con voz dura.

—Por esa razon es menester reducirla á no tener nada que temer de ella, respondió Mme. de Saint Dizier, mirando fijamente al marqués.

—¿Habeis visto al doctor Baleinier y al subrogado tutor, M. Tripaud? preguntó.

—Hoy mismo vendrán... ya les he prevenido de todo.

—¿Los habeis encontrado bien dispuestos contra ella?

—Enteramente... pero lo mas esencial es que Adriana no tenga la menor sospecha del doctor que ha sabido siempre granjearse su confianza.... Ademas tengo en mi favor una circunstancia que me parece inesplicable.

—¿Qué significa eso?

—Esta mañana ha ido Mme. Grivois, de órden mia, á recordar á Adriana que la esperaba á las doce para tratar de un asunto importante, y al acercarse al pabellon vió ó creyó ver que Adriana entraba por la puertecita del jardin ..

—¿Qué decís? ¡seria posible! ¿Hay una prueba positiva? esclamó el marqués.

—Hasta ahora no hay mas prueba que la deposicion espontánea de Mme. Grivois; pero, ahora que me acuerdo, añadió la princesa tomando un papel que tenia á su lado... hé aqui la nota que una criada de Adriana me trae todos los dias.

—¿La que Rodin ha logrado colocar al lado de vuestra sobrina?

—La misma, y como esta criatura está bajo la entera dependencia de Mr. Rodin, nos ha servido perfectamente hasta ahora..... Tal vez se encontrará en esta nota la confirmacion de lo que Mme. Grivois asegura haber visto.

Apenas la princesa echó los ojos en esta nota cuando esclamó casi espantada.

—¿Qué es lo que veo? ¡Esta Adriana es el demonio!

—¿Qué decís?

—El administrador de Cardoville ha escrito á mi sobrina pidiéndola su proteccion, y al mismo tiempo la informa de la presencia del príncipe indio en el palacio. Sabe que es su pariente..... y acaba de escribir á su antiguo maestro de pintura Norval, que salga en posta para traer aquí al príncipe Djalma.... ¡cuando es preciso alejarle de Paris á toda costa!

El marqués se demudó y dijo:

—Si no se trata mas que de un nuevo capricho de vuestra sobrina... la solicitud que pone en hacer venir aqui á ese pariente.... prueba que sabe mas de lo que no os hubiérais atrevido á suponer.... No hay duda.... está instruida del asunto de las medallas..... Puede hacernos perder todo..... cuidado.

—En ese caso, dijo la princesa con resolucion, no hay que titubear..... es menester llevar las cosas mas allá de lo que habíamos pensado..... y que hoy mismo quede todo concluido.

—Eso es casi imposible.

—No, señor; el doctor y Mr. Tripeaud están á nuestra devocion... dijo vivamente la princesa.

—Aun cuando yo estoy tan seguro como vos misma del doctor.... y de Mr. Tripeaud en esta circunstancia, repuso el marqués reflexionando, no se debe tratar de obrar hoy... porque esto les asustaria, sino despues de la conversacion que vamos á tener con vuestra sobrina... A pesar de su perspicacia nos será fácil saber á que debemos atenernos.... y si se realizasen nuestras sospechas.... si sabe todo lo que seria muy peligroso que supiese... en ese caso no hay que tener consideracion ninguna.... y sobre todo evitar el menor retardo.... No hay que titubear.

—¿Habeis podido avisar al hombre en cuestion? dijo la princesa al cabo de un corto silencio.

—Debe estar aquí.... á las doce.... ya no puede tardar.

—He creido que para lo que queremos..... estaríamos mejor en este cuarto que solo está separado del saloncito por una cortina; echándola, vuestro hombre puede colocarse detrás.

—Perfectamente.

—¿Es un hombre seguro?....

—Segurísimo; nos hemos valido de él

en circunstancias iguales; es tan hábil como discreto.

En este instante llamaron lijeramente á la puerta.

—¡Adelante! dijo la princesa.

—El doctor Baleinier solicita ver á la señora princesa, dijo un ayuda de cámara.

—Que entre.

—Tambien ha venido un caballero á quien el señor abate ha citado aquí á las doce y á quien segun sus órdenes he hecho esperar en el oratorio.

—Es el hombre en cuestion, dijo el marqués á la princesa; es menester recibirle primero, porque es inútil que le vea el doctor.

—Que pase adelante, primero esa persona, dijo la princesa, y cuando yo llame hareis entrar al doctor Baleinier; si viniese el baron Tripeaud conducidle tambien aquí: para los demas no estoy en casa, escepto para Mlle. Adriana.

El ayuda de cámara se marchó.

III.

LOS ENEMIGOS DE ADRIANA.

Poco despues volvió á entrar el ayuda de cámara de la princesa de Saint Dizier con un hombre pequeño y pálido vestido de negro y con anteojos, que traía debajo del brazo una cartera bastante grande de tafilete del mismo color.

La princesa le dijo:

—¿El señor abate os dijo lo que teneis que hacer?

—Si, señora, respondió el hombre con una vozecita aguda y débil y haciendo un profundo saludo.

—¿Estaréis bien en este cuarto? le preguntó la princesa.

Y diciendo esto le condujo á una pieza inmediata separada solamente de su gabinete por un cortinon.

—Muy bien, señora princesa, respondió el hombre de los anteojos haciendo otra profunda cortesía.

—En ese caso entrad, y yo os avisaré cuando sea tiempo.

—Esperaré vuestras órdenes, señora princesa.

—Tened bien presentes mis encargos... añadió el marqués soltando la cortina.

—Podeis descuidar, señor abate.

El pesado cortinon cayó y ocultó enteramente al hombre de los anteojos.

La princesa llamó, y pocos momentos despues se abrió la puerta y anunciaron al doctor Baleinier, uno de los personages importantes de esta historia.

El doctor podia tener como unos cincuenta años; su estatura mediana, repleta, cara llena, lustrosa y colorada. Sus cabellos canos muy lisos y largos, separados por una raya en medio de la frente, caían pegados sobre las sienes; conservaba el uso del calzon corto de paño de seda negro, acaso porque tenia buenas piernas: las charreteras del calzon y las hebillas de sus lustrosos zapatos de tafilete eran de oro. Su chaleco, fraque y corbatin, negros, lo cual le daba un aire algo clerical; sus rollizas y blancas manos estaban ocultas en unos manguitos de batista finamente plegada, y la gravedad de su traje no escluía la elegancia.

Su fisonomía era risueña y fina; sus pequeños y pardos ojos manifestaban una rara sagacidad y penetracion; hombre de mundo y de placeres, delicado bebedor, vivo, faramallero, atento y obsequioso, hábil, insinuante y sagaz, el doctor Baleinier era uno de las mas antiguas criaturas de la sociedad y congregacion de la princesa de Saint Dizier.

Gracias al poderosísimo apoyo, cuya causa se ignoraba, el doctor largo tiempo obscurecido á pesar de sus conocimientos positivos y de un incontestable mérito, habia tenido en tiempo de la Restauracion dos prebendas medicales muy lucrativas y poco á poco una numerosa clien-



El Doctor Baleinier.

*ela. Es menester añadir que admitido bajo la proteccion de la princesa, el doctor empezó á observar repentina y escrupulosamente sus deberes religiosos; comulgaba una vez á la semana y con mucha ostentacion en la misa mayor de Sto. Tomás de Aquino.

Al cabo de un año los enfermos de cierta clase los arrastrados por el ejemplo y por el entusiasmo de la sociedad de Mme. de Saint Dizier, no quisieron tener otro médico que el doctor Baleinier, de modo que su clientela llegó á tomar un aumento estraordinario.

Es facil conocer cuán importante era para la órden contar entre sus *miembros esternos* á uno de los prácticos mas introducidos en Paris.

Tambien un médico tiene su sacerdocio.

Admitido á toda hora en la mas secreta intimidad de la familia sabe, adivina y puede tambien muchas cosas.

En fin, del mismo modo que un sacerdote, dá oidos á los enfermos y agonizantes.

Cuando el que está encargado de la salud del cuerpo y cuando el que tiene á su cuidado la del alma se entienden y ayudan mutuamente en un interés comun, (en ciertos casos) no hay nada que no puedan obtener de la debilidad ó espanto del moribundo, no para ellos, porque la ley se opone, sino para otros que pertenecen mas ó menos á la cómoda clase de *testaferreos*.

El doctor Baleinier era pues uno de los miembros esternos mas activos y preciosos de la congregacion de Paris.

Cuando entró en el salon fué á besar la mano de la princesa con una estremada galantería.

—Siempre exacto, mi querido Baleinier.

—Siempre feliz y presuroso en acudir á vuestras órdenes, señora; en seguida volviéndose hácia el marqués á quien apretó cordialmente la mano, le dijo:

En fin, ya estais aqui ¿sabeis que para vuestros amigos tres meses de ausencia es tiempo muy largo?

—El tiempo es tan largo para los que se quedan como para los que se van, mi querido doctor.... En fin, ya llegó el dia... Mlle. de Cardoville va á venir.

—No dejo de tener alguna inquietud, dijo la princesa ¿si habrá llegado á sospechar algo?

—Eso es imposible, respondió Mr. Baleinier, somos muy buenos amigos.... Ya sabeis que Mlle. Adriana ha tenido siempre mucha confianza en mi..... Antes de ayer hemos reido mucho; y como yo le hacia algunas reflecsiones, segun costumbre, sobre su modo de vivir, á lo menos, escéntrico, y sobre la singular exaltacion de ideas en que la encontraba algunas veces....

—Mr. Baleinier no deja nunca de insistir sobre estas circunstancias muy singulares en la apariencia, dijo Mme. de Saint Dizier con aire significativo al marqués de Aigrigny.

—Efectivamente, eso es muy esencial, repuso este último.

—Mlle. Adriana respondió á mis reflecsiones, continuó el doctor, burlándose de mí del modo mas jovial y mas vivo, porque es menester confesar que esta joven es uno de los mas distinguidos talentos que conozco.

—¡ Doctor!... ¡ doctor!... dijo Mme. de Saint Dizier; á lo menos dejémonos de debilidades.

En lugar de responder al instante Mr. Baleinier sacó del bolsillo de su chaleco una caja de oro, la abrió y tomó un polvo de tabaco que aspiró pausadamente mirando á la princesa con un aire tan significativo que la buena señora quedó tranquilizada.

—¡Debilidades! ¡yo, señora! dijo al fin Mr. Baleinier sacudiendo con su rolliza y blanca mano algunos granos de tabaco que habian quedado en los pliegues de su camisa: ¿no he tenido el honor de ofrecerme voluntariamente á vuestra disposicion para haceros salir del embarazo en que os veia?

—Y solo vos podiais habernos hecho tan señalado servicio, dijo Mr. de Aigrigny.

—Ya veis, señora, repuso el doctor, que yo no soy un hombre débil... porque he comprendido muy bien las consecuencias de mi accion, pero como me dijeron que se trataba de intereses tan inmensos....

—En efecto, inmensos, un interés capital, dijo Mr. de Aigrigny.

—En ese caso no he debido dudar, repuso Mr. Baleinier; no tengais cuidado; permitidme hacer justicia como un hombre del mundo y de buena sociedad al distinguido talento de Mlle. Adriana, y cuando llegue el momento de obrar, vereis....

—Tal vez este momento está ya mas próximo de lo que pensábamos....... dijo Mme. de Saint Dizier mirando á Mr. de Aigrigny.

—Estoy y estaré siempre dispuesto, saltó el médico.... Sobre esto respondo de todo lo que me concierne... Me alegraria estar tan tranquilo sobre todas las cosas.

—¿No sigue siendo de moda vuestra casa de salud (1)? preguntó Mme. de Saint Dizier medio riéndose.

—Al contrario.... podria quejarme de tener demasiados pensionistas.... No se trata de eso. En el interin viene Mlle. de Adriana, os diré alguna cosa sobre un asunto que solo la concierne indirectamente, relativo á una persona que ha comprado la posesion de Cardoville, una cierta Mme. de la Sainte Colombe, que me ha tomado por su médico, gracias á los diestros manejos de Rodin.

—Efectivamente, dijo Mr. de Aigrigny, Rodin me lo ha escrito sin darme mas detalles.

—Hé aqui el hecho, repuso el doctor: Mme. de la Sainte Colombe, que tan fácil de conducir la habia creido al principio, se ha manifestado opuesta á su conversion.... A estas horas dos confesores han renunciado á ello. Por último, Rodin ha enviado á Filipon, que es muy diestro tenaz, y sobre todo de mucha paciencia... implacable.... el hombre que necesitaba. Cuando tuve por cliente á Mme. de la Sainte Colombe, Filipon me pidió que le ausiliase como era debido, y quedamos convenidos en todo.... Yo debia aparentar no conocerle, y él, por su parte, débia tenerme al corriente de las variaciones del estado moral de su penitenta, con el objeto de que, echando mano de un medicamento inofensivo en razon de la poca gravedad del estado de la enferma, me fuese posible hacerla esperimentar algunas alternativas bastante sensibles, de bien ó malestar, y á medida que su director estuviese ó no contento de ella, y para que pudiese decirla:

Ya lo veis, señora, si entrais en el buen camino, la gracia obra sobre vuestra salud y os hallais mejor; si al contrario volveis á caer en el malo, esperimentais cierto disgusto físico, prueba evidentemente de la poderosa influencia de la fé, no solo sobre el alma, sino sobre el cuerpo.

—Sin duda es muy sensible, repuso

(1) *Maison de santé*: se da este nombre á ciertas casas establecidas por particulares donde se cuida á los enfermos, y donde pasan el tiempo de su convalecencia mediante un precio módico y adaptado á las circunstancias: en estas casas se encuentra todo lo necesario y están provistas de un jardin.

Mr. de Aigrigny con mucha calma, verse obligados á recurrir á semejantes medios para arrancar del camino de la perdicion á las personas tercas; sin embargo, es menester proporcionar los medios de accion á la inteligencia ó al carácter de los individuos.

—Por lo demas, repuso el doctor, la señora princesa ha podido observar en el convento de Santa María que muchas veces me he valido con mucho fruto para el reposo y salvacion del alma de algunas enfermas, de este medio que, repito, es muy inocente. Estas alternativas varian mas ó menos, pero por imperceptible que sea su diferencia...... obran muy eficazmente sobre ciertos espíritus.... Así sucedió con Mme. de la Sainte Colombe. Estaba ya en tan buena via de cura física y moral que Rodin creyó poder decir á Filipon que aconsejáse á su penitente la vida del campo... temiendo que si se quedaba en Paris hubiese alguna ocasion para recaer...... Este consejo junto con el deseo que tenia esta muger de hacer el papel de señora de parroquia, la determinó á comprar la posesion de Cardoville, que es una buena adquisicion; pero ayer vino á buscarme el bueno de Filipon, diciéndome que Mme. de la Sainte Colombe estaba á pique de hacer una enorme recaida.... moral, se entiende.... porque el físico está ahora en un estado de prosperidad que desespera.

Esta recaida parece haber sido causada por una conversacion que ha tenido esta señora con un cierto Santiago Dumoulin, que ya conóceis, segun me han dicho, mi querido abate, y que se ha introducido en su casa sin saber como.

—Este Santiago Dumoulin, dijo el marqués con tono desdeñoso, es uno de esos hombres á quienes se emplea y á quienes se desprecia; es un escritor lleno de hiel, de envidia y de odio, lo cual le dá cierta elocuencia brutal é incisiva. Nosotros le pagamos con bastante generosidad para que ataque á nuestros enemigos, aunque algunas veces es sensible ver defender por semejante pluma los principios que respetamos. Porque este miserable vive como un gitano, no sale de la taberna y casi siempre está borracho.... Pero es menester convenir en que su elocuencia injuriosa es inagotable... y está versado en los puntos mas árduos de la teología, circunstancia que nos es á veces muy útil....

—¡Y bien!.... aunque Madame de la Sainte Colombe tiene sesenta años, parece que Dumoulin tiene miras matrimoniales sobre los considerables bienes de esta múger. Creo que hareis bien en avisar á Rodin para que desconfíe de los tenebrosos manejos de este perillan... Perdonad que os haya molestado tanto tiempo con estas miserias.... pero á propósito del convento de Santa María que acabo de citar, añadió el doctor dirigiéndose á la princesa ¿hace mucho tiempo que no habeis estado allí?

Mme. de Saint Dizier dirijió una viva ojeada á Mr. de Aigrigny y respondió.

—Hará unos ocho dias.

—Habreis encontrado una grande variacion; la pared medianera con una casa de salud ha sido derribada, y van á construir un edificio y una capilla.... la antigua era muy pequeña. Por lo demas, debo decir en alabanza de Mlle. Adriana, añadió el doctor medio riéndose singularmente, que me ha prometido para esta capilla la copia de una Virgen de Rafael.

—¿De veras? esta ocurrencia es muy á propósito, dijo la princesa.... pero van á dar las doce y Mr. Tripeaud no viene.

—Es tutor subrogado de Mlle. de Cardoville cuyos bienes ha administrado como antiguo agente de negocios del conde duque, dijo el marqués visiblemente preo-

cupado, y su presencia nos es absolutamente indispensable; sería de desear que estuviese aquí antes de la llegada de Mlle. de Cardoville que debe venir de un momento á otro.

—Es lástima que su retrato no pueda reemplazarlo aquí, repuso el doctor sonriéndose maliciosamente y sacando del bolsillo un pequeño folleto.

—¿Qué es eso, doctor? le preguntó la princesa.

—Uno de esos libelos anónimos que salen á luz de cuando en cuando.... se titula: *La plaga*; en él está trazado con tanta sinceridad el retrato del baron Tripeaud que ya deja de ser sátira... es una realidad, y sino escuchad: este bosquejo se titula: TIPO DEL LINCE.

El baron Tripeaud «Este hombre que «es tan bajamente humilde con ciertas su-«perioridades sociales como insolente y «grosero con los que dependen de él, es «la personificacion viva y terrible de la «peor parte de la aristocracia comun é «industrial, *del hombre interesado*, del es-«peculador cínico, sin sentimientos, sin «fé, sin alma, capaz de juzgar á la alza ó «la baja sobre la muerte de su madre, «si esta muerte tuviese el curso de la «renta.

«Esta clase de gente tiene todos los vi-«cios odiosos de los que acaban de salir «de la dependencia; no de aquellos á quie-«nes ha enriquecido noblemente un tra-«bajo honrado, paciente y digno, sino de «los que se han visto favorecidos de pron-«to por un ciego capricho del acaso ó por «un golpe de fortuna del agiotaje.

«Estos hombres, cuando son ricos, «detestan al pueblo porque este les re-«cuerda el origen que les hace avergon-«zar; implacables para con la terrible mi-«seria de las masas, solo la atribuyen á «la pereza y á la desmoralizacion, porque «esta calumnia conviene mucho á su bár-«baro egoismo.

«Envanecido de su caudal y de su do-«ble derecho de elector elegible, el baron «Tripeaud insulta como otros muchos á «la pobreza y á la incapacidad política «del oficial de fortuna que al cabo de cua-«renta años de guerra y de servicio ape-«nas puede vivir con un retiro insufi-«ciente:

«Del magistrado que ha consumado su «vida llenando tristes y austeros deberes y «que no por eso está mejor retribuido al «fin de sus dias:

«Del sabio que ha ilustrado su pais con «útiles trabajos, ó del profesor que ha ini-«ciado á generaciones enteras en todos los «conocimientos humanos:

«Del modesto y virtuoso cura campes-«tre que es el representante mas puro del «Evangelio, en el sentido mas democrá-«tico, fraternal y caritativo etc. etc.

«En semejante estado de cosas ¿como «no afectaria el baron de la industria el «mas insolente desprecio hácia esa imbé-«cil multitud de personas honradas que «despues de haber prodigado á su pais su «juventud, su edad madura, su sangre, «su inteligencia y sus conocimientos, se «ven privados de todos los derechos que «él goza, porque ha ganado un millon en «un juego prohibido por la ley ó en una «pérfida industria?

«Es verdad que los optimistas dicen á «estos parias de la civilizacion cuya digna «y noble pobreza no será nunca bastante «venerada:

«*Haceos propietarios*, y seréis elegibles «y electores.»

«Pero vamos á la biografía del señor «baron:

«Andrés Tripeaud, hijo de un palafre-«nero de posada...» En este momento se abrieron las dos hojas de la puerta y el ayuda de cámara anunció.

—¡El señor baron de Tripeaud!

El doctor Baleinier volvió á meter el



El Baron Tripeaud.

folleto en el bolsillo, saludó cordialmente al banquero y aun se levantó para darle la mano.

El baron entró confundiéndose en saludos desde la puerta.

—Tengo el honor de acudir á las órdenes de la señora princesa.... ya sabe que puede contar siempre conmigo.

—Y asi es efectivamente, señor baron, y sobre todo en esta circunstancia.

—Si la señora princesa tiene siempre iguales intenciones relativamente á Mlle. de Cardoville....

—Siempre, caballero, y por esta razon nos reunimos hoy aqui.

—Podeis contar con mi cooperacion como lo he prometido ya.... Creo tambien que debe usarse de la mayor severidad... y aun si fuese necesario....

—Esa es nuestra opinion.... se apresuró á decir el marqués haciendo una seña a la princesa y denotando con una mirada el sitio donde estaba oculto el hombre de los anteojos.... todos estamos enteramente de acuerdo.... añadió; únicamente debemos convenirnos en no dejar dudoso ningun punto relativamente al interés de esta jóven, porque solo este es el que nos guia: provoquemos su sinceridad por todos los medios posibles.

Mlle. Adriana acaba de llegar del pabellon del jardin y pregunta si puede ver á la señora princesa, dijo el ayuda de cámara presentándose de nuevo despues de haber llamado.

—Decidle que la estoy esperando, saltó la princesa.... y ahora ya no estoy en casa para nadie, sin escepcion, ¿lo ois? para nadie absolutamente.

En seguida levantando el cortinon detrás del cual estaba oculto el hombre de quien hemos hablado, Mme. de Saint Dizier le hizo una señal de inteligencia y acto continuo volvió al salon.

¡Cosa estraña! durante el poco tiempo que precedió á la llegada de Adriana, los diferentes actores de esta escena parecian inquietos y cortados como si vagamente temiesen su presencia.

Al cabo de un minuto Mlle. de Cardoville entró en el cuarto de su tia.

IV.

LA ESCARAMUZA.

Mlle. de Cardoville, al entrar, echó sobre un sillon el sombrero de castor gris que se habia puesto para atravesar el jardin, dejando descubiertos sus hermosos y dorados cabellos que caian por los dos lados de su rostro formando largos y ligeros tirabuzones y un rodete detras de su cabeza.

Adriana se presentó sin osadia pero al mismo tiempo con perfecta soltura: su fisonomía era alegre y risueña; sus negros y grandes ojos parecian aun mas brillantes que habitualmente. Cuando vió al abate de Aigrigny, hizo un movimiento de sorpresa y asomó á sus labios una sonrisa satírica: despues de haber saludado graciosamente con la cabeza al doctor y pasado delante del baron Tripead sin mirarle, saludó á la princesa haciendo una media cortesía con la mayor seriedad.

Aun cuando el aire y el paso de Mlle. de Cardoville eran sumamente distinguidos, de una perfecta decencia y sobre todo de una gracia enteramente femenina, se notaba sin embargo un *no sé qué* de resolucion, de independencia y de orgullo, cosa sumamente rara en las mugeres, principalmente en las jóvenes de su edad; en fin sus movimientos, sin ser bruscos, no tenian nada de violentos, de arres ó de duros; al contrario, eran si puede decirse así, francos y libres como su carácter, conociéndose que circulaba en ellos la vida, la juventud y el vigor, y era fácil adivinar que esta organizacion, completamente espansiva, leal y decidida, no habia podido

basta entónces someterse á la violencia de un afectado rigorismo.

¡Cosa bastante estraña! aunque el marqués de Aigrigny era un hombre de mundo, de gran talento, un eclesiástico sumamente notable por su elocuencia, y sobre todo hombre de dominio y autoridad, sentia un disgusto involuntario, un embarazo inconcebible y casi molesto delante de Adriana de Cardoville: á pesar de que siempre era dueño de sí mismo, que estaba habituado á ejercer una influencia poderosa, y que muchas veces habia estado en el caso de tratar, en nombre de su órden, á lo menos de igual á igual con algunas testas coronadas, estaba cortado y se sentia inferior en presencia de esta jóven tan notable por su franqueza, por su talento y por su picante ironía... como generalmente los hombres que están habituados á imponer mucho á los demas, no están muy lejos de aborrecer á las personas á cuya influencia tienen que someterse, los embarazan y se burlan de ellas, no puede decirse que era precisamente afecto lo que el marqués profesaba á la sobrina de la princesa de Saint Dizier.

Hacia mucho tiempo que contra su costumbre no trataba ya de emplear con Adriana aquella seduccion y fascinacion de la palabra á que habitualmente debia un atractivo casi irresistible; sino que se manifestaba con ella seco, sério decidido y se refugiaba en una esfera de fria, altanera y austera dignidad y rigidez que paralizaban enteramente las amables cualidades de que estaba dotado y de las cuales sacaba ordinariamente tan escelente y fecundo partido. Todo esto divertia mucho á Adriana, pero lo hacia con suma imprudencia, porque muchas veces los mas vulgares motivos engendran odios implacables.

Supuestos estos antecedentes, es fácil comprender los diferentes sentimientos y los variados intereses que dominaban á los opuestos actores de esta escena.

Mme. de Saint Dizier estaba sentada en un gran sillon al lado de la chimenea, el marqués de Aigrigny de pié delante del fuego, el doctor Baleinier se habia sentado junto á una mesa de despacho y estaba ocupado en ojear la biografía del baron Tripeaud; éste por una parte parecia examinar con suma atencion un cuadro místico colgado en la pared.

—Tia mia, ¿me habeis llamado para hablar de asuntos importantes? dijo Adriana rompiendo el embarazoso silencio que reinaba en el salon desde su llegada.

—Sí, respondió la princesa con aire frio y severo, se trata de una conferencia muy grave.

—Estoy á vuestras órdenes, tia mia. ¿Quereis que pasemos á vuestra biblioteca?

—No hay necesidad... podemos hablar aquí; y dirigiéndose en seguida al marqués, al doctor y al baron, les dijo: señores, tened la bondad de tomar asiento.

Y en esto se sentaron al rededor de la mesa del gabinete de la princesa.

—¿Y qué interés pueden tener estos señores en nuestra conversacion, tia mia? preguntó Mle. de Cardoville sorprendida.

—Estos señores son antiguos amigos de nuestra familia, se interesan en todo lo que puede interesarnos, y por vuestra parte debeis escuchar y aceptar con respeto sus consejos...

—Tia mia, no dudo de la particularísima amistad de Mr. de Aigrigny por nuestra familia... mucho menos del profundo y desinteresado celo de Mr. Tripeaud, Mr. Baleinier es un antiguo amigo mio; pero antes de aceptar la presencia ó por mejor decir la parte de estos señores en nuestra conversacion, desearia saber de que debemos ocuparnos delante de ellos.

—Yo creia que entre todas vuestras sin-

gulares pretensiones, teniais á lo menos la de la franqueza y valor.

—Tia mia, respondió Adriana sonriéndose con cáustica humildad, yo tengo tantas pretensiones á la franqueza y al valor, como vos teneis á la sinceridad y á la bondad; convengamos al fin de una vez, que cada una es lo que es sin pretension...

—Enhorabuena, dijo secamente madame de Saint Dizier; hace mucho tiempo que estoy acostumbrada á los caprichos de vuestro espíritu de independencia; asi creo que tan franca y determinada como pretendeis ser, no debeis temer decir en presencia de personas tan graves, y tan respetables como estos señores, lo que me diriais á mi sola.

—¿Con qué segun eso debo someterme á un interrogatorio en forma? ¿y sobre qué?

—Esto no es un interrogatorio; pero como tengo derecho de velar sobre vos, y como cada vez abusais mas de mi insensata condescendencia á vuestros caprichos... puedo poner un término á lo que ya dura demasiado, y deseo manifestaros delante de los amigos de nuestra familia mi irrevocable resolucion para lo sucesivo... primeramente debo deciros, que hasta este momento habeis formado una idea muy falsa é incompleta de mi autoridad.

—Puedo aseguraros, tia mia, que no he formado idea ninguna falsa ó verdadera, porque jamás me ha ocurrido.

—La culpa es mia, y en lugar de condescender con vuestras fantasías, hubiera debido haceros sentir mi autoridad con mas energía; ya ha llegado el momento de someteros; las severas reconvenciones de mis amigos me han hecho abrir los ojos á tiempo... vuestro carácter es firme, independiente y resuelto; es menester que cambie, entendeis, y cambiará de grado ó por fuerza; yo soy quien os lo dice.

A estas palabras pronunciadas agriamente delante de personas estrañas y cuya dureza nada parecia autorizar, Adriana levantó con orgullo la cabeza; pero conteniéndose, repuso con sonrisa:

—Me decís, tia mia, que cambiaré; no lo estrañaria... se han visto conversiones... tan singulares.

La princesa se mordió los labios.

—Una conversion sincera..... no es jamás singular como vos decís, señorita, dijo con frialdad el abate de Aigrigny, sino al contrario muy meritoria y de un ejemplo escelente.

—¿Escelente? repuso Adriana... distingamos, porque si al fin los defectos se convierten en vicios...

—¿Qué es lo que queréis decir? esclamó la princesa.

—Hablo de mí, tia mia; me reconvenís porque soy independiente y resuelta... si por casualidad... yo llegase á ser hipócrita y maligna... escuchad; en una palabra, prefiero quedarme con mis pequeños defectos que quiero como á hijos mimados... yo sé lo que soy... pero ignoro lo que seré...

—Sin embargo, señorita Adriana, dijo el baron Tripeaud con aire sentencioso y magistral..... podeis negar que una conversion...

—Yo creo al señor baron Tripeaud muy sobresaliente en la conversion de todo género de cosas; en toda especie de beneficios y por toda especie de medios... dijo Adriana con tono seco y desdeñoso..... pero no debe tomar la menor parte en esta conversacion.

—Pero, señorita, repuso el banquero asustado con una mirada de la princesa, olvidais que tengo el honor de ser vuestro subrogado tutor, y que...

—Es cierto que Mr. Tripead tiene este honor y que yo no he sabido bien por qué, dijo Adriana con mayor altanería y aun sin mirar al baron; pero aquí no se trata

de adivinar enigmas, por consiguiente, tia mia, deseo saber el motivo y objeto de esta reunion.

—Vais á quedar satisfecha, y yo voy á esplicarme de un modo muy claro y preciso: sabréis el plan de vuestra conducta para en adelante, y si os negais á someteros á él, la obediencia y respeto que debeis á mis órdenes me impondrán en lo que debo hacer...

Es imposible describir el tono imperioso y el aire duro de la princesa al pronunciar estas palabras que debian hacer saltar á una jóven habituada hasta entonces á vivir á su modo hasta cierto punto; sin embargo, acaso contra la esperanza de Mme. de Saint Dizier, y en vez de responder con viveza, Adriana la miró fijamente y dijo sonriéndose:

—Esto es una verdadera declaracion de guerra, y va siendo cada vez mas divertido.

—No se trata de declaracion de guerra, dijo secamente el abate de Aigrigny herido de las espresiones de Mlle. de Cardoville.

—¡Ah, señor abate! repuso esta, vos antiguo coronel, seis demasiado severo por una broma... Vos, que tanto debeis á la guerra; vos, que gracias á ella, habeis mandado un regimiento francés despues de haberos batido tanto tiempo contra la Francia para conocer, por supuesto, el fuerte y el flaco de sus enemigos.

El marqués se demudó al oir estas palabras, que le recordaban sensibles memorias: iba á responder cuando la princesa esclamó:

—Verdaderamente, señorita, esto es una desatencion insoportable.

—Como gusteis, tia mia; confieso mis yerros, yo no deberia decir que esta escena es divertida, porque á la verdad no lo es de ningun modo... pero si no es divertida á lo menos es muy singular... y aun acaso... añadió la jóven despues de una breve pausa, y aun acaso bastante audaz... y la audacia no me desagrada.... y puesto que hablamos de estas cosas y tratándose de un plan de conducta al cual debo someterme so pena... de... en seguida, interrumpiéndose y dirigiéndose á su tia... ¿so pena de qué, tia mia?...

—Ya lo sabreis; continuad....

—Tambien yo por mi parte voy á declarar delante de estos señores y de un modo muy claro y preciso la determinacion que he tomado: como necesitaba algun tiempo para ponerla en ejecucion, no he hablado de ella antes, porque ya sabeis que no tengo la costumbre de decir: haré esto ó lo otro..... sino, hago ó no hago esto.

—Ciertamente, se trata de que es necesario renunciar á ese hábito de una culpable independencia.

—Yo no contaba manifestaros mi determinacion sino mas adelante; pero no puedo resistirme al placer de hacerlo hoy, pues que tan dispuesta os creo á oirla y á aceptarla.... Pero... os suplico que hableis antes tia mia... Bien mirado, podria suceder que coincidiésemos enteramente en nuestro modo de pensar.

—Asi me gusta, repuso la princesa; á lo menos reconozco en vos el valor de vuestro orgullo, y el desprecio de toda especie de autoridad.... hablais de audacia... seguramente la vuestra es grande.

—A lo menos estoy decidida á hacer lo que, desgraciadamente, otras no se atreverian á ejecutar; si.... yo me atreveré á ello.... Creo que esta declaracion es clara y precisa.

—Muy clara.... y muy precisa, dijo la princesa haciendo una señal de inteligencia y satisfaccion á los demás actores de esta escena. Semejantes proposiciones simplifican mucho las cosas... Solamente debo preveniros por vuestro interés, que es-

te asunto es grave, mucho mas grave de lo que pensais, y que solo os queda un medio de disponerme á ser indulgente; este medio es el de sustituir á la arrogancia y a la habitual ironía de vuestro lenguaje la modestia y el respeto naturales en una jóven.

Adriana se sonrió y no dió la menor respuesta.

Algunos instantes de silencio y ciertas miradas entre la princesa y sus tres amigos anunciaron que á estas escaramuzas mas ó menos brillantes iba á seguir un combate serio.

Mlle. de Cardoville tenia bastante penetracion y sagacidad para no observar que Mme. de Saint Dizier daba una grande importancia á esta conversacion decisiva; pero la joven no comprendia como podia esperar la princesa imponerle su absoluta voluntad; las amenazas de acudir á medios de coaccion le parecian con razon ridículas. Sin embargo, conociendo el carácter vengativo de su tia, el poder tenebroso que tenia á su alcance y las terribles venganzas á que en otro tiempo se habia entregado; reflexionando en fin que hombres tales como el marqués y el médico no habian presenciado esta escena sin graves motivos, Adriana reflexionó un momento antes de empezar la lucha.

Pero poco despues, y aunque era cierto que sospechaba un peligro, lejos de ceder, hizo ánimo de arrostrarlo y de exagerar, si fuese posible, la independencia de sus ideas, y de sostener en todo y por todo la determinacion que, por su parte, iba á notificar á la princesa de Saint Dizier.

V.

LA RESISTENCIA.

—Señorita.... dijo la princesa con tono frio y severo á Adriana de Cardoville..... por mí misma y por estos señores debo recordar en pocas palabras los acontecimientos que han sucedido de algun tiempo á esta parte. Hace seis meses, al concluirse el luto de vuestro padre, y entonces teniais diez y ocho años.... me pedísteis el goce de vuestros bienes y la emancipacion.... yo tuve por desgracia la debilidad de condescender á ello.... Quisísteis salir de la habitacion principal y estableceros en el pabellon del jardin, lejos de toda especie de vigilancia... En esta época tuvo principio una multitud no interrumpida de gastos á cual mas estravagante, y en vez de contentaros con una ó dos doncellas de la clase ordinaria, habeis ido á elegir las de honor, á las que habeis hecho vestir de un modo tan irregular como costoso, y aun vos misma en la soledad de vuestro pabellon, es cierto, os habeis puesto sucesivamente ropas de siglos anteriores. Vuestras locas fantasías, vuestros irracionales caprichos no han reconocido límite ni freno; no solamente no habeis cumplido nunca con vuestros deberes religiosos, sino que habeis tenido la audacia de profanar una de vuestras salas erigiendo no sé que especie de altar pagano, donde se ostenta un grupo de dos jóvenes de sexo diferente..... (la princesa pronunció estas palabras como si la hubiesen quemado los labios), obra de arte, enhorabuena, pero una obra de arte de la mayor indecencia para una persona de vuestra edad. Habeis pasado dias enteros enteramente encerrada en vuestro cuarto sin querer recibir á nadie, y el doctor Baleinier, el único de mis amigos por quien habeis conservado alguna confianza y que solo á fuerza de instancias ha podido penetrar en vuestra habitacion, os ha hallado lo muchas veces tan sumamente exaltada que llegó á concebir serias inquietudes por vuestra salud.... Habeis querido salir siempre sola y sin dar cuenta á nadie de vuestras acciones; en fin, habeis tenido continuamente un placer.

—Esta descripcion del tiempo pasado... es poco lisonjera.... dijo Adriana sonriéndose.... pero el fin no es del todo desconocido.

—Asi, señorita, dijo el abate de Aigrigny acentuando gravemente sus palabras..... convenís positivamente en que todo lo que acaba de decir vuestra señora tia es de una escrupulosa veracidad.

Y en esto todos los circunstantes miraron á Adriana como si su respuesta debiese tener estremada importancia.

—Sin duda, caballero; tengo la costumbre de vivir de un modo bastante ostensible para inutilizar esta pregunta.....

—Confiesa pues estos hechos.... dijo el abate de Aigrigny volviéndose hácia el doctor y el baron.

—Estos hechos son enteramente auténticos, dijo Mr. Tripeaud con tono magistral.

—Pero, tia mia, ¿podré saber á qué viene este largo preámbulo?

—Este largo preámbulo, repuso la princesa con dignidad, sirve para esponer lo pasado y motivar lo futuro.

—Mi querida tia, todo esto se parece algo á las misteriosas sentencias de la Sibila Cumea..... Sin duda debe ocultar alguna cosa temible.

—Puede ser..... porque para cierta especie de caractéres no hay nada mas temible que la obediencia y el deber, y el vuestro es bastante inclinado á la resistencia.

—Lo confieso ingenuamente... tia mia, y asi será hasta el dia en que yo pueda amar la obediencia y el deber.

—Que querais ó que respeteis ó no mis órdenes, me importa poco, señorita, dijo la princesa con voz dura: sin embargo desde hoy vais á empezar sometiéndoos absoluta y ciegamente á mi voluntad; en una palabra, nada hareis sin mi consentimiento; es preciso, yo lo quiero asi y será.

Adriana miró atentamente á su tia, y en seguida soltó una carcajada tan fresca y tan sonora que retumbó mucho tiempo en el ámbito de aquella vasta pieza.

Mr. de Aigrigny y Mr. Tripeaud hicieron un movimiento de indignacion.

La princesa miró á su sobrina con aire colérico. El doctor levantó los ojos al cielo y cruzó las manos sobre su abdómen suspirando con compuncion.

—Señorita, dijo el abate de Aigrigny, semejante risa es una desatencion; las palabras de vuestra señora tia son graves, gravísimas y merecen que se oigan de otro modo.

—¡Dios mio! dijo Adriana conteniendo su jovialidad, ¿quién tiene la culpa de que yo me ria tanto? ¿Cómo es posible tener serenidad al oir á mi tia hablarme de ciega sumision á sus órdenes? ¿Acaso una golondrina habituada á volar libremente por el aire..... á complacerse en el sol, está destinada á vivir en el agugero de un topo?

A esta respuesta Mr. de Aigrigny afectó mirar á los demas miembros de esta especie de consejo de familia con la mayor admiracion.

—¿Una golondrina? ¿qué es lo que quiere decir esta señorita? preguntó el abate al baron haciéndole una seña que este último comprendió.

—No lo sé, respondió Tripeaud mirando tambien al doctor; ha hablado de topos; ¡esto es inaudito, incomprensible!.....

—¿Con que, señorita, dijo la princesa aparentando participar de la sorpresa de los demás:.... esa es la única respuesta que me dais?.....

—Ciertamente, respondió Adriana estrañando á su vez que fingiesen no comprender su metáfora, lenguaje poético y colorido que adoptaba con frecuencia.

—Vamos, señora, vamos, dijo el doc-

lor Baleinier sonriéndose candorosamente..... es preciso ser indulgente..... ¡mi querida señorita Adriana tiene un espíritu tan naturalmente original y exaltado!... seguramente es la loca mas graciosa que he conocido..... mil veces se lo he dicho valiéndome de mi antigüa amistad..... á la que todo le es permitido.

—Concibo que la amistad que teneis á esta señorita os haga indulgente..... Sin embargo, no es menos cierto, dijo Mr. de Aigrigny fingiendo vituperar al médico de haber tomado el partido de Mlle. de Cardoville, que estas respuestas son bien estravagantes tratándose de cuestiones tan delicadas.

—Desgraciadamente mi sobrina no comprende la importancia de esta conferencia, dijo la princesa con dureza. Tal vez la comprenderá ahora al manifestarle mis órdenes... .

—Veamos qué órdenes son esas.... tia mia.....

Y Adriana que estaba sentada al lado opuesto de la mesa, enfrente de su tia, puso su sonrosada y pequeña barba en el hueco de su preciosa mano, con un gesto de cáustica gracia digna de verse.

—Mañana mismo, repuso la princesa, saldréis del pabellon que habitais ahora... despediréis vuestras doncellas..... y vendréis á ocupar dos cuartos donde nadie podrá entrar sin pasar por mi habitacion... no saldréis nunca sola... me acompañaréis á la iglesia... cesará vuestra emancipacion á causa de esa prodigalidad bien y debidamente demostrada... yo correré con todos vuestros gastos... y aun me encargaré de mandar hacer vuestros vestidos para que estéis vestida con modestia, segun conviene... en fin, hasta vuestra mayoría, que será dilatada indefinidamente, mediante la intervencion de un consejo de familia... no dispondréis nunca de ninguna suma... tal es mi voluntad.

—Ciertamente, vuestra resolucion es plausible, señora princesa, dijo el baron, y debemos animaros á manifestar la mayor firmeza, porque al fin tales desórdenes deben tener un término.

—Ya es tiempo de poner fin á semejantes escándalos, añadió el abate.

—La singularidad y la exaltacion de carácter pueden servir de escusa á muchas cosas... se arriesgó á decir el doctor con aire artificioso.

—Sin duda, señor doctor, dijo secamente la princesa á Mr. Baleinier que ejecutaba perfectamente su papel; pero en ese caso se obra como conviene con las personas dotadas de semejante carácter.

Mme. de Saint Dizier se esplicó de un modo enérgico y preciso, y parecia muy convencida de la posibilidad de ejecutar las amenazas que hizo á su sobrina. El baron y el abate acababan de dar una completa adhesion á las palabras de la princesa. Adriana, que empezó á comprender que se trataba de alguna cosa de suma gravedad, sustituyó su alegría con una ironía amarga y una espresion de independencia alarmada.

Levantóse de pronto y se irritó un poco; sus sonrosadas narices se dilataron, brillaron sus ojos, y haciendo un movimiento lleno de orgullo que le era tan natural, enderezó la cabeza sacudiendo lijeramente sus bellos, rizados y dorados cabellos; en seguida despues de un momento de pausa, dijo á su tia con voz incisiva:

—Señora, acabais de hablar del tiempo pasado, y de ese modo me obligais á decir sobre él algunas palabras...si, lo siento... he salido de vuestra habitacion porque me era imposible vivir mas tiempo en esa atmósfera de siniestra hipocresía y de negras perfidias...

—Señorita, dijo Mr. de Aigrigny, semejantes palabras son tan violentas como irracionales.

—Caballero, puesto que me interrumpís, escuchad dos palabras, repuso con viveza Adriana, mirando vivamente al abate... ¿qué ejemplos he tenido en casa de mi tia?

—Ejemplos escelentes, señorita.

—¿Escelentes? ¿por qué veía diariamente en su conversion una complicidad con la vuestra?

—Señorita... os olvidais... dijo la princesa poniéndose pálida de rabia.

—Señora, yo no olvido... al contrario, recuerdo... como todo el mundo... y nada mas... Como no tenia pariente alguno á quien pedir asilo... he querido vivir sola... y gozar de mis rentas, porque prefiero gastarlas á verlas dilapidar por Mr. Tripeaud...

—Señorita, esclamó el baron... no comprendo como os tomais la libertad de...

—Basta caballero, dijo Adriana imponiéndole silencio con un gesto altanero que confundió al baron... hablo de vos... pero no os dirijo la palabra...

Adriana continuó:

—He querido gastar mi rentas á mí gusto; he mejorado el retiro que escojí... A criadas feas y mal enseñadas he preferido jóvenes bonitas, bien educadas, pero pobres; su educacion no me ha permitido someterlas á servicios humillantes, y he hecho dulce y grata su condicion; no me sirven, sino que me hacen favores; y aunque las pago les manifiesto mi reconocimiento. Estas son sutilezas qué sé muy bien, señora, que no comprenderéis. En vez de verlas mal ó poco gratamente vestidas, les he dado ropa que sienta perfectamente á sus preciosas caras, porque me gusta la juventud y la belleza; que yo me vista de un modo ó de otro, eso es cuenta de mi espejo. Salgo sola porque me agrada ir á donde me guia mi gusto; decís que no voy á misa, enhorabuena; si viviese mi madre, yo le diria cuales son mis devociones y me abrazaria tiernamente... he erigido un altar pagano á la belleza y á la juventud, es verdad, porque yo adoro á Dios en sus buenas, bellas, nobles y grandes obras, y de dia y de noche mi corazon repite esta síncera y ferviente súplica. ¡Gracias, Dios mio, gracias! Decis que Mr. Baleinier me ha encontrado muchas veces en mi soledad, entregada á una estraña exaltacion... si, es cierto... y la razon es que evitando considerar todo aquello que contribuye á hacerme el presente tan odioso, sensible y horroroso, me refugiaba en el porvenir y veía entonces un mágico horizonte... porque entonces me sentia arrebatada en no sé qué sublime y divino éstasis... y no pertenecia á la tierra...

Al pronunciar con entusiasmo estas últimas palabras, la fisonomia de Adriana pareció trasfigurada, ¡tan resplandeciente se mostró! en este instante, nada de lo que la rodeaba existia ya para ella.

—Entonces, repuso la jóven con mayor exaltacion, respiraba un aire puro, libre y vivificante. ¡Oh! ¡sobre todo libre..... libre y tan saludable, y tan generoso para el alma!.... Sí, en vez de ver á mis hermanas sometidas á un dominio egoista, humillante y brutal... á quien deben los seductores vicios de la esclavitud, los graciosos engaños, la encantadora perfidia, la cariñosa falsedad, la despreciable resignacion y la obediencia rencorosa, veo á estas nobles hermanas, dignas y sinceras porque eran libres; fieles y amantes porque podian elegir; no imperiosas, ni bajas, porque no tenian señor que dominar ni adular, en fin queridas y respetadas, porque podian retirar de una mano desleal una mano lealmente entregada. ¡Oh! ¡hermanas mias! lo conozco... ¡estas visiones no son solamente consoladores sino tambien santas esperanzas!

Arrastrada involuntariamente por la

exaltacion de sus ideas, Adriana se quedó un momento silenciosa á fin de cobrar aliento, y no notó que los actores de esta escena se miraban con aire triunfante.

—Lo que dice vuestra sobrina..... es escelente; dijo el doctor al oido de la princesa, á cuyo lado estaba sentado; aunque estuviese de acuerdo con nosotros no podria producirse mejor.

—Haciéndola salir fuera de sus casillas valiéndose de escesiva severidad, llegará á estar *en punto*, añadió Mr. de Aigrigny.

Pero parecia que la irritacion de Adriana se habia ido, por decirlo asi, disipando con el contacto de los sentimientos generosos que acababa de esperimentar.

Dirigiéndose á Mr. Baleinier, le dijo sonriendo:

—Confesad, doctor, que no hay nada mas ridículo que ceder á ciertas ilusiones en presencia de personas incapaces de comprenderlas. Hé aqui una bella ocasion de burlaros de la exaltacion de espíritu á la cual me reconvenís de que me dejo arrastrar en un momento tan grave. Pero, ¿qué quereis, mi buen señor Baleinier? cuando me ocurre una idea, me es tan imposible no seguir su fantasía, como me lo era en mi niñez no perseguir las mariposas.

—Y Dios sabe á donde os conducen las mariposas brillantes que atraviesan vuestro espíritu. ¡Ah! ¡qué cabeza! ¡qué cabeza! dijo Mr. Baleinier sonriéndose y con un aire indulgente y paternal; ¿cuándo su razon estará al nivel de su belleza?

—Al instante, mi buen doctor, repuso Adriana; voy á dejar mis ilusiones por realidades y á tomar un lenjuage enteramente positivo como vais á ver.

En seguida dirigiéndose á su tia, añadió:

—Señora, me habeis manifestado vuestra voluntad; ahora voy á deciros la mia. Antes de ocho dias saldré del pabellon que habito ahora y me trasladaré á una casa que he hecho arreglar á mi gusto, y donde viviré segun me parezca..... Como no tengo padre ni madre, yo sola soy responsable de mis acciones.

—Verdaderamente, repuso la princesa encogiéndose de hombros, habeis perdido la razon..... olvidais que la sociedad tiene derechos imprescriptibles á la moralidad que nosotros estamos encargados de hacer valer, y es cierto que no dejaremos de hacerlo..... podeis contar con ello.

—Segun eso, señora; vos, Mr. de Aigrigny y Mr. Tripeaud sois los que representais la moralidad social..... Esto me parece muy ingenioso... ¿será acaso porque Mr. Tripeaud ha considerado mi fortuna como suya propia? ¿será tal vez porque?.....

—Pero, en fin, señorita..... esclamó Mr. Tripeaud.....

—Ahora mismo, dijo Adriana á su tia sin responder á Mr. Tripeaud, puesto que la ocasion se presenta, voy á pediros esplicaciones sobre ciertos intereses que, segun creo, me han ocultado hasta ahora...

A estas palabras de Adriana, Mr. de Aigrigny y la princesa se sobresaltaron y se miraron rápidamente con inquietud y agonía.

Adriana que no lo habia notado, continuó:

—Y para concluir de una vez con vuestras exigencias, hé aqui mi determinacion definitiva: Quiero vivir como mejor me parezca..... No creo que si yo fuera hombre, me impondrian á mi edad esa especie de dura y humi lante tutela á que quereis reducirme, por haber vivido hasta aquí del modo que lo he hecho, es decir con honradez y libertad á la vista de todo el mundo.

—¡Esa es una idea absurda é insensata! esclamó la princesa; vivir de ese modo es llevar la desmoralizacion y el olvido de toda especie de pudor hasta sus últimos límites.

—En ese caso, señora, ¿qué opinion teneis de tantas pobres jóvenes del pueblo, huérfanas como yo, que viven solas y libres como yo quiero vivir, y que no han recibido como yo una educacion esmerada que eleva el alma y purifica el corazon? No tienen, como yo, riquezas que las ponen fuera del alcance de los ataques de la miseria.... y sin embargo viven con honradez y satisfaccion propia en medio de su desamparo.

—El vicio y la virtud no existen para semejante canalla, esclamó el baron Tripeaud con una espresion de cólera y de desprecio.

—Señora, si uno de vuestros lacayos se produjese de ese modo en vuestra presencia, le despediríais al instante.... ¡y á mí me obligais á oir semejantes cosas!

El marqués de Aigrigny dió con la rodilla al baron, que se atrevió á hablar en el salon de la princesa como hablaria en la Bolsa, y repuso vivamente para reparar la grosería de Mr. Tripeaud:

—Señorita, entre esas gentes no puede haber comparacion ninguna.... y una jóven de vuestra condicion.....

—Señor abate, para un católico, esa distincion no es muy cristiana, respondió Mlle. de Cardoville.

—Señorita, conozco el peso de mis palabras, repuso secamente el abate... además, esa independencia en que quereis vivir sin ninguna razon, tendria en lo sucesivo las mas tristes consecuencias; porque al fin llegará el dia en que vuestra familia pueda querer casaros.... y....

—Yo evitaré ese cuidado á mi familia, caballero..... si yo quiero casarme..... no tengo necesidad de nadie.... y pienso que esto es muy razonable, aunque si he de decir la verdad, no tengo mucha intencion de echarme encima la pesada cadena que el egoismo y brutalidad nos remachan para siempre al cuello.

—La lijereza con que os producís sobre esa institucion es bien indecente, dijo la princesa.

—Sobre todo en vuestra presencia, señora; teneis razon, perdonadme si os he ofendido.... Temeis que la independencia de mi género de vida aleje los pretendientes; esa es una razon mas para persistir en mi independencia.... porque les tengo horror. Lo que deseo es asustarlos y darles de mí la peor opinion, y para esto no hay mejor medio que hacer alarde de vivir enteramente como ellos..... Asi es que cuento con mis caprichos, con mis locuras y mis defectos para preservarme de toda especie de fastidiosa y conyugal pretension.

—En este punto quedareis enteramente satisfecha, repuso Mme. de Saint Dizier.... si desgraciadamente (y es de temer) se esparciese la voz de que llevais el olvido de vuestros deberes y de toda especie de recato hasta el punto de volver á vuestra casa á las ocho de la mañana, segun se me ha asegurado..... Pero no quiero ni me atrevo á creer semejante demasía.

—No teneis razon... porque así ha sucedido....

—Con que.... lo confesais... repuso la princesa.

—Yo confieso todo lo que hago, señora; esta mañana he vuelto á casa á las ocho.

—¿Lo oyen ustedes, señores? esclamó la princesa.

—¡Ah! dijo Mr. de Aigrigny con una voz de bajo.

—¡Ah! esclamó el baron con voz de falsete.

—¡Ah! murmuró el doctor dando un profundo suspiro.

Durante estas lamentosas esclamaciones, Adriana estuvo un momento para hablar y tal vez para justificarse, pero ha-

ciendo un gesto desdeñoso, se contentó que no quiso descender á una esplicacion.

—Con que segun eso es verdad, repuso la princesa.... ¡Ah, señorita! me habeis habituado á no estrañar nada, pero todavia dudaba que fuéseis capaz de conduciros de ese modo.... se necesita de todala audacia de vuestra respuesta para convencerme....

—Señora, la mentira me ha parecido siempre mas audaz que la verdad.

—¿Y de dónde veníais? ¿y porqué?...

—Señora, dijo Adriana interrumpiendo á su tia; yo no miento nunca, pero tampoco digo jamás lo que no tengo intencion de decir... justificarse de una acusacion indigna seria una bajeza... No hablemos mas de esto.... en este punto seria inútil vuestra insistencia: reasumamos. Quereis imponerme una tutela dura y humillante, y yo quiero salir del pabellon que habito aquí para ir á vivir donde me parezca, á mi antojo. ¿Quién de las dos cederá? allá lo veremos; ahora, vamos á otra cosa..... Esta casa me pertenece, y me es indiferente veros habitarla, puesto que yo me marcho..... el cuarto bajo está desocupado... y se compone sin contar las piezas de recibo, de dos habitaciones completas de las que he dispuesto por algun tiempo.

—¿De veras? dijo la princesa mirando á Mr. de Aigrigny con mucha sorpresa y añadiendo irónicamente: ¿y para quién habeis dispuesto de ellas?

—Para tres personas de mi familia.

—¿Qué significa eso? dijo Mme. de Saint Dizier cada vez mas admirada.

—Esto significa que quiero ofrecer una generosa hospitalidad á un príncipe indio que es mi pariente por parte de madre; debe llegar dentro de dos ó tres dias y deseo que los cuartos estén en disposicion de recibirle.

—¿Lo oyen Vds., señores? dijo Mr. de Aigrigny al doctor y á Mr. Tripeaud, afectando un profundo estupor.

—Esto escede á todo cuanto puede imaginarse, repuso el baron.

—¡Ay! saltó el doctor muy compungido; ese sentimiento es en sí generoso: ¡siempre la misma cabecilla!

—Muy bien dijo la princesa, yo no puedo evitar que emitáis los mas estravagantes deseos...... Y es de presumir que no os detendréis en lo mejor del camino..... ¿Qué mas?

—Despacio, señora, esta misma mañana he sabido que dos parientas mias, tambien por parte de madre.... dos pobres niñas de quince años.... dos huérfanas... las hijas del mariscal Simon, han llegado ayer, despues de un largo viaje, y están en casa de un buen soldado que las ha conducido á Francia desde el interior de Siberia....

A estas palabras de Adriana, Mr. de Aigrigny y la princesa no pudieron menos de sobresaltarse de pronto y de mirarse con espanto, ¡tan agenos estaban de creer la vuelta de las hijas del general Simon! esta revelacion fué para ellos un rayo.

—Sin duda estrañais verme tan bien informada, dijo Adriana; felizmente espero admiraros mucho mas dentro de poco.... pero volviendo á las hijas del mariscal Simon, ya comprendéis, señora, que me es imposible dejar que sirvan de carga á las dignas personas en cuya casa han hallado asilo: y aunque la mujer del soldado es honrada y laboriosa, sin embargo no es allí donde deben estar.... voy pues á buscarlas para traerlas y colocarlas en la otra habitacion baja...... con la mujer del soldado que será un aya escelente.

A estas palabras, Mr. de Aigrigny y el baron se miraron; este último esclamó:

—Decididamente ha perdido la cabeza.

Adriana añadió sin responder á Tripeaud:

—El mariscal Simon no puede menos de llegar á Paris de un momento á otro. Ya concebís, señora, cuan grato me será poder presentarle sus hijas y probarle que han sido tratadas como es debido. Mañana mismo haré venir modistas y costureras para que nada les falte... Quiero que cuando vuelva su padre las halle bonitas y capaces de deslumbrar...... Dicen que son tan preciosas como unos ángeles..... Yo que soy una pobre profana las convertiré simplemente en amores....

—Veamos, señorita, ¿no hay mas por ahora? dijo la princesa con aire sardónico y sordamente colérico al mismo tiempo que Mr. de Aigrigny, frio y tranquilo en apariencia, apenas podia disimular sus mortales angustias.

—Vamos, pensad alguna cosa mas, continuó la princesa dirigiéndose á Adriana. ¿No teneis algunos parientes mas que aumentar á esta interesante colonia de familia? Verdaderamente una reina no obraria con mas magnificencia.

—Efectivamente, señora, quiero hacer á mi familia una recepcion régia.... y tal cual es debida al hijo de un rey y á las hijas del mariscal duque de Ligny. ¡Es tan dulce aumentar el lujo posible al de la hospitalidad del corazon!

—Seguramente la máxima es generosa, dijo la princesa cada vez mas agitada; pero es lástima que no poseais las minas del Potosí para ponerla en accion.

—Precisamente deseaba hablaros de una mina que pretenden ser muy abundante; no puede hallarse mejor ocasion. Por considerable que sea mi fortuna, no es nada en comparacion de la que puede heredar nuestra familia de un momento á otro... y si esto sucediese tal vez disculpariais lo que llamais prodigalidades régias....

Mr. de Aigrigny se hallaba en una posicion que cada vez se hacia mas terrible.

El asunto de las medallas era tan importante que aun lo habia ocultado al doctor Baleinier al mismo tiempo que solicitaba su cooperacion para inmensos intereses; Mr. Tripeaud tampoco sabia nada, porque la princesa creia haber hecho desaparecer todos los papeles del padre de Adriana, y todo indicio que hubiera podido poner á esta en disposicion de descubrir la menor cosa. Asi es que no solamente el abate veia con espanto á Mlle. de Cardoville instruida en este secreto, sino que temblaba temiendo que llegase á divulgarlo.

La princesa participaba de los temores de Mr. Aigrigny; asi es que esclamó interrumpiendo á su sobrina:

—Señorita, hay ciertos asuntos de familia que deben quedar secrétos, y sin comprender positivamente lo que quereis dar á entender os aconsejo que dejeis esa conversacion ....

—¿Cómo señora? ¿no estamos aqui en familia como lo dan á entender las palabras poco gratas que hemos tenido?

—No importa..... cuando se trata de negocios de intereses mas ó menos contestables, es enteramente inútil hablar de ello á menos de no tener los documentos á la vista.

—¿Y de qué hablamos hace una hora sino de asuntos de interés? A la verdad no entiendo vuestra admiracion ni vuestro embarazo.....

—Yo no estoy admirada ni cortada, señorita; pero como hace dos horas que me obligais á oir cosas tan nuevas y tan estravagantes, á la verdad no es estraño que causen un poco de estupor.

—Perdonadme, señora, estais bastante cortada, dijo Adriana mirando fijamente á su tia, y tambien Mr. de Aigrigny; esto, unido á ciertas sospechas que aun no he tenido tiempo de aclarar.....

Y en seguida al cabo de una pequeña pausa repuso Adriana.

—¿Si habré adivinado? Ahora vamos á verlo.....

—Señorita, os mando que calleis, esclamó la princesa perdiendo enteramente la cabeza.

—¡Ah, señora! dijo Adriana, mucho os comprometeis siendo una persona habitualmente dueña de sí misma.

La Providencia, como suele decirse, vino felizmente al socorro de la princesa y del abate de Aigrigny en este momento tan peligroso.

Un ayuda de cámara entró en aquel instante; su cara estaba tan descompuesta y alterada que la princesa esclamó de pronto.

—¿Qué hay, Dubois?

—Señora, perdonadme que venga á interrumpiros á pesar de vuestra órden espresa: un comisario de policía solicita hablaros al momento; está abajo, y en el patio esperan varios agentes y algunos soldados.

A pesar de la profunda sorpresa que le causó este incidente, Mme. de Saint-Dizier queriendo aprovechar esta ocasion para concertarse en lo mas pronto posible con Mr. de Aigrigny relativamente á las amenazadores revelaciones de Adriana, dijo al abate levantándose:

—Señor de Aigrigny, ¿tendriais la complacencia de acompañarme? no se qué quiere decir la presencia del comisario de policía en mi casa.

Mr. de Aigrigny siguió á la princesa al cuarto inmediato.

VI.

LA TRAICION.

La princesa de Saint-Dizier, acompañada de Mr. de Aigrigny y seguida del ayuda de cámara se detuvo en una pieza inmediata á su gabinete en el que habia quedado Adriana con Mr. Tripeaud y el médico.

—¿Dónde está el comisario de policía? Preguntó la princesa al criado que habia anunciado la venida de ese magistrado.

—En el salon azul, señora.

—Decidle de mi parte que tenga la bondad de esperarme algunos instantes.

El ayuda de cámara se inclinó y fué á ejecutar las órdenes de su ama.

Luego que salió la princesa se acercó con prontitud al abate, cuya fisonomía habitualmente serena y altanera, estaba pálida y sombría, y esclamó con voz precipitada:

—Ya lo veis, Adriana está informada de todo: ¿qué haremos?..... ¿qué haremos?

—No lo sé, repuso el abate absorto y con la vista fija; esta revelacion es un golpe terrible.

—¿Con qué todo es perdido?

—Solo queda un medio, dijo Mr. de Aigrigny..... y este es..... el doctor....

—¿Pero como? esclamó la princesa... ¿tan pronto? ¿hoy mismo?

—Si tardamos dos horas será ya tarde: esta diabólica muchacha puede ver á las hijas del general Simon.....

—Pero..... ¡Dios mio!... Federico..... eso es imposible..... Mr. Baleinier no podrá jamás..... hubiera sido necesario preparar todo esto con bastante anticipacion como debíamos haberlo hecho despues del interrogatorio de hoy.

—No importa, repuso vivamente el abate..... es menester que el doctor haga un ensayo á toda costa.

—Pero ¿con qué pretesto?

—Voy á buscar uno.

—Suponiendo que lo encontréis, Federico, si es menester obrar hoy, no hay nada preparado *allá*.

—Tranquilizáos, habitualmente, por prevision, se está siempre dispuesto.

—¿Y cómo hemos de prevenir al doctor al instante? repuso la princesa.

—Hacerle salir..... seria despertar las sospechas de vuestra sobrina, dijo M. de Aigrigny pensativo, y esto es lo que sobre todo se debe evitar.

—Sin duda, repuso la princesa, esta confianza es uno de nuestros mayores recursos.

—Un medio se presenta, dijo vivamente el abate... voy á escribir al momento cuatro palabras al doctor; un criado le llevará el papel como si se acabase de recibir de fuera esta carta... de parte de un enfermo...

—Escelente idea... esclamó la princesa... teneis razon... mirad... en esa mesa hay lo necesario para escribir... Pronto, pronto; ¿pero el doctor saldrá con la empresa?

—Si he de deciros la verdad, no me atrevo á esperarlo, contestó el marqués sentándose junto á la mesa con una rabia comprimida. Gracias á este interrogatorio, que por otra parte ha sobrepujado nuestras esperanzas, y que nuestro hombre oculto tras del tapiz de la puerta de la otra habitacion habrá copiado exactamente por medio de la taquigrafía, gracias á las escenas violentas que deben verificarse mañana y en los dias siguientes, el doctor caminando con habilidad y precaucion hubiera podido marchar con paso firme y seguro... ¡Pero pedirle que obre hoy.....! ¡que haga hoy mismo lo que era necesario haber preparado cuidadosamente con alguna anticipacion! ¡tan de repente! Herminia, es una locura pensar en que podamos conseguir nuestros proyectos.... Y al decir esto el marqués arrojó la pluma bruscamente, y luego esclamó con acento de amarga irritacion y de profundo despecho. ¡Ver anonadarse y desaparecer todas las esperanzas...! Y justamente en el momento en que tan cerca se miraba ya el triunfo...! Esto es muy cruel. Las consecuencias de este acontecimiento serán incalculables... ¡Vuestra sobrina... nos hace mucho daño... sí... mucho, muchísimo daño.

No hay palabras que alcancen á describir suficientemente la terrible espresion de concentrada cólera y de rencor implacable con que el marqués de Aigrigny pronunció las últimas palabras.

—¡Federico! esclamó con ansiedad la princesa, estrechando espresivamente con su mano la del abate. ¡Federico! ¡yo os suplico que no desconfieis todavía...! El ingenio del doctor es fecundo en recursos... Está completamente decidido en nuestro favor... no desanimemos del todo... continuemos aun ensayando cuantos medios estén á nuestro alcance.

—Hagámoslo asi, enhorabuena.... Al menos puede favorecernos la casualidad... dijo el abate volviendo á tomar la pluma.

—Pongámonos en lo peor, dijo la princesa. Supongamos que Adriana vaya esta noche... á buscar á las hijas del mariscal Simon... ¡quizás no las encuentre ya...!

—No nos hagamos ilusiones por ese lado... Es imposible que las órdenes de Rodin se hayan ejecutado con tanta rapidez..., si las hubieran cumplido, ya nos hubieran avisado.

—Tenéis razon, Federico, escribid, escribid al doctor... Yo voy á decir á Dubois que venga aqui para que entregue la carta. ¡Valor, Federico! que nosotros pondremos á raya y daremos cuenta de esa intratable jóven... dijo la princesa; y luego añadió con una espresion de profundo rencor: ¡oh Adriana, Adriana! ¡ya pagaréis... y bien caros, vuestros insolente sarcasmos y las terribles angustias que nos hacéis sufrir!

Cuando iba á salir de la habitacion la princesa, se volvió otra vez hácia el marqués, y le dijo:

—Aguardadme aqui para poder deciros qué objeto tiene esta visita del comisario de policía, y para que volvamos á entrar juntos en el salon.

En seguida salió la princesa de la pieza en que pasaba esta escena; y el marqués escribió unos cuantos renglones apresuradamente y con mano convulsiva.

VII.

LA RED.

Despues de la salida de la princesa da Saint Dizier y del marqués de Aigrigny, Adriana quedó en el salon con el doctor Baleinier y el baron Tripeaud.

Al oir anunciar la venida del comisario de policía, la señorita de Cardoville sintió alguna inquietud, porque sin duda, como Agricol se temia, este agente del gobierno venia á pedir autorizacion para hacer sus pesquisas dentro de las habitaciones del palacio y del pabellon en busca del herrero que creía estuviese alli oculto.

A pesar de que Adriana consideraba como muy oculto el sítio en que Agricol estaba escondido, no estaba enteramente tranquila: y en la prevision de un acontecimiento desgraciado, creyó que podria ser muy conveniente aprovechar la ausencia de su tia y del marqués, para recomendar su protegido al doctor Baleinier amigo íntimo, como hemos dicho anteriormente, de uno de los mas altos funcionarios del estado, de un ministro nada menos y de los mas influyentes por cierto en la época de que se trata.

Con este convecimiento la jóven se acercó al doctor que á la sazon estaba conversando en voz baja con el baron Tripeaud, y con la voz mas suave y con el acento mas cariñoso le dijo:

—Señor Baleinier...... quisiera deciros dos palabras...

Y con una mirada le indicó el hueco de una ventana.

—Sabeis que estoy siempre á vuestras órdenes, señorita, respondió el médico levantándose inmediatamente para seguir á Ariana al sitio indicado.

El baron que no se sentia ya animado y fortalecido por la presencía del marqués de Aigrigny y que temia un combate verbal con Adriana, tanto como podia temer un incendio, recibió satisfaccion muy grande al verla dirigirse al doctor; y para darse importancia á si propio se situó, cómo en contemplacion, delante de un cuadro cuyo asunto era místico; y se puso á examinarlo, como si no se cansára de admirar sus bellezas.

Cuando la señorita de Cardoville se vió alejada del baron lo suficiente para que no la oyese, dijo al doctor que risueño y agradable como siempre esperaba á que se esplicase.

—Mi querido doctor, vos sois mi amigo, vos habeis sido amigo de mi padre... Hoy mismo á pesar de la embarazosa posicion en que os encontrabais, habeis salido á mi defensa y no habeis temido mostraros mi único partidario...

—Vamos señorita, no digais semejantes cosas, dijo el doctor con tono de un burlesco y amistoso enfado. ¡Caramba! ¿Con qué me llamabais para hablarme en estos términos? Sin duda quereis que yo...vaya vaya, hacedme el favor de callar... ¡*Vade retro Satanás*! Esto quiere decir: ¡Dejadme en paz, diablillo! porque voy llegando á creer que lo sois.

—Tranquilizaos, dijo Adriana sonriéndose: no trato yo de comprometeros; pero permitidme que os recuerde los ofrecimientos que de vuestros servicios me habeis hecho tan frecuentemente, y tantas veces como me habeis repetido vuestros deseos de serme útil,

—Haced la prueba y desde luego vereis como cumplo yo mis palabras.

—Pues bien: ahora mismo se presenta la ocasion de hacer la prueba.

—Me alegro, porque á mi me gusta que me cojan la palabra al momento...... Que es lo que se necesita hacer por vos?

—¿Continuais en buenas relaciones con vuestro antiguo amigo el ministro?

—Si, y justamente le estoy curando de un ataque de garganta que no le deja hablar, y es un mal que le ataca siempre la víspera del dia en que le van á dirigir alguna interpelacion en las cámaras..... El prefiere esto....

—Pues es necesario que consigais de vuestro amigo ministro una gracia importante para mí.

—¿Para vos?... ¿Y que puedo?....

En este momento entró un ayuda de cámara de la princesa y dijo al doctor Baleinier, entregándole al mismo tiempo un papel:

—Un criado de otra casa acaba de traer esta carta para que se entregue al señor doctor; y ha dicho que era muy urgente....

El médico cogió la carta, y el criado volvió á salir de la sala.

—Esos son los gravámenes del mérito, dijo Adriana sonriéndose: no os dejan un momento de descanso, mi pobre doctor.

—No me hableis en esos términos, contestó el médico, no pudiendo ocultar un movimiento de sorpresa al reconocer en aquel sobrescrito la letra del marqués de Aigrigny. Estos diablos de enfermos creen que nosotros los médicos somos de hierro y que tenemos almacenada toda la salud que á ellos les falta.... son enteramente inconsiderados..... Si me permitís, señorita.... añadió el doctor como suplicando á Adriana con una mirada antes de abrir la carta.

La señorita de Cardoville respondió á esta pregunta con un gracioso movimiento de cabeza.

La carta del marqués de Aigrigny no era larga: el médico la leyó de un solo golpe de vista, y á pesar de toda su prudencia, fué tanta la sorpresa que le causó aquella lectura, que no pudo dejar de esclamar.

—¡Hoy mismo!...... Es imposible..... ¡Está loco!....

—Esa carta es sin duda de algun pobre enfermo, que ha puesto en vos todas sus esperanzas.... que os espera... que os llama ansiosamente.... Vamos, señor doctor Baleinier, sed compasivo.... No rechaceis la súplica de ese desgraciado..... ¡Es tan dulce justificar la confianza que se ha logrado inspirar!....

Habia á la vez una relacion y una contradiccion tan estraordinarias entre el objeto de esta carta escrita en aquel mismo momento al médico por el mas implacable enemigo de Adriana, y las palabras filantrópicas que esta acababa de pronunciar con una voz dulce y compasiva, que el doctor no pudo menos de sentirse maravillado.

Miró á la señorita de Cardoville con un aire casi turbado, y respondió:

—Con efecto, es de uno de mis clientes que confia mucho en mí.... mucho.... demasiado.... porque me pide una cosa que es imposible.... ¿Pero qué razon teneis para interesaros por mi desconocido?

—En siendo desgraciado..... ya es conocido mio... Mi protegido, ese sugeto en cuyo favor os pedia yo no hace mucho la proteccion del ministro, me era hace muy poco tiempo completamente desconocido .. y ahora me intereso por él hasta el estremo; porque.... debo decíroslo francamente, es hijo de ese valiente soldado, que ha traido desde el fondo de la Siberia á las hijas del mariscal Simon.

—¿Qué decis...? Conque vuestro protegido es....?

—Un artesano honrado.... que sostiene

con su trabajo á su familia.... Yo quiero decíroslo todo francamente y contaros como han sucedido las cosas.... Habeis de saber....

La declaracion que iba á hacer Adriana fué interrumpida por haber entrado en la sala en aquel momento la princesa de Saint Dizier seguida del marqués de Aigrigny, despues de haber abierto violenta y estrepitosamente la puerta.

Leíase en la fisonomía de la princesa una espresion de alegria infernal mal disimulada, bajo la apariencia de un sentimiento de indignacion.

El marqués al entrar habia dirigido una mirada rápida de ansiedad, y que encerraba una pregunta silenciosa, pero terminante, al doctor Baleinier.

Este la habia comprendido y contestado, haciendo un movimiento negativo de cabeza.

El abate se mordió los labios con rabia, porque habia depositado el último resto de su esperanza en el doctor, y con la señal negativa de éste consideraba arruinados sin remedio sus proyectos, á pesar del rudo golpe que la princesa iba á dar á su sobrina.

—Señores, dijo la princesa de Saint Dizier con cortados acentos, porque la ruin alegria que sentía en su pecho sofocaba algunas veces su voz, señores... tened la bondad de tomar asiento.... tengo que comunicaros cosas muy nuevas y muy curiosas respecto á esta.... señorita.

Y al decir esto indicó á su sobrina con una mirada rabiosa y de desprecio indefinible.

—¡Otra vez.. .! ¿Qué puede ser eso, hija mia....? ¿Qué se vá á decir aun de vos....? dijo el doctor con un tono afectuoso antes de separarse del hueco de la ventana en que estaba hablando con Adriana; pero sea lo quiera.... sabeis que podeis contar siempre conmigo.

Y en seguida el doctor fué á sentarse al lado del marqués de Aigrigny y del baron Tripeaud.

Adriana al oir el insolente apóstrofe de su tía, habia levantado mas orgullosamente que nunca la cabeza.

Habíasele coloreado fuertemente el rostro, é impaciente é irritada con los nuevos ataques con que se le amenazaba, se dirijió hácia la mesa junto á la cual estaban sentados los otros cuatro personajes, y dirijiéndose al doctor Baleinier le dijo con una voz agitada:

—Os espero en mi habitacion lo mas pronto que os sea posible.... mi querido doctor.... ya sabeis que tengo una indispensable necesidad de hablaros.

Y en seguida Adriana se dirijió al lugar en que habia dejado su sombrero.

Entonces se levantó bruscamente la princesa y esclamó:

—¿Qué vais á hacer, señorita?

—Yo me retiro, señora... vos me habeis anunciado ya vuestra voluntad... yo os he manifestado tambien la mia por mi parte... esto basta... En cuanto á los negocios de interés, yo elegiré persona á propósito que se encargue de hacer las reclamaciones á que haya lugar.

Adriana cogió inmediatamente su sombrero.

La princesa, que veia escapársele su presa, corrió precipitadamente hacia su sobrina, y perdiendo todo el decoro propio de su posicion, la cogió violentamente del brazo con una mano convulsiva, y le dijo:

—¡Aguardad...!!! ¡Estaos aqui....!!!

—¡Ah...! ¡Señora! esclamó Adriana con un acento de doloroso desden: ¿en qué sitio estamos...?

—¡Vos quereis huir... ! ¡Teneis miedo! le dijo la princesa mirándola con aire de desprecio.

Esta espresion, *teneis miedo*, obraba de

tal manera sobre él carácter enérgico y resuelto de Adriana que con ella solamente hubiera podido hacerse que la jóven hubiese caminado libremente hácia la hoguera. Al oir estas palabras, *teneis miedo*, Adriana, con un movimiento lleno de dignidad sacó su brazo de la mano con que su tia lo tenia asido, arrojó su sombrero sobre la silla de donde lo acababa de coger, y acercándose otra vez á la mesa dijo á su tia con tono altivo é imperioso:

—Si hay todavía alguna cosa que pueda inspirarme mayor repugnancia que lo que aqui está pasando..., es sin duda el temor de verme acusada de cobardia..... Hablad... hablad, señora, que aqui estoy para escucharos.

Y con la frente levantada, el rostro algun tanto encendido, los ojos casi empapados por una lágrima de indignacion que se asomaba á ellos, con los brazos cruzados sobre el seno, que á su pesar palpitaba con violenta agitacion, y golpeando convulsiva y maquinalmente la alfombra con su lindísimo pié, Adriana fijó sobre su tia una mirada fija é imperturbable.

La princesa quiso entonces destilar gota á gota todo el veneno de que se sentia hinchada y hacer que durase el tormento de su víctima el mayor espacio de tiempo que posible fuera; porque ya estaba segura de que no se le habia de huir de entre las manos.

—Señores, dijo la princesa con voz comprimida, hé aqui lo que acaba de pasar.... avisáronme que el comisario de policía deseaba hablarme; fuí á ver á este magistrado que se escusó del penoso deber que tenía que cumplir. A un hombre contra el que habia espedido un mandamiento de prision, habiasele visto entrar en el pabellon del jardin....

Adriana se estremeció; sin duda se trataba de Agrícol.

Pero pronto se tranquilizó al pensar en la seguridad del escondite en que le habia hecho ocultar.

—El magistrado, continuó la princesa, me pidió autorizacion para proceder á buscar ese hombre, tanto en el palacio como en el pabellon. Tenia derecho á hacerlo, asi le supliqué empezase por este último sitio, y le acompañé. Apesar de la conducta incalificable de esta señorita, confieso que jamás me pasó por la imaginacion la idea de creer que estuviese mezclada en este deplorable negocio de policía..... Engañéme.....

—¿Qué quereis decir, señora? esclamó Adriana.

—Vais á saberlo, señorita, contestó la princesa con aire de triunfo. Cada cual á su turno. Os habeis apresurado demasiado en manifestaros tan orgullosa y altiva.... Acompañé pues, al comisario.... llegamos al pabellon.... Os dejo considerar la admiracion y el estupor de este funcionario á la vista de aquellas tres criaturas vestidas como para el teatro.... El hecho ademas fué consignado á peticion mia en el proceso verbal, porque no podrán justificarse bastante á los ojos de todos.... semejantes estravagancias.

—La señora princesa ha obrado con suma prudencia, dijo Tripeaud inclinándose; es muy bien hecho ilustrar á la justicia sobre el particular.

Adriana, pensando demasiado en la suerte del pobre artesano para contestar ácremente á Tripeaud, escuchaba en silencio ocultando su inquietud.

—El magistrado, continuó la princesa, empezó por preguntar severamente á las jóvenes si algun hombre se habia introducido con su conocimiento en el pabellon ocupado por esta señorita..... á lo que contestaron con una audacia increible que no habian visto entrar á nadie....

—¡Honradas y fieles muchachas! pensó Adriana con alegria; el pobre artesano

se ha salvado, la proteccion del doctor hará lo demas.

—Afortunadamente, añadió su tia, una de mis doncellas, la Sra. Grivois, me habia acompañado; recordando esta escelente muger que habia visto entrar esta mañana á las ocho á la señorita dijo *sencillamente* al comisario, que tal vez el hombre que buscaban se habria introducido por la puertecilla del jardin, dejada involuntariamente abierta... por esta señorita... al volver.

—No hubiera sido malo, señora princesa, dijo Tripeaud, haber consignado en el proceso verbal que la señorita habia vuelto á su casa á las ocho de la mañana....

—No veo la necesidad de tal cosa, dijo el médico fiel al papel que se habia propuesto representar.... esto era una cosa enteramente agena á las pesquisas que practicaba el comisario.

—Pero, doctor, esclamó Tripeaud....

—Pero, señor baron, contestó Baleinier con firmeza, esta es mi opinion.

—Pero no la mia, doctor, dijo la princesa, como Mr. Tripeaud he creido importante que este hecho constase en el proceso verbal, y ví en las miradas confusas y llenas de pena del comisario, cuan sensible le era tener que anotar la conducta escandalosa de una jóven colocada en tan elevada posicion social.

—Sin duda, señora, dijo Adriana impaciente; creo vuestro pudor poco mas ó menos igual al de ese buen comisario de policía; pero me parece que vuestra sencillez comun se alarmó demasiado pronto, vós y él hubieseis podido reflecsionar que nada habia de estraordinario en que habiendo salido á las seis volviese una á las ocho.

—La escusa, aunque tardia.... es á lo menos ingeniosa, contestó la princesa con despecho.

—No me escuso, señora, replicó con altivez Adriana; pero como Mr. Baleinier ha tenido la bondad de decir algo en mi favor, por la amistad que me profesa, doy la interpretacion posible á un hecho que no me conviene esplicar delante de vos....

—Entonces el hecho queda consignado en el proceso verbal hasta que esta señorita dé su esplicacion, dijo Tripeaud.

El abate de Aigrigny con la frente apoyada en la mano, permanecia por decirlo asi estraño á esta escena, estando asustado de las consecuencias que debia tener la entrevista de la señorita de Cardoville con las hijas del mariscal Simon, porque no podia pensarse en impedir materialmente á Adriana que saliera aquella noche.

La princesa de Saint Dizier prosiguió así:

—El hecho que tanto escandalizó al comisario no es nada comparado con lo que tengo aun que deciros, señores.... Recorrimos, pues, el pabellon en todas direcciones sin encontrar á nadie, ibamos ya á salir de la alcoba de esta señorita que habiamos dejado para la última, cuando la señora Grivois me hizo observar que una de las molduras doradas de una puerta finjida no cerraba herméticamente..... llamamos la atencion del comisario sobre este particular; sus agentes ecsaminan... buscan.... un paso se abre y ¿sabeis lo que descubrió?.... nó, nó! es tan odioso, causa tal disgusto que jamas me atreveré....

—Pues bien, señora, yo lo haré, dijo resueltamente Adriana, que vió con pesar que el escondite de Agrícol se habia descubierto; ahorraré, señora, á vuestro pudor el relato de este nuevo escándalo... y lo que voy á deciros no es absolutamente para justificarme.

—La cosa no merece la pena, señorita,

añadió la princesa con una sonrisa despreciativa; un hombre oculto por vos en vuestra alcoba.

—¡Un hombre oculto en su alcoba! esclamó el marqués de Aigrigny levantando la cabeza con una indignacion que apenas ocultaba su cruel alegria.

—¡Un hombre en la alcoba de esta señorita! añadió el baron Tripeaud; espero que tambien haya sido esto consignado en el proceso verbal.

—Si, si, contestó la princesa con aire de triunfo.

—Pero ese hombre, dijo el doctor con hipocresía ¿sería sin duda un ladron? Así se esplica perfectamente..... cualquiera otra sospecha sería absurda.

—Vuestra indulgencia con esta señorita os estravia la razon, Mr. Baleinier, replicó secamente la princesa.

—Conocida es esa especie de ladrones, dijo Tripeaud; generalmente son jóvenes, bien parecidos y ricos.

—Os equivocais, caballero, continuó la princesa. Esta señorita no tiene miras tan elevadas... ella quiere proba rque un yerro no solo puede ser criminal, sino tambien innoble.... Asi no me admiran las simpatías que manifestaba hace poco esta señorita hácia el pueblo.... Lo que es mas lindo aun es que el hombre oculto por la señorita en su casa llevaba blusa.

—¡Blusa! esclamó el baron con aire de profundo desprecio; pero entonces.... sería un hombre del pueblo.... Esto hace erizar los cabellos en la cabeza....

—Ese hombre es un herrero; él lo ha confesado, dijo la princesa, pero es menester ser justos, es un jóven bastante bien parecido, y sin duda esta señorita, en esa singular religion que profesa por lo hermoso...

—Basta, señora... basta... dijo de repente Adriana, que desdeñándose de contestar habia oido hasta entonces á su tia, con una indignacion creciente y penosa. Hace poco que estuve á pique de justificarme de una de vuestras odiosas insinuaciones... no me espondré segunda vez á semejante bajeza... Una palabra solamente, señora... ese honrado y leal artesano ¿ha sido sin duda preso?

—Ciertamente, y conducido á la cárcel con una buena escolta... esto os parte el corazon, ¿es verdad, señorita? Preguntó la princesa con aire de triunfo; en efecto, es menester que vuestra tierna conmiseracion sea muy grande hácia ese interesante herrero, ya que perdéis por su causa vuestro aplomo irónico.

—Sí, señora, porque prefiero obrar á burlarme de lo que es odioso y ridículo, contestó Adriana con los ojos preñados de lágrimas, al pensar en la cruel ansiedad de la familia del preso Agricol; y tomando su sombrero, se lo puso, se ató las cintas, y dijo dirigiéndose al doctor:

—Mr. Baleinier, hace poco tiempo que os pedí vuestra proteccion para con el ministro.

—Sí, señorita, y tendré sumo gusto en servir de intermedio para con él.

—¿Está abajo vuestro carruaje?

—Sí, señorita, contestó el doctor, singularmente sorprendido.

—Tendréis la bondad de conducirme al instante á su casa... Presentada por vos, no negará la gracia, ó mas bien la justicia que voy á pedirle.

—¡Cómo, señorita! esclamó la princesa, ¿os atrevéis á tomar semejante resolucion sin mi órden despues de lo que acaba de pasar? Es inaudito.

—Causa compasion, añadió Tripeaud, pero es menester esperarlo todo.

En el momento en que preguntó Adriana al doctor si tenia abajo su carruaje, Aigrigny se estremeció.

Un rayo de satisfaccion inesperada brilló en sus ojos y apenas pudo contener su

violenta emocion, cuando dirigiendo una mirada tan rápida como significativa al médico, este le contestó bajando dos veces los párpados en señal de inteligencia y con sentimiento.

Así cuando la princesa continuó en tono colérico dirigiéndose á Adriana: Señorita os prohibo salir; el abate dijo á la princesa con una inflexion de voz muy notable.

—Me parece, señora, que puede confiarse esta señorita *á los cuidados del señor doctor*.

El marqués pronunció estas palabras, *á los cuidados del señor doctor*, de una manera tan significativa, que la princesa habiendo mirado alternativamente al médico y á Aigrigny lo comprendió todo, y su fisonomía se puso radiante de gozo.

Pasó esto muy rápidamente, y era ademas ya casi de noche; de manera que Adriana ocupada de la suerte del pobre Agricol, no pudo percibir las deferentes señas que cambiaron la princesa, el doctor y el abate; señas que por otra parte le hubieran sido incomprensibles.

La princesa de Saint-Dizier no queriendo, sin embargo, aparecer como que cedia con demasiada facilidad á la observacion del marqués, añadió:

—Aunque me parece que el doctor se ha mostrado demasiado indulgente con esta señorita, tal vez no encuentre inconveniente en confiársela... sin embargo... no quisiera que se estableciera semejante precedente, porque desde hoy esta señorita no debe tener mas voluntad que la mia.

—Señora princesa, dijo gravemente el médico fingiéndose algo picado por estas palabras: no creo haber sido indulgente con esta señorita, sino justo... estoy á sus órdenes para conducirla á casa del ministro, si gusta; ignoro la gracia que quiere solicitar pero la creo incapaz de abusar de la confianza que tengo en ella, y hacerme apoyar una recomendacion sin méritos.

Adriana conmovida tendió cordialmente la mano al doctor, diciéndole:

—Tranquilizaos, mi digno amigo... me agradeceréis el paso que os hago dar, porque irémos por mitad en hacer una buena accion.

Tripeaud, que no estaba en el secreto de los nuevos designios del doctor y del abate, decia en voz baja al último como estupefacto:

—¡Cómo! ¿la dejan marchar?

—Sí, sí, contestó bruscamente el marqués, haciéndole seña de que escuchase á la princesa que iba á hablar.

En efecto, ésta se acercó á su sobrina, y le dijo con una voz lenta y mesurada:

—Una palabra, señorita... la última delante de estos señores. Contestad: á pesar de los cargos terribles que pesan sobre vos, ¿continuais dispuesta á desconocer mi voluntad?

—Apesar de la escena escandalosa que acaba de pasar, ¿pretendeis continuar sustrayéndoos á mi autoridad?

—Si, señora.

—¿De manera que rehusais positivamente someteros á la vida regular y severa que quiero imponeros?

—Ya os dije antes, señora, que saldria de esta morada para vivir sola y á mi antojo.

—¿Es esa vuestra última resolucion?

—La ultima.

—Reflecsionadlo... esto es muy grave... tened cuidado...

—Ya os he dicho, señora, mi firme resolucion..... jamas digo las cosas dos veces.

—Señores.... lo ois, continuó la princesa, he hecho todo lo posible, aunque en vano para lograr una reconciliacion; esta señorita solo tendrá que acusarse á si propia por las medidas que una rebelion tan audaz me obliga á adoptar.

—Hnhorabuena, señora, dijo Adriana.

En seguida dirijiéndose á Mr. Baleinier le dijo con viveza:

—Vamos.... vamos, querido doctor, estoy muy impaciente, vámonos al momento.... cada minuto perdido puede costar lágrimas amargas á una familia honrada.

Y Adriana salió precipitadamente del salon con el médico.

Un criado de la princesa hizo acercar el carruaje de Mr. Baleinier; ayudada por éste, Adriana subió á él, sin echar de ver que habia dicho algunas palabras al lacayo que habia abierto la portezuela.

Cuando el doctor se hubo sentado al lado de la señorita de Cardoville, el criado cerró la portezuela; y al cabo de un segundo, dijo en voz alta:

—A casa del ministro, por la puerta pequeña.

Y los caballos salieron á galope.

VIII.

UN AMIGO FALSO.

La noche estaba oscura y fria.

El cielo, que hasta ponerse el sol habia estado puro y limpido, se cubria cada vez mas con nubes cenicientas y cárdenas; y el viento que soplaba con violencia arrastraba en torbellinos nieve espesa que empezaba á caer.

Los faroles del carruage solo arrojaban una claridad dudosa en el interior donde se hallaba el doctor Baleinier solo con Adriana de Cardoville.

La fisonomía encantadora de ésta, rodeada de su sombrerillo de castor gris, escasamente alumbrada por los faroles, se dibujaba blanca y pura sobre el fondo oscuro de la tela de que estaba forrado el interior del carruage, embalsamado entonces con ese perfume dulce y suave, diríase casi voluptuoso, que emana siempre de los vestidos de las mugeres de buen tono; la actitud de la jóven, sentada al lado del doctor era llena de gracia; su talle elegante y esbelto, ajustado en su vestido alto de paño azul, imprimia su figura en el blando respaldo en que estaba apoyada; sus lindos pies cruzados uno sobre otro y algo estendidos reposaban sobre una espesa piel de oso que servia de alfombra; en su mano izquierda desnuda tenia un pañuelo magnificamente bordado, con el que, con gran admiracion del Dr. Baleinier, se enjugaba sus ojos húmedos.

Si, porque aquella jóven sufria entonces la reaccion de las escenas que acababa de presenciar en el palacio de Saint-Dizier: á la exaltacion febril y nerviosa que hasta entonces la habia sostenido, habia sucedido un abatimiento doloroso, porque Adriana tan resuelta en su independencia, tan altiva en su desden, tan implacable en su ironía, tan audaz en su rebelion contra una opresion injusta, tenia una estremada sensibilidad que ocultaba siempre delante de su tia y de las personas que la rodeaban.

A pesar de su aire de aplomo, nadie era menos varonil, que la señorita de Cardoville, que era esencialmente *muger*; pero tambien como muger sabia ejercer un grande imperio sobre sí misma, cuando conocia que la menor muestra de debilidad de su parte podria regocijar, enorgullecer á sus enemigos.

El carruage caminaba hacia algunos minutos; y Adriana, enjugando silenciosamente las lágrimas, no habia pronunciado una palabra.

—¿Como.... mi querida señorita? dijo Mr. Baleinier verdaderamente sorprendido de la emocion de la jóven, ¡como! hace poco tan animosa.... ¿y llorais?....

—Si, contestó Adriana con voz alterada; lloro... delante de vos... de un amigo.... pero delante de mi tia... ¡oh! ¡jamás!

—Sin embargo.... en esta larga conferencia.... vuestros epígramas...

—¡Que!..... creeis acaso que no me resigno á pesar mio á brillar en esa guerra de sarcasmos?..... Nada me disgusta tanto como esa especie de luchas de amarga ironía á que me obliga la necesidad de de defenderme contra esa muger y sus amigos.... Hablais de mi valor.... os aseguro que no consiste en hacer alarde de un carácter maligno.... sino en contener, en ocultar todo lo que sufro viéndome tratar con tanta grosería..... delante de personas que aborrezco, que desprecio... yo, que despues de todo no le ha hecho el menor mal; yo, que solo quiero vivir sola, libre, tranquila, y ver gentes felices á mi lado.

—¡Qué quereis! envidian vuestra dicha y la que los otros os deben.....

—¡Y es mi tia! esclamó Adriana con indignacion; mi tia, cuya vida ha sido un escándalo contínuo, la que me acusa de una manera tan repugnante! como si ella no supiera que soy bastante altiva, bastante leal para no hacer una eleccion de que no pudiese honrarme altamente..... ¡Dios mio! cuando ame á alguien lo diré, me vanagloriaré de ello, porque el amor, segun yo lo comprendo, es la cosa mas magnífica que hay en el mundo... En seguida Adriana continuó con mayor amargura aun:

¡A qué sirven el honor y la franqueza, si ni aun siquera os ponen al abrigo de sospechas aun mas estúpidas que odiosas!!!

Diciendo estas palabras, la señorita de Cardoville llevó de nuevo el pañuelo á los ojos.

—Vamos, mi querida señorita Adriana, dijo Mr. Baleinier con una voz llena de uncion y conmovida, tranquilizaos... todo ha pasado ya..... teneis en mi un amigo verdadero.....

Y este hombre al hablar asi no pudo menos de sonrojarse á pesar de su astucia diabólica.

—Ya sé que sois mi amigo, respondió Adriana; jamas olvidaré que os habeis espuesto al resentimiento de mi tia por tomar mi partido, porque no ignoro que es poderosa..... ¡oh! muy poderosa para hacer mal.....

—En cuanto á eso, contestó el doctor afectando una profunda indiferencia, nosotros los médicos..... estamos libres de muchos rencores.

—¡Ah! mi querido doctor, la princesa de Saint-Dizier y sus amigos rara vez perdonan! y la jóven se estremeció. He necesitado mi invencible aversion, mi horror innato hacia todo lo que es cobarde, pérfido y malo, para romper completamente con ella..... Pero aunque se tratara... ¿de qué os diré?... de la muerte... no titubearia..... y sin embargo..... añadió con una de esas graciosas sonrisas, que tanto encanto daban á su fisonomía, quiero la vida..... y si tengo alguna reconvencion que hacerme... es querer que sea demasiado armoniosa..... pero ya lo sabeis, me resigno á sufrir mis defectos.

—Vamos, vamos, ya estoy mas tranquilo añadió el médico alegramente, os sonreís..... es buena señal.

—Muchas veces es lo mas p[illegible]... y sin embargo..... ¿deberia hacer[illegible] despues de las amanazas que mi tia [illegible] de hacer? Sin embargo ¿qué poder [illegible] ¿qué significa esa especie de tri[illegible] familia? ¿Habrá podido cree[illegible] que los consejos de un Mr. d[illegible]y, de un Mr. Tripeaud puedan tener alguna influencia sobre mí?..... Y l[illegible] ha hablado de medidas de rigor..... ¿que medidas puede tomar?..... ¿las [illegible]beis?.....

—Creo, entre nosotros, [illegible] la princesa ha querido solamente am[illegible]rentaros... y que cuenta obrar sobre vos por medio

de la persuasion..... ella tiene la manía de creerse una madre de la iglesia y está soñando con vuestra conversion, dijo maliciosamente el médico, que entonces queria tranquilizar á cualquier precio á Adriana; pero no pensemos mas en ellos... es menester que vuestros lindos ojos brillen con todo su esplendor para seducir, para fascinar al ministro que vamos á ver.

—Teneis razon, amigo mio... siempre debe uno huir del pesar, porque uno de sus menores inconvenientes es el de haceros olvidar el de los demas; ya veis; estoy abusando de vuestra bondad sin deciros lo que espero de vos.....

—Afortunadamente tendremos tiempo de hablar, porque nuestro hombre vive lejos de aquí.

—En dos palabras: hé aquí de lo que se trata, continuó Adriana: ya os he dicho las razones que tenia para interesarme por este digno obrero; esta mañana vino á casa desconsolado á confesarme que se encontraba denunciado por unas canciones que habia compuesto (porque es poeta), que estaba amenazado de ser preso, que era inocente; pero que si le llevaban á la cárcel, su familia, á quien mantiene él solo, se moriria de hambre; asi que, me suplicaba que prestase una fianza por él á fin de que le dejasen trabajar; yo se lo ofrecí, recordando vuestra intimidad con el ministro; pero como ya andaban buscando al pobre muchacho, tuve la idea de esconderlo en mi casa, y ya sabeis la interpretacion que mi tia ha dado á esta circunstancia. Ahora decidme, ¿creis que con vuestra recomendacion accederá el ministro á que este artesano quede libre bajo fianza?

—Ya lo creo..... no tendrá la menor dificultad, especialmente despues que le hayais espuesto los hechos con esa elocuencia del corazon que poseeis tan bien.....

—¿Sabeis por qué he tomado esta determinacion, tal vez estraña, Mr. Baleinier, de que me conduzcais á casa del ministro?

—Pero..... para recomendar con mas eficacia á vuestro protegido.....

—Sí... y tambien para poner coto, por un paso atrevido, á las calumnias que mi tia no dejará de esparcir... y que ya ha hecho, segun habeis visto, consignar en el proceso verbal del comisario de policia... Así he preferido dirijirme francamente á un hombre colocado en una posicion eminente, á quien diré lo que hay, y lo creerá, porque el acento de la verdad jamás se desconoce.

—Todo esto, señorita Adriana, está perfectamente pensado; matareis, segun se dice, dos pájaros de una pedrada, ó mas bien obtendreis con una buena accion dos actos de justicia... destruyendo desde luego una calumnia y haciendo poner en libertad á un digno jóven.

—Vamos, dijo Adriana riendo... voy recobrando mi alegría... gracias á esa risueña perspectiva.

—En esta vida, dijo filosóficamente el médico, todo depende del punto de vista.

Adriana estaba tan completamente ignorante respecto á gobierno constitucional ó atribuciones administrativas; tenia una confianza tan ciega en el doctor, que no dudó ni un momento de lo que este le decia.

Asi añadió ella con alegría:

—¡Qué placer! Asi podré ir á buscar en seguida á las hijas del mariscal Simon, tranquilizar á la pobre madre del trabajador, que estará ya tal vez con la ansiedad mas terrible por no ver á su hijo.

—Sí, tendreis ese placer, dijo Mr. Baleinier sonriendo, porque vamos á solicitar, á intrigar con tanto empeño, que será menester que la buena muger sepa por vos la libertad de su hijo, antes que su prision.

—¡Cuánta bondad, cuánta condescendencia de parte vuestra! dijo Adriana. En verdad que si no se tratára de negocios tan graves me avergonzaria de haceros perder un tiempo tan precioso, mi buen amigo, pero conozco vuestro corazon...

—No tengo mas deseo sino aprobaros mi síncera adhesion, dijo el doctor tomando un polvo.

Pero al mismo tiempo dirijió una mirada inquieta hácia la portezuela porque el carruaje atravesaba entonces la plaza del Odeon, y á pesar de las ráfagas de la espesa nevada, se veia la fachada iluminada del teatro; ahora bien; Adriana que en aquel momento llevaba la vista vuelta hácia aquel lado podia admirarse del singular camino que la hacian tomar. A fin de llamar su atencion por una hábil digresion, el doctor esclamó de repente:

—¡Ah!... me olvidaba...

—¿Qué teneis, Mr. Baleinier? dijo Adriana volviéndose con viveza.

—Me olvidaba de una cosa muy importante para el buen éxito de nuestra solicitud.

—¿Cuál? preguntó la jóven inquieta.

Mr. Baleinier se sonrió con malicia.

—Todos los hombres, dijo, tienen sus debilidades y un ministro muchas mas que otro cualquiera; el que vamos á ver tiene la de estar ridiculamente apegado á su título y su primera impresion seria desagradable... si no le saludáseis con un *señor ministro* muy claro.

—Eso no importa... querido amigo, dijo Adriana souriendo á su vez, le daré hasta escelencia, que tambien creo es uno de los tratamientos adoptados.

—No ya... pero tanto mejor, y si pudieseis dejar escapar una ó dos veces la palabra monseñor, nuestro negocio está seguro.

—Tranquilizáos, puesto que hay *ministros plebeyos*, lo mismo que *caballeros plebeyos*, me acordaré de Mr. Jourtain y saciaré la vanidad de vuestro hombre de estado.

—Os lo abandono; entre buenas manos queda, añadió el médico viendo con gusto el carruage metido en las calles oscuras que de la plaza del Odeon se dirijen al barrio del Panteon; pero en este momento no tengo valor para reconvenir á mi amigo el ministro por ser vanidoso, porque su vanidad puede servirnos de mucho.

—Esta pequeña treta es ademas bien inocente, dijo Adriana, y no tengo el menor escrúpulo en servirme de ella, os lo confieso... despues acercándose á la portezuela añadió: ¡Qué tristes son estas calles!... ¡qué viento!... ¡qué nieve! ¿en qué barrio estamos?

—¡Cómo, habitante ingrata y desnaturalizada!.... ¿no reconoceis por la falta de tiendas el faubourg Saint-Germain?

—Creia que habiamos salido de él hace tiempo.

—Yo tambien, dijo el médico asomándose á la ventanilla como para reconocer el sitio en que estaba; ¡pero aun estamos en él!... mi pobre cochero cegado por la nieve que le azota la cara se habrá equivocado; pero ya estamos en el camino derecho.... Si, lo reconozco, esta es la calle de San Guillermo, calle no muy alegre (entre paréntesis); además dentro de diez minutos llegaremos á la entrada particular del ministro, porque los amigos intimos como yo, gozamos del privilegio de librarnos de los honores y salutaciones de la puerta grande.

La señorita de Cardoville, como todas las personas que salen generalmente en carruaje, conocia tan poco ciertas calles de Paris y las costumbres ministeriales, que no dudó un instante de lo que afir-

maba Mr. Baleinier, en quien tenia además la confianza mas ilimitada.

Desde que salieron del palacio de Saint Dizier, el médico tenia en los labios una pregunta, que titubeaba, sin embargo, en hacer, temiendo comprometerse á los ojos de Adriana.

Cuando esta habló de intereses muy considerables cuya existencia le habian ocultado, el médico, hábil y astuto observador, echó de ver perfectamente la turbacion y ansiedad de la princesa de Saint Dizier y del abate de Aigrigny.

No tuvo, pues, la menor duda que la conjuracion contra Adriana, (conjuracion que ayudaba ciegamente por sumision á las órdenes de la *órden)* tenia relacion con aquellos intereses que le habian ocultado, y por esta misma razon tenia deseos de saberlo, porque como todo miembro de aquella tenebrosa congregacion de que formaba parte, y teniendo necesariamente la costumbre de delatar, sentia desarrollarse en su pecho los vicios inherentes á toda *complicidad;* á saber: la envidia, la desconfianza y una curiosidad celosa.

Fácil será comprender, que el doctor, aunque completamente resuelto á ayudar los proyectos del marqués de Aigrigny, tenia grandes deseos de saber lo que le habian ocultado; asi dominando sus incertidumbres, encontrando la ocasion oportuna y, sobre todo apremiante, dijo á Adriana despues de un momento de silencio:

—Voy tal vez á haceros una pregunta indiscreta. De todos modos si la creeis tal... no contesteis á ella....

—Continuad, os suplico....

—Hace poco.... algunos minutos antes que vinieran á avisar á la princesa vuestra tia la llegada del comisario de policía, hablábais, me parece, de grandes intereses que os habian ocultado hasta ahora...

—Si, sin duda...

—Esas palabras, añadió Mr. Baleinier pronunciando con lentitud las suyas, esas palabras hicieron una gran impresion en la princesa....

—Tan grande, dijo Adriana, que ciertas sospechas que tenia se han cambiado en certeza.

—No necesito deciros, encantadora amiga, continuó Mr. Baleinier con un tono insinuante, que recuerdo esta circunstancia para ofreceros mis servicios en caso de que os fueran de alguna utilidad.... de lo contrario... si veis el menor inconveniente en decirme mas.... suponed que nada he dicho.

Adriana se puso séria y pensativa y despues de algunos instantes de silencio contestó:

—Hay en este asunto cosas que ignoro.... otras que puedo deciros.... y otras en fin que debo callar.... habeis sido tan bueno hoy conmigo, que aprovecho gustosa esta oportunidad para daros una nueva prueba de amistad y confianza.

—Entonces nada quiero saber, dijo el médico con aire contrito y afectado, porque será aceptar una especie de recompensa..... mientras estoy mil veces pagado con el placer que esperimento en serviros.

—Escuchad... dijo Adriana sin ocuparse de los escrúpulos del doctor. Tengo razones muy poderosas para creer que una inmensa herencia debe recaer en una época mas ó menos lejana en los miembros de mi familia, á todos los que no conozco...... porque despues de la revocacion del edicto de Nantes, los individuos de la familia de quien descendemos se dispersaron en los paises estrangeros, y han tenido suertes muy distintas.

—¿De veras? esclamó el médico infinitamente interesado. ¿Dónde está esa herencia? ¿de quién viene? ¿en qué manos está?

—Lo ignoro....

—¿Y como hareis valer vuestros derechos?

—Pronto lo sabré.

—¿Quién os lo dirá?

—No puedo decirlo.

—¿Y quién os ha manifestado la existencia de esta herencia?

—Tampoco puedo decirlo, contestó Adriana con un tono dulce y melancólico que hacia un gran contraste con la ordinaria vivacidad de su lenguage. Este es un secreto.... un secreto estraño.... y en los momentos de exaltacion en que me habeis hallado algunas veces..... pensaba en las circunstancias estraordinarias que tienen relacion con este secreto..... si..... y entonces pensamientos grandes, magníficos se despertaban en mi pecho.....

En seguida Adriana calló, profundamente absorta en sus recuerdos.

Mr. Baleinier no trató de distraerla.

Desde luego la señorita de Cardoville no se percibia de la direccion que llevaba el carruage; despues al doctor no le disgustaba reflecsionar sobre lo que acababa de saber; con su perspicacia acostumbrada previó vagamente que se trataba para el abate de Aigrigny de un asunto de herencia, y prometióse hacer de ello el objeto de un informe secreto; una de dos; ó Mr. de Aigrigny obraba en este asunto segun las instrucciones de la órden, ó por inspiracion propia; en el primer caso el informe secreto del médico acreditaba un hecho, en el segundo lo revelaba.

Durante algun tiempo la señorita de Cardoville y el doctor Baleinier guardaron un profundo silencio que no era interrumpido ni aun por el ruido de las ruedas del carruage que rodaban sobre una espesa capa de nieve, porque las calles cada vez estaban mas desiertas.

Apesar de su perfidia habitual, de su audacia, á pesar de la ceguera de su víctima, el médico no estaba completamente seguro del resultado de su maquinacion; el momento crítico se acercaba, la menor sospecha que Adriana concibiera podia destruir sus proyectos.

Esta, fatigada con las emociones que habia esperimentado en aquel fatal dia, se estremecia de vez en cuando, porque el frio era cada vez mas penetrante, y con la prisa de acompañar al doctor Baleinier habia olvidado tomar un chal ó una capa.

Hacia algun tiempo que el carruaje pasaba por junto de una pared muy alta, que al través de la nieve se dibujaba en blanco sobre un cielo completamente negro.

El silencio era triste y profundo.

El carruage se detuvo.

El lacayo fué á llamar á una puerta cochera de una manera particular; primero dió dos golpes seguidos, y luego otro despues de un largo intérvalo.

Adriana no observó esta circunstancia, porque los golpes no fueron muy fuertes y ademas el doctor habia tomado inmediatamente la palabra á fin de ahogar con su voz el ruido de esta especie de señal.

—En fin, ya hemos llegado, dijo alegremente, sed muy seductora, es decir, sed vos misma.

—Tranquilizaos, haré lo que pueda, dijo Adriana sonriendo; en seguida añadió estremeciéndose: ¡Qué frio tan penetrante!... Os confieso mi buen Mr. Baleinier, que después de ir á buscar á mis lindas parientas en casa de la madre de nuestro honrado artesano, volveré esta noche con una verdadera alegría á mi salon, bien abrigado é iluminado, porque ya sabeis la aversion que tengo al frio y á la oscuridad.

—Es claro, dijo el médico con galantería, las flores mas encantadoras solo se abren con la claridad y con el calor.

Mientras que Mr. Baleinier y Adriana

cambiaron estas palabras, la gran puerta cochera habia rechinado en sus goznes y el carruage entró en el patio.

IX.

EL GABINETE DEL MINISTRO.

El carruage se detuvo delante de una pequeña grada cubierta de nieve, que conducia á un vestíbulo alumbrado por medio de una lámpara.

El médico bajó primero para ofrecer el brazo á Adriana.

Adriana, para subir la grada un tanto resbaladiza, se apoyó en el brazo del doctor.

—Dios mio! como temblais!.... la dijo éste.

—Si... dijo ella estremeciéndose, siento un frio mortal. En medio de mi precipitacion salí sin chal... Pero que aire tan triste tiene esta casa! añadió subiendo los escalones.

—Esto es lo que llaman el pequeño hotel del ministerio, el *Sancta sanctorum*, donde se retira nuestro hombre huyendo del bullicio de los profanos, dijo Mr. Baleinier sonriendo. Tomaos la molestia de entrar.

Y empujó la puerta de un gran vestíbulo completamente desierto.

—Razon tienen en decir, replicó Mr. Baleinier, ocultando una viva emocion bajo una apariencia de alegria, casa de ministro.... casa de recien llegado.... ni siquiera un criado en la antecámara...... pero felizmente: añadió abriendo la puerta de una pieza que comunicaba con el vestíbulo.

Mlle. Cardoville entró en el salon cuyas paredes tenian un papel verde con dibujo aterciopelado y modestamente amueblado con algunas sillas y sillones de caoba forrados de tripe amarillo: el suelo, que estaba esmeradamente lustrado, brillaba: una lámpara circular que solo despedia la tercera parte de su luz estaba colgada en el techo, pero mucho mas alta de lo que ordinariamente se acostumbra.

Adriana, pareciéndole esta habitacion singularmente modesta para un ministro y aunque no tenia la menor sospecha, no pudo menos de hacer un movimiento de sorpresa, y se detuvo un minuto en el umbral de la puerta. Mr. Baleinier que la daba el brazo adivinó la causa de su admiracion y la dijo sonriéndose.

—Esta habitacion os parece muy mezquina para un Escelencia ¿no es verdad? ¡Pero si supieseis lo que es la economía constitucional!.... Vais á ver á un *Monseñor* que tiene tambien un aire tan mezquino.... como sus muebles.... Tened la bondad de esperarme.... voy á prevenir y á anunciaros al ministro y vuelvo al instante.

Y soltando el brazo de Adriana que apretaba violentamente el del doctor, este fué á abrir una puertecita lateral por la que se marchó.

Adriana de Cardoville se quedó sola.

Aunque esta no podia comprender la causa de la impresion que esperimentaba, le pareció muy siniestro este cuarto frio, desmantelado, y cuyas ventanas no tenian cortinas: en seguida observando en los muebles algunas singularides que no habia notado antes, se inquietó estremadamente.

Asi es que habiéndose acercado á la chimenea que estaba apagada, la halló con sorpresa cerrada con una regilla de hierro que la condenaba enteramente, y que las tenazas y la badila estaban sujetadas con cadenillas de hierro.

Admirada ya de esta singularidad quiso arrimar maquinalmente un sillon colocado junto á la pared....

Pero este sillon quedó inmoble.

Adriana advirtió entonces que el respaldo de este mueble estaba, asi como el de las demas sillas, sujeto á la pared con dos pequeños garfios de hierro.

No pudiendo menos de sonreirse, dijo para sí:

—Será posible tener tan poca confianzo en el hombre de estado en cuya casa estoy, para sujetar de este modo á la pared todos los muebles?

Adriana habia dicho esta broma haciéndose, por decirlo asi, un poco de violencia con el objeto de luchar contra su penosa preocupacion que iba aumentando cada vez mas, porque el mas triste y profundo silencio reinaba en esta habitacion, en donde en nada se conocia el movimiento ni la actividad que ordinariamente se nota en el centro de los negocios.

Unicamente la jóven oia de cuando en cuando por la parte esterior las ráfagas de viento.

En este estado pasó un cuarto de hora, y Mr. Baleinier no venia.

Inquieta de impaciencia quiso llamar por ver si alguno la informaba de Mr. Baleinier y del ministro: levantó la vista para buscar el cordon de una campanilla junto al espejo, pero no le halló; solo advirtió que lo que hasta entonces ella habia creido espejo era un pedazo de oja de lata muy resplandeciente... Acercándose mas tropezó con un candelero de bronce.... el cual estaba igualmente que la péndola, sujeto al mármol de la chimenea.

En ciertas disposiciones de espiritu las circunstancias mas insignificantes toman á veces espantosas proporciones: este candelero inmoble, aquellas sillas sujetas á la pared, el espejo reemplazado con una oja de lata, el profundo silencio y la prolongada conferencia de Mr. Baleinier impresionaron tan vivamente á Adriana que empezó á sentir un sordo temor.

Sin embargo, su confianza en el doctor era tan absoluta que se arrepintió de su sobresalto diciéndose á sí misma que lo que lo causaba no tenia importancia real y que no habia motivo para asustarse de aquel modo.

En cuanto á la prolongacion de la conferencia de Mr. Baleinier, la razon era sin la menor duda, porque estaba esperando que las ocupaciones del ministro le permitiesen entrar á verle.

Sin embargo aunque procuró tranquilizarse de este modo, dominada aun por el temor, hizo lo que nunca se hubiera atrevido á hacer sin estas circunstancias: acercóse poco á poco á la puertecita por donde habia entrado el médico, y aplicó el oido.

Contuvo su respiracion y escuchó..... pero no oyó nadá....

Repentinamente oyó un ruido sordo y pesado como el que hace un cuerpo al caer.... y aun le pareció sentir un gemido ahogado.

Levantando con prontitud la vista vió caer algunos pedazos de pintura que sin duda se habian desgajado del techo.

No pudiendo soportar mas su espanto, corrió á la puerta por la cual habia entrado con el doctor con el objeto de llamar á alguien.

Pero se sorprendió al ver que esta puerta estaba cerrada por el otro lado.

Y sin embargo desde su llegada no habia oido el menor ruido de llave en la cerradura que estaba colocada en la parte esterior.

Asustada cada vez mas se precipitó á la puertecita por la cual habia desaparecido el médico, junto á la cual se habia puesto á escuchar, pero esta estaba igualmente cerrada por el lado esterior.

Queriendo luchar aun contra el terror que invenciblemente se apoderaba de ella, llamó en su socorro á la firmeza de su carácter y quiso, como se dice vulgarmente, raciocinar:

—Puede que me haya engañado, dijo para sí: solo habré oido una caida, y

gemido solo existe en mi imaginacion; hay mil razones para creer que es un objeto y no una persona lo que ha caido..... estas puertas están cerradas.... Tal vez nadie sabe que estoy aquí, y habrán creido que no hay nadie en este cuarto.

Y al decir estas palabras miró con ansiedad al rededor de sí; en seguida añadió con voz firme:

—Dejémonos de debilidades; no trato de distraerme de mi situacion ni de querer engañarme á mí misma; al contrario es menester tener serenidad. Ciertamente esta no es la casa de un ministro.... hay mil razones que me lo hacen creer ahora.... Mr. Baleinier me ha engañado..... ¿Pero con qué objeto? ¿porqué me han traido aquí? ¿dónde estoy?

Estas dos preguntas parecieron á Adriana igualmente insolubles, y solo quedó persuadida de que habia sido una víctima del doctor Baleinier.

Para un alma tan leal y generosa, semejante certidumbre fué tan horrible que trató aun de desecharla pensando en la confiada amistad que ella habia manifestado siempre á este hombre; así es que Adriana dijo para sí con tristeza:

—Así es como la debilidad y el temor nos conducen muchas veces á hacer suposiciones injustas y odiosas; sí, porque no es permitido creer en un engaño tan infernal sino en último estremo... y cuando la evidencia nos obliga á ello... llamemos á alguien, este es el solo medio de saber á que atenerme.

Pero acordándose que no habia campanilla, dijo:

—No importa, llamemos, no faltará quien venga.

Y en esto llamó varias veces á la puerta con sus delicados dedos.

Al ruido sordo y mate que hizo esta puerta se conocia que era muy fuerte.

Nadie respondió á la jóven.

En seguida se fué á la otra.

Pero esta hizo el mismo ruido, y tampoco respondió nadie... solamente se oyeron en el esterior los bramidos del viento.

—Yo no soy mas cobarde que ninguna otra mujer.... dijo Adriana sobresaltándose... no sé si es á causa del frio mortal que hace aquí, lo cierto es que estoy temblando á pesar mio.... y aunque procuro desechar toda especie de debilidad, sin embargo me parece que lo que pasa aquí pareceria á todo el mundo singular..... y terrible.

Repentinamente se oyeron sobre la pieza donde estaba Adriana algunos gritos ó mas bien ahullidos feroces, y pocos instantes despues algunos pasos sordos, violentos y compasados como si varias personas estuviesen luchando á un tiempo.

Adriana, asustada, dió un gran grito, se puso pálida como un difunto, permaneció un momento inmóvil de estupor y en seguida corrió á una de las ventanas y la abrió con precipitacion.

Una violenta ráfaga de viento mezclada de nieve derretida la azotó el rostro, entró en el salon y despues de haber hecho vacilar la humeante llama de la vela, la apagó....

Sumida en esta profunda oscuridad y y agarrada á los hierros de la ventana, Mlle. de Cardoville cediendo en fin á un temor largo tiempo comprimido, iba á pedir socorro cuando un espectáculo inesperado la dejó yerta de horror durante algunos minutos.

A poca distancia se elevaba otro cuerpo de edificio paralelo al en que estaba Adriana.

En medio de la lobreguez que reinaba en el espacio se veia una ventana de donde reflejaba una viva luz....

Al través de los vidrios que estaban sin cortinas se distinguia un rostro pálido, macilento y descarnado que arrastraba

un gran lienzo y que continuamente pasaba y volvia á pasar precipitadamente delante de la ventana con movimientos continuos y violentos.

Adriana quedó fascinada con el espectáculo de esta lúgubre vision; en seguida, llegando al colmo su terror, llamó á su socorro con todas sus fuerzas sin soltar los hierros de la ventana donde estaba agarrada.

Al cabo de algunos segundos y al mismo tiempo que gritaba, entraron silenciosamente en el salon donde estaba Mlle. de Cardoville, dos mugeres altas, pero como Adriana seguia junto á la ventana, no pudo verlas.

Estas dos mujeres, que podian tener de 40 á 50 años, robustas y varoniles, estaban vestidas groseramente, como criadas de baja condicion; por encima de su ropa llevaban unos grandes delantales azules que subian hasta el cuello, donde abriéndose caian por detras hasta los pies.

Una de ellas traia una lámpara, y su rostro era largo, rojo y reluciente, la nariz colorada, ojos pequeños y verdes, cabellos alborotados y una gorra blanca muy sucia.

La otra era amarilla y huesuda; traia tambien una gorra pero de luto, la cual rodeaba su flaca cara, seca como un pergamino y color de tierra, picada de viruelas y duramente acentuada con dos grandes cejas negras: algunos largos y negros pelos sombreaban su labio superior.

Esta muger tenia en la mano una especie de vestido medio doblado, de una figura estraña y de una tela gris muy ordinaria.

Una y otra entraron silenciosamente por la puertecita en el mismo momento en que Adriana, asustada, estaba agarrada á los hierros de la ventana gritando, ¡Socorro!

Haciendo una señal se mostraron mútuamente á la jóven, y mientras que la una dejaba su lámpara sobre la chimenea, la otra, que llevaba el gorro de luto, acercándose á la ventana, puso su huesuda mano en el hombro de Mlle. de Cardoville, quien volviéndose de pronto, dió un nuevo grito de espanto al ver la siniestra figura de esta muger.

Adriana se repuso un poco de esta primera impresion, y puede decirse que casi se tranquilizó, porque esta persona, por horrorosa que fuese, podia á lo menos hablar; asi es que esclamó vivamente y con voz alterada:

—¿Donde está Mr. Baleinier?

Las dos mujeres se miraron, se hicieron una seña y no respondieron.

—Os pregunto, repuso Adriana, ¿donde está Mr. Baleiner, que me ha conducido aqui?..... quiero saberlo al instante.....

—Se ha marchado, respondió la mas gruesa de las dos.

—¡Se ha marchado! esclamó Adriana.... ¿y sin mi? ¿Que significa esto, Dios mio?

En seguida, al cabo de un momento de reflexion continuó:

—Id á burcarme un coche.

Las dos mugeres se miraron y se encogieron de hombros.

—Os ruego, repuso Adriana con voz contenida, que vayais á buscarme un coche, puesto que Mr. Baleinier se ha marchado sin mi: quiero salir de este sitio.

—Vamos, vamos, señora, dijo la mujer mas alta (llamábanla la *Tomasa*) fingiendo no haber entendido lo que decia Adriana.... ya es hora, es menester acostarse.

—¡Acostarme!¡ esclamó Mlle. Cardoville aterrada..... ¡Dios mio! esto es capaz de hacerme perder la cabeza....

En seguida dirigiéndose á las mugeres preguntó:

—¿Que casa es esta? ¿donde estoy? ¡respondedme!

—Estais en una casa..... dijo Tomasa con voz ruda.... no griteis por la ventana como acabais de hacer ahora poco.

—Ni tampoco apagar la luz..... de lo contrario... nos enfadaremos, saltó la otra mujer llamada Gervasia.

Adriana, no hallando palabras para responder, temblando de miedo, miraba alternativamente á estas dos horribles mujeres; en vano agotaba su razon con el objeto de comprender lo que alli pasaba, pero repentinamente creyó haber adivinado, y esclamó:

—Ya caigo, aqui ha habido una equivocacion.... que yo no comprendo, pero en fin es una equivocacion.... no me habeis tomado por otra..... ¿sabeis quien soy? Me llamo Adríana de Cardoville, ¿lo oís? ¡Adriana de Cardoville!... Asi, ya lo veis, soy libre para salir de aqui, y nadie tiene derecho para obligarme á permanecer en esta casa. Os mando que vayais al instante á buscarme un coche.... y si no lo encontrais en este barrio, decid á alguna persona que me acompañe y me lleve á mi casa, ca le de Babilonia, palacio de Saint-Dizier.... yo la recompensaré con generosidad y á vosotras tambien....

—Vamos, ¿concluirémos de una vez? dijo la Tomasa. ¿Que significan esas palabras?

—¡Cuidado! repuso Adriana que quiso recurrir á toda especie de medios... si me deteneis aqui por fuerza... los resultados serán muy graves... no sabeis á lo que os esponeis.

—¿Queréis acostaros, si ó no? dijo Gervasia con tono imperioso y seco.

—Escuchad, repuso de pronto Adriana, dejadme salir de aqui, y os daré á cada una dos mil francos.... ¿Tendréis bastante?.... os daré diez, veinte mil.... lo que querais.... soy rica.... lo que deseo es salir de aqui.... no quiero permanecer mas en este sitio.... tengo miedo.... Continuó la desgreciada jóven con acento doloroso.

—¿Veinte mil francos? nada menos que eso ¿dime Tomasa?

—Déjala en paz, Gervasia, esa es la misma cancion de todas.

—Pues bien, supuesto que los ruegos, las amenazas y las promesas son inútiles, dijo Adriana sacando de su posicion desesperada una grande energía, os declaro que yo quiero salir de aqui... al instante... Ahora veremos si se tiene el atrevimiento de obligarme á permanecer aqui....

Y Adriana dió con resolucion un paso hácia la puerta.

Pero en este momento se volvieron á oir los gritos feroces y roncos que habian precedido al ruido de la lucha que tanto asustó á Adriana; pero con la diferencia que no se oyó el ruido de pasos.

—¡Oh! ¡que gritos! dijo Adriana deteniéndose y acercándose asustada á las dos mugeres.

¿Oís esos gritos?.... ¡Dios mio! ¿Que casa es esta? Y ademas ¿que hay alli abajo? añadió señalando la otra parte del edificio en el que se veia una ventana iluminada, delante de la cual se paseaba bala figura blanca. Alli abajo ¿lo veis?... ¿Que significa eso?

—¡Y bien! eso, dijo la Tomasa.... son personas que, como vos, no han sido buenas.

—¿Qué decis? esclamó Adriana juntando las manos con terror. ¡Dios mio! ¡qué casa es esta! ¿qué hacen con esas personas?

—Lo que harán con vos si sois mala y no quereis venir á acostaros, repuso la Gervasia.

—Les ponen.... esto, dijo la Tomasa señalando el objeto que traia debajo del brazo; si, les ponen la *camisola*...

—¡Ah! dijo Adriana llevando las manos á su rostro con terror. Acababa de oir una terrible revelacion.

Al fin lo comprendió todo...

Despues de las vivas emociones de la mañana, este último golpe debia producir una terrible reaccion; la jóven se sintió desfallecer; dejó caer los brazos, su rostro se cubrió de una palidez mortal, y todos sus miembros empezaron a temblar: apenas tuvo fuerza de decir con voz apagada, poniéndose de rodillas, y señalando la *camisola* con una mirada de terror:

—¡Oh! no, ¡eso no! ¡tened compasion de mí!.... señora.... yo haré lo que querais.....

En seguida, faltándoles las fuerzas, cayó, y á no ser por aquellas mugeres que corrieron á ella y la recibieron desmayada en sus brazos, hubiera dado en el suelo.

—Se ha desmayado.... no hay peligro, dijo la Tomasa, llevémosla á la cama, la desnudaremos para acostarla y pasará.

—Llévala tú, dijo Gervasia, yo voy á tomar la lámpara.

Y la grande y robusta Tomasa levantó á Mlle. de Cardoville como si fuese una niña dormida; la cojió en brazos y siguió á su compañera saliendo por el cuarto por donde el doctor habia desaparecido.

Este cuarto estaba muy limpio y enteramente desmantelado; las paredes cubiertas de papel verde; en uno de los rincones habia una pequeña cama de hierro muy baja cuya cabecera formaba una meseta: al lado de la chimenea una estufa rodeada de una rejilla que impedia acercarse á ella, una mesa sujeta á la pared, y delante una silla, fija tambien en el suelo, una cómoda de caoba y un sillon de paja componian el resto de este triste mueblage: la ventana, sin cortinas, estaba interiormente guarnecida de una rejilla de alambre para impedir que se rompieran los vidrios.

En este sombrio reducto que ofrecia tan penoso contraste con su delicioso pabellon de la calle de Babilonia, fué donde la Tomasa llevó á Adriana: ayudada por Gervasia puso sobre la cama á la inanimada jóven. La lámpara quedó sobre la meseta formada por la cabecera.

Mientras que una de estas mugeres la sostenía, la otra la desnudaba y le quitaba el vestido de paño. La jóven tenia inclinada su cabeza hácia el pecho, y aunque estaba desmayada, caian lentamente de sus grandes y cerrados ojos dos gruesas lágrimas; sus negras cejas esparcian una ligera sombra en sus pálidas y trasparentes mejillas.... El cuello y el seno, de marfil, estaban cubiertos con los sedosos, dorados y magníficos cabellos que se soltaron al caer.

—¡Qué pies tan pequeños! dijo una de las mugeres que habiéndose arrodillado, la estaba descalzando; los dos caben en el hueco de la mano.

Efectivamente, en un momento quedó descubierto un pequeño pie blanco y lustroso en el que se veian esparcidas algunas venas azules, del mismo modo que sus piernas cuyos tobillos y rodillas estaban sonrosados, y de un contorno tan perfecto y tan puro como el de la antigua Diana.

—¡Y qué cabellos tan largos! dijo la Tomasa.... ¡qué suaves! son tan largos que podrian servirla de alfombra; lástima sería cortárselos para ponerle nieve sobre el cráneo.

Y al decir esto, la Tomasa torció como pudo esta magnífica mata de pelo detras de la cabeza.

Por desgracia no eran estas manos las lijeras y blancas de Georgette, de Florina ó de Hebe que con tanto amor y orgullo peinaban á su ama.

Es imposible pintar el terror de Adriana al volver en sí, su horror é indignacion

se aumentaron, cuando separando con sus dos manos los dos innumerables rizos que cubrian su cara bañada de lágrimas, se vió medio desnuda entre aquellas dos horribles furias.

Dió un grito de vergüenza, de pudor y espanto; y despues para evitar las miradas de las dos mujeres, con un movimiento mas rápido que la imaginacion, derribó la lámpara que estaba á la cabecera de la cama, la cual se apagó al caer en el suelo.

La desgraciada jóven envolviéndose con la colcha en medio de aquella oscuridad, prorrumpió en desconsolados sollozos..

Las dos mujeres atribuyeron este grito y esta accion á un acceso de furiosa locura.

—¡Ah! ¡volveis otra vez á apagar la luz! ¡parece que es esa vuestra manía! esclamó la Tomasa enfadada y marchando á tientas en la oscuridad... bueno... ya os lo he advertido antes....., esta noche os pondré la camisola, como he hecho con la loca de arriba.

—Eso es, dijo la otra; sujétala bien, Tomasa, mientras voy á buscar luz... luego la arreglaremos entre la dos.

—Despáchate... porque á pesar de su aire dulce... parece que está furiosa... y será preciso pasar la noche á su lado.

. . . .

Triste y doloroso contraste.

Aquel dia se habia levantado Adriana libre, alegre y feliz en medio de todas las maravillas del lujo y de las artes y rodeada de las atenciones delicadas de sus tres preciosas doncellas.

Con su generoso y jovial carácter trataba de hacer una agradable y magnífica sorpresa á un príncipe jóven, pariente suyo, y habia tomado una noble resolucion relativamente á las dos huérfanas que habian venido con Dagoberto... En su conversacion con Mme. de Saint Dizier... se habia manifestado sucesivamente orgullosa y sensible, melancólica y alegre, irónica y grave, leal y animosa... Finalmente, si habia ido á aquella maldita casa, solo habia sido para implorar proteccion en favor de un honrado y laborioso artesano.

Y por la noche..., Mlle. de Cardoville entregada por una traicion infame en las manos groseras de las innobles guardas de locas, sentia sus delicados miembros duramente comprimidos con el horroroso vestido de los locos llamado *comisola.*

. . . .

Mlle. de Cardoville pasó una noche atroz en compañía de aquellas dos furias.

Grande fué el espanto de la jóven, cuando al dia siguiente á las nueve de la mañana vió entrar en su cuarto al doctor, sonriéndose como siempre benévolo y paternal.

—¡Y bien, hija mia! la dijo con voz dulce y afectuosa, ¿como habéis pasado la noche!

X.

LA VISITA.

Las enfermeras de Mlle. de Cardoville cediendo á sus súplicas y principalmente á sus promesas de *conducirse bien*, la dejaron con la comisola una parte de la noche, y en el momento que amaneció se levantó y vistió sola sin que nadie se lo impidiese.

Adriana estaba sentada en el borde de una cama; su estremada palidez, la profunda alteracion de su fisonomía, sus ojos que despedian el sombrío brillo de la fiebre y los convulsivos estremecimientos que la acometian de cuando en cuando, manifestaban bastante las funestas consecuencias de aquella terrible noche en una organizacion impresionable y nerviosa..

Al ver al doctor que con un gesto hizo salir á la Tomasa y á Gervasia, Mlle. de Cardoville quedó petrificada.

Sentia una especie de vértigo pensando en la audacia de este hombre... ¡pues se atrevia á ponerse en su presencia!

Pero cuando el médico repitió con su dulce voz y con tono de un afectuoso interés:

—¡Y bien, pobre hija mia! ¿cómo habeis pasado la noche?...

Adriana llevó con prontitud las manos á su abrasada frente como preguntando si estaba durmiendo ó despierta. En seguida, mirando al médico, entreabrió los labios... pero estos temblaron tanto que le fué imposible articular una palabra.

La cólera, la indignacion, el desprecio y sobre todo el resentimiento tan atrozmente doloroso que causa á las almas generosas la confianza infamemente engañada, trastornaban de tal modo á la jóven que, sentada y oprimida no pudo á pesar de sus deseos romper el silencio.

—Vamos, vamos, ya veo lo que teneis, dijo meneando tristemente la cabeza... estáis muy enfadada... ¿no es verdad? ya lo esperaba yo, hija mia.

Estas palabras pronunciadas con descaro hipócrita hicieron brincar á Adriana; levantóse y sus pálidas mejillas se inflamaron, sus grandes y negros ojos brillaron, y levantó con orgullo su hermosa cabeza: su labio superior se contrajo lijeramente con una sonrisa de desdeñosa amargura, y en seguida, silenciosa y colérica, pasó por delante de Mr. Baleinier que seguia sentado, y con paso rápido y decidido se dirijió hácia la puerta.

Esta que tenia un postigo, estaba cerrada esteriormente.

Adriana se volvió al doctor, le señaló la puerta con un gesto imperioso, y le dijo:

—¡Abridme esa puerta!

—Vamos, mi querida señorita Adriana, respondió el médico; calmaos... hablarémos como buenos amigos... porque ya sabeis que yo lo soy vuestro...

Y diciendo esto tomó un polvo.

—Con que yo no saldré hoy de aqui, dijo Adriana temblando de cólera.

—¡Desgraciadamente no! con semejante exaltacion... Si supieseis cuan inflamada teneis la cara... y cuan ardientes los ojos... debeis tener á lo menos ochenta pulsaciones por minuto: ¡querida señorita! os suplico que no agraveis vuestro estado con semejante agitacion...

Adriana, despues de haber mirado atentamente al doctor, volvió á sentarse con paso lento en el borde de la cama.

—Asi me gusta, repuso el doctor, sed razonable.... y os pido por segunda vez que hablemos como buenos amigos.

—Teneis razon, respondió Adriana con voz breve, contenida y enteramente calmada.... hablemos como amigos... ¿Queréis hacerme pasar por loca, no es verdad?

—Lo que quiero, hija mia, es que llegue el dia en que tengais hácia mi tanta gratitud como aversion teneis ahora..... esta aversion ya la habia yo previsto...... pero por penosos que sean ciertos deberes, es menester resignarse á ellos... Dijo Mr. Baleinier suspirando y con un tono tan convertido, que Adriana no pudo contener un movimiento de sorpresa.... En seguida se sonrió un poco.

—¡Ah! ¿con que decididamente todo esto es por mi bien?

—Francamente, mi querida señorita, ¿he tenido yo jamás otro objeto que el de seros útil?

—No sé si vuestra impudencia es mayor que vuestra baja traicion.

—¡Traicion! dijo el doctor encojiéndose de hombros con aire mortificado ¡traicion!... reflecsionad un poco, pobre hija mia.... ¿creeis que si yo no obrase leal y concienzudamente á favor vuestro, vendria hoy por la mañana á arrostrar vuestra indignacion que debia esperar? Yo

soy el médico en gefe de esta enfermeria que me pertenece... aqui tengo dos practicantes médicos como yo, que pueden suplirme... y hubiera podido encargarles que os cuidasen... pero al contrario... he querido hacerlo por mi mismo... conozco vuestro carácter, vuestra naturaleza...... vuestros antecedentes.... y prescindiendo del interés que me inspirais.... puedo curaros convenientemente mejor que nadie.

Adriana escuchó al doctor sin interrumpirle, y mirándole fijamente, le dijo:

—¿Cuanto os han dado para hacerme pasar por loca?

—¡Señorita! esclamó el doctor ofendido á pesar suyo.

—Ya sabeis que soy rica, repuso Adriana con el mayor desprecio..... os daré el doble de lo que recibís... Vamos caballero... en nombre de la amistad, como decís... concededme á lo menos el favor de pujar.

—Vuestras enfermeras me han dicho que esta noche les habeis hecho la misma proposicion, dijo el doctor recobrando toda su serenidad.

—Perdonadme... solo les he prometido lo que puede ofrecerse á unas infelices mugeres sin educacion y á quienes la miseria obliga á ocupar el triste destino que tienen... Pero vos... hombre de mundo... y de gran ciencia.... un hombre de tanto talento... es diferente... eso se paga á un precio mucho mas subido... hay traiciones de todos precios... Asi, no fundeis vuestra negativa sobre la modicidad de mis ofertas á esas desgraciables... Veamos... ¿cuanto queréis?

—Las enfermeras me han hablado tambien de vuestras amenazas.... repuso el doctor con igual impasibilidad ¿no teneis algunas que hacerme legalmente?... Vamos, creedme, acabemos con esas tentivas de corrupcion y con las amenazas de venganza.... y en seguida vendremos á parar en la realidad de la posicion.

—¡Con que mis amenazas serán inútiles! esclamó Mlle. de Cardoville dejándose al fin llevar de su enfado contenido hasta entonces... ¿Con qué creeis que cuando salga de aqui, porque debe ser algun dia, yo no publicaré vuestra indigna traicion? ¿Creeis que no denunciaré al desprecio y al horror de todo el mundo vuestra complicidad con Mme. de Saint-Dizier? ¿Y que no hablaré de los infames tratamientos que me habeis hecho sufrir? Pero por loca que yo sea, sabed que hay leyes á las cuales pediré la conveniente satisfaccion para mi; para vos y para los demas la vergüenza y el castigo... Porque entre nosotros no habrá ya en lo sucesivo mas que odio y una guerra mortal...... y para sostenerla emplearé todas mis fuerzas y toda mi proteccion.

—Permitidme que os interrumpa, mi querida señorita, dijo el doctor con la misma tranquilidad que anteriormente habia manifestado.... nada es mas perjudicial á vuestro restablecimiento que las esperanzas insensatas, pues os tendrian siempre en una constante agitacion; es menester hablar con claridad para que sepais á que ateneros... 1.° Es imposible que salgais de aqui; 2.° no podeis tener ninguna comunicacion con las gentes de afuera; 3.° en esta casa no entra nadie en quién yo no tenga una entera confianza; 4.° estoy enteramente á cubierto de todas vuestras amenazas y de vuestra venganza, y esto es porque todas las circunstancias y todos los derechos están á mi favor...

—¡Todos los derechos! encerrarme aqui...

—No hubiéramos procedido á ello sin una multitud de razones á cual mas graves.

—¿Con que hay razones?

—Desgraciadamente, muchas:

—Tal vez no las dirán.

—Por desgracia, son demasiado reales, y si un dia llegais á pedir justicia, con la que ahora poco me amenazabais.... con gran sentimiento nuestro nos veríamos obligados á esponer... la estraña escentricidad de vuestro género de vida... vuestra manía de disfrazar á las criadas... vuestros gastos exagerados... la historia del príncipe indio á quien ofreceis una regia hospitalidad... vuestra inaudita resolucion, á la edad de diez y ocho años, de querer vivir sola como un jóven... la aventura del hombre oculto en vuestra alcoba... en fin se presentará el proceso verbal del interrogatorio de ayer que ha sido fielmente trasladado al papel por una persona que tenia este encargo.

—¡Cómo! ¡ayer! esclamó Adriana con indignacion y sorpresa...

—Sí, con el objeto de estar en regla si llegase el caso que desconozcais el interés que os manifestamos, hemos hecho que un taquígrafo escribiese vuestras respuestas en un cuarto contiguo detras de un cortinon..., y verdaderamente cuando esteis mas tranquila y leais algun dia con serenidad este interrogatorio... no estrañareis la resolucion que nos hemos visto forzados á tomar...

—Continuad, dijo Adriana con desprecio.

—Estando ya probados y reconocidos los hechos que acabo de citaros, debeis comprender, amiga mia, que la responsabilidad de las personas que os quieren está enteramente á cubierto: han debido tratar de curar esta turbacion de cabeza, la cual no se manifiesta todavía sino con vanas manías; pero que desarrollándose comprometeria vuestro porvenir. A mi parecer, se puede esperar una cura radical, mediante un sistema físico y moral... cuya primera condicion es alejaros de todas estas personas singulares que os rodean, las cuales exaltan tanto y tan peligrosamente vuestra imaginacion, cuando viviendo aqui en el retiro, la calma benéfica de un sistema sencillo, y la soledad... y mis cuidados, puedo decir, paternales... contribuirán poco á poco á restableceros completamente.

—Asi, dijo Adriana con amarga sonrisa, el amor de una noble independencia y de lo bello, la generosidad y la aversion á todo lo bajo y odioso son las enfermedades de que debeis curarme; temo ser incurable; porque hace mucho tiempo que mi tia ha querido poner en práctica esta honrada cura.

—Enhorabuena, tal vez no conseguiremos nuestro objeto, pero á lo menos trataremos de ello; ya veís que existen una multitud de hechos bastante graves para motivar la determinacion que hemos tomado en consejo de familia, lo cual me pone enteramente á cubierto de vuestras amenazas.... porque esto era lo que yo queria deciros; un hombre de mi edad y circunstancias no obra jamás lijeramente en casos semejantes; ahora comprenderéis lo que os acabo de decir. En una palabra no esperéis salir de aqui antes de estar enteramente curada, y estad bien persuadida que estoy y estaré siempre fuera del alcance de vuestras amenazas... Supuesto esto... hablemos de vuestro estado actual con aquel vivo interés que me inspirais.

—Creo, caballero, que para estar loca me hablais de un modo muy razonable.

—¡Loca! ¡vos!... gracias á Dios, pobre hija mia, no habeis llegado todavia á ese caso..... y espero que con mis cuidados no llegareis nunca... Asi es que para evitarlo es menester acudir á tiempo..... y creedme, ya es mas que tiempo..... Me mirais de un modo sumamente estraño... y muy sorprendida... Veamos,... ¿qué in-

teres puedo yo tener en hablaros de este modo?... Será acaso para cooperar al odio de vuestra tia? ¿y con qué objeto? ¿Qué puede ella en favor ó en contra mio? En este momento no pienso mas ni menos bien de ella que ayer..... Acaso el lenguaje que os tengo es nuevo? ¿No os he hablado ya de la peligrosa exaltacion de vuestro espíritu y de la singularidad de vuestras manías? He obrado artificiosamente para traeros aqui ¡sin duda! He aprovechado la ocasion que vos misma me habeis presentado, tambien es verdad, pobre hija mia..... porque jamas hubierais consentido en vivir aqui voluntariamente: un dia ú otro hubiera sido preciso tomar un pretesto para traeros aqui... y á fé mia lo confieso, me dije á mí mismo..... su interés ante todo..... Hagamos nuestro deber y lo demas nada importa.

A medida que el doctor hablaba, la fisonomía de Adriana que hasta entonces se habia mostrado alternativamente llena de indignacion y de desprecio, iba tomando una singular espresion de agonía y de horror.....

Al oir á este hombre esplicarse de un modo tan natural y sincero en la apariencia, con una conviccion, por decirlo asi, tan justa y razonable, quedó mas asustada que nunca.

Una traicion atroz revestida con tales formas la alarmó mil veces mas que el odio francamente manifiesto de Mme. de Saint-Dizier... Pareciale en fin tan monstruosa esta audaz hipocresía que la creyó casi imposible.

Adriana temia tan poco esto para ocultar sus resentimientos, que el médico, hábil y profundo fisonomista, notó la impresion que sus palabras producian.

Vamos, dijo para sí, este es un paso inmenso..... al desprecio y á la cólera ha sucedido el temor..... La duda no está lejos..... y creo no salir de aqui sin que ella me haya dicho afectuosamente..... Volved pronto, mi buen señor Baleinier.

El médico repuso con tan triste y conmovida voz que parecia salir de lo mas profundo de su corazon.

—Ya veo que desconfiais siempre de mi, y segun vuestro modo de ver lo que yo digo es un embuste, odio é hipocresia, ¿no es verdad? ¡Aborreceros! ¡yo! ¿y por qué? ¿qué me habeis hecho? ó mas bien..... tal vez aceptareis como mas poderosa para un hombre de mi clase esta razon..... añadió el doctor con sentimiento..... ó mas bien ¿qué interes tendria yo en aborreceros? ¿Cómo es posible que vos que sólo estais en tal estado en consecuencia de la exageracion de generosos instintos..... vos que no teneis por decirlo asi, mas que la enfermedad de vuestras cualidades..... podais fria y resueltamente acusar á un hombre honrado de que no teneis hasta aqui sino pruebas de afecto..... como podeis acusarle del crímen mas bajo, mas negro y mas abominable que un hombre pueda cometer?... Sí, digo crímen, porque la atroz traicion de que me acusais no merece otro nombre..... Mirad, pobre hija mia, eso no está bien..... y ya veo que un espíritu independiente puede manifestar tanta injusticia é intolerancia como los mas limitados..... Esto no me irrita..... no..... pero me hace padecer... sí... os lo aseguro .. me hace padecer mucho.....

Y el doctor pasó la mano sobre sus ojos humedecidos.

Es preciso renunciar á describir el acento, las miradas, la fisonomía y el gesto de Mr. Baleinier al pronunciar estas palabras.

El abogado mas hábil y mas ejercitado, el mayor cómico del mundo, no hubiera representado mejor que el doctor esta escena..... no, ni aun tan bien..... porque Mr. Baleinier, llevado á pesar suyo de la situacion, estaba medio convencido de lo que decia.

En una palabra, conocia todo el horror de su perfidia; pero tambien sabia que Adriana no podia persuadirse de ella; porque hay combinaciones tan horribles que las almas leales y puras no podrán aceptar jamás como posibles; si involuntariamente un espíritu elevado conduce al abismo del mal mas allá de cierta profundidad, le acomete un vértigo y no está en disposicion de distinguir la menor cosa.

Ademas, llega un dia, una hora, en que los hombres mas perversos conocen al fin la bondad de que Dios ha dotado á todas las criaturas.

Adriana era demasiado interesante y se encontraba en una posicion tan cruel, que el doctor no pudo menos de sentir en el fondo de su alma cierta compasion en favor de esta desgraciada.

La obligacion que tenia desde mucho tiempo antes de manifestarle sus simpatías, la ciega confianza que la jóven tenia en él eran ya para este hombre, dulces y caros hábitos... pero esta simpatía y estos hábitos debian ceder á una implacable necesidad...

Así, el marqués de Aigrigny idolatraba á su madre que, moribunda, le llamaba... y el abate partió á pesar de este deseo de una madre en la agonía...

Con este ejemplo ¿cómo es posible que Mr. Baleinier no hubiese sacrificado á Adriana? Podia disponer de los miembros de la órden de la cual formaba parte..... pero tambien estos podian disponer de él tal vez mucho mas, porque una larga complicidad en el mal crea lazos terribles é indisolubles.

En el momento que el doctor acababa de hablar con tanto calor á Mlle. de Cardoville se abrió el postigo de la puerta en el que aparecieron dos ojos que miraban atentamente al cuarto.

Mr. Baleinier no lo noto.

Adriana no podia separar su vista de la del doctor que parecia fascinarla; muda, agoviada, y víctima de un vago temor, incapaz de penetrar en los tenebrosos abismos del alma de este hombre, enternecida involuntariamente por la sinceridad medio fingida y medio verdadera de su acento sensible y doloroso... llegó á dudar un momento.

Por la primera vez le ocurrió que Mr. Baleinier cometia un error terrible.... y tal vez de buena fe...

Ademas, las agonías de aquella noche, el peligro de su posicion, su agitacion febril, todo concurria á turbar el espíritu de la jóven que contemplaba al médico con una sorpresa cada vez mayor, y haciendo en seguida un esfuerzo violento sobre sí misma para no ceder á una debilidad cuyas terribles consecuencias veía vagamente, esclamó:

—No, no, no quiero... ni puedo creeros... teneis demasiada esperiencia... y saber... para cometer semejante error.

—¡Error! dijo Mr. Baleinier con tono grave y triste, ¡error!... dejadme hablar en nombre de este saber y de esta esperiencia que me concedeis; escuchadme algunos instantes, querida hija mia, y despues... decidiréis vos misma.

—¡Yo misma! repuso la jóven que se quedó pasmada; queréis persuadirme que... y en seguida interrumpiéndose añadió riendo convulsivamente..... efectivamente, solo faltaria á vuestro triunfo el obligarme á confesar que estoy loca... que este es el sitio donde debo estar... que os debo...

—Reconocimiento... sí... me lo debeis como os lo he dicho al empezar esta conversacion... escuchadme; mis palabras serán crueles, porque hay heridas que solo se curan con el hierro y con el fuego... os suplico, hija mia, que reflexioneis... echad con imparcialidad una ojeada sobre vuestra vida anterior... escucháos á vos mis-

ma... y os asustaréis... acordáos de aquellos momentos de exaltacion cuando decíais que ya no pertenecíais á la tierra... y sobre todo os ruego que supuesto que aun estais á tiempo y que todavía conservais alguna lucidez en el espíritu, comparéis vuestro género de vida al de las demas jóvenes de vuestra edad. ¿Hay una sola que viva como vos vivís? ¿qué piense como vos pensais? á menos de creeros sumamente superior á las demas mugeres y que podeis hacer aceptar en nombre de esta superioridad una vida y unos hábitos... los únicos en el mundo...

—Jamás he tenido ese estúpido orgullo... bien lo sabeis... dijo Adriana mirando al doctor cada vez con mayor respeto.

—En este caso, hija mia, ¿á qué debe atribuirse un modo de vivir tan estraño é inesplicable? ¿Podeis vos misma figuraros que es sensato? ¡Ah, hija mia! ¡Cuidado! Todavía no teneis mas que originalidades llenas de gracia... escentricidades poéticas... sueños dulces y vagos..... pero la inclinacion es irresistible, fatal... ¡Cuidado! ¡cuidado! La parte sana, graciosa y viva de vuestro talento y de vuestra inteligencia prepondera todavía... é imprime su sello á vuestras singularidades..... pero todavía no sabeis con que terrible violencia se desarrolla la parte insensata y concluye por dominar la otra... en un momento dado... en este caso ya dejan de ser originalidades graciosas, sino que se vuelven locuras radicales, sórdidas y horribles.

—¡Ah... temo!.... dijo la desgraciada criatura pasando sus trémulas manos sobre su ardiente frente.

—Entonces..... continuó el doctor con voz alterada... entonces las últimas chispas de la inteligencia llegan á apagarse. . entonces... la locura... puesto que es forzoso pronunciar este nombre espantoso... la locura domina y se exhala en transportes furiosos y feroces.

—Como la muger de arriba... murmuró Adriana; y con los ojos ardientes y fijos levantó lentamente el dedo al techo.

—Unas veces... repuso el médico asustado tambien de las terribles consecuencias de sus palabras, pero cediendo á la inexorable fatalidad de su situacion... unas veces la locura es estúpida y brutal..... y la desgraciada criatura que la sufre no conserva de humano mas que la forma... solo quedan en ella los instintos de los animales... semejante á ellos... come como ellos con voracidad y va y viene á la celda á donde ha sido forzoso encerrarle..... ese es el resúmen de toda su vida... de toda...

—Como la muger.... que está allí..... y Adriana, con la vista cada vez mas incierta, estendió lentamente su brazo hácia la ventana del edificio que se veía desde la de su cuarto.

—¡Y bien! si, esclamó Mr. Baleinier... como vos, desgraciada criatura.... estas mugeres eran jóvenes, bellas y vivas; pero tambien tenian en sí mismas, por desgracia, como vos, el gérmen fatal de la locura, que no habiendo sido destruido á tiempo.... se ha ido aumentando.... aumentando.... y ha ahogado su entendimiento.

—¡Oh! ¡piedad! esclamó Mlle. de Cardoville á quien el terror habia trastornado la cabeza.... ¡piedad! ¡no me digais tales cosas! Os repito que tengo miedo ¡mirad, sacadme de aqui.... os ruego què me saqueis de este sitio! esclamó con un acento dolorido, porque concluiré por lo que decis.... por volverme loca.

En seguida, luchando contra las terribles agonías que la asaltaban á pesar suyo, repuso:

—No, ¡oh! no, no temais.... ¡no me volveré loca!...., poseo toda mi razon.

¿Soy acaso tan ciega que crea todo lo que me decis? sin duda mi género de vida no se parece al de nadie, ni pienso como los demas..... estraño las cosas que nadie estraña.... ¿Pero qué prueba esto? Que yo no me parezco á los demas..... ¿Tengo mal corazon? ¿soy envidiosa ó egoista? Confieso que mis ideas son estravagantes, pero en fin, Mr. Baleinier, bien sabeis que mi objeto es generoso, elevado.... Y en esto la voz de Adriana se estremeció y sus lágrimas corrieron en abundancia. Jamas he cometido una mala accion; y si he tenido algunas faltas solo ha sido á fuerza de generosidad; no es uno loco por la sola razon de querer ver felices á todos..... y ademas uno mismo conoce si esta loco, y yo no lo estoy; ademas ¿qué me sé yo? me decis cosas tan espantosas de esas dos mugeres que he visto esta noche..... eso lo debeis saber mejor que yó.... pero en ese caso, añadió Adriana con un acento de dolorosa desesperacion, debe hacerse alguna cosa.... si me teneis afecto ¿por qué habeis esperado tanto tiempo? ¿no podiais haberos compadecido de mi, mucho antes?.... Y lo que es mas terrible aun.... es que no sé si debo creeros.... porque tal vez puede ser un lazo.... pero no.... no.... llorais, entonces lo creo, es verdad.... llorais....

Añadió mirando á Mr. Baleinier que efectivamente, á pesar de su cinismo y de su crueldad no podia contener las lágrimas á la vista de estos tormentos tan grandes.

—Llorais por mi.... ¡con que es verdad....! pero ¡oh Dios mio! ¡en este caso hay algo que hacer! ¿no es verdad? ¡Oh! yo haré lo que querais... todo cuanto querais por no verme como esas mugeres.... como las mugeres que he visto esta noche.... ¿y si fuese ya demasiado tarde? ¡oh, no! no es tarde ¿no es verdad, mi querido señor Baleinier? Ahora os pido perdon de lo que os he dicho cuando entrasteis... Ya veis, entonces yo no sabia....

A estas breves palabras cortadas con sollozos y pronunciadas con cierta especie de ardor febril, sucedieron algunos minutos de silencio, durante el cual el médico que estaba profundamente conmovido, enjugó su lagrimas.

Sus fuerzas se habian agotado.

Adriana habia ocultado el rostro en sus manos: repentinamente levantó la cabeza, su fisomía estaba mas tranquila aunque agitada con un temblor nervioso.

—Señor Baleinier, dijo con sensible dignidad, no sé lo que acabo de deciros; creo que el temor me hacia delirar; en este momento he reflecsionado, escuchadme. Sé que estoy en vuestro poder y que nada puede arrancarme de él... decidme, ¿sois para mi un enemigo implacable ó un amigo? por mi parte lo ignoro. ¿Creeis realmente que lo que ahora es efecto de originalidad llegue á convertirse con el tiempo en una locura, ó mas bien sois cómplice de una infernal maquinacion! Vos solo podeis saberlo.... en cuanto á mí, á pesar de todo mi valor me doy por vencida.... Cualquiera que sea el objeto que quieran conseguir de mi, ¿lo ois? cualquiera que sea, suscribo á él desde ahora.... os doy mi palabra de honor.... ya sabeis que soy leal.... En este caso ya no debeis tener el menor interés en forzarme á permanecer aquí.... Si, al contrario, creeis efectivamente que mi razon corre riesgo, os confieso que habeis despertado en mi dudas vagas, pero espantosas, decídmelo claramente y entonces lo creeré.... yo estoy sola, á vuestra discrecion.... sin amigos.... sin consejeros... Me entrego ciegamente á vuestras manos.... ¿Es mi salvador ó mi verdugo á quien imploro? no lo sé.... lo cierto es que lo repito... aqui teneis mi porvenir...

mi vida... ya no tengo mas fuerzas para disputárosla.

Estas tiernas palabras de resignacion y de confianza desesperada, dieron el último golpe á la indecision del doctor.

Cruelmente afligido con esta escena y sin reflecsionar en las consecuencias de lo que iba á hacer, quiso á lo menos tranquilizar á Adriana sobre los horribles é injustos temores que le habia hecho concebir. La fisonomía del doctor manifestaba sentimientos de arrepentimiento y de benevolencia.

Estos sentimientos estaban demasiado manifiestos en ella.....

En el momento en que se acercaba á Mlle. de Cardoville para cojerle la mano, una vocecita aguda resonó detras del postigo y pronunció estas solas palabras:

—Mr. Baleinier.....

—¡Rodin! murmuró el doctor asustado, ¡estaba espiándome!

—¿Quién os llama? preguntó la jóven á Mr. Baleinier.

—Una persona á quien he citado aqui hoy..... para ir al convento de Santa María, que está muy cerca, dijo el doctor con abatimiento.

—¿Y qué teneis que responderme ahora? dijo Adriana con angustia mortal.

Al cabo de un instante de solemne silencio, durante el cual volvió la cabeza al postigo, el doctor dijo con voz conmovida:

—Yo soy... lo que siempre he sido... un amigo..... incapaz de engañaros.

Adriana se quedó pálida.

En seguida alargó la mano al doctor diciendo con una voz que ella procuraba manifestar tranquila:

—Gracias; tendré valor..... ¿Será esto muy largo?

—Un mes, tal vez..... la soledad... la reflexion..... un régimen adaptado... mis cuidados..... Tranquilizáos..... se os permitirá todo cuanto sea compatible con vuestro estado... y se os tendrán las mayores consideraciones..... Si este cuarto os desagrada, se os dará otro.

—No, este ú otro importa poco, respondió Adriana con triste abatimiento.

—En ese caso, ¡ánimo! ¡no hay que desesperar!

—Tal vez me lisonjeais, dijo Adriana con una sonrisa siniestra; en seguida añadió... Hasta luego, mi querido señor Baleinier; todas mis esperanzas reposan en vos ahora.

Y en esto inclinó su cabeza hácia el pecho; cayeron sus manos sobre sus muslos, y permaneció sentada en el borde de la cama inmóvil y abatida.....

—¡Loca! dijo despues que salió el doctor, ¡tal vez loca!

. . . .

Nos hemos estendido en discutir este episodio mucho mas *romancesco* de lo que pudiera pensarse.

Venganzas, intereses y pérfidas maquinaciones han abusado mas de una vez de la imprudente facilidad con que se recibe de mano de las familias ó de amigos, *pensionistas* en algunas enfermerias particulares destinadas á los locos.

Mas adelante diremos nuestro modo de pensar sobre la ereccion de una especie de inspeccion dependiente de la autoridad ó de la magistratura civil, cuyo objeto deberia ser vigilar periódicamente los establecimientos destinados á los locos..... y otros no menos importantes, y que están fuera del alcance de todo género de vigilancia..... y de los cuales no tardaremos en hablar.

XI.

PRESENTIMIENTOS.

Mientras que pasaban las escenas precedentes en la enfermería del doctor Baleinier, sucedian otras casi á la misma ho-

ra en la calle de Brise Miche, en casa de Francisca Baudoin.

Acababan de dar las siete en el relój de San Merry; el dia estaba oscuro y sombrío y el hielo chispeaba en las ventanas del triste cuarto de la muger de Dagoberto.

Francisca, ignorando aun la prision de su hijo, le habia estado esperando la víspera, toda la tarde y una parte de la noche con suma inquietud; cediendo despues al cansancio y al sueño, se habia echado en un colchon á eso de las tres de la madrugada, al lado de la cama de Rosa y de Blanca.

Francisca se levantó al amanecer para subir á la boardilla de Agricol, esperando, aunque muy debilmente que haria algunas horas que pudiese haber vuelto.

Rosa y Blanca acababan de levantarse y vestirse y estaban solas en aquel frio y triste cuarto.

Quitasolaces, que Dagoberto habia dejado en Paris, estaba tendido junto á la apagada estufa, con su hocico entre las patas delanteras, y no separaba la vista de las dos hermanas, quienes habiendo dormido poco aquella noche, no dejaron de notar las angustias de la muger de Dagoberto. Unas veces la habian visto pasearse y hablando sola, otras, aplicar el oido al menor ruido que venia de la escalera, y muchas veces arrodillarse delante del crucifijo colocado en uno de los estremos del cuarto.

Las huérfanas estaban lejos de pensar que rogando con fervor por su hijo, la escelente muger oraba tambien por ellas, porque el estado de sus almas la espantaba.

La víspera, despues de la precipitada marcha de Dagoberto para Chartres, Francisca aconsejó á las huérfanas, al levantarse, que rezasen: Rosa y Blanca respondieron ingenuamente que no sabian ninguna oracion, y que jamas rezaban de otro modo que invocando á su madre que estaba en el cielo.

Cuando Francisca, conmovida con una dolorosa sorpresa, las habló del catecismo, de confirmacion y de comunion, las dos jóvenes abrieron sus grandes ojos, admiradas, sin comprender la menor cosa de este lenguage.

Por su cándida fé, la muger de Dagoberto, espantada de la ignorancia de las dos niñas en materia de religion, creyó que su alma corria un riesgo tanto mayor y mas eminente, porqué habiéndolas preguntado si habian recibido el bautismo (esplicándoles el significado de este sacramento) la respondieron que creian que no, porque no habia iglesia ni sacerdote en la aldea que habian nacido, durante el destierro de su madre en Siberia.

Poniéndose al nivel de Francisca tocante á sus sentimientos religiosos, será fácil comprender sus terribles agonías; porque á sus ojos, estas jóvenes á quienes queria ya tiernamente, tal era su dulzura y encantos, eran, por decirlo asi, unas pobres idólatras, destinadas inocentemente á una eterna condenacion; asi es que no habiendo podido contener sus lágrimas ni ocultar su espanto, las estrechó en sus brazos, prometiéndolas ocuparse lo mas pronto posible en su salvacion, y desolándose de que Dagoberto no hubiese pensado en hacerlas bautizar en el camino. Es menester confesar que no habia ocurrido semejante idea al ex-granadero de á caballo de la guardia imperial.

La víspera, al separarse de Rosa y de Blanca para ir á los oficios del domingo, Francisca no se habia atrevido á llevarlas consigo, pues con su absoluta ignorancia en materia de religion, su presencia en la iglesia era, sino escandalosa, á lo menos inútil; pero Francisca, en sus fervientes súplicas, imploró con ardor la mi-

sericordia celeste en favor de las huérfanas que ignoraban que su alma estuviese en una posicion tan desesperada.

Rosa y Blanca quedaron pues solas en el cuarto durante la ausencia de la muger de Dagoberto; estaban siempre vestidas de luto, y sus deliciosos rostros parecian aun mas pensativos que tristes; aunque estaban acostumbradas á una vida bastante desgraciada, desde su llegada á la calle de Brise-Miche habian estrañado el penoso contraste que ecsistía en la humilde habitacion que venian á ocupar y las maravillas que su jóven imaginacion se habia figurado al pensar en Paris, la dorada ciudad de sus ensueños.

Pero á poco, esta admiracion tan concebible cedió á otras ideas de una gravedad singular para sus años; la contemplacion de aquella digna y laboriosa pobreza hizo reflecsionar profundamente á las huérfanas, no como unas niñas sino como unas doncellas: favorecidas de un entendimiento justo y simpático por el bien, de un corazon noble y de un delicado y valeroso carácter, habian observado y meditado mucho en veinticuatro horas.

—Hermana mia, dijo Rosa cuando Francisca salió del cuarto, la pobre muger de Dagoberto está muy inquieta... ¿Has observado.... esta noche.... su ajitacion? ¡Como lloraba! ¡Como rezaba!

—Su sentimiento me enternecia, como á tí, hermana mia, y yo no he hecho mas que preguntarme la causa.

—Temo adivinarla. Si, tal vez seremos nosotras el motivo de sus inquietudes.

—¿Porqué, hermana mia? ¿porque no sabemos rezar y porque ignoramos si estamos bautizadas?

—Es verdad que esto le ha causado, al parecer, un gran sentimiento: mucho me he enternecido porque todo eso nos prueba que nos quiere de veras..... Pero lo que no he comprendido es porqué corremos tan grande riesgo, segun ella decia.

—Ni yo tampoco, hermana mia. Procuremos no hacer nada que desagrade á nuestra madre que nos está viendo y oyendo.

—Nosotras queremos á las personas que nos quieren, no aborrecemos á nadie y nos resignamos á todo lo que nos suceda....

—¿De qué mal se nos puede acusar?

—De ninguno; pero, ya ves hermana mia, podriamos incurrir en él involuntariamente.

—¿Nosotras?

—Sí; y por esa razon te decia yo: Temo que seamos la causa de las inquietudes de la muger de Dagoberto.

—¿Y de qué modo?

—Escucha, hermana mia: Mme. Francisca ha querido trabajar ayer en esos sacos de tela ordinaria... que están sabre la mesa...

—Sí, y al cabo de media hora... nos dijo con tristeza que no podia continuar... que no veia bien... que habia perdido la vista.

—¿Con que segun eso ya no puede trabajar mas para ganar su vida?

—No; su hijo... Agricol es quien la sostiene... parece tan bueno, tan alegre, tan franco, y se considera tan feliz de ser el apoyo de su madre... ¡Ah! ¡es un digno hermano de nuestro ángel Gabriel!

Ahora vas á ver porque te hablo del trabajo de Mr. Agricol..... nuestro buen viejo Dagoberto nos ha dicho que al llegar aquí no le quedaba mas que muy poco dinero.

—Es verdad...

—Ni él ni su muger pueden ganar la vida ¡qué puede hacer un soldado pobre y viejo!

—Tienes razon lo único que sabe es

cuidarnos y querernos como si fuéramos hijas suyas.

—Así es que Agricol tiene tambien que sostener á su padre... porque Gabriel es un pobre eclesiástico que nada posee ni nada puede por los que le han criado... ya ves que solo Agricol es el que sostiene á toda la familia.

—Sin duda... se trata de su madre... de su padre... es su deber y lo hace con gusto.

—Si, hermana mia, pero á nosotras nada nos debe.

—¿Qué dices, Blanca?

—Va á verse obligado á trabajar tambien por nosotras, supuesto que nada poseemos en el mundo.

—No hubiera pensado en esto; tienes razon.

—Ya ves, hermana mia, aunque nuestro padre es duque y mariscal de Francia, como dice Dagoberto... y por mas que tengamos las mejores esperanzas en esta medalla... mientras que nuestro padre no esté aquí y hasta que se realicen nuestras esperanzas, seremos siempre unas pobres huérfanas, obligadas á servir de carga á esta buena familia á quien tanto debemos y que ademas está tan pobre... que...

—¿Por qué te interrumpes, hermana mia?

—Lo que voy á decirte haria reir á otras personas, pero tu lo comprenderás: ayer, la muger de Dagoberto, viendo comer al pobre *Quitasolaces*, dijo con tristeza: ¡Oh Dios mio! come como una persona... el modo con que dijo esto me dió gana de llorar; así juzga si, son pobres... y sin embargo hemos venido á aumentar sus escaseces...

Y en esto las dos hermanas se miraron tristemente, al mismo tiempo que *Quitasolaces* manifestaba no entender lo que se hablaba tocante á su voracidad.

—Hermana mia, ya te entiendo, dijo Rosa al cabo de un instante de silencio... es preciso no servir de carga á nadie..... nosotras somos jóvenes... y tenemos buen ánimo... ínterin no se decida nuestra posicion, considerémonos como hijas de artesanos... bien mirado ¿nuestro abuelo no es tambien artesano? Busquemos trabajo y ganemos la vida... ¡Ganar su vida! qué noble es esto... qué feliz debe ser una!

—¡Querida hermana mia! dijo Blanca abrazando á Rosa ¡qué felicidad! me has adivinado, abrázame.

—¿Cómo es eso?

—Tu proyecto era tambien el mio... si, cuando oí ayer á la muger de Dagoberto que tenia perdida la vista..... miré tus grandes y negros ojos que me hicieron pensar en los mios, y dije para mi: me parece que si la pobre muger de nuestro viejo Dagoberto ha perdido la vista... las señoritas Rosa y Blanca Simon ven muy bien... lo cual es una compensacion... añadió Blanca sonriéndose.

—Y bien mirado, las señoritas de Simon no son tan torpes, repuso Rosa sonriéndose tambien, que no puedan coser sacos de tela ordinaria que tal vez las desollarán un poco los dedos; pero no importa.

—Ya lo ves, pensábamos una misma cosa, como siempre; solamente que yo queria sorprenderte y esperar á que estuviésemos solas para comunicarte mi idea.

—Sí, pero hay una cosa que me atormenta.

—¿Y qué es?

—Primeramente, Dagoberto y su muger no dejarán de decirnos: señoritas, no habeis nacido para eso. ¡coser sacos ordinarios! Dejad eso... ¡las hijas de un mariscal de Francia!... Y despues, si insistimos nos dirán que no hay costura que darnos, que si la queremos debemos buscarla. Y en este caso, ¿de quien será el embarazo? de las señoritas Simon; porque ¿donde irán á buscar obras?

—Lo cierto es que cuando á Dagoberto se le mete una cosa en la cabeza....

—¡Oh! ¡mimándole bien!...

—Si, tocante á ciertas cosas... pero en cuanto á otras, es intratable... Esto les lo mismo como si en el camino hubiéramos querido impedirle que se molestase tanto por nosotras.

—¡Hermana mia! ¡me ocurre una idea! esclamó Rosa, ¡una escelente idea!

—Vamos, habla pronto.

—Ya has visto á esa jóven costurera á quien llaman la Gibosa, que es tan servicial y tan perseverante.

—Si, y tímida y discreta; parece que teme siempre molestar, aun mirando. Mira, ayer no notaba que yo la estaba mirando; te contemplaba con un aire tan bueno, tan dulce; parecia tan feliz que me saltaron las lágrimas de ternura...

—Y bien, preguntarémos á la Gibosa lo que debemos hacer para encontrar una ocupacion, porque ella misma vive de su trabajo.

—Tienes razon, ella nos lo dirá, y cuando lo sepamos, por mas que Dagoberto nos riña y la eche de superior seremos tan testarudas como él.

—Eso es, tengamos carácter, probémosle que tenemos en las venas, como él dice, sangre de soldado.

—Y le diremos, Dagoberto, ¿tú pretendes que algun dia seremos ricas? ¡y bien! ¡tanto mejor! como eso nos acordaremos de estos tiempos con mayor gusto.

—Con que estamos convenidas, ¿no es verdad, Rosa? La primera vez que estemos solas con la Gibosa, será menester que la hagamos nuestras confianzas, y que nos diga lo que necesitamos saber; es tan buena, que no se negará á ello.

—Asi, cuando llegue nuestro padre, aprobará nuestra decision, estoy segura.

—Y nos felicitará de que nos hayamos mantenido como si hubiésemos estado solas en el mundo.

A estas palabras de su hermana, Rosa se estremeció. Una nube de tristeza y casi de espanto oscureció un momento su delicioso rostro, y esclamó:

—¡Dios mio! ¡que horrible idea, hermana mia!

—¿Que tienes? ¡me asustas!

—En el mismo momento en que decias que nuestro padre nos felicitaria de habernos mantenido como si estuviesemos solas en el mundo, me ha ocurrido una idea espantosa... no sé porqué... mira... mira como late mi corazon, parece que va á sucedernos una desgracia.

—Es verdad, late con mucha fuerza... pero ¿en qué has pensado? me asustas.

—Cuando estuvimos presas á lo menos no nos separaron, y ademas, la prision era un refugio.....

—Si, bien triste, aun que en tu compañía.

—Pero si al llegar aqui, una desgracia nos separase de Dagoberto, si nos hubiésemos encontrado solas..... abandonadas y sin recursos en esta gran ciudad...

—¡Ah, hermana mia, calla! tienes razon..... eso seria terrible..... ¡Qué hubiera sido de nosotras, Dios mio!

A esta cruel idea, las dos jóvenes se quedaron un momento silenciosas y abatidas.

Sus preciosos rostros, animados hasta entonces de una noble esperanza, quedaron pálidos y tristes.

Al cabo de un largo rato de silencio, Rosa levantó la cabeza; sus ojos estaban arrasados de lágrimas.

—¡Dios mio! dijo con voz trémula..... ¿por qué esta idea nos entristece tanto, hermana mia? Tengo el corazon oprimido como si debiéramos pasar algun dia por esta desgracia.....

—Yo tambien siento, como tú, un gran temor.....

—Mira, Blanca, desechemos esas ideas... ¿No estamos aquí en casa de Dagoberto, con gentes tan buenas?

—Mira, hermana mia, repuso Rosa con aire pensativo; tal vez esto será un bien para nosotras que nos haya ocurrido esta idea.

—¿Por qué?

—Porque ahora nos parecerá tanto mejor esta pobre casa por cuanto hemos encontrado en ella un refugio en todas nuestras penas..... Y cuando, gracias á nuestro trabajo, estamos seguras de no servir de carga á nadie..... ¿qué puede faltarnos mientras llega nuestro padre?

—Nada, tienes razon; pero en fin, ¿porqué nos habrá ocurrido esta idea? ¿porqué nos abruma de un modo tan terrible?

—Sí, ¿porqué? Bien mirado, ¿no estamos aquí en medio de amigos que nos quieren? ¿cómo hemos podido suponer que podamos vernos solas y abandonadas en Paris? Es imposible que nos suceda una desgracia tan grande..... ¿no es verdad, hermana mia?

—Imposible, dijo Rosa sobresaltada, y si la víspera de nuestra llegada al pueblo de Alemania dende mataron al pobre Jovial, nos hubieran dicho: Mañana estareis presas..... hubiéramos dicho como hoy... eso es imposible..... ¿No tenemos á Dagoberto para que nos proteja? ¿Qué podemos temer?... y sin embargo acuérdate, hermana mia, dos dias despues estábamos en la cárcel de Leipsik....

—No digas eso, hermana mia, me causas miedo.

Y por un movimiento simpatico, las huérfanas se cojieron la mano y se abrazaron, mirando al rededor con espanto involuntario.

La emocion que esperimentaban era efectivamente profunda, estraña, inesplicable... y á pesar de eso vagamente amenazadora, como los negros presentimientos que esperimentamos muchas veces involuntariamente..... como las funestas previsiones que arrojan una luz siniestra sobre la misteriosa profundidad del porvenir.

Adivinaciones singulares, incomprensibles, olvidadas muchas veces tan pronto como se han esperimentado, pero que despues de algun tiempo, cuando los sucesos vienen á justificarlas, aparecen entonces en la imaginacion con toda su horrorosa fatalidad.

. . . .

Las hijas del mariscal Simon estaban aun sumidas en el acceso de la tristeza que les habia hecho concebir estas ideas, cuando la muger de Dagoberto, que volvia del cuarto de su hijo, entró con una fisonomia dolorosamente conmovida.

XII.

LA CARTA.

Cuando Francisca volvió á su cuarto tenia el rostro tan profundamente alterado que Rosa no pudo menos de esclamar:

—¡Dios mio! ¿qué teneis señora?

—¡Ah, queridas señoritas mias! no podré ocultároslo mas tiempo.... y en esto Francisca se echó á llorar;...... desde ayer no vivo.... esperaba á mi hijo, como todos los dias, para cenar...... no ha venido.... No he querido daros á entender cuanto me afligia esto.... yo contaba todos los minutos..... porque hace diez años que jamás sube á acostarse sin venir antes á abrazarme. He pasado parte de la noche escuchando á la puerta por si oia sus pasos... pero ha sido inútil.... En fin á las tres de la madrugada, me eché en un colchon, y ahora vengo de ver si segun yo esperaba, aunque no mucho, habia vuelto hoy por la mañana.

—¿Y qué hay, señora?

—¡Todavia no ha vuelto! dijo la pobre madre enjugándose los ojos.

Rosa y Blanca se miraron con emocion; una misma idea las preocupaba; si Agricol no venia ¿cómo se mantendria esta familia? ¿no serian en este caso una carga doblemente insoportable?

—Puede ser, dijo Blanca, que Agrícol se haya quedado trabajando, y por eso no habrá podido venir ayer noche.

—¡Oh! no, no; hubiera vuelto á media noche sabiendo la inquietud con que yo estaria.... ¡Ay! ¡tal vez le haya sucedido una desgracia! ¡acaso se habrá herido en la fragua! ¡es tan impetuoso y tan eficaz para el trabajo! ¡ah, pobre hijo mio! Y como si yo no tuviese ya bastantes angustias por él, esa pobre costurera que vive arriba aumenta mas mi amargura.

—¿Como es eso, señora?

—Al salir del cuarto de mi hijo, entré en el suyo para contarle mis cuitas, porque para mí es casi una hija..... y no la he encontrado en el pequeño gabinete que ocupa... apenas empezaba á amanecer... y su cama no estaba deshecha..... ¿Dónde ha ido tan temprano, cuando apenas sale nunca?

Rosa y Blanca se miraron con nueva inquietud porque contaban mucho con la costurera para que las ayudase en la resolucion que acababan de tomar. Felizmente se tranquilizaron pronto del mismo modo que Francisca, porque despues de haber llamado con tiento dos veces á la puerta, se oyó la voz de la Gibosa.

—¿Se puede entrar, señora Francisca?

Mediante un movimiento espontáneo, las dos huérfanas corrieron á la puerta y abrieron á la costurera.

Desde la víspera estaba continuamente nevando; asi es que el vestido de indiana de la jóven, su pequeño chal de coton y su gorra de tul negro que descubria dos grandes trenzas de pelo castaño, y que adornaba su pálido é interesante rostro, estaban empapados en agua: el frio habia dejado lívidas sus blancas y descarnadas manos; y solo se conocia por el brillo de sus azulados ojos, ordinariamente dulces y tímidos, que esta pobre criatura, tan débil y tan tímida, habia sacado de la gravedad de las circunstancias una energia estraordinaria.

—¡Dios mio! ¿de donde vienes, mi buena Gibosa le dijo Francisca...... hace poco que habiendo ido á ver si mi hijo habia vuelto.... abrí la puerta de tu cuarto y estrañé mucho.... no verte..... ¿has salido muy temprano?

—Os traigo noticias de Agricol.....

—¡De mi hijo! esclamó Francisca temblando: ¿qué le ha sucedido? ¿le has visto? ¿le has hablado? ¿dónde está?

—No le he visto, pero sé donde está.

Y viendo que Francisca se demudaba, añadió la jóven.

—Tranquilizaos..... está bueno y no corre el menor riesgo.

—¡Bendito seais, Dios mio, que no os cansais de tener compasion de esta pobre pecadora!... antes de ayer me habeis devuelto mi marido, hoy despues de una noche tan cruel, me tranquilizais sobre la vida de mi pobre hijo!

Y diciendo estas palabras, Francisca se puso de rodillas en el suelo santiguándose con mucha devocion.

Durante el silencio que causó el movimiento de devocion de Francisca; Rosa y Blanca se aproximaron á la Gibosa y le dijeron en voz baja con una tierna espresion de interés:

—¡Qué mojada estais!..... mucho frio debeis tener..... ¡Cuidado con caer enferma!

—No nos hemos atrevido á decir á Mme. Francisca que encienda la estufa..... pero ahora vamos á decírselo.

La Gibosa, tan sorprendida como penetrada de la benevolencia que le manifestaban las hijas del general Simon, y mas sensible que nadie á la menor prueba de bondad que recibia, les respondió con una mirada de inefable reconocimiento:

—Señoritas, os agradezco vuestras buenas intenciones. Tranquilizaos, estoy acostumbrada al frio, y ademas estoy tan inquieta que no lo siento.

—¿Y mi hijo! dijo Francisca levantándose despues de haber estado arrodillada algunos momentos ¿porqué se ha quedado fuera esta noche? ¿sabias tu donde podias encontrarle, mi buena Gibosa? ¿Vendra pronto? ¿cómo es que tarda tanto?

—Mme. Francisca, os aseguro que Agricol está bueno; pero debo deciros que hasta dentro de algun tiempo.....

—¿Qué?

—¡Vamos, señora, ánimo!

—¡Ay, Dios mio! no me ha quedado una gota de sangre en las venas! ¿Qué ha sucedido? ¿por qué no le veré?

—Por desgracia, está preso, señora.

—¡Preso! esclamaron las gemelas con espanto.

—¡Dios mio, cúmplase en todo vuestra santa voluntad! dijo Francisca... esto es una grande desgracia..... ¡Preso! ¡él que es tan bueno y tan honrado!... ¿por qué? necesariamente debe haber en esto una equivocacion.

—Antes de ayer, repuso la Gibosa, he recibido una carta anónima en la que me decian que Agricol podia ser preso de un momento á otro á causa de su *Cancion de los Trabajadores;* él y yo quedamos convenidos en que iria á casa de aquella señorita tan rica de la calle de Babilonia que le habia ofrecido sus servicios. Agricol debia pedirle que saliese por fiadora para impedir que le llevaran á la cárcel. Ayer mañana fué á casa de esta señorita.

—Con que sabes todo eso y nada me has dicho..... ni él tampoco ¿por qué razon me lo habeis ocultado?

—Para no causaros la mayor inquietud, señora Francisca, porque contando con la generosidad de esta señorita, estaba esperando á cada instante á Agricol. No viéndole volver ayer noche dije para mi: Tal vez las formalidades de la fianza le detengan mucho tiempo..... Pero este pasaba..... y Agricol no parecia.....

Asi he pasado la noche esperándole.

—¡Con que no te has acostado, mi buena Gibosa!

—Estaba demasiada agitada..... asi es que esta mañana no pudiendo dominar mis temores, me decidí á salir, y como me acordaba bien de la casa de esta señorita en la calle de Babilonia... fuí corriendo á ella.

—¡Oh, bien, bien! dijo Francisca con ansiedad, has hecho bien. Segun me decia mi hijo esa señorita parecia muy buena y generosa.

La Gibosa meneó tristemente la cabeza, asomó una lágrima en sus párpados y continuó:

—Cuando llegué á la calle de Babilonia, todavia era de noche y tuve que esperar á que fuese bien de dia.

—Pobre criatura..... tu que eres tan medrosa, tan delicada..... dijo Francisca profundamente conmovida, ir tan lejos... y con tan mal tiempo..... ¡Ah! ¡tu eres una verdadera hija mia!

—¿Pues qué, Agricol no es tambien para mi un hermano? dijo dulcemente la Gibosa poniéndose un poco colorada; en seguida repuso: cuando amaneció me atreví á l'amar á la puerta del pabelloncito, y salió á abrirme una bonita muchacha muy pálida y triste: Señorita, vengo de parte de una madre que está en la mayor desesperacion, la dije al instante para interesarla, porque yo estaba tan pobremente vestida que temia que me despidiesen co-

mo á un mendigo; pero viendo, al contrario, que la jóven me escuchaba con bondad, la pregunté si habia visto la víspera á un jóven que habia venido á pedir á su ama un gran servicio.

—¡Ay! sí; me respondió la jóven; mi ama iba á hacer lo que él deseaba y sabiendo que le andaban buscando para prenderle, le hizo esconder, desgraciadamente le han encontrado y ayer tarde á las cuatro se lo han llevado á la cárcel.

Aunque las huérfanas no habian tomado parte en la conversacion se leia sin embargo en su triste rostro y en sus inquietas miradas cuanto padecian con los disgustos de la muger de Dagoberto.

—Pero tu debias haber procurado hablar con esa señorita, esclamó Francisca, y suplicarla que no abandonase á mi hijo.... es tan rica.... que debe tener mucho favor.... su proteccion puede salvarnos de una gran desgracia.

—¡Ay! dijo la Gibosa con profundo dolor, es preciso renunciar á esta última esperanza.

—¿Por qué? Supuesto que esa jóven es tan buena, respondió Francisca, se compadecerá de nosotros cuando sepa que mi hijo es el único apoyo de una familia entera.... y que para él, la cárcel es mas terrible que para otro cualquiera en razon á que es la última miseria para todos.

—Segun me dijo la jóven llorando, repuso la Gibosa, esta señorita ha sido conducida ayer noche á una enfermería...... parece.... que está loca....

—¡Loca! ¡eso es terrible! para ella y para nosotros tambien. ¡Qué será de nosotros ahora que hemos perdido todas las esperanzas! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Y la desgraciada muger ocultó su rostro en las manos.

A la terrible esclamacion de Francisca sucedió un profundo silencio.

Rosa y Blanca se miraron desoladas, manifestando una profunda afliccion, porque conocian que su presencia aumentaba mucho mas los embarazos de esta familia.

La Gibosa, agoviada de cansancio y de tantas dolorosas emociones, temblaba bajo sus vestidos empapados, y se sentó abatida en una silla pensando en la desesperada posicion de esta familia.

Efectivamente esta posicion era muy cruel.

En tiempo de conmociones políticas ó de agitaciones causadas entre las clases laboriosas por la precision de suspender el trabajo ó por la injusta reduccion de salario que injustamente les impone la poderosa coalicion de los capitalistas, se ven muchas veces familias enteras de artesanos, gracias á la detencion preventiva, en una posicion tan deplorable como la de la familia de Dagoberto á causa de la prision de Agrícol, prision debida por otro lado á las maniobras de Rodin y de los suyos, como veremos mas adelante. Y á propósito de la detencion preventiva que alcanza á veces á jornaleros honrados y laboriosos, casi siempre arrastrados por la terrible estremidad de las coaliciones á causa de la *inorganizacion* del trabajo y la *insuficiencia de los jornales*, es muy doloroso, á nuestro modo de pensar, ver que la ley que debe ser igual para todos, rehusa á unos lo que concede á otros.... porque estos pueden disponer de una suma de dinero....

En muchas circunstancias, el hombre rico, mediante una *caucion*, puede evitar los inconvenientes de una prision preventiva, depositando una suma: da palabra de presentarse en un dia fijado y continúa gozando de sus placeres, sigue en sus ocupaciones, ó disfruta de los dulces goces de familia.... Nada hay mejor que el que un acusado sea tenido por inocente, nunca estará bastante apreciada esta in-

dulgencia. Tanto mejor para el rico, pues que puede disfrutar del beneficio de la ley.

Pero ¿y el pobre?

No solamente no puede dar fianza, porque no tiene mas capital que su trabajo diario, sino que para él es mucho mas terrible, sino funesto, el rigor de una prision preventiva. Pero para el rico.... la cárcel.... solo es una falta de comodidades y de bienestar.... es un tedio y el disgusto de verse separado de los suyos; ciertamente estas consideraciones merecen interés; todo disgusto es sensible, y las lágrimas del rico separado de sus hijos son tan amargas como las del pobre separado de su familia.

Pero la ausencia del rico no condena á los suyos ni al hambre ni al frio, ni á las enfermedades incurables causadas por el aniquilamiento y la miseria....

Al contrario.... para el artesano.... la cárcel es la falta de todo, la desnudez y algunas veces la muerte de algun individuo de su familia.

No poseyendo nada, no puede dar fianza y vá preso.

¿Y si á esto se agrega como sucede con frecuencia, que tiene una madre ó un padre achacoso, la muger enferma ó los hijos todavia en la cuna?

¿Qué será de esta desgraciada familia? Apenas podrá salir del dia con el jornal de este hombre, jornal casi siempre insignificante, y de pronto viene á faltarles por cuatro ó cinco meses el único apoyo con que contaban.

¿Qué hará esta familia?

¿A quién recurrirá?

¿Qué será de estos ancianos achacosos, de esas mugeres viejas, de esos tiernos niños que no pueden ganar el pan cotidiano? Si por casualidad poseen alguna ropa ó algunos vestidos, los llevan al instante al Monte de Piedad; con este recurso podrán vivir tal vez una semana... pero ¿y despues?

¿Y si llega el invierno á aumentar los rigores de esta horrorosa é inevitable miseria?

En este caso el artesano preso verá en su imaginacion, durante las largas horas de insomnio, á las personas que ama débiles y descarnadas y llenas de necesidad, acostadas casi en cueros en una cama de paja sucia y procurando calentarse sus helados miembros unos contra otros.

Supongamos que sea absuelto; á su vuelta encuentra á su familia sumida en el luto y en la miseria.

Y por último, despues de haber estado privado tan largo tiempo de trabajo, ha perdido sus parroquianos ¡cuántos dias pasan ántes de volver á hallar trabajo! un dia en la ociosidad, es un dia sin pan...

Repitámoslo, si la ley no ofreciese, en ciertas circunstancias, á los ricos el beneficio de la *caucion* no se podria menos de compadecer las inevitables desgracias particulares; pero supuesto que la ley permite poner provisoriamente en libertad á los que poseen una cierta cantidad de dinero, ¿por qué razon priva de estas ventajas principalmente á aquellos para quienes la libertad es una indispensable necesidad, pues que esta es para ellos la vida y la existencia de su familia? ¿Hay algun remedio para este estado de cosas? Así lo creemos. El minimum de la caucion que la ley exige es 500 FRANCOS. Esta suma representa, por término medio, seis meses de trabajo de un artesano laborioso. Si este es casado y tiene ademas dos hijos (que es el término medio de sus cargas) es evidente que le es materialmente imposible haber economizado nunca esta suma.

Así, exigirle 500 francos por dejarle la libertad de sostener á su familia, es ponerle virtualmente fuera del beneficio de

la ley, que mas que nadie tendria derecho de gozar, atendidas las desastrosas consecuencias que la detencion preventiva tendria para los suyos.

¿No seria mas equitativo y humano, y de un noble y saludable ejemplo, el aceptar en todo caso en que la caucion es permitida (siendo ademas reconocida la probidad del acusado) las *garantías morales* de aquellos á quienes la pobreza no permite dar *garantías materiales*, que no tienen mas capital que su trabajo y su probidad; aceptar *su fé de hombres honrados* para que se presentase el dia del fallo de la causa?

¿No seria moral y grandioso, principalmente en los tiempos presentes, aumentar de este modo el valor de la promesa jurada y de ennoblecer el hombre á sus propios ojos para que su juramento sea considerado como una garantía suficiente?

¿Podrá desconocerse hasta este punto la dignidad del hombre para sostener que esto es una utopía y un imposible? A esto preguntaremos si se han visto muchos prisioneros de guerra faltar á su palabra y si estos soldados y estos oficiales no eran hijos del pueblo.

Sín exagerar de ningun modo la virtud del juramento en las clases laboriosas, pobres y honradas, estamos persuadidos de que el compromiso por el que se obliga el acusado á comparecer el dia del fallo, será siempre ejecutado no solo fiel y lealmente, sino aun con el mayor reconocimiento, puesto que su familia no ha estado espuesta á las privaciones que causa la ausencia, gracias á la indulgencia de la ley.

Existe ademas un hecho con el que la Francia debe vanagloriarse; y es que generalmente la magistratura, tan miserablemente retribuida como el ejército, es ilustrada, íntegra, humana é independiente: está persuadida de la utilidad y fuerza de su sacerdocio; puede mas que cualquiera otro cuerpo apreciar caritativamente los males y los inmensos dolores de las clases laboriosas de la sociedad, con la cual está con tanta frecuencia en contacto.

Nunca podrá darse la suficiente latitud á los magistrados para la apreciacion de los casos en que deba ser admitida la *caucion moral*, única que puede dar el hombre necesitado.

En fin, si los que hacen las leyes y los que nos gobiernan ultrajasen al pueblo hasta el punto de mirar con injurioso desprecio las ideas que acabamos de emitir, ¿no se podria á lo ménos pedir *que el minimum de la caucion fuera tan bajó que pudiese estar al alcance de los que se hallan en la necesidad de evitar los estériles rigores de una detencion preventiva?*

¿No pudiera admitirse por límite estremo el salario medio de un artesano durante un mes?

Es decir, *ochenta francos.*

Y aun esto seria exorbitante; pero en fin, con el ausilio de los amigos, con el del Monte de Piedad y con algunos adelantos, ochenta francos pudieran encontrarse, es verdad que difícilmente, pero á lo menos algunas veces, y esto seria libertar muchas familias de terribles miserias. Supuesto esto, pasemos y volvámos á la familia de Dagoberto que, en consecuencia de la detencion preventiva de Agricol, se hallaba en una posicion tan desesperada.

. . . .

Las angustias de Francisca aumentaban en razon de sus reflexiones; porque, contando las hijas del general Simon, se vé que cuatro personas se hallaban enteramente sin recursos; pero es menester confesar que esta madre escelente pensaba menos en ella que en el disgusto que debia tener su hijo al acordarse de la deplorable posicion en que ella se encontraba.

En este momento llamaron á la puerta.

—¿Quién está ahí? dijo Francisca.

—Yo, señora Francisca..... yo..... el tio Leriot.

—Entrad, dijo la muger de Dagoberto.

El tintorero que servia de portero, se presentó á la puerta del cuarto. En vez de tener los brazos y las manos teñidas de color verde manzana lustrosa, las tenia de un magnífico violeta.

—Mad. Francisca, dijo el tio Leriot, una carta que dos pobres que dan agua bendita en Saint-Merry han traido de parte del abate Dubois, con encargo de entregárosla al instante..... han dicho que era una cosa urgente.

—¿Una carta de mi confesor? dijo Francisca admirada; en seguida tomándola añadió: Gracias, tio Leriot.

—¿Quereis algo, Mad. Francisca?

—No, tiene Leriot.

—Servidor de la compañía.

Y el tintorero se marchó.

—Gibosa, ¿quieres leerme esta carta? dijo Francisca, que estaba muy inquieta sobre su contenido.

—Sí, señora.

—Y la jóven leyó lo que sigue:

«Mi querida Mad. Baudoin: Tengo costumbre de oiros los mártes y sábados; «pero como ni mañana ni el sabado próesimo estaré libre, podreis venir hoy lo «mas pronto posible, á menos que no «querais pasar una semana sin acercaros «al tribunal de la penitencia.»

—¡Una semana! ¡justo cielo! esclamó la muger de Dagoberto..... ¡Ay! demasiado conozco la necesidad que tengo hoy de ello en medio de la turbacion y del disgusto en que estoy sumida.

En seguida, dirigiéndose á las huérfanas, les dijo:

—Dios ha oido las súplicas que le he dirigido por vosotras, mis queridas señoritas..... puesto que hoy mismo puedo ir á consultar á un digno y santo varon sobre los grandes riesgos que correis sin saberlo..... ¡pobres niñas mias! ¡tan inocentes y sin embargo tan culpables, aunque no por causa vuestra! ¡Ah! el señor es testigo de que mi corazon está tan afligido por vosotras como por mi hijo.....

Rosa y Blanca se miraron, confundidas, porque no comprendian los temores que el estado de su alma inspiraba á la muger del soldado.

Esta repuso dirigiéndose á la jóven costurera:

—Mi buena Gibosa, necesito que me hagas un servicio mas.

—Hablad, señora Francisca.

—Mi marido se ha llevado á Chartres el jornal de la semana de Agricol, y en esto consistia todo el dinero que habia en casa; estoy segura que mi pobre hijo no tiene un cuarto..... y en la cárcel tal vez necesitará alguna cosa..... Toma mi vaso y mi cubierto de plata..... las cuatro sábanas que quedan y mi chal, que Agricol me dió el dia de mi santo, y llévalo todo al Monte de Piedad..... Yo procuraré saber en que cárcel está mi hijo, y le enviaré la mitad de la suma que tú me tragas..... el resto..... nos servirá para comer..... ínterin viene mi marido. Pero entonces ¿qué haremos? ¡qué golpe para él! y con este golpe... la miseria... puesto que mi hijo está preso..... y mi vista perdida. ¡Dios mio! esclamó la desgraciada madre con una espresion de impaciencia y de amargo dolor, ¿qué quereis de mí? sin embargo he hecho todo lo que he podido para merecer vuestra compasion..... si no en mi favor..... á lo menos en el de los mios.

En seguida, arrepintiéndose de esta esclamacion, repuso:

—¡No, no, Dios mio! yo debo conformarme con vuestra divina voluntad. Perdonadme mi impaciencia y castigadme á mi sola.

—¡Animo! señora Francisca, dijo la

Gibosa. Agricol es inocente, y no puede estar mucho tiempo en la cárcel.

—Pero no habia pensado, repuso la muger de Dagoberto.... que si vas al Monte de Piedad, perderás mucho tiempo, mi buena amiga.

—Yo adelantaré por la noche...... señora Francisca: ¿creeis que yo podré pegar los ojos sabiendo que estais sufriendo tantos tormentos? El trabajo me distraerá.

—Pero gastarás en luz.

—No tengais cuidado, señora Francisca; ya tengo bastante adelantado, dijo la pobre jóven, mintiendo.

—Abrázame á lo menos, dijo la muger de Dagoberto con los ojos húmedos; eres la mejor muger que he conocido. Y Francisca salió corriendo.

Rosa y Blanca se quedaron solas con la Gibosa: finalmente ya habia llegado para ellas el momento que con tanta impacien cia deseaban.

La muger de Dagoberto no tardó en llegar á la iglesia de Saint Merry, donde la esperaba su confesor.

XIII.

EL CONFSONARIO.

Nada mas lúgubre que el aspecto de la parroquia de Saint Merry en aquel dia de invierno, oscuro y nevoso. Francisca se detuvo un instante bajo e pórtico, á la vista de un triste espectáculo.

Mientras que un clérigo murmuraba algunas palabras en voz baja, dos ó tres sochantres enlodados, con sucias sobrepelices, salmodiaban los cantos de los muertos con aire distraido y de mal humor, alrededor de un pobre ataud de pino acompañado tan solo de un viejo y un muchacho miserablemente vestidos, y que sollozaban contemplándolo.

Sumamente incomodados el suizo y el pertiguero de que les hubiesen molestado para un entierro tan mísero, ni siquiera se habian dignado vestir su librea: y esperaban bostezando de impaciencia el fin de aquella ceremonia, tan indiferente para la fábrica: al fin, arrojó el cura algunas gotas de agua bendita sobre el ataud, entregó el hisopo al pertiguero y se retiró.

A esto sucedió una de esas escenas vergonzosas, consecuencia precisa de un tráfico innoble y sacrílego, una de esas escenas tan frecuentes cuando se trata del entierro de un pobre que no puede pagar cirios, ni misa mayor, ni violines, porque tambien hay violines en los entierros. (2).

El viejo alargó la mano al pertiguero para recibir de este el hisopo.

—Tomad... y daos prisa, dijo el segundo soplándose los dedos.

La emocion del viejo era profunda, y su debilidad estrema: permaneció un momento inmoble con el hisopo en su mano trémula: aquel ataud encerraba á su hija... la madre del niño cubierto de harapos que lloraba á su lado... El corazon de este hombre se partia á la idea de este último adios.... permanecia sin movimiento... y sus convulsivos sollozos le levantaban el pecho.

—¡Vamos, despachaos pronto! dijo brutalmente el pertiguero: ¿habeis creido acaso que nos hemos de acostar aqui?

El anciano se dió prisa.

Hizo la señal de la cruz sobre el ataud, é inclinándose, entregó el hisopo á su nieto, cuando el sacristan, que creia que la cosa habia durado bastante, quitó el aspersorio de las manos del niño é hizo señal á los hombres que debian conducir la caja, para que se la llevasen cuanto antes, lo que se egecutó en seguida.

¡Vaya un posma de viejo! dijo en voz baja el suizo al pertiguero dirigiéndose

(2) En Santo Tomás de Aquino.

hácia la sacristia: apenas nos queda tiempo de almorzar y vestirnos para el entierro lujoso de esta mañana... hé ahí un muerto que vale la pena... ¡En guardia la alabarda!

—Y las charreteras de coronel, para dar en el ojo á la alquiladora de sillas, pícaro...... dijo el pertiguero en tono de broma.

—Que quieres, Catillard, como uno es buen mozo, y eso está á la vista, contestó el suizo con aire de triunfo, yo no puedo tampoco cegar las mugeres por su tranquilidad.

Y ambos hombres entraron en la sacristia.

La vista del entierro aumentó aun la tristeza de Francisca.

Cuando entró en la iglesia, solo habia siete ú ocho personas diseminadas en las sillas, en aquel edificio húmedo y glacial.

Uno de los *dadores* de agua bendita, viejo chusco con semblante rubicundo, jovial y avinado, al acercársele Francisca le dijo en voz baja:

—El señor cura Dubois aun no ha entrado en el *nido*, daos prisa y sereis la primera que le estrene....

Disgustada Francisca por esta chanza del irreverente sacristan, se persignó devotamente, dió algunos pasos en la iglesia y se arrodilló para rezar, como lo tenia de costumbre antes de acercarse al tribunal de la penitencia.

Concluido su rezo se dirijió hácia un sitio retirado y oscuro, donde se veia sumergido en la sombra un confesonario de encina, cuya puerta de celosía tenia una cortina negra por dentro. Los dos lados de derecha é izquierda se hallaban vacantes: Francisca se arrodilló en el de la derecha y permaneció algun tiempo sumida en las mas amargas reflecsiones.

Al cabo de algunos minutos, un clérigo alto, entrecano, con fisonomía grave y severa, y con una larga sotana negra, se adelantó lentamente por un lado de la iglesia.

Un viejo de pequeña estatura, corcobado y que se apoyaba en su paraguas, le acompañaba, hablándole algunas veces en voz baja al oido; entonces se detenía el clérigo para escucharle con una profunda y respetuosa deferencia.

Cuando estuvieron cerca del confesonario, habiendo percibido el viejo corcobado á Francisca, miró al cura con aire interrogativo.

—Ella es.... dijo este último.

—Asi, dentro de dos ó tres horas esperarán á las dos jóvenes en el convento de Santa María... Cuento con eso, dijo el viejo de pequeña estatura.

—Lo espero por su salvacion, contestó con gravedad el clérigo, inclinándose y entrando en seguida en el confesonario.

El viejo salió de la iglesia.

Este era Rodin: de Saint-Merry se dirijió á la casa de salud para asegurarse de que el doctor Baleinier ejecutaba fielmente sus instrucciones con respecto á Adriana de Cardoville.

Francisca continuaba arrodillada al lado del confesonario; abrióse una de las ventanillas laterales y se oyó una voz.

Esta voz era la del clérigo que hacia veinte años confesaba á la muger de Dagoberto, teniendo sobre ella una influencia irresistible y poderosa.

—¿Habeis recibido mi carta? dijo la voz.

—Si, padre.

—Muy bien.... ya os escucho...

—Bendecidme, padre, porque he pecado, dijo Francisca.

La voz pronunció la fórmula de la bendicion.

La muger de Dagoberto respondió *amen*, como es consiguiente, dijo el *confiteor* has-

ta *mea culpa*, dió cuenta de como habia cumplido su última penitencia, y llegó á la enumeracion de los nuevos pecados cometidos despues de la absolucion recibida.

Esta escelente muger, martir glorioso del trabajo y del amor maternal, creía pecar siempre; su conciencia estaba atormentada de continuo por el temor de haber cometido no se sabe que incomprensibles pecadillos. Esta dulce y animosa criatura que despues de haber pasado su vida entera en el temor de Dios, deberia reposar en la calma y la severidad de su alma, se miraba como una grande pecadora, viviendo en una incensante angustia, porque dudaba mucho de su salvacion.

—Padre, dijo Francisca con voz conmovida, yo me acuso de no haber rezado mis devociones anteayer noche..... Vino mi marido de quien estaba separada hacia muchos años... La turbacion, el sobrecojimiento, la alegria de su regreso... me han hecho cometer este gran pecado de que me acuso.

—¿Qué mas dijo la voz con un acento severo que inquietó á Francisca.

—Padre.... me acuso de haber recaido en el mismo pecado ayer noche.... tenia una inquietud mortal... no volvia mi hijo.... yo le esperaba de minuto.... en minuto.... y se pasó la hora en estas inquietudes....

—¿Qué mas? dijo la voz.

—Padre... me acuso de haber mentido toda la semana á mi hijo, diciéndole que escuchando sus consejos sobre la debilidad de mi salud, habia bebido vino en mis comidas.... yo he preferido dejárselo.... tiene mas necesidad que yo;... ¡trabaja tanto?

—Continuad, dijo la voz.

—Padre... me acuso de que esta mañana me ha faltado un momento la resignacion al saber que mi hijo estaba preso .... en vez de sufrir con respeto y reconocimiento la nueva prueba que el Señor.... me enviaba.... ¡ay de mi! me he indignado en mi dolor.... y me acuso de ello.

—Mala semana, dijo la voz cada vez mas severa, mala semana.... siempre habeis pospuesto el Señor á la criatura.... Enfin.... proseguid.

—¡Ah! padre, dijo Francisca con desconsuelo, lo sé, soy una grande pecadora.... y temo estar en el camino de pecados mucho mas graves.

—Hablad.

—Mi marido ha traido desde lo último de la Siberia dos jóvenes huérfanas... hijas del general Simon... Ayer mañana las hablé de rezar sus devociones, y he sabido por ellas con tanto horror como sentimiento que no conocen ninguno de los misterios de la fé, aunque tienen ya quince años: no han recibido ningun sacramento, ni aun el bautismo, padre.... ni aun el bautismo!....

—¿Pero son acaso idólatras? esclamó la voz con un acento de sorpresa mezclada de cólera.

—Eso es lo que me aflige, padre, porque mi marido y yo, reemplazando á los padres de esas jóvenes huérfanas, seremos culpables de los pecados que puedan cometer, ¿no es así padre?

—Ciertamente.... puesto que ocupais el lugar de los que deben velar sobre su alma; el pastor responde de sus ovejas, dijo la voz.

—Y en el caso de que ellas estén en pecado mortal, ¿lo estaremos tambien mi marido y yo, padre?

—Si, dijo la voz, vosotros reemplazais á sus padres, que son responsables de cuantos pecados cometen sus hijos, cuando estos pecan por no haber recibido una educacion cristiana.

—¡Ah! padre... ¿qué debo hacer? Yo me dirijo á vos como á Dios... Cada dia, cada hora que estas pobres jóvenes pasan en la idolatría puede adelantar su eterna condenacion. ¿No es así, padre?.... dijo Francisca con una voz profundamente conmovida.

—Sí.... respondió la voz, y esa terrible responsabilidad pesa ahora sobre vos y vuestro marido, os habeis hecho cargo de almas...

—¡Ah, Dios mio!... Tened piedad de mí, dijo Francisca llorando.

—No os aflijais así, continuó la voz con tono mas dulce; dichosamente para esas infortunadas, os han encontrado en su camino... En vos y vuestro marido tendrán buenos y santos ejemplos.... porque vuestro marido que antes era impío, supongo que hoy practica sus deberes religiosos, ¿eh?

—Preciso es rogar por él, padre... dijo Francisca con tristeza: aun no está tocado de la gracia.... Lo mismo que mi pobre hijo.... que tampoco ha sido tocado todavia.... ¡Ah! padre, prosiguió Francisca enjugándose las lágrimas; esos pensamientos son mi cruz mas pesada.

—Con que vuestro marido y vuestro hijo no *practican*.... dijo la voz con lentitud, es muy grave, gravísimo... La educacion religiosa de esas dos jóvenes desgraciadas está enteramente por comenzar...... En vuestra casa tendrán á cada momento ante su vista deplorables ejemplos.... Guardaos... es lo he dicho.... teneis á vuestro cargo almas...... Vuestra responsabilidad es inmensa....

—¡Dios mio! padre.... eso es lo que me aflige... yo no sé que hacer. Ayudad me con vuestros consejos: hace veinte años que vuestra voz es para mí la voz del Señor.

—Pues bien, es preciso conveniros con vuestro marido y poner á esas infortunadas en un convento de religiosas.... donde las instruyan.

—Somos demasiado pobres, padre, para pagar su pension, y desgraciadamente, para aumentar nuestra desventura, acaban de poner preso á mi hijo por unas canciones que ha compuesto.

—He ahí donde conduce.... la impiedad, dijo la voz severamente; ved á Gabriel..... ha seguido mis consejos..... y á estas horas.... es un modelo de todas las virtudes cristianas....

—Tambien mi hijo Agricol tiene muchas cualidades apreciables, padre..... es tan bueno, tan afectuoso....

—Sin religion, dijo la voz con mayor severidad, lo que llamais cualidades apreciables, son vanas apariencias; al menor soplo del demonio, todas desaparecen.... porque el demonio se encuentra en el fondo de las almas sin religion.

—¡Ah, pobre hijo mio! dijo Francisca llorando, sin embargo yo no dejo de rogar á Dios cada dia para que la fé le ilumine.

—Siempre os lo he dicho... repuso la voz, habeis sido demasiado débil con él, y ahora os castiga Dios: era preciso haberos separado de ese hijo irreligioso, en vez de autorizar su impiedad amándole como lo haceis, cuando se ha gangrenado un miembro, dice la Escritura debe cortarse...

—¡Ah! padre.... vos lo sabeis... es la única vez que os he desobedecido... nunca me he podido resolver á separarme de mi hijo.

—Vuestra salvacion... es por esa incierta, pero Dios es misericordioso.... no caigais en la misma falta en cuanto á esas dos jóvenes que la Providencia os ha enviado para que las salveis de la eterna condenacion: que no se pierdan al menos por vuestra culpable indiferencia.

—¡Ah! padre... mucho he regado... y

bastantes lágrimas he vertido por ellas...

—Esto no basta: estas desgraciadas no deben tener la menor nocion del bien y del mal. Sus almas deben ser un abismo de escándalo y de impurezas... educadas por una madre impía y por un soldado sin fé.

—En cuanto á eso, padre, dijo con ingenuidad Francisca, tranquilizáos, son tan puras como los ángeles, y mi marido que no se ha separado de su lado desde que nacieron, dice que no hay corazones mas bellos que los suyos.

—Vuestro marido ha estado toda su vida en pecado mortal, dijo con acritud la voz; él no puede juzgar del estado de sus almas, y os lo repito, puesto que reemplazais á los padres de esas desventuradas, no debeis esperar á mañana, sino hoy; en el instante mismo es preciso trabajar en su salvacion, de otro modo incurris en una terrible responsabilidad.

—Dios mio, eso es cierto... yo lo conozco, padre.... y este temor me aflige tanto como el dolor de saber que mi hijo está preso... pero ¿que hacer? Instruir en mi casa á estas niñas no me es posible: carezco de la ciencia necesaria... solo tengo la fé.., y ademas, mi pobre marido, en su ceguedad, se chancea sobre estas cosas santas, que mi hijo respeta por miramiento á mi... os lo repito, padre, os suplico que me ayudeis... ¿qué debo hacer? aconsejadme.

—No se puede abandonar á esas dos jóvenes á una horrorosa perdicion, dijo la voz despues de un momento de silencio, y no hay dos medios de conseguir la salvacion sino uno solo..... ponerlas en un convento de religiosas donde no estén rodeadas mas que de santos y piadosos ejemplos.

—¡Ah! padre, si no estuviesen tan pobres, ó si al menos pudiera yo trabajar aun, procuraria ganar con que pagar su pension, repitiendo lo que he hecho con Gabriel..... Desgraciadamente he perdido del todo la vista; mas me ocurre una cosa, padre..... vos que conoceis tantas almas, caritativas..... si pudieseis interesarlas en favor de estas dos pobres huérfanas.

—¿Pero su padre, donde está?

—Estaba en la India; mi marido me ha dicho que debe llegar á Francia muy en breve... pero nada se sabe de cierto... y ademas, padre, se me partiria el corazon al ver participar á estas dos pobres niñas de nuestra miseria..... y mas ahora que debe aumentarse;... porque solo pasamos del trabajo de mi hijo.

—¿Qué esas jóvenes no tienen aquí ningun pariente?. dijo la voz.

—Creo que no, padre.

—¿Fué su madre quien las entregó á vuestro marido para que las condujese á Francia?

—Sí, padre, y se ha visto forzado á marchar á Chartres á un negocio muy urgente, segun me dijo.

(Debe recordarse que Dagoberto no habia juzgado conveniente instruir á su muger de las esperanzas que las hijas del mariscal Simon debian fundar en la medalla, y que á ellas mismas les fué espresamente recomendado por el soldado el no hablar del asunto ni aun á Francisca).

—¿Con qué vuestro marido no está en Paris? continuó la voz pasados algunos momentos de silencio.

—No, padre... sin duda regresará esta tarde, ó mañana por la mañana.....

—Escuchad, dijo la voz despues de una nueva pausa, cada minuto que se pierda para conseguir la salvacion de las jóvenes es un nuevo paso que dan en la senda de perdicion... De un momento á otro puede caer sobre ellas la mano de Dios: porque solo este sabe la hora de nuestra muerte: y muriendo en el estado en que se hallan, se condenarian á la eternidad: desde hoy

pues es necesario que abran los ojos á la luz divina..... y ponerlas en un convento de religiosas... Tal es vuestro deber; ¿deseais cumplirle?

—En efecto, ese es mi deseo, padre... mas por desgracia soy tan pobre!.....

—No lo ignoro; teneis celo y fé, pero esto no basta: aun cuando fuerais capaz de dirigir á las gemelas, el ejemplo de impiedad de vuestro esposo y de vuestro hijo, inutilizarian vuestros afanes..... fuerza es pues que otros en ejercicio de la caridad cristiana hagan por las jóvenes los que vos no podeis hacer, vos..... que respondeis de ellas..... delante de Dios.

—¡Ah! padre..... si fueseis vos quien tomase á su cargo esta buena obra..... ¡cuan agradecida os quedára!

—No creais que eso sea imposible..... precisamente conozco á la superiora de un convento, donde esas niñas recibirian la instruccion que necesitan..... el precio de la pension seria proporcionado á su pobreza; pero lo que es algo aunque sea muy poco, forzosamente se habria de pagar... ademas hay que comprar un ajuar... y eso para vos, seria demasiado.

—Sí, por cierto, padre mio....

—Con una parte de mis fondos de limosnas y el ausilio de personas caritativas, podria reunir la suma necesaria..... y conseguir que las jóvenes fuesen admitidas en el convento.

—¡Ah! padre mio..... vos sois mi salvador..... y el de esas niñas.....

—Asi sea..... pero mi apoyo tiene sus condiciones que interesan á la salvacion de las huérfanas y al buen éxito de las medidas adoptadas.

—Decidlas, padre, decidlas..... desde ahora las acepto... vuestras órdenes para mi lo son todo.

—En primer lugar, llevareis inmediatamente á las niñas á mi ama de llaves... y ella las conducirá esta mañana misma al convento.

—Ah! esto es imposible.

—¿Imposible? y por qué?

—En ausencia de mi marido.....

—Pues qué?....

—Yo no me atrevo á tomar semejante determinacion..... sin consultarle.

—Nada de eso: no debeis consultarle; sino que es preciso que esto se haga durante su ausencia.

—Cómo, padre? no puedo esperar su regreso?

—No, por dos razones; repuso severamente la voz: primero, porque endurecido en su impiedad, de seguro se opondria á vuestra resolucion cuerda y piadosa; y luego porque es indispensable que las niñas no conserven la menor relacion con vuestro marido; y para ello es preciso que este ignore el lugar de su retiro.

—Pero, padre; dijo Francisca luchando con una cruel incertidumbre: aquellas niñas fueron confiadas á mi marido, y disponer de ellas sin su consentimiento..... La voz interrumpió á Francisca.

—Os empeñais á instruir vos misma a esas niñas en vuestra casa? ¿si ó no?

—No, padre; no puedo.

—Permaneciendo en vuestra casa ¿están espuestas á continuar en la impenitencia absoluta? ¿si ó no?

—Sí, padre.

—La responsabilidad de los pecados mortales que ellas puedan cometer, puesto que ocupais el lugar de sus padres ¿pesa sobre vuestra conciencia? ¿si ó no?

—¡Ay de mí! Sí, padre: yo soy responsable ante Dios.

—¿No os ordeno yo que para su salvacion eterna las coloqueis hoy mismo en un convento?

—Sí padre: para su salvacion.....

—Pues bien; elegid ahora.

—Pero: ¿tengo yo acaso el derecho de disponer de ellas sin el consentimiento de mi marido?

—Derecho!... Aqui no se trata de derechos solamente; para vos se trata de un deber sagrado: si contra la voluntad de vuestro marido ó en ausencia suya vierais á aquellas desdichadas en medio de un incendio, tendriais sin duda la obligacion de salvarlas de él: pues bien, ahora se trata de salvarlas de un incendio donde se abrasa, no solo el cuerpo, sino tambien su alma, que arderia por toda la eternidad.

—Perdonad, padre, si insisto; dijo la pobre muger, cuya decision y angustias, iban en aumento; iluminadme en mis dudas..... puedo yo obrar de ese modo despues de haber jurado obediencia á mi marido?

—¿Obediencia para el mal?.... Si, para el mal: jamás! Habeis convenido conmigo en que por su causa la salvacion de aquellas huérfanas se veria comprometida y fuera acaso imposible.

—Pero, padre; dijo Francisca temblando: en cuanto haya vuelto mi marido me preguntará por las niñas..... ¿Será pues forzoso que mienta?

—Callar no es mentir. Decidle que no pódeis contestar á su pregunta.

—Mi marido es en estremo bondadoso; pero si de tal modo le contestára se pondria fuera de sí.... ha sido soldado.... y su ira será terrible..... dijo Francisca, estremeciéndose solo al pensarlo.

—Aunque fuera cien veces mas terrible su ira debiérais arrostrarla, glorificándoos en padecerla por una causa tan santa. ¿Crreis acaso que sin sufrimientos en en este suelo se alcanza la salvacion? ¿Desde cuando el pecador, que sinceramente quiere servir al señor, piensa en las piedras y espinas que pueden lastimar sus piés ó despedazar sus carnes?

—Perdon, padre, perdon, dijo Francisca con una resignacion desconsolada.... Otra pregunta, una sola, permitídmela: ¡Ay de mí! si vos no sois mi guia, ¿quién lo será?

—Hablad.

—Cuando llegue el mariscal Simon, pedirá sus hijas á mi marido.... ¿Qué contestará él al padre?

—Avisadme en cuanto llegue el mariscal Simon, y entonces, veremos; que no son tan sagrados los derechos de un padre cuando no los usa para la salvacion de sus hijos. Antes que el padre y sobre el padre, está el Señor á quien hay que servir primero: asi pues meditadlo bien. Si aceptais lo que os propongo las niñas se salvan, dejan de ser para vos una carga, no han de compartir vuestra miseria y se las cria en una santa casa, como deben serlo todas las hijas de un mariscal de Francia. De suerte que cuando llegue su padre á Paris, *si es digno de poderlas abrazar algun dia*.... en vez de hallar en ellas unas pobres idólatras, medio salvages, hallará dos muchachas piadosas, instruidas, modestas, bien educadas, que siendo gratas á Dios, invocarán su misericordia, en favor de un padre, que harto la necesita, siendo hombre de violencias, de guerras y de batallas: decidid ahora: quereis con riesgo de vuestra alma, sacrificar el porvenir de aquellas niñas en este mundo y en el otro al temor impio de las iras de vuestro marido?

Aunque duro y rebosando en intolerancia el lenguaje del confesor de Francisca era, á su modo de entender razonable y justo, porque aquel clérigo honrado y sincero hablaba por conviccion; ciego instrumento de Rodin, ignorando los designios de este, creia firmemente cumplir con un deber piadoso, forzando, por decirlo así, á Francisca á colocar á las dos niñas en el convento.

He aquí uno de los mas maravillosos resortes de la *órden* á que Rodin pertenecia; hacer cómplices suyos á personas hon-

radas y de buena fé que ignoran las maquinaciones de que se les hace uno de los principales instrumentos.

Acostumbrada Francisca desde largo tiempo á someterse al influjo de su confesor no encontró medio de contestar á sus últimas palabras. Resignóse; pero tembló de espanto al pensar en la ira desesperada de Dagoberto cuando dejase de encontrar en su casa á las niñas que una madre en sus últimos momentos le confiara. Cuanto mas terribles parecian á Francisca las iras y los arrebatos de su esposo, mayor debia ser en concepto de su confesor su humildad en arrostrarlas. Contestó pues á aquel.

—Hágase la voluntad de Dios, padre mio; y venga lo que viniere.... cumpliré con mi deber de cristiana.... como me lo mandais.

—Y Dios premiará vuestros padecimientos si los sufriéreis acaso para cumplir con con este deber meritorio.... ¿Os empeñais pues en presencia de Dios á no contestar á ninguna de las preguntas que vuestro marido os dirija acerca el lugar donde están las hijas del mariscal Simon?

—Si padre; dijo Francisca estremecida.

—¿Y guardareis el mismo silencio con el señor mariscal Simon, si habiendo vuelto no estuviesen todavia sus hijas suficientemente instruidas para serle devueltas?

—Si, padre.... dijo Francisca con voz todavia mas desmayada.

—Cuando vuestro marido vuelva vendreis á darme cuenta de la escena que haya pasado entre vos y él?

—Si, padre; ¿cuándo os traeré las huérfanas?

—Dentro de una hora; voy á escribir á la superiora; la carta quedará en poder de mi ama de llaves; es persona segura y por sí misma llevará las niñas al convento.

Oidas las exhortaciones de su confesor, enterada de la penitencia, y recibida la absolucion de sus nuevos pecados, la muger de Dagoberto se separó del confesonario.

Ya la iglesia no estaba desierta: habia en ella un gentio inmenso, atraido por la pompa del entierro de que dos horas antes el suizo habia hablado al pertiguero. Con harto trabajo pudo alcanzar Francisca la puerta de la iglesia magnificamente adornada.

¡Qué contraste con el entierro humilde del pobre que pocas horas antes tan modestamente se presentara en la iglesia!

Adelantábase entonces con magestad el numeroso clero de la parroquia para recibir el féretro cubierto de terciopelo; el muer y la seda de las capas pluviales y de las estolas negras y sus brillantes bordados de plata, reflejaban la luz de mil cirios.

Pavoneábase el suizo con su deslumbrante librea y charreteras precediéndole con aire magistral el pertiguero que llevaba su baston de ballena; la voz de los chantres con sus blancas y almidonadas sobrepellices llenaba sonoramente las bóvedas; retemblaban las vidrieras al ronco son de los serpentones; leíase por fin en el rostro de cuantos debian formar la comitiva de aquel muerto rico, de aquel muerto sobresaliente, de aquel muerto *de primera clase*, una satisfaccion reprimida, apoyada al parecer por la actitud de los dos herederos, jóvenes robustos, de tez rosada que sin faltar á las leyes de aquella hermosa modestia, que es el rubor de la felicidad, parecian complacerse y gozar en su simbólico manto de luto.

La muger de Dagoberto, á pesar de su fé sincera y candorosa no pudo menos de sentirse dolorosamente afectada al contemplar aquella diferencia atroz entre el recibimiento hecho al féretro del rico y la

fria acogida hecha al ataud del pobre en la puerta misma de la casa de Dios. Si la igualdad es verdadera, ¡dónde ha de serlo sino delante de la muerte y en los umbrales de la eternidad!

Aquellas tristes escenas y esta consideracion aumentaban la tristeza de Francisca, la cual logrando al fin, con harto trabajo, salir de la iglesia dirigióse con paso vivo á la calle de Brise-Miche para conducir las huérfanas al ama de llaves de su confesor, la que debia acompañarlas al convento de Santa Maria, situado, como todos saben, cerca de la enfermería del doctor Baleinier, donde estaba encerrada Adriana de Cardoville.

XIV.

Quitasolaces y Monsieur.

Llegaba á la entrada de su calle la muger de Dagoberto de vuelta de la iglesia, cuando la alcanzó el que daba el agua bendida, que venia apresuradamente á decirla de parte del señor cura Dubois, que tuviera la bondad de volver inmediatamente á Saint-Merri, porque tenia que decirle una cosa muy importante y muy urgente.

En el momento que Francisca volvia hácia la iglesia, paraba á la puerta de la casa, en que ella habitaba, un coche de alquiler.

El cochero se bajó de su asiento, y vino á abrir la portezuela como para recibir órdenes.

—Cochero, le dijo una muger bastante gruesa, vestida de negro, que estaba sentada dentro del carruage, y que tenia un perrillo faldero sobre las rodillas; preguntad si vive aqui la señora Francisca Baudoin...

—Está bien, mi ama, dijo el cochero.

Desde luego habrán conocido nuestros lectores que esta muger era la Grivois, camarera de la princesa de Saint-Dizier, acompañada de su inseparable *Monsieur*, que puede decirse que egercia sobre su ama una verdadera tirania.

El tintorero, á quien ya antes de ahora hemos visto desempeñar el cargo de portero, preguntado ahora por el cochero, salió de su despacho, y se acercó cortesmente á la portezuela para responder personalmente á la Grivois, que efectivamente vivia allí la señora Francisca Baudoin, pero que en aquel momento no estaba en casa.

El portero tenia entonces los brazos, las manos y una buena parte de la cara teñidos de un color amarillo, de color de oro muy subido. La vista de un personage de color de ocre, escitó de tal manera al perrillo *Monsieur*, que cuando el tintorero puso su mano en el borde de la portezuela, comenzó á ahullar fuertemente, y le mordió en la muñeca.

—¡Ay Dios mio! esclamó alarmada la Grivois en tanto que el tintorero retiraba y miraba la mano, Supongo que no tendrá ninguna partícula venenosa la pintura que traeis en la mano... ¡Vaya! mi perro es muy delicado.

Y al decir esto, limpiaba cuidadosamente con su pañuelo el romo hocico de *Monsieur* manchado de amarillo en diferentes puntos.

El tintorero, poco satisfecho de las escusas que aguardaba le diera la Grivois sobre el atrevimiento del perro, le dijo conteniendo con dificultad la cólera que sentia.

—Señora, si no fuerais una muger, por cuya razon me veo precisado á respetaros aun en la persona de este pícaro perro, os prometo que lo cogia por el rabo y en menos de un minuto haria de él un perro amarillo metiéndole en una caldera que tengo hirviendo en el hornillo.

—¡Teñir de amarillo mi perro! esclamó la Grivois que colérica en estremo se bajaba del carruaje estrechando afectuo-

samente á *Monsieur* contra su seno, y mirando al portero con aire de desprecio y de irritacion.

—Pero señora, os he dicho que la señora Francisca no está en casa, dijo el tintorero viendo que la dueña del perro se dirigia hácia la sombria escalera.

—Está bien: la esperaré, dijo severamente la Grivois. ¿En que piso vive?

—En el cuarto, contestó el portero metiéndose brúscamente en su despacho. Y añadió para sí, sonriéndose alegremente con esta idea maligna: yo espero que el perrazo del señor Dagoberto tendrá mal humor, y hará una buena entrada con sus dientes por el cuello de este animalito.

La Grivois subió con no poco trabajo la penosa escalera, deteniéndose en cada tramo para tomar aliento y mirando á su alrededor con visible repugnancia. Al fin logró llegar al cuarto piso, y alli se paró un momento á la puerta de la humilde habitacion en que estaban las dos hermanas y la Gibosa.

Ocupábase esta en aquel momento en recoger las diferentes prendas que debia llevar al Monte de Piedad.

Rosa y Blanca parecian algo mas satisfechas y menos inquietas por el porvenir, porque habian ya llegado á saber de boca de la Gibosa, que puesto que sabian coser, podrian, trabajando mucho, ganar ocho francos entre las dos cada semana; suma pequeña en realidad, pero que indudablemente seria un recurso para aquella pobre familia.

La presencia de la Grivois en casa de Francisca Baudoin era efecto de una nueva disposicion del marqués de Aigrigni y de la princesa de Saint-Dizier, que habian creido que seria mas prudente enviar á la Grivois, con quien contaban ciegamente, á buscar á las dos jóvenes á casa de Francisca, que acababa de ser llamada por su confesor para decirle que no seria su ama de gobierno la que iria á buscar las huérfanas, sino otra señora que se presentaria en su nombre y que á ella debia encomendarlas para que las trasladára al convento.

Despues de haber llamado á la puerta de la habitacion la Grivois, entró y preguntó por la señora Francisca Baudoin.

—No está en casa, señora, dijo tímidamente la Gibosa sorprendida de aquella visita y bajando sus ojos á la mirada de esta muger.

—Pues le esperaré, porque tengo que hablarla de asuntos de mucha importancia, dijo la Grivois examinando con tanta curiosidad como cuidado el rostro de las huérfanas, que cortadas bajaban tambien los ojos ante aquella muger.

La Grivois se sentó, no sin alguna repugnancia, en el sillon de la muger de Dagoberto, y creyendo que podia ya dejar en libertad á *Monsieur*, lo puso con mucho tiento en el suelo.

Pero casi al mismo tiempo un gruñido sordo, profundo, cavernoso, que salió de detrás del sillon, hizo estremecerse á la Grivois y lanzar un ahullido de espanto al perrillo, que temblando se refugió junto á su ama con todos los síntomas de una rencorosa cobardia.

—¿Qué es esto? ¿Hay aquí otro perro? esclamó la Grivois, bajándose precipitadamente para recoger á *Monsieur*.

Quitasolaces como si hubiera querido responder por sí mismo á esta pregunta, se levantó lentamente de donde estaba echado, y apareció de pronto bostezando y estirándose.

A la vista de este robusto animal, y mas particularmente de las dos filas de formidables y agudos dientes que guarnecian su prolongada mandíbula y que el animal parecia complacerse en enseñar, la Grivois no pudo contener un grito de espan-

to. Mas el provocador deguillo, que antes habia temblado delante de *Quitasolaces*, comenzó á gruñir insolentemente y á arrojar miradas insultantes sobre su adversario, ahora que se veía seguro sobre la falda de su ama; pero el digno compañero del difunto Jovial respondió á estos insultos desdeñosamente con un bostezo, y luego olfateando con cierta inquietud los vestidos de la Grivois, volvió la espalda á *Monsieur* con aire de desprecio, y fué á echarse á los pies de Rosa y Blanca de las que no separaba un punto sus grandes é inteligentes ojos, como si presintiera que las amenazaba algun peligro.

—Echad de aquí á ese perro, dijo imperiosamente la Grivois. ¿No veis que espanta al mio y puede hacerle daño?

—Tranquilizaos, señora, dijo Rosa sonriéndose. *Quitasolaces* no ofende mas que cuando se ve atacado.

—No importa, replicó la Grivois. Una desgracia sucede con mucha facilidad..... sin mas que ver ese perro tan monstruoso... con su cabeza de lobo y sus espantosos colmillos, tiembla cualquiera del mal que le puede causar... así, yo os encargo otra vez que lo echeis de aquí.

La Grivois pronunció estas palabras con un tono colérico que debió sonar mal en las orejas de *Quitasolaces*, pues el perro gruñó por lo bajo y volvió la cabeza enseñando los dientes hácia aquella muger para él desconocida.

—Calla, *Quitasolaces*, dijo severamente Blanca.

Otro nuevo personage que en aquel momento entró en la sala, hizo concluir esta conversacion un poco embarazosa para las dos jóvenes.

Era este hombre un mozo que traía una carta en la mano.

—¿Qué se os ofrece? le preguntó la gibosa.

—Traigo una carta muy urgente de un hombre honrado, del marido de la dueña de esta casa. El tintorero del portal me ha dicho que subiera, á pesar de que no estaba la ama.

—Una carta de Dagoberto, esclamaron Rosa y Blanca con notable alegría. ¿Con qué segun eso está ya de vuelta? ¿En dónde está?

—Yo no sé si ese hombre se llama Dagoberto, dijo el mozo, pero él es un anciano que se conoce que ha sido militar, con bigote cano, y está á cuatro pasos de aquí, en el despacho de las diligencias de Chartres.

—Ese es Dagoberto, esclamó Rosa. Dadme, dadme la carta...

El mozo se la entregó inmediatamente.

Entre tanto la Grivois se hallaba en una situacion bien crítica: ella sabia que se habia alejado á Dagoberto para que el enra Dubois pudiera obrar mas fácilmente y con mas libertad sobre el ánimo de Francisca. Hasta este momento todo iba como podia desearse: esta consentia en confiar las dos jóvenes á personas religiosas; pero hé aquí que en este momento, antes de lo que se le esparaba, llega Dagoberto á pesar de que habia motivos para creer que todavía duraria su ausencia otro ú otros dos dias. Su intempestiva venida echaba á tierra toda aquella artificiosa maquinacion y por cierto en el momento mismo en que iba á recojerse el fruto de tanto trabajo.

—Dios mio, dijo Rosa despues de haber leido la carta. ¡Qué desgracia tan grande!

—¿Qué es, hermana mia?

—Ayer como á la mitad del camino de Chartres advirtió Dagoberto que habia perdido la bolsa, hallándose por consiguiente imposibilitado de poder continuar su viage. Entonces tomó con la condicion de pagar en Paris un asiento en la diligencia que venia hácia acá, y en la carta

pide á su muger que le envie dinero para hacer el pago en la administracion de las diligencias que es donde está.

—Eso es, dijo el mozo, porque ese hombre honrado me ha dicho: «despáchate, amigo mio; porque tal como tu me ves, yo me quedo aquí en prenda.

—¡Y no hay un cuarto... ni un cuarto en la casa! dijo Blanca. Dios mio ¿cómo lo hemos de hacer.»

Al oir estas palabras la Grivois concibió un rayo de esperanza; pero fué muy pronto desvanecido por la Gibosa que mostrando el paquete de las cosas que habia ido recogiendo, dijo dirigiéndose á las dos huérfanas.

—Tranquilizaos, señoritas... aquí tenemos un recurso... el monte de Piedad no está muy lejos... yo tomaré allí el dinero, é iré inmediatamente á entregárselo á Dagoberto, de manera que en menos de media hora puede estar aquí.

—¡Ah, mi querida Gibosa! dijo Rosa. Teneis razon... vos pensais en todo... ¡qué buena sois!

—Mirad, dijo Blanca, aquí en la carta están las señas de la administracion de las diligencias de Chartres. Tomadla.

—Gracias, señorita, respondió la Gibosa. Y luego volviéndose al mozo que habia traido la carta, le dijo:

—Volved á la persona que os ha enviado aquí, y decidle que yo iré muy pronto á donde él está.

—¡Qué infernal jorobada! dijo para si la Grivois. Ella está en todo. Si no fuera por ella, quedaba burlada la venida de ese hombre maldito. ¿Qué hemos de hacer ahora?... Estas jóvenes probablemente no querrán seguirme hasta que venga la muger del soldado... proponerlo antes seria esponerme á una negativa, y quizás á arriesgarlo todo... Dios mio, ¿qué debo hacer yo en esta situacion?

—No os apureis, señorita, dijo el mozo al despedirse; voy á tranquilizar á ese buen hombre, y le diré que poco tiempo le queda de estar como rehenes en el despacho.

En tanto que la Gibosa estaba entretenida en envolver y anudar en un pañuelo las piezas que debia llevar al monte de Piedad, la Grivois estuvo reflexionando profundamente. De pronto se agitaron sus facciones, su aspecto, poco antes inquieto y sombrío, se volvió satisfecho y contento. Levantóse repentinamente teniendo siempre á *Monsieur* en sus brazos, y dijo dirigiéndose á las dos jóvenes:

—Puesto que la señora Francisca tarda un poco, voy á hacer una visita que está muy cerca de aquí, y volveré al momento. Hacedme el favor de prevenir de mi venida á la señora Francisca.

Al decir esto, la Grivois salió de la habitacion unos pocos minutos antes que saliera la Gibosa para ir al monte de Piedad.

XV.

LAS APARIENCIAS.

La Gibosa, despues de haber tranquilizado á las dos huérfanas, bajó la escalera, aunque con algun trabajo, porque antes de salir de la casa habia subido á su habitacion para añadir al envoltorio que llevaba, y que era ya de por sí bastante pesado, una colcha de lana, la única que poseia, y que la resguardaba un poco del frio que habitualmente hacia en su helado camaranchon.

El dia anterior, abrumada por las congojas que la suerte de Agricol le habia causado, no habia podido trabajar, porque la ansiedad y la inquietud se lo habian impedido; el dia á que nos referimos, iba tambien perdido ya en una gran parte... y sin embargo era preciso vivir.

Las penas que vienen á caer sobre los pobres y les quitan la facultad de trabajar, son doblemente desgraciadas, porque paralizando sus fuerzas dan lugar á que

tras de esta quietud venga la desnudez y la miseria.

Pero la Gibosa que era el tipo verdadero y exacto *del deber evangélico*, queria en medio de sus padecimientos dedicarse á ser útil, y lograba encontrar fuerzas para poderlo ser, porque las criaturas mas débiles y mas tímidas suelen hallarse dotadas algunas de un estraordinario vigor y de una energia de alma poco comun; de manera que no parece sino que en estas organizaciones físicamente enfermas y apocadas, el espíritu es suficientemente fuerte y robusto para dominar al cuerpo é imprimirle una energia facticia.

Por este medio puede solamente esplicarse, como la Gibosa que no habia comido un bocado, ni dormido un instante en el espacio de veinte y cuatro horas que habia estado sufriendo, sin abrigo, el intenso frio de la noche, y que en aquella mañana misma se habia fatigado violentamente atravesando dos veces á Paris, sufriendo el agua y la nieve que caia en abundancia, para ir á la calle de Babilonia; solo por este medio puede esplicarse que sus fuerzas no se hubieran agotado: el poder del corazon era inmenso en la Gibosa, y él era quien la sostenia en las nuevas fatigas que iba á emprender.

Habia por fin salido de su casa, calle de Brise-Miche, y se dirigió al Monte de Piedad por la calle de Saint-Merri.

Desde la reciente conspiracion descubierta en la de Prouvaires, se habian colocado en observacion de este populoso distrito mas considerable número de agentes de policía y municipales que el que antes se empleaba ordinariamente.

La pobre costurera, aunque encorvada bajo el peso del atado que llevaba, caminaba tan de prisa como podia, cuando al pasar por cerca de un agente municipal una muger gruesa y vestida de negro ue la segquia, dejó caer detrás de la Gibosa dos monedas de plata del valor de cinco francos cada una.

La muger gruesa hizo notar al municipal aquellas dos monedas que acababan de caer, y le habló algunas palabras al oido, señalándole con la mano y con la vista á la Gibosa.

En seguida esta muger gruesa y vestida de negro, desapareció precipitadamente por el lado de la calle de Brise-Miche.

El municipal sorprendido por lo que acababa de decirle la Grivois (porque en efecto era ella), cogió del suelo las dos monedas, y comenzó á correr detrás de la Gibosa gritando:

—¡Eh!..... ¡buena muger!.... ¡Alto, alto!.... Deteneos.

Al oir estos gritos, muchas personas de las que por allí transitaban, volvieron la cabeza y se detuvieron. En este barrio un grupo de cinco ó seis personas que se pare en medio de la calle, se aumenta considerablemente en menos de un segundo, y llega á ser una numerosa reunion.

Pero la Gibosa no creyendo que las voces del municipal se dirigiesen á ella, apresuraba cada vez mas el paso, pensando solamente en llegar lo mas pronto que pudiera al Monte de Piedad, y procurando deslizarse por medio de los transeuntes, sin tropezar con nadie, porque temia mucho las crueles y brutales burlas que continuamente le atraia su defectuosa configuracion.

De repente oyó muchas pisadas de gente que corria tras ella, y casi al mismo tiempo una mano que se apoyó crudamente sobre su hombro.

El que asi la detenia era el agente municipal, seguido de otro agente de policía que habia acudido al ruido y á las voces.

La Gibosa tan espantada como sorprendida de la manera con que se la detenia, se volvió para ver lo que pasaba detrás de ella.

Hallóse entonces en medio de una multitud compuesta en su mayor parte de ese populacho horrendo, vago, andrajoso, plagado de vicios, desvergonzado, embrutecido por la ignorancia y por la miseria, que se encuentra siempre en las calles; y entre cuyas turbas no se halla nunca un artesano, porque los obreros laboriosos están ocupados en sus talleres ó en sus trabajos.

—¡Ola! ¿Con qué no querias oir?.... ¿Te hacias la sorda? ¿Eh?.... dijo el agente de policía agarrando á la Gibosa por el brazo con tanta fuerza, que la infeliz dejó caer á sus piés el atado que llevaba.

Cuando la desdichada tendió la vista á su alrededor y descubrió que ella era el blanco á donde se dirigian todas aquellas miradas insolentes y burlonas; cuando vió el cinismo y la mofa escarnecedora retratados en todos aquellos semblantes de corrupcion, sintió desfallecer sus miembros, y el rostro se le cubrió de una terrible palidez.

El agente de policía le hablaba sin duda groseramente; pero ¿cómo habia de creer que podia hablar de otro modo á una pobre jóven que pertenecia á la clase del pueblo, que era jorobada, que estaba pálida, azorada, que tenia alteradas por el espanto y por el dolor las facciones; á una jóven miserablemente vestida, que llevaba en el rigor del invierno un vestido de tela de poco abrigo, salpicado de barro, empapado en nieve, porque la infeliz habia andado mucho aquel dia?..... Asi fué que el agente de policía, obrando siempre bajo el influjo de esa terrible ley de las apariencias, que hace que la pobreza aparezca siempre como sospechosa, volvió á decir nuevamente á la jóven:

—Oyes.... niña, ¡parece que vas muy de prisa, puesto que no te paras á coger el dinero que te se cae.... !

—Llevaba el dinero escondido en la joroba, dijo con ronca voz un vendedor ambulante de pajuelas, tipo vergonzoso y repugnante de una depravacion precoz.

Esta bufonada fué acojida por estrepitosas carcajadas y penetrantes silvidos que colmaron la turbacion y el terror de la Gibosa, que apenas pudo con una débil voz contestar al agente de policía que le mostraba las dos monedas recojidas por el municipal.

—Pero señor.... ese dinero no es mio;

—Mentís, contestó el agente municipal acercándose entonces á la pobre costurera. Una señora respetable lo ha visto caer de vuestro bolsillo....

—Señor, yo os aseguro que no, replicó la Gibosa temblando.

—Y yo vuelvo á decir que mentís, dijo el municipal. Y aun esa misma señora sorprendida de vuestra traza de criminal, me ha dicho señalándoos: observad á esa jorobada que camina tan de prisa con eso envoltorio, y que deja caer el dinero sin pararse á recojerlo... » Ya veis que eso no es natural.

—Municipal, gritó entonces la voz del pajuelero, no la creais: registradle la joroba, que alli tiene su depósito... yo apostaría que ha escondido en ella botas, capas, alguno que otro paraguas, relojes de sobremesa.... Se me figura que acabo de oir la hora que daba en su espalda hácia la parte convecsa.

Nuevas carcajadas, nuevos gritos y nuevos silvidos acogieron estas palabras entre aquel horrible populacho casi siempre implacable y feroz con el que sufre y padece. La concurrencia crecia por momentos, y las roncas voces, y los agudos silvidos, y los desvergonzados insultos se aumentaban.

—¡Que lo veamos todos si es gratis!

—¡No empujar, que yo he pagado mi sitio!

—¡Alzadla en alto: poned á esa muger sobre alguna cosa para que todos la veamos!

—Si, si, ¡que la levanten, que á mi me están aplastando los pies, y no he pagado para esto mi dinero!

—¡Enseñadla á todos, ó devolvednos el dinero!

Consideren nuestros lectores cual sería el estado de aquella criatura dotada de una alma tan delicada y tan generosa, de un corazon tan bueno, de un carácter tan tímido, viéndose obligada á oir todas aquellas mofas insolentes, todos aquellos silvidos desvergonzados, todos aquellos dichos insultantes..... y hallándose sola entre aquella corrompida muchedumbre, en el estrecho círculo que dejaban apenas libre para ella, para el agente de policía y para el municipal.

Y sin embargo la pobre Gibosa no habia comprendido todavia la horrible acusacion de que era víctima.

Pero no tardó mucho en saberlo, porque el agente de policía cogiendo el atado que la infeliz habia levantado ya del suelo y tenia con sus trémulas manos, la preguntó bruscamente:

—¿Qué es lo que llevais aqui envuelto?

—Señor... esto es... yo voy.... yo...

Y la pobre jóven tartamudeaba y balbuceaba sin que el miedo le permitiese formar una frase completa ni aun una pala bra satisfactoria.

—¿Es eso todo lo que me respondes....? ¿No tienes ninguna disculpa que alegar? dijo el agente. Vamos: vamos, despáchate. A ver si nos enseñas las tripas de tu envoltorio.

Y el agente, al decir esto, arrancó el paquete de las manos de la Gibosa; y ayudado por el municipal, lo desenredó y fué enumerando las diferentes prendas, á medida que las sacaba:

—Un cubierto.... un vaso de plata.... un chal... una colcha... sábanas... ¡Ola...! ¡Vamos que no se habia dado mal golpe...! Vas vestida como una trapera, y llevas alhajas de plata...! ¡Bueno...! Da siquiera alguna disculpa.

—Estas prendas no son vuestras, dijo el municipal.

—No, señor, no son mias, respondió la Gibosa que sentía ir faltandole sus fuerzas. Pero yo....

—¡Ah, pícara jorobada.... ¡tú robas cosas que abultan y que valen mas que tú!

—¡Yo robar!!! esclamó juntando sus manos con horror la pobre Gibosa que comprendió entonces todo lo que la sucedia. ¡Yo.... robar!

—¡La guardia!.... ¡Ya está aqui la guardia! gritaron muchas voces á un mismo tiempo.

—¡Oh, la infanteria mata hormigas!

—¡Los del ran tarán!

—¡Los traga-beduinos!

—Anchura, señores, que es el dromedario 43.

—¡Regimiento valeroso contra las gibas!

Por en medio de estas voces y estas pullas se adelantaban rompiendo con mucho trabajo la multitud, dos soldados y un cabo que solo asomaban por encima del apiñado y asqueroso gentío las bocas de los fusiles y las bayonetas.

Un sugeto oficioso habia ido á dar parte al comandaute de un puesto de guardia cercano, de que una gran concurrencia que se hallaba parada obstruia el paso de la calle pública.

—Ea: ya está aqui la tropa; anda con ella al cuerpo de guardia, dijo el agente de policía á la Gibosa cogiéndola por el brazo é impeliéndola para que anduviera.

—¡Señor! dijo la pobre jóven con una voz sofocada por los sollozos, juntando las manos, aterrada y postrándose de rodillas

en el suelo. ¡señor! ¡compasion! Dejadme deciros dos palabras.... Dejadme esplicaros...

—Allá, en el cuerpo de guardias te esplicarás... Anda, anda.

—¡Pero señor, si yo no he robado! esclamó la Gibosa con el acento del desconsuelo. ¡Compadeceos de mí! Delante de toda esta multitud... llevarme como una ladrona....! ¡Por Dios, tened piedad de mí!

—Ya te he dicho que en el cuerpo de guardia hablarás. Aquí es imposible; la calle está llena de gente. Ea, ¿quieres andar ó no...? Vámos á ver.

Y cogiendo por las manos á aquella desgraciada, la tiró hácia arriba obligándola á que se pusiera en pie.

En este instante acababan de penetrar por en medio del gentío el cabo y los dos soldados que se acercaron al de policía.

—Cabo, dijo este último, conducid esta jóven al cuerpo de guardia. . Yo soy un agente de policía..

—¡Ay, señores!... ¡Por Dios, tened misericordia! dijo sollozando amargamente la Gibosa. ¡Dejad que primero os esplique!... ¡Yo no he robado! ¡Dios mio! ¡Yo no he robado!... ¡Voy á deciros!... ¡Ha sido por hacer un favor!.... ¡Por Dios, dejadme hablar!

—Ya te he dicho que en el cuerpo de guardia hablarás. Si no quieres ir por buenas, te se llevará arrastrando.

Es imposible pintar con exactitud esta horrible y despedazadora escena.

Aquella jóven débil, abatida, espantada fué arrastrada por los soldados: á cada paso la flaqueaban las rodillas, y por fin fué necesario que el municipal y el agente de policía la cogiesen del brazo para sostenerla... y ella aceptó maquinalmente este apoyo.

Entonces estallaron con nueva furia y mayor estrépito las vociferaciones y los silvidos.

La desgraciada caminando entre aquellos dos hombres parecia que subia los últimos escalones del patíbulo.

Bajó el cielo nebuloso de aquel dia, en medio de aquella calle sucia y fangosa y encerrada entre casas altas y oscuras aquel populacho horrendo y amontonado traia á la memoria los ensueños fantásticos de Callot y los caprichos de Goya. Niños andrajosos, mugeres embriagadas, hombres de inf. m · y siniestra catadura se empujaban, se pisoteaban y se esprimian los unos á las otros por seguir gritando y silvando á aquella víctima casi inanimada ya... á aquella jóven que se veia víctima de una terrible equivocacion.

¡De una equivocacion!!! En verdad que el corazon se oprime el pensar que semejantes prisiones, consecuencias de estos errores deplorables, pueden renovarse continuamente sin otras razones que la sospecha que pueda inspirar la apariencia de la miseria ó sin otra causa tal vez que unas señas mal dadas.

¡Jamas se apartará de nuestra memoria el recuerdo de aquella jóven que viéndose presa por equivocacion, como acusada de un tráfico vergonzoso, halló medio para desasirse de los que la llevaban, se subió á una casa y aburrida por la desesperacion se arrojó por una ventana viniendo á quebrantarse contra el suelo de la calle.

. . . .

La Grivois se volvió á la calle de Brise-Miche inmediatamente que hizo la terrible denuncia de que era víctima la Gibosa.

Subió apresuradamente los cuatro pisos... abrió la puerta de la habitacion de Francisca... ¿y qué vió...? A Dagoberto sentado al lado de su muger y de las dos huérfanas.

—

XVI.

EL CONVENTO.

Vamos á esplicar en cuatro palabras el motivo de la presencia de Dagoberto.

La franqueza y la honradez militar que se retrataban en su fisonomía, era tal, que el administrador de diligencias creyó que aquel era un hombre de palabra, y se contentó con que le prometiese que volveria para pagar su deuda. Sin embargo, el soldado se habia obstinado en no salir de allí, y en quedar en prenda, como él mismo decia, hasta que su muger hubiera respondido á su carta; y así fué, que en cuanto volvió el mozo, y anunció que no tardarian en traer el dinero necesario para hacer el pago, Dagoberto no dudó en hacer uso de la libertad que el administrador le ofrecia, y se apresuró á restituirse á su casa.

Fácil es conocer la desagradable sorpresa que recibiria la Grivois, cuando al entrar en la habitacion vió á Dagoberto (á quien ella conocia por el retrato que le habian hecho del veterano) sentado al lado de su muger y de las huérfanas.

La ansiedad que Francisca sintió al ver á la Grivois, fué estremada.

Rosa y Blanca habian hablado á la muger de Dagoberto de una señora que durante su ausencia habia venido para hablarla de un asunto que decia ser muy importante; estaba además instruida por su confesor, y no podia dudar de que aquella muger fuera la persona encargada de conducir á Rosa y Blanca al convento.

Cuando vió aparecer á la Grivois, su angustia fué terrible, porque hallándose decidida á seguir los consejos de su confesor, temia que una palabra imprudente de la Grivois hiciera concebir á Dagoberto algunas sospechas, en cuyo caso no quedaba ya ninguna esperanza, y las huérfanas continuarian en su estado de ignorancia y de pecado mortal, de cuyos resultados creía que debia tocarle una buena parte de responsabilidad.

Dagoberto que tenia entre sus manos las delicadas de Rosa y Blanca, se puso en pié en el momento que vió entrar á la forastera, y dirigió una mirada á su muger como preguntándola qué significaba aquella visita.

El momento era crítico y decisivo; pero la Grivois aprovechando los ejemplos que habia visto en su ama la princesa de Saint-Dizier, tomó su resolucion espontáneamente, y aprovechándose de la agitacion que le causaba el haber subido tan precipitadamente los cuatro pisos despues de haber hecho su infame y calumniosa denuncia contra la Gibosa, y sacando tambien partido de la emocion que le causaba la presencia de Dagoberto, para interpretarlo todo como sensacion dolorosa motivada por lo que iba á decir, esclamó con acento de pena y de inquietud despues de un corto silencio en que pareció emplearlo en calmar algun tanto su agitacion y en coordinar sus palabras.

—¡Ah, señora! Acabo de presenciar una terrible desgracia. Dispensad mi turbacion... porque en verdad me encuentro sumamente conmovida.

—¿Pues qué hay, señora? ¡Por Dios! dijo Francisca con voz trémula temiendo alguna palabra indirecta de la Grivois.

—Hace poco vine, añadió esta, para hablaros de una cosa importante..... en tanto que estaba aguardandóos, estaba aquí una jóven algo jorobada, recogiendo varios objetos y formando con todos un paquete...

—Seria sin duda la Gibosa, dijo Francisca. Es una criatura angelical.

—No lo dudo, señora; pero escuchad lo que ha sucedido. Viendo que tardabais en volver, me fuí á hacer una visita que tenia que hacer aquí cerca. Salí con efecto de esta casa, y cuando llegaba á la calle de Saint-Merri... ¡ah, señora!

—¿Qué? dijo Dagoberto, ¿qué ha sucedido?

—Ví que habia un gran corro de gente; me informé de lo que era, y me contestaron que un gendarme acababa de coger por ladrona á una jóven á quien habia sorprendido llevándose un paquete compuesto de diferentes objetos que no parecian ser suyos... me acerqué al corro que formaba la gente... ¿y qué os parece que he visto? A la jóven que pocos momentos antes habia salido de aquí.

—¡Pobrecita! esclamó Francisca poniéndose pálida y juntando dolorosamente las manos. ¡Qué desgracia!

—Habla, dijo Dagoberto á su muger. Esplícame qué paquete era ese.

—Escucha, Dagoberto... ya es necesario que lo sepas todo..... hallándome un poco necesitada... habia suplicado la Gibosa que llevara á empeñar al monte de Piedad algunos objetos que no nos son absolutamente necesarios para todos los dias.

—¡Y han creido que ella los llevaba robados! esclamó Dagoberto. Ella, que es la jóven mas honrada del mundo!... Esto es atroz... pero señora, vos debiérais haber procurado hacer ver que aquello era un error... hubiérais debido decir que la conociais.

—Yo he procurado hacer cuanto ha estado de mi parte, pero no se me ha escuchado... el gentío crecía cada vez... ha venido la guardia y se la han llevado...

—En su sensibilidad y su timidez puede costarle la vida esta desgracia, dijo Francisca.

—¡Ay Dios mio! ¡Esa pobre Gibosa es tan dulce, tan servicial! esclamó Blanca, volviendo hácia su hermana los ojos humedecidos de lágrimas.

—No pudiendo hacer nada en su favor, añadió la Grivois, me he apresurado á venir para daros la noticia de esta desgracia.... que en mi concepto puede repararse muy pronto.... porque se conseguirá la libertad de esa jóven en el momento que cualquiera se presente á reclamarla.

Al oir Dagoberto estas últimas palabras, cogió precipitadamente el sombrero, y dirigiéndose á la Grivois, dijo con tono brusco:

—¡Por Dios, señora, que yo creo que hubiérais debido empezar por decir eso...! ¿En donde está ahora la pobre Gibosa? ¿Lo sabeis?

—Lo ignoro; pero es fácil averiguarlo, porque todavia queda mucha gente parada en la calle, y es seguro que si tuviérais la bondad de llegaros allá, cualquiera os informaria....

—¡Qué bondad ni qué demonio! Señora, es una obligacion sagrada..... ¡Pobre Gibosa! esclamó Dagoberto, ¡detenerla por ladrona!... Es una cosa atroz... Voy á casa del comisario de policía del cuartel ó al cuerpo de guardia.... Es preciso que yo la encuentre y que me la traiga á casa. Y Dagoberto salió precipitadamente de la habitacion, despues de haber pronunciado estas palabras.

Tranquilizada Francisca acerca la suerte de la Gibosa, dió gracias al señor, porque en medio de esta circunstancia habia alejado á su marido, cuya presencia habia de servirle de tan grande embarazo en aquella ocasion.

La Grivois, que no habia querido subir á casa de Francisca con *Monsieur*, sino que lo habia dejado en el coche, conociendo que los momentos eran preciosos, y que convenia abreviar el tiempo que habia de emplear en su comision, lanzó á la muger de Dagoberto una espresiva mirada, y al entregarle la carta le dijo con tono significativo:

—En esa carta vereis, señora, cual es el objeto de mi venida, que no he podido esplicaros hasta ahora, y de la cual me

felicito sobremanera, porque me pone en relaciones con estas dos amables y encantadoras señoritas.

Rosa y Blanca se miraron recíprocamente sorprendidas de estas últimas palabras.

Francisca tomó la carta y necesitó de las vivas y sobre todo amenazadoras instancias de su confesor, para vencer sus escrúpulos, porque la pobre muger temblaba á la sola idea de la cólera que concebiria su marido cuando se viera sin las huérfanas. Pero aun despues de vencidos estos últimos escrúpulos; hallábase perpleja, porque no sabia como anunciar á Rosa y Blanca que siguieran á la Grivois.

Esta se presentó entonces á sacarla del apuro en que conoció que se encontraba, la hizo una seña para que se tranquilizara, y dirigiéndose á Rosa le dijo, en tanto que Francisca leia la carta:

—¡Qué alegria va á recibir vuestra parienta al veros, mi querida señorita!

—¿Nuestra parienta, señora? esclamó Rosa mas admirada cada vez.

—Seguramente que sí. Ella ha sabido vuestra llegada á Paris; pero como aun está convaleciente de una larga y penosa enfermedad que acaba de pasar, no ha podido venir en persona, como deseaba, á veros, y me ha encargado que venga en su nombre á buscaros para conduciros á su casa..... Desgraciadamente, añadió la Grivois notando un movimiento de estrañeza en las dos hermanas; no podreis verla sino muy poco tiempo, como lo dice en su carta á la señora Francisca, y antes de una hora estareis ya de vuelta; pero mañana ó pasado mañana, se encontrará ya en estado de poder salir de casa y de venir á entenderse con esta señora y con su esposo, para llevaros á vivir en su propia casa.... porque no quiere que continueis siendo gravosas por mas tiempo á unas personas que tanto han hecho por vos.

Estas últimas espresiones de la Grivois hicieron un efecto maravilloso en las dos huérfanas, y lograron disipar los temores que habian concebido de ser una carga pesada para la familia de Dagoberto. Si se hubiera tratado de dejar definitivamente la casa del veterano sin consentimiento de este, seguramente hubieran dudado; pero la Grivois les hablaba de una visita de la que podrian volver dentro de una hora, y la cortedad del tiempo deshizo las sospechas que de otro modo hubieran podido concebir: así fué que Rosa dijo á Francisca:

—Podemos ir á ver á nuestra parienta sin esperar á que venga Dagoberto, ¿no es verdad?

—Yo creo que sí, contestó Francisca con voz débil, puesto que habeis de volver tan pronto.

—Pues en ese caso yo rogaria á estas señoritas que tuvieran la bondad de seguirme lo mas pronto posible, porque desearia poder volver aqui con ellas antes de mediodia.

—Nosotras estamos dispuestas por nuestra parte ahora mismo; con que, así cuando gusteis, dijo Rosa.

—¡Ea! pues, abrazad á vuestra segunda madre, y nos iremos, dijo la Grivois, que apenas podia contener su inquietud, temiendo que Dagoberto llegara de un momento á otro.

Rosa y Blanca abrazaron á Francisca, la cual al estrechar en sus brazos á aquellas dos jóvenes que ella entregaba por medio de aquel engaño, casi no podia contener las lágrimas, á pesar de la profunda conviccion que tenia de que se trataba solamente de la salud de sus almas.

—Vámonos, señoritas; dijo la Grivois con una voz afable, vámonos pronto; y yo espero que me disimulareis mi impaciencia, porque os hablo á nombre de vuestra parienta.

Despues de haber abrazado cariñosamente á Francisca las dos hermanas, salieron de la habitacion, y cogidas de las manos, bajaron la escalera siguiendo á la Grivois, y seguidas, sin que ellas lo notaran, por *Quitasolaces* que caminaba discretamente detrás de ellas, porque el inteligente animal no se separaba un momento de su lado cuando Dagoberto estaba ausente.

Como medida de precaucion sin duda la camarera de la princesa de Saint-Dizier habia mandado á su cochero que la esperára, no á la puerta de la casa, sino un poco distante, en la plazuela del Claustro.

A muy pocos pasos que dieron la Grivois y las hijas del general Simon, se encontraron al pié del carruage.

—Mi ama, dijo el cochero abriendo la portezuela: teneis un perrillo tan pícaro, que me parece que no ha de ser muy cariñoso, porque desde que salisteis del coche no ha cesado de ahullar, y está tan rabioso que todo lo quiere destrozar.

En efecto, *Monsieur* que aborrecia la soledad, daba unos ahullidos lastimeros.

—Silencio, *Monsieur*: ya estoy aqui, dijo la Grivois, que dirigiéndose luego á las dos hermanas, añadió: hacedme el favor de subir, señoritas.

Rosa y Blanca subieron al coche.

La Grivois, antes de entrar en él, se ocupaba en dar al cochero en voz baja órden de que las llevase al convento de Santa María, añadiendo otras instrucciones, cuando de repente el doguillo, que habia ya gruñido con aire mohino cuando las huérfanas subieron al carruage, comenzó á ladrar con mucha furia.....

El motivo de esta nueva cólera era muy sencillo: *Quitasolaces* en quien hasta entonces ninguno habia fijado la vista, acababa de lanzarse de un salto dentro del coche sin verle la Grivois distraida con el cochero.

El doguillo exasperado con aquella audacia, olvidando su habitual prudencia, y exaltado por la cólera y por la envidia, se arrojó al hocico de *Quitasolaces* y le hincó tan cruelmente los colmillos, que el valiente perro de la Siberia irritado por el dolor, cogió á *Monsieur* por el pescuezo, y con dos golpes de sus poderosas mandíbulas lo dejó completamente ahogado..... segun se dejó conocer por un apagado quejido que dió el doguillo.

Todo esto pasó en menos tiempo que el que ha sido necesario para escribirlo: y Rosa y Blanca espantadas de aquella pelea, apenas tuvieron tiempo para gritar dos veces:

—Ven aquí, *Quitasolaces*.

—¡Dios mio! esclamó la Grivois volviendo la cabeza al oir aquel ruido. ¡Otra vez está aquí ese bribon de perro...! Va á morder á *Monsieur*..... echadlo de ahí, señoritas... hacedle que se baje antes que yo suba..... es imposible llevarlo.....

Ignorando las niñas hasta donde llegaba la criminalidad de *Quitasolaces*, porque *Monsieur* yacia inanimado debajo de uno de los asientos, y conociendo que no parecia conveniente que las acompañase su perro, le dijeron empujándole suavemente con el pié y con tono de enfado:

—¡Abajo *Quitasolaces*...! Vamos abajo!

El fiel animal titubeó un momento en obedecer aquella órden: y miró á sus amas con un aire de dulce reconvencion como para advertirlas que hacian mal en despedir de aquella manera á su único defensor; pero una nueva órden de Blanca le hizo saltar fuera del coche con la cola baja, quizás sintiendo en su interior que se habia mostrado un poco duro con el pobre *Monsieur*.

La Grivois preocupada por el deseo de alejarse cuanto antes de aquel barrio, subió precipitada al carruage, el cochero cerró la portezuela, se colocó en el pes-

cante, y el coche arrancó rápidamente en tanto que la Grivois corria las cortinillas de las portezuelas cómo medida prudente por si en el camino encontraban á Dagoberto.

Tomadas estas indispensables precauciones, la Grivois pudo ocuparse ya de *Monsieur* á quien amaba tiernamente, con ese afecto profundo, exagerado, que las personas de una alma ruin y mezquina sienten algunas veces hácia los animales, porque parece que quieren encontrar en ellos toda la afeccion que debieran tener hácia las personas. En una palabra, la Grivois queria á este perro obeso, cobarde, taimado, quizá por la afinidad que entre estos defectos y los suyos propios habia. Este afecto contaba ya seis años de existencia y parecia aumentarse en proporcion á lo que la edad de *Monsieur* avanzaba.

Insistimos tanto en esta pueril apariencia, porque continuamente se ve que las causas mas insignificantes á la vista suelen producir efectos terribles; porque en fin, queremos poner á los lectores en estado de comprender á qué grado debieron llegar la desesperacion, el furor y la irritacion de esta muger, cuando se convenció de la muerte de su querido perro: desesperacion, furor é irritacion cuyos crueles efectos debian recaer sobre las dos huérfanas.

El coche caminaba apresuradamente hacia algunos momentos, cuando la Grivois que se habia sentado al vidrio, llamó á *Monsieur*.

Pero *Monsieur* tenia muy poderosas razones para no responder á su ama.

—Pícaro... gruñon, dijo en tono festivo la Grivois; ¿así desdeñas á tu ama? Mira que no es culpa mia si ese perrazo bribon se ha metido en el coche. ¿No es verdad, señoritas...? Vamos: ven aqui á dar un beso á tu ama; y hagamos las paces... mala cabeza.

La única respuesta que de parte de *Monsieur* recibieron estas palabras, fué el silencio.

Entonces Rosa y Blanca comenzaron á mirarse con inquietud, porque conocian los modales un poco bruscos de *Quitasolaces*; pero estaban todavia muy lejos de creer que la cosa hubiera llegado al estrémo á que en efecto habia llegado.

La Grivois mas sorprendida que alarmada por la tenacidad del doguillo en desatender sus afectivas llamadas, se bajó para cojerlo de debajo del asiento, en donde lo creia mohinamente tendido; y cogiéndole de una pata y tirando de ella suavemente, pero con alguna impaciencia dijo en tono entre festivo y airado:

—¡Vamos, buena pieza....! No hay duda que dareis á estas señoritas escelente idea de vuestro carácter..

Y diciendo esto, levantó á *Monsieur* sumamente admirada de la negligente y abandonada *morbidez* de sus movimientos... Pero ¡cuál fue su espanto cuando al ponerlo sobre su falda observó que estaba sin movimiento!

—¡Una apoplegia!!! esclamó alarmada. ¡El pobre comia demasiado...! Ya sabia yo que tenia que sucederle esto. Y volviéndose inmediatamente:

¡Cochero...! ¿cochero? Deteneos, esclamó con viveza, sin pensar que el cochero no podia oir su voz: y luego levantando melancólicamente la cabeza de *Monsieur*, al cual creia solamente *desmayado*, notó horrorizada la profunda y sangrienta huella que habian dejado los cinco ó seis dientes de *Quitasolaces* cuyas señales no dejaban ya duda sobre la causa del deplorable fin del doguillo.

El primer movimiento de la Grivois, fué de dolor y desesperacion.

—¡Está muerto! esclamó. ¡Muerto...! ¡Está ya frio....! ¡Ay Dios mio....! ¡Está muerto! Y comenzó á llorar.

El llanto de los ruines es siempre un llanto siniestro y de mal agüero.... Para que un ruin llore es necesario que padezca mucho.... y el llanto en su alma sufre bien pronto una reaccion terrible, por la que lejos de amenguar el dolor y de enternecer el corazon, inflama y desarrolla una cólera vengativa, concentrada y peligrosa....

Asi despues de haber cedido á este primer impulso de enternecimiento, la ama de Monsieur se sintió arrebatada por la ira y por la rabia.... si, por la rabia.... y por una rabia violenta contra las dos huérfanas, causa involuntaria de la muerte de su perro. La fisonomía de aquella muger se manifestó tan dura, dejó ver tan claramente su resentimiento, que Rosa y Blanca se espantaron de ver la rencorosa espresion de las facciones de aquel rostro encendido, cuando la oyeron decir con una voz agitada arrojándolas al mismo tiempo una mirada amenazadora.

—¡Vuestro perro es quien lo ha muerto! ¡Bueno....! Ya veremos.....

—¡Perdon, señora....! Nosotras no tenemos la culpa, esclamó Rosa.

—Vuestro perro ha mordido primero á *Quitasolaces*, añadió Blanca con tono lastimero.

El miedo que se veia simulado en los semblantes de las dos jóvenes, hizo á la Grivois volver sobre sí misma. Comprendió al momento las consecuencias que su imprudente cólera podia causar, y considerando el interés de su venganza, creyó que debia reprimirse para no inspirar ni aun la menor desconfianza á las hijas del general Simon. Pero no queriendo aparentar que se desprendia de sus primeros impulsos por una transicion demasiado repentina, continuó por espacio de algunos momentos lanzando sobre ellas algunas miradas iracundas, y fué luego progresivamente debilitando la apariencia de su cólera, hasta que dando entrada al amargo dolor, se cubrió el rostro con las manos, arrancó un profundo suspiro y dejó sentir sollozos repetidos como el que llora abundantemente.

—¡Pobre señora! dijo Rosa en voz baja á su hermana. ¡Está llorando...! Sin duda queria á su perro tanto, como nosotras queremos á nuestro *Quitasolaces*.

—Tienes razon, dijo Blanca. Tambien nosotras lloramos mucho cuando supimos la muerte de nuestro viejo *Jovial*.

Al cabo de algunos minutos la Grivois levantó la cabeza, se enjugó definitivamente los ojos y con una voz conmovida y un tono casi afectuoso dijo:

—Dispensadme, señoritas... No he podido contener un primer impulso de incomodidad, ó por mejor decir, de violento dolor..... Porque yo amaba tiernamente á este pobre perro..... que en seis años puede decirse que no se ha separado de mi ni un momento.

—Nosotras sentimos mucho esta desgracia, señora, dijo Rosa; y nuestro mayor dolor es que esta pérdida no pueda ser reparada.....

—Yo decia ahora mismo á mi hermana que nosotras nos habiamos visto tambien muy afligidas cuando supimos la muerte de un caballo viejo que teniamos y que traiamos de la Siberia..... Tambien nosotras lloramos mucho entonces.....

—En fin, mis queridas señoritas... no hablemos mas de eso..... Culpa mia ha sido sin duda..... porque yo no deberia haber traido mi perro..... ¡Pero el pobre estaba siempre tan triste cuando no estaba conmigo...! Vosotras concibireis perfectamente esta clase de debilidades..... Cuando uno tiene buen corazon, lo mismo lo tiene para los animales que para las personas..... Por consiguiente, á vuestra sensibilinad apelo para que perdoneis los primeros movimientos de mi dolor.

—Nosotras no nos acordábamos ya de eso... Nuestro sentimiento consiste ahora solamente en veros tan afligida.

—Esta afliccion ya se pasará, señoritas..... ya se pasará: y la alegria de que vuestra parienta disfrutará al veros, me ayudará á consolarme..... ¡Va á ponerse tan alegre...! ¡Sois vosotras tan amables y tan encantadoras...! Y ademas esta circunstancia de vuestra singular semejanza parece que todavía os hace mas interesantes.

—Vos nos haceis demasiado favor, señora.

—No, por cierto..... y casi me atrevo á asegurar que os pareceis tanto en vuestro carácter como en los semblantes.

—Eso es muy natural, señora, dijo Rosa. Ni un instante siquiera hemos dejado de estar juntas desde que nacimos... de noche..... de dia, siempre hemos vivido íntimamente unidas.....¿Cómo queriais por consiguiente que no fueran completamente iguales nuestros genios y nuestras inclinaciones?

—¿De veras, señoritas...? ¿No os habeis separado nunca la una de la otra?

—Nunca: no, señora. Y las dos hermanas se apretaron recíprocamente las manos, mirándose con una inefable sonrisa de cariño.

—¿Con que, segun eso, seriais muy desgraciadas y padeceriais las dos mucho si os separasen á la una de la otra?

—¡Oh! eso es imposible, señora, dijo Blanca sonriéndose.

—¿Por qué decís que es imposible?

—¿Quién puede tener corazon para separarnos?

—Es verdad, queridas señoritas. Era preciso ser muy perverso para apartaros á la una de la otra.

—¡Oh! señora, dijo Blanca sonriendo á su vez, ni aun las personas mas infames osarian separarnos.

—Tanto mejor, mis queridas señoritas; pero ¿porque?

—Porque eso nos afligiria mucho.

—Y nos haria morir....

—Pobres niñas....

—Hace tres meses que nos pusieron presas, y cuando nos vió el alcaide de la prision, sin embargo de tener un semblante muy áspero, dijo: el separar estas niñas seria querer su muerte.... así es que nos permitieron estar juntas, y nos encontramos tan dichosas cuanto es posible serlo sin libertad.

—Eso forma el elogio de vuestro escelente corazon asi como el de las personas que comprendieron toda la dicha que sentiríais en estar reunidas.

Detúvose el coche en esto, y se oyó la voz del cochero que decia: tened la bondad de abrir la puerta.

—¡Ah! henos ya en casa de vuestra querida parienta, dijo Mme. Grivois.

Abriéronse las dos hojas de una puerta y entró el coche en un patio.

Habiendo descorrido Mme. Grivois una de las cortinas, se vió un grande patio dividido en su longitud por una pared alta en cuyo centro habia una especie de porche formando un salidizo y sostenido por columnas de yeso. Bajo este porche habia una puerta pequeña.

A la otra parte de la pared se veia el remate y el frontis de un vasto edificio construido de piedra: comparando esta habitacion á la de la calle de Brise-Miche parecia un palacio; así es que Blanca dijo á Mme. Grivois con una sencilla admiracion:

—¡Dios mio, señora, que hermosa casa!

—Eso no es nada pues, ya vereis el interior.... que es bien diferente.... contestó la Grivois.

El cochero abrió la portezuela; pero, ¿cuál fué la cólera de la Grivois y la sor-

presa de las jóvenes al ver á *Quitasoluces* que habia seguido el coche, y que con las orejas tiesas y meneando la cola parecia el desdichado haber olvidado sus crímenes y que esperaba ser alabado por su inteligente fidelidad?

—¡Cómo! esclamó Mme. Grivois cuyo dolor se renovó, ¿ha seguido el coche ese odioso perro?

—De cualquier modo es un perro hermoso, señora, respondió el cochero; no se ha separado un instante de mis caballos... se conoce que está enseñado á esto... famoso animal, que no le intimidarian dos hombres.... ¡qué anchura de pecho!

La dueña del difunto *Monsieur*, irritada de los elogios poco oportunos que prodigaba el cochero á *Quitasoluces*, dijo á las huérfanas:

—Voy á disponer que os conduzcan á la habitacion de vuestra parienta: esperad un instante en el coche.

Mme. Grivois se dirigió apresuradamente hácia el pequeño porche y llamó.

Salió una muger vestida con hábito de religiosa y se inclinó con respeto ante madame Grivois, la que le dijo estas solas palabras:

—He ahí las dos jóvenes: las órdenes del señor abate de Aigrigny y de la princesa son que en seguida y para en adelante se las separe poniéndolas en distintas celdas.... ¿lo entendeis hermana? en *celdas distintas* y con severa reclusion, observando con ellas el régimen de los *impenitentes*.

—Voy á advertírselo á la superiora, y se ejecutará así, dijo la religiosa inclinándose de nuevo.

—¿Quereis venir, mis queridas señoritas? dijo Mme. Grivois á las jóvenes que á escondidas habian hecho algunas caricias á *Quitasoluces* por lo mucho que las habia impresionado su instinto: Os van á conducir al lado de vuestra parienta, y yo volveré por vosotras dentro media hora; cochero, detened el perro.

Ocupadas Rosa y Blanca con *Quitasoluces* cuando bajaron del coche, no habian reparado en la hermana tornera que estaba medio escondida detrás de la pequeña puerta.

Asi es que las dos hermanas no notaron que su pretendida introductora estaba vestida de religiosa, hasta que tomándolas esta de la mano, las hizo atravesar el umbral de la puerta que se cerró en seguida.

Luego que Mme. Grivois vió á las huérfanas encerradas en el convento, dijo al cochero que saliese del patio y fuese á esperar á la puerta esterior.

El cochero obedeció.

Quitasoluces que habia visto entrar á Rosa y Blanca por la pequeña puerta del porche, corrió hácia allí.

Mme. Grivois dijo entonces al portero del recinto esterior, hombre alto y robusto:

—Nicolás, os doy diez francos si matais en mi presencia ese gran perro que está bajo el porche...

Nicolás meneó la cabeza al ver el corpulento animal, y contestó:

—¡Rayo! señora: el matar un perro de esa talla.... no es muy fácil.

—Os doy veinte francos, vamos... pero le habeis de matar ahí.... delante de mí....

—Se necesitaria una escopeta.... y yo no tengo mas que una maza de hierro....

—Eso bastará... de un golpe... podreis matarlo...

—En fin, señora, voy á probar.... pero dudo....

Y Nicolás se fué á buscar su maza de hierro.

—¡Oh! si yo tuviera fuerza.... dijo la Grivois.

Volvió el portero con su arma y procuró acercarse traidoramente y con paso

lento al perro que no se movia del porche.

—Ven hijo mio... ven... aqui, mi buen perro... dijo Nicolás dándose golpecitos en el muslo izquierdo con la mano, y teniendo en la derecha la maza de hierro que ocultaba tras de la espalda.

Levantóse *Quitasolaces*, examinó atentamente á Nicolás, y adivinando en seguida por su postura que meditaba algun mal designio... se alejó de un brinco, dió vuelta al enemigo, y viendo claramente de lo que se trataba, se detuvo á cierta distancia.

—Ha descubierto la trama, dijo Nicolás, no se fia el pícaro.... ni se dejará ya acercar.... en valde es cansarse.

—Tomad..... sois un desmañado, dijo Mme. Grivois furiosa tirando cinco francos á Nicolás; pero al menos echadlo de aqui.

—Eso será mas fácil que matarlo, señora.

En efecto, perseguido *Quitasolaces*, y reconociendo probablemente la inutilidad de una lucha abierta, dejó el patio y se salió á la calle; mas una vez alli, conociendo que se hallaba en terreno neutro, no se alejó de la puerta á pesar de las amenazas de Nicolás sino lo que bastaba para ponerse á cubierto de la maza de hierro; asi es que cuando Mme. Grivois subió al coche donde se hallaban los restos inanimados de *Monsieur*, vió con tanto despecho como cólera á *Quitasolaces*, tendido á alguno pasos de la puerta esterior que Nicolás acababa de cerrar, convencido de la inutilidad de su persecucion.

El perro de Siberia, seguro de encontrar el camino de la calle de Brise-Miche, con esa inteligencia particular de su raza, esperaba á las huérfanas.

Las dos hermanas se hallaban pues reclusas en el convento de Sta. Maria, que como queda dicho estaba muy cerca de la casa de salud donde habian encerrado á Adriana de Cardoville.

. . . .

Conduzcamos ahora al lector á la casa de la muger de Dagoberto: esperaba esta con una cruel ansiedad la vuelta de su marido que debia pedirla cuenta de la desaparicion de las hijas del mariscal Simon.

XVII.

LA INFLUENCIA DE UN CONFESOR.

Apenas se separaron las huérfanas de la muger de Dagoberto, se arrodilló esta y se puso á rezar con fervor: sus lágrimas, reprimidas mucho tiempo, corrieron en abundancia, y no obstante su conviccion sincera de que habia cumplido un deber religioso entregando las jóvenes, esperaba con un temor estremado el regreso de su marido.

A cada ruido de pasos que oia en la escalera, fijaba el oido estremeciéndose; y en seguida volvia á rezar suplicando al señor que le diera la fuerza necesaria para resistir aquella prueba nueva y cruel.

Oyó por fin andar en la meseta, y no dudando esta vez que fuese Dagoberto, se sentó con precipitacion, se enjugó los ojos con presteza, y para disimular mas bien su conmocion, se puso sobre la falda un saco de tosca tela parda, é hizo como quien cosia, porque sus manos venerables temblaban de tal modo que apenas podian tener la aguja.

A poco se abrió la puerta y pareció Dagoberto.

El áspero rostro del soldado estaba severo y triste; al entrar arrojó el sombrero con violencia sobre la mesa, no percibiendo de pronto la falta de las huérfanas; era tal su penosa preocupacion.

—¡Pobre muchacha!... ¡Es horroroso!... esclamó.

—¿Has visto á la Gibosa?... ¿la has

reclamado?... dijo con viveza Francisca, olvidando un instante sus temores.

—Si, la he visto, ¡pero en que estado! habia para partir el corazon; la he reclamado, y te aseguro que con instancia; pero se me ha respondido: antes es preciso que vaya el comisario á vuestra casa para....

Y mirando Dagoberto alrededor del cuarto con sorpresa, se interrumpió diciendo á su muger.

—¿Donde están las niñas?

Francisca se sintió sobrecogida de un horror glacial, y dijo con débil voz:

—Amigo mio.... yo....

Y no pudo acabar.

—¿Donde están Rosa y Blanca? contesta..... Tampoco está aquí *Quitasolaces*....

—No te incomodes....

—Vamos, dijo con viveza Dagoberto, las habrás dejado salir con alguna vecina: porque no las has acompañado tú misma ó suplicado que me esperasen si querian pasear un poco....? por lo demás esto se concibe con facilidad.... es tan triste este cuarto... sin embargo me admiro de que hayan salido antes de tener noticias de la pobre Gibosa, poseyendo corazones de ángeles; pero.... ¡cuán pálida estás! ¿qué es lo que tienes, mi pobre Francisca?.... ¿te encuentras acaso indispuesta?...

Y Dagoberto tomó afectuosamente la mano de su muger.

Conmovida ésta mas y mas por estas cariñosas palabras, pronunciadas con tanta bondad, inclinó la cabeza y besó llorando la mano de su marido.

El soldado, cada instante mas inquieto, y sintiendo caer en su mano las ardientes lágrimas de Francisca, esclamó:

—Lloras.... y no me respondes.... dime lo que te apura, mi pobre muger.... ¿Es por haberte hablado algo fuerte preguntándote por que has dejado salir á las queridas niñas con la vecina? D anche .. qué quieres.... me las ha confia lo su madre al espirar.... y ya ves.... eso es sagrado.... Asi es, que yo soy siempre para ellas, lo que una buena llueca para sus polluelos, añadió sonriendo para alegrar á Francisca.

—Y tienes razon en amarlas....

—Veamos, cálmate; ya me conoces; con mi voz ronca soy bondadoso en el fondo;.... puesto que tienes seguridad en la vecina, no es el mal completo.... pero en adelante, mira, Francisca, no dispongas nunca nada en cuanto á las niñas sin consultarme.... ¿Te han dicho que querian pasear un poco con *Quitasolaces?*

—No, amigo mio... yo....

—¿Cómo que no?.... ¿quién es la vecina á la que se las has confiado?.... ¿á dónde las ha llevado? ¿á qué hora las traerá?

—Yo.... no sé.... murmuró Francisca con voz apagada.

—¡No lo sabes! esclamó Dagoberto irritado; despues conteniéndose continuó con tono de amigable reconvencion: no lo sabes.... ¿no podias haberle fijado una hora, ó mas bien acompañarlas tú misma antes que confiarlas á nadie?.... Preciso es que te hayan instado mucho para que las dejases salir á pasear; pe o sabiendo ellas que yo debia venir de un momento á otro, ¿cómo es que no me han esperado?.... Te pregunto que p rqué no me han esperado?... acaba de responder.... ¡pardiez! ¡Tú harias condenar á un santo!.... esclamó Dagoberto dando una patada en el suelo, contesta pues....

El ánimo de Francisca se agotaba: estas preguntas apremiantes y reiteradas que debian terminar por descubrir la verdad, la hacian sufrir mil torturas lentas y agudas; asi es que prefirió acabar de una vez decidiéndose á soportar toda la cólera de su marido, como víctima humilde y

resignada, pero obstinadamente fiel á la promesa que habia jurado ante Dios y su confesor.

No teniendo fuerza para levantarse, inclinó la cabeza y dejando caer los brazos á los dos lados de la silla, dijo á su marido con voz afligida:

—Haz de mí lo que quieras.... pero no me preguntes mas por las niñas.... yo no podré responderte....

Si hubiera caido un rayo á los piés del soldado, no habria sido su conmocion mas violenta y profunda: se puso pálido; su calva frente se cubrió de un sudor frio, y con la vista fija y entorpecida permaneció algunos segundos inmóvil, mudo y petrificado.

Despues saliendo como sobresaltado de esta inaccion efímera, por un movimiento de terrible energia, tomó á su muger por los brazos y levantándola con la facilidad con que hubiera podido alzar una pluma, la puso delante de sí, é inclinándose hácia ella ella esclamó con un acento desesperado.

—¡Las niñas!

—¡Por Dios!..... ¡por Dios!..... dijó Francisca con voz apagada.

—¿Dónde están las niñas? repitió Dagoberto sacudiendo entre sus forzudas manos el cuerpo débil de la pobre Francisca y añadiendo con voz de trueno:

—¿Acabas de responder? ¡las niñas!!!

—Mátame.... ó perdóname.... porque yo no puedo responderte..... contestó la infortunada con la obstinacion á la vez inflexible y dulce de los caractéres tímidos cuando están convencidos de que obran bien.

—¡Desdichada! esclamó el soldado.

Y ciego de cólera, de dolor y de desesperacion, levantó á su mujer como si hubiera querido arrojarla con violencia contra el suelo... pero este hombre escelente era harto honrado para cometer una cobarde crueldad. Pasado este arrebato involuntario de furor soltó á Francisca.

Cayó esta, anonadada, de rodillas, juntó las manos y se conoció con el débil movimiento de sus labios que oraba...

Dagoberto tuvo entonces un instante de aturdimiento y de vértigo; no podia coordinar sus ideas; era todo lo que le pasaba tan súbito é incomprensible, que necesitó algunos momentos para volver en sí y convencerse de qué su muger, este ángel de bondad, cuya vida entera habia sido una série de adorables sacrificios, su muger que sabia lo que eran para él las hijas del general Simon, hubiera sido capaz de decirle:

—No me interrogues sobre suerte porque no te puedo responder.

El espíritu mas fuerte habria vacilado ante este hecho inesplicable y capaz de hacer perder el juicio al hombre de mas paciencia.

Luego que se calmó un poco el soldado y miró las cosas con mas sangre fria, hizo este sensato razonamiento.

—Solo mi muger puede esplicarme este misterio inconcebible....... yo no quiero pegarle ni matarla;..... empleemos pues todos los medios posibles para hacerla hablar, y sobre todo tratemos de contener la ira.

Tomó Dagoberto una silla, y enseñando otra á su muger que continuaba de rodillas, le dijo:

—Siéntate.....

Francisca, obediente y abatida, se sentó.

—Escúchame, continuó Dagoberto con voz breve y por decirlo asi acentuada por el sobresalto involuntario que á pesar suyo dejaba ver su violenta impaciencia apenas concluida. Ya ves... que esto no puede quedar así..... tu sabes que nunca usaré contigo de violencia... Hace un momento... he cedido á un primer movimiento... me

es sensible..... y no lo repetiré..... puedes estar segura..... Pero en fin..... es preciso que yo sepa en donde están esas niñas;... me las ha confiado su madre... y no las he traido desde el centro de la Siberia aqui..... para que tu vengas á decirme hoy: « No me interrogues..... porque no puedo decirte lo que he hecho de ellas... » Esto no es una razon..... Supon que venga el mariscal Simon de aqui á un instante y que me diga: « ¡ Dagoberto, mis hijas! » ¿Qué quieres que yo le responda?... Veamos..... estoy tranquilo... ya lo ves..... estoy tranquilo..... ponte en mi lugar..... repito, ¿qué quieres que le responda al mariscal... eh?... ¡contesta... habla pues!...

—¡Ay de mi!... amigo mio.....

—¡No se trata de amistad! dijo el soldado, enjugándose la frente cuyas venas parecia que iban á rebentar, ¿qué quieres que le responda al mariscal?

—Dame á mí la culpa..... yo lo soportaré todo..... yo diré todo.....

—¿Qué dirás?

—Que me habias confiado dos jóvenes, que saliste y que no hallandolas a tu vuelta, é interrogándome, te contesté que no podia decirte lo que se habian hecho.

—¡Ah! ¿y el mariscal se contentará con esas razones?... dijo Dagoberto cerrando convulsivamente las manos sobre las rodillas.

—Yo no puedo darle otras, por desgracia..... ni á él ni á tí..... no..... aun que en ello me fuera la vida, no lo podria.....

Dagoberto brincó en su silla al oir esta respuesta, dada con una resignacion desesperante.

Acabándosele la paciencia y no queriendo ceder sin embargo á nuevos arrebatos ni recurrir á amenazas de que se sentia incapaz, se levantó de pronto, abrió una ventana y espuso al aire su abrasada frente; un tanto calmado, dió algunos pasos por el cuarto y volvió á sentarse al lado de su muger.

Esta, con los ojos arrasados de lágrimas, miraba un crucifijo, pensando que tambien á ella se le habia impuesto una cruz bien pesada.

Dagoberto continuó:

—Por la manera que me has hablado, he supuesto desde luego que no ha acontecido á las niñas ningun accidente que pueda comprometer su salud.

—No..... ¡oh! no..... gracias á Dios, están buenas... esto es todo lo que puedo decirte.....

—¿Han salido solas?

—No puedo decirte nada mas.....

—¿Las ha acompañado alguno?

—¡Ah! amigo mio, ¿á que viene interrogarme tanto? yo no puedo responder.

—¿Volverán?

—No lo sé.....

Dagoberto se levantó bruscamente: su paciencia estaba otra vez á punto de agotársele.

Luego que hubo dado algunos pasos por el cuarto volvió á sentarse.

—Pero en fin, dijo á su muger, tu no tienes ningun interés en ocultarme lo que se han hecho las niñas; ¿por qué rehusas, pues, el decírmelo?

—Porque no puedo obrar de otro modo.

—Yo creo que lo harás... cuando sepas una cosa que me obligas á decirte; escúchame bien, añadio Dagoberto con voz conmovida. Si esas niñas no me son devueltas la víspera del 13 de *febrero*, y ya ves que urge el tiempo... me pones respecto á las hijas del mariscal en la posicion de un hombre que las hubiera robado, despojado, ¿lo entienes? despojado, dijo Dagoberto con una vez profundamente alterada; despues con un acento de desconsuelo que rompio el corazon á Francisca, añadió: y sin embargo yo he hecho

todo cuanto un hombre honrado es capaz de hacer. . para traer aquí esas niñas;... tú no sabes cuanto he tenido que sufrir en el camino... mis cuidados, mis inquietudes... porque en fin... yo, un soldado, encargado de dos jóvenes... solo á fuerza de valor y de afecto he podido salir..... y cuando, por toda recompensa, esperaba poder decir á su padre: hé aquí vuestras hijas...

El soldado se interrumpió.

A la violencia de sus primeros arrebatos, sucedió un enternecimiento doloroso; y lloró.

A la vista de las lágrimas que corrian lentemente sobre el bigote cano de Dagoberto, sintió Francisca un momento desfallecer su resolucion; pero pensando en el juramento que habia hecho á su confesor, y diciéndose entre si que se trataba nada menos que de la salvacion de las dos huérfanas, se acusó mentalmente de esta mala tentacion, el cura Dubois la reprocharia con severidad.

—¿Como puedes acusarte de haber despojado á esas niñas? preguntó Francisca con voz tímida.

—Sabe, pues, contestó Dagoberto pasándose la mano por los ojos, que si esas jóvenes han arrostrado tantas fatigas en la inmensa travesía que han hecho desde el centro de la Siberia, es porque se trata de grandes intereses para ellas, de una inmensa fortuna acaso... y que si no se presentan el 13 de febrero.... aquí.... en Paris, en la calle de San Francisco...... todo es perdido.... y esto por causa mia, porque yo soy responsable de lo que tú has hecho.

—El 13 de febrero... calle de San Francisco, dijo Francisca mirando á su marido con sorpresa, como Gabriel...

—¿Qué dices de Gabriel?

—Cuando le recojí..... el pobre niño abandonado llevaba al cuello una medalla ...de bronce...

—¿Una medalla de bronce? esclamó el soldado estupefacto, con estas palabras: *Estaréis en París el* 13 *de febrero de* 1832, *calle de San Francisco.*

—Sí... ¿cómo sabes tú?...

—¡Tambien Gabriel! dijo el soldado hablando consigo mismo; despues añadió con viveza: ¿Y Gabriel sabe que hallaste sobre él esa medalla?

—Yo le hablé de ello en cierto tiempo; tambien tenia en el bolsillo, cuando le recojí, una cartera llena de papeles escritos en lengua estranjera, lo que entregué al cura Dubois mi confesor, para que los examinase. Mas tarde me dijo que estos papeles eran de poca importancia; y algun tiempo despues, cuando una persona muy caritativa llamada M. Rodin se encargó de la educacion de Gabriel y de hacerle entrar en el seminario, el cura Dubois entregó los papeles y la medalla á M. Rodin; desde entonces no he vuelto á oir hablar de esos objetos.

Cuando Francisca habló de su confesor, un rayo de luz hirió la mente del soldado. si bien estaba lejos de sospechar las maquinaciones urdidas hacia mucho tiempo al rededor de Gabriel y de las huérfanas: presintió vagamente que su mujer debia obedecer á alguna secreta influencia de confesonario: influencia de que, á la verdad, no comprendia el objeto ni la importancia, pero que le esplicaba, al menos en parte, la inconcebible obstinacion de Francisca en guardar silencio con respecto á las huérfanas.

Despues de un momento de reflexion, se levantó Dagoberto y dijo con severidad á su mujer mirándola fijamente:

—Hay un cura... en todo esto.

—¿Qué quieres decir, amigo mio?

—Tú no tienes ningun interés en ocultarme las niñas, porque eres la mejor de las mujeres; tú ves lo que padezco, y si obraras por ti sola, tendrias compasion de mí...

—Amigo mio...

—Te digo que todo esto huele á confesonario, continuó Dagoberto. Esas niñas y yo somos sacrificados por tí á tu confesor, pero guárdate.... yo sabré donde vive... y ¡ rayo ! yo iré á preguntarle cual de los dos es el dueño de mi casa, y si calla... añadió el soldado con una espresion amenazadora, yo sabré bien forzarle á que hable...:

—¡ Gran Dios ! esclamó Francisco juntando las manos con horror al oir estas palabras sacrílegas, ¡ un cura !... piensa lo qué dices.,. ¡ un cura !

—Un cura que lanza la discordia, la traicion y la desgracia en mi casa, es un miserable como cualquiera otro... Así, dime al instante dónde están las niñas, sino, te advierto que voy á preguntárselo á tu confesor. Aquí se trama alguna infamia de que tú eres cómplice sin saberlo;... por lo demas, mejor quiero habérmelas con otro que contigo.

—Amigo mio, dijo Francisca con voz dulce y firme, te engañas si crees imponer con la violencia á un hombre venerable, que está encargado de mi salvacion hace veinte años; es un anciano respetable.

—No hay edad que valga...

—¡ Gran Dios !.....¿ Dónde vas ? ¡ Tú me asustas !

—Voy á tu iglesia... allí debes ser conocida... preguntaré por tu confesor, y veremos...

—Amigo mio..... ¡ por Dios ! esclamó Francisca con horror poniéndose delante de Dagoberto, que se dirigia hácia la puerta; piensa á lo que te espones..... ¡ Dios mio !...¡ ultrajar á un cura !... ¡ sabe que es un *caso reservado !!!*

Estas últimas palabras eran lo que la muger de Dagoberto, en su candor, creía poder decirle de mas terrible; pero el soldado, sin hacer caso, se desprendió de su muger, é iba á salir sin sombrero, pues tal era su violenta exasperacion, cuando se abrió la puerta.

Era el comisario de policía, seguido de la Gibosa y del agente que llevaba el fardo cojido á la muchacha.

—¿ El comisario? dijo Dagoberto reconociéndolo por la faja, ¡ ah ! tanto mejor, no podia llegar á tiempo mas oportuno.

XVIII.

EL INTERROGATORIO.

—¿ Francisca Boudin? preguntó el magistrado.

—Yo soy... señor... dijo Francisca; en seguida percibiendo á la Gibosa que pálida y temblando no osaba adelantarse, le tendió los brazos, y esclamó llorando: ¡ah! ¡ mi pobre muchacha!.. perdónanos... por nuestra causa... has sufrido aun esta humillacion...

Luego que la muger de Dagoberto hubo abrazado tiernamente á la jóven obrera se volvió esta hácia el comisario y le dijo con una espresion de dignidad triste é interesante:

—Ya lo veis... señor... yo no habia robado...

—Con que el vaso de plata..... dijo el magistrado dirigiéndose á Francisca, el chal... las sábanas... que contiene el fardo?

—Me pertenecen, señor... y para hacerme un favor, esta pobre muchacha... la mejor y mas honrada de las criaturas... habia tenido la bondad de encargarse de llevar esos objetos al Monte de Piedad...

—Vos habeis cometido un error deplorable;..... dijo el comisario al agente de policía. yo daré cuenta... y pediré que se os castigue; ¡ marchaos ! en seguida dirigiéndose á la Gibosa con aire triste, la dijo: debeis creer que tomo una parte activa en el vivo disgusto que esta cruel equivocacion os ha ocasionado...

—Yo lo creo... señor, dijo la Gibosa, y os lo agradezco.

Y se sentó rendida, porque su ánimo y sus fuerzas se habian agotado con tantas agitaciones.

Iba ya el magistrado á retirarse, cuando Dagoberto que desde algunos instantes parecia que reflexionaba profundamente, le dijo con voz entera:

—Señor comisario... dignaos oirme... tengo una deposicion que haceros.

—Hablad...

—Lo que voy á deciros es muy importante, señor; y el hacer esta declaracion ante vos como magistrado... es para que tomeis acta de ella.

—Y como magistrado os escucho.

—Hace dos dias que llegué aquí; he traido dos niñas desde Rusia que me fueron confiadas por su madre..... la muger del mariscal Simon.

—¿Del mariscal duque de Ligni? dijo el magistrado muy sorprendido.

—Sí, señor... ayer... las dejé aquí... porque me precisaba marchar á un negocio muy urgente... Esta mañana han desaparecido durante mi ausencia... y estoy seguro de conocer el hombre que las ha hecho desaparecer.

—Amigo mio... esclamó Francisca horrorizada.

—Vuestra declaracion, dijo el magistrado, es de la mas alta gravedad... Desaparicion de personas... secuestro, tal vez... ¿Pero estáis bien seguro?

—Las jóvenes estaban aquí... hace una hora... os repito señor que las han robado... durante mi ausencia...

—Yo no querria dudar de la sinceridad de vuestra declaracion... repuso el magistrado: sin embargo, un rapto tan súbito... se comprende dificilmente... Por otra parte, ¿quién os dice que esas jóvenes no volverán? En fin ¿de quién sospechais? Oid una palabra antes de deponer la acusacion. Recordad que es el magistrado quien os escucha... en saliendo de aquí es posible que la justicia tome parte en este asunto.

—Eso es lo que quiero, señor... yo soy responsable de esas niñas ante su padre; éste debe llegar de un momento á otro, y yo deseo justificarme.

—Yo comprendo todas esas razones, pero os lo repito, meditad bien lo que vais á decir, y no os dejeis alucinar por sospechas infundadas... Una vez hecha vuestra declaracion, acaso tendré que obrar preventiva é inmediatamente contra la persona que acuseis.... y si fuerais culpable de error.... serian bien graves para vos las consecuencias..... Sin ir mas lejos..... dijo el magistrado conmovido señalando á la Gibosa, ya veis cuales han sido las resultas de una acusacion falsa.

—Amigo mio.... tu lo oyes, esclamó Francisca, cada vez mas asustada de la resolucion de Dagoberto con respecto al cura Dubois: te suplico que no digas una palabra mas.

Pero el soldado, reflexionando bien, se habia convencido de que solo la influencia del confesor de Francisca podia haberla determinado á obrar ó á callarse; asi pues dijo con firmeza:

—Acuso al confesor de mi muger de ser el actor ó el cómplice del rapto de las hijas del mariscal Simon.

Francisca dió un gemido doloroso y ocultó la cara entre sus manos, mientras la Gibosa que se la habia acercado, trataba de consolarla.

El magistrado oyó con profunda admiracion la declaracion de Dagoberto, y le dijo con severidad.

—Cuidado...., no acuseis injustamente á un hombre revestido del carácter mas respetable.... un cura.... se trata de un cura.... os lo he prevenido.... debierais haber reflexionado.... todo esto.... se hace cada vez mas grave... en vuestra edad, seria imperdonable una ligereza....

—¡Pardiez! señor, dijo Dagoberto con impaciencia, á mi edad se tiene sentido comun: hé aquí los hechos.... mi muger es la mejor, la mas honrada de las criaturas.... preguntadlo en el cuartel y lo dirán.... pero es devota y hace veinte años que solo ve por los ojos de su confesor.... Ella adora á su hijo, me ama tambien mucho: mas sobre su hijo y yo.... supera siempre el confesor.

—Esos detalles... íntimos... dijo el comisario.

—Son indispensables.... vais á verlo... salgo hace una hora para ir á reclamar á esta pobre muchacha.... cuando vuelvo me encuentro con que las jóvenes han desaparecido; pregunto á mi muger, que se habia quedado con ellas, adonde están... cae de rodillas sollozando y me dice: Haz de mi lo que quieras; pero no me preguntes por las niñas.... porque no puedo responderte.

—¿Es posible? esclamó el comisario mirando á Francisca con gran sorpresa.

—Arrebatos, amenazas, ruegos, nada ha bastado, continuó Dagoberto, á todo me ha contestado con una dulzura de santa: «No puedo decir nada» .. Y bien, señor, hé aquí lo que yo sostengo: mi muger no tiene ningun interés en la desaparicion de esas niñas; está bajo la completa dominacion de su confesor, y ha obrado por su órden, sin ser mas que un instrumento, mientras que él solo es el culpable.

A medida que hablaba Dagoberto, escuchaba el comisario cada vez con mas atencion, mirando á Francisca que sostenida por la Gibosa, lloraba amargamente.

Despues de haber reflexionado un instante, dió un paso el magistrado hácia Francisca y la dijo:

—Habeis oido lo que acaba de declarar vuestro marido.

—Si, señor.

—¿Qué teneis que decir para justificaros?

—Pero, señor, esclamó Dagoberto, yo no he querido acusar á mi muger.... sino solo á su confesor.

—Vos os habeis dirigido al magistrado... y al magistrado toca obrar como crea deber hacerlo para descubrir la verdad...... Os lo repito, continuó el comisario dirigiéndose á Francisca, ¿qué teneis que decir para justificaros?

—¡Ay de mi! nada, señor.

—¿Es cierto que al salir vuestro marido dejó esas jóvenes bajo vuestra custodia?

—Si, señor.

—¿Es cierto que á su regreso no las ha hallado aqui?

—Si, señor.

—¿Es cierto que cuando os ha preguntado por ellas le habeis contestado que no podiais decirle nada sobre este asunto?

Y el comisario parecia esperar la respuesta de Francisca con una especie de inquieta curiosidad.

—Si... señor, dijo ella sencilla y llanamente, eso he respondido á mi marido.

El magistrado hizo un movimiento de sorpresa.

—¡Como!... ¿á todos los ruegos é instancias de vuestro marido... no habeis podido responder otra cosa? ¿Y porque rehusar el darle ninguna noticia? Esto no parece probable ni posible.

—Y sin embargo es cierto, señor.

—Pero en fin ¿que se han hecho las jóvenes que os han sido confiadas?

—No puedo decir nada sobre eso... señor... Cuando no he respondido á mi pobre Dagoberto... menos lo haré á ninguna otra persona...

—Y bien, señor, ¿me equivocaba yo? Una escelente y honrada muger como es ella, llena siempre de razon, de buen sen-

tido y de afecto, hablar asi... ¿es eso natural? Os repito, señor, que es un negocio de confesor... Obremos contra él viva y prontamente.... lo sobremos todo.... y las pobres niñas me serán devueltas.

El comisario, sin poder reprimir una cierta emocion dijo á Francisca:

—Voy á hablaros muy severamente; mi deber me obliga á ello.... Se complica todo esto de un modo tan grave, que no puedo prescindir de dar conocimiento á la justicia de tales hechos; vos confesais que las jóvenes os han sido confiadas y no podeis presentarlas..... ahora, escuchadme bien..... si rehusais el dar ninguna noticia sobre este asunto..... vos sola sereis deudora de su desaparicion.... y con gran sentimiento mio, me veré obligado á prenderos....

—¡A mi!..... esclamó Francisca con terror.

—¡A ella! dijo Dagoberto, jamás... Os repito que es su confesor, y no ella á quien acuso.....¡Prender á mi pobre mujer!

Y corrió hácia ella como si hubiera querido protejerla.

—Es demasiado tarde.... dijo el comisario: vos habéis depuesto vuestra queja sobre el rapto de las dos jóvenes; segun la propia declaracion de vuestra muger, ella es hasta ahora la sola comprometida, y por lo tanto debo llevarla ante el juez de primera instancia para que disponga.

—Pues yo os digo que mi muger no saldrá de aqui, esclamó Dagoberto con tono amenazador.

—Escuchad, dijo con frialdad el comisario, yo comprendo vuestro dolor; pero por el mismo interés de la verdad, os ruego que no trateis de oponeros a una medida que dentro de diez minutos os sería materialmente imposible de impedir.

Estas palabras, dichas con calma, hicieron entrar en si mismo al soldado.

—Pero en fin, señor.... esclamó, no es mi muger á quien yo acuso....

—Deja, amigo mio; no te ocupes de mi, dijo la mujer mártir con una resignacion angelical; el Criador quiere esponerme aun á crudas pruebas; yo soy su indigna sierva..... y debo aceptar su voluntad con reconocimiento; que me prendan si quieren;.... yo no diré mas, presa, de lo que he dicho aqui sobre esas pobres niñas......

—Pero señor.... ya veis que mi mujer no tiene la cabeza conforme.... esclamó Dagoberto; vos no podeis arrestarla....

—No hay ningun cargo, la menor prueba, ningun indicio contra la otra persona á quien acusais, y que su mismo carácter lo impide. Dejad que me lleve á vuestra mujer.... Acaso despues del interrogatorio os será devuelta.... Yo siento, añadió el comisario con voz penetrada, tener que llenar semejante mision.... en el momento que la prision de vuestro hijo.... debe haceros......

—¡Cómo!.... esclamó Dagoberto mirando estupefacto á su muger y á la Gibosa, ¿qué dice?... mi hijo...

—¡Qué, ignorabais!.... ¡Oh! dispensad..... dijo el majistrado dolorosamente conmovido; me es cruel.... haberos hecho tal revelacion.....

—¡Mi hijo!... repitió Dagoberto llevando ambas manos á la frente, mi hijo..... preso!

—Por delito político..... pero de poca gravedad, dijo el comisario.

—¡Ah! esto es demasiado.... todo me abruma á la vez.... dijo el soldado cayendo anonadado en una silla y ocultando el rostro con sus manos.

. . . .

Despues de una angustiosa despedida, en la que Francisca, á pesar de su terror, permaneció fiel al juramento que habia hecho al cura Dubois, Dagoberto que se opuso á ir á deponer contra su muger, se hechó de bruces sobre la mesa rendido por tantas conmociones, y esclamó con voz desfallecida: ayer... tenia á mi lado... mi muger... mi hijo..... mis dos pobres huérfanas... y hoy... ¡solo... solo!...

En el momento que pronunció estas palabras, se dejó oir á sus espaldas una voz dulce y triste, que dijo con timidez:

—Señor Dagoberto!.. yo estoy aqui... si me lo permitis yo os serviré, y permaneceré á vuestro lado....

¡Era la Gibosa!!!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL PRESENTE TOMO.

PAG.

PRÓLOGO.

Los dos mundos. 2

PARTE PRIMERA.

LA HOSTERÍA DEL HALCON BLANCO.

Morok. 4
Los viageros. 9
La llegada. 15
Morok y Dagoberto. 19
Rosa y Blanca. 26
Las confianzas. 31
El viajero. 36
Fragmentos del diario del general Simon.. 43
Las jaulas. 50
La sorpresa. 54
Jovial y la Muerte. 57
El burgomaestre. 62
El juicio. 66
La decision. 72

PARTE SEGUNDA.

LA CALLE MILIEU DES URSINS.

Los mensajes. 78
Las órdenes. 85
El Judio Errante. 94

PARTE TERCERA.

LOS ESTRANGULADORES.

El ajoupa. 100
El restregamiento. 104
El contrabandista. 108
Mr. Josué Van-dael. 112
Las ruinas de Tchandi. 117
La emboscada. 123
Mr. Rodin. 130
La tempestad. 139

PAG.

Los náufragos. 143
La marcha á Paris. 150

LA CALLE DE BRISE MICHE.

La muger de Dagoberto. 156
La hermana de la Reina Bacañal. . 160
Agrícol Baudoin. 167
La vuelta. 176
Agrícol y la Gibosa. 182
La madrugada. 187

EL PALACIO DE SAINT DIZIER.

El pabellon.. 196
El tocador de Adriana. 200
La conferencia.. 209

PARTE CUARTA.

EL PALACIO DE SAINT DIZIER.

Una jesuita. 215
El complot.. 221
Los enemigos de Adriana.. 226
La escaramuza.. 231
La resistencia. 235
La traicion.. 243
La red.. 245
Un amigo falso.. 252
El gabinete del ministro. 258
La visita.. 264
Presentimientos. 272
La carta. 277
El confesonario.. 284
Quitasolaces y Monsieur. 292
Las apariencias. 295
El convento. 300
La influencia de un confesor. . . . 308
El interrogatorio. 311



